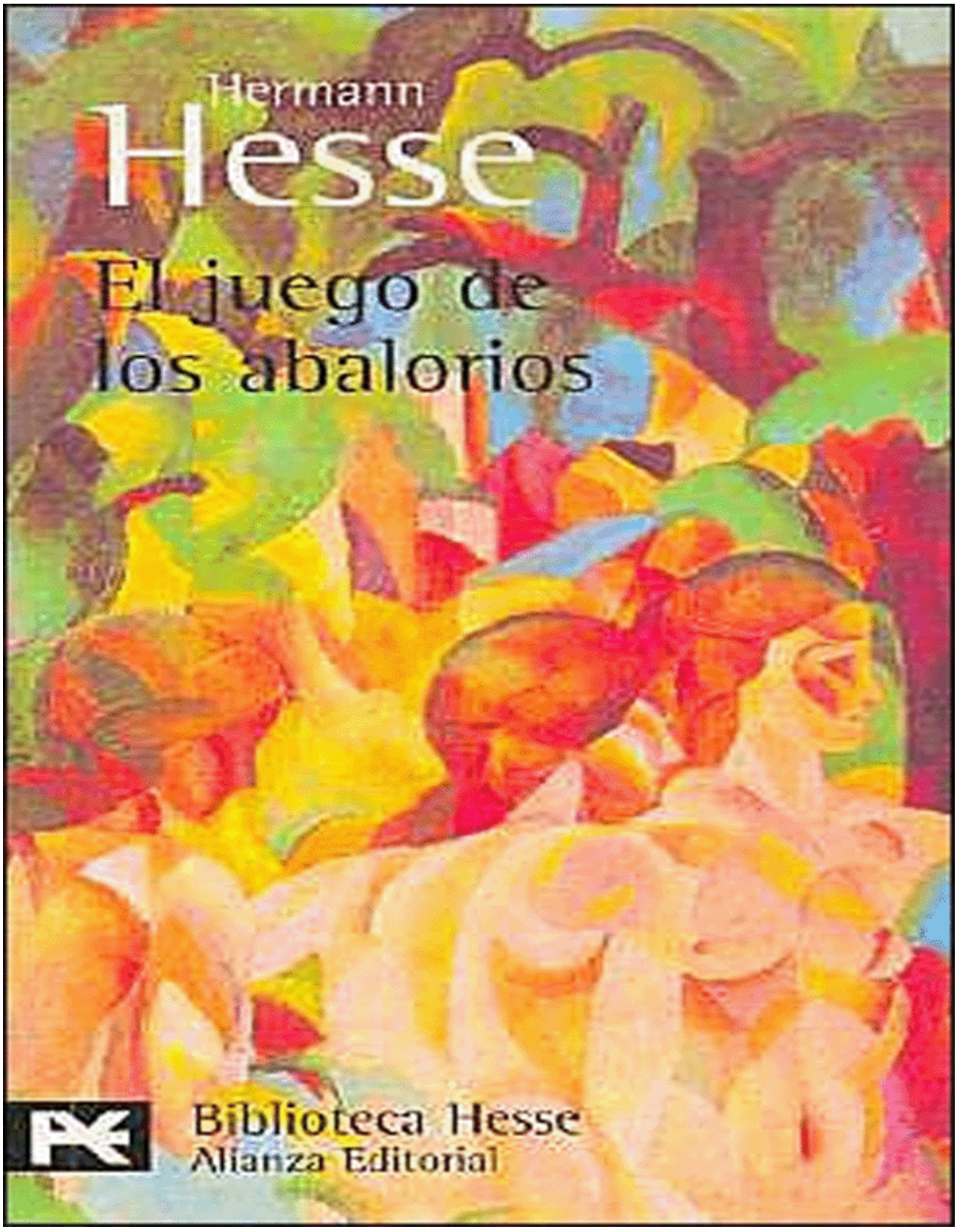
El juego de los abalorios
Hermann Hesse



LIBROdot.com

http://www.librodot.com

A los peregrinos de Oriente

... non entia enim licet quodammodo levibusque hominibus facilius atque incuriosius verbis reddere quam entia, verumtamen pio diligentique rerum scriptori plane aliter res se habet: nihil tantum adeo necesse est ante hominum oculos proponere ut certas quasdam res, quas esse neque demonstrari neque probari potest, quae contra eo ipso, quod pio dilegintesque viri illas quasi ut entia tractant, enti nascendique facultati, paululum appropinquant.

ALBERTUS SECUNDUS

(Tract. de cristall. spirit. ed. Clangor et Collof, lib. I, cap. 28.)

En la traducción de puño y letra de Josef Knecht:

... pues, aunque en cierto aspecto y para hombres frívolos las cosas no existentes son más fáciles y menos riesgosas para ser representadas con palabras, en cambio, para el historiador fiel y escrupuloso son todo lo contrario: nada escapa tanto a la descripción verbal y nada es, sin embargo, tan necesario colocar ante los ojos humanos, como determinadas cosas cuya existencia ni puede demostrarse ni es verosímil, pero que justamente por el hecho de ser consideradas existentes en cierta medida por hombres devotos y conscientes, pueden ser aproximadas un paso más a la existencia y a la posibilidad de nacer.

Librodot

ESTE LIBRO...

PARA *explicar con una sola palabra el clima de la presente novela de Hermann Hesse, su obra cumbre, basta decir lo que de pocas o acaso de ninguna obra de ficción de nuestro siglo puede decirse: es una novela sabia. Dése a este término un acento de respeto y admiración, pronuncíesele con esa unción que era el aura de los sabios de otros tiempos, en que el saber era más universal y el sabio no era conocedor acabado de una ciencia o de la rama de una ciencia sola. Porque la novela* El juego de abalorios *es por su tono y su contenido el resumen de la experiencia de una vida patriarcalmente llevada, es crítica constructiva de nuestra época, utópico esbozo de un mundo por venir y, sobre todo, síntesis y armonización de saber y de fe.*

El juego de abalorios es, por lo tanto, un juego con todos los contenidos y valores de nuestra cultura; juega con ellos como tal vez, en las épocas florecientes de las artes, un pintor pudo haber jugado con los colores de su paleta... Lo que la humanidad produjo en conocimientos elevados, conceptos y obras de arte en sus períodos creadores, lo que los períodos siguientes de sabia contemplación agregaron en ideas y convirtieron en patrimonio intelectual, todo este enorme material de valores espirituales es usado por el jugador de abalorios como un órgano es ejecutado por el organista; este órgano es de una perfección apenas imaginable, sus teclas y pedales tocan todo el cosmos espiritual, sus registros son casi infinitos; teóricamente, con este instrumento se podría reproducir en el juego lodo el contenido espiritual del mundo.

El protagonista de la novela de Hermann Hesse, el magister *ludí Josef Knecht, es el antagonista del hombre típico y triunfante de nuestro tiempo. Renuncia a su personalidad, a la ambición y a los bienes materiales, para convertirse en función jerárquica. Su libertad individual disminuye en la medida en que se agranda su autoridad, puesto que ésta, más que licencias y derechos, involucra responsabilidades y deberes. El concepto de poder no forma parte del orden jerárquico que rige la "provincia pedagógica" en que se desenvuelve la vida de Josef Knecht. Y ello no obsta para que esa provincia sea un modelo de disciplina, de una disciplina severa, inclusive, lograda a fuer de ejemplos y con exclusión de cuanto pueda parecerse siquiera a un castigo. En esa "provincia pedagógica" que Hesse llama Castalia y que habitan los integrantes de una Orden dedicados a toda suerte de estudios, no existen lazos de familia, ni honores, ni bienes materiales. Se busca la perfección del espíritu y del alma en el estudio y la meditación, no tanto en beneficio propio como por vocación y en beneficio del mundo exterior que, en su afán de "vivir la vida", de progreso y de comodidades, ha dejado de dedicar su atención a los problemas fundamentales de la existencia a tal punto que si el pensamiento carece de pureza y ya no se venera al espíritu, todo el mecanismo de la vida material se tambalea y la autoridad, como la matemática del banquero, marchan hacia el caos.*

La novela de Hermann Hesse habla de nuestra actualidad como de un tiempo pretérito, su acción transcurre en un futuro asaz lejano, pero lo que le imprime mayor interés es lo que podría llamarse "lo medido de su ilusión",

Librodot

o sea el que concibe una provincia y una Orden de nuevo cuño, sostenido por un mundo no muy distinto del nuestro. Quiere ello decir que Hesse cree en la posibilidad de una reacción espiritual a la actualidad materialista, pero la asigna a una "élite", y no se mece en la ilusión de un mundo perfecto y totalmente diferente de cualquier tiempo pasado. Cree en cambios fundamentales, pero no en cambios totales, y esta circunstancia es la que permite afirmar que su novela es una obra sabia. No la eclosión de un espíritu poético romántico, sino la previsión de un hombre que ha penetrado la realidad circundante y extrae conclusiones acertadas de fenómenos diversos y extremadamente sutiles, como son el de la música y sus relaciones con el hombre y hasta las de éste con el Estado. Páginas éstas maravillosas que podrán leerse en la introducción que el mismo Hesse pone a esta obra.

El estudio y la meditación no son, por supuesto, privilegios exclusivos de Castalia, y uno de los capítulos más atrayentes de la novela —el más bello es aquel que narra la transfiguración del magister musicae, *convertido en personificación de la música—, relata la temporal convivencia de Josef Knecht con un sabio benedictino, historiador y político, estableciendo un paralelo entre una Orden religiosa y la Orden de Castalia y su respectiva posición frente al mundo. En ese capitulo se descubrirá la última consecuencia de otra síntesis, tanto del libro como de la vida y sabiduría de Hermann Hesse: la síntesis de Oriente y Occidente, de la que son preámbulos sus libros* Sidharta *y* Peregrinación al Oriente, *obras de singular devoción y de una dulzura que llamaríase romántica si no estuviese tan plenamente impresa de intención espiritualmente redentora. Ni en esos dos libros, ni en* El juego de abalorios *zahiere Hermann Hesse nuestra época, pero si la caracteriza de un modo que no deja lugar a dudas respecto a la opinión que le merece. La llama la "época folletinesca", la encuentra superficial, y entre sus rasgos prominentes enumera: la falta de fe de los pueblos, la buena mecanización de la vida, la decadencia de la moral, la falta de sinceridad de su arte. Dedica suaves palabras de condenación al afán de distracción que ocupa el lugar del afán de saber, aun cuando se trata de disimularlo mediante dos entretenimientos típicos: las conferencias y las palabras cruzadas. Habla de las personas que creen propender a mayor cultura dedicando diariamente una hora a la solución de tales problemas o escuchando conferencias sobre temas de la más variada índole y en que la sonoridad de las palabras y el lucimiento del orador tiene infinitamente más importancia que el propósito instructivo y constructivo, si es que tal propósito anima la perorata. Suelen ser expresiones de un saber superficial lo mismo que de una ambición mundana, y como tales, incluso pervierten las nociones serias y fundamentales que, en un principio, puede haber aportado el oyente. Son signos de desconcentración intelectual, pero de ningún modo de un serio anhelo enciclopédico y menos aún sintético. Y carecen, sobre todo, de la participación del alma, que es la que tan perentoriamente reclama en todas las cosas, y a través de su libro sin par, el autor, como panacea única que puede devolver al mundo su salud moral, espiritual, y la paz verdadera.*

ALFREDO CAHN

Librodot

Librodot

INTRODUCCIÓN

Es NUESTRO propósito consignar en este libro el escaso material biográfico que pudimos hallar acerca de Josef Knecht, el *magister ludí Josephus III*[1], como se le llama en los archivos del "Juego de Abalorios". No nos ciega el hecho de que este intento está de algún modo en contradicción con las leyes y los usos vigentes en la vida espiritual, o por lo menos parece estarlo. Porque precisamente la eliminación de lo individual, la inserción más acabada posible de la persona en la jerarquía de las autoridades educativas y de las ciencias, es uno de los supremos principios de nuestra vida del espíritu. Y este principio ha sido realizado también por larga tradición tan ampliamente que hoy es difícil en extremo, y en muchos casos aun del todo imposible, encontrar pormenores biográficos y psicológicos de individuos que han servido en forma sobresaliente a esta jerarquía; en muchísimos casos no se pueden establecer siquiera los nombres propios. En realidad, es una de las características de la vida espiritual de nuestra "provincia", el que su organización jerárquica posea el ideal de lo anónimo y llegue muy cerca de la realización de este ideal.

Si, a pesar de ello, insistimos en nuestro intento por establecer algo acerca de la existencia del *magister ludí Josephus III* y de esbozar claramente la imagen de su personalidad, no lo hicimos por culto personal o por desobedecer a las costumbres, como creemos, sino por el contrario sólo en el sentido de prestar un servicio a la verdad y a la ciencia. El concepto es antiguo: cuanto más aguda e inexorablemente formulamos una tesis, tanto más irresistiblemente ella reclama la antítesis. Aceptamos y respetamos la idea que constituye la base de lo anónimo de nuestras autoridades y nuestra existencia espiritual. Pero justamente una mirada a la prehistoria de esta vida espiritual, es decir, a la evolución del juego de abalorios, nos muestra necesariamente que toda fase de desarrollo, toda construcción, todo cambio, toda incidencia esencial, ya se interprete en sentido progresista, ya en sentido conservador, señala irrecusablemente a la persona que introdujo el cambio y se convirtió en instrumento de la transformación y el perfeccionamiento, no como a su único verdadero autor, pero si como a su rostro más ostensible.

Porque seguramente lo que hoy entendemos por personalidad, es algo ya muy diverso de lo que comprendieron por ello los biógrafos e historiadores de épocas precedentes. Para ellos, y justamente para los escritores de aquellas épocas que tuvieron netas tendencias biográficas, parece —podría decirse— que lo esencial de una personalidad fue lo discrepante, lo anormal y único, y aún, a menudo, lo patológico, mientras que nosotros los modernos hablamos generalmente de personalidades importantes sólo cuando encontramos seres humanos que, más allá de toda originalidad y rareza, lograron la inserción más perfecta posible en el orden general, la prestación más acabada en lo ultrapersonal. Si observamos con más atención, también la antigüedad conoció ya este ideal: la figura del "sabio" o del "ser perfecto" para los antiguos chinos, por ejemplo, o el ideal de la moral socrática,

[1] *Maestro del juego José III.*

Librodot

apenas pueden distinguirse de nuestro ideal moderno, y muchas grandes organizaciones espirituales, como la Iglesia romana en sus épocas más poderosas, tuvieron principios parecidos, y muchas de sus máximas figuras, como Santo Tomás de Aquino, nos parecen —como las primeras estatuas griegas— más arquetipos clásicos que individuos. De todos modos, en los días de la reforma espiritual que comenzó en el siglo XX y de la que somos herederos, aquel viejo y genuino ideal había ido perdiéndose evidentemente en medida casi total. Nos sorprendemos cuando las biografías de esas épocas cuentan con bastante amplitud cuántos hermanos y hermanas tuvo el protagonista o cuántas cicatrices y costurones dejaron en él el desenlace de la infancia, la pubertad, la lucha por el reconocimiento, el anhelo de amor. A los modernos no nos interesa la patología ni la anamnesia familiar, la vida vegetativa, la digestión y el sueño de un héroe; ni siquiera sus antecedentes espirituales, su formación a través de estudios y lecturas preferidas, etc., tienen importancia especial para nosotros. Sólo merece nuestro particular interés aquel único personaje que por naturaleza y educación estuvo colocado en condiciones para dejar diluir su persona casi perfectamente en su función jerárquica, sin que se perdiera la fuerte, viva y admirable espontaneidad que constituye el valor y la fragancia del individuo. Y sí entre persona y jerarquía surgen conflictos, los consideramos precisamente como piedra de toque de la grandeza de una personalidad. Del mismo modo que no aprobamos al rebelde a quien los deseos y las pasiones impulsan a romper con la norma, reverenciamos la memoria de las víctimas, los realmente trágicos.

En este caso, pues, de los héroes, de los verdaderos arquetipos humanos, creemos permitido y natural el interés por la persona, el nombre, el rostro, el gesto, porque ni en la jerarquía mes perfecta, ni en la organización más pareja vemos ciertamente un mecanismo compuesto de partes muertas e indiferentes en sí mismas, sino un cuerpo viviente, formado por piezas y animado por órganos que poseen —cada uno— su modo propio y su propia libertad, y comparten el milagro de la vida. Y en tal sentido, nos hemos esforzado en procura de noticias acerca de la vida del maestro del juego de abalorios Josef Knecht y, especialmente, de todo lo escrito por él; hemos hallado así varios originales que creemos dignos de ser leídos.

Lo que podemos informar acerca de la persona y la existencia de Knecht es ciertamente conocido total o parcialmente por los miembros de la Orden y, sobre todo, por los expertos en el juego de abalorios, y por esta ratón, pues, nuestra obra no se dirige solamente a ese círculo, sino que confía tener lectores comprensivos también fuera de él.

Para ese círculo más reducido, nuestro libro no necesitaría ni introducción ni comentario. Mas como deseamos también fuera de la Orden lectores interesados en la vida y las obras de nuestro héroe, nos toca la tarea nada fácil de anteponer a la obra —para esos lectores menos preparados— una pequeña introducción popular al significado y a la historia del juego de abalorios. Insistimos en que esta introducción es y quiere ser de carácter popular y no pretende en absoluto aclarar las cuestiones tan discutidas dentro de la misma Orden sobre problemas del juego y de su historia. Está muy lejana todavía la hora de una exposición objetiva de este argumento.

No cabe esperar, pues, de nosotros una historia completa y una elaborada

Librodot

teoría del juego de abalorios; no podrían lograrlas ni autores más dignos y hábiles que nosotros. Esta tarea queda reservada a épocas futuras, si las fuentes y las premisas espirituales no llegan a perderse antes. Tampoco nuestro ensayo pretende ser un manual de ese juego; ese manual nunca podrá escribirse. Las reglas del mismo se aprenden solamente por la vía acostumbrada y prescrita, que requiere varios años de estudio, y ninguno de los iniciados podría tener nunca interés en tornar más fáciles para el entendimiento las tales reglas.

Las normas, el alfabeto y la gramática del juego representan una especie de idioma secreto muy desarrollado, en el cual participan varias ciencias y artes, sobre todo las matemáticas y la música (la ciencia musical, respectivamente) y que expresa loa contenidos y resaltados de casi todas las ciencias y puede colocarlos en correlación mutua. El juego de abalorios es, por lo tanto, un juego con todos los contenidos y valores de nuestra cultura; juega con ellos como tal vez, en las épocas florecientes de las artes, un pintor pudo haber jugado con los colores de su paleta. Lo que la humanidad produjo en conocimientos elevados, conceptos y obras de arte en sus periodos creadores, lo que los períodos siguientes de sabia contemplación agregaron en ideas y convirtieron en patrimonio intelectual, todo este enorme material de valores espirituales es usado por el jugador de abalorios como un órgano es ejecutado por el organista; este órgano es de una perfección apenas imaginable, sus teclas y pedales tocan todo el cosmos espiritual, sus registros son casi infinitos; teóricamente, con este instrumento se podría reproducir en el juego todo el contenido espiritual del mundo. Ahora bien, estas teclas, estos pedales y estos registros subsisten firmemente; en lo relativo a su número y disposición, en realidad, sólo en teoría sería posible aportar cambios y tentativas de perfeccionamiento: el enriquecimiento del idioma del juego mediante la incorporación de nuevos contenidos se subordina al “control” más severo que pueda imaginarse, a cargo de la suprema dirección. En cambio, dentro de este firme conjunto o, para mantener nuestro lenguaje figurado, dentro del complicado mecanismo de este gigantesco órgano, cada jugador posee todo un mundo de posibilidades y combinaciones, y es casi imposible que entre mil juegos severamente realizados ni siquiera dos resulten parecidos más que superficialmente. Aun cuando sucediera que alguna vez dos jugadores por casualidad dieran a su juego la misma pequeña selección de temas, estos dos juegos tendrían aspecto y curso totalmente distintos, según el modo de pensar, el temperamento, el estado de ánimo y la virtuosidad de los ejecutantes.

En realidad, corresponde en absoluto al gusto del historiador hasta dónde hacer remontar en el pasado los comienzos y la prehistoria del juego de abalorios. Porque como todas las grandes ideas, no tiene realmente un comienzo, sino que como idea existió siempre. Lo hallamos prefigurado ya en muchas épocas precedentes como concepto, como intuición, como forma mágica, por ejemplo en Pitágoras; luego en las postrimerías de la cultura antigua, en el círculo griegognóstico, como también entre los antiguos chinos; después, una vez más en los apogeos de la vida espiritual moriscoárabe; más adelante la huella de su prehistoria pasa a través de la Escolástica y el Humanismo a las Academias de los matemáticos de los siglos XVII y XVIII, y aun a las filosofías románticas y las ruinas de los

Librodot

sueños sibilinos de Novalis. En cada movimiento del espíritu hacia la meta ideal de una Universitas Litterarum 1, en cada academia platónica, en cada asociación de una selección espiritual, en cada tentativa de reconciliación entre las ciencias exactas y las libres o entre ciencia y religión, existió como idea básica esta misma idea eterna que para nosotros ha tomado forma y figura con el juego de abalorios. Espíritus como Abelardo, Leibniz y Hegel conocieron, sin duda, el sueño de apresar el universo espiritual en sistemas concéntricos y de fundir la belleza viviente de lo espiritual y del arte en la hechicera fuerza formuladora de las disciplinas exactas. En los tiempos en que la música y las matemáticas experimentaron casi contemporáneamente su momento clásico fueron corrientes las relaciones y las fecundaciones entre ambas. Y dos siglos antes, encontramos en Nicolás de Cusa, párrafos con la misma atmósfera, como por ejemplo éste: "El espíritu se amolda a lo potencial para medirlo todo con el módulo de lo potencial y de la necesidad absoluta, para que lo mida todo en la escala de la unidad y la simplicidad, como lo hace Dios, y en la otra de la necesidad del acoplamiento, para apreciarlo de tal manera todo con respecto a su particularidad; finalmente se amolda al potencial determinado, para valuarlo en su existencia. Pero luego el espíritu mide también simbólicamente, por comparación, como cuando se sirve del número y de las figuras geométricas y se confronta con ellas tomadas como ecuaciones". Por lo demás, al parecer, no es solamente este pensamiento del filósofo de Cusa el que alude casi a nuestro juego de abalorios, o corresponde y nace de parecida tendencia de la imaginación como su juego de conceptos; se podrían mostrar varios y aun muchos ecos parecidos en su obra. También su gozo por las matemáticas y su capacidad y su inclinación a emplear figuras y axiomas de la geometría euclidiana para conceptos teológico-filosóficos como ecuaciones aclaratorias, parece tener mucho parentesco con la mentalidad del juego y, a menudo, una especie de latín (cuyas vocales son frecuentemente libres invenciones suyas, sin que puedan ser interpretadas mal por alguien que sepa latín) recuerda la plasticidad libremente mantenida del idioma del juego.

Ni menos ajeno, como ya puede indicarlo el lema de nuestro ensayo, resulta Albertus Secundus al número de los antepasados del juego de abalorios. Y suponemos —sin poderlo apoyar por cierto con citas— que la idea del juego dominó también a los sabios músicos de los siglos XVI, XVII y XVIII, que fundaron sus composiciones musicales en especulaciones matemáticas. Aquí y allá, en las antiguas literaturas se tropieza con leyendas de sabios y mágicos juegos que fueron ideados por hombres doctos y monjes o en cortes principescas hospitalarias, y se jugaron, por ejemplo, en forma de ajedrez, cuyas figuras y cuyos campos poseían además de sus significados comunes también otros ocultos. Y son muy conocidas las narraciones, fábulas y sagas de la infancia de todas las civilizaciones, que atribuyen a la música, por sobre lo que es arte, un poder que domina a las almas y a los pueblos, y la convierten en un regidor secreto o en un repertorio de leyes para los hombres y sus Estados. El concepto de una sublime existencia celestial de los seres humanos bajo la hegemonía de la música tiene su papel en la vida pública y privada desde la China más antigua hasta las leyendas de los griegos. A este culto de la armonía ("En variaciones eternas, desde arriba nos saluda el misterioso poder del canto"

Librodot

NOVALIS) se vincula en la medida más íntima también el juego de abalorios.

Si reconocemos, pues, la idea del juego como eterna y, por esta razón, como existente y viva mucho antes de que se verificara por entero, su realización en la forma que conocemos tiene a buen seguro su propia historia, de cuyas etapas más importantes trataremos de informar brevemente.

El movimiento espiritual, cuyos frutos —entre muchos otros— son el establecimiento de la Orden y el juego de abalorios, tiene sus comienzos en un período de la historia que desde las investigaciones fundamentales del historiador literario Plinius Ziegenhals lleva la denominación por él creada de "época folletinesca". Estas denominaciones son bonitas pero peligrosas, y con su seducción inducen a considerar injustamente cualquier estado de la vida humana en el pasado; la "época folletinesca" no careció en absoluto de espíritu, ni siquiera fue pobre en este aspecto. Pero —por lo menos así parece, según Ziegenhals— poco supo hacer con ese espíritu, más aún, no atinó a darle la situación y la función adecuadas en la economía de la vida y del Estado. Si hemos de ser sinceros, conocemos muy mal esa época, aunque ella fue el terreno donde creció casi todo lo que hoy constituye la característica de nuestra vida espiritual. Según Ziegenhals, fue una época "burguesa" en especial medida y obsecuente a un amplio individualismo, y si citamos algunos rasgos de acuerdo con la descripción de Ziegenhals, para señalar su atmósfera, sabemos por lo menos con certeza que estos rasgos no son invenciones ni han sido sustancialmente exagerados o desfigurados, porque están comprobados por el gran investigador con un sinnúmero de documentos literarios y de otro carácter. Prestamos nuestra adhesión al sabio que hasta hoy fue el único en dedicar a la "época folletinesca" una seria investigación, y no hemos de olvidar al hacerlo que es ligereza y locura torcer el gesto ante errores o malas costumbres de épocas pasadas.

El desarrollo de la vida espiritual en Europa parece haber tenido desde el final de la Edad Media dos grandes tendencias: la liberación del pensar y creer de toda influencia autoritaria, la lucha, pues, de la razón que se sentía soberana y mayor de edad, contra el dominio de la Iglesia romana, y —por otra parte— la búsqueda oculta pero apasionada de una legitimación de esta libertad, por una autoridad nueva y adecuada, que nacía de sí misma. Generalizando, puede decirse que el espíritu ganó esta lucha, a menudo asombrosamente llena de contradicciones, por dos metas recíprocamente opuestas en principio. No nos está permitido preguntar si la ganancia compensa en la balanza el peso de innúmeras víctimas, o si nuestras normas actuales para la vida del espíritu bastan perfectamente y durarán lo suficiente como para no considerar sacrificio insensato todos los sufrimientos, los espasmos y las enormidades de los procesos contra los herejes y de las hogueras, y aun los destinos de muchos "genios" que terminaron en la locura o en el suicidio. La historia es acontecimiento; carece de importancia el hecho de si estuvo bien, si mejor hubiera sido que no existiese, si podemos comprender su "significado". Así ocurrieron también aquellas luchas por la "libertad" del espíritu, y justamente en aquella tardía época folletinesca, el espíritu en efecto gozó de una libertad inaudita, insoportable para él mismo, por cuanto, deshecha totalmente la tutela

Librodot

eclesiástica y parcialmente la estatal, no siempre encontró una ley auténtica, por él formulada y respetada, una nueva autoridad y legitimidad genuinas. Los ejemplos de degradación, venalidad, renunciación del espíritu en aquel tiempo, como nos la narra Ziegenhals, son en parte sorprendentes.

Debemos confesar que no estamos en condiciones de dar una clara definición de los productos por los cuales denominamos "folletinesca" a esa época. Al parecer, fueron elaborados por millones como una parte especialmente preferida en el material de la prensa diaria, formaron el alimento principal de lectores necesitados de cultura, informaron o, mejor dicho, "charlaron" de mil objetos de la ciencia y, verosímilmente, los más inteligentes de estos folletinistas se solazaron a menudo con su propia labor; por lo menos, Ziegenhals admite haber topado con muchos de estos trabajos que se inclina a interpretar como automofa de sus autores por ser absolutamente incomprensibles. Es muy posible que en estos artículos producidos "industrialmente" se derrochara una cantidad de ironía y autoironía, para cuya comprensión fuera necesario hallar antes la clave. Los fabricantes de estas jugarretas pertenecían en parte a las redacciones de los diarios, en parte eran "escritores libres", y a menudo hasta se los llamaba poetas pero parece también que muchos de ellos pertenecían a la categoría de los sabios y aun algunos fueron universitarios de renombre. Temas preferidos de tales ensayos fueron anécdotas de la vida de hombres y mujeres célebres y su correspondencia; titulados, por ejemplo: *Federico Nietzsche y la moda femenina alrededor de 1870 o Los platos preferidos del compositor Rossini, o El papel del perrito faldero en la vida de las grandes cortesanas,* etc. Además, gustaban las consideraciones que historian los temas actuales de conversación de los ricos, como *El sueño de la fabricación artificial del oro en el curso de los siglos, o Las tentativas para influir quimiofisicamente sobre el clima* y cien argumentos parecidos. Cuando leemos los títulos de tales retahílas citados por Ziegenhals, nuestra extrañeza no es tanto por el hecho de que hubiera gente que las ingería como lectura cotidiana, cuanto porque autores de fama y categoría y buena preparación cultural contribuían a *servir* este gigantesco consumo de interesantes naderías, como rezaba en forma elocuente la expresión empleada: ella indica por lo demás también la relación de entonces del hombre con la máquina. De vez en cuando, tenía especial preferencia la interpelación de personalidades conocidas sobre problemas del momento, a la que Ziegenhals dedica un capítulo especial; en ellas, por ejemplo, se hacía hablar a químicos o a virtuosos pianistas de renombre sobre política, a actores en boga, bailarines, gimnastas, aviadores o también poetas sobre ventajas y desventajas de la soltería, sobre las presumibles causas de la crisis financieras, y otros temas de esta naturaleza. Se trataba únicamente de poner en relación un nombre conocido, con un tema justamente actual: hay que leer los ejemplos, algunos desconcertantes, que Ziegenhals enumera por centenares. Como dijo antes, es posible suponer que en toda esta actividad se mezclaba buena parte de ironía, quizá está ironía fuera diabólica o desesperada, hoy no es fácil imaginarlo; pero por la enorme multitud que a la sazón parece haber sido tan sorprendentemente aficionada a la lectura, todas esas cosas grotescas fueron aceptadas indudablemente con seria buena fe. Si un cuadro famoso cambiaba de dueño, si se subastaba un valioso manuscrito, sí se quemaba un antiguo castillo,

Librodot

si el portador de un apellido de la vieja nobleza se veía envuelto en un escándalo, los lectores conocían en mil folletines no solamente estos hechos, sino que recibían también el mismo día o, a lo sumo, al día siguiente, una cantidad de material anecdótico, histórico, psicológico, erótico, etc., relativo al tema del caso; sobre cada acontecimiento del día se volcaba un río de acuciosas apuntaciones, y la obtención, la clasificación y la formulación de todas estas comunicaciones lució absolutamente el sello de la mercancía de gran consumo, producida rápidamente y sin responsabilidad. Asimismo, según parece, pertenecían al folletín también ciertos juegos, a los que se incitaba a los lectores, mientras con ellos se aumentaba su hartazgo de materia científica; de esto informa una larga nota de Ziegenhals acerca del maravilloso tema de las "palabras cruzadas". En esa época, millares y millares de hombres, que generalmente cumplían trabajos pesados y vivían una vida difícil, permanecían inclinados en sus horas libres sobre cuadrados y cruces de letras, cuyas casillas llenaban de acuerdo con ciertas reglas de juego. Debemos cuidarnos de ver en esto solamente el aspecto ridículo o tonto y tenemos que evitar mofarnos al respecto. Aquellos hombres, con sus adivinanzas infantiles y sus intentos culturales, no eran ciertamente niños ingenuos y reacios juguetones; estaban envueltos angustiosamente en fermentos y sismos políticos, económicos y morales, y sostuvieron muchas guerras terribles y luchas civiles; sus pequeños juegos educativos no fueron simplemente niñerías tontas y generosas, sino que correspondieron a una profunda necesidad de cerrar los ojos y de refugiarse en un mundo ilusorio e inofensivo en lo posible, huyendo de problemas insolubles y de acongojados temores de ruina. Aprendían con perseverancia a guiar automóviles, a jugar difíciles juegos de naipes, y se dedicaban distraídos a resolver enigmas de palabras cruzadas, porque se enfrentaban casi sin defensa a la muerte, la angustia, el dolor, el hambre, sin que ya pudieran confortarlos las Iglesias o aconsejarlos el espíritu. Esta gente que leía tantos ensayos y oía tantas conferencias, no se daba tiempo ni ánimo para fortalecerse contra el miedo, para combatir dentro de sí misma la angustia de la muerte: se dejaba vivir temblando y no creía en ningún mañana.

También había conferencias, y nos corresponde hablar brevemente aun de esta categoría de folletín un poco más noble. Especialistas y también bandoleros espirituales ofrecían, aparte de los ensayos, gran número de disertaciones a los ciudadanos de aquella época, que se aferraban todavía firmemente al concepto de cultura despojado de su anterior sentido; no se trataba solamente de oraciones solemnes en ocasiones especiales, sino de discursos pronunciados en salvaje competencia y cantidad apenas imaginable. En esos días, el habitante de una ciudad de mediana importancia, o su mujer, podía escuchar conferencias una vez por semana, en las grandes ciudades casi todas las noches, y en ellas se le instruía teóricamente sobre algún tema, obras de arte, poetas, sabios, investigadores, viajes alrededor del mundo; el oyente permanecía completamente pasivo y la conferencia suponía tácitamente una relación del público con el tema, una preparación previa, una cultura y una facultad de recepción, sin que esto existiera en la mayoría de los casos. Había conferencias divertidas, temperamentales o chistosas, sobre Goethe, por ejemplo, que subía a la diligencia con su frac azul y seducía muchachas de Estrasburgo o de Wetsal, o sobre la cultura árabe, en las que se mezclaban muchas palabras

Librodot

intelectuales en boga como en un cubilete de dados, y cada uno se alegraba cuando podía reconocer aproximadamente alguna de ellas. Se escuchaban conferencias sobre poetas cuyas obras nunca se habían leído ni se había soñado leer; se proyectaban también por medio de aparatos adecuados figuras e ilustraciones y se luchaba, exactamente como en los folletines de los diarios, con una inundación de valores culturales y fragmentos de saber aislados y vacíos de sentido. En resumen, se enfrentaba justamente muy de cerca aquella horrorosa desvalorización del verbo que, ante todo, provocó en secreto, en círculos muy reducidos, el contramovimiento heroico ascético que muy pronto se hizo visible y poderoso y fue el nacimiento de una nueva autodisciplina y una nueva dignidad del espíritu.

La inseguridad y la falsedad de la vida espiritual de aquella época, que, sin embargo, en muchos aspectos ostentó energía constructiva y grandeza, nos las explicamos los modernos como un síntoma del horror que invadió al espíritu, cuando al final de una era de victoria y prosperidad aparentes se encontró de pronto ante la nada: una gran necesidad material, un período de tormentas políticas y bélicas y una desconfianza surgida del día a la noche de sí mismo, de la propia fuerza y dignidad, y aun de la propia existencia. Pero en ese periodo de sensación del derrumbe surgieron, por cierto, muchas contribuciones espirituales muy elevadas, entre otras los comienzos de una ciencia musical de la que somos herederos agradecidos. Pero mientras es tan fácil encuadrar bella e inteligentemente determinadas secciones del pasado en la historia universal, todo presente se torna difícil para su autoinserción ordenada; por eso una tremenda inseguridad, una tremenda desesperación, cayó sobre lo espiritual, precisamente, al descender con enorme rapidez las exigencias y las contribuciones espirituales hasta un nivel muy modesto. Se acababa en realidad de descubrir aquí y allá intuición viva en la obra de Nietzche que había pasado el período creador de su cultura y de su misma juventud, que había comenzado la vejez y el crepúsculo, y por esta comprensión experimentada de pronto por todos y groseramente formulada por muchos, se explican tantos angustiosos signos de la época: la árida mecanización de la vida, la profunda decadencia de la moral, el descreimiento de los pueblos, la falsedad del arte. Como en Id maravillosa fábula china, había resonado la “música de la decadencia”, que osciló por décadas enteras como una nota baja de órgano amenazante, corrió como corrupción por las escuelas, los diarios y las academias, fluyó como lipemanía y psicosis entre los artistas y los críticos de la época que hoy pueden ser tomados en serio, hizo estragos en todas las artes como exceso de producción salvaje y de simples aficionados. Hubo distintas formas de reacción frente a este enemigo que ya había penetrado y no podía ser conjurado. Sólo se podía reconocer en silencio la amarga verdad y soportarla estoicamente; esto hicieron los mejores. Era posible tratar de desmentirlos, y para ello los apóstoles literarios de la doctrina de la decadencia cultural ofrecían muchos puntos de fácil ataque; además, el que aceptaba la lucha contra esos amenazantes profetas, tenía influencia sobre los ciudadanos y era escuchado, porque el hecho de que la cultura que el día antes todavía se creía poseer y de la que todos se habían mostrado tan orgullosos, ya no existía, y que la civilización y el arte tan amados no eran más civilización ni arte genuinos, parecía menos audaz e insoportable que las inflaciones financieras imprevistas y la amenaza de los capitales por la

Librodot

revolución. Además, contra la sensación de decadencia había también la postura cínica: seguir bailando y declarar anticuada tontería cualquier preocupación por el porvenir, cantar impresionantes folletines acerca del fin cercano del arte, de la ciencia, del idioma, establecer una total desmoralización del espíritu, una inflación de los conceptos en el mundo folletinesco edificado con papel, por una especie de placer suicida, y proceder como si se asistiera con indiferencia cínica o desbordamiento de bacanal al hundimiento no sólo del arte, el espíritu, la moral y la honestidad, sino también de Europa y del "mundo". Reinaba en los buenos un pesimismo quedamente sombrío; en los malos, malicioso en cambio, y era menester antes una reconstrucción de lo sobreviviente y cierta transformación del mundo y de la moral por la política y la guerra, para que también la cultura admitiera una real consideración de sí y un nuevo ordenamiento.

Entre tanto, esta cultura no se quedó dormida durante las décadas de la transición; precisamente durante su decadencia y a pesar de la aparente defección por parte de artistas, profesores y folletinistas alcanzó en la conciencia de algunos el más agudo despertar y el más hondo examen de conciencia. Ya en pleno florecimiento del folletín hubo en todas partes individuos y pequeños grupos resueltos a permanecer fieles al espíritu y a poner a salvo, con todas sus fuerzas, más allá de la época un germen de buena tradición, disciplina, método y conciencia intelectual. Por cuanto podemos conocer hoy, de estos hechos, parece que el proceso del auto examen, de la reflexión y la oposición consciente contra la decadencia se cumplió principalmente en dos grupos. La conciencia cultural de los sabios se refugió en las investigaciones y en los sistemas educativos de la historia de la música, porque esta ciencia llegó justamente en esos días a su elevación, y en el mundo del folletín dos seminarios que se volvieron famosos cultivaron un método de labor ejemplarmente limpio y escrupuloso. Y como si el destino hubiera querido consentir consoladoramente estos esfuerzos de una valiente cohorte sumamente reducida, ocurrió en lo más sombrío de esos años el afortunado milagro que en sí fue casualidad, pero influyó como una divina confirmación: ¡el hallazgo de los once manuscritos de Juan Sebastián Bach entre el material que poseía entonces su hijo Friedemann! Una segunda atalaya de la resistencia contra la degeneración fue la "Liga de los peregrinos de Oriente", hermandad más dedicada a una disciplina anímica, al cuidado de la piedad y el respeto que a la labor intelectual; por este lado, nuestra forma actual de espiritualismo y del juego de abalorios obtuvo importantes impulsos, especialmente en su dirección contemplativa. También en las nuevas tendencias de lo esencial de nuestra cultura participaron los peregrinos de Oriente, no tanto mediante contribuciones científico-analíticas, cuanto por su capacidad basada en añejos ejercicios secretos para penetrar mágicamente en épocas muy antiguas y en viejísimos estados culturales. Había entre ellos, por ejemplo, músicos y cantores de quienes se asegura que poseían la facultad de ejecutar piezas musicales de épocas anteriores en su perfecta pureza antigua, de cantar y tocar, supongamos, una música de 1600 o de 1650 con tanta exactitud como si todas las modas surgidas más tarde, todos los refinamientos y virtuosismos posteriores, hubiesen sido desconocidos. Esto ocurrió en la época en que la búsqueda de dinamismo y exageración dominaba todo el arte musical

Librodot

y en que por la ejecución y la "concepción" de los directores casi se olvidaba a la música misma; hecho inaudito: se narra que los oyentes, en parte no comprendían en absoluto; en parte, en cambio, prestaban atención y creían oír música por primera vez en su vida, cuando una orquesta de los peregrinos de Oriente ejecutaba públicamente, estrenándola, una "suite" de la época de Haendel, en forma perfecta, sin inflaciones hiperbólicas y desahogos agotadores, con la ingenuidad y el pudor de otros tiempos y otro mundo. Una de las Ligas había construido en el edificio social entre Bremgarten y Morbio un órgano de Bach, tan perfecto como el mismo Juan Sebastián se lo hubiera hecho fabricar, si hubiera tenido los recursos y la posibilidad. El constructor, de acuerdo con una norma ya entonces en vigencia en su Liga, ocultó su nombre y se llamó Silberman, por uno de sus antepasados del siglo XVIII.

Con esto nos hemos acercado a las fuentes de donde nació nuestro actual concepto de la cultura. Una de las más importantes fue la más joven de las ciencias; la historia de la música y de la estética musical. Luego el vuelo casi inmediato de las matemáticas; a esto se agregó una gota de aceite de la sabiduría de los peregrinos de Oriente y, en estrecha relación con la nueva concepción e interpretación de la música, aquella valiente postura, tan gozosa como resignada, frente al problema de la edad de la cultura. Resulta superfluo explayarse mucho al respecto; estas cosas son demasiado conocidas por todos. El resultado más importante de esa nueva posición, más aún, de esta nueva ordenación en el proceso cultural, fue una muy amplia renuncia a la creación de obras de arte, la paulatina separación de lo espiritual de las actividades del mundo y —no menos importante y aun floración total— el juego de abalorios.

En los comienzos del juego ejerció la máxima influencia imaginable el ahondar en la ciencia musical, comenzado ya poco después del año 1900, todavía en pleno apogeo del folletín. Nosotros, herederos de esta ciencia, creemos conocer mejor y, en cierto sentido, comprender mejor también la música de los grandes siglos creadores, especialmente del XVII y XVIII, comparándolos con todas las épocas precedentes (inclusive las de la música clásica misma) Naturalmente, nosotros, posteridad, tenemos una relación totalmente distinta con la música clásica de la que tuvieron los hombres de las épocas de creación; nuestra veneración espiritualizada, y no siempre lo bastante libre de una resignada melancolía por la música genuina, es algo completamente diverso del suave e ingenuo gozo musical de aquellos tiempos que nos inclinamos a considerar más dichosos; ¡cuántas veces por encima de ésta su música, olvidamos las condiciones y las fatalidades entre las cuales nació! Desde generaciones atrás, como lo hizo ya el siglo XX casi en su totalidad, no consideramos más la filosofía o la literatura, sino las matemáticas y la música como la gran contribución duradera de aquel periodo cultural que corre entre el final de la Edad Media y nuestros días. Desde que nosotros —por lo menos fundamentalmente— renunciamos a competir en creación con aquellas generaciones, desde que también abdicamos del culto por el predominio de lo armónico y del dinamismo meramente sensual en la obra musical (dinamismo y armonía que desde Beethoven y el comienzo del romanticismo reinaron en la música durante dos siglos), creemos —la nuestra manera, lógicamente, una manera estéril, epígona, pero respetuosa—, creemos, repito, ver el panorama de esa

Librodot

cultura que heredamos, en forma más pura y más correcta. Nada poseemos ya del goloso placer de producir de aquellas épocas; para nosotros es casi un espectáculo inconcebible ver cómo pudieron mantenerse en el siglo XV y XVI los estilos musicales tanto tiempo en su intacta pureza, cómo entre la cantidad colosal de música escrita entonces no puede hallarse siquiera algo malo, cómo ya el siglo XVIII, en el que comienza la degeneración, puede volcar veloz, radioso y consciente, todo un fuego de artificio de estilos, modas y escuelas; pero creemos haber entendido y tomado por modelo en lo que hoy llamamos música clásica, el secreto, el espíritu, la virtud y la piedad de esas generaciones. No conservamos nada o muy poco, por ejemplo, de la teología y de la cultura eclesiástica del siglo XVIII o de la filosofía del lluminismo, pero vemos en las cantatas, en las Pasiones y en los preludios de Bach, la última sublimación de la cultura cristiana.

Además, la relación de nuestra cultura con la música tiene un antiquísimo modelo sumamente respetable; el juego de abalorios le otorga elevada veneración. En la China legendaria de los "antiguos reyes", debemos recordarlo, se atribuía a la música un papel directivo en la vida estatal y cortesana; hasta se identificaba el bienestar de la música con el de la cultura y la moral y aun del reino, y los maestros de música debían velar severamente por la conversación y la pureza del "antiguo lenguaje musical". La decadencia de la música era considerada una señal de la ruina del gobierno y del Estado. Y los poetas contaban terribles leyendas de las melodías prohibidas, diabólicas y enemigas del cielo, por ejemplo, la melodía Ching Chang y Chin Tse, la "música de la perdición"; cuando ella resonaba sacrílega en el castillo real, el cielo se oscurecía, los muros temblaban y se derrumbaban, y caían el príncipe y el reino. En lugar de muchas otras palabras de los viejos autores, citamos algunos pasajes del capítulo sobre música de *Primavera y otoño,* de Lue Bu We:

"Los orígenes de la música se remontan muy atrás en el tiempo. Nace ella de la medida y arraiga en el gran Uno. El gran Uno procrea los dos polos; los dos polos generan la fuerza de la tinieblas y la de la luz.

"Cuando el mundo está en paz, cuando todas las cosas están en calma, cuando todas en sus mutaciones siguen a las que les son superiores, la música se completa, se verifica. Cuando los deseos y las pasiones marchan por la ruta correcta, la música se perfecciona. La música perfecta tiene su causa. Nace del equilibrio. El equilibrio emana del derecho, el derecho surge del sentido del mundo. Por eso sólo se puede hablar de música con un hombre que ha conocido el sentido del mundo.

"La música descansa en la armonía entre cielo y tierra, en la concordancia entre las tinieblas y la luz.

"Los Estados decaídos y los hombros maduros para la ruina no carecen seguramente de la música, pero ella no es alegre. *Ergo:* cuanto más rumorosa es la música, más melancólicos se tornan los hombres, más amenazado está el país, más hondo cae el príncipe. De esta manera se pierde también la esencia de la música.

"Lo que todos los príncipes sagrados apreciaron en la música, fue su alegría. Los tiranos Giae y Chu Sin hacían música rumorosa. Creían hermosos los sonidos fuertes e interesante el efecto de masa. Anhelaban

Librodot

nuevos y extraños efectos sonoros, tonalidades que no hubiese oído el hombre: trataban de superar y exceder medida y meta.

"La causa del ruina del Estado de los Chu fue porque inventaron la música mágica. Esa música es seguramente bastante ruidosa, pero en verdad ella se ha alejado de la esencia real de la música. Y porque se ha alejado de la verdadera sustancia musical, no es alegre. Si la música no es alegre, el pueblo murmura y la vida es dañada. Todo esto se debe a que se desconoce la esencia de la música y se llega solamente a rumorosos efectos sonoros.

"Por eso la música de una época bien ordenada es tranquila y alegre y el gobierno uniforme. La música de una era inquieta es excitada y rencorosa y su gobierno, invertido. La música de un Estado en decadencia es sentimental y triste y su gobierno peligra."

Los pasajes de este chino nos indican con claridad suficiente los orígenes y el verdadero y casi olvidado sentido de toda música. Como la danza y cualquier otro ejercicio artístico, en efecto, la música fue en los tiempos prehistóricos un recurso de hechicería, uno de los antiguos y legítimos medios de la magia. Comenzando con su ritmo (batir de palmas, zapatear, golpear maderas, primitivo arte tamboril), fue un recurso enérgico y comprobado para poner de acuerdo una pluralidad y una multiplicidad de seres humanos, para llevar al mismo compás su respiración, sus latidos y sus estados de ánimo, para estimular a los hombres a la invocación y al conjuro de las potencias eternas, a la danza, a la competición, a las campañas guerreras, a la acción sagrada. Y esta esencia original, pura y primitivamente poderosa, la esencia de un hechizo, se mantuvo para la música mucho más tiempo que para las demás artes; recuérdese solamente las numerosas manifestaciones de los historiadores y los poetas acerca de la música, desde los griegos hasta la novela de Goethe. Prácticamente, la marcha y la danza nunca perdieron su importancia. ¡Mas volvamos a nuestro verdadero argumento!

Acerca de los comienzos del juego de abalorios hemos de decir ahora brevemente lo que vale la pena saber. Nació, según parece, al mismo tiempo en Alemania e Inglaterra, y precisamente en ambos países como ejercicio divertido entre aquellos reducidos círculos de sabios de la música y de músicos que trabajaban y estudiaban en los nuevos seminarios de teoría musical. Y si se compara el estado inicial del juego con el posterior y el moderno, resulta lo mismo que si se confronta una notación musical de la época de 1500 y sus primitivos signos de notación, en los que faltan hasta las barras divisorias, con una partitura del siglo XVII o ya con una del siglo XIX, con su intrincada superabundancia de indicaciones abreviadas para la dinámica, los tiempos, la fraseología, etc., que a menudo convirtió en grave problema técnico la impresión de tales partituras.

El juego fue, en principio, solamente una ingeniosa forma de ejercicio de memoria y combinaciones entre estudiantes y músicos y, como se dijo, se jugó tanto en Inglaterra como en Alemania, mucho antes que aquí lo "inventaran" en la Universidad musical de Colonia, y recibiera su nombre, tal como lo lleva aún hoy después de tantas generaciones, aunque desde hace mucho tiempo nada tenga que ver con los abalorios. De estos abalorios, se servía el inventor, Bastián Perrot, de Calw, un teórico de la música un poco raro, pero inteligente y socialmente agradable, en lugar de letras,

Librodot

números, notas musicales u otros signos gráficos. Perrot, que además ha dejado un manual sobre *Florecimiento y decadencia del contrapunto,* encontró en el seminario de Colonia un hábito de juego ya bastante desarrollado por los estudiantes: consistía en lanzarse mutuamente determinados motivos o comienzos de composiciones clásicas en su forma científica abreviada; el interpelado debía contestar o bien con la continuación de la pieza o, mejor todavía, con voz más alta o más baja, un contratema opuesto, etc. Se trataba de un ejercicio de memoria e improvisación, como en forma parecida (aunque no teóricamente en fórmula, sino prácticamente con el clavecín, el laúd, la flauta o la vos) estuvo posiblemente en auge un tiempo entre los alumnos de música y contrapunto de Schuetz, Pachelbel y Bach. Bastían Perrot, aficionado a la actividad manual del artesano, con sus propias manos construyó varios pianos y clavicordios a la manera antigua, que muy probablemente pertenecía a los peregrinos de Oriente; cuenta la leyenda que supo tocar el violín a la usanza antigua desde 1800 olvidada, con arco de gran curvatura y tensión a mano de las cuerdas; Perrot fabricó también, según el modelo del sencillo abaco para niños, un marco con algunas docenas de alambres tendidos, en los cuales se podían acomodar, corriéndolas, cuentas de vidrio de diverso tamaño y de varios colores y formas. Los alambres correspondían a las líneas del pentagrama, las cuentas a los valores de las notas, etc., y de esta manera, con abalorios construía, variaba, transportaba, desarrollaba, cambiaba citas musicales o temas inventados y los contraponía a otros Por su técnica este juego, que agradaba a los alumnos, fue imitado y estuvo de moda también en Inglaterra, y por un tiempo, el ejercicio musical se realizó en esta forma de primitiva gracia. Y así, como sucede a menudo, una institución luego permanente e importante recibió su denominación por algo momentáneamente accesorio. Lo que más tarde nació de aquel juego de seminario y de la pauta de abalorios de Perrot, lleva aún hoy el nombre popularizado de juego de abalorios.

Apenas dos o tres décadas más tarde, parece que el juego perdió su favor entre los estudiantes de música, pero fue adoptado por los matemáticos y por mucho tiempo subsistió como rasgo distinto en la historia del juego el que fuera preferido siempre y empleado y perfeccionado por la ciencia que periódicamente experimentaba un florecimiento o renacimiento especial. Entre los matemáticos, el juego alcanzó notable movilidad y capacidad de sublimación y logró ya conciencia de sí y de sus posibilidades; este hecho corrió parejas con la evolución general de la conciencia cultural de entonces, que había superado la gran crisis, y —como lo dice Plinius Ziegenhals— “con modesto orgullo se vio confiado el papel de pertenecer a una cultura final, a un estado que correspondió quizá a la de la última antigüedad, a la de la era greco-alejandrina.”

Así dice Ziegenhals. Tratamos de llevar a su conclusión nuestro esbozo de una historia del juego de abalorios y establecemos: al pasar de los seminarios musicales a los matemáticos (migración que en Francia y en Inglaterra se cumplió mucho más rápidamente que en Alemania), el juego estaba tan desarrollado que podía expresar con signos y abreviaturas especiales procesos y hechos matemáticos; los jugadores colaboraban mutuamente, desarrollándolo, y con estas fórmulas abstractas representaban recíprocamente series evolutivas y posibilidades de su

Librodot

ciencia. Este juego matemático-astronómico de fórmulas requería gran atención, espíritu alerta y concentración; entre los matemáticos valía mucho entonces el nombre de buen jugador de abalorios, porque equivalía al de matemático muy distinguido.

El juego fue aceptado e imitado de vez en cuando por casi todas las ciencias, es decir, empleado en su propio terreno por ellas, como está demostrado en el campo de la filología clásica y la lógica. La consideración analítica de las obras musicales había llevado a concebir secuencias musicales mediante fórmulas físico-matemáticas. Poco después comenzó a trabajar con este método la filología y a calcular figuras idiomáticas en la misma forma en que la física calculaba procesos naturales. Se agregó después la investigación de las artes plásticas, que estaban en relación con las matemáticas desde mucho antes por la arquitectura. Nuevas relaciones, analogías y correspondencias se fueron fraguando luego en las fórmulas abstractas descubiertas de este modo. Cada ciencia que se apoderaba del juego, creó para sí misma con este fin una lengua de juego compuesta de fórmulas, abreviaturas y posibilidades de combinación; en todas partes la más selecta juventud espiritual prefería los juegos de series y los diálogos formulistas. El juego no era mero ejercicio ni mera diversión, era concentrado autosentido de una disciplina del espíritu; lo practicaban especialmente los matemáticos con virtuosismo a la vez ascético y deportivo, y formal seriedad, y hallaban en esto un gozo que les ayudaba a soportar la renuncia, entonces ya consecuentemente realizada de lo espiritual, a todo goce y esfuerzo mundanos. El juego de abalorios tuvo gran participación en la completa superación del folletín y en aquella alegría nuevamente despertada por los ejercicios más exactos del espíritu, a la que debemos el nacimiento de una nueva disciplina moral de monacal severidad. El mundo había cambiado. Se podría comparar la vida espiritual de la época folletinesca con una planta degenerada, que se prodiga en crecimientos hipertróficos, y las correcciones posteriores con una poda radical de la planta hasta las raíces; Los jóvenes que ahora querían dedicarse a los estudios espirituales, no entendían ya más por estudio un olisquear en las universidades, donde profesores famosos y locuaces, sin autoridad alguna, les impartían los residuos de la antigua cultura superior; debían estudiar tan seriamente y aun más seria y metódicamente que un tiempo los ingenieros en las escuelas politécnicas. Tenían que subir por empinado camino: debían pulir y acrecer su poder mental en las matemáticas y en ejercicios aristotélicos escolásticos y, además, aprender a renunciar totalmente a todos los bienes que antes una serie de generaciones de sabios habían considerado dignos de lograrse: a la rápida y fácil ganancia de dinero, a la gloria y a los honores de la publicidad, a las loas de la prensa, a matrimonios con las hijas de banqueros e industriales, a los goces y al lujo de la vida material. Los escritores de grandes ediciones, premios Nobel y hermosas casas de campaña, los grandes médicos de condecoraciones y sirvientes de librea, los académicos de esposas ricas y salones brillantes, los químicos con cargos de asesores en la industria, los filósofos con fábricas de folletines y seductoras conferencias en salas colmadas y aplausos y ramos de flores, todas estas figuras habían desaparecido y hasta hoy no han vuelto a la luz. Sí, había aún muchísimos jóvenes de talento para quienes aquellas figuras eran modelos envidiables, pero los caminos a los honores

Librodot

públicos, a la riqueza, a la gloria y al lujo no pasaban más a través de las aulas, los seminarios y las tesis doctorales; las profesiones espirituales profundamente decaídas habían quebrado a los ojos del mundo y reclamaron nuevamente una entrega expiatoria y fanática al espíritu. Los hombres de talento que más anhelaban esplendor y bienestar, debieron volver la espalda a la espiritualidad condenada y buscar las profesiones a las que se había dejado la posibilidad del triunfo y del dinero.

Nos llevaría demasiado lejos tratar de describir más exactamente en qué forma el espíritu, después de su purificación, se insertó también en el Estado. Se hizo muy pronto la experiencia de que pocas generaciones de una relajada e inconsciente disciplina espiritual habían bastado para perjudicar muy sensiblemente también a la vida práctica; de que el saber y la responsabilidad eran cada vez menos frecuentes en todas las profesiones más elevadas, hasta en las técnicas; y por esto el cuidado del espíritu en el Estado y en el pueblo, sobre todo la instrucción pública, llegó a ser cada vez más monopolio de los intelectuales, como hoy en casi todos los países de Europa la escuela —en cuanto dejó de estar bajo el "control" de la Iglesia de Roma— se halló en manos de las Ordenes anónimas que alistan sus miembros entre lo más selecto de la intelectualidad. Aun cuando pueda a veces resultar molesta para la opinión pública la severidad y la llamada arrogancia de esta casta, aun cuando se hayan rebelado contra ella determinados individuos, esta dirección permanece inconmovible; la sostiene y la protege no solamente su integridad, su renuncia a otros bienes y otras ventajas que no sean las espirituales, sino que la defiende también la conciencia o la intuición desde largo tiempo atrás generalizada de la necesidad de esta severa escuela para la subsistencia de la civilización. Se sabe o se adivina: cuando el pensar no es puro y vigilante y no tiene el valor el respeto del espíritu, tampoco marchan ya correctamente buques y automóviles, todo valor y toda autoridad se tambalea tanto para la regla de cálculos del ingeniero como para la contabilidad de los Bancos y las Bolsas, y sobreviene el caos. Tardó por cierto mucho tiempo en abrirse camino el reconocimiento de que también lo externo de la civilización, también la técnica, la industria, el comercio, etc., necesitan los cimientos comunes de una moral y de una honestidad del espíritu.

Ahora bien, lo que en aquella época faltaba todavía al juego de abalorios, era el poder de universalidad, el vuelo por encima de las profesiones. Jugaban su juego inteligentemente regulado los astrónomos, los griegos, los latinos, los escolásticos, los estudiantes de música, pero el juego tenía para cada subordinación, para cada disciplina y sus ramificaciones un idioma propio, un propio mundo de reglas. Pasó medio siglo antes de que se diera el primer paso para superar estos límites. La causa de esta lentitud fue, sin duda, más moral que formal y técnica; los medios para esa superación se hubieran podido hallar, pero a la severa moral del espiritualismo renacido, estaba ligado un miedo puritano por la *allotria,* por la mezcla de las disciplinas y las categorías, un miedo profundo y muy justificado por la reincidencia en el pecado de la puerilidad y el folletín.

La obra de un solo hombre llevó entonces el juego de abalorios, casi de un salto, a la conciencia de sus posibilidades y por consiguiente hasta el umbral de la capacidad universal de perfección; una vez más el vínculo con la

Librodot

música logró este progreso. Un sabio músico suizo, al mismo tiempo fanático aficionado a las matemáticas, dio al juego una nueva dirección y la posibilidad de su máximo desarrollo. El nombre civil de este grande hombre no puede ser averiguado ya, su época ignoraba el culto personal en el terreno espiritual; vive en la historia como *Lusor Basiliensis* (o también *loculator)*[2]*.* Su invento, como todo invento, fue ciertamente por entero obra y gracia personal suya, pero no procedía en absoluto solamente de una necesidad y de una aspiración personales, sino que estaba impulsado por un motor más fuerte. Entre los intelectuales de su tiempo, existía por doquiera un apasionado anhelo incitador hacia la posibilidad de expresión de una nueva esencia del pensamiento; se aspiraba a una filosofía, a una síntesis; se sentía la insuficiencia de la felicidad momentánea por el puro retraimiento en la propia disciplina; aquí y allá, algún sabio rompía los compartimientos de la ciencia especializada y trataba de avanzar en lo general; se soñaba con un nuevo alfabeto, con una nueva lengua de signos con la que fuera posible establecer y además intercambiar las nuevas vivencias espirituales. Notable testimonio de ello nos ofrece la obra de un sabio parisiense de estos, años: *Admonición china.* El autor de este libro, en su época ridiculizado como una especie de Don Quijote, por lo demás sabio respetado en su terreno de la filosofía china, explica a cuáles peligros se exponen la ciencia y la cultura espiritual a pesar de su valiente postura, si renuncian a elaborar una lengua gráfica internacional, que como la antigua escritura china permita expresar lo más complicado (sin eliminaciones) de la fantasía y la invención personales de una manera gráfica inteligible para todos los sabios del universo. Y bien, el paso más importante hacia el cumplimiento de tal demanda lo dio el *Joculator Basiliensis.* Para el juego de abalorios inventó los fundamentos de una nueva lengua, es decir, de una lengua de signos y fórmulas, en la que participaban por igual las matemáticas y la música, y hacía posible así unir fórmulas astronómicas y musicales, llevar a un común denominador matemáticas y música, simultáneamente. Aun cuando con eso no se completaba en absoluto la evolución, el desconocido sabio de Basilea colocó entonces los cimientos de lo ulterior en la historia de nuestro juego querido.

El juego de abalorios, un día entretenimiento especial, ora de matemáticos, ora de filósofos o músicos, atrajo entonces cada vez más a todos los verdaderos intelectuales. Se dedicaron a él muchas antiguas academias y logias y, sobre todo, la antiquísima Liga de los peregrinos de Oriente. También algunas de las Órdenes católicas presintieron allí una nueva atmósfera espiritual y se dejaron seducir; en algunos monasterios benedictinos, especialmente, fue tal la dedicación al juego, que surgió en forma aguda el problema reaparecido muchas veces después, de si este juego debía ser realmente tolerado y apoyado o prohibido por la Iglesia y la Curia.

Desde la hazaña del sabio de Basilea, el juego evolucionó hasta ser lo que es hoy: universal contenido de lo espiritual y musical, culto sublime, *unio mystica*[3] de todos los miembros aislados de la *Universitas Litterarum*[4]. En

[2] *Ambas formas,* Lusos basillensis *o* joculator basillensis, *significan jugador de Basilea, juglar, en cierto modo.*

[3] *Unión mística.*

nuestra existencia posee por un lado el papel del arte, por el otro el de la filosofía especulativa; y, por ejemplo, en la época de Plinius Ziegenhals fue denominado muchas veces con una expresión, resabio todavía de la literatura de la época folletinesca y que por entonces indicaba la meta nostálgica de muchas almas llenas de intuición: "teatro mágico".

Pero si el juego de abalorios, desde sus comienzos, creció hasta lo infinito en técnica y volumen de las materias y se convirtió en ciencia noble y arte elevado, por lo que se refiere a las aspiraciones espirituales de los jugadores, le faltó sin embargo, en los tiempos del sabio de Basilea algo esencial aún. Hasta ese momento, cabe decir, todo juego había sido un enfilar, ordenar, agrupar y oponer ideas concentradas de muchos campos del pensar y la belleza, un rápido recordar valores y formas ultratemporales, un breve vuelo virtuosista por los reinos del espíritu. Sólo más tarde penetró también poco a poco sustancialmente en el juego el concepto de la contemplación y, sobre todo, de los usos y las costumbres de los peregrinos de Oriente. Se había hecho visible el inconveniente de que artistas de la memoria, sin otras virtudes, efectuaran juegos virtuosistas y deslumbrantes y pudieran sorprender y confundir a los participantes con la rápida sucesión de innúmeras ideas. Este virtuosismo sufrió paulatinamente severas prohibiciones sucesivas y la contemplación se convirtió en componente muy valioso del juego, más aún, se tornó cosa capital para espectadores y oyentes de cada juego. Fue el viraje hacia lo religioso. Ya no importaba sólo seguir con la mente las series de ideas y todo el mosaico espiritual de un juego con rápida atención y avezada memoria, sino que surgió la demanda de una entrega más profunda y anímica. Es decir, después de cada signo conjurado por el ocasional jugador o director del juego, se verificaba una silenciosa y severa consideración de su contenido, su origen, su sentido; consideración que obligaba a cada participante a representarse intensa y orgánicamente los significados del signo. Todos los miembros de la Orden y de las Ligas del juego habían aprendido la técnica y el ejercicio de la contemplación en las escuelas de selección, donde se dedicaba la máxima atención al arte de la contemplación y la meditación. Con ello se preservaban los jeroglíficos del juego de la degeneración en meras letras de un alfabeto.

Hasta entonces, sin embargo, el juego de abalorios permaneció mero ejercicio privado, a pesar de su difusión entre los sabios. Se podía jugar por uno solo, de a dos, entre muchos, y por cierto a veces se anotaron también juegos muy inteligentes, bien compuestos y logrados, que pasaban de ciudad en ciudad, de país en país, y eran admirados y criticados. Mas sólo entonces comenzó lentamente el juego a enriquecerse con una nueva función, al convertirse en fiesta pública. Hoy todavía, el juego privado es libre para cualquiera y los más jóvenes son especialmente aficionados a esta forma. Pero al oír las palabras "juego de abalorios", todo el mundo piensa hoy particularmente en los juegos solemnes y públicos. Se verifican con la dirección de pocos maestros distinguidos, a quienes preside en cada país el *Ludí Magister* o maestro del juego, con la devota asistencia de los invitados y la tensa atención de los oyentes en todas partes del mundo; algunos de estos juegos duran días y semanas, y mientras se celebran, todos los participantes

[4] *Universidad de las letras.*

Librodot

y oyentes viven según exactas normas, que se extienden hasta la duración del sueño, llevando una vida de renuncia y altruismo en absoluta meditación, comparable a la vida de penitencia severamente regulada, que llevaban los participantes en los ejercicios de san Ignacio.

Poco más cabe agregar. El juego de los juegos, merced a la alternada hegemonía de ésta o aquélla ciencia o arte, se convirtió en una especie de idioma universal, con el cual los jugadores estaban capacitados para expresar valores con ingeniosos signos y para ponerse en relación mutua. En todos los tiempos, estuvo estrechamente emparentado con la música y generalmente se desarrolló de acuerdo con reglas musicales o matemáticas. Se fijaba un tema, dos, tres; luego los temas eran expuestos o variados, y corrían la misma suerte que los de una fuga o de un movimiento de sinfonía. Una jugada podía partir de una configuración astronómica fijada o del tema de una fuga de Bach o de un pasaje de Leibniz o de los Upanishads, y desde el tema, según la intención y la capacidad del jugador, se podía proseguir y elaborar la idea madre evocada o enriquecer su expresión con ecos de ideas vinculadas con él. Si el principiante sabía establecer, con los signos del juego, paralelos entre una música clásica y la fórmula de una ley física, para un conocedor y maestro el juego conducía libremente desde el tema inicial a ilimitadas combinaciones. Ciertas escuelas preferían, y lo prefirieron por mucho tiempo, aparecer, enfrentar y reunir armoniosamente al final dos temas o ideas contrastantes, como ley y libertad, individuo y comunidad, y se atribuía mucho valor al hecho de tratar en ese juego ambos temas de manera perfectamente uniforme e imparcial, elaborando con la tesis y la antitesis, la síntesis más pura posible. Sobre todo, aparte de algunas excepciones geniales, no agradaban, y en ciertos períodos fueron prohibidos, juegos con un final negativo, escéptico e inarmónico, y esto respondía profundamente al sentido que el juego había alcanzado para todos en su apogeo. Significaba una forma selecta y simbólica de la búsqueda de lo perfecto, una alquimia sublime, un acercamiento al espíritu único por sobre todas las imágenes y multitudes, es decir, a Dios. Como los piadosos pensadores de épocas antiguas imaginaban, por ejemplo, la vida de las criaturas como un camino hacia Dios y consideraban concluida y acabada la multiplicidad del mundo fenoménico sólo en la unidad divina, del mismo modo las figuras y fórmulas del juego de abalorios construían, musicaban y filosofaban en una lengua universal que era alimentada por todas las ciencias y las artes, jugándose en anhelos por lo perfecto, por el ser puro, colmado de realidad total. “Realizar” era la expresión preferida de los jugadores y ellos consideraban su labor como camino del devenir al ser, de lo posible a lo real. Séanos permitido aquí recordar una ver más el pasaje antes citado de Nicolás de Cusa.

Por lo demás, las expresiones de la teología cristiana, en cuanto se formularan clásicamente y con esto parecieran constituir patrimonio común, eran lógicamente incluidas en la lengua gráfica del juego, y un concepto capital de la fe, por ejemplo, o el texto de un pasaje bíblico, un pensamiento de un Padre de la Iglesia o del Misal romano, podían ser expresados con la misma facilidad y exactitud, y ser, además, incluidos en el juego, como un axioma de la geometría o una melodía de Mozart. Cometemos apenas una ligera exageración si nos atrevemos a decir lo siguiente: para el estrecho círculo de los más genuinos jugadores de abalorios, el juego tenia casi

Librodot

el mismo significado de un servicio divino, aunque cada uno se abstenía de una teología propia.

En la lucha por su subsistencia entre las fuerzas antiespirituales del mundo, tanto los jugadores de abalorios como la Iglesia romana estuvieron demasiado alerta mutuamente, para que se pudiera llegar entre ambos a una decisión, aunque hubo muchas ocasiones para ello, porque en ambas potencias la honestidad intelectual y la legítima tendencia hacia una formulación más neta y unívoca impulsaban a una separación. Pero ésta nunca llegó a realizarse. Roma se conformó con afrontar el juego ora con tolerancia, ora con hostilidad; muchos de los mejores jugadores pertenecían por cierto a las congregaciones eclesiásticas y al clero de mayor jerarquía. Y el juego mismo, desde que existieron tenidas públicas y un *Ludí Magister,* estuvo bajo la protección de la Orden y de las autoridades educativas: ambas fueron frente a Roma la cortesía y la caballerosidad personificadas. El papa Pío XV, que como cardenal había sido un inteligente y ardoroso jugador, como papa no sólo se despidió de él, como sus predecesores, para siempre, sino que hasta intentó procesarlo; poco faltó entonces para que se prohibiera el juego de abalorios a los católicos. Pero el papa murió antes de que eso aconteciera, y una difundida biografía de este hombre nada insignificante describió su relación con el sabio juego como una profunda pasión que en su condición de papa quiso dominar por el ataque hostil.

El juego de abalorios, realizado libremente en un principio por individuos y comunidades, y fomentado por cierto desde mucho atrás por las autoridades de la enseñanza, logró su organización pública primeramente en Francia e Inglaterra; los demás países siguieron el ejemplo con bastante rapidez. Se estableció entonces en cada país una Comisión y un supremo director, con el titulo de *Ludí Magister,* y se consagraron como festividades espirituales los juegos oficiales, realizados con la dirección personal del *Magister.* Éste, como todos los altos y supremos funcionarios del espiritualismo, permaneció naturalmente *en* el anónimo; fuera de pocos íntimos, nadie sabía su verdadero nombre. Los recursos oficiales e internacionales de divulgación, como la radiotelefonía, estaban solamente a disposición de los grandes juegos oficiales, de los que era responsable el *Ludí Magister.* Además de la dirección de los juegos públicos, correspondía a los deberes del *Magister* el fomento de los jugadores y sus escuelas, pero los maestros debían ante todo velar por el progreso del juego. La Comisión Mundial de los Maestros de todos los países era la única que resolvía la admisión (hoy casi eliminada totalmente) de nuevos signos y fórmulas en el conjunto de los juegos, la eventual ampliación de las reglas, la colaboración o la exclusión de nuevos terrenos. Si se considera el juego como una especie de idioma universal de lo espiritual, las comisiones de los distintos países con la dirección de sus maestros constituyen en conjunto la Academia que vigila la estabilidad, el progreso, la pureza de ese idioma. Cada Comisión nacional posee un archivo del juego, es decir, el archivo de todos los signos y claves hasta el momento examinados y admitidos, cuyo número desde hace tiempo se tornó mucho mayor que el de los antiguos signos de la escritura china. En general, como preparación cultural suficiente para un jugador de abalorios vale el examen final de las escuelas cultas superiores, sobre todo las escuelas de selección, pero se exigió y se exige previamente en forma implícita un dominio de las ciencias capitales o de la música, superior al común. Llegar a

Librodot

miembro de la Comisión de juego y aun a *Ludí Magister,* era el ambicioso sueño de cada uno de los alumnos de las escuelas de selección, a la edad de quince años. Pero ya entre los futuros doctores había sólo una minoría que cultivara con seriedad todavía el orgullo de poder servir activamente al juego de abalorios y a su progreso. Para ello todos estos aficionados se ejercitaban diligentemente en la ciencia respectiva y en la meditación, y formaban en los "grandes" juegos ese íntimo círculo de devotos y fieles participantes que dan a los juegos públicos el carácter solemne y los preservan de degenerar en actos meramente decorativos. Para estos verdaderos jugadores y aficionados, el *Ludí Magister* es un príncipe o un gran sacerdote, casi una divinidad.

Para el jugador independiente, sin embargo, y sobre todo para el *Magister,* el juego de abalorios es en primer término un hacer música, quizá en el sentido de las palabras que escribió una vez José Knecht acerca de la esencia de la música clásica:

"Consideramos la música clásica como el extracto y la esencia de nuestra cultura, porque es su gesto y su expresión más clara y explicativa. Poseemos en esta música le herencia de la antigüedad y del cristianismo, un espíritu de más alegre y valiente piedad, una moral insuperablemente caballeresca. Porque, en resumidas cuentas, todo gesto clásico cultural significa una moral, un modelo de la conducta humana concentrado en gesto. Sí, entre 1500 y 1800 se hizo mucha música, los estilos y las expresiones fueron sumamente distintos pero el espíritu, mejor aún la moral, es en todas partes el mismo. La postura humana, cuya expresión es la música clásica, es siempre la misma y siempre se funda en idéntica clase de conocimiento existencial y aspira a la misma categoría de superioridad sobre el acaso. El gesto de la música clásica significa sabiduría de lo trágico de la humanidad, afirmación del destino humano, valor, alegría. Ya sea la gracia de un minué de Haendel o de Couperin, ya sea la sensualidad sublimizada en gesto delicado como en muchos italianos o en Mozart, ya sea la calma y decidida disposición a la muerte como en Bach, siempre contiene íntimamente una porfía, un valor que no teme a la muerte, una caballerosidad y el eco de una risa sobrehumana de inmortal alegría. Así también sonará el eco en nuestros juegos de abalorios y en todo nuestro vivir, hacer y sufrir".

Estas palabras fueron anotadas por un discípulo de Knecht. Con ellas ponemos fin a nuestras consideraciones sobre el juego de abalorios.

Librodot

Capítulo I
LA VOCACIÓN

NADA sabemos acerca del origen de Josef Knecht. Como muchos de los estudiantes de selección o bien perdió en temprana edad sus padres, o bien fue sacado de una condición adversa y adoptado por las autoridades de la enseñanza. En todo caso le estuvo ahorrado el conflicto entre escuela selecta y hogar paterno, que pesó sobre los años juveniles de muchos otros de su clase y les dificultó la entrada en la Orden; conflicto que en muchos casos convierte a jóvenes altamente dotados en caracteres difíciles y problemáticos. Knecht pertenece a los felices que parecen nacidos y predestinados realmente a Castalia[5]; a la Orden y al servicio en los cargos educativos; y aunque no le fue desconocido en absoluto lo problemático de la vida espiritual, le fue dado sin embargo, experimentar lo trágico innato en toda existencia consagrada a lo intelectual sin particular amargura. Por cierto, no fue este aspecto trágico el que nos sedujo a dedicar nuestro profundo estudio a la personalidad de Josef Knecht; fue más bien la forma tranquila, alegre y hasta radiosa en que realizó su destino, su capacidad, su determinación. Como todo hombre importante, tiene su *daimónion* y su *amor fati*[6], pero este último se nos muestra libre de toda lobreguez y fanatismo. Es cierto, ignoramos lo oculto, lo íntimo, y no hemos de olvidar que escribir historia, aunque se haga con mucha sobriedad y con el mayor deseo de objetividad, sigue siendo siempre literatura y su tercera dimensión es la ficción. No sabemos, para elegir grandes ejemplos, si Juan Sebastián Bach o Amadeo Wolfgang Mozart vivieron realmente en forma alegre o grave. Mozart posee para nosotros la gracia del malogrado que conmueve extrañamente y despierta simpatía; Bach, la edificante y consoladora resignación al deber de sufrir y morir casi en la paternal voluntad de Dios, pero esto ciertamente no podemos leerlo en sus biografías y en los hechos transmitidos de su vida privada, sino que lo aprendemos exclusivamente en su obra, en su música. Además, a Bach, de quien conocemos la biografía y cuya figura imaginamos por su música, agregamos casi sin quererlo también su suerte póstuma: en nuestra fantasía, en cierta manera, pensamos que ya en vida supo (y sonrió y calló) que toda su obra sería olvidada en seguida después de su muerte y sus manuscritos se perderían como papel de desecho, que en lugar suyo uno de sus hijos sería el "gran Bach" y triunfaría; que su obra, más tarde, al ser redescubierta, caería justamente en los malentendidos y las barbaridades de la época folletinesca, etc. Y del mismo modo estamos inclinados a atribuir o imputar a Mozart, aún vivo y floreciente en la plenitud de la sana labor, un conocimiento de su oculta situación en manos de la muerte, una noción anticipada de estar envuelto en ella. Cuando hay una obra, el historiador no puede hacer otra cosa que reuniría con la vida de su creador como si ambas, obra y vida, fueran dos mitades inseparables de la misma unidad viviente. Y si así procedemos con Mozart o con Bach, lo haremos también con Knecht, aunque pertenezca a

[5] *De la célebre Fuente Castalia, Hesse toma el nombre para esta especie de "provincia universitaria", donde se desarrolla la acción. (N. del T.)*

[6] *Demonio (genio, espíritu) y amor del destino.*

Librodot

nuestra época esencialmente no creadora y no haya dejado una “obra” como la de aquellos maestros.

Si hacemos una tentativa de exponer la vida de Knecht, con ello intentamos también su interpretación, y si como historiadores debemos lamentar profundamente que falte casi toda noticia realmente comprobada acerca de la última parte de su vida, animó justamente nuestra empresa la circunstancia de que esta parte final de la existencia de Knecht se convirtió en leyenda. Recogemos esta leyenda y estamos de acuerdo con ella, sin que nos preocupe si es o no solamente devota literatura. Como nada sabemos del nacimiento y de los orígenes de Knecht, nada conocemos de su fin. Pero no tenemos la menor justificación para la hipótesis de que ese fin pudo ser casual. Vemos su vida, por lo que se conoce, edificada en clara serie de peldaños y si en nuestras suposiciones acerca de su muerte adherimos voluntariamente a la leyenda y la aceptamos de buena fe, lo hacemos porque lo que ella nos narra parece corresponder perfectamente, como último escalón de esta vida, a los precedentes. Aun confesamos que el diluirse de esta existencia en la leyenda nos resulta orgánico y correcto, del mismo modo que la continuidad de un astro que desaparece de nuestra vista *y* para nosotros “se ha perdido”; no crea en nuestra conciencia el menor escrúpulo de fe. En el mundo en que vivimos el autor y los lectores de estos apuntes, Josef Knecht alcanzó y dio lo más alto que puede imaginarse, porque como *Ludí Magister* fue guía y modelo de quien se educa espiritualmente y espiritualmente aspira, porque administró en forma ejemplar la herencia espiritual recibida, la aumentó y fue gran sacerdote de un templo que es sagrado para cada uno de nosotros. No sólo alcanzó y tuvo el lugar de un maestro: el sitio justo en la suprema cumbre de nuestra jerarquía; lo sobrepasó también, excediéndolo en una dimensión que sólo podemos sospechar respetuosamente, y por eso mismo nos parece perfectamente adecuado y ajustado a su vida que también su biografía haya traspasado las dimensiones habituales y al final haya entrado en la leyenda. Aceptamos lo maravilloso de este hecho y nos alegramos de lo prodigioso, sin querer investigar demasiado al respecto. Hasta donde la vida de Knecht es historia —y lo es hasta un día bien determinado—, la trataremos como tal; por eso hemos cuidado de transmitir la tradición con la misma exactitud con que se nos ofreció en nuestra investigación.

De su infancia, es decir, de la época de su admisión en la escuela de selección, sabemos un solo hecho, pero éste es muy importante y está colmado de sentido simbólico, porque significa el primer gran llamado del espíritu en él, el primer acto de su vocación; y es significativo que este primer llamamiento no surgió del lado de las ciencias, sino del de la música. Debemos este breve trozo de biografía, como casi todos los recuerdos de la vida personal de Knecht, a las anotaciones de un estudiante del juego de abalorios, un fiel admirador que conservó apuntadas muchas manifestaciones y confidencias de su gran maestro.

Knecht debía tener entonces quizá doce o trece años y era alumno de latín en la pequeña ciudad de Berolfingen, en la margen de la selva de Zaber que, es de presumir, fue también su lugar natal. En realidad, el niño era ya desde hacía tiempo un becado de la escuela de latín y había sido recomendado dos o tres veces por el colegio de maestros, con especial entusiasmo por el

Librodot

maestro de música, a las autoridades superiores para su admisión en las escuelas de selección, pero él nada sabía de esto y todavía no había tenido el menor contacto con los "selectos" y menos aún con los maestros del supremo poder de la educación. Un día, su maestro de música (estudiaba el violín y el laúd) le comunicó que tal vez llegaría muy pronto a Berolfingen el gran maestro de armonía, para inspeccionar la enseñanza musical en la escuela. Josef debía, pues, ejercitarse diligentemente y no colocar en aprietos a su maestro. La noticia excitó muy profundamente al niño porque, naturalmente, sabía con exactitud quién era el gran maestro y que no solamente acudía dos veces por año como los inspectores escolares con algún cargo en las zonas superiores de las autoridades de enseñanza, sino que era uno de los doce semidioses, uno de los doce directores supremos de esa respetabilísima autoridad y la más alta instancia en el país para todas las cuestiones musicales. ¡Llegaría, pues a Berolfingen el mismo gran maestro, el *Magister Musicae* en persona! Había en el mundo una sola personalidad que tal vez hubiera sido más legendaria y misteriosa para el niño Josef: el maestro del juego de abalorios. Un enorme y angustioso respeto hacia el anunciado *Magister Musicae* le invadió; se representaba a este hombre ora como un rey, ora como un hechicero, ora como uno de los doce apóstoles o uno de los fabulosos grandes artistas de las épocas clásicas, alguien como Miguel Praetorius, Claudio Monteverdi, Juan Jacobo Froherzer o Juan Sebastián Bach y, tan pronto se alegraba profundamente por el instante en que aparecía ese astro, como también lo temía. El hecho de que uno de los semidioses y arcángeles, uno de los misteriosos y todopoderosos regentes del mundo espiritual, aparecería allí personalmente en la pequeña ciudad y en la escuela de latín y que él lo vería, que el maestro quizá le hablaría, le examinaría, le censuraría o le alabaría, era algo muy grande, una suerte de milagro, un raro fenómeno celeste; porque también, como afirmaban los docentes, ocurría por primera vez desde muchas décadas que un *Magister Musicae* en persona visitara la ciudad y la escuelita. El niño imaginó el hecho inminente de muchas maneras; ante todo pensó en una gran fiesta pública y en un recibimiento como había visto una vez al tomar posesión de su cargo el nuevo burgomaestre, con banda de música y las calles embanderadas, quizá también con fuegos artificiales; hasta los camaradas de Knecht pensaban y esperaban lo mismo. Su anticipada alegría era disminuida solamente por la idea de que él estaría quizá muy cerca del grande hombre y no podría ufanarse ciertamente ante él, gran conocedor, con su música y sus respuestas. Pero esta angustia no era sólo torturante, era también dulce y, en absoluto secreto, no encontraba la tan esperada fiesta con banderas y fuegos artificiales tan hermosa, tan excitante, tan importante y tan maravillosamente alborozada como precisamente la circunstancia de que él, el pequeño Josef Knecht, vería a ese hombre desde muy cerca y que éste haría su visita a Berolfingen un poco por él, por Josef, porque venia para inspeccionar la instrucción musical y el maestro local de música suponía evidentemente que con toda posibilidad lo examinaría a él también.

Pero tal vez, ¡ay!, eso no ocurriría, era apenas posible; seguramente el *Magister* tendría otra tarea que cumplir que hacer tocar el violín a pequeñuelos delante de él, vería y escucharía ciertamente sólo a los mayorcitos, a los más adelantados entre los alumnos ... Con estos

Librodot

pensamientos el niño esperaba el día, y el día llegó y comentó con una desilusión: ni música en las calles, ni banderas y guirnaldas en las casas; había que tomar libros y cuadernos como los demás días e ir a la clase acostumbrada; ni en las aulas se veía el menor rastro de adorno y festividad; era un día como todos los otros días... Comentó la lección; el maestro llevaba el mismo traje de siempre y no mencionó al gran huésped de honor con ningún discurso, ni siquiera con una palabra.

Mas durante la segunda o tercera hora de clase lo esperado ocurrió; llamaron a la puerta, entró el bedel, saludó al maestro y anunció que el alumno Josef Knecht debía presentarse un cuarto de hora más tarde ante el *Magister Musicae,* cuidando de peinarse convenientemente y limpiarse las manos y las uñas. Knecht palideció de miedo, salió del aula tambaleando, corrió hasta el internado, dejó sus libros, se lavó y se peinó, tomó temblando el estuche con su violín y su cuaderno de ejercicios, y fue, con la garganta apretada, hasta la sala de música en el anexo de la escuela. Un compañero, excitado, lo recibió en la escalera, le indicó una sala de estudio y le dijo:

—Tienes que esperar aquí hasta que te llamen.

No pasó mucho tiempo hasta que fuera liberado de su espera, pero le pareció una eternidad. Alguien le llamó, y entró un hombre, un anciano, como le pareció al principio, no muy alto, canoso, con agraciado rostro luminoso y ojos de color azul claro, de mirar penetrante, que no asustaba, porque no sólo era penetrante sino también alegre, de una alegría no tiente o sonriente, sino suave, brillante y tranquila. El anciano tendió la mano al niño y le hizo una seña con la cabeza, se sentó pensativo en el taburete, delante del viejo piano para ejercicios y dijo:

—¿Eres Josef Knecht? Tu maestro parece estar contento de ti; creo que te quiere. Ven, vamos a hacer un poco de música juntos.

Knecht había sacado ya antes su violín del estuche, el anciano tocó el *la,* el niño afinó su instrumento y luego miró al maestro inquisitivamente y angustiosamente.

—¿Qué prefieres tocar? —preguntó el maestro.

El alumno no pudo contestar, estaba turbado por respeto hacia el anciano: nunca había visto un hombre así. Vacilando tomó su libro de notas y lo tendió al maestro.

—No, no —dijo éste—; quisiera que tocaras de memoria y no una pieza de ejercicio, sino algo sencillo que tú sepas de memoria, quizá un *lied* que te guste.

Knecht estaba confundido y hechizado por aquel rostro y aquellos ojos; no lograba responder; se avergonzaba mucho de su confusión, pero no podía decir nada. El maestro no le apremiaba. Con un dedo tocó los primeros compases de una melodía, miró al niño como preguntando, éste asintió y ejecutó en seguida la melodía con verdadero gozo: era una de las viejas canciones que se cantaban a menudo en la escuela.

—¡Repítela! —dijo el maestro.

Knecht repitió la melodía y el anciano no acompañó en el piano esta vez. La vieja canción resonó a dos voces en la reducida aula de ejercicios.

—¡Otra vez!

Librodot

Knecht tocó y el maestro acompañó con una segunda y tercera voz. A tres voces resonó la bella canción antigua en la habitación.

—¡Una vez más! —y el maestro la acompañó con tres voces.

—¡Hermosa canción! —murmuró quedamente el maestro—. ¡Tócala ahora a la manera antigua!

Knecht obedeció y tocó; el maestro le había dado la primera nota y lo acompañaba a tres voces. Y el anciano seguía repitiendo: "¡Otra vez!" y cada vez su voz estaba más alegre. Knecht tocó la melodía en registro de tenor, siempre acompañado por dos y aun por tres voces. Muchas veces tocaron ambos la canción y ya no era necesaria indicación alguna; a cada repetición, la melodía se enriquecía por sí misma con adornos y agregados. El pequeño cuarto desnudo en la alegre luz mañanera resonaba festivamente, reflejando las tonalidades.

Después de un rato, el anciano dejó de tocar.

—¿Es suficiente? —preguntó.

Knecht meneó la cabeza y comenzó de nuevo, el otro irrumpió con sus tres voces de acompañamiento y las cuatro trazaron sus claras y sutiles líneas, conversaron entre sí, se apoyaron mutuamente, se entrecortaron y envolvieron una y otra en gozosos arcos y figuras, y el niño y el anciano no pensaron en otra cosa ya, se entregaron a las bellas líneas tan emparentadas y a las figuras que formaban en sus encuentros, hicieron música presos en su red, se acunaron levemente y obedecieron a un invisible director de orquesta. Hasta que el maestro, cuando la melodía acabó una de las tantas veces, volvió la cabeza y preguntó:

—¿Te gustó, Josef?

Agradecido y resplandeciente, Knecht lo miró. Estaba entusiasmado y lo demostraba en el rostro, pero no podía decir una sola palabra.

—¿Sabes tú ya —preguntó ahora el maestro— qué es una fuga?

Knecht hizo un gesto de duda. Había oído fugas, pero no había llegado a ellas en la instrucción.

—No importa —dijo el maestro—, te lo demostraré yo. Lo comprenderán más rápidamente, si nosotros mismos ejecutamos una fuga. Bien, pues: a la fuga corresponde ante todo un tema, y el tema no lo buscaremos mucho, lo tomaremos de nuestra canción.

Tocó un breve grupo de compases, un trocito de la melodía de la canción; el fragmento resonó maravillosamente, entresacado de esa manera, sin cabeza ni cola. Tocó el tema otra vez, y ya siguió; vino el primer movimiento; el segundo trasformó el paso de quinta en uno de cuarta; el tercer movimiento repitió el primero una octava más alto; el cuarto reflejó el segundo; la exposición se cerró con una cláusula en el tono de *la* dominante. La segunda ejecución pasó a modular más libremente en otros tonos, la tercera terminó con una cláusula en el tono fundamental, con una tendencia hacia la subdominante. El niño contemplaba los sabios y blancos dedos del ejecutante, vio quedamente reflejado en su concentrado rostro el curso del desarrollo, mientras los ojos descansaban tras los párpados semicerrados. El corazón del niño oscilaba entre la admiración y el amor por el maestro, y su oído percibió la fuga, le pareció que oía por primera vez música, intuyó

Librodot

detrás de la armonía que brotaba ante él el espíritu, la dichosa armonía de ley y libertad, de servir y dominar, se entregó y consagró a este espíritu y a este maestro, se vio a sí mismo y a su vida y al mundo entero en estos minutos, guiados por el espíritu de la música, regulados y aun interpretados, y cuando el ejercicio llegó a su fin, vio al admirado, al mago, al rey, inclinado todavía por breve, rato sobre las teclas, ligeramente, con los ojos cerrados a medias, la cara levemente iluminada desde dentro, y no supo si debía reír jubilosamente por la beatitud de esos instantes o llorar porque habían pasado. Entonces el anciano se levantó lentamente del taburete, lo miró hondo con los alborozados ojos azules y dijo:

—De ninguna otra manera pueden llegar a ser más fácilmente amigos dos hombres que haciendo música. Esto es hermoso. Cabe esperar que seguiremos siendo amigos, tú y yo. Quizá tú también aprenderás, Josef, a componer fugas.

Diciendo esto le tendió la mano y se fue, y desde la puerta se volvió y saludó, para despedirse con una mirada y una breve y cortés inclinación de la cabeza.

Muchos años más tarde, Knecht contó a su alumno que cuando salió de la escuela, encontró a la ciudad y al mundo mucho más cambiados y hechizados que si hubieran estado adornados con banderas y guirnaldas y cintas y fuegos artificiales. Había experimentado el proceso de la vocación, que muy bien puede llamarse sacramento; el tornarse visible y el abrirse incitante del mundo ideal, que la joven conciencia hasta entonces sólo había conocido en parte de oídas, en parte por sueños ardientes. Este mundo no existía solamente en algún lugar de la lejanía, en lo pasado o en lo porvenir, estaba allí y era activo, irradiaba luz, enviaba mensajeros, apóstoles, embajadores, hombres como este anciano *Magister,* que sin embargo, como más tarde pareció a Josef, no era en realidad tan anciano. ¡Y de ese mundo, por conducto de este digno mensajero, le había llegado a él también, pequeño alumno de latín, la advertencia y el llamado! La aventura tenía para él este significado, y pasaron necesariamente semanas hasta que él supo realmente y estuvo convencido de que al mágico sucedido de esa hora sagrada correspondía también un exacto proceso en el mundo real, de que la vocación no era solamente una gracia y una advertencia para su propia alma y en su propia conciencia, sino también un don y una admonición de los poderes terrenos para él. Porque a la larga, no pudo permanecer oculto que la visita del *Magister Musicae* no había sido ni una casualidad ni una verdadera inspección escolar: el nombre de Knecht había figurado ya desde mucho antes, a raíz de los informes de los maestros, en las listas de los alumnos; que parecían dignos de ser educados en las escuelas de selección o que han sido recomendados para eso a las autoridades supremas. Como este niño Josef Knecht no era alabado solamente por su conocimiento de latín y su agradable carácter, sino que además había sido recomendado especialmente y celebrado por su profesor de música, el *Magister Musicae* se había encargado de destinar un par de horas para llegar hasta Berolfingen y ver a este alumno, en ocasión de un viaje oficial. No le había importado mucho el conocimiento del latín ni la habilidad de los dedos (en esto se confiaba a los testimonios de los maestros, a cuyo estudio siempre concedía algún tiempo), sino la circunstancia de que el niño tenía en su esencia

Librodot

materia de músico en el sentido más noble, vale decir, capacidad para el entusiasmo, la disciplina, el respeto, el servicio del culto. En general, por buenas razones, los maestros de las escuelas públicas superiores eran bastante generosos con las recomendaciones de alumnos para la "selección"; a menudo llegaban notas favorables con intenciones no siempre claras, y muchas veces también algún maestro por falta de visión recomendaba obstinadamente a algún alumno favorito que fuera de su diligencia, su ambición y un astuto proceder para con el maestro, carecía de méritos. Justamente esta clase merecía la especial aversión del *Magister Musicae;* éste poseía el don de ver con una sola mirada si el candidato tenía conciencia de que en ese instante estaba en juego su futuro, su carrera, y ¡ay del alumno que le pareciera demasiado hábil, demasiado consciente o inteligente o que tratara de adularle! Era rechazado en muchos casos antes de comenzar el examen.

Y bien, el alumno Knecht le había gustado al anciano *Magister Musicae,* le había gustado mucho, y todavía durante el resto de su viaje el viejo maestro pensó con placer en él; no había anotado datos en su cuaderno acerca de él, pero llevó consigo el recuerdo del niño modesto y rozagante; y a su regreso, de su puño y letra inscribió su nombre en la lista de los alumnos que, examinados por un miembro de la autoridad suprema, habían sido considerados dignos de aceptación.

De esta lista —los estudiantes de latín la llamaban "el libro de oro", aunque también ocasionalmente le daban la irrespetuosa denominación de "catálogo de aspirantes"— Josef había oído hablar en la escuela y en las más diversas formas. Cuando un maestro la citaba sólo para inculcar a un alumno que un niño como él naturalmente nunca podía pensar en alcanzar su inscripción en ella, había cierta solemnidad, cierto respeto y hasta presunción en su tono. Pero si los alumnos hablaban alguna vez del "catálogo de aspirantes", lo hacían generalmente con impertinencia e indiferencia exagerada. Una vez, Josef oyó decir a un condiscípulo:

—¡Bah! Me río de ese necio catálogo de candidatos... Un tipo como es debido no llega a figurar en él, podemos estar seguros. Allá los profesores envían a los tontos más grandes y a los rastreros.

Un período notable y raro siguió al hermoso acontecimiento. Josef no sabía que ahora pertenecía a los *electi,* a la *flos juventutis*[7]*,* como llamaban en la Orden a los discípulos de selección; al principio no pensaba, en absoluto, en consecuencias prácticas y en resultados sensibles de la aventura para su destino cotidiano, y mientras para sus maestros era ya un distinguido, alguien que se aleja, él experimentaba la sensación de su vocación solamente como un proceso anímico íntimo. Pero también aquello representaba una incidencia aguda en tu vida. Aunque la hora pasada con el hombre encantador realizaba en su corazón algo ya intuido o lo acercaba a su realización, esa hora también separaba netamente el ayer del hoy, el pasado del presente y del futuro, del mismo modo que aquel que se despierta de un sueño no puede dudar de estar despierto aún hallándose en el mismo ambiente de sus sueños. Hay muchas clases y formas de la vocación, pero el germen nuclear y el sentido son siempre idénticos: por la vocación el alma es

[7] *"Elegidos" y "flor de la juventud".*

Librodot

despertada, transformada o sublimizada de tal manera que en lugar de los ensueños y las intuiciones de dentro surge de repente un llamado de fuera, un trozo de realidad, y se apodera del espíritu. Y aquí el trozo de realidad había sido la figura del *Magister:* el *Magister Musicae* conocido sólo como lejana y venerable personalidad de semidiós, como arcángel del más alto de los cielos, había aparecido corporalmente, había ostentado ojos azules omniscientes, se había sentado en el taburete ante el piano de estudio, le había enseñado casi sin palabras lo que es la verdadera música, lo había bendecido y, luego, había vuelto a desaparecer. Knecht no estaba capacitado de antemano para saber todo lo que quizá podía seguir y resultar de eso, porque se sentía demasiado colmado y preocupado por el eco inmediato e íntimo del acontecimiento. Como una planta joven, que hasta ese momento se desarrollara tranquilamente y titubeante, de pronto comienza a respirar con más violencia y a crecer, como si en un hora de milagro hubiera tenido de repente conciencia de la ley de su ser y aspira fervorosamente a cumplirla, el niño, tocado por la mano del hechicero, comenzó rápida y anhelosamente a reunir y tender sus fuerzas, se sintió cambiado, se sintió crecer, experimentó nuevas reacciones, nuevas armonías entre el mundo y él mismo, pudo dominar en muchas clases de música, de latín, de matemáticas, temas superiores todavía para su edad y para sus carneradas, sintiéndose capaz de cualquier tarea, y pudo en otras horas olvidarlo todo y soñar con una suavidad y un abandono nuevos para él, escuchar el viento o la lluvia, admirar perplejo una flor o el agua fluyente del río, sin comprender nada, sólo intuyendo, transportado por la simpatía, la curiosidad, el deseo de comprender, arrastrado de un Yo propio a otro, al mundo, al misterio y al sacramento; al juego dolorosamente bello de los fenómenos.

Y así, comenzando y creciendo desde dentro hacia el encuentro y la confirmación interior y exterior, se verificó la vocación de Josef Knecht con perfecta pureza; recorrió todos sus grados saboreó todas sus dichas y todas sus angustias. El noble proceso, la típica historia juvenil y preparatoria de todo noble espíritu se cumplió sin que repentinos descubrimientos ni súbitas indiscreciones lo importunaran; lo íntimo y lo externo trabajaron armoniosa y uniformemente, creciendo al enfrentarse recíprocamente. Cuando, al final de esta evolución, el alumno tuvo conciencia de su situación y de su destino extrínseco, cuando se vio tratado por los maestros como un colega, más aún, como un huésped de honor, cuyo alejamiento se aguarda a cada instante, y casi admirado o envidiado, casi evitado y aun Sospechado por los condiscípulos, ridiculizado y odiado por algunos adversarios, cada vez más solo y abandonado por los antiguos amigos, un idéntico proceso de separación y aislamiento se había cumplido ya hacía mucho dentro de él; los maestros, por un sentimiento propio interior, se habían trasformado cada vez más de superiores en cantaradas, los amigos de antes en compañeros rezagados de un trecho del camino; en su ciudad y en su escuela ya no se sintió, pues, entre iguales y en su justo lugar: todo eso estaba ahora impregnado de una oculta muerte, de un fluido de irrealidad, de un “haber pasado”; se había convertido en algo provisional, en un traje fuera de moda que ya no sentaría bien, Y este alejarse creciendo de una patria hasta entonces armoniosa y amada, este desprenderse de una forma vital que ya no le correspondía ni le pertenecía más, esta existencia de uno que se va porque es llamado a otro lugar, interrumpida por horas de altísima

Librodot

felicidad y radiante conciencia de sí mismo, se tornó al final para él un gran tormento, una opresión y una pena casi insoportables, porque todo le abandonaba, sin que estuviera seguro de que realmente no fuera él quien todo lo dejaba, sin que supiera si de este morir y volverse extraño para su querido mundo habitual no tuviera él mismo la culpa, por orgullo, por arrogancia, por ambición, por infidelidad y falta de amor. Entre los sufrimientos que trae consigo una genuina vocación, éstos son los más amargos. Aquel que recibe la vocación, no acepta solamente un don y una orden con ella, sino también casi una culpa, como el soldado que, sacado de las filas de los cantaradas, es promovido a oficial, resulta tanto más digno de esta promoción cuanto más la paga con una sensación de culpa y con remordimiento frente a sus camaradas.

Entre tanto estaba concedida a Knecht la facultad de sobrellevar esta evolución sin trabas y con total inocencia; cuando finalmente él consejo de maestros le comunicó la distinción merecida y su inminente admisión en las escuelas de selección, se sintió completamente asombrado en el primer instante, pero en seguida, la noticia fue como algo muy sabido y esperado desde mucho tiempo atrás. Sólo entonces recordó que desde hacía muchas semanas le habían gritado a sus espaldas cada vez más a menudo en tono de mofa la palabra *electus* o "niño de selección". Lo había oído, pero sólo a medias, y nunca lo había interpretado sino como burla. ¡No lo decían en serio!, pensaba él, sino como: "¡Eh, tú, que en tu orgullo te crees un *electus!".* A veces, había sufrido vivamente por estos estallidos la sensación de alejamiento entre él y sus camaradas, pero nunca se hubiera considerado realmente un *electus:* su conciencia de la vocación no fue elevación de categoría, sino advertencia y exigencia íntimas. Pero de todas maneras, ¿no lo había sabido, intuido, sentido mil veces, a pesar de todo? Ahora estaba maduro, su beatitud, confirmada y legitimada; sus padecimientos tenían un significado, el traje insoportablemente viejo y ya demasiado estrecho podía ser abandonado; había uno nuevo para él...

Con el acceso a la "selección", la vida de Knecht fue trasplantada a otro plano; ocurrió entonces el primero y el más decisivo de los pasos de su evolución. Por cierto, no a todos los alumnos de selección les ocurre que la admisión oficial entre los elegidos coincida con el íntimo sucedido de la vocación. Esta coincidencia es una gracia o, si se quiere decirlo con palabras más vulgares, una suerte. Aquel a quien toca, recibe para su vida un "más", como lo tiene aquel a quien la suerte otorga dones especialmente afortunados de cuerpo y alma. Ciertamente, la mayoría de los alumnos selectos y podría decirse casi todos, aprecian su elección como una gran dicha, como una distinción de la que están orgullosos, y muchos de ellos se anticipan con sus deseos más ardientes a esa prerrogativa. Pero el paso desde las escuelas comunes del lugar natal a las de Castalia resulta para la mayor parte de los elegidos mucho más grave de lo que imaginaron y trae más de un inesperado desengaño. Sobre todo, para aquellos alumnos que se sienten felices y amados en sus hogares, el traslado es una penosa despedida, una renunciación, y por este motivo, especialmente durante los primeros años de la selección, se produce un considerable número de regresos a las escuelas primitivas, cuya causa no debe ser buscada en la

Librodot

falta de dotes y de aplicación, sino en la incapacidad del alumno para adaptarse a la vida del internado y, más que nada, para conformarse con la idea de acabar en lo futuro con todo vínculo de familia y patria, y finalmente, de no conocer ni respetar más ninguna otra relación y solidaridad que las de la Orden. Pero hay también a menudo el caso de alumnos para quienes, a la inversa, justamente la separación de la familia y de la escuela por ellos mal toleradas es el hecho principal de su aceptación entre los selectos; estos, liberados de pronto de un padre severo o de un maestro para ellos desagradable, respiran aliviados seguramente durante un tiempo, pero como han esperado del cambio muy grandes y aun imposibles innovaciones en su vida, sufren una rápida desilusión. También los verdaderos aspirantes, los alumnos ejemplares, loa casi pedantescos, no pueden resistir siempre en Castalia; no porque carezcan de aptitudes para el estudio, sino porque la selección no reclama solamente estudios y pruebas especializadas, sino que tiende también a metas educativas y artísticas, ante las que algunos abandonan las armas. Ciertamente, en el sistema de las cuatro grandes escuelas de selección con sus numerosas subelecciones e institutos conexos, hay sitio para toda clase de disposiciones intelectuales y morales, y un matemático esforzado o un filólogo de conciencia, si tienen en sí mismo substancia de sabio, no necesitan considerar ni sentir la falta eventual de disposición para la música o la filosofía como un peligro. A veces, hubo en Castalia muy fuertes tendencias hacia el estudio de las ciencias meramente especializadas, y los campeones de estas tendencias no sólo enfrentaron a los "fantasiosos", es decir a los amantes de la música o del arte, en postura crítica o burlona, sino que en ciertos períodos, dentro de su propio círculo, renegaron y prohibieron todo lo artístico y, especialmente, el juego de abalorios.

Como la vida de Knecht, por lo que sabemos, se desarrolló en Castalia —en ese tranquilísimo y gozoso distrito de nuestro montañoso país, que antes se llamara a menudo también "la provincia pedagógica", empleando una expresión poética de Goethe—, delinearemos muy brevemente una vez más esta famosa Castalia y la estructura de sus escuelas, para evitar el peligro de aburrir a los lectores con lo ya sabido. Estas escuelas, llamadas sintéticamente "escuelas de selección", son un sistema de cribado sabio y elástico, por el cual la dirección (un "Consejo de estudios" formado por veinte consejeros, de los que una mitad representa la autoridad educativa, la otra mitad, la Orden) educa a sus elegidos, los mejores dotados de todas las regiones y escuelas del país para renuevos de la Orden y de todos los cargos importantes de la pedagogía y los estudios. Las muchas escuelas normales, los gimnasios[8] y liceos del país, ya de carácter humanista, ya de tipo técnico-científico, son para más del noventa por ciento de nuestra juventud estudiosa escuelas preparatorias para las llamadas profesiones Ubres (o liberales), y terminan con el examen de madurez (o bachillerato) para la universidad; en ésta se absuelve luego un determinado curso de estudios para cada rama. Tal es el curso normal de instrucción de nuestros estudiantes, como lo sabe todo el mundo; estas escuelas plantean exigencias tolerablemente severas y eliminan, según los casos, a los no dotados. Al lado o por encima de éstas, se desarrolla el sistema de las escuelas de selección,

[8] *Denominación de un tipo de colegios de segunda enseñanza, en Europa.*

Librodot

en las que son admitidos a prueba los alumnos sobresalientes por facultades y carácter. El acceso a ellas no se debe a exámenes, los selectos son elegidos por sus maestros por libre apreciación y recomendados a las autoridades de Castalia. Un día cualquiera, el maestro indica, por ejemplo, a un muchacho de once o doce años, que en el semestre siguiente podría entrar en las escuelas de Castalia y que por eso debe hacer su propio examen, para saber si se siente llamado y atraído. Si al final del plazo de reflexión contesta que sí, para lo cual se supone también la incondicional conformidad de ambos padres, una de las escuelas de selección lo admite a prueba. Los directores y los más altos profesores de estas escuelas selectas (no ya los profesores universitarios) forman la autoridad "educativa", que posee la dirección de toda la instrucción y de todas las organizaciones espirituales del país. Para el alumno elegido, si no fracasa en algún curso y es devuelto a las escuelas comunes, ya no se trata de estudios especializados en una rama o destinados al ejercicio de una profesión; entre los elegidos se van reclutando la Orden y la jerarquía de las doctas autoridades, desde el profesor hasta los cargos supremos: los doce directores de estudio o "grandes Maestros" y el *Ludí* Magister, el director del juego de abalorios. Generalmente, el último curso de las escuelas de selección se cierra a la edad de 22 a 25 años y, precisamente, con la admisión en la Orden. Desde este momento, están a disposición de los que fueran alumnos selectos todos los institutos formativos y de investigación de la Orden y de las autoridades de educación, las universidades de selección para ellos reservadas, las bibliotecas, los archivos, los laboratorios, etc., juntamente con un gran estado mayor de profesores y las instalaciones del juego de abalorios. Aquel que durante los años de estudio demuestra un don especial, para los idiomas, la filosofía, las matemáticas, etc., pasa ya en los grados superiores de las escuelas de selección al curso que ofrece el mejor alimento intelectual para sus dotes; la mayor parte de estos alumnos terminan como profesores especializados en las escuelas y universidades públicas y siguen siendo, aunque dejen a Castalia, miembros vitalicios de la Orden, es decir, permanecen separados severamente de los "normalistas" (los no formados en la selección) y nunca pueden volverse profesionales "libres", como médicos, abogados, técnicos, etc.; si no piden su exclusión de la Orden, están sometidos por toda la vida a las normas de la comunidad, entre las cuales figuran el voto de pobreza y el de castidad o soltería; el pueblo los llama "mandarines", un poco por respeto, un poco por gusto de mofa. En esta forma encuentra su posición final la gran mayoría de los que fueran alumnos de selección. En cambio, el minúsculo resto, la última y más fina selección de las escuelas castalias, está reservada a un libre estudio de ilimitada duración, a una vida intelectual tranquilamente contemplativa. Algunos de los más inteligentes, que por sus altibajos temperamentales u otras razones, como por ejemplo, la debilidad física, no son aptos, como profesores o para cargos de responsabilidad en las reparticiones superiores e inferiores de la educación, siguen estudiando, investigando y recopilando durante toda su vida; pensionados por las autoridades, su aporte a la comunidad consiste generalmente en tareas meramente doctas, cultas. Algunos son asignados como asesores de las comisiones del Diccionario, de los archivos, las bibliotecas, etc., otros realizan su sabiduría según el lema del "arte por el arte"; muchos de ellos han empleado su vida en trabajos muy extraños, a

Librodot

menudo admirables o asombrosos, como por ejemplo aquel *Lodovicus crudelis,* Ludovico el Cruel, que en una labor de treinta años tradujo todos los textos de los primitivos egipcios que conocemos tanto en griego como en sánscrito, o como también el casi milagroso *Chattus Calvensis II,* que en cuatro enormes tomos in folio manuscritos dejó una obra sobre "la pronunciación del latín en las Universidades de la Italia meridional, hacia fines del siglo XII". La obra había sido ideada como primera parte de una "Historia de la pronunciación del latín desde el siglo XII hasta el siglo XVI", pero a pesar de sus mil folios manuscritos no pasó de fragmento y nadie más la continuó. Es lógico que se hayan hecho muchas bromas acerca de trabajos puramente cultos de esta clase; el grueso del pueblo no puede calcular su valor verdadero para el futuro de la ciencia. En cambio ésta, como en tiempos precedentes el arte, necesita de un terreno muy vasto, y a veces el investigador de un tema, que sólo a él interesa, puede acumular un saber que presta a sus colegas contemporáneos servicios sumamente valiosos, como enciclopedia o archivo. En la medida de lo posible, trabajos cultos como los citados eran impresos. Se dejaba a los sabios verdaderos proseguir sus estudios y juegos en casi completa libertad y no se hacía hincapié en que algunos de sus trabajos no tuvieran aparentemente inmediata utilidad para el pueblo o la comunidad, y fueran considerados por los no sabios como entretenimientos de lujo. Más de un sabio de esta clase mereció una sonrisa despectiva por la categoría de sus estudios, pero nunca fue censurado y menos aún privado de sus privilegios. El hecho de que gozaran de estimación y respeto aun entre el pueblo y no fueran simplemente tolerados, aunque se hiciera mofa de ellos, se debía al sacrificio con que todos los miembros del grupo culto pagaban su libertad espiritual. Padecían muchas incomodidades, se les asignaba una módica participación en alimentos, vestidos y habitación; tenían a su disposición magníficas bibliotecas, colecciones, laboratorios, pero para esto no sólo renunciaban al bienestar, al matrimonio y a la familia, sino que estaban excluidos como comunidad monacal de toda competición en el mundo, no conocían propiedad alguna, ni títulos o distinciones, y en lo material debían conformarse con una vida muy sencilla. Si alguien quería dedicar todos los años de su existencia a descifrar una sola inscripción antigua, podía hacerlo y aun se le incitaba a ello, pero si aspiraba a una vida cómoda, a trajes elegantes, a tener dinero o títulos, chocaba con inquebrantables prohibiciones, y si estos apetitos eran fuertes, volvía, casi siempre todavía en su juventud, al "mundo", se convertía en profesor especializado a sueldo o en maestro privado o en periodista, o se casaba o se buscaba una existencia a su gusto de cualquier otra manera.

Cuando el niño Josef Knecht tuvo que despedirse de Berolfingen, fue su maestro de música el que lo acompañó a la estación. Le dolió decirle adiós, y por un rato vaciló su corazón, sintiéndose solo e inseguro, cuando al paso del tren el frontón escalonado y pintado de claro dé la vieja torre del castillo desapareció de su vista.

Muchos otros alumnos iniciaban este primer viaje con sensaciones más violentas, atorados y llorosos. Josef sentía su corazón más allá que aquí, y se dominó pronto.

Librodot

El viaje no fue largo.

Había sido asignado a la escuela de Eschholz. Ya antes había visto cuadros que representaban esta escuela, en la oficina del rector de su colegio.

Eschholz era la colonia escolar más grande y más nueva de toda Castalia; los edificios eran todos de época reciente, no había ciudades cerca, sólo un pequeño caserío, rodeado apretadamente de árboles.

Detrás se tendía extenso, llano y alegre el Instituto, alrededor de un gran rectángulo libre, en cuyo centro, ordenados como los puntos del cinco en un dado, elevaban su oscura copa al cielo cinco magníficos pinos mastodónticos. La gigantesca plaza estaba cubierta en parte de césped, en parte de arena, y cortada solamente por dos grandes piletas de natación con agua corriente, con acceso por una escalera de anchos y bajos escalones.

A la entrada de esta soleada plaza estaba el edificio de la escuela, el único muy elevado de toda la construcción adyacente, de dos alas, con un atrio de cinco columnas en cada ala. Todos los demás edificios que cerraban la plaza por tres lados sin una brecha, eran bajos, chatos y sin adornos, distribuidos en cuerpos exactamente iguales, cada uno con su galería de pocos peldaños que llevaba a la plaza; en casi todas las aberturas de la galería había macetas con flores.

A su llegada, no fue recibido por un bedel y acompañado hasta el rector o el colegio de profesores, sino que a la manera castalia lo recibió un cantarada, un hermoso niño muy crecido, vestido de tela azul, unos dos años mayor que Josef, que le tendió la mano y le dijo:

—Soy Osear, el mayor de la Casa Hellas[9], donde residirás, y mi misión es darte la bienvenida e introducirte. Te esperan apenas mañana en la escuela, tenemos bastante tiempo para recorrerlo todo; te orientarás en seguida. Te pido también que durante los primeros tiempos, hasta que te hayas adaptado, me consideres como tu amigo y mentor y aun como tu protector, si algún camarada te molesta; muchos creen por cierto que tienen que atormentar un poco a los nuevos. No por maldad, te lo puedo asegurar. Y ahora te llevaré primero a Hellas, a nuestro hogar escolar, para que veas dónde tendrás que vivir.

De esta manera, Osear, el delegado por el jefe del hogar como mentor de Josef, saludó al novicio y en realidad se esforzó en representar bien su papel; este papel divierte siempre a los “seniors” y cuando un muchacho de quince años trata de conquistar a uno de trece con afectuoso tono de camaradería y ligero padrinazgo, lo logra siempre.

En los primeros días, Josef fue tratado por el mentor absolutamente como un huésped del cual se desea lleve al partir una buena impresión de la casa y del anfitrión. Josef fue llevado al dormitorio que debía compartir con otros dos niños, fue convidado con bizcochos, y un vaso de jugo de frutas, se le mostró la Casa Hellas, grupo residencial del gran cuadrado, se le indicó dónde debía colgar su toalla en el “solarium” y en qué rincón podía poner macetas con flores si le gustaba tenerlas, y antes del anochecer fue llevado

[9] *Las distintas secciones del Instituto, en cuanto eran internados, tenían nombres clásicos: ésta era Casa Grecia.*

Librodot

por el maestro del guardarropa hasta el lavadero, donde se le eligió y arregló un traje de tela azul. Josef se sintió desde el primer instante muy a gusto en el lugar y correspondió con placer al modo de ser de Óscar; apenas si se podía notar en él una ligera perplejidad, porque el muchacho mayor que él y ya adaptado desde mucho tiempo atrás al ambiente de Castalia resultaba para él una especie de semidiós.

También le agradaban las ocasionales pequeñas fanfarronadas y las teatralidades como cuando Osear intercalaba en su conversación una complicada cita griega, aunque luego en seguida recordaba cortésmente que el novicio no podía ciertamente entender eso: ¡era natural que así fuera y nadie tampoco se lo podría exigir!

Por otra parte, la vida en el internado no era nada nuevo para Josef Knecht: se insertó sin esfuerzo en el sistema. Cierto es que de los años que pasó en Eschholz no conocemos sucesos importantes; no debe haber presenciado el pavoroso incendio en el edificio escolar. Sus certificados, hasta donde pudieron hallarse, muestran, por ejemplo, las notas más altas en música y latín; en matemáticas y griego se mantuvieron por encima del mejor promedio; en el "libro de la Casa" se encuentran con mayor frecuencia cada vez anotaciones que se refieren a él, como *ingenium valde, capax, studia non angusta, mores probantur, o ingenium felix et profectuum arvidissimus moribus placet officiosis*[10]. No es posible ya establecer qué castigos recibió en Eschholz, el libro de castigos se perdió en el incendio con muchos otros. Un condiscípulo parece que más tarde aseguró que, en los cuatro años de su permanencia en Eschhols, Knecht, fue castigado sólo una vez (mediante la privación de la excursión semanal), y precisamente porque se rehusó tercamente a dar el nombre de un camarada que había hecho algo prohibido. La anécdota parece digna de fe, Knecht fue, sin duda, siempre un buen compañero y nunca un adulón o un espía; pero resulta muy poco verosímil que aquélla haya sido la única pena disciplinaria durante los cuatro años.

Como carecemos de documentos sobre el primer tiempo de los estudios de Knecht entre los elegidos, citaremos un pasaje sacado de sus posteriores conferencias acerca del juego de abalorios. Por desgracia, no existen manuscritos de Josef acerca de estas conferencias pronunciadas para los principiantes; un alumno las tomó taquigráficamente mientras el maestro hablaba libremente. En ese pasaje, Knecht habla de analogías y asociaciones de ideas en el juego de abalorios y distingue entre "legítimas" asociaciones, es decir comprensibles para todos, y "privadas", o sea subjetivas. Allí dice:

"Para daros un ejemplo de estas asociaciones privadas, que no pierden por esto su valor particular, al estar terminantemente vedadas en el juego de abalorios, os contaré algo acerca de una de tales asociaciones de la época de mis estudios. Tenía alrededor de catorce años y era inminente la primavera, estaríamos en febrero o marzo, cuando una tarde un camarada me invitó a salir con él, para cortar un par de ramas de saúco, que pensaba emplear como tubos en la construcción de un molinillo de agua. Salimos, pues, y hubo de ser un día particularmente hermoso para el mundo o para mi

[10] *"Ingenio muy capaz, estudios amplios; se aprueban sus hábitos", o "ingenio feliz, avidísimo de progresos, gusta de las costumbres impuestas por las normas".*

Librodot

ánimo, porque quedó fijado en mi memoria y representó para mí una pequeña experiencia. La tierra estaba húmeda, pero no había nieve ya; en la orilla de los arroyos brotaba vigoroso el verdor de la hierba, los arbustos desnudos se cubrían de yemas y los primeros amentos abiertos poseían un velo de color, el aire estaba saturado de fragancia, una fragancia llena de vida y de contradicción; olía a tierra húmeda, a hojas descompuestas, a frescos gérmenes vegetales; a cada instante uno pensaba que iba a oler las primeras violetas, aunque no se veía una sola todavía. Llegamos hasta los saúcos, tenían pequeños brotes, pero no hojas y cuando corté una rama, llegó hasta mí penetrante un aroma agridulce y violento que parecía recoger, sumar y aumentar en sí mismo todos los demás aromas de la primavera. Me sentí completamente embargado, olía mi cuchillo, olía mis manos, olía la rama de saúco: era su jugo el que despedía ese aroma tan penetrante, irresistible. Nada dijimos al respecto, pero también mi compañero aspiró largo rato el perfume, pensativo, con la rama delante de la cara; a él también le hablaba el extraño aroma. Bien, toda experiencia tiene su magia, y aquí mi experiencia consistió en que la primavera inminente, percibida ya al caminar por las praderas húmedas y blandas, en el perfume de la tierra y los brotes, fuerte y delicioso, se concentraba ahora y culminaba en un *fortissimo* del perfume del saúco hasta ser un símbolo sensual y un hechizo. Tal vez, aunque la pequeña experiencia no hubiera sido otra cosa, nunca hubiera olvidado esa fragancia; tal vez, todo nuevo encuentro futuro con ese aroma hubiera despertado en mí, probablemente hasta la ancianidad, el recuerdo de aquella primera vez en que tuve conciencia de ese olor. Pero hay algo más. En el estudio de mi maestro de piano, había hallado en aquella época un viejo volumen de música que me sedujo poderosamente, un tomo de *Heder* de Franz Schubert. Lo había hojeado un día que tuve que esperar al maestro más de lo ordinario y, cuando se lo pedí, él me lo prestó por unos pocos días. En mis horas libres experimenté todo el gozo del descubrimiento; hasta ese día no había conocido nada de Schubert y quedé hechizado.

El día de la aventura de los saúcos o el día después, encontré el *lied* primaveral de Schubert “Han despertado los céfiros suaves”, y los primeros acordes del acompañamiento del piano me invadieron como un “reconocer”: estos acordes olían exactamente como los jóvenes saúcos, igualmente agridulces, penetrantes y concentrados, henchidos de una primavera inminente... Desde esa hora, para mí, la asociación “primavera cercana — perfume de saúco— acordes de Schubert” es algo innegable, absoluto, eternamente válido; con los primeros compases de los acordes huelo inmediata y fatalmente el agrio olor vegetal y las dos cosas juntas significan “primavera próxima”. En esta asociación privada poseo algo muy hermoso, algo que no daría por nada del mundo. Pero la asociación, el surgir constante de dos experiencias de los sentidos ante la idea “primavera inminente”, es asunto privado, particular, que me pertenece sólo a mí. Puede ser comunicada, es cierto, como lo hago ahora con vosotros. Pero no es posible trasladarla, cederla. Puedo haceros comprensible mi asociación, pero no puedo lograr que aún para uno solo de vosotros mi asociación privada se convierta también en un signo real, efectivo, en un mecanismo que reaccione indefectiblemente a la llamada y se desarrolle siempre exactamente igual”.

Uno de los condiscípulos de Knecht, a quien él llevó más tarde al cargo de primer archivista del juego de abalorios, solía narrar que Knecht fue

Librodot

en todo un jovencito tranquilo y alegre, pero que cuando tocaba música, tenía a veces una expresión admirablemente introvertida o feliz; rara vez se mostró violento o apasionado, sobre todo en el juego rítmico de pelota, que le agradaba mucho. Algunas veces, sin embargo, el niño amable y sano llamó la atención y causó burlas y aun preocupaciones; esto ocurría en los casos de eliminación de alumnos, problema frecuente, sobre todo, en los primeros cursos de la escuela de selección. La primera vez que un compañero de clase faltaba a la instrucción y al juego, y tampoco reaparecía al día siguiente y corría la voz de que no estaba enfermo, sino que había sido despedido y no volvería más, Knecht no se mostraba solamente triste, sino trastornado, casi por días enteros. Él mismo, años más tarde, se expresó al respecto de la siguiente manera: "Cuando se expulsaba a un alumno de Eschholz y éste nos dejaba, yo tenía la sensación de una muerte. Si me hubiesen preguntado la razón de mi dolor, hubiera contestado que la mía era piedad por el pobre que había arruinado su porvenir por ligereza o inercia, y miedo además, miedo de que quizá me pudiera suceder lo mismo algún día. Sólo cuando experimenté, a menudo, lo mismo y ya no creía en la posibilidad de que la misma suerte pudiera caberme también a mí, comencé a ver un poco más hondo. Ya no consideraba la exclusión de un *electus* como desgracia y castigo.

Sabía que los eliminados mismos en muchos casos volvían gustosos a su casa. Sentía entonces que no había solamente juicio y castigo, que hubiera podido merecer alguien por liviandad, sino que el "mundo" de fuera, del cual habíamos llegado un día los *electi,* no había dejado de existir en la medida en que yo creía, que ese mundo era más bien para muchos una gran realidad llena de atracción, que los seducía y, finalmente, los volvía a reclamar. Y tal vez no era eso solamente para algunos individuos, sino para todos; tal vez no era justo tampoco que sedujera de lejos únicamente a los más débiles, a los menos capaces: quizás el aparente retroceso que experimentaban no era caída ni sufrimiento, sino un salto y una acción, y quizás éramos nosotros justamente los débiles y cobardes, los que nos quedábamos valientemente el Eschholz". Ya veremos que estas ideas le afectaron más tarde muy profundamente.

Una gran alegría era para él volver a ver al *Magister Musicae.* Llegaba por lo menos una vez cada dos o tres meses hasta Eschholz, visitaba e inspeccionaba las clases de música; era también muy amigo de uno de los profesores locales, de quien era huésped a menudo por algunos días. Una vez dirigió personalmente los ensayos finales para la ejecución de un "Véspero", de Monteverdi. Sobre todo no perdía de vista a los mejores entre los alumnos de música, y Knecht pertenecía al grupo al cual concedía su paternal amistad. Cada vez pasaba con él una hora en la sala de estudio, sentado ante el piano, y repasaba con Knecht obras de sus músicos preferidos o modelos de las antiguas reglas de composición. "Construir un canon con el *Magister Musicae* u oírle llevar *ad absurdum* uno mal construido, representaba una incomparable festividad y también un verdadero gozo; a veces era casi imposible retener las lágrimas o la risa constante. Uno salía de una de estas horas privadas de música como de un baño y de un masaje."

Cuando Knecht se acercaba al final de su período escolar en Eschholz —

Librodot

juntamente con alrededor de una docena de compañeros de su grado iba a ser admitido en una escuela de grado superior—, el rector dirigió a los candidatos el acostumbrado discurso, en el cual el ponía una vez más a los promovidos el significado y las normas de las escuelas castalias, señalándoles en cierto modo el camino, en nombre de la Orden, por el que al final alcanzarían el derecho de integrarla. Este solemne discurso corresponde al programa de una fiesta que la escuela otorga a los componentes de su promoción y en la que éstos son tratados por maestros y condiscípulos como huéspedes. En estos días, se realizan siempre ejecuciones cuidadosamente preparadas —aquella vez una gran Cantata del siglo XVII—, y el *Magister Musicae* concurrió personalmente para escucharla. Después del discurso del rector, mientras se dirigían al comedor engalanado, Knecht se acercó al gran Maestro con una pregunta:

—El rector —dijo— no ha hablado de lo que sucede fuera de Castalia, en las escuelas comunes y en las universidades. Explicó que los alumnos de ellas en sus universidades se dedican a prepararse para las "profesiones libres". Si he comprendido bien, se trata en gran parte de profesiones que no conocemos aquí en Castalia. ¿Cómo debo entender eso? ¿Por qué se las llama profesiones "libres"? Y ¿por qué estamos excluidos de ellas justamente los castalios?

El *Magister Musicae* llevó al niño aparte y se detuvo debajo de uno de los gigantescos pinos de la plaza. Una sonrisa casi astuta arrugó la piel alrededor de sus ojos en finos pliegues, cuando le contestó:

—Te llamas Knecht[11], mi querido; tal vez por esta razón tiene para ti tanto embeleso la palabra "libre". ¡Pero no lo tomes demasiado en serio en este caso! Cuando los no castalios hablan de profesiones libres, el término es tomado quizá demasiado en serio y suena con cierto patetismo. Nosotros, en cambio, lo empleamos con intención irónica. Existe ciertamente una libertad en aquellas profesiones, por cuanto el estudiante elige por sí mismo la profesión. Esto brinda una apariencia de libertad, aunque en la mayoría de los casos la elección corresponde más a la familia que al muchacho y más de un padre se dejaría arrancar la lengua antes de dejar realmente al hijo una libre elección. Pero esto podría ser tal vez una calumnia; ¡eliminemos este pretexto! La libertad existe, pues, más ella se limita al único acto de la elección de una carrera. Después, la libertad ha terminado. Ya durante los estudios en la universidad, el médico, el jurisperito, el técnico, son constreñidos dentro de un curso cultural rígido, muy rígido, que concluye con una serie de exámenes. Si los superan, reciben su diploma o patente y pueden entonces practicar su profesión en una libertad de ejercicio también aparente. Pero con ello se convierten en esclavos de poderes inferiores, se someten a la dependencia del éxito, del dinero, de su ambición, de su afán de renombre, del agrado que los hombres sientan a no sientan por ellos. Deben someterse a concursos y elecciones, ganar dinero, tomar parte en competencias sin consideraciones de casta, familia, partido, ni diarios. Tienen la libertad de convertirse en triunfadores y en hombres ricos, y de ser odiados por los que fracasan, y viceversa. Con los alumnos de selección y futuros miembros de la Orden ocurre todo lo contrario. No "eligen" ninguna

[11] *Knecht, en alemán significa "siervo".*

Librodot

profesión. No creen poder juzgar sus talentos mejor que los maestros. Se dejan colocar dentro de la jerarquía del sistema en el lugar y en la función que eligen para ellos los superiores; a veces las cosas ocurren en forma opuesta, y las cualidades, las dotes o los defectos del alumno obligan al maestro a insertarlo aquí o allá. Pero en esta aparente falta de libertad, todo *electas* goza, después de su primer ciclo, de la libertad más amplia que pueda imaginarse. Mientras que el hombre de las profesiones "libres" debe someterse en la formación de su rama a un estudio limitado y estricto con exámenes también estrictos, el *electas* en cambio, apenas comienza a estudiar independientemente, goza de una libertad tan grande que muchos realizan durante toda su vida, por propia elección, los estudios más dispares y a menudo casi extravagantes, y nadie los molesta, si sus costumbres no degeneran. Aquel que tiene aptitudes para maestro es empleado como maestro, el apto para educador será educador, el adecuado para traductor no será otra cosa; cada uno encuentra por si mismo el lugar en que podrá servir y ser libre sirviendo. Además, queda así sustraído durante toda su vida a esa "libertad" de la profesión que significa tan tremenda esclavitud. No conoce el anhelo de dinero, de gloria, de rango, no conoce partidos ni contradicciones entre persona y cargo, entre lo privado y lo público, no se esclaviza al triunfo. Ya ves, hijo mío, que cuando se habla de profesiones "libres", el término "libre" se usa en son de broma.

La despedida de Eschholz fue en la vida de Knecht un hecho netamente decisivo. Mientras hasta ese momento había vivido en una especie de infancia feliz, en una subordinación y armonía voluntarias y casi carentes de problemas, comenzaba ahora un período de lucha, de evolución y problemas. Tenía casi diecisiete años, cuando se le comunicó su inminente traslado a un grado escolar superior, juntamente con un grupo de condiscípulos, y por un breve lapso no hubo para los elegidos ninguna cuestión más importante ni discutida que la del lugar al que cada uno seria trasplantado. De acuerdo con la tradición, el nombre de este lugar era comunicado solamente en los últimos días, antes de la partida, y entre la fiesta de despedida y el día del alejamiento corría un período de vacaciones. Durante ellas, un hecho placentero e importante ocurrió para Knecht: el *Magister Musicae* lo invitó a visitarlo al final de una excursión y ser su huésped por algunos días. Honor muy grande y raro. Acompañado por un camarada de su promoción —Knecht pertenecía aún a Eschholz, a cuyos estudiantes no estaba permitido viajar solos—, se fue una mañana temprano al bosque para subir a las montañas y, cuando ambos llegaron a una cumbre despejada, después de ascender durante tres horas por la sombra del bosque, vieron abajo tenderse empequeñecido y reducido a menos de lo que pudiera abarcar la vista, a su Eschholz, fácilmente identificado por la masa oscura de los cinco gigantes arbóreos, por el rectángulo de césped y los estanques resplandecientes, por el alto edificio escolar, el economato, la aldehuela, el famoso soto de fresnos. Los dos jovencitos se detuvieron mirando hacia el fondo del valle; muchos de nosotros recuerdan el grato panorama, porque los edificios fueron reconstruidos casi idénticos después del gran incendio y tres de los enormes árboles sobrevivieron al fuego. Allá abajo vieron su escuela, su hogar de muchos años, del que tendrían que marcharse pronto, y ambos se emocionaron frente al cuadro.

Librodot

—Creo que nunca advertí exactamente qué hermoso es —dijo el acompañante de Josef—. Puede que sea porque veo por primera vez un lugar que debo dejar y del cual tengo que despedirme.

—Eso es —confirmó Knecht—, tienes razón. A mí me pasa lo mismo. Mas aunque debamos partir de aquí, no dejamos a Eschholz por cierto. Lo han dejado realmente sólo aquellos que se han ido para siempre, aquel Otto, por ejemplo, que sabía componer tan maravillosas parodias en latín, o nuestro Carlomagno, que podía nadar tanto tiempo bajo el agua, y los otros... Ellos se han despedido de veras, porque se han eliminado. Nunca más pensé en ellos, sólo ahora se me ocurre recordarlos. No te rías, pero todos estos apóstatas tienen, sin embargo, para mí algo que me impresiona, del mismo modo que posee cierta grandeza el ángel renegado, Lucifer. Tal vez cometieron un error; mejor dicho: sin duda cometieron un error, pero de todas maneras hicieron algo, concluyeron algo, se atrevieron a dar un salto, hacía falta valor para ello. Nosotros hemos tenido paciencia y aplicación, hemos tenido criterio, pero no hemos hecho nada, no hemos dado ningún salto...

—No sé —opinó el otro—, muchos entre ellos no hicieron nada, no se atrevieron a nada, sino que sólo holgazanearon simplemente, hasta que se los echó. Mas tal vez no te comprendo del todo. ¿Qué quieres decir con eso de "dar el salto"?

—Entiendo el poder liberarse, el hacer algo en serio..., el saltar, pues sí yo no quiero volver de un salto a mi hogar anterior, a mi vida precedente; ella no me atrae, casi la he olvidado. Pero deseo que un día, cuando llegue la hora y sea necesario, pueda yo también liberarme y saltar, mas no por cierto hacia atrás en lo inferior, sino hacia adelante, en lo más alto.

—Justamente, hacia adelante vamos. Eschholz fue un escalón, el próximo será más alto y, al final, nos espera la Orden.

—Si, ciertamente, pero no aludía a eso. Sigamos, *amice*[12], vagabundear es muy hermoso y me alegrará, me devolverá la alegría. Nos hemos vuelto melancólicos.

Con este estado de ánimo y estas palabras, que conservó aquel camarada para nosotros, se anuncia ya la tormentosa época de la juventud de Knecht.

Dos días más tarde, los dos compañeros se pusieron en camino y llegaron al lugar donde residía entonces el *Magister Musicae,* la localidad de Monteport en alta montaña, donde el maestro desarrollaba justamente un curso para jefes en el antiguo monasterio. El camarada fue alojado en el pabellón de huéspedes, mientras Knecht pasó a una reducida celda en la residencia del anciano maestro. No había aún acabado de desempacar su mochila, después de haberse lavado, cuando se le presentó su anfitrión. El venerable señor tendió la mano al jovencito y se sentó en una silla; con un leve suspiro, cerró por unos instantes los ojos, como solía hacer cuando se sentía cansado, luego dijo amablemente, levantando la mirada:

—Discúlpame, no soy un buen anfitrión. Llegas precisamente de un viaje a pie y estarás cansado; si he de ser sincero, yo también lo estoy, mi jornada es un poco agobiadora, pero si no tienes sueño, quisiera que me

[12] *"Amigo", caso vocativo en latín de "amicus".*

acompañaras ahora mismo a mi habitación por una hora. Puedes quedarte dos días y mañana, si quieres, invitarás también a tu compañero a mi mesa, pero desgraciadamente no tengo mucho tiempo para dedicarte; hemos de ver cómo encontramos el par de horas que necesito para tí. Comencemos, pues, enseguida, ¿no te parece?

Llevó a Knecht a una celda grande, abovedada, donde no había otros muebles que un piano y dos sillas. Y ambos tomaron asiento en ellas.

—Pronto estarás en otro grado —dijo el *Magister*—. Allí aprenderás toda clase de cosas nuevas, muchas muy bellas; pronto también comenzarás a embeberte en el juego de abalorios. Todo esto es agradable e importante; pero hay algo más importante que todo el resto: aprenderás a meditar. En apariencia, todos los aprenden, pero no siempre se suele comprobarlo. Desearía de ti y para ti que lo aprendieras en la mejor forma, la más correcta; lo demás viene solo. Por eso quisiera darte yo mismo las dos o tres primeras lecciones y éste era el motivo de mi invitación. Vamos a intentar hoy, mañana y pasado mañana, meditar una hora cada día y precisamente sobre música. Ahora tendrás un vaso de leche para que ni la sed ni el hambre te molesten; la comida será servida algo más tarde.

Llamó a la puerta y le trajeron un vaso de leche.

—Bebe despacio, muy despacio —le advirtió—, no te apresures y no digas nada.

Knecht tomó muy lentamente su leche fresca; el maestro estaba sentado frente a él y mantenía los ojos cerrados otra vez; su rostro tenía un aspecto de vejez verdadera, pero era amable, lleno de paz; sonreía hacia dentro, como si hubiera descendido en sus propios pensamientos a semejanza de un hombre cansado que toma un baño de pies. Irradiaba paz. Knecht lo comprendió y a su vez se sintió en paz.

El *Magister* se volvió y colocó las manos en el teclado. Tocó un tema y lo prosiguió en variaciones, parecía un trozo de algún maestro italiano. Indicó a su invitado que imaginara el curso de esta música como una serie ininterrumpida de ejercicios de equilibrio, como una secuela de pasos más breves o más largos desde la mitad de un eje simétrico, y que no prestara atención más que a la figura que dibujaran esos pasos. Repitió los compases, reflexionó sobre ellos en silencio, los repitió una vez más y se quedó sentado así, con las manos apoyadas en las rodillas, los ojos cerrados a medias, sin movimiento alguno, repitiendo y considerando la música dentro de sí mismo. También el alumno prestó íntima atención, vio fragmentos de pentagramas ante sus ojos, observó que algo se movía, pasaba, danzaba y flotaba volando, y trató de reconocer el movimiento y de leerlo como las curvas que describe el vuelo de un ave. Las líneas se confundían y volvían a perderse; tuvo que recomenzar desde el principio, por un segundo le falló la concentración, se halló en el vacío, miró perplejo a su alrededor y vio flotar en la penumbra la cara tranquila, pálida, ensimismada del *Magister;* volvió a ese espacio espiritual del que había salido casi deslizándose, oyó resonar en él otra vez la música, la vio pasar por ese espacio, vio que dibujaba la línea de su movimiento, siguió con, la vista y la mente los pies danzantes de lo invisible…

Le pareció que había pasado mucho tiempo, cuando se escurrió afuera de aquel espacio, cuando sintió de nuevo físicamente la silla en que

Librodot

estaba sentado, el piso de ladrillos cubierto por una estera, la luz crepuscular ya más débil fuera de las ventanas. Sintió que alguien lo miraba, levantó los ojos y encontró la mirada del *Magister Musicae* que lo contemplaba atentamente. El maestro le hizo una señal casi imperceptible con la cabeza, tocó con un dedo, *pianissimo,* la última variación de esa música italiana.

—Quédate sentado aquí —dijo al jovencito—, volveré. ¡Busca otra vez la música en ti mismo, presta atención a la figura! Pero no te violentes, no es más que un juego. Y no te hará daño tampoco si al hacerlo te duermes.

Se fue. Le esperaba una tarea más, en la jornada rebosante de trabajo, una tarea nada fácil ni agradable, que nunca hubiera deseado. Debía hablar con un alumno del curso de jefes, muy talentoso, pero vanidoso y arrogante, a quien tenía que reprochar groserías, demostrar lo injusto de su conducta, revelar preocupación y sorpresa, amor y autoridad. Suspiró. ¡Nunca se lograba el orden definitivo, nunca se podían extirpar errores reconocidos! ¡Siempre los mismos errores que corregir, siempre la misma maleza que arrancar! El talento sin carácter, el virtuosismo sin jerarquía, que dominara un tiempo la vida musical de la época folletinesca, derrotado y destruido durante el Renacimiento musical, reverdecía otra vez y echaba brotes.

Cuando volvió de su tarea, para comer con Josef su cena, lo halló tranquilo, complacido además, y nada cansado ya.

—Fue algo muy hermoso— dijo el niño como en una ensoñación—. La música se me perdió, se trasformó.

—Déjala fluctuar en ti como en un reflejo —dijo el *Magister* y lo llevó a un cuartito donde estaba tendida la mesa con pan y frutas.

Comieron, y el maestro lo invitó a asistir un rato al día siguiente al curso de jefes. Antes de retirarse y después de acompañarle a su celda, dijo al huésped:

—Durante tu meditación, has visto algo, la música ha surgido en ti como una figura. Trata de dibujarla, si te agrada.

En la hospitalaria celda, Knecht encontró sobre la mesa una hoja de papel y lápices, y antes de acostarse intentó dibujar la figura, en que se había trasformado la música. Trazó una línea y cortas rayas laterales que salían de aquélla a intervalos rítmicos; eso le hizo recordar la ordenada inserción de las hojas en las ramas de una planta. No le satisfizo lo logrado, sintió deseo de intentarlo una y otra vez y, al final, curvó la línea, casi jugando, hasta formar un círculo del cual irradiaban las rayas laterales, como las flores en el círculo de una corona. Se acostó luego y se durmió en seguida. En sueños llegó a la cumbre de la colina sobre el bosque donde había descansado el día anterior con su camarada, y vio a sus pies en el valle a su querido Eschholz, mientras el rectángulo del instituto escolar se convertía en un óvalo y luego en un círculo, en una corona; ésta comenzó a girar con rapidez alocada; entonces reventó y voló en brillantes estrellas lentamente, después con velocidad cada vez más creciente y, al final, restallantes.

Al despertar, no recordó nada de todo eso, pero cuando más tarde el maestro le preguntó durante un paseo mañanero si había tenido algún sueño, le pareció como si en ese sueño le hubiera ocurrido algo malo o excitante; hizo memoria, encontró lo soñado, lo contó y se quedó asombrado

Librodot

por su candidez. El maestro escuchaba con atención.

—¿Hay que hacer caso de los sueños? —preguntó Josef—. ¿Es posible interpretarlos?

El maestro lo miró en los ojos y contestó brevemente:

—De todo hay que hacer caso, porque todo puede interpretarse.

Algunos pasos más adelante, preguntó paternalmente:

—¿En qué escuela preferirías entrar?

Josef se sonrojó. Replicó en voz baja, de prisa:

—Creo que en Waldzell.

El *Magister* asintió con la cabeza:

—Me lo imaginé. Pero tú conoces la vieja máxima: *Gignit autem artificiosam ...*

Con las mejillas rojas aún, Knecht completó la sentencia que todos los alumnos conocían:

—*Gignit autem artificiosam lusorum gentem Cella Silvestri* (en romance común: Waldzell[13], sin embargo, suscita la reducida población de artistas en el juego de abalorios).

El anciano lo miró cordialmente:

—Verosímilmente, ése es tu camino, Josef. Tú sabes que no todos están de acuerdo acerca del juego de abalorios. Dicen que es un sustituto de las artes y que los jugadores son literatos, que no deben ser considerados en realidad intelectuales, sino artistas que fantasean libremente y se divierten. Ya verás lo que hay de verdad en ello. Tal vez tienes ideas acerca del juego de abalorios, que le asignan más valor que el que realmente tiene, tal vez sea todo lo contrario. Es muy cierto que el tal juego ofrece sus peligros. Por eso mismo lo amamos; por los caminos seguros, sin peligros, enviamos solamente a los débiles. Pero nunca debes olvidar lo que te dije tantas veces: nuestra finalidad, nuestra determinación, es reconocer exactamente los contrarios, en primer lugar y sobre todo como contrarios, luego como los polos de una unidad. Lo mismo ocurre con el juego de abalorios. Las naturalezas artísticas están enamoradas de él porque permite el fantasear: los científicos severos, especializados, lo desdeñan —también algunos músicos lo hacen—, porque carece de aquel grado de severidad en la disciplina que pueden alcanzar las distintas ciencias. Bien, tú aprenderás esos contrarios y con el tiempo descubrirás que no se trata de contrarios de los objetos, sino de los sujetos, que, por ejemplo, un artista de la imaginación no evita las matemáticas puras o la lógica, porque sabe algo de ellas y podría explicarlas, sino porque tiende instintivamente a otra cosa. Por esas tendencias y antipatías instintivas y violentas, podrás reconocer con seguridad a las almas pequeñas o inferiores.

En realidad, es decir, en las almas grandes y en los espíritus superiores, no existen estas pasiones. Cada uno de nosotros no es más que un hombre, un intento, alguien a medio camino. Pero debe estar a medio camino en la dirección de lo perfecto, debe tender al centro, no a la periferia. Recuérdalo: se puede ser un lógico estricto o un gramático y, al mismo tiempo, estar

[13] *En alemán: celda silvestre.*

Librodot

colmado de fantasía y de música. Se puede ser músico o jugador de abalorios y, contemporáneamente, estar entregado por entero a la ley y a la regla. El hombre que imaginamos y queremos, que es nuestra meta llegar a ser, debería poder cambiar todos los días su ciencia o su arte por otro cualquiera dejaría resplandecer en el juego de abalorios la lógica más cristalina y en la gramática la fantasía más ricamente creadora. Así tendríamos que ser, tendríamos que poder ser colocados a cada hora en distinto lugar, sin que nos opusiéramos o nos confundiéramos.

—Creo comprender —observó Knecht—. Mas, ¿no son precisamente los temperamentos más apasionados los que tienen preferencias y aversiones tan vivas, y los otros los más tranquilos y dulces?

—Parece que así debiera ser, pero no es —contestó riendo el *Magister*—. Para ser capaz de todo y estar versado en todo, se necesita no ya un *menos* de energía anímica, de impulso y calor, sino un *más.* Lo que denominas pasión no es fuerza del alma, sino roce entre el alma y el mundo exterior. Allí donde domina el apasionamiento no hay un "más" de esta energía del deseo y de la aspiración, tino que ésta se dirige a una meta individual y falsa de donde resultan la tensión y el bochorno en la atmósfera. Aquel que lanza la suprema energía del deseo hacia el centro, hacia el ser verdadero, hacia lo perfecto, parece más calmo que el apasionado, porque no siempre se ve la llama de su fervor, porque, por ejemplo, no grita ni agita los brazos mientras discute. Mas te digo: "Aquél debe abrasarse y arder".

—¡Oh, si fuera posible saber! —exclamó Knecht—. ¡Si hubiera una doctrina o algo en que poder creer! Todo se contradice, todo pasa corriendo, en ningún lugar hay certidumbre. Todo puede interpretarse de una manera y también de la manera contraria. Se puede explicar toda la historia del mundo como evolución y progreso, y también considerarla nada más que como ruina e insensatez. ¿No hay una verdad? ¿No hay una doctrina legítima y valedera?

El maestro nunca había oído hablar con tanta vehemencia. Adelantóse un trecho más, luego dijo:

—¡La verdad existe, querido! Mas no existe la "doctrina" que anhelas, la doctrina absoluta, perfecta, la única que da la sabiduría. Tampoco debes anhelar una doctrina perfecta, amigo mío, sino la perfección de ti mismo. La divinidad está *en ti,* no en las ideas o en los libros. La verdad se vive, no se enseña. Prepárate a la lucha, Josef Knecht, a grandes luchas; veo claramente que éstas han comenzado ya.

En estos días, Josef vio a su querido *Magister* por primera vez en su vida diaria, en su trabajo, y lo admiró mucho, aunque sólo podía percibir una pequeña parte de su cotidiana colaboración. Pero el maestro le impresionaba sobre todo porque se preocupaba por él, un hombre de tan alta categoría y de aspecto a menudo tan cansado, lo había invitado; a pesar de su labor, encontraba tiempo para dedicárselo, ¡y no sólo el tiempo! Si esta introducción en el arte de meditar le producía tan profunda y firme impresión, no era debido —como pudo juzgar más tarde— a su técnica particularmente refinada o especial, sino a la persona, al ejemplo del maestro. Los profesores que tuvo durante el año siguiente cuando fue instruido en dicho arte, le dieron más indicaciones, doctrinas más exactas, lo vigilaron más severamente, le plantearon más cuestiones, solieron

Librodot

corregirlo más. El *Magister Musicae,* seguro de su poder sobre el jovencito, hablaba poco y no le enseñaba casi nada, señalaba solamente los temas y lo precedía con su ejemplo. Knecht observaba que su maestro a menudo tenía un aspecto de anciano debilitado; que luego, con los ojos semicerrados, se ensimismaba, para volverse después fuerte, calmo, de mirar alegre y amable otra vez; nada ni nadie hubiera podido convencerlo mejor acerca del rumbo hacia las fuentes, acerca del camino que lleva de la inquietud a la paz. Lo que tenía que decir al respecto el maestro con palabras, lo supo el joven durante un corto paseo o durante las comidas.

Sabemos que Knecht recibió del *Magister* en esos días también algunas indicaciones y normas previas para el juego de abalorios, pero nada dejó escrito al respecto. También le emocionó que su anfitrión se preocupara por su acompañante, para que no tuviese la sensación demasiado viva de ser apenas un agregado. Este hombre parecía pensar en todo.

La breve residencia en Monteport, las tres horas de meditación, la corta asistencia al curso de jefes, los pocos diálogos con el *Magis*ter, representaban mucho para Knecht; con toda seguridad, el anciano había elegido el momento más eficaz para su limitada intervención. Su invitación había tenido principalmente el propósito de recordar ardorosamente al joven la meditación, pero esta visita no era menos importante por sí, como distinción, como signo de que se le prestaba atención, se esperaba de él algo, más adelante: fue el segundo grado de la vocación. Se le había concedido echar una mirada a las zonas interiores; cuando uno de los doce maestros atraía tan cerca de sí a un alumno de estas clases, no se trataba de mera simpatía personal. Los gestos de un maestro siempre sobrepasaban lo personal.

En el momento de los adioses, ambos alumnos recibieron pequeños regalos, Josef un cuaderno con preludios corales de Bach, el camarada una lujosa edición de bolsillo de Horacio. A Josef, el *Magister* dijo como despedida:

—En pocos días más, te comunicarán a qué escuela has sido asignado. Llegaré allá con menos frecuencia que a Eschholz, pero también en la nueva escuela nos volveremos a ver, si no me enfermo. Si te agrada, puedes escribirme una carta una vez por año, sobre todo acerca del curso de tus estudios musicales. No te está vedado criticar a tus profesores, pero yo asigno a esto muy poco valor. Muchas cosas te esperan; deseo creer que saldrás adelante. Nuestra Castalia no debe ser mera selección, sino en especial modo una jerarquía, una construcción, en la que cada piedra cobra sentido solamente por el todo. Desde este modo no parte ningún camino hacia afuera y aquel que más alto sube y recibe más grandes misiones, no se vuelve más libre, sólo se torna cada vez más responsable. Hasta la vista, joven amigo; fue un placer para mí que estuvieras a mi lado.

Los dos camaradas emprendieron el retorno; en el camino, se sintieron más alegres y dicharacheros que a la venida; los dos días en una distinta atmósfera y, entre otras figuras, el contacto con otro círculo existencial les había dado soltura, los había liberado de Eschholz y del estado de ánimo de la partida, y los había llenado doblemente de curiosidad por el cambio y lo porvenir. Durante los descansos en el bosque o al borde de los altos precipicios de la región de Monteport, sacaron de sus bolsillos flautas de

Librodot

madera y tocaron a dos voces un par de *Heder.* Y cuando llegaron a la cumbre que domina a Eschhols, con el panorama del Instituto y los árboles a sus pies, les pareció que la conversación que mantuvieron allí quedaba relegada a un remotísimo pasado; las cosas habían cobrado un nuevo aspecto; no pronunciaron una sola palabra, un poco avergonzados de los sentimientos y las palabras de entonces, tan rápidamente superados hasta perder su esencia y su contenido.

En Eschholz conocieron ya al día siguiente su destino. Knecht había sido asignado a Waldzell.

Librodot

Capítulo II
WALDZELL

"WALDZELL, sin embargo, suscita la reducida población de artistas en el juego de abalorios", reza el antiguo lema de esta famosa escuela. Entre las castalias del segundo y tercer grado, era la más artística, es decir que, mientras en otras predominaba determinada ciencia, como en Keuperheim la filología antigua, en Porta la filosofía aristotélica y la escolástica, y en Planvaste las matemáticas, en cambio en Waldzell se cultivaba por tradición una tendencia al universalismo y a la conciliación entre ciencia y artes, y el símbolo supremo de estas tendencias era el juego de abalorios. Tampoco aquí, como en todas las escuelas se lo enseñaba oficialmente o como materia obligatoria; en cambio los estudios privados de los alumnos le estaban dedicados casi exclusivamente; y, además, la pequeña ciudad de Waldzell representaba la sede del juego oficial y de sus instituciones: aquí estaba el famoso salón para los juegos solemnes, el gigantesco archivo del juego con sus funcionarios y sus bibliotecas, el asiento oficial del *Ludí Magister.* Y aunque estas instalaciones subsistían por entero en forma independiente, porque la escuela no estaba unida a ellas en manera alguna, reinaba allí el espíritu de tales instituciones y había algo de la unción de los grandes juegos públicos en el aire del lugar. La pequeña ciudad misma se enorgullecía por el hecho de ofrecer albergue no sólo a la escuela sino también al juego. Entre la población, los alumnos de la escuela se denominaban "estudiantes", los discípulos y los huéspedes de la enseñanza del juego se llamaban "hueros", corrupción de *lusores,* jugadores. Por lo demás, la escuela de Waldzell era la más pequeña de todas las escuelas castalias, el número de alumnos apenas excedía a veces de dieciséis y, seguramente, esta circunstancia le confería también un matiz especial y aristocrático, haciéndola aparecer en la selección como algo distinguido, una especie de super-selección; de esta venerable escuela habían salido en los últimos decenios muchos grandes maestros y todos los profesores del juego de abalorios. Para ser sinceros, el luminoso renombre de Waldzell no era del todo incontrastado: aquí y allá corría la opinión de que los estudiosos de Waldzell eran literatos orondos y príncipes mal acostumbrados, inservibles para lo que no fuera el juego de abalorios; de tiempo en tiempo, estuvieron de moda en muchas otras escuelas frases muy malignas y amargas acerca de aquellos estudiosos, pero la misma violencia de esos chistes y de esas censuras revela que había motivos para los celos y la envidia. En resumen, el traslado a Waldzell implicaba cierta distinción; también Josef Knecht lo sabía, y aunque no era ambicioso en el sentido común de la palabra, aceptó ese honor con alegre orgullo. Llegó a Waldzell, caminante gozoso, junto con otros cantaradas; lleno de vivida expectativa y total disposición, pasó por la Puerta del Sur y quedó en seguida seducido y hechizado por la antiquísima ciudad gris y el enorme monasterio que perteneciera al Císter y ahora hospedaba la escuela. Antes de obtener su nuevo traje, después del refrigerio de recibimiento en el salón de la portería de la escuela, salió solo para descubrir su nuevo hogar, su nueva patria; encontró el estrecho sendero que a través de las ruinas de las antiguas murallas de la ciudad atraviesa el río, se detuvo sobre el abovedado puente y escuchó allí el zumbido del

Librodot

molino; pasando delante del cementerio descendió por la Avenida de los Tilos, detrás de altos setos vio y reconoció el *Vicus Lusorum*[14], la pequeña ciudad aislada de los jugadores de abalorios: el salón de fiestas, el archivo, las aulas, las casas de los huéspedes y de los profesores. De una de esas casas vio salir a un hombre con el traje de los jugadores y pensó si sería uno de los legendarios *lusores,* posiblemente el mismo *Magister Ludí.* Sintió vivamente lo mágico de esta atmósfera, todo allí le pareció antiguo, respetable, sagrado, cargado de tradición; allí estaba uno un poco más cerca del centro que en Eschholz. Volviendo de la zona del famoso juego, sintió también otros hechizos, menos nobles tal vez, pero no menos excitantes: la pequeña ciudad, el fragmento de mundo profano con su ir y venir, sus perros y sus niños, con olores a tiendas y obras, con ciudadanos barbudos y gruesas mujeres detrás de las puertas de las casas de comercio, criaturas juguetonas y ruidosas, muchachas de mirada burlona. Muchos aspectos le recordaban lejanos mundos anteriores, a Berolfingen, por ejemplo, que creyó deber olvidar. Profundos substractos de su aura contestaban a todo esto, a las imágenes, a los sonidos, a los perfumes. Le pareció que allí le esperaba un mundo menos calmoso, pero más pintoresco y rico que el de Eschholz.

Ciertamente, la escuela era ante todo la exacta continuación de la precedente, aun cuando se agregaban algunas ramas nuevas. Nuevos, en realidad, eran solamente los ejercicios de meditación y también de éstos le había ofrecido un pregusto el *Magister Musicae.* Se dedicó con placer a la meditación, sin ver en ella al principio, algo más que un juego agradablemente estimulador. Sólo un poco más tarde —ya lo recordaremos— , debía reconocer por experiencia su verdadero elevado valor. El rector de Waldzell era un hombre original y casi temido, de nombre Otto Zbinden, por ese entonces ya casi sexagenario; de su hermosa letra llena de carácter son muchas de las anotaciones que sobre el alumno Josef Knecht hemos consultado. Pero los maestros despertaron menos que los condiscípulos la curiosidad del jovencito en un principio. Con dos de ellos tuvo especialmente trato e intercambio espiritual intenso y documentado en muchos aspectos. El primero con quien trabó relación ya en los primeros meses, Carlos Ferromonte (que llegó más tarde, como sustituto del *Magister Musicae,* a la segunda dignidad entre las autoridades), tenía la misma edad de Knecht; entre otras obras, le debemos una "Historia del estilo en la música del laúd en el siglo XVI". En la escuela lo denominaban "el comedor de arroz" y lo apreciaban como agradable compañero de juego; su amistad con Josef comenzó en conversaciones sobre música y los llevó a estudios y ejercicios en común durante muchos años, acerca de los que estamos informados en parte por las raras y prietas cartas de Knecht al *Magister Musicae.* Knecht, en la primera de estas cartas, llama a Ferromonte "especialista y perito en la música de la rica ornamentación, las galas, los trinos, etc."; tocaba con él obras de Couperin, Purcell y otros maestros de la época alrededor de 1700. En una de esas cartas, Knecht habla extensamente de aquellos ejercicios y de aquella música, "donde casi sobre cada nota, en determinados pasajes, hay un adorno". "Cuando durante un par de horas —continúa diciendo— no se ha tocado más que dobles apoyaturas, trinos y mordentes, los dedos parecen cargados de electricidad".

[14] *Aldea de los jugadores.*

Librodot

En la música hizo realmente grandes progresos; en el segundo o tercer año de su estada en Waldzell, tocaba con mucha facilidad notaciones musicales, llaves, abreviaturas, acompañamientos de todos los siglos y estilos, y en el terreno de la música occidental, hasta donde nos ha sido conservada, llegó al dominio de aquella forma especial que parte de lo manual y no desdeña un cuidadoso respeto, una fiel atención a lo sensorio y técnico, para penetrar en el espíritu. Precisamente, su celo por abarcar lo sensible o lo sensual, su esfuerzo por entender el espíritu de lo sensorio, de lo sonoro, de las sensaciones acústicas en los distintos estilos musicales, lo alejaron por un período sorprendentemente largo de la dedicación al estudio preliminar del juego de abalorios. En una de sus conferencias confesó más tarde: "Aquel que conoce la música solamente por los extractos que el juego de abalorios destiló de ella, puede ser un buen jugador, pero está muy lejos de ser un músico y, es de presumir, tampoco un historiador. La música no consiste solamente en los vuelos y en las imágenes meramente espirituales que hemos deducido de ella por abstracción; consistió a través de todos los siglos en primer término en la alegría por lo sensible, en el fluir del aliento, en el latido del compás, en las coloraturas, los roces, las provocaciones que nacen de la mezcla de voces, del efecto del conjunto instrumental. Es cierto, el espíritu es lo principal, y no puede dudarse de que la invención de nuevos instrumentos, la transformación de los antiguos, la introducción de nuevas tonalidades y de nuevas normas constructivas y armónicas o la prohibición de ellas, son siempre y solamente gestos y exterioridades, del mismo modo que lo son los trajes y las modas de los pueblos; mas hay que haber concebido sensoria e intensivamente y además gustado estas características exteriores y sensorias para comprender en todo eso la época y el estilo. Se hace música con las manos y los dedos, con la boca, con el pulmón, pero no con el cerebro solamente, y aquel que, por ejemplo, sabe leer las notas pero no tocar perfectamente un instrumento, no puede hablar de música, no puede discutirla. Y de la misma manera no se debe entender absolutamente la historia de la música sólo como historia abstracta de un estilo; resultarían incomprensibles, por ejemplo, las épocas de decadencia de la música, si en ellas no supiéramos ver el predominio de lo sensorio y cuantitativo sobre lo espiritual".

Por un momento pareció que Knecht había decidido convertirse en músico, únicamente: descuidó en favor de la música todas las materias optativas, entre ellas la introducción al juego de abalorios, en forma tal que hacia el final del primer semestre el rector lo llamó a rendir razones. El alumno Knecht, sin dejarse dominar, se colocó tercamente en el punto de vista de los derechos del estudiante. Parece que contestó:

—Si fracaso en una de las ramas oficiales de la enseñanza está usted en su derecho de censurarme; pero no le he dado motivo para ello. Estoy en cambio en mi derecho, cuando dedico a la música tres cuartas partes o aun las cuatro del tiempo de que dispongo libremente. Me remito a los estatutos.

El rector Zbinden era lo bastante inteligente como para no insistir, pero naturalmente, tomó nota de este alumno y por mucho tiempo parece que lo trató con fría severidad.

Más de un año, probablemente alrededor de un año y medio, duró este período particular en la vida estudiantil de Knecht: clasificaciones normales,

Librodot

pero no brillantes, y—como se deduce del incidente con el rector— juiciosa reserva, un poco obstinada, ninguna amistad llamativa, pero en cambio un celo extraordinariamente apasionado por hacer música y abstención de casi todas las especialidades optativas, hasta el juego de abalorios. Algunos rasgos de esta imagen juvenil son, sin duda, característicos de la pubertad; probablemente, en este período se encontró sólo por casualidad y con desconfianza con el otro sexo; probablemente, se mantuvo —como muchos alumnos de Eschholz, que carecieran de hermanas en su hogar— completamente casto. Leyó mucho y, sobre todo, filosofía alemana: Leibnix, Kant y los románticos, entre los cuales Hegel era el que más le atraía.

Y ahora debemos hablar más ampliamente de aquel otro condiscípulo, que tuvo en la vida de Knecht en Waldzell un papel decisivo, el "transeúnte" Plinio Designori. Era un transeúnte, es decir, frecuentaba las escuelas de selección como invitado o huésped, sin intención, pues, de permanecer en forma permanente en "la provincia pedagógica" ni de entrar en la Orden. Los transeúntes eran raros porque las autoridades educativas, como es natural, nunca prestaron valor a la formación de estudiantes que pensaran volver al hogar paterno, al mundo, después de un lapso de instrucción selecta. En cambio, entre algunas viejas familias patricias de las cercanías de Castalia, con merecimientos especiales en la época de su fundación, subsistía la costumbre, no extinguida hoy todavía, de hacer educar en las escuelas de selección, de vez en cuando, al hijo que demostrara para ello suficiente disposición; el derecho respectivo se había convertido en tradición para esas pocas familias. Estos transeúntes, aunque debían someterse en todos los aspectos a las mismas reglas que los alumnos elegidos, constituían ya entre los alumnos una excepción, por cuanto no se alejaban cada vez más de año en año de su patria y de su familia, sino que pasaban con ellas las vacaciones; entre los camaradas seguían siendo siempre huéspedes y extraños, porque conservaban los hábitos y el modo de pensar de su lugar natal Los esperaba el hogar, la carrera en el mundo, la profesión y el matrimonio; en muy contadas ocasiones ocurrió que uno de estos transeúntes, impregnados por el espíritu de la "provincia", permaneciera al final en Castalia y entrara en la Orden, con el consentimiento familiar. En cambio, muchos estadistas conocidos en la historia de nuestro país fueron en su juventud alumnos transeúntes y defendieron vigorosamente la escuela en momentos en que la opinión pública, por una razón o por otra, se opuso con su censura a la selección y a la Orden.

Plinio Designori era, pues, uno de estos transeúntes; Josef Knecht, algo menor, hizo amistad con él al llegar a Waldzell Era un ser altamente dotado, brillante en la oratoria y en los debates, fogoso y un poco inquieto, que causó muchas cuitas al rector Zbinden, porque si como alumno se comportaba perfectamente y nada podía reprochársele, en ningún momento en cambio se esforzaba por olvidar su situación excepcional como transeúnte y por encuadrarse sin llamar la atención en lo posible, profesando muy libremente y con ánimo combativo un conjunto de opiniones mundanas, nada castalias. Fatalmente, entre los dos cantaradas nació una relación especial: ambos eran muy inteligentes y distinguidos, lo cual los hermanaba, mientras que en todo lo demás eran antitéticos. Hubiera sido necesario un maestro de gran visión y de experiencia extraordinariamente perspicaz, para extraer las quintaesencias de la tarea que se presentaba y facilitar de

Librodot

acuerdo con las reglas dialécticas, cada vez, una síntesis entre los contrastes y por encima de ellos. No le faltaban al rector Zbinden capacidad y voluntad para ello; no era de aquellos maestros para quienes el genio es molesto, pero carecía en este caso de la condición previa más necesaria: la confianza de ambos alumnos. Plinio, a quien le gustaba el papel de extraño y revolucionario, estaba siempre en guardia contra el rector, y con Josef Knecht, desgraciadamente, había surgido un desacuerdo por sus estudios privados; tampoco Josef se hubiera dirigido a Zbinden en procura de consejo. Por suerte existía en cambio el *Magister Musicae.* Knecht se dirigió a él pidiéndole ayuda y consejo, y este sabio y anciano músico tomó el caso en serio y guió magistralmente la jugada, como veremos más adelante. En manos de este maestro, el grandísimo peligro y la máxima tentación en la vida de Knecht se convirtieron en misión señalada, y el joven se mostró capaz de ésta. La historia íntima de la amistad-enemistad entre Josef y Plinio, esta música sobre dos temas, este juego dialéctico entre dos espíritus, fue más o menos la siguiente:

Naturalmente, fue Designori, al comienzo, quien llamó la atención de su contraparte y la atrajo hacia si. No sólo era mayor en edad, sino también hermoso, ardiente y fecundo; y sobre todo era uno "de fuera", no castalio, uno del mundo, un ser con padre y madre, tíos y tías, hermanos, para quien Castalia con todas sus reglas, sus tradiciones y sus ideales era solamente un etapa, un trecho de camino, una estada a plazo fijo. Para este cuervo blanco, Castalia no era el mundo, para él Waldzell era, una escuela como otra cualquiera y su regreso al "mundo" no representaba una vergüenza o un castigo; no lo esperaba la Orden, pero sí la carrera, el casamiento, la política, en fin, aquella "vida real" acerca de la cual cada uno de los castalios sentía ocultos deseos de saber más, porque el "mundo" era para ellos lo mismo que había sido para un penitente y un monje: lo de menos valor, lo prohibido, ciertamente, pero también lo misterioso, lo seducios, lo fascinante. Y Plinio no ocultaba realmente su pertenencia al mundo, no se avergonzaba de él, más aún, se sentía orgulloso. Con un ardor entre infantil y teatral, con algo de consciente y deliberado, hacía notar su diferencia de clase y aprovechaba cualquier ocasión para enfrentar sus conceptos y normas mundanos con los castalios y declararlos mejores, más justos, más naturales y humanos. Hablaba mucho al hacerlo de "naturaleza" y de "sana razón humana", oponiéndolas al espíritu escolástico deformado, fuera de la vida, y no ahorraba las réplicas y las grandes frases, pero era inteligente y tenía el buen gusto de no conformarse con groseras provocaciones, sino que sabía utilizar suficientemente las formas habituales de discusión de Waldzell. Quería defender el "mundo" y la vida ingenua y legítima contra la "espiritualidad orgullosamente escolástica" de Castalia, pero quería demostrar también que era capaz de hacerlo con las armas del adversario; no aspiraba a ser absolutamente el ser sin cultura que va trastabillando a ciegas en el jardín florecido de la formación espiritual. De vez en cuando, Josef Knecht se había detenido, oyente callado, detrás de algún pequeño grupo de alumnos, cuyo centro y orador era Designori. Con curiosidad, sorpresa y temor le había oído pronunciar frases en las que criticaba destructivamente todo lo que en Castalia se consideraba autoridad, cosa sagrada, y ponía en duda, demolía y ridiculizaba aquello en que él creía. Observó atentamente que ni con mucho los oyentes tomaban esos

Librodot

discursos en serio, algunos escuchaban visiblemente dispuestos a divertirse, como se escucha a un charlatán de feria; a menudo oía también refutaciones que cubrían de ironías y rebatían en serio los ataques de Plinio. Pero siempre se reunían algunos camaradas alrededor del joven, siempre era él el centro y, ya se tratara de un opositor o no, constantemente mostraba su fuerza de atracción y su hechizo tentador. También ocurría con Josef lo que sucedía con los otros que formaban alrededor del ardoroso orador grupos compactos y escuchaban sus tiradas con asombro o con risas; a pesar de aquella sensación de temor, hasta de angustia, que sentía por esos discursos, experimentaba una atracción desazonada y no porque las expresiones fueran divertidas, sino porque parecían importarle en serio. Íntimamente no aprobaba al audaz orador, pero había dudas de cuya existencia o posibilidades bastaba tener mera noción para sufrir por ellas. Al comienzo no fue un amargo sufrimiento, sino simplemente emoción e inquietud, una sensación mezcla de violento impulso y de remordimiento.

Debía llegar la hora, y llegó, en que Designori observó que entre sus oyentes había uno para quien sus palabras representaban algo más que entretenimientos excitantes o repulsivos y satisfacciones del gusto por las disputas; un niño rubio y silencioso, de hermoso y fino aspecto, aunque ligeramente ingenuo, y que se sonrojaba y contestaba parcamente, confundido, cuando le hablaba con amabilidad. Pensó Plinio que era evidente que ese jovencito lo seguía desde mucho antes, y resolvió premiarlo con un gesto de amigo conquistándolo del todo: lo invitó por la tarde a visitarlo en su cuarto. Pero no era fácil atraer a aquel niño puro y esquivo. Plinio comprobó con sorpresa que Josef le rehuía, no quería conversar y que tampoco aceptó la invitación; esto enardeció al “transeúnte” y comenzó a cortejar al silencioso Josef desde entonces, por amor propio al comienzo, luego en serio, porque sentía en el opositor, quizá un futuro amigo, quizá un adversario. Josef lo vio acercarse cada vez más, advirtió su proximidad y su atención intensa. Y tímido, se retrajo cada vez que el otro trataba de acercársele.

Este modo de proceder tenía sus razones. Josef había sentido hacía mucho ya que algo le aguardaba al lado de este camarada, quizá algo hermoso, una ampliación de su horizonte, una experiencia, una revelación; tal vez también una tentación y un peligro; de todas maneras algo que debía superarse. Había comunicado a su amigo Ferromonte las primeras reacciones de duda y crítica que despertara en él la oratoria de Plinio, pero este otro le había hecho poco caso, declarando al “transeúnte” un tipo engreído y jactancioso, a quien no cabe prestar oídos, y se había abismado en seguida en sus ejercicios musicales. Una clara sensación interior le decía a Josef que el rector sería la instancia ante la cual debía exponer sus dudas y sus inquietudes, pero desde aquella pequeña controversia por la música, no mantenía con el superior una relación cordial y franca ya: temía no ser comprendido por él, y aun más temía que una explicación acerca del rebelde Plinio podría ser considerada por el rector como una especie de delación. En esta perplejidad que los intentos de Plinio hacia un acercamiento amistoso tornaba cada vez más penosa, se dirigió a su protector, a su espíritu bueno, el *Magister Musicae,* en una larguísima carta que nos ha sido conservada, entre otras cosas, decía en ella:

Librodot

"No veo claro todavía si Plinio espera conquistar en mí a un adepto o solamente a un interlocutor. Espero que se trate de lo segundo, porque adherir a sus conceptos sería llevarme a la infidelidad y arruinar mi vida, que está arraigada desde ya en Castalia; fuera de aquí no tengo ni padres ni amigos a quienes poder volver, si realmente alguna vez tuviese este deseo. Mas aunque los irrespetuosos discursos de Plinio no tuviesen la finalidad de convertirme y ejercer en mí alguna influencia, me dejan perplejo. Con usted, venerado maestro, debo ser completamente sincero: en la forma de pensar de Plinio algo aparece a lo cual no puedo contestar simplemente con un no; este algo apela a una voz en mí que a veces se inclina a darle la razón. Probablemente, es la voz de la naturaleza y se encuentra en cruda oposición con mi educación y con nuestros conceptos corrientes. Cuando Plinio señala a nuestros profesores y maestros como casta sacerdotal y a los alumnos como grey ciega y castrada, estas palabras son lógicamente crudas y exageradas, pero contienen sin embargo, alguna verdad, de otra manera no podrían inquietarme tanto. Plinio puede decir cosas muy sorprendentes y desmoralizantes. Por ejemplo: el juego de abalorios es un retroceso a la época folletinesca, un mero juego irresponsable con letras en las que hemos disuelto las lenguas de las distintas ciencias y artes; consta de puras asociaciones y juega con meras analogías. O bien: nuestra resignada esterilidad demuestra la falta de valor de toda nuestra formación espiritual, de toda nuestra conducta. Analizamos, por ejemplo, las leyes y las técnicas de todos los estilos y épocas de la música, pero no creamos nueva música. Leemos y explicamos, dice él, a Píndaro o a Goethe y nos avergonzamos de hacer versos. Son reproches ante los cuales no puedo reírme. Y no son los peores, no son los que más hondo me hieren. Es horrible cuando afirma, pongamos por caso, que los castalios llevamos una existencia de pájaros cantores artificialmente criados, sin que ganemos nuestro pan, sin conocer la necesidad y la lucha por la vida, sin saber ni querer saber nada de la parte de la humanidad que con su trabajo y su pobreza es la base de nuestra existencia de lujo".

Y la carta terminaba con estas frases:

"Tal vez, reverendísimo señor, abusé de su amistad y de su bondad y estoy preparado para que usted me eche de su lado. Écheme usted, impóngame penitencia: le estaré agradecido. Pero necesito absolutamente un consejo. Puedo resistir la presente situación por un lapso más; no me es posible convertirla en evolución real y fructífera; para esto soy demasiado débil e inexperto y, lo que es tal vez lo peor, no puedo confiarme a nuestro señor rector, a no ser que usted me lo ordene expresamente. Por esto le molesto con una cuestión que comienza a tornarse para mí en grave aprieto".

Tendría suma importancia poseer por escrito también la respuesta del *Magister* a este grito de socorro. Mas la contestación se verificó oralmente. Pocos días después de enviada la carta, el *Magister Musicae* llegó a Waldzell para dirigir un examen de música y, durante los días de su estada allí, el anciano se ocupó mucho de su pequeño amigo. Lo sabemos por lo que narró más tarde el mismo Knecht. Las cosas no fueron allanadas. El gran maestro comenzó por someter a un exacto estudio las clasificaciones escolares de Knecht y también sus estudios privados, y encontró estos últimos demasiado unilaterales; en esto dio la razón al rector de Waldzell y también insistió en

Librodot

que Josef lo admitiera delante de aquél. Impartió asimismo normas exactas para la relación de Knecht con Designori y no partió antes de haber discutido el asunto con el señor Zbinden. La consecuencia de todo esto no fue solamente la notable controversia, inolvidable para ser nunca cordial y misteriosa, como la mantenida con el *Magister Musicae,* pero sí clara y sin tirantez.

El papel asignado a Knecht determinó su existencia por un largo período de tiempo. Se le permitió aceptar la amistad de Designori, someterse a la influencia y a los ataques del camarada, sin intervención ni vigilancia por parte de los profesores. Pero la misión impuesta por el gran maestro fue la de defender a Castalia contra su crítico y llevar las explicaciones de las ideas al más alto nivel; esto implicó entre otras cosas que Josef tuviera que empaparse intensamente y tener siempre presentes los fundamentos de la disciplina que reinaba en Castalia y en la Orden. Las controversias entre los dos adversarios amigos se tornaron muy pronto famosas, los alumnos se apiñaban para oírlas. El tono, agresivo e irónico de Designori se afinó, sus formulaciones llegaron a ser más severas y responsables, su crítica más realista, más objetiva. Hasta ese momento Plinio había sido el favorito en la lucha; venía del "mundo", tenía su experiencia, sus métodos, sus recursos de ataque y también un poco de su vacilación; de las conversaciones con los mayores en su hogar conocía todo lo que el mundo reprochaba a Castalia. Ahora, las réplicas de Josef lo obligaron a admitir que él conocía muy bien el mundo, mejor que cualquier castalio, pero no ciertamente a Castalia y su espíritu tan bien como aquellos que allí estaban en su casa y para quienes Castalia era patria, hogar y destino. Aprendió a observar y, poco a poco, también a admitir que allí había un alma y no vernácula, lugareña, y que no sólo fuera de allí, sino también en la provincia "pedagógica" existían experiencias y entendimientos de siglos, una tradición, una "naturaleza", que él conocía sólo parcialmente y que ahora reclamaban su derecho al respeto a través de su intérprete, Josef Knecht. Este en cambio, para llenar su papel de apologista, se veía obligado a impregnarse más clara e íntimamente y a tener conciencia de lo que debía defender, con la ayuda del estudio, la meditación y el cultivo de sí mismo. En lo retórico, predominaba Designori; además del fuego y de la ambición de su temperamento, le socorría cierta experiencia del mundo y su propio gracejo; sabia pensar en los oyentes aun cuando sucumbía, asegurándose una salida llena de dignidad o convertida en broma, mientras Knecht, si el adversario lo colocaba en un aprieto, sólo podía decir:

—Acerca de esto debo reflexionar todavía, Plinio. Espera tan par de días, yo mismo te recordaré la cuestión.

Aunque esta relación se mantenía en forma muy noble y aun se convirtió en factor indispensable de la vida escolar de aquella época en Waldzell para interlocutores y oyentes de las disputas, para Knecht apenas si se había tornado más leve el apremio, el conflicto. Por lo mucho de confianza y responsabilidad que se le había impuesto, dominaba su tarea y es una demostración de la fuerza y la agilidad de su temperamento el que la llevara a cabo sin perjuicio visible. Pero en secreto, debió sufrir mucho. Si sentía amistad por Plinio, no era ciertamente sólo por el cantarada vencedor y gracioso, por el Plinio de fácil palabra y conocedor del mundo, sino también

Librodot

por ese mundo extraño que representaba su amigo y adversario, y que aprendió a conocer o a intuir a través de la figura, las palabras y los gestos de éste, aquel mundo llamado "real" donde había delicadas madres y niños, hambrientos y asilos de pobres, diarios y campañas electorales, aquel mundo primitivo y al mismo tiempo refinado, al cual Plinio volvía para pasar en él todas sus vacaciones, para visitar a los padres y a los hermanos, hacer la corte a las muchachas, asistir a reuniones de trabajadores o ser huésped en clubs distinguidos, mientras Knecht se quedaba en Castalia, hacía excursiones con los compañeros, nadaba, hacía ejercicios con los "Ricercari"[15] de Froberger o leía a Hegel.

No era ningún problema para Knecht el pertenecer a Castalia y llevar correctamente la vida castalia, una vida sin familia, sin muchas legendarias distracciones, una vida sin diarios y también sin hambre ni necesidades; al fin de cuentas, tampoco Plinio que echaba en cara a los selectos con tanta insistencia su modo de vivir de zánganos, había tenido hambre alguna vez o se había ganado su pan. No, el mundo de Plinio no era el mundo mejor, más verdadero. Pero estaba allá afuera, existía, y había existido siempre, así lo enseñaba la historia universal; siempre había sido así, y muchos pueblos no conocieron otro mundo que aquél y nada supieron de escuelas de selección ni de provincias pedagógicas; de una Orden, de maestros ni de juegos de abalorios. La gran mayoría de los seres humanos sobre toda la tierra vivía en forma distinta de la que se vivía en Castalia, más simple, primitiva, peligrosa, indefensa, desordenada. Este mundo primitivo era innato en cada ser humano, el corazón sentía algo por él, un poco de curiosidad, de nostalgia, de piedad. La misión imponía hacerle justicia, conservarle en el corazón algún derecho de naturaleza, pero sin caer en sus brazos, sin volver a él. Porque a su lado y por encima de él existía otro mundo, el mundo castalio, espiritual, artístico, más ordenado, protegido pero necesitado de constante vigilancia y ejercicio, la jerarquía. Lo correcto era servir a este mundo aquí, pero sin cometer injusticia contra el otro o despreciarlo, sin torcer la vista hacia él tampoco con oscuros deseos o vaga nostalgia. Porque el pequeño universo castalio servía al otro grande, le daba maestros, libros, métodos, velaba por la pureza constante de las funciones espirituales y de la moral, y estaba abierto (como escuela y refugio) al pequeño número de hombres cuyo destino parecía ser el de dedicar su vida al espíritu y a la verdad. ¿Por qué, pues, no vivían los dos mundos aparentemente en armonía y fraternidad uno al lado del otro, uno dentro del otro, por qué no se podía guardar y unir a ambos en sí?

Una vez, una de las raras visitas del *Magister Musicae* coincidió con un momento en que Josef, cansado y agriado por su tarea, a duras penas podía mantener el equilibrio. El gran maestro pudo deducirlo de algunas alusiones del jovencito, pero más claramente lo leyó en su aspecto hipertenso, en sus inquietas miradas, en su modo de ser, ligeramente descuidado. Hizo algunas preguntas investigadoras, chocó con indiferencia e inhibiciones, dejó de preguntar y, preocupado seriamente por ello, se lo llevó consigo a una sala de ejercicio, con el pretexto de comunicarle un pequeño descubrimiento de historia musical. Le hizo traer un clavicordio y afinarlo, y lo enredó tanto y

[15] *En italiano: "Investigaciones, búsquedas", estudios sobre música antigua.*

Librodot

por tanto tiempo en un estudio muy particular *(privatissimun)* del origen de la forma de las sonatas, que el alumno olvidó en parte su situación apremiante, se entregó completamente y escuchó liberado y agradecido sus palabras y sus ejecuciones. Se tomó tiempo, muy pacientemente, para devolverlo a un estado de disposición y receptividad que había echado de menos en él. Y cuando lo logró, cuando terminó su exposición y, como remate, acabó de tocar una sonata de Gabrielli, se puso de pie y, caminando arriba y abajo por el reducido cuarto, le dijo:

—Hace años, esta sonata me dio mucho que pensar. Fue en la época de mi estudio libre todavía, antes de que llegara a profesor y mis tarde fuera llamado a ser *Magister Musicae.* Alimentaba a la salón el orgullo de elaborar una historia de la sonata desde nuevos puntos de vista, pero llegó un momento en que no sólo no progresé ya, sino que comencé a dudar más y más de si todas aquellas investigaciones históricas y musicales tenían siquiera algún valor, de si en realidad no eran más bien juego para ociosos y sustituto de oropel espiritual y artístico de vida genuina, vivida. Para ser breve, estaba por pasar a través de una de las crisis en las que todo estudio, todo esfuerzo intelectual, todo el espíritu, sobre todo, se vuelve para nosotros dudoso y falto de valor, y nos inclinamos a envidiar a cualquier campesino que ara, a cualquier pareja que ama al atardecer, o aun a cualquier pájaro que canta en las ramas o a cualquier cigarra que chirría entre la hierba del verano, porque nos parecen tan naturales, tan colmadas y felices en su vida, porque nada sabemos de sus necesidades, sus penas, sus peligros y sus sufrimientos. En fin, había perdido yo mucho de mi equilibrio; mi estado era desagradable y aun casi insoportable. Imaginé las posibilidades más aventureras de fuga y liberación, pensé volver al mundo como músico, para tocar para reuniones de danza en las bodas, pensé, como en los viejos novelones, que se me aparecería un alistador extranjero y me ofrecería vestir un uniforme para seguirlo a una determinada guerra con determinado ejército: me hubiese ido con él. Y así fue —como suele ocurrir en situaciones semejantes— que me sentí tan perdido que no me hubiese podido orientar por mi solo y necesité ayuda.

Se detuvo un segundo y se rió para sí. Luego prosiguió: —Tenía, naturalmente, un consejero de estudio, como está prescrito, y lógicamente hubiera sido razonable y correcto, como era mi deber, pedirle consejo. Pero ocurre siempre así, Josef: precisamente cuando uno se encuentra en dificultades y se ha desviado del camino y tendría suma necesidad de un correctivo, se experimenta la máxima aversión a ello, a volver al camino normal, a buscar la corrección necesaria. Mi consejero de estudio no estaba satisfecho con el informe de mi último cuatrimestre; me hizo severas observaciones. Yo creía en cambio hallarme en vísperas de nuevos descubrimientos, de nuevas convicciones y, en cierto modo, tomé a mal sus reparos. En fin, no quería acudir a él, no quería humillarme y admitir que él hubiese tenido razón. Tampoco quería confiarme a mis cantaradas, pero muy cerca de mí estaba un hombre singular a quien sólo conocía de vista o de oídas, un docto en sánscrito con el apodo de “el yoghi”. En un momento en que la situación se me había vuelto insoportable, me dirigí a este hombre, cuya personalidad un poco solitaria y extraña había yo ridiculizado tantas veces como en secreto la había admirado. Lo visité en su celda, quise hablarle, pero se hallaba en una especie de trance, sumergido en un

Librodot

estado ritual hindú, y no podía ser alcanzado, cabeceaba sonriendo ligeramente en una perfecta abstracción del mundo, y yo no pude hacer otra cosa que quedarme parado en la puerta y esperar que volviera de su ausencia espiritual. Tardó mucho, una hora, dos horas; al final me cansé y me dejé deslizar al suelo; y allí me quedé sentado, contra la pared, y seguí esperando. Finalmente, vi que el hombre despertaba lentamente, movía un poco la cabeza, levantaba los hombros y separaba las piernas antes cruzadas; cuando se dispuso a levantarse, su mirada cayó sobre mí. Me preguntó qué deseaba. Me levanté, y sin reflexionar, sin saber realmente lo que decía, contesté: "Se trata de las sonatas de Andrea Gabrielli". El se levantó del todo, me hizo sentar en su silla, tomó asiento en el borde de la mesa y dijo: "¿Gabrielli? ¿Qué te ha hecho con sus sonatas?" Comencé a contarle lo que me había ocurrido, a confesarle cómo me sentía. Me preguntó con una minuciosidad que me pareció pedantería, por mi historia, por los estudios sobre Gabrielli y la Sonata, quiso saber cuándo me levanté, cuántas horas dediqué a la lectura, qué música toqué, a qué hora almorcé o cené, y cuándo me acosté. Me había confiado a él; molestándole, debía soportar, pues, sus preguntas y contestarlas, pero ellas me avergonzaban, descendían cada vez más al detalle, encarnizadamente: mi vida espiritual y moral de las últimas semanas, de los últimos días, era sometida a detenido análisis. De pronto se calló el yoghi y como siguiera sin entender, se encogió de hombros y me preguntó:

"—¿No ves tú mismo, pues, dónde está el error?

"No, yo no podía verlo. Entonces él lo recapituló todo con sorprendente exactitud, resumió todo lo preguntado, remontándose hasta el primer signo de cansancio, de contrariedad y de saturación espiritual, y me demostró que eso podía pasar solamente a quien estudiar demasiado impetuosa y libremente, y que no había tiempo que perder para volver a hallar con ayuda ajena el dominio perdido sobre mí mismo y mis energías. Si me tomaba la libertad de renunciar a ejercicios regulares de meditación —me indicó—, por lo menos debía recordarme de esa renuncia al advertir las primeras consecuencias enfadosas y poner remedio inmediatamente. Y él tenía toda la razón. No sólo había yo dejado de meditar por largo período y carecido de tiempo, estaba siempre demasiado desganado y distraído o demasiado ocupado en estudios y me sentía excitado, sino que con el correr de los días perdí totalmente hasta la conciencia de mi largo pecado de omisión y tuve que dejarme recordar de ello por otro, cuando estaba casi fracasando y desesperado. En verdad, dediqué luego el mayor cuidado en arrancarme de mi abandono, y retorné a los ejercicios escolares del principiante en la meditación, para volver a dominar poco a poco la capacidad del recogimiento y del ensimismamiento".

El *Magister* concluyó su paseo por la habitación con un ligero suspiro, diciéndome:

—Eso me ocurrió entonces y me avergüenzo hoy todavía de hablar al respecto. Pero es así, Josef; cuanto más nos exigimos o cuanto más nuestra tarea ocasional nos demanda, tanto más debemos contar con la fuente de energía de la meditación, con la conciliación constantemente renovada de espíritu y alma. Y cuanto más intensamente nos solicita una labor —y podría citar muchos ejemplos más—, cuanto más ora nos excita y eleva, ora

Librodot

nos cansa y oprime, tanto más fácilmente puede suceder que descuidamos esa fuente, del mismo modo que estando completamente dedicados a un trabajo intelectual, nos inclinamos fácilmente también a descuidar nuestro cuerpo y su atención. Los hombres realmente grandes de la historia universal o bien supieron dedicarse a la meditación, todos, o bien conocieron inconscientemente el camino por el cual nos lleva la meditación. Los otros, aun los más dotados y fuertes, al final fracasaron y sucumbieron, porque su cometido o su ambicioso sueño los invadió, los poseyó y los convirtió en posesos de tal manera que perdieron la facultad de liberarse cada vez y alejarse de lo actual. Bien, ya lo sabes, eso se aprende con los primeros ejercicios. Es una despiadada verdad. Sólo cuando se ha perdido alguna vez el rumbo, se ve lo inexorable de esta verdad.

De esta explicación quedó en Josef un residuo tan eficaz que sospechó el peligro en que se hallaba él mismo y se sometió a los ejercicios con renovada diligencia. Le hizo profunda impresión que el maestro le mostrara por primera vez un trocito de su vida absolutamente privada, de su juventud, de sus días de estudiante; por primera vez comprendió que también un semidiós, un maestro, pudo ser joven un día y haberse extraviado. Sintió con profunda gratitud la confianza que le había demostrado el venerable señor con sus confidencias. Era posible extraviarse, cansarse, cometer errores, chocar con las reglas, pero uno podía detenerse, volver a hallarse y, al final, llegar a ser todavía un maestro. Y superó la crisis.

En los dos o tres años de Waldzell, mientras duró la amistad de Plinio y Josef, la escuela vivió el espectáculo de esa reñida alianza como un drama en el cual todos participaran un poco, desde el director hasta el alumno más joven. Los dos mundos, los dos principios, se habían encarnado en Knecht y Designori, el uno superaba al otro; cada disputa se convirtió en duelo solemne y representativo que les afectaba a todos. Y como Plinio, de cada salida en vacaciones, de cada abrazo con su suelo materno, traía nuevas fuerzas, Josef, a su vez, absorbía nuevas energías de toda reflexión, de toda lectura, de todo ejercicio de meditación, de todo encuentro con el *Magister Musicae,* y se fue tornado cada vez más apto para ser el representante, el abogado de Castalia. Niño aún, había experimentado una vez la vivencia de la vocación. Conoció ahora la segunda, y estos años forjaron y acuñaron en él la personalidad del castalio perfecto. Hacía mucho también que concluyera la primera enseñanza en el juego de abalorios y comenzó en esa época a proyectar ejercicios propios de este juego en las vacaciones, bajo la vigilancia de un director. Y en esto descubrió una de las más ricas fuentes de alegría y de expansión intima; después de sus inacabables ejercicios con el címbalo y el clavicordio, con Carlos Ferromonte, nada había podido hacerle tanto bien, nada había podido aplacarlo, robustecerlo, confirmarlo y hacerlo feliz como estos primeros adelantos en el mundo estelar del juego de abalorios.

Justamente, son de estos años aquellas poesías del joven Josef Knecht que se han conservado en la copia de Ferromonte; es muy posible que hayan sido más numerosas de las que llegaron a nuestras manos, y puede suponerse que también estas poesías —la primera de ellas brotada antes de la iniciación del joven en el juego de abalorios—, hayan contribuido a facilitarle el cumplimiento de su deber y la superación de aquella época

Librodot

crítica. Cualquier lector, en estos versos, ora inspirados artísticamente, oro volcados en el papel rápidamente, descubrirá aquí y allá rastros de la profunda sacudida, de la crisis que Knecht tuvo que soportar entonces bajo la influencia de Plinio. En muchas frases se siente el temblor reflejado en una inquietud, de una duda fundamental de sí mismo y del sentido de su existencia, hasta que en la poesía "El Juego de Abalorios" su devota entrega se revela por entero. Por lo demás, hubo cierta inclinación hacia el mundo de Plinio, un acto de rebelión contra determinadas leyes locales de Castalia, ya en el simple hecho de haber escrito tales versos y aun de haberlos mostrado en varias oportunidades a muchos camaradas. Porque si bien Castalia había renunciado por regla general a la producción de obras de arte (hasta la creación musical se conoce y se tolera allí solamente en forma de ejercicio de composición en el aspecto estrictamente ligado al estilo), escribir poemas se consideraba cosa imposible, muy ridícula y merecedora de mofa. Estas poesías no son un entretenimiento, pues, una obra de talla, una labor plateresca; hacía falta un elevado impulso para dejar fluir esta actividad creadora, y era necesario algún porfiado valor para escribirlas y confesarse autor de ellas.

Cabe consignar también que Plinio Designori experimentó notables cambios y sufrió determinada evolución bajo el influjo de su antagonista, y no sólo en el sentido de una educación para clarificar sus métodos de discusión. Durante el intercambio colegial y duelístico de aquellos años de estudio, vio a su adversario desarrollarse en constante superación como castalio ejemplar; en la figura del amigo vio enfrentársele cada vez más visible y vivo el espíritu de la "provincia", y, de igual modo en que él había infectado a aquél hasta cierto grado de fermento con la atmósfera de su mundo, él mismo respiró el aire de Castalia y sucumbió a su atracción y a su influencia. Durante el último año de instrucción, después de una discusión de dos horas acerca de los ideales y los peligros de la vida monacal, realizada en presencia de la clase superior del juego de abalorios, invitó a Josef a acompañarlo en un paseo y así caminando le hizo una confesión que citamos según una carta de Ferromonte:

—Hace mucho, Josef, que yo sé naturalmente que no eres ni el perfecto jugador de abalorios ni el santo ideal de la "provincia" cuyo papel representas en forma tan excelente. Cada uno de nosotros dos se encuentra luchando en un lugar peligroso y sabe también que aquello contra lo cual combate existe por derecho y tiene valor indiscutible. Tú te hallas del lado del cultivo del espíritu, yo del lado de la vida natural. En nuestras disputas has aprendido a seguir el rastro de los peligros de la vida natural y a llegar al germen central; tu misión se señalar cómo la vida natural e ingenua, primitiva, simple, sin educación espiritual, tiene que concluir en un lodazal y conducir en regresión a lo animal y aún más lejos. Yo por mi parte debo recordar constantemente que una vida que sólo tiende al espíritu es muy audaz, peligrosa y, al final, estéril. Bien, cada uno defiende aquello en cuya primacía cree, tú el espíritu, yo la naturaleza. Pero no lo tomes a mal, por momentos me parece como si tú me consideraras realmente, simplemente, como un enemigo de vuestro mundo castalio, como un hombre para quien vuestros estudios, ejercicios y juegos significan apenas una serie de niñerías, aunque por una u otra razón los comparta un tiempo. ¡Ay, amigo mío, qué equivocado estarías si creyeras realmente así! Quiero confesarte que

Librodot

tengo por vuestra jerarquía un amor tan insensato, que a menudo me seduce y atrae como la misma felicidad. Quiero también confesarte que hace algunos meses, cuando estuve en casa de mis padres, tuve una explicación con ellos y logré que me permitiesen ser un castalio y entrar en la Orden, si al final de mis estudios ése fuera mi deseo, ésa mi decisión: y me sentí dichoso, cuando finalmente obtuve su consentimiento. Pero... yo no haré ningún uso de ese consentimiento, lo sé desde hace poco tiempo. ¡Oh, no perdí el deseo de ser castalio! Pero cada vez me convenzo más: para mí la permanencia aquí sería una fuga, una fuga decente, noble, tal vez, pero fuga al fin... Me marcharé de vuelta y seré hombre de mundo. Pero hombre del mundo que queda agradecido a Castalia, que repetirá muchos de los ejercicios aprendidos y todos los años participará en la celebración del juego de abalorios.

Knecht comunicó a su amigo Ferromonte esta confesión de Plinio, por un hondo ímpetu interior. Y éste agrega a la narración, en la misma carta, las siguientes palabras: "Para mí, que soy músico, esta confesión de Plinio, con quien no siempre había sido justo, fue como una aventura, una experiencia musical. El contraste "mundo y espíritu" o "Plinio y Josef" se sublimó ante mis ojos en una unidad, en un acorde, por la lucha de dos principios irreconciliables".

Cuando Plinio concluyó su curso de cuatro años y se dispuso a volver a su casa, llevó al director una carta del padre que invitaba a Josef Knecht a pasar las vacaciones con su hijo. El caso era extraordinario. Se concedían autorizaciones para viajar y residir fuera de la "provincia pedagógica", sobre todo para fines de estudio, y no sin alguna frecuencia, eran sin embargo, una excepción y se concedían solamente a estudiosos de más edad y ya probados, nunca a los alumnos. El rector Zbinden consideró la invitación —que procedía de una casa y de un hombre muy respetables— lo suficientemente importante para no rechazarla por si solo; la sometió a la resolución de las autoridades de educación, que muy pronto contestaron con un lacónico "no". Los amigos tuvieron que despedirse.

—Más tarde volveremos a intentarlo —dijo Plinio—; algún día lograremos tener más suerte. Tienes que conocer mi casa paterna, mi gente, y ver que también nosotros somos hombres y no meramente un desecho de seres mundanos, de comerciantes. Me harás mucha falta, te echaré de menos. Y trata, Josef, de llegar pronto a la cumbre en esta complicada Castalia; eres por cierto muy adecuado como miembro de una jerarquía, pero a mi modo ver, vales más como bonzo que como *fámulas,* como sirviente, a pesar de tu apellido. Puedo predecirte un gran porvenir, un día serás *Magister* y figurarás entre las Excelencias.

Josef lo miró con tristeza.

—Puedes chancearte —contestó, luchando con los sentimientos dolorosos de la despedida—. No soy tan ambicioso como tú y si algún día alcanzo algún cargo, tú serás ya desde mucho antes presidente o burgomaestre, profesor universitario o senador. Recuérdanos con amistad, Plinio, y no te pierdas demasiado de Castalia. Allá afuera ha de haber quien sepa de Castalia algo más que los chistes que se hacen sobre nosotros.

Se estrecharon las manos, y Plinio partió. Durante su último año, Josef encontró en Waldzell mucha quietud, mucho silencio; su función

Librodot

riesgosa y esforzada, en cierto modo como personalidad pública, había llegado a su fin repentinamente. Castalia no necesitaba defensor ya. Ese año, dedicó su tiempo libre con preferencia al juego de abalorios, que lo atraía cada vez más. Un cuadernillo de noticias de aquella época acerca de la importancia y la teoría del juego, comienza con este párrafo:

El conjunto total de la vida —física y espiritual— es un fenómeno dinámico, del cual el juego de abalorios representa en el fondo sólo el lado estético y lo concibe preferentemente en el aspecto de sucedidos rítmicos".

Librodot

CAPÍTULO III
AÑOS DE ESTUDIO

JOSEF KNECHT tenía ahora alrededor de 24 años. Con su *exeat*[16] de Waldzell, su periodo escolar había concluido; comentaba los años de estudio libre; exceptuando los de la infancia inocente en Eschholz, fueron los más alegres y felices de su vida. Hay también siempre algo maravilloso, algo hondamente hermoso en el deseo inconfesado de descubrimiento y conquista del joven que por primera vez se encamina libremente, fuera de la obligación escolar, hacia el infinito horizonte de lo espiritual, que no ha visto quebrarse ninguna de sus ilusiones todavía, que no ha sentido aún duda alguna ni de su propia capacidad para una ilimitada entrega, ni de la inmensidad del mundo intelectual. Precisamente para los talentos del tipo de Josef Knecht, que no son impulsados muy pronto por una sola dote a la concentración en una especialidad, sino que por su esencia tienden a lo total, a la síntesis, a la universalidad, esta primavera de la libertad de estudio es a menudo una época de intensa felicidad, casi de embriaguez; sin la precedente educación de la escuela de selección, sin la higiene anímica de los ejercicios de meditación y la vigilancia suavemente ejercida por las autoridades educativas, esta libertad sería un peligro para tales talentos y debería tornarse para muchos una fatalidad, como ocurrió a incontables capacidades distinguidas en la época anterior a la organización actual, en los siglos precastalios. En las universidades de esos tiempos pasados, en determinados momentos, hubo plétora de jóvenes temperamentos fáusticos, que se lanzaron con las velas desplegadas al pleno océano de las ciencias y la libertad académica, y debieron experimentar todos los naufragios de un "diletantismo" desenfrenado. El mismo Fausto es, por cierto, el arquetipo del "diletantismo" genial y de su tragedia. Ahora, la libertad espiritual de los estudiosos en Castalia es infinitamente mayor aún, de lo que fue en las universidades de épocas precedentes, porque las posibilidades de estudio a disposición de ellos son mucho más ricas, y además falta en Castalia completamente la influencia y la limitación de consideraciones materiales, ambición, temor, pobreza de los padres, perspectivas de sueldos y carrera, etc. En las academias, seminarios, bibliotecas, archivos, laboratorios de la "provincia pedagógica", cada estudioso se halla en un pie de igualdad perfecta, por lo que se refiera a su origen y a sus intenciones; la jerarquía se funda y se gradúa exclusivamente en las disposiciones intelectuales y caracterológicas del estudioso en sus cualidades. En el aspecto material y moral, en cambio, en Castalia no existe la mayoría de las libertades, tentaciones y peligros de que son víctima en las universidades del mundo muchos talentos; sí, quedan allí todavía bastantes peligros, suficiente seducción demoníaca y mucho enceguecimiento —¿dónde estaría libre de todo esto la existencia del hombre?—, pero el estudioso castalio está de toda manera sustraído a muchas posibilidades de desvío, desengaño y ruina. No le puede ocurrir que se abandone a la bebida, ni que pierda su tiempo, los años de su juventud, en usos reclamísticos o camorristas de algunas

[16] *En latín: "¡salga!"; fórmula con que se da de "alta" a un estudiante especial al concluir su periodo con aprobación.*

Librodot

generaciones estudiantiles de épocas antiguas, y menos puede llegar algún día al descubrimiento de que su certificado de bachiller o de madurez fue un error, y durante su período de estudio no se verá colocado frente a lagunas de preparación que ya no pueden colmarse— la organización de Castalia lo protege contra semejantes inconvenientes.

Tampoco es muy grande el peligro de disipar su vida con mujeres o en excesos deportivos. Por lo que se refiere a las mujeres, el estudioso castalio no conoce ni el matrimonio con sus seducciones y sus riesgos, ni la hipocresía de muchos siglos pasados, que obligaba a los estudiosos al ascetismo sexual o los dejaba librados a servirse de mujeres más o menos profesionales, más o menos públicas. Como para los castalios no existe el matrimonio, tampoco hay una ética de vida con tal relación. Como para los castalios no existe el dinero y, prácticamente, no se conoce la propiedad, falta también la posibilidad de comprar amor. Es una tradición en la "provincia" que las hijas de burgueses no se casen demasiado jóvenes, y en los años que preceden al casamiento, el estudiante y el sabio les parecen muy particularmente deseables en calidad de amantes; éste no pregunta acerca del origen y del patrimonio, acostumbra considerar por lo menos iguales las facultades espirituales y las de la existencia, posee generalmente fantasía y buen humor y, puesto que no posee dinero, tiene que pagar más que otros con un empeño propio. La más amada por un estudiante de Castalia no conoce la pregunta: "¿Se casará conmigo?" No, no se casará. Es cierto, también esto ha ocurrido realmente; una vez u otra, se ha dado el caso de que un estudiante de selección volviera al mundo burgués por el camino del matrimonio, renunciando a Castalia y a su calidad de miembro de la Orden. Pero los contados casos de apostasía en la historia de las escuelas y de la Orden apenas si tienen la importancia de una curiosidad.

El grado de libertad y autodeterminación en que se encuentra colocado el estudiante selecto después de su *exeat* de las escuelas preparatorias para con todas las ciencias y los campos de investigación, es de hecho muy grande. Esta libertad es limitada (facultades e intereses no escasean desde el comienzo) solamente por la obligación de cada estudioso libre de presentar un plan de estudios para cada semestre; la realización de ese plan es vigilada sin severidad por las autoridades. Para los que poseen facultades e intereses múltiples —a éstos pertenecía Knecht— los dos primeros años, por esta misma amplísima libertad, tienen un maravilloso encanto, una admirable seducción. Las autoridades dejan a estos miembros casi enciclopédicos una libertad que linda con lo paradisíaco, si no caen en la holgazanería; el estudioso puede ensayarse a su gusto en todas las ciencias, mezclar entre sí los campos más diversos de aplicación, enamorarse a la vez de seis u ocho disciplinas, o limitarse desde el principio a una elección más reducida; fuera del respeto por las normas de vida generales en vigor en la "provincia" y en la Orden, no se le exige más que una relación anual sobre las conferencias oídas, las lecturas efectuadas y la labor realizada en los institutos. El "control" más exacto y el examen de su obra comienzan solamente cuando frecuenta cursos y seminarios de ciencia especializada, a la que corresponde también el juego de abalorios y la escuela superior de música. Aquí, lógicamente, cada estudioso debe someterse a los exámenes oficiales y llevar a cabo los trabajos requeridos por el director del seminario, lo que se explica por sí mismo. Mas nadie lo obliga a participar en

Librodot

esos cursos, puede seguir sentado en las bibliotecas o asistir a conferencias durante semestres enteros, año tras año, a su elección. Estos estudiosos que se dedican por mucho tiempo a investigar un solo campo de la ciencia, retardan con ello ciertamente su incorporación a la Orden, pero se los tolera y aun se los incita con mucha comprensión en tus campañas o expediciones a través de todas las ciencias y las formas de indagación posibles. Fuera de la adecuada conducta moral, no se les exige más que la redacción anual de un *curriculum vitae.* A esta antigua costumbre, a menudo ridiculizada, debemos los tres estudios biográficos, escritos por Knecht durante esos años. En este caso no se trata como en el de las poesías escritas en Waldzell de una actividad literaria meramente voluntaria y no oficial y aun secreta y de carácter más o menos vedado, sino de una labor normal y reglamentaria. Ya en las épocas más antiguas de la "provincia pedagógica" se había establecido la tradición de obligar a les estudiosos más jóvenes, es decir, a los que aún no estaban admitidos en la Orden, a la redacción periódica de una clase especial de ensayo o ejercicio estilístico, llamado precisamente *curriculum vitae,* autobiografia ficticia dedicada a determinado período de la existencia, en un pasado imaginario. El estudioso debía remontarse al ambiente, la cultura, el clima espiritual de una época anterior cualquiera y crear en ella con la fantasía una vida que pudiera corresponderle; según los años y la moda, merecieron la preferencia la Roma imperial, la Francia del siglo XVII o la Italia del siglo XV, la Atenas de Pericles o el Austria de los días mozartianos, y para los filólogos se había convertido en una tradición redactar la novela de su vida en la lengua y el estilo del país y de la época que habían elegido; hubo así en algunos momentos "novelas existenciales" sumamente virtuosistas en el estilo curial de la Roma pontificia alrededor de 1200, en el latín de los claustros, en el italiano de los "Cento racconti"[17], en el francés de Montaigne, en el alemán barroco del Cisne de Boberfeld. Sobrevivía en estas formas libres de juego un residuo de la antigua creencia asiática de la reencarnación y la trasmigración de las almas; para todos los maestros y todos los estudiantes era idea corriente que a su existencia actual habían precedido otras, posiblemente, en otros cuerpos, en otras épocas, en otras condiciones. No era ciertamente una fe en el sentido estricto de la palabra, y mucho menos una doctrina, sino un ejercicio, un deporte de las fuerzas de la imaginación, para representarse al propio Yo en distintas situaciones, en otros ambientes. Se ejercitaba así, como ocurría en muchos seminarios de crítica estilística y muy a menudo también en el juego de abalorios, la inteligente penetración en las civilizaciones y épocas antiguas, en los países del pasado; se aprendía a considerar la persona propia como máscara, como pasajera vestimenta de una entelequia. La costumbre de escribir tales novelas existenciales tenía su atractivo y muchas ventajas, de otra manera no te hubiera conservado por cierto durante tanto tiempo. Además era precisamente muy elevado el número de estudiosos que no sólo creían más o menos en la idea de la reencarnación, sino también en la verdad de sus novelas inventadas para tales existencias imaginarias.

Porque, como es natural, la mayoría de estas fantásticas vidas supuestas no eran sólo ejercicios de estilo y estudios históricos, sino también ideas acariciadas con el deseo e imágenes de sí mismos, ambiciosamente

[17] *En italiano: "Cien cuentos".*

Librodot

ampliadas: los redactores de la mayor parte de esos ejercicios se describían con el traje y el carácter en que hubieran deseado aparecer o cuya realización fuera su ideal.

Al mismo tiempo, esos ensayos no eran pedagógicamente una mala idea, sino una salida muy legítima para las necesidades poéticas o literarias de la edad juvenil. Aun cuando desde muchas generaciones atrás había sido prohibida la literatura verdadera, seria, y reemplazada en parte por el juego de abalorios, en parte por las ciencias, no estaba por eso eliminado el impulso artístico y creador de la juventud; encontraba así en el *curriculum vitae,* que a menudo se ampliaba hasta convertirse en novela verdadera, un campo de actividad permitido.

Muchos de estos escritores podían dar también los primeros pasos en el campo del auto-conocimiento.

Por lo demás, ocurría también muchas veces y merecía generalmente bondadosa comprensión por parte de los maestros que los estudiosos emplearan sus "novelas" para manifestaciones críticas y revolucionarias acerca del mundo actual y sobre Castalia.

Pero justamente estos ensayos, en el momento en que los estudiosos gozaban de la mayor libertad y no se sometían a ninguna vigilancia severa, eran muy instructivos para los maestros y les ofrecían a menudo informaciones sorprendentemente claras acerca de la vida y la situación espiritual y moral del redactor.

Tres de estos *curriculum vitae* de Josef Knecht han sido conservados; los reproducimos textualmente[18] con suma fidelidad y los reputamos como la parte tal vez más valiosa de nuestro libro. Acerca de si sólo escribió estos tres o si algunos se perdieron, caben muchas suposiciones.

Con exactitud sabemos solamente que después de entregar el tercero, el "hindú", la secretaría de los poderes educativos le sugirió que en otro eventualmente posterior se trasladara a una época históricamente más cercana y mejor documentada y cuidara más el pormenor histórico. Por conversaciones y cartas, sabemos que realmente hizo más tarde estudios preparatorios para un *curriculum vi*tae en el siglo XVIII. Quería aparecer en él como teólogo nuevo, que cambió el servicio eclesiástico por la música, fue discípulo de Juan Alberto Bengel, amigo de Oetinger y, por un tiempo, huésped de la comunidad de Zinzendorf. Sabemos que entonces leyó e hizo *excerpta*[19] de una cantidad de antigua y aun remota literatura sobre pietismo y Zinzendorf, sobre liturgia y música religiosa o eclesiástica de este siglo. Sabemos además que se apasionó verdaderamente por la figura del mágico prelado Oetinger, amó profundamente y veneró hondamente al maestro Bengel —se hizo ejecutar un retrato fotográfico del *Magister* y por un tiempo lo tuvo sobre su escritorio— y que se esforzó honestamente para reivindicar a Zinzendorf, que le interesaba en la misma medida que le desagradaba. Al final abandonó este trabajo, contentándose con lo que aprendiera mientras lo realizaba, pero se declaró incapaz de extraer de eso un *curriculum,* porque había hecho demasiados estudios particulares y

[18] *En el Apéndice.*

[19] *Extractos.*

Librodot

recogido demasiados detalles. Esta manifestación nos autoriza acabadamente a ver en los tres *curricula* citados más las creaciones y confesiones de un ser poético y de un noble carácter, que la labor de un sabio, con lo cual no creemos cometer ninguna injusticia con él.

Pero ahora, a la libertad del alumno remitido a estudios por él elegidos, se agregó para Knecht otra más, casi un esparcimiento. No había sido solamente un alumno como todos los demás, no había experimentado únicamente las normas de una severa educación, de la exacta distribución del día, de la cuidadosa vigilancia de los maestros; había sido sometido a todos los esfuerzos de los elegidos. Junto con todo esto y mucho más allá, por su relación con Plinio, se había convertido en intérprete de un papel y campeón de una responsabilidad que por momentos lo espoleó, en otros lo atormentó espiritual, anímicamente, hasta los límites de lo concebible; de un papel representativo, de una responsabilidad que superaba en realidad sus años y sus fuerzas y que él, a menudo bastante amenazado, había dominado solamente por un exceso de fuerza de voluntad y de talento y que, sin el poderoso auxilio desde lejos del Magister Musicae, no hubiera podido seguramente llevar a cabo. Lo encontramos a los veinticuatro años de edad, más o menos, al final de sus extraordinarios años escolares en Waldzell, más maduro que su edad y ligeramente agotado, pero sorprendentemente no perjudicado en forma visible. Nos faltan por cierto testimonios inmediatos de lo muy hondo que todo su ser estuvo en tensión por aquel papel y aquella carga, casi muy cerca de la postración, pero podemos comprenderlo en cuanto consideramos el modo en que el joven ya formado hizo uso de la libertad conquistada y, evidentemente, a menudo anhelada desde lo más íntimo en los primeros tiempos. Knecht, que durante sus últimos años escolares se hallara en un lugar señalado y patente, y en cierto modo perteneciera ya a la vida pública, se retiró de ella inmediata y totalmente, y si se siguen las huellas de su existencia de entonces, se tiene la impresión de que hubiera preferido volverse invisible; ningún ambiente, ninguna compañía hubieran sido lo bastante inofensivos para él, ninguna forma de existencia lo suficientemente privada. Y así contestó también algunas cartas muy largas y jubilosas de Designori, primeramente en forma breve ydesganada, luego con un silencio absoluto. El famoso alumno Knecht desapareció y no fue posible dar con él; solamente en Waldzell siguió floreciendo su fama y con el correr del tiempo se convirtió casi en leyenda.

Al comienzo de sus años de estudioso, pues, se eliminó de Waldzell por esos motivos; con ello corrió parejas también la momentánea renuncia a los cursos superiores y últimos del juego de abalorios. Mas a pesar de eso, es decir, aunque un observador oficial hubiera podido establecer en Knecht un sorprendente descuido de ese juego, sabemos que por el contrario todo el curso de sus estudios libres, aparentemente caprichoso y falto de correlación, pero en todo caso muy extraordinario, estaba influido por el juego de abalorios y reconducía a él y al servicio del mismo. Insistimos en esto con mayor evidencia, porque este rasgo es característico: Josef Knecht se sirvió de su libertad de estudio en la forma más admirable y obstinada, más aturdida y juvenilmente genial. Durante los años pasados en Waldzell recibió, como todos, la introducción oficial en el juego de abalorios y el curso de repetición; luego, en el curso del último año y en el círculo de los amigos, dueño ya de la fama de buen jugador, fue invadido por la seducción

Librodot

del juego de los juegos con tal intensidad que, concluido un nuevo curso y siendo todavía alumno de selección, se le admitió entre los jugadores de segundo grado, lo que es una muy rara distinción.

A un camarada del curso oficial de repetición, amigo y más tarde auxiliar, Fritz Tegularius, contó unos años más tarde una vivencia que no sólo decidió su dedicación al juego de abalorios, sino que fue también de la máxima importancia en el desarrollo de sus estudios. Tenemos la carta que fue conservada; el pasaje reza:

"Permíteme que te recuerde determinado día y determinado juego de aquella época en que ambos, asignados al mismo grupo, trabajábamos con tanto entusiasmo en nuestras primeras disposiciones para el juego de abalorios. El director de nuestro grupo nos dio diversas sugestiones y propuso toda suerte de temas a elección; nos encontrábamos justamente en la delicada transición de la astronomía, la matemática y la física a las ciencias filológicas e históricas, y el director era un virtuoso en el arte de plantearnos (éramos principiantes ansiosos) casos interesantes y atraernos a la empinada pendiente de las abstracciones y las analogías inadmisibles; deslizaba en nuestras manos bellos juguetes etimológicos y de lingüística comparada, y le divertía si uno de nosotros caía en el lazo. Contábamos la longitud de sílabas griegas hasta el cansancio, para sentir luego de pronto que nos faltaba el terreno bajo los pies, al vernos colocados ante la posibilidad, más aún, ante la necesidad de una sílaba acentuada en lugar de una "escansión" métrica, y cosas parecidas. Llenaba su tarea en forma brillante y enteramente correcta, aunque por una intención que nada me agradaba, nos llevaba a errores y nos inducía a especulaciones equivocadas, ciertamente con el buen propósito de hacernos conocer los peligros, pero un poco también para reírse de nosotros, jóvenes tontucios, y de volcar en los más entusiastas precisamente el mayor escepticismo por su entusiasmo. Pero justamente con él y en uno de sus embrollados experimentos de traición, ocurrió que yo, mientras tanteando angustiosamente tratábamos de proyectar un problema de juego medianamente correcto, de repente, como por una inspiración súbita, me sentí aferrado por la esencia y la grandeza del juego y estremecido hasta en lo más íntimo. Estábamos analizando un tema de filología comparada y contemplábamos en cierta manera el apogeo, el período floreciente de un idioma desde muy cerca; en minutos, recorrimos con ese idioma un camino que exigió algunos siglos de elaboración, y me envolvió poderosamente el drama de la caducidad, de lo efímero: cómo allí ante nuestros ojos, llegaba a su florecimiento un organismo tan complicado, antiguo, respetable, construido lentamente en muchas generaciones, y el florecimiento contenía ya el germen de la decadencia y toda la construcción inteligentemente ordenada comenzaba a hundirse, a degenerar, a tambalear en la ruina; y al mismo tiempo me atravesó de golpe, con alegre temor, la idea de que, a pesar de todo, la decadencia y la muerte de aquella lengua no había concluido en la nada, de que su juventud, su apogeo, su caída estaban conservados en nuestra memoria, en el conocimiento de la misma y en su historia, y de que seguía subsistiendo en los signos y las fórmulas de la ciencia como en las secretas expresiones del juego de abalorios y podía ser reconstruida otra vez en cualquier momento. Comprendí de pronto que en la lengua o por lo menos en el espíritu del juego de abalorios todo es realmente colmado de significado universal, que cada símbolo, cada

Librodot

combinación de símbolos no lleva hacia acá o hacia allá, ni a ejemplos, experimentos y pruebas aisladamente, sino al centro, al saber primario, al misterio, lo más íntimo del universo. Toda transición de bemol a sostenido en una sonata, toda metamorfosis en un mito o en un culto, toda formulación clásica artística —lo supe en el relámpago de un instante— no es otra cosa, considerada en correcta meditación, que un camino inmediato a lo más hondo del misterio universal, donde se cumple " lo santo eternamente, en un ir y volver de inspirar y espirar, de cielo y tierra, de Yin y Yang. Ciertamente, por ese entonces, haya ya experimentado como oyente muchos juegos bien construidos y bien ejecutados, y en ello había gozado de muchos grandes alivios y muchas visiones afortunadas; pero hasta ese momento me sentía inclinado siempre a dudar acerca del valor y la clase del juego en sí. En retomen, todo problema de matemática bien resuelto podía otorgar un gozo espiritual, toda buena música podía elevar el alma ya en el oyente, ya en el ejecutante, dándole expansión en grandeza, y toda fervorosa meditación podía tranquilizar el corazón y afinarlo en el acorde con el todo; pero justamente por eso —decían mis dudas— el juego de abalorios era tal vez sólo un arte formal, una habilidad espiritual, una combinación inteligente, y entonces hubiera sido mejor no jugar ese juego, sino ocuparse de matemática pura y de buena música. Ahora en cambio oía por primera vez la íntima voz del juego, su sentido; ella me alcanzaba y penetraba, y desde ese momento creo que nuestro magnífico juego es realmente una *lingua sacra,* una lengua sagrada y divina. Tú recordarás, porque tú mismo lo observaste en esa oportunidad, que se realizó en mí una transformación, y un llamamiento me alcanzaba. Puedo compararlo solamente con aquel llamado inolvidable que transformó y elevó mi corazón y mi vida, cuando niño aún, fui examinado por el *Magister Musicae* y convocado a Castalia. Tú lo advertiste, esto lo sentí yo entonces, aunque no dijiste Una sola palabra al respecto; hoy tampoco hablaremos mucho de ello. Mas ahora tengo un pedido que hacerte y para explicártelo debo decirte lo que nadie más sabe ni debe saber, es decir que mis actuales estudios variados no nacen de un capricho, sino que les corresponde como fundamento un plan totalmente determinado. Recordarás, a grandes rasgos siquiera, aquel ejercicio del juego de abalorios que elaborábamos como alumnos de tercer curso con ayuda del director y durante el cual oí aquella voz y experimenté mi vocación para *lusor.*

Ahora bien, yo estudio ahora aquel ejercicio, todo aquel juego, del principio al final, que comenzaba con el análisis rítmico del teína para una fuga y tenía en su centro un supuesto movimiento de Kung Tse; es decir, me ejercito a través de cada uno de sus movimientos, lo vierto del idioma del juego nuevamente en su lengua primitiva, en matemática, en ornamentación, en chino, en griego, etc. Por lo menos por esta vez en mi vida, quiero seguir estudiando y construyendo técnicamente todo el contenido de un juego de abalorios; ya realicé la primera parte y necesité dos años para ello. Es lógico, me costará todavía varios años. Mas como ahora finalmente disponemos en Castalia de nuestra famosa libertad de estudio, quiero emplearla justamente así. Conozco las objeciones posibles. La mayoría de nuestros maestros diría: "En algunos siglos hemos inventado y perfeccionado el juego de abalorios como una lengua y un método universal para expresar todos los valores y los conceptos espirituales y

Librodot

artísticos y llevarlos a una medida común. ¡Y ahora apareces tú y quieres comprobar si esto es exacto! Necesitarás toda tu vida para ello y luego te arrepentirás". Está bien, emplearé en ello mi vida y espero no tener que arrepentirme. Y aquí está mi pedido: como actualmente trabajas en el archivo del juego y yo por motivos especiales desearía evitar volver a Waldzell por un largo lapso todavía, deberías contestarme cierto número de preguntas, es decir, comunicarme en forma no abreviada cada vez las claves y los signos oficiales del archivo por cada tema. Cuento contigo y cuento con que tú dispondrás de mí, apenas pueda yo prestarte algún servicio retributivo".

Tal vez es éste el lugar para transcribir también aquel otro pasaje de la correspondencia de Knecht, que se refiere al juego de abalorios, aunque la carta respectiva, dirigida al *Magister Musicae,* fue escrita por lo menos un año o dos más tarde.

"Creo —escribe Knecht a su protector— que se puede ser excelente, hasta virtuosista jugador de abalorios, y aun quizá muy hábil *Magister Ludí,* sin sospechar el verdadero secreto del juego y su último significado. Sí, podría ocurrir que precisamente quien intuye y sabe, si llega a perito en el juego o lo dirige, sería más peligroso para el juego que aquél. Porque la parte interior, lo esotérico del juego, tiende como todo lo esotérico hacia abajo, hacia lo Uno y Todo, en las profundidades donde reina solamente el aliento eterno en el eterno inspirar y espirar, bastándose a sí mismo. Aquel que hubiese experimentado, viviéndolo hasta el final, el sentido del juego en sí, ya no sería más realmente un jugador, no estaría ya más en la multiplicidad y no sería capaz de la alegría del inventar, construir y combinar, porque conoce un gozo y una alegría completamente distintos. Como yo creo estar muy cerca del sentido del juego de abalorios, será mejor para mi y para otros que no haga de este juego mi profesión, sino que pase de preferencia al terreno de la música".

El *Magister Musicae,* casi siempre muy limitado en su correspondencia, se inquietó evidentemente por esta manifestación y le dio una respuesta que, es una amable advertencia: "Está muy bien que tú mismo no requieras de un maestro del juego que sea un *esotérico* como tú lo entiendes, porque espero que lo hayas dicho sin ironía. Un maestro del juego o un profesor, que en primer término se preocupara para acercarse lo bastante al "sentido intimo", sería uno de los peores. Yo, por ejemplo, debo confesarlo sinceramente, nunca dije en toda mi vida una palabra sobre el "sentido" de la música a mis alumnos; si lo hay, no necesita de mí. En cambio, di siempre gran valor a que mis discípulos contaran muy exactamente sus octavos o dieciseisavos. Si llegas a maestro, sabio o ejecutante, conserva el respeto por el "sentido", pero no creas que puede enseñarse. Por querer enseñar el "sentido", los filósofos de la historia arruinaron una vez la mitad de la historia universal, iniciaron la época folletinesca y cargaron con la complicidad en mucha sangre vertida. Aunque yo debiera introducir, por ejemplo, alumnos en la comprensión de Hornero o de los trágicos griegos, no intentaría sugerirles la poesía o la literatura como una forma fenoménica de lo divino, sino que me esforzaría para tornársela accesible mediante el exacto conocimiento de los recursos idiomáticos y métricos. Es tarea del maestro y del sabio investigar los medios y el cuidado de la tradición, de la transmisión, la pureza de los

Librodot

métodos, no la excitación y el apremio de las vivencias ya inefables que sólo a los elegidos —a menudo vencidos y víctimas— están reservadas".

Por lo demás, Knecht no recuerda el juego de abalorios y su concepción *esotérica* en ningún lugar de su correspondencia de esos años, que asimismo no parece haber sido abultada o en parte se ha perdido; la mayor parte y la mejor conservada de esas cartas, aquellas cambiadas con Ferromonte, trata sin más casi exclusivamente de problemas de música y de análisis del estilo musical.

Vemos así, pues, empeñarse un sentido y una voluntad muy determinados en el curioso sigzag que describió el curso de los estudios de Knecht y que no fue otra cosa que la exacta notación y la elaboración de largos años de un esquema propio y único de juego. Para extraer la esencia o el contenido de este esquema único, que en un tiempo los alumnos componían en pocos días para ejercitarse, y que en la lengua del juego de abalorios podía leerse en un cuarto de hora, empleó años y años, vivió en salas de lectura y bibliotecas, estudio a Fromerzer y a Américo Scarlatti, aprendió la construcción de fugas y de sonatas, repitió matemática, se aplicó al chino, elaboró un sistema de las figuras del sonido y la teoría de Feustel sobre la relación de la gama de los colores y la escala de las tonalidades musicales. Uno se pregunta por qué eligió este camino fatigoso, extravagante y sobre todo solitario, cuando su metal final (fuera de Castalia se diría "su profesión libremente elegida") fue sin duda el juego de abalorios. Si como transeúnte, y además sin compromisos, hubiese entrado en uno de los Institutos del *Vicus Lusorum,* la colonia de los jugadores de Waldzell, se hubieran vuelto para él más fáciles todos los estudios especiales con referencia al juego, hubiera podido encontrar consejo e información en cualquier momento para todas las cuestiones aisladas y seguir además sus estudios entre cantaradas y coaspirantes, en lugar de atormentarse, en soledad y ciertamente muchas veces, en su voluntario destierro. Pero él marchaba por su propio camino. Evitó la residencia en Waldzell, suponemos, no solamente para dejar que se borrara allí en todo lo posible su actuación como alumno y se extinguiera el recuerdo de ella en los demás y en sí mismo, sino también para no volver a caer en otra situación parecida en la comunidad de los jugadores de abalorios. Porque debió sentir entonces en sí mismo algo como un destino, una predestinación a ser un conductor y un representante, e hizo lo posible para hacer trampa a este destino que se sentía impuesto. Intuyó de antemano todo lo grave de la responsabilidad, lo intuyó ya frente a los condiscípulos en Waldzell, que estaban entusiasmados por él y a quienes se sustrajo, y especialmente frente a aquel Tegularius de quien sabía por instinto que se hubiera echado entre las llamas por él. Y así buscó el ocultamiento y la contemplación, mientras aquel destino quería impulsarlo hacia adelante y a la vida pública. Más o menos así nos imaginamos su posición moral en esa época. Pero existía aún un motivo o un estímulo importante más para alejarlo asustado del aprendizaje corriente de las escuelas superiores del juego de abalorios y convertirlo en un foráneo, en un "outsider", es decir, un instinto irreprimible de investigación, sobre el cual se fundaron las dudas precedentes acerca del juego. Era cierto, él había experimentado y gustado que el juego podía ser jugado realmente en un sentido elevadísimo y santo, mas había visto también que la mayoría de los jugadores y alumnos, y aun parte de los maestros y directores, no

Librodot

eran jugadores en aquel elevado y sagrado sentido y no veían en la lengua del mismo una *lingua sacra,* sino precisamente un arte gracioso de estenografía, y realizaban el juego como especialidad interesante y divertida, como deporte intelectual o como competición ambiciosa. Sí; como lo demuestra su carta al *Magister Musicae,* intuía ya que, posiblemente, no siempre es la búsqueda del sentido último la cualidad del jugador y que el juego necesita también de un exoterismo, que es también técnica, ciencia e institución social. En resumen, existían dudas y contrastes, el juego era un problema vital y se convirtió tal vez en el problema capital de su existencia, y él no estaba absolutamente dispuesto a dejarse facilitar sus luchas por bondadosos pastores de almas o a permitir que las empequeñeciera la amable sonrisa denegatoria de los maestros.

Naturalmente, hubiera podido poner como base de sus estudios cualesquiera de los juegos de abalorios ya jugados entre decenas de miles y entre los millones posibles aún. Lo sabía y tomó como punto de partida aquel plan casual de juego combinado por él y su camarada en el citado curso escolar. Era el juego en el que por primera vez se sintió envuelto en el sentido de todos los juegos de abalorios y conoció su vocación como jugador. Un esquema de ese juego, dibujado por él en la forma taquigráfica habitual, lo acompañó constantemente durante estos años. En las marcas, claves, signaturas y abreviaturas del idioma del juego estaba anotada allí una fórmula de matemática astronómica, el principio formal de una antigua sonata, una sentencia de Kung Fu Tse, etc. Un lector que no conociera por ejemplo el juego de abalorios, podría imaginar el tal esquema quizá parecido al esquema de una partida de ajedrez, sólo que los significados de las figuras y las posibilidades de sus mutuas relaciones y sus reciprocas influencias serían múltiples y a cada figura, a cada constelación, a cada jugada o movimiento de piezas habría que atribuir un sentido real, definido simbólicamente por este rasgo, esta configuración, etc. Ahora bien, los estudios de Knecht en estos años no tendieron solamente a la tarea de conocer lo más exactamente posible las esencias, los principios, las obras y los sistemas contenidos en el plan de juego, en aprender a recorrer un camino a través de distintas civilizaciones, lenguas y artes, a través de siglos distintos; también se había prefijado la tarea desconocida por todos sus maestros de examinar lo más exactamente posible en estos objetivos los sistemas y las posibilidades de expresión del arte del juego de abalorios.

Anticipemos desde ahora el resultado: Knecht encontró aquí y allá una laguna, una insuficiencia, pero en conjunto nuestro juego de abalorios debió resistir victoriosamente a su duro análisis, pues de otra manera no hubiera vuelto a él, cuando concluyó.

Si escribiéramos con este libro un estudio cultural, merecería seguramente describirse más de un lugar y más de una escena de la época estudiosa de Knecht. Prefería, hasta donde era posible para él, sitios en que pudiera trabajar solo o entre muy poca gente, y por algunos de ellos supo mantener una adhesión llena de gratitud. A menudo residía en Monteport, a veces huésped del *Magister Musicae,* otras como participante de un seminario de historia de la música. Dos veces lo hallamos en Hirsland, asiento de la dirección de la Orden, como copartícipe del “gran ejercicio”: un ayuno de doce días y meditación respectiva. Con particular alegría, con ternura,

Librodot

diríamos, hablaba más tarde a sus íntimos del soto de bambúes, la agradable ermita que fue escenario de sus estudios sobre el *I Ging.* Allí no sólo aprendió y experimentó algo decisivo, sino que también encontró —guiado por una maravillosa intuición o guía— un ambiente único y a un hombre extraordinario, el llamado Hermano Mayor, el creador y el inquilino de la ermita china del soto de bambúes. Nos parece conveniente describir un poco más extensamente este notabilísimo episodio de sus años de estudio.

Knecht comenzó el estudio de la lengua china y de los clásicos en el famoso Instituto para el Asia Oriental, que desde muchas generaciones estaba incorporado a la colonia estudiosa de los filólogos de la antigüedad, en San Urbano. Allí mismo hizo rápidos progresos en la lectura y en la escritura, trabó relación amistosa con algunos chinos que trabajaban allí y aprendió de memoria una cantidad de canciones de Chi King, cuando en el segundo año de su permanencia comenzó a interesarse con creciente intensidad, por el *I Ging,* el libro de las trasmigraciones o las metamorfosis. Los chinos le brindaron toda clase de informaciones, dada su insistencia, pero ni la menor introducción o iniciación; el Instituto carecía de maestro para ello, y cada vez que Knecht presentaba el pedido de que se le proveyera de profesor para ocuparse fundamentalmente con el *I Ging,* se le habló del Hermano Mayor y de su ermita. Josef había observado perfectamente que con su interés por el libro de las trasmigraciones tendía a un terreno del cual muy poco se quería saber en el Instituto; se tornó más prudente en sus averiguaciones y como se esforzara todavía para obtener informaciones acerca del legendario Hermano Mayor, no dejó de comprender en seguida que este ermitaño gozaba, sí, de cierto respeto y aun de cierta fama, pero más como foráneo extravagante que como sabio. Sintió que en este caso debía ayudarse por sí solo, terminó lo más rápidamente posible un trabajo de seminario ya comenzado y se despidió. Se encaminó a pie hacia la región en que ese ser misterioso levantara un día su cabaña de bambú; tal vez fuera un sabio, un maestro, tal vez un loco. . . Acerca de él pudo saber lo que sigue: Un cuarto de siglo antes, aproximadamente, el hombre fue el estudiante de más porvenir de la sección china, parecía nacido para esos estudios y tener vocación; superó así a los mejores maestros, ya fueran chinos de nacimiento o bien occidentales, en la técnica de la escritura con pincel y en el descifrar antiguos escritos, pero llamó un poco la atención por el entusiasmo con que trataba de convertirse también exteriormente en chino. Así se dirigió tercamente a todos los superiores, desde el director de un seminario hasta los grandes maestros, no ya con sus títulos y el tratamiento prescrito, como lo hacían todos los estudiantes, sino con la alocución: “Mi hermano mayor”, denominación que al final le quedó pegada como apodo burlón, para el resto de su vida. Especial cuidado dedicaba el hombre al juego profético, a los oráculos del *I Ging,* cuyo manejo dominaba magistralmente con el auxilio del tradicional tallo de la milenrama. Juntamente con los antiguos comentarios al libro de los oráculos, su libro preferido era el de Chuang Dchi. Evidentemente, el espíritu racionalista y tendencialmente antimístico estrictamente fiel a Confucio, en la sección china del Instituto, como lo conociera Knecht, debió hacerse sentir ya en esos años, porque el Hermano Mayor abandonó un día la casa y comenzó a vagabundear, armado de pincel, platillo para la tinta y dos o tres libros. Llegó hasta el sur del país, fue huésped aquí y allá de Hermanos de la

Librodot

Orden, buscó y halló el sitio adecuado para su planeada ermita, logró con obstinados pedidos y solicitudes verbales tanto de las autoridades civiles como de la Orden el derecho de cultivar el sitio como colonizador, y desde entonces vivió allí en un idilio organizado estrictamente a la manera china, ora ridiculizado como lunático, ora venerado como una especie de santo, en paz consigo mismo y con el mundo, pasando sus días en la meditación y copiando viejos rollos, en cuanto no tenía que dedicarse al trabajo en su ermita que protegía contra el viento del norte al pequeño jardín chino cuidadosamente plantado.

Hacia allá, pues, marchó Josef Knecht, con frecuentes descansos y seducido por el paisaje, que aparecía ante sus ojos azul y lleno de aromas desde el sur, apenas superados los pasos montañeses, con asoleadas terrazas de vides, muros grises habitados por lagartijas, imponentes bosques de castaños, sabrosa mezcla de país meridional y alta montaña. Fue avanzada la tarde cuando llegó a la ermita del soto de bambúes; entró y vio con sorpresa un pabellón chino en un jardín maravilloso; una fuente cantaba a través de caños de madera, el agua que corría por un lecho de guijarros llenaba allí cerca un cuenco de mampostería, en cuyas resquebrajaduras crecía el verde y en cuya agua tranquila y clara nadaban dos carpas doradas. Las hojas de bambú ondeaban suaves y delicadas sobre las esbeltas y fuertes cañas, el césped estaba sembrado de lajas en que se podían leer inscripciones en estilo clásico. Un hombre delgado, vestido de tela de color gris amarillento, con lentes sobre los ojos azules expectantes, se levantó de un cantero de flores, sobre el cual había estado acurrucado, vino lentamente hacia el visitante, no hostilmente, pero con ese torpe temor que muestran a veces los reservados y solitarios, dirigió la mirada inquisitiva hacia Knecht y esperó lo que éste podía decir. Josef pronunció con cierta timidez las palabras chinas que había pensado para su salutación.

—El joven discípulo se permite presentar su homenaje al Hermano Mayor.

—Bienvenido el huésped bien educado —contestó el Hermano Mayor—; siempre es bienvenido para mí un joven colega para que tome conmigo una taza de té y converse alegremente conmigo, y también puede encontrar un lugar para pasar la noche, si lo desea.

Knecht hizo el *kotao*[20] y agradeció; fue conducido al interior de la casita y convidado con té; luego le fue enseñado el jardín, las piedras con las inscripciones, el estanque, los peces dorados de los que se le dijo la edad. Hasta la hora de la cena permanecieron sentados debajo de los bambúes ondeantes, intercambiaron cortesías, versos de canciones y sentencias de los clásicos, contemplaron las flores y gozaron del crepúsculo rosado que se marchitaba en las curvas de las montañas. Entonces regresaron a la casa, el Hermano Mayor trajo pan y fruta, frió en el minúsculo hogar sendas tortillas sabrosas para él y para el huésped, y después de comer, el Hermano interrogó en alemán al estudiante acerca del motivo de su visita, y éste narró en alemán cómo había llegado hasta allí y lo que le interesaba, es decir poder quedarse allí todo el tiempo que el Hermano Mayor lo permitiera, para ser su discípulo.

[20] Forma *de salutación china, para personajes venerables, que consiste en arrodillarse e inclinarse luego tres veces hasta tocar el suelo con la cabeza.* (N. del T)

Librodot

—De esto hablaremos mañana —dijo el ermitaño y ofreció al huésped una yacija. Por la mañana, Knecht se sentó al lado del cuenco de agua de los peces dorados, fijó sus ojos en el pequeño y fresco mundo de sombra y luz, y de colores mágicamente reflejados, hasta abajo donde se movían los cuerpos de los dorados en el azul verdoso oscuro y la sombra de tinta, y de vez en vez, precisamente cuando todo el mundo parecía hechizado y dormido para siempre y perdido en la lejanía del ensueño, despedían a través de la adormecida tiniebla relámpagos de cristal y oro con un movimiento suavemente elástico y, sin embargo, alarmante. Miró abajo, cada vez más hondo, soñando más que contemplando, y no se percató de que el Hermano Mayor salió de la casa con pasos leves, se detuvo y se quedó observando largo rato a su huésped tan ensimismado o absorto. Cuando, finalmente, Knecht se levantó, percibiendo su ausencia, aquél ya no estaba allí, pero casi en seguida su voz lo invitó a tomar el té, desde el interior de su casucha. Cambiaron un breve saludo, bebieron el té, se sentaron y escucharon en la paz de la mañana la música del hilillo de agua de la fuente, melodía de la eternidad. Luego el ermitaño se levantó, te entretuvo en algunos quehaceres aquí y allá en la habitación de construcción irregular, echó de paso una guiñada a Knecht y preguntó de pronto:

—¿Estás preparado para calzar otra vez tus zapatos y seguir viaje?

Knecht titubeó, luego contestó:

—Si así debe ser, lo estoy.

—Y si te ocurriera quedarte aquí por breve tiempo, ¿estarías dispuesto a prestar obediencia y a quedarte quieto como un pez dorado?

El estudioso contestó una vez más que sí.

—Está bien —dijo el Hermano Mayor—. Colocaré las varitas e interrogaré el oráculo.

Mientras Knecht, sentado, observaba con tanto respeto como curiosidad, manteniéndose quieto “como un pez dorado”, aquél sacó de un cubo de madera, suerte de carcaj más bien, un manojo de varitas; eran tallos de milenrama; los contó con atención, volvió a poner en el recipiente una parte del hatajo, dejó un tallo aparte, dividió loa restantes en dos montoncitos iguales, conservó uno en la mano izquierda, con la derecha tomó del otro, con afilados dedos sensitivos, pequeñísimos haces, los contó y apartó, hasta que quedaron pocos tallos, que apretó entre dos dedos de su izquierda. Después de reducir a pocos tallos un manojo en esta forma, contándolos ritualmente, procedió de idéntica manera con el otro. Dejó los tallos contados, repasó uno y otro de los hacecillos, contó y apretó los reducidos restos entre los dedos, que lo realizaron todo con tranquila y parca agilidad: parecía aquello un juego de destreza, misterioso, regido por severas normas, practicado mil veces y llevado a plenitud de virtuoso. Después de haber realizado varias veces esta operación, quedaron tres diminutos hacecillos; dedujo un signo del número de sus tallos y lo anotó con su fino pincel en una hojita. Y volvió a comenzar todo el complicado proceso; las varitas fueron divididas en dos manojos iguales; el anciano apartó los tallos, metió algunos entre los dedos, hasta que al final quedaron nuevamente tres pequeños rimeros, cuyo resultado fue un segundo signo. Movidos como en una danza, los tallos se golpearon con un ruidito seco muy leve, cambiaron de lugar, formaron hacecillos, fueron separados y contados otra vez,

Librodot

se desplazaron rítmicamente con fantasmal seguridad. Al final de cada ejercicio, el pincel anotó un signo, para concluir con seis líneas de notaciones positivas y negativas, superpuestas. Los tallos fueron recogidos y colocados cuidadosamente otra vez en su recipiente; el mago se acurrucó en el suelo sobre una estera de junto: delante de él tenía el resultado de la consulta formulada al oráculo, resumido en una hoja, que contempló largo rato en silencio.

—Es el signo de Mong —dijo—. Este signo tiene nombre: locura juvenil. Arriba el monte, abajo el agua, arriba Gen, abajo Kan. Al pie del monte brota la fuente, símbolo de juventud. Mas la sentencia dice:

La locura juvenil logra triunfar.
No busco al joven alocado,
es él quien me busca a mí.
Contesto al primer oráculo.
Molesta si pregunta de nuevo.
Si molesta, nada contesto.
La insistencia desafía...

En tensa atención, Knecht estuvo conteniendo el aliento. Cuando se hizo el silencio, respiró profundamente, sin querer. No se atrevía a preguntar. Pero creyó haber comprendido: el joven alocado había sido aceptado, podía quedarse. Mientras estaba todavía aprisionado y hechizado por el sublime juego de títeres de los dedos y las varitas, al que había asistido todo ese tiempo y que parecía tan convincentemente significativo, aunque no se pudiera adivinar su sentido, el sucedido se apoderó de él. El oráculo había hablado, había decidido a su favor.

No hubiéramos descrito con tantos pormenores el episodio, si el mismo Knecht no lo hubiese contado a menudo con cierta satisfacción a amigos y discípulos. Reanudemos ahora nuestra narración objetiva. Knecht permaneció largos meses en el soto de bambúes y aprendió a manipular los tallos de milenrama casi con la misma perfección que su maestro. Éste lo ejercitó todos los días durante una hora en la cuenta de los tallos, lo inició en la gramática y en la simbolística del idioma del oráculo, le enseñó para que supiera escribir y conocer de memoria los sesenta y cuatro signos, le leyó páginas de los antiguos comentarios y le contó sucesivamente, en días especialmente favorables, historias de Chuang Dchi. Además el discípulo aprendió a cuidar el jardín, a lavar los pinceles, a raspar la tinta china en barras; también a preparar sopa y té, a recoger leña, a tener cuenta del tiempo y manejar el calendario chino. Pero las tentativas espaciadas de Knecht para interesar al Hermano Mayor en sus parcas conversaciones por el juego de abalorios y la música, fueron completamente vanas, parecían dirigidas a un sordo o fueron rechazadas con una sonrisa indulgente o contestadas con máximas, como “Nubes densas, nada de lluvia” o “El noble no tiene mancha”. Mas cuando Knecht se hizo enviar desde Monteport un pequeño clavicordio y todos los días estuvo tocando una hora, no hubo oposición alguna. Una vez confesó a su maestro que quería lograr ser capaz

Librodot

de adaptar el sistema del *I Ging* al juego de abalorios. El Hermano Mayor se rió:

—¡Manos a la obra! —exclamó—. Es posible colocar en el mundo un hermoso bosquecillo de bambúes. Pero me parece muy problemático que un jardinero pueda poner el mundo en su soto.

Mas, basta de esto. Citaremos solamente que el Hermano Mayor, algunos años más tarde, cuando Knecht era en Waldzell una personalidad muy estimada, fue invitado por éste a aceptar un curso, pero el curioso sabio ni contestó siquiera.

Posteriormente, Josef Knecht definió los meses de su vida en el soto de bambúes muy a menudo como el "comienzo de su despertar", como advertimos muchas veces en sus manifestaciones acerca del "período del despertar", con parecida aunque no igual importancia de la atribuida al período de la vocación. Cabe suponer que el "despertar" debe significar un eventual conocimiento de sí mismo y del lugar en que él se encontraba realmente dentro del orden castalio y dentro del humano, pero nos parece que el acento se desplaza cada vez más hacia el autoconocimiento, en el sentido de que él desde el "comienzo del despertar" se acercaba más y más al sentimiento de su situación especial y de su particular destino, mientras que los conceptos y las categorías de la jerarquía general sobreviniente y en especial le la castalia se le tornaban cada vez más relativos.

Los estudios chinos no concluyeron ni con mucho con su residencia en el soto de bambúes, continuaron, y Knecht se esforzó por conocer la antigua música china. En cada página de los escritores chinos más antiguos tropezó con la loa de la música como una de las fuentes primitivas de todo orden, de toda moral, de toda belleza y salud, y este concepto amplio y moral de la música lo conocía ya profundamente desde mucho antes gracias al *Magister Musicae,* que podía ser considerado casi como su encarnación. Sin abandonar nunca fundamentalmente el plan de sus estudios que conocemos por aquella carta a Fritz Tegularius, avanzó con prestancia y energía en todas partes donde intuía algo para él esencial, es decir, donde pareciese conducir el camino del "despertar" por él iniciado. Uno de loa resultados positivos de su aprendizaje al lado del Hermano Mayor fue que desde entonces venció su miedo ante el retorno a Waldzell, cada año tomó parte allí en algún curso superior y llegó a ser en seguida, sin saber exactamente cómo lo había logrado, una personalidad considerada con interés y respeto en el *Vicus Lusorum,* y perteneció a ese organismo íntimo y sensibilísimo de todo el juego, a ese grupo anónimo de jugadores expertos, en cuyas manos está realmente el destino eventual o, por lo menos, la tendencia y la moda del momento para el juego de abalorios. Este grupo de jugadores, en el cual no faltaban funcionarios de los institutos del juego, aunque sin dominar en él, se podía encontrarlo especialmente en algunos locales alejados y tranquilos del archivo del juego, ocupado en estudios críticos del sistema, luchando por la incorporación de nuevas materias o campos en el juego o por su eliminación o rechaco, discutiendo a favor o en contra de ciertas tendencias de los gustos en continua evolución, ya sea en cuanto a la forma, al manejo exterior, a lo deportivo del juego de abalorios; cada uno de los que habían penetrado allí era un virtuoso del juego, muy exactamente conocido por los demás por su talento o sus modalidades; era como el ámbito de un

Librodot

ministerio o un club aristocrático, donde los dominadores y los responsables se encuentran y se conocen diariamente. Reinaba allí el tono suave y afilado; todos eran ambiciosos sin demostrarlo y estaban atentos y prontos a la crítica casi exagerada. Este grupo selecto de renuevos del *Vicus Lusorum* era considerado por muchos en Castalia y también por algunos en el país, como la suprema floración de la tradición castalia, como la flor y nata de una espiritualidad exclusivamente aristocrática, y muchos jovencitos acariciaron durante muchos años, colmados de orgullo, el sueño de pertenecer un día a este grupo. Para otros en cambio, este circulo seleccionado de pretendientes a las más altas dignidades de la jerarquía del juego de abalorios, era algo odiado y depravado, una camarilla de encopetados holgazanes, de genios desperdiciados, sin sentido por la existencia y la realidad, una asociación arrogante y en el fondo parasitaria de elegantes y arribistas, cuya profesión y actividad vital eran un necio jugar, un estéril autodisfrute del espíritu.

Knecht permaneció insensible ante ambas concepciones; nada le importaba que el cotarro estudiantil lo ensalzara como un fenómeno o lo ridiculizara como “arribista” y ambicioso. Sólo tenían importancia para él sus estudios, todos comprendidos ahora en el ámbito del juego. Además tenía importancia para él solamente otra cuestión, es decir, si el juego era precisamente lo más noble y elevado de Castalia y merecía que se le dedicara la vida. Porque con la iniciación en los misterios cada vez más ocultos de las leyes y las posibilidades del juego, con su familiaridad en los pintorescos laberintos del archivo y del complejo mundo íntimo del simbolismo del juego, no estaban acalladas todavía sus dudas; ya había experimentado dentro de sí mismo que fe y duda se relacionan estrechamente, que se condicionan como el inspirar y el espirar, y con los progresos en todos los terrenos del microcosmos del juego fueron creciendo lógicamente también su capacidad de visión y su sensibilidad para toda la problemática del mismo. Por breves momentos tal vez, el idilio en el soto de bambúes lo tranquilizó o quizá lo indujo en error; el ejemplo del Hermano Mayor le había demostrado que siempre existían salidas o expedientes para evitar toda esta problemática; se podía, por ejemplo, convertirse como aquél en chino, encerrarse detrás de un cerco de jardín y vivir en una especie bastante hermosa de perfección. Tal vez hasta podía convertirse uno en pitagórico o en monje o en escolástico, pero sería solamente un recurso del egoísmo, una renuncia a la universalidad posible y consentida sólo para una exigua minoría, una renuncia al hoy y al mañana en favor de algo perfecto, pero pasado, era una forma sublime de fuga, y Knecht había sentido ya para esa fecha que ésta no era su ruta. Pero ¿cuál era entonces? Además de su gran capacidad para la música y el juego de abalorios, sabía que existían en él otras fuerzas, cierta independencia interior, una noble extravagancia, que por cierto no le prohibía ni le agravaba el servir de alguna manera, pero que le exigía servir solamente al supremo Señor. Y esta fuerza, esta independencia, esta extravagancia no eran solamente un rasgo de su figura, no tendían solamente ni influían solamente hacia adentro, sino que se expandían activamente también hacia afuera. Ya durante sus años de alumno y especialmente en el período de su rivalidad con Plinio Designen, Josef Knecht había hecho a menudo la experiencia que muchos de su misma edad y aun más los más jóvenes entre sus camaradas no sólo simpatizaban con él y buscaban su amistad, sino que se inclinaban a dejarse dominar por

Librodot

él, a pedirle consejo, a dejar que influyera en ellos, y esta experiencia se fue repitiendo mucho desde entonces. Ella tenía un lado sumamente agradable y halagador, acariciaba al orgullo y robustecía su conciencia de sí mismo. Pero tenía también su reverso, oscuro y temible, porque ya de por sí la tendencia de mirar de arriba abajo por su debilidad, su falta de personalidad y dignidad a estos camaradas anhelosos de consejo, dirección y ejemplo, hasta el deseo secreto que brotaba en ciertas ocasiones de convertirlos (por lo menos en la fantasía) en acomodaticios esclavos, tenía algo prohibido y odioso. Además, durante la época de Plinio había podido sentir con qué responsabilidad, esfuerzo y peso interior se paga toda posición brillante y representativa; sabía también desde mucho antes qué carga era para el *Magister Musicae* la distinción suprema. Era hermoso y poseía un "quid" tentador el tener poder sobre seres humanos y brillar delante de los demás, pero contenía también algo diabólico y peligroso, y la historia universal consistía solamente en una ininterrumpida serie de amos, conductores, ejecutores y comandantes, que con escasas excepciones habían empezado bien y concluido mal, que, por lo menos según ellos, habían aspirado al poder con buenas intenciones, todos, para luego ser poseídos y cegados por ese poder y llevados a amarlo para su propia satisfacción. Era necesario santificar y tornar útil aquel poder que la naturaleza le diera, poniéndolo al servicio de la jerarquía; esto fue siempre algo natural y lógico para él. Mas ¿en qué lugar podían servir mejor sus energías y dar el mejor fruto? La facultad, el don de atraer e influir más o menos en los demás, sobre todo en los jóvenes, hubiera tenido mucho valor para un militar o un político, pero allí en Castalia no había lugar para ello; allí los dones sólo podían servir al maestro y al educador, en realidad, y precisamente para estas actividades no sentía Knecht mucha atracción. Si se hubiese tratado de hacer solamente su voluntad, hubiera preferido la existencia del sabio independiente a cualquier otra, o a la del juego de abalorios. Y así se enfrentó con la vieja y torturante cuestión: ¿era este juego lo supremo, era realmente el rey en el reino espiritual? ¿No era a pesar de todo, en resumidas cuentas, solamente un juego? ¿Merecía en realidad una completa entrega, un servicio de toda la vida? Este famoso juego nació, generaciones antes, como una suerte de sustituto del arte, y, para muchos por lo menos, estaba por convertirse poco a poco en una especie de religión, de posibilidad, de recogimiento, elevación y devoción para inteligencias muy desarrolladas. Como se ve, en Knecht se estaba cumpliendo el antiguo conflicto entre estética y ética. La cuestión nunca totalmente expresada, pero tampoco nunca cabalmente acallada es la misma que surge aquí y allá oscura y amenazante en sus poesías escolares de Waldzell; no se refería solamente al juego de abalorios, sino a Castalia sobre todo.

Precisamente en los días en que esta problemática más lo atormentaba y en sueños revivía a menudo las discusiones con Designori, le ocurrió al pasar por uno de los amplios patios de la ciudad de los jugadores en Waldzell, que una voz detrás de él, que no reconoció en seguida y que sin embargo, le parecía bien conocida, lo llamó en voz alta por su nombre. Cuando se volvió, vio a un joven muy crecido, con ligera barba en el rostro, que corría alegremente hacia él. Era Plinio quien en un tumulto de recuerdos y afectos, lo saludó cordialmente. Se citaron para la noche. Plinio, que concluyera hacía mucho sus estudios en la Universidad del mundo y

Librodot

ya era un funcionario, concurrió como huésped durante unas breves vacaciones a un curso del juego de abalorios, como algunos años antes. La reunión nocturna hundió muy pronto a los dos amigos en verdadera perplejidad. Plinio era allí un huésped escolar, un aficionado de afuera tolerado, que seguía por cierto con mucho entusiasmo su curso, pero un curso para externos y aficionados; la distancia era excesiva; estaba allí frente a un perito, a un iniciado, quien ya sólo por su circunspección y su gentil asentimiento por el interés del amigo por el juego de abalorios tenía que hacerle sentir que él no era allí un colega, sino un niño, que encontraba su gozo en la periferia de una ciencia que para los otros era familiar en lo más hondo. Knecht trató de desviar la conversación del tema del juego, pidió a Plinio que le contara de su cargo, de su labor, de su vida allá afuera. En esto el retrasado, el niño, era Josef ahora, que formulaba preguntas necias y era instruido por el otro con cierta contemplación. Plinio era jurisperito, aspiraba a tener influencia política, estaba por comprometerse con la hija de un jefe de partido, hablaba una lengua que Josef sólo entendía a medias, muchas expresiones repetidas a menudo le sonaban a hueco, por lo menos no tenían sentido para él. Era imposible no percibir que Plinio valía algo allá en su mundo, sabía mucho y tenía una meta ambiciosa. Pero los dos mundos que un día, diez años antes, se habían puesto en contacto y tornado sensibles en ambos jóvenes, curiosamente y no sin simpatía, no combinaban ahora, chocaban como incompatibles y extraños uno a otro. Cabía reconocer ciertamente que este hombre de mundo, este político, mantenía cierta adhesión a Castalia y sacrificaba por segunda vez ya, sus vacaciones al juego de abalorios; mas en el fondo, pensó Josef, no existía mucha diferencia con el hecho de que algún día él mismo apareciera en el ambiente oficial de Plinio y se hiciera mostrar, como huésped curioso, algunas sesiones de tribunal, un par de talleres o algunos institutos sanitarios. Ambos estaban desilusionados. Knecht encontró a su amigo de un tiempo más grosero y superficial. Designori en cambio consideró al cantarada de años antes como altanero en su espiritualismo y exoterismo exclusivistas; le pareció convertido en un espíritu solitario completamente prendado de sí y de su deporte. Entre tanto lucharon para sobreponerse y Designori quiso contar muchas cosas de sus estudios y exámenes, de sus viajes a Inglaterra y al sur, de reuniones políticas, del Parlamento. Al pasar manifestó también una idea que sonó como amenaza o advertencia; dijo:

—Verás, pronto tendremos intranquilidad, tal vez guerra, y no es imposible que toda vuestra existencia castalia llegue a encontrarse en serio peligro.

Josef no lo tomó muy en serio, preguntó solamente:

—Y tú, Plinio, ¿estarás con Castalia o contra Castalia?

—¡Oh —respondió Plinio, con forzada sonrisa—, creo que ni siquiera se me preguntará mi opinión! Por lo demás, estoy por la intacta subsistencia de Castalia, de otra manera no estaría aquí. Mas, aunque vuestras exigencias materiales son modestas, Castalia cuesta al país una buena suma de dinero por año.

—¡Sí! —exclamó riendo Josef—. La suma, según se me dijo, importa más o menos la décima parte de lo que se gastó en armas y municiones todos los años durante el siglo bélico en nuestro país.

Librodot

Se encontraron algunas veces todavía, y cuanto más se fue acercando el fin del curso de Plinio, tanto más cuidaron de ser gentiles mutuamente. Pero ambos se sintieron aliviados, cuando las dos o tres semanas pasaron y Plinio partió.

Gran maestro del juego de abalorios era entonces Tomás Della Trave, hombre famoso que había viajado mucho y conocía el mundo, conciliador y muy cortés con quien se le acercara, pero de la más vigilante y ascética severidad en asuntos del juego, gran trabajador, como no alcanzaban a sospechar aquellos que sólo le conocían en su aspecto representativo, por ejemplo, en la suntuosidad de la fiesta como director de los grandes juegos ó cuando recibía delegaciones del extranjero. Se murmuraba de él que era un ser inteligente y frío, que mantenía con la música relaciones de mera cortesía, y entre aficionados jóvenes y entusiastas del juego de abalorios se oían ocasionalmente más bien juicios despectivos acerca de él, juicios equivocados, porque aunque no era un fanático y en los grandes juegos públicos prefería evitar los temas elevados y excitantes, en cambio sus "partidas" brillantemente construidas y formalmente insuperables mostraban al experto una profunda familiaridad con los problemas trascendentales del mundo del juego.

Un día, el *Magister Ludí* invitó a Josef Knecht, lo recibió en su residencia, en traje de casa, y le preguntó si le seria posible y placentero frecuentar su casa en los próximos días durante unos treinta minutos, siempre a esa misma hora. Knecht nunca lo había visitado solo y aceptó la orden asombrado. Por ese día, el *Magister* le presentó un abultado escrito, una propuesta que había recibido de un organista, una de las innumerables propuestas, cuyo examen corresponde a las tareas del cargo supremo del juego. Se trataba generalmente de ofrecimientos para la aceptación de nuevo material para el archivo: hubo, por ejemplo, quien elaboró con especialísima exactitud la historia del madrigal y descubrió en la evolución del estilo una curva que pudo dibujar musical y matemáticamente, para ser incorporado al tesoro idiomático del juego. Otro investigó el latín de Julio César en sus propiedades rítmicas y encontró en ese ritmo una asombrosa concordancia con el resultado de muy conocidas investigaciones del intervalo en el canto eclesiástico bizantino. Un exaltado, en otro caso, inventó una nueva cábala para la notación musical del siglo XV; y no es éste el lugar para hablar de las violentas cartas de experimentadores desviados que supieron extraer las más sorprendentes conclusiones del cotejo, por ejemplo, de los horóscopos de Goethe y Espinosa, y a menudo enviaron dibujos geométricos en colores, muy bonitos y aparentemente ilustrativos. Knecht se dedicó celosamente al proyecto; él mismo elaboró en su mente muchos proyectos de esta clase, pero no los envió; todos los jugadores activos de abalorios sueñan por cierto con una constante ampliación del campo de juego, hasta que abarcan al mundo entero, mas aún, realizan tales ensanches constantemente en sus fantasías y en sus ejercicios privados del juego, y en todos aquellos que parecen distinguirse, persiste el deseo de que las ampliaciones privadas se convierten en oficiales también. La verdadera y última perfección del juego particular de jugadores muy adelantados consiste justamente en que son tan dueños de las fuerzas que expresan, que dominan y reforman las leyes del juego como para comprender en un ejercicio cualquiera con valores objetivos e históricos también concepciones totalmente individuales y

Librodot

unívocas o eventuales. Un apreciado botánico hizo una vez al respecto esta chusca observación: "Todo ha de ser posible en el juego de abalorios, hasta que, por ejemplo, una simple planta aislada se entretenga en latín con el señor Linneo".

Knecht ayudó, pues, al *Magister* en el análisis del esquema citado; la media hora pasó rápidamente, al otro día acudió puntual y así todos los días durante dos semanas, para trabajar esos minutos solo con el *Magister Ludí.* Ya en los primeros días le llamó la atención que éste le hacía estudiar críticamente con el mayor cuidado hasta el final también asuntos sin valor alguno, que a simple vista aparecían inservibles; se sorprendió que el gran maestro tuviese tiempo para ello y, poco a poco, comenzó a notar que no se trataba en este caso de prestar un servicio al sabio y ahorrarle un poco de trabajo, sino que estas tareas, aunque necesarias en sí, debían ser ante todo una oportunidad para examinarlo a él, joven adepto, con suma atención, en la forma más gentil. Le sucedía algo, algo parecido a lo de un tiempo en su período infantil, cuando apareció el *Magister Musicae;* observó que de pronto también el comportamiento de sus cantaradas se hacía más tímido, más distanciado, por momentos irónicamente respetuoso; algo se estaba preparando, él lo sentía, sólo que no era tan satisfactorio como la primera vez.

Después de la última de sus sesiones, el *Magister Ludí* le dijo con su voz afable y ligeramente aguda en su manera exactamente acentuada, sin solemnidad alguna:

—Está bien, mañana ya no hace falta que vengas, nuestra labor está terminada por el momento, pronto ciertamente tendré que volver a molestarte. Muchas gracias por tu colaboración, para mí ha sido muy útil y valiosa. Además opino que ahora deberías solicitar tu admisión en la Orden; no chocarás con dificultades, ya notifiqué lo necesario a las autoridades superiores. ¿Estás de acuerdo conmigo?

Luego, poniéndose de pie, agregó:

—Unas palabras más todavía: probablemente también tú, como lo hacen en su juventud la mayor parte de los buenos jugadores de abalorios, estás tentado ocasionalmente a emplear nuestro juego como una especie de instrumento para el filosofar. Mis palabras por sí solas no te curarán de ello, pero quiero decírtelas; se debe filosofar solamente con los recursos legítimos, los de la filosofía. Nuestro juego no es ni filosofía ni religión, es una disciplina individual y se emplea generalmente con carácter de arte, es un arte *sui generis.* Si se considera así, se sigue, aunque esto se comprenda apenas después de cien fracasos. El filósofo Kant —se le conoce poco ya, pero fue una mente de categoría— dijo que el filosofar teológico es "una linterna mágica de quimeras". No tenemos que convertir nuestro juego de abalorios en una cosa de esta naturaleza.

Josef estaba sorprendido y por su contenida excitación casi no oyó la última advertencia. Con la rapidez del rayo lo comprendió; estas palabras significaban el fin de su libertad, la conclusión de su período de estudios, la admisión en la Orden y su próxima inserción en la jerarquía. Agradeció con una profunda inclinación y fue luego a la Cancillería de la Orden en Waldzell, donde se encontró de hecho ya inscripto en la lista de los candidatos. Como todos los estudiosos de su grado, conocía las reglas

Librodot

de la Orden lo bastante a fondo y recordó la disposición por la cual cada miembro de la misma que cubriese un cargo oficial de rango muy elevado estaba autorizado a realizar la admisión. Expresó, pues, el pedido de que la ceremonia fuese verificada por el *Magister Musicae,* recibió un documento y un breve permiso, y partió al día siguiente para ver a su protector y amigo de Monteport Encontró al anciano y respetable señor ligeramente indispuesto, pero fue recibido con alegría.

—No podrías llegar más a propósito —le dijo el *Magister*—. Muy pronto no hubiera yo poseído la facultad de aceptarte en la Orden como Hermano menor. Estoy por deponer mis funciones, ya se me ha concedido el retiro.

La ceremonia misma fue simple. El día siguiente, el *Magister Musicae* invitó como testigos a dos Hermanos de la Orden, según lo prescribían los estatutos; antes, Knecht había recibido como tema para un ejercicio de meditación un párrafo de las reglas de la Orden. El mismo rezaba: "Si la Alta Autoridad te llama a un cargo, debes saber que cada ascenso en la escala de las funciones, no es un paso hacia la libertad, sino hacia mayores lazos; cuanto más alto el cargo, tanto más estrecho el vínculo; cuanto mayor el poder de este cargo, tanto más severo el servicio. Cuanto más fuerte la personalidad, tanto mas vedada la indiferencia". Se reunieron en la celda de música del *Magister,* la misma donde Knecht había vivido su primera iniciación en el arte de meditar, el anciano pidió al candidato que para dar solemnidad al momento tocara un preludio coral de Bach, luego uno de los testigos leyó el resumen de las reglas de la Orden y el *Magister* mismo formuló las preguntas rituales y tomó el voto al joven amigo. Le concedió una hora todavía; fueron a sentarse en el jardín, y el anciano le hizo amables indicaciones de cómo debía asimilar las reglas de la Orden y vivir de conformidad con ellas.

—Es hermoso —le dijo— que tú entres en la brecha en el instante en que me retiro; es como si tuviese un hijo que en el futuro me reemplazará.

Y cuando vio que la cara de Josef se nublaba de tristeza, añadió:

—No, no te entristezcas, yo tampoco me siento triste. Estoy verdaderamente cansado y me alegra de antemano el ocio que aún me espera y de cuyo goce participarás muy a menudo, según lo espero. Y cuando nos veamos la próxima ver, me tutearás. No te lo pude pedir ni ofrecer mientras revertía mi cargo.

Lo despidió con la cordial sonrisa que Josef conocía ya desde hacia veinte años.

Knecht regresó rápidamente a Waldzell, había recibido allí solamente tres días de permiso. Apenas estuvo de vuelta, fue llamado por el *Magister Ludí* que lo recibió con una vivacidad de cantarada o de colega y lo felicitó por su admisión en la Orden.

—Para que seamos completamente colegas y carneradas de labor —le explicó—, falta solamente tu alistamiento en un determinado lugar de nuestra construcción.

Josef se estremeció ligeramente. Estaba, pues, por perder su libertad.

—¡Oh! —objetó sobriamente—, espero que se me podrá utilizar en algún puesto humilde. Mas si he de confesarlo, creí por cierto, poder estudiar por un tiempo libremente todavía.

Librodot

El *Magister* lo miró fijamente en los ojos con su sonrisa inteligente y un poco irónica:

—Un tiempo, tú dices, más ¿cuánto? —preguntó.

Knecht rió confundido.

—No lo sé, en realidad.

—Me lo imaginaba —asintió el *Magister*—, hablas todavía la lengua estudiantil y piensas según los conceptos del estudiante, Josef Knecht, y esto está bien pero muy pronto no estará bien ya, porque te necesitamos. Sabes perfectamente que aun más Urde hasta en los cargos más elevados de nuestra jerarquía, puedes ser autorizado para fines de estudio, si logras demostrar a las autoridades el valor de tales estudios; mi predecesor y maestro, por ejemplo, solicitó siendo ya *Magister Ludí* y anciano, todo un año de permiso para sus estudios en el Archivo de Londres, y lo obtuvo. Pero no recibió su permiso por "un tiempo", sino por un determinado número de meses, semanas, días. Deberás tenerlo presente en el futuro. Y ahora debo hacerte una propuesta; necesitamos un hombre responsable que no sea conocido fuera de nuestro ámbito, para una misión especial.

Se trataba del siguiente encargo: el monasterio benedictino de Mariafels, uno de los centros de cultura más antiguos del país, que mantenía buenas relaciones con Castalia y se dedicaba justamente al juego de abalorios desde muchas décadas, solicitaba que por un determinado período se le cediera un joven maestro para la iniciación en el juego y también para estimular a los pocos jugadores adelantados del monasterio, y la elección del *Magister* había recaído en Josef Knecht Por eso lo estuvo examinando tan cuidadosamente, por eso apresuró su aceptación en la Orden.

Librodot

Capítulo IV
DOS ÓRDENES

EN muchos aspectos, Josef volvió a encontrarse ahora como un día, en la época de sus estudios de latín, después de la visita del *Magister Musicae.* Apenas se le hubiera podido ocurrir pensar que su misión en Mariafels representaba una distinción especial y un buen primer paso en la escala de la jerarquía; pero teniendo, por cierto, ojos más despiertos que entonces, pudo deducirlo claramente de la conducta y el proceder de sus camaradas. Si desde un tiempo pertenecía al círculo privilegiado de la selección de jugadores de abalorios, ahora, por el extraordinario encargo, resultaba señalado como alguien que los superiores vigilan y del cual piensan servirse. Los camaradas y compañeros de ayer no le retiraron su confianza ni le negaron su amistad; en este ámbito de la más alta aristocracia espiritual se procedía con demasiado cortesía, pero surgió cierto alejamiento; el cantarada de ayer podía ser el superior de pasado mañana y el círculo señalaba estas gradaciones y diferencias en la relación mutua con la más delicada sensibilidad y sabía expresarlas.

Una excepción fue Fritz Tegularius al que, junto con Ferromonte, podemos calificar muy bien como el más fiel amigo en la vida de Josef Knecht. Tegularius, predestinado por sus dotes a las más altas posiciones, pero impedido gravemente por su poca salud, su escaso equilibrio y su falta de confianza en sí mismo, era coetáneo de Knecht (en la época de la admisión de éste en la Orden: unos treinta y cuatro años); lo había encontrado por primera vez unos diez años antes en un curso del juego de abalorios; Josef había notado ya entonces la atracción que sentía por él este joven tranquilo y un poco melancólico. Con su perspicacia para conocer a los hombres, que poseía ya por entonces sin saberlo, valoró también la naturaleza esencial de ese afecto; eran amistad y veneración dispuestas a la entrega y subordinación incondicionales, encendidas por un entusiasmo casi religioso, pero también ensombrecidas y contenidas en sus límites por la distinción íntima y por un sentimiento intuitivo de tragedia interior. Sacudido entonces, desconfiado e hipersensible en la época de Designori, Knecht mantuvo a Tegularius a la distancia con una consecuente severidad, aunque él también se sentía atraído por el cantarada interesante y nada vulgar. Para caracterizarlo, nos servirá una página de las anotaciones oficiales de Knecht, llevadas por éste algunos años más tarde, para ponerlas a disposición exclusiva de las Autoridades superiores. Allí dice:

"TEGULARIUS: Amigo personal del relator. Alumno muchas veces distinguido en Keuperheim, buen filólogo de la antigüedad, muy interesado en filosofía; hizo trabajos sobre Leibniz, Bolzano y, más tarde, sobre Platón. El jugador de abalorios más completo y brillante que conozco. Sería predestinado a ser *Magister Ludí* si, juntamente con su delicada salud, su carácter no fuese totalmente inadecuado para ello. T. no puede llegar nunca a una posición directiva, representativa o de organización; sería una desgracia para él y para el cargo. Su insuficiencia se manifiesta físicamente con estados de depresión, períodos de insomnio y desarreglos nerviosos; espiritualmente, por temporadas, con melancolía, violenta necesidad de

Librodot

aislamiento, ansiedad por los deberes y las responsabilidades y, probablemente, también con ideas de suicidio. Este ser Un amenazado resiste con el auxilio de la meditación y el gran dominio de sí mismo, con tanto valor que la mayoría de los que lo rodean no tienen siquiera una sospecha de la gravedad de su sufrimiento y sólo notan su gran sobriedad y su reserva. Por desgracia, pues, no es apto para ocupar cargos elevados, aun siendo para el *Vicus Lusorum* una joya, un tesoro insustituible. Domina la técnica de nuestro juego como un gran músico su instrumento; halla a ciegas el matiz más delicado y es un estimable maestro. En los cursos secundarios y superiores de repetición —para los inferiores sería una lástima grande emplearlo—, no sabría cómo desenvolverme sin él; es algo extraordinario y único ver cómo analiza los ensayos de los jovencitos, sin nunca desanimarlos, cómo sorprende sus tretas, conoce y revela infaliblemente toda imitación o simple decoración, cómo encuentra las fuentes de los errores en un juego bien refundido pero aún inseguro y mal compuesto, y las presenta como impecables preparados anatómicos. Esta visión aguda e insobornable para analizar y corregir es la que ante todo le asegura el respeto de alumnos y colegas, respeto que resultaría muy problemático por su porte incierto y desigual, ligeramente tímido. Deseo ilustrar con un ejemplo lo expresado acerca de la genialidad de T. como jugador de abalorios que no tiene competidor. En el primer tiempo de mi amistad con él, cuando ambos ya no encontrábamos mucho que aprender técnicamente en los cursos, me permitió una vez, en una hora de confidencias privadas, una ojeada sobre algunos juegos compuestos por él. A primera vista los hallé brillantemente inventados y, por alguna ratón, nuevos y originales en su estilo; le pedí los esquemas apuntados para estudiarlos y encontré en esas composiciones verdaderos poemas, algo tan asombroso y unívoco, que creo no debo callarme al respecto. Esos juegos eran pequeños dramas de estructura casi meramente monologada y reflejaban la vida anímica e individual del autor, tan antepasada como genial, hasta resultar un perfecto autorretrato. No había solamente concentración y discusión dialéctica de los varios temas y grupos de temas en que descansaba el conjunto y cuya sucesión y oposición resultaban muy chispeantes, sino que también la síntesis y la armonización de las voces contrastantes no concluía en la forma usual, clásica; esta armonización pasaba más bien por toda una serie de quebrantos y permanecía cada vez detenida —como por cansancio o desesperación— antes de la solución; su tonalidad se perdía en interrogaciones y dudas. Esos juegos se enriquecían así no sólo con una excitante cromática, por lo que yo sé nunca intentada hasta hoy, sino que todos los juegos se convertían en la expresión trágica de una duda, de una renuncia, figurada comprobación de lo problemático de todo esfuerzo espiritual. Además, tanto en su espiritualismo como en su caligrafía y en la perfección técnica, eran tan excepcionalmente hermosos, que se hubiera sentido el deseo de llorar sobre ellos. Cada uno aspiraba tan intima y seriamente a la solución y renunciaba al final a ella con tan noble abandono, que aquello resultaba una perfecta elegía de lo transitorio ínsito en todo lo bello, y de lo dudoso connatural en el fondo para todas las elevadas metas espirituales. OTROSÍ: Tegularius, en el caso de que me sobreviva a mí o a mi permanencia en el cargo, debe ser recomendado como un bien sumamente delicado, preciso, pero siempre en peligro. Debe gozar de mucha libertad; su

Librodot

consejo ha de escucharse en todos los problemas del juego que sean de importancia, pero no hay que confiarle discípulos, ni una dirección demasiado librada a su solo criterio".

Con el correr de los años, este ser tan importante llegó a convertirse realmente en amigo de Knecht. Para con éste, en quien admiraba además del alma también lo que era naturaleza de ano, de jefe, alimentaba una emotiva devoción, y mucho de lo que sabemos de Knecht nos ha sido trasmitido por él. En el círculo más estrecho de los jugadores de abalorios más jóvenes fue tal vez el único que no envidió al amigo por la misión recibida y el único para quien su alejamiento en misión por tiempo indeterminado representó profundo dolor y casi irreparable pérdida.

El mismo Josef sintió la nueva situación anímicamente; apenas pudo vencer aquel conocido miedo por la improvisa pérdida de su amada libertad; la sintió como algo alegre, tuvo deseo de emprender viaje, experimentó placer por la actividad y curiosidad por el mundo nuevo hacia el cual se le enviaba. Por lo demás, no se dejó partir al joven Hermano de la Orden sin más ni más; ante todo se le detuvo durante tres semanas a la "policía". Entre los estudiantes, así se llamaba la pequeña sección del atuendo de la autoridad educativa, que quizá podía denominarse su departamento político o también su Ministerio de Relaciones Exteriores, si éste no fuera un nombre demasiado grande para cosa tan reducida. Allí le enseñaron las normas de conducta de los Hermanos de la Orden durante su residencia en el mundo exterior, y casi todos los días el señor Dubois, prefecto de esa sección, le dedicó una hora. En realidad, este hombre de gran conciencia creía lamentable enviar a semejante lugar exterior a un joven no experimentado aún y todavía completamente ignoro del mundo; no ocultaba siquiera el hecho de que condenaba la resolución del *Magister Ludí* y se esforzó doblemente en enseñar con el mayor esmero al joven Hermano los peligros del mundo y los medios para enfrentarlos eficazmente. Y la honesta y paternalmente preocupada intención del prefecto coincidió tan felizmente con la disposición del joven para dejarse instruir, que en esas horas de iniciación en las reglas de su trato con el mundo, Josef Knecht conquistó por entero el afecto de su maestro y éste pudo al final licenciarlo tranquilizado y con plena confianza en su misión. Más por benevolencia que por política, intentó aún confiarle una especie de encargo por su cuenta. El señor Dubois pertenecía, como uno de los pocos "políticos" de Castalia por cierto al muy reducido grupo de funcionarios cuyos pensamientos y estudios estaban dedicados en gran parte al problema de la continuidad estatal y económica de Castalia, a sus relaciones con el mundo foráneo y a su independencia de éste. La enorme mayoría de los castalios —sabios, estudiosos o simplemente funcionarios— vivían en la "provincia pedagógica" y en su Orden como en un mundo estable, eterno y autónomo, del cual sabían por cierto que no siempre había existido, que surgió un día determinado y, precisamente, en una época de suprema necesidad, poco a poco y entre amargas luchas, hacia el final de la era bélica, tanto por una autodeterminación y un esfuerzo ascéticamente heroico de los espiritualistas, como una honda necesidad de los pueblos agotados, desangrados y desamparados, que ansiaban orden, normas, razón, ley y medida. Sabían todo esto y conocían la función de todas las Órdenes y "Provincias" del mundo: mantenerse alejados del gobierno y de las competiciones y gozar en cambio de la firmeza y

Librodot

estabilidad duraderas de las bases espirituales de toda medida, de toda ley. Mas no sabían que esta organización de cosas no puede existir sólo por sí misma, que presupone cierta armonía entre mundo y espíritu, cuyo trastorno es siempre posible; que la historia universal, en conjunto, no aspira en absoluto a lo deseable, a lo razonable y a lo bello ni lo favorece sino que a lo sumo lo tolera de tiempo en tiempo como excepción; y la problemática secreta de su existencia castalia no fue advertida fundamentalmente casi por ninguno de ellos, sino dejada al cuidado de las mentes políticas, una de las cuales era el prefecto Dubois. Knecht, apenas ganó su confianza, recibió de este último una sumaria iniciación en las bases políticas de Castalia, que al principio le parecieron casi repulsivas y carentes de interés, como a la mayoría de los Hermanos de la Orden, pero que después le hicieron recordar aquella observación de Designori acerca de una amenaza para Castalia y con ella todo el amargo regusto, aparentemente superado y olvidado hacía mucho tiempo, de sus disputas juveniles con Plinio; de repente esas bases revistieron para él suma importancia y representaron un nuevo peldaño de su ascensión por el camino de su "despertar".

Al final de su última reunión, Dubois le dijo:

—Creo que puedo dejarte partir. Observarás estrictamente el encargo que te dio el venerable *Magister Ludí* y, en idéntica forma, las normas de conducta que aquí te hemos dado. Me agradó poder ayudarte; verás que las tres semanas que te retuvimos aquí no han sido perdidas. Y si alguna vez sintieras el deseo de demostrarme tu satisfacción por mis informaciones y por habernos conocido, te enseñaré el modo de hacerlo. Estás destinado a una fundación benedictina y si quedas allí por algún tiempo y conquistas la confianza de los *Paires,* en el círculo de esos dignos señores y de sus huéspedes escucharás probablemente conversaciones políticas y conocerás estados de ánimo de la misma naturaleza. Si de ello quisieras informarme ocasionalmente, te quedaré muy reconocido. Compréndeme correctamente: de ningún modo debes considerarte como una suerte de espía o abusar de la confianza que te otorguen los *Paires.* No debes hacerme comunicación alguna que tu conciencia no te permita. Te aseguro que aceptamos y utilizamos eventuales observaciones solamente en interés de nuestra Orden y de Castalia. No somos realmente políticos y carecemos de poder, pero también nosotros dependemos del mundo que nos necesita o tolera. En determinadas circunstancias puede ser útil para nosotros saber si un estadista entra en un monasterio, o si el papa está enfermo, o si en la lista de los futuros cardenales aparecen nuevos candidatos. No estamos limitados a tus informes, tenemos muchas otras fuentes, pero una pequeña fuente más no puede perjudicar. Ve, pues; hoy no necesitas decir ni sí ni no a mi sugestión. No te propongas otra cosa más que cumplir ante todo perfectamente tu misión oficial y demostrarte digno ante los Padres eclesiásticos. ¡Buen viaje!

En el libro de los oráculos que Knecht interrogó antes de iniciar su viaje, después de realizar la ceremonia de las varitas de milenrama, dio con el signo que significa "El peregrino", y con la sentencia: "Vencer por pequeñez. La perseverancia salva al peregrino". Encontró un seis en el segundo puesto y buscó en el libro la interpretación:

Librodot

"El peregrino llega al hostal
Tiene todos sus bienes consigo.
Obtiene la perseverancia de un joven siervo".

La despedida fue alegre; únicamente la última entrevista con Tegularius resultó para ambos una prueba de valor. Fritz se dominó íntimamente y estuvo casi rígido en la frialdad a la que se obligara; con el amigo se marchaba para él lo mejor que poseía. El modo de ser de Knecht no concedía a un amigo una relación apasionada ni exclusiva; en caso de necesidad podía pasarse sin amigos también y dirigir el rayo de su simpatía sin inhibiciones hacia nuevos objetos y nuevos seres. Para él, la despedida no era una pérdida decisiva; pero conocía ya entonces al amigo lo suficiente como para saber qué trastorno, qué prueba era para él esta separación, y para preocuparse por él. Había pensado ya a menudo sobre esta amistad; una vez habló también con el *Magister Musicae* al respecto y supo así en cierto grado cómo objetivar su propia experiencia, sus propios sentimientos y considerarlos con espíritu crítico. Tuvo conciencia de que no era propiamente la gran capacidad del otro lo que le atraía y provocaba hacia aquél una suerte de apasionamiento, sino precisamente lo inseparable de esta capacidad con tan graves deficiencias, con tanta fragilidad, y que la unilateralidad y la exclusividad del afecto que Tegularius sentía por él no sólo tenían atracción y belleza sino también peligros, es decir, la tentación de hacer sentir eventualmente su poder al ser más débil en energías pero no en amor. En esta amistad, se impuso el deber de la máxima reserva, de la mayor atención, hasta el final En la vida de Knecht, el otro, aunque lo quisiera tanto, no hubiera logrado tener más profunda importancia, si la amistad con este ser delicado, hechizado por su amigo tanto más fuerte y seguro, no le hubiera revelado la fuerza de atracción y el poder de atraer que tenía sobre muchos hombres. Aprendió a sentir que algo de este poder de atraer a otros e influir sobre ellos pertenecía esencialmente a las facultades del maestro y del educador, y que tal poder oculta peligros e impone responsabilidades. Tegularius fue uno entre muchos; Knecht se vio expuesto a muchas miradas cortejantes. Al mismo tiempo, en los últimos años, había vivido cada vez más clara y conscientemente la atmósfera de alta tensión del *Vicus Lusorum.* Allí pertenecía a un círculo o a una clase que no existía oficialmente, pero que estaba muy netamente separada, pertenecía a la más severa selección de candidatos y repetidores del juego de abalorios, centro desde el cual uno u otro salían para colaborar con el *Magister,* con el archivista o en los cursos de juego, pero nunca para servir entre funcionarios medios o inferiores o simples maestros; eran la reserva para ocupar las posiciones directivas. Aquí todos se conocían mutuamente, amargamente bien, casi no podía haber aquí equivocaciones sobre capacidades, caracteres y condiciones. Y justamente porque aquí, entre estos repetidores de los estudios del juego y aspirantes a las altas dignidades, cada uno era una fuerza superior al promedio y digna de ser tomada en consideración, y según los servicios, saber y testimonios, de primera calidad, por eso mismo los rasgos y matices de los caracteres, que predestinan a un pretendiente a ser jefe y triunfador, representan un papel

Librodot

especialmente importante y atentamente observado. Un más o un menos de ambición, de porte, de estatura o de grata estampa, un poco más o un poco menos de encanto personal, de influencia sobre los más jóvenes o sobre los superiores, tenía aquí gran peso y podía resultar factor decisivo en los certámenes o en las oposiciones. Como Fritz Tegularius, por ejemplo, pertenecía a este círculo solamente como foráneo, huésped y tolerado, y en cierto modo encuadrado en la zona periférica, porque carecía visiblemente de las dotes de jefe, Josef Knecht correspondía al sector central. Lo que lo imponía a los jóvenes y le conquistaba adeptos y adoradores, era su fresca vivacidad, su animación enteramente juvenil aún, inaccesible a la tendencia a las pasiones, incorruptible y también infantilmente irresponsable, una forma de inocencia, casi. Y lo que lo tornaba grato a los ojos de los superiores, era el reverso de esta inocencia: su casi completa ausencia de ambición y "arribismo".

En los últimos tiempos, el influjo de su personalidad —primeramente el ejercicio hacia abajo y luego, paulatinamente, el logrado hacia arriba— llegó a ser conciencia en el joven, y cuando desde este punto de vista del "desierto" miraba hacia atrás, veía ambas líneas recorrer y dar forma a su vida hasta en la infancia: la acariciadora amistad que le habían ofrecido camaradas y menores de edad, y la bondadosa atención con que lo trataron muchos superiores. Hubo excepciones, como el rector Zbinden, pero en compensación también distinciones como el favor del *Magister Musicae* y, recientemente, el del señor Dubois y el del *Magister Ludí.* Todos lo notaban, pero Knecht nunca quiso verlo y admitirlo del todo. Era evidentemente la vía predestinada para él acabar siempre por sí mismo y sin esfuerzo en todas partes entre los selectos y hallar amigos que lo admiraban y protectores muy altos; era su destino no poder dejarse caer en la sombra a la base de la jerarquía, sino acercarse constantemente a su cumbre y a la luz clarísima en la que ésta se hallaba. No sería ni un subalterno ni un sabio privado, sino un señor, un amo. El hecho de que lo notara más tarde que otros de su misma posición le confería aquel indescriptible "más" de fascinación, aquel matiz y aquel renombre de inocencia. ¿Y por qué lo advirtió tan tarde, tan a regañadientes? Porque no había aspirado a todo eso en absoluto, ni lo quería; porque dominar no era para él una necesidad, mandar no era un placer; porque ansiaba más la vida contemplativa que la activa y hubiera quedado satisfecho si hubiese podido ser muchos años más, cuando no toda su vida, un estudioso al que nadie observa, un peregrino curioso y respetuoso a través de los santuarios del pasado, de las catedrales, de la música, de los parques y los bosques de la mitología, las lenguas, las ideas. Ahora, como se veía inexorablemente empujado a la *vida activa,* sintió mucho más fuertemente que antes las tensiones de la aspiración, los certámenes, el orgullo en su torno; sintió amenazada su inocencia, la sintió ya falta de consistencia o de resistencia. Comprendió que debería querer y afirmar lo que contra su voluntad le habían designado y encargado, para poder vencer la sensación de estar preso y la nostalgia por la libertad perdida en los últimos diez años, y como para ello no estaba aún enteramente preparado en su fuero íntimo, aceptó como liberación la momentánea despedida de Waldzell y de la "provincia" y el viaje hacia el mondo foráneo.

Librodot

El monasterio y la fundación de Mariafels, en los muchos siglos de su existencia, había contribuido a determinar la historia de Occidente y a sufrirla también; tuvo períodos de florecimiento, decadencia, renacimiento y nueva depresión y en muchas épocas y en distintos terrenos había sido famoso y esplendoroso. Asiento supremo un día de la sabiduría escolástica y del arte de la disputa y hoy todavía poseedor de una enorme biblioteca de teología medieval, después de períodos de ocaso e inercia, alcanzó nuevo esplendor, esta vez por su estudio de la música, su muy alabado coro, y por sus Misas y Oratorios compuestos y ejecutados por sus *Paires;* desde entonces poseía una hermosa tradición musical, media docena de armarios de madera de nogal llenos de manuscritos musicales y el más hermoso órgano del país. Luego llegó la época política del monasterio, que dejó también cierta tradición y cierta experiencia. En días del peor salvajismo bélico, Mariafels se convirtió muchas veces en islita de la razón y del sentido común, donde las mejores inteligencias de los bandos enemigos se habían buscado mutuamente, con suma prudencia, en procura de un entendimiento, y una vez —éste fue el apogeo de su historia— Mariafels fue el lugar de origen de un tratado de paz que calmó por algún tiempo la ansiedad de pueblos extenuados. Cuando más tarde comenzó una nueva era y se fundó Castalia, el monasterio se mantuvo apartado y aun adverso, probablemente por haber recibido al respecto indicaciones de Roma. Un pedido de la autoridad educativa de hospitalidad para un sabio que quería trabajar una temporada en la biblioteca escolástica del claustro, fue declinado cortésmente, como también la invitación para que enviase un representante a un congreso de historia de la música. Apenas desde los días del abad Pío, quien en edad avanzada comenzó a interesarse mucho por el juego de abalorios, hubo relaciones e intercambios y desde entonces había conexiones amistosas, aunque no precisamente entusiastas. Se intercambiaban libros, se concedía mutua hospitalidad; también el protector de Knecht, el *Magister Musicae,* había estado en su juventud algunas semanas en Mariafels, copiando manuscritos musicales y tocando el famoso órgano. Knecht lo sabía y se felicitaba de residir en un lugar del cual podría alguna vez narrar algo a su venerable protector, con verdadero placer.

Contra sus esperanzas, lo recibieron con Unta distinción y gentileza que se sintió desconcertado. Era la primera vez, por cierto, que Castalia ponía a disposición del monasterio por tiempo indeterminado a un maestro del juego de abalorios de su propia selección. Con el director Dubois había aprendido a considerarse, sobre todo durante los comienzos de su papel de huésped, no como persona, sino como representante de Castalia y a aceptar y retribuir gentilezas y eventuales distanciamientos sólo como embajador; esto lo ayudó a superar los primeros inconvenientes. Llegó también a dominar la inicial sensación de extrañamiento y de temor y la ligera excitación de las primeras noches, en las que apenas pudo dormir; como el abad Gervasio mostraba hacia él una bondadosa y afable simpatía, se encontró bien muy pronto en su nuevo ambiente. Le hacían feliz la frescura y la reciedumbre de la región, una ruda zona montañosa con paredes de roca perpendiculares, y fértiles praderas salpicadas de hermoso ganado; le hacia feliz lo imponente y espacioso de las viejas construcciones, en las que podía leerse la historia de muchos siglos; le cautivó luego la belleza y la sencilla comodidad de su habitación, compuesta de dos ambientes, en el piso superior de la

Librodot

larga ala destinada a los huéspedes. Mucho le agradaron sus paseos de investigación a través de la magnífica pequeña ciudad, con dos iglesias, claustros, archivo, biblioteca, residencia del abad, muchas fincas con vastos establos de ganado muy cuidado, fuentes cantarínas, sótanos abovedados gigantescos para vino y fruta, dos refectorios, la famosa sala del Capítulo, el parque bien conservado y los talleres de los Hermanos legos, del tonelero, el zapatero, el sastre, el herrero, etcétera, que formaban un pueblecillo alrededor de la plaza Mayor. Ya tenía acceso a la biblioteca; el organista le había mostrado el espléndido órgano en el cual pudo tocar, y no lo atraían menos los armarios donde sabía que se conservaba una considerable cantidad de manuscritos musicales inéditos, muchos de ellos desconocidos totalmente y pertenecientes a épocas muy remotas.

En el monasterio no demostraban mayor impaciencia por el comienzo de su función oficial. Más que días pasaron semanas sin que se abocara seriamente al verdadero propósito de su presencia allí. Si bien desde el primer día algunos *Paires* y especialmente el Abad se entretuvieron agradablemente con Josef hablando del juego de abalorios, aún no se había dicho una sola palabra acerca de la enseñanza o de cualquier otra actividad sistemática. También en otros aspectos Knecht observó en la conducta, en el estilo de vida y en el trato de los jefes eclesiásticos un tono para él desconocido hasta entonces y cierta dignísima lentitud, al par que una bondadosa tolerancia, de la que parecían participar todos estos Padres, aun los que aparentemente no carecían de temperamento. Era el espíritu de su Orden, era el aliento milenario, la organización de una comunidad antiquísima, privilegiada, probada cien veces en las horas felices y en las malas, y a la que ellos se adaptaban, del mismo modo que cada abeja se identifica con el destino y las desdichas de su colmena, duerme su mismo sueño, sufre sus mismos padecimientos y experimenta su mismo temblor. Comparado con el estilo existencial de Castalia, este estilo benedictino parecía a primera vista menos espiritual, menos ágil y afinado, menos activo, pero en cambio aparentaba ser más sosegado, menos sujeto a influjos, más antiguo, más seguro; parecía que reinaba allí un espíritu, un sentimiento convertido hacía mucho en segunda naturaleza. Con curiosidad y noble interés, con gran admiración también, Knecht dejó que esta vida claustral influyera en él, esta vida que existía ya en una época en que no había siquiera la idea de Castalia, y casi igual a la de hoy, a pesar de tener ya más de mil quinientos años; esta vida que tanto concordaba con el lado contemplativo de su carácter. Era un huésped, le honraban, le honraban mucho más de lo que esperara y le correspondiera, pero lo sentía claramente; eso era formulismo y costumbre *(usus,* realmente) y no se dirigía ni a su persona ni al espíritu de Castalia o del juego de abalorios: era la majestuosa cortesanía de una gran potencia antigua para con una más joven. Sólo parcialmente estaba preparado para ello, y muy pronto, a pesar de toda la comodidad de su vida en Mariafels, se sintió tan inseguro, que pidió a sus superiores normas más exactas de conducta. El *Magister Ludí* le escribió personalmente Unas líneas:

"No te preocupes —decía el *Magister,* entre otras cosas—, si sacrificas a tu estudio de la vida de allí el tiempo que quieras. Emplea tus días fructuosamente, aprende, trata de hacerte agradable y útil, hasta donde allí se considere o te alcance, pero no te apresures, no aparezcas nunca

Librodot

impaciente, no des la impresión de tener nunca menos holganza que tus huéspedes. Aunque te traten todo el año como si siempre fuera el primer día de su estada en su Casa, acéptalo tranquilamente y procede como si a ti tampoco te importaran ya dos años o diez. Tómalo como una competición en el ejercicio de la paciencia. ¡Medita cuidadosamente! Si tus ocios fueran demasiado largos, toma para ti algunas horas todos los días, no más de cuatro, para un trabajo regular, para el estudio o la copia de manuscritos, por ejemplo. Mas no des la impresión de que trabajas, debes tener tiempo para atender a quien tenga deseos de charlar contigo".

Knecht siguió estas indicaciones y muy pronto se sintió de nuevo liberado. Hasta ese momento había pensado demasiado en su misión docente para aficionados del juego de abalorios, que realizaba en nombre de su Orden en Mariafels, mientras que los Padres del monasterio lo trataban más bien como a un embajador de una potencia amiga, que debe ser distinguido para que se encuentre a sus anchas. Y cuando finalmente el abad Gervasio se acordó de aquel encargo y primeramente le llevó algunos *Paires* que ya habían tenido una primera iniciación en el juego de abalorios, y a quienes debía impartir un curso más adelantado, comprobó para su sorpresa y, al comienzo, para su grave desilusión, que el cultivo del noble juego en este hospitalario lugar era muy superficial y para aficionados, y que por lo que se veía, se satisfacían con una modesta medida del conocimiento del juego. Y como consecuencia de esta comprobación, llegó lentamente también la otra; no era el arte del juego de abalorios ni su cultivo en el monasterio la razón de que lo hubiesen enviado allí. La tarea de adelantar un poco en lo elemental a los pocos *Paires* ligeramente inclinados al estudio del juego y procurarles la satisfacción de una modesta actividad deportiva, era fácil, demasiado fácil; la hubiera podido desempeñar cualquier otro candidato del juego, aunque no perteneciera al pequeño círculo selecto. Esta enseñanza no podía ser, pues, el verdadero fin de su misión allí. Comenzó a comprender que se le había enviado más para aprender que para enseñar.

Justamente cuando creyó comprender, su autoridad en el monasterio cobró un repentino robustecimiento y con ello también su conciencia de sí mismo, porque, a pesar de todos los atractivos y las cosas gratas inherentes a su papel de huésped, había sentido que su estada en ese lugar era para él por momentos casi un castigo. Pero ocurrió un día que durante una conversación con el Abad, sin intención alguna, dejó escapar una alusión al *I* Ging chino; el clérigo escuchó, hizo algunas preguntas, y cuando advirtió en su huésped el dominio del chino y su conocimiento del libro de los oráculos, no pudo ocultar su alegría. Tenía preferencia por el *I Ging,* y aunque no conocía el chino y su conocimiento del libro de los oráculos y otros misterios chinos adolecía de la misma ingenua superficialidad con que parecían conformarse los habitantes del monasterio en esa época en casi todos sus intereses científicos, podía notarse sin embargo, que el anciano inteligente y, en comparación con su huésped, tan experto y conocedor del mundo, tenía realmente relación con el espíritu de la sabiduría política y existencial de los antiguos chinos. Nació una conversación de insólita vivacidad, que quebró por primera vez la línea de conducta cortesana existente hasta ese momento entre el dueño de casa y el huésped, y llevó a que el dignísimo señor solicitara a Knecht le diese dos lecciones semanales del *I Ging.*

Librodot

Mientras su relación con el Abad y anfitrión se convertía así en algo más vivo y eficaz, mientras crecía su amistad de cantarada con el organista, y el pequeño Estado eclesiástico en que vivía llegaba paulatinamente a serié más familiar, comenzó también a hacerse efectiva la promesa del oráculo, interrogado por él poco antes de partir de Castalia. Peregrino que llevaba consigo todos sus bienes, le había sido prometida no sólo la entrada en un hostal grato, sino también la "perseverancia de un joven siervo". Y que la promesa se hallaba en vías de cumplirse, puedo considerarlo el peregrino como signo favorable, como signo de que él realmente "llevaba consigo todos sus bienes", y de que también lejos de las escuelas, los maestros, los camaradas, los protectores y los ayudantes, lejos de la atmósfera tutelar y generosa de Castalia "llevaba consigo" el espíritu y las energías con cuyo auxilio marchaba al encuentro de una existencia activa y meritoria. El vaticinado "joven siervo" se le acercó en la persona de un seminarista de nombre Antonio, y aunque este jovencito no desempeñó papel alguno en la vida de Josef Knecht, fue en esa primera época claustral de sensaciones extrañamente discordantes un signo vivo, un mensajero de algo nuevo y grande, un heraldo de futuros acontecimientos. Antonio, de carácter silencioso pero de mirada franca e inteligente, casi maduro como para ser aceptado en la categoría de los monjes, veía bastante a menudo al jugador de abalorios, cuyo origen y cuyo arte eran para él cosas tan misteriosas; en cuanto al pequeño grupo de alumnos, en su ala separada e inaccesible a los huéspedes, siguió siendo para Josef casi desconocido y deliberadamente mantenido a distancia. A estos estudiantes les estaba vedada la participación en el curso del juego, pero Antonio prestaba servicio como ayudante del bibliotecario, varias veces por semana, y allí en la biblioteca lo encontraba Knecht, conversando con él en algunas ocasiones. Knecht observó que este jovencito de ojos muy negros y de espesas cejas, también negras, le era afecto en la forma conquistadora y servicial del amor respetuoso de los jóvenes y los discípulos, que muchas veces había conocido y que hacía mucho tiempo —aunque sintiera siempre el deseo de sustraérsele— tuvo que considerar como factor vivo e importante en la existencia de la Orden. Aquí en el monasterio, resolvió ser doblemente precavido y reservado; hubiera sido faltar a la hospitalidad, si hubiese tratado de influir en este joven sometido aún a la educación eclesiástica; también estaba muy enterado del severo voto de castidad que allí regía, y le pareció que un amorío infantil hubiese sido todavía mis peligroso. De todas maneras, debía evitar toda posibilidad de escándalo y se cuidó en consecuencia.

En la biblioteca, el único lugar donde encontraba con frecuencia a Antonio, trabó relación con un hombre al que no diera importancia en razón de su modesta apariencia, pero que luego, con el correr del tiempo, conoció mejor y durante el resto de su vida amó con una agradecida veneración semejante a la que profesó al anciano *Magister Musicae.* Era el *Pater Jacobus* el más calificado de los historiadores de la Orden benedictina; aparentaba unos sesenta años y era un anciano magro, con cabeza de gavilán sobre un cuello largo y tendinoso. Su rostro, visto de frente —sobre todo porque era muy parco en sus miradas— parecía casi sin vida, apagado, pero contemplado de perfil, con la línea audazmente elevada de la frente, la profunda depresión de su nariz ganchuda, agudamente recortada, y el

Librodot

mentón un poco breve, pero ensanchado poderosamente, revelaba una personalidad fuerte y voluntariosa. El anciano apacible se mostraba excesivamente temperamental cuando se le conocía mejor; tenía su propia mesa de estudio, cubierta siempre de libros, manuscritos y mapas, en el más recóndito y reducido lugar de la biblioteca, y parecía ser el único sabio que trabajaba realmente en forma seria en este monasterio que poseía libros de un valor incalculable. El novicio Antonio fue quien involuntariamente llamó la atención de Josef sobre el *Pater Jacobus.* Knecht había observado que el pequeño espacio interior de la biblioteca donde el sabio tenía su mesa de trabajo, era considerado casi como un estudio privado y que en él entraban los pocos asiduos de la institución sólo en casos de necesidad y aun entonces muy despacio y demostrando sumo respeto, caminando de puntillas, a pesar de que el *Pater* que trabajaba allí no daba la impresión de que se le pudiera molestar fácilmente. Como era natural, también Josef consideró necesaria la misma atención, por cuyo motivo el anciano trabajador quedó fuera de su campo de observación. Un día que el *Pater* se hizo traer por Antonio algunos libros, cuando éste volvía de aquel lugar, le sorprendió a Knecht que el joven se quedara un instante en el umbral de la puerta y mirara al anciano abstraído en su labor ante la mesa, con una fervorosa expresión de admiración y respeto, mezclada con aquel sentimiento de casi delicada ternura y disposición a servir que la juventud bondadosa suele ofrendar a las canas y a la fragilidad de los ancianos. Knecht se alegró ante esa prueba de afectuosa adhesión, que si era hermosa en sí, también evidenciaba que en Antonio existía una noble pasión por los mayores y los admirados sin el menor matiz físico.

Inmediatamente pasó por su cabeza una idea sutilmente irónica, de la que casi se avergonzó: ¡qué escaso favor merecía aquí, en esta institución, la sabiduría, cuando el único sabio de la Casa realmente en actividad era contemplado por la juventud como un fenómeno o como un ser de leyenda! De todos modos, aquella mirada fervorosa de veneración admirativa que Antonio ofrendara al anciano, abrió a Knecht los ojos para la revelación del sabio *Pater,* al que desde entonces dirigía una mirada de vez en cuando, hasta notar su perfil romano y encontrar paulatinamente en el *Pater Jacobus* cualidades que lo consagran como un espíritu extraordinario, un carácter excepcional. Ya sabía que era un historiador y uno de los más informados conocedores de la historia de los benedictinos.

—Un día el *Pater* le dirigió la palabra; ésta no tenía nada de la inflexión amplia, de acento benevolente, casi alegre y familiar que parecía pertenecer al estilo de la Casa. Invitó a Josef a visitarlo en su habitación, después de las vísperas.

—A buen seguro —le dijo tímidamente, con una voz queda, pero con pronunciación admirablemente perfecta—, no hallará usted en mí a un conocedor de la historia de Castalia y menos a un jugador de abalorios, mas como ahora, según parece, nuestras dos Órdenes que son tan distintas se relacionan cada vez más, no quisiera permanecer extraño y desearía también obtener algún fruto de la permanencia de usted aquí.

Habló con toda seriedad, pero la voz queda y el viejo rostro inteligente dieron a sus corteses palabras aquella múltiple variedad de sentidos que oscila maravillosamente entre la seriedad y la ironía, el respeto y la leve

Librodot

burla, el patetismo y la jugarreta, como se puede percibir, por ejemplo, en el juego de gentileza y de paciencia de las infinitas reverencias en la salutación entre dos santones o dos príncipes de la Iglesia. Esta mezcla —que él conocía bien por los chinos— de superioridad y mofa, de sabiduría y de ceremoniosa extravagancia, fue para Josef un alivio; recordó sorprendido que hacía mucho tiempo que no oía esa cadencia, que también empleaba en forma perfecta el *Magister Ludí* Tomás; aceptó la invitación altamente complacido. Cuando al anochecer se encaminó a la alejada habitación del *Pater,* al final de una tranquila ala lateral, y se halló ante la puerta a la que tenia que llamar, sorprendióse al escuchar música de piano.

Era una sonata de Purcell, ejecutada sin pretensiones ni virtuosismos, pero con firme y vigoroso ritmo; la alegre música pura, con sus dulces trítonos, le impresionó íntimamente y le recordó la época de Waldzell, en que, junto con su amigo Ferromonte, estudió piezas de esta clase en diversos instrumentos. Esperó, escuchando gozoso, el final de la sonata; en el silencioso corredor ya en penumbra la música parecía tan solitaria y lejana, tan valiente e inocente, tan infantil y dominante al mismo tiempo, como toda buena música en la irredenta mudez del mundo.

Llamó a la puerta. *Pater Jakobus* contestó: "¡Adelante!", y lo recibió con modesta dignidad; sobre el piano ardían aún dos velas. A una pregunta de Knecht confesó el *Pater* que todas las tardes tocaba media hora y hasta un hora; concluía su labor diaria cuando caía la oscuridad, y antes de acostarse renunciaba a leer y escribir. Hablaron de música, de Purcell de Haendel, del antiquísimo culto por la música de los benedictinos, Orden verdaderamente artística, cuya historia Josef mostró deseos de conocer. La conversación cobró vivacidad y rozó cien problemas; los conocimientos históricos del anciano parecían verdaderamente maravillosos, pero no negó que se había ocupado e interesado poco de la historia de Castalia, del pensamiento castalio y de su Orden; tampoco disimuló su postura crítica frente a Castalia, cuya "Orden" consideraba como imitación de las congregaciones cristianas, y ciertamente, en su esencia, una imitación sacrílega, porque la Orden Castalia no tenía como base religión alguna, ni un Dios ni una Iglesia. Knecht se limitó a oír respetuosamente esta censura, pero objetó de todos modos que por lo que se refería a religión, Dios e Iglesia, además de las concepciones benedictinas y romana católica, eran posibles otras más y habían existido en realidad, sin que se le pudiera negar ni la pureza de las intenciones y las tendencias, ni la profunda influencia sobre la vida espiritual.

—Exactamente —replicó *Jakobus*—. Con esto, piensa usted en los protestantes, para citar una concepción. No lograron mantener la religión y la Iglesia, pero en algunos momentos mostraron mucho valor y tuvieron hombres ejemplares. Hubo algunos años en mi vida, en que entre mis estudios predilectos figuraron los distintos intentos de conciliación entre las confesiones e Iglesias cristianas adversas, sobre todo los de la época alrededor de 1700, cuando encontramos ocupados en una tentativa de avenencia de los hermanos enemistados a personajes como el filósofo y matemático Leibniz, y luego al maravilloso conde Zinzendorf. Sobre todo el siglo XVIII, aunque su espíritu pueda parecer a menudo superficial y frívolo, es muy interesante y ambiguo para la historia del espíritu, y precisamente

Librodot

los protestantes de aquellos días me preocuparon a menudo. Descubrí un día entre ellos a un filólogo, maestro y educador, de gran talla, un pietista suabo por lo demás, un hombre cuya influencia moral se advierte claramente a través de dos siglos enteros... Pero, estamos pisando otro terreno; volvamos al problema de la legitimidad y de la misión histórica de las Órdenes verdaderas...

—¡Oh, no —exclamó Josef Knecht—, por favor! Hablemos todavía del maestro de quien usted estaba hablando; creo adivinar quién es.

—Adivine, pues.

—Primeramente pensé en Francke de Halle, pero si es suabo no puedo imaginar más que a Juan Alberto Bengel.

Sonó una risa y un resplandor de alegría iluminó el rostro del sabio.

—Usted me sorprende, querido —exclamó vivamente—; me refería justamente a Bengel. ¿Cómo lo conoce? ¿O es natural y lógico tal vez en su sorprendente "provincia" conocer cosas y nombres tan lejanos y olvidados? Tenga usted por seguro de que si preguntara a todos los *Paires,* maestros y alumnos de nuestro monasterio, agregando aún los de las dos últimas generaciones, nadie conocería este nombre.

—También en Castalia serían pocos los que lo saben, quizá nadie fuere de mí y dos amigos míos. Me ocupé una vez en estudiar aspectos del siglo XVIII y el problema del pietismo, sólo para un propósito privado, y me llamaron la atención dos teólogos suabos que merecieron mi admiración y mi respeto, y entre ellos sobre todo Bengel, quien me pareció entonces el ideal del maestro, del guía de la juventud. Me sentí tan conquistado por este hombre que hasta me hice copiar su imagen de un viejo libro y por un tiempo la conservé sobre mi mesa de trabajo.

El *Pater* volvió a reír.

—Nos encontramos bajo el mismo signo insólito —dijo—. Es ya de por sí notable que usted y yo coincidamos en nuestros estudios sobre este olvidado pensador. Tal vez sea más sorprendente que este protestante suabo haya logrado ejercer influencia casi al mismo tiempo en un Padre benedictino y en un jugador de abalorios de Castalia. Por lo demás, imagino su juego como un arte que necesita de mucha fantasía y me asombra que le haya podido atraer tanto un ser severamente parco como Bengel.

Knecht también se rió complacido.

—Perfectamente —dijo—, pero si usted recuerda los largos años de estudio de Bengel acerca de la revelación de Juan y su sistema expositivo de las profecías de aquel libro, deberá admitir que nuestro amigo poseía también el polo opuesto a la parquedad.

—Es exacto —admitió alegremente el *Pater*—. ¿Y cómo explica usted semejantes contrastes?

—Si me permite una broma, diría: lo que le faltó a Bengel, lo que sin saberlo buscó ardientemente y deseó tanto, era el juego de abalorios. Para mí cuenta entre los precursores ocultos, los antepasados de nuestro juego.

Jakobus, que se había tornado serio, preguntó prudentemente:

—Me parece algo atrevido anexar precisamente a Bengel en su árbol genealógico. ¿Cómo lo justifica?

Librodot

—Fue una broma, pero una broma que puede ser defendida. Ya en su juventud, antes de sumirse en su gran tarea bíblica, Bengel comunicó una vez a sus amigos que esperaba ordenar y resumir en una obra enciclopédica todo el saber de su tiempo, configurándolo alrededor de un punto central simétrica y sinópticamente. Esto no es más que lo que hace también el juego de abalorios.

—Es el concepto enciclopédico, con el cual jugó todo el siglo XVIII —exclamó el *Pater.*

—Es cierto —replicó Josef—, pero Bengel no aspiraba meramente a aparear campos de la ciencia y de la investigación, sino a fundirlos, a crear una ordenación orgánica; había emprendido la búsqueda de un común denominador. Y ésa es una de las ideas elementales del juego de abalorios. Y me atrevería a afirmar algo más, es decir, que si Bengel hubiese poseído un sistema tal como lo es nuestro juego, se hubiera ahorrado el grave error de su conversión de los números proféticos y de su anuncio del Anticristo y del reino de los mil años. Bengel no halló para las distintas facultades que reunía en sí mismo, la anhelada dirección a una meta común, o no la halló del todo, y así sus dotes matemáticas, en colaboración con su aguda penetración de filólogo, elaboraron aquella "ordenación de las épocas", mezcla admirable de "akribia"[21] y fantasía que le insumió muchos años de labor.

—Es una suerte —opinó *Jakobus*— que usted no sea historiador. Se inclina realmente a fantasear. Pero entiendo lo que quiere decir; soy presuntuoso solamente en mi especialidad científica.

De esto nació un coloquio fructífero, un mutuo conocimiento, una especie de amistad. Al sabio le parecía más que coincidencia o, por lo menos, una extraña coincidencia el que ambos, él desde su sujeción benedictina, el joven desde la castalia, hubieran hecho ese hallazgo y descubierto al pobre preceptor monástico, hombre de corazón delicado y, sin embargo, firme como una roca, complicado y a la vez simple. Debía existir algo que los uniera a ambos, para que el mismo invisible magnetismo influyera en ellos tan vigorosamente. Y desde aquel atardecer que comenzó con la sonata de Purcell, ese algo y esa unión existieron en realidad. *Jakobus* gozó del cambio de ideas con aquel espíritu juvenil tan culto y todavía tan maleable; no le estaba concedido muy a menudo este placer, y para Knecht, el trato con el historiador y sus enseñanzas que comenzaron en ese momento, fueron un nuevo escalón por ese camino del "despertar", que consideraba su experiencia. Para decirlo en breves palabras, gracias al *Pater,* aprendió la historia, las leyes y contradicciones del estudio y la redacción histórica y, en los años siguientes, más allá todavía, se impuso del presente y de la propia vida como realidad histórica.

Sus conversaciones se transformaron muy a menudo en verdaderas polémicas, ataques y justificaciones; al comienzo fue naturalmente el *Pater Jakobus* quien se demostró más inclinado a la ofensiva. Cuanto más ahondaba en el conocimiento del espíritu de su joven amigo, tanto más le dolía saber que un hombre que tanto prometía hubiese crecido sin educación religiosa y en la disciplina aparente de un espiritismo estético-

[21] *Acribia o akribia, voz griega: supremo cuidado, objetividad.*

Librodot

intelectual. Lo que encontraba tal vez digno de censura en la forma de pensar de Knecht, lo atribuía a este "moderno" espíritu castalio, a su alejamiento de realidad, a su tendencia a la abstracción en el juego. Y en lo que Knecht lo sorprendía por su propia mentalidad incontaminada coincidente con la suya en ideas y expresiones, le satisfacía que la sana naturaleza del joven amigo hubiera opuesto tan vigorosa resistencia a la educación castalia. Josef aceptaba con mucha tranquilidad las críticas sobre Castalia y cuando creía que el anciano llegaba demasiado lejos en su apasionamiento, rechazaba fríamente sus ataques. Pero entre las manifestaciones despreciativas del *Pater* por Castalia había también algunas a las que Josef tuvo que dar en parte la razón y en un punto cambió violentamente de opinión durante su permanencia en Mariafels. Se trataba de la posición del espíritu castalio frente a la historia universal, de lo que el anciano llamaba "carencia absoluta de sentido histórico".

—Ustedes los matemáticos y jugadores de abalorios —le dijo— destilaron para su uso una historia especial del mundo, que consta solamente de la historia de la inteligencia y del arte; ella no tiene ni sangre ni realidad. Conocen exactamente los detalles de la degeneración de la construcción latina de las oraciones en el siglo II ó III, pero no tienen una lejana idea de Alejandro o de César o de Jesucristo. Tratan la historia universal como un matemático las matemáticas, en las que hay únicamente reglas y fórmulas, pero no realidad alguna: ni el bien, ni el mal, ni el tiempo, ni el ayer, ni el mañana, sólo un presente eterno, chato, matemático.

—Pero, ¿cómo se puede hacer historia, sin poner orden en ella? —preguntó Knecht.

—Ciertamente hay que poner orden en la historia —replicó *Jakobus*—. Toda ciencia es, entre otras cosas, un ordenar, un simplificar, un tornar digerible para el espíritu lo indigerible. Creemos haber descubierto en la historia algunas leyes y tratamos de tenerlas presentes para el conocimiento de la verdad histórica. Del mismo modo, por ejemplo, como el anatomista, mientras diseca un cuerpo no se considera colocado ante hallazgos meramente asombrosos, sino que encuentra confirmado un esquema ya connaturalizado en él, cuando descubre debajo de la piel un mundo de órganos, músculos, tendones y huesos. Más cuando el anatomista ve solamente su esquema y descuida la unívoca realidad individual de su objeto, es un castalio, un jugador de abalorios, hace matemática en el punto menos adecuado. Aquel que hace historia puede llevar consigo, lo concedo, la emocionada fe infantil en el poder ordenador de nuestro espíritu y de nuestros métodos, pero, a pesar de ello, debe tener mucho respeto ante lo inconcebible de la verdad, la realidad, la univocidad del suceder. Hacer historia presupone por lo mismo la convicción de que con ello se aspira a algo imposible y, sin embargo, necesario y sumamente importante. Hacer historia significa: abandonarse al caos, pero mantener la fe en el orden y en el sentido. Es un cometido muy serio, joven, y tal vez trágico.

Entre las palabras del *Pater,* que Knecht comunicó entonces en cartas a sus amigos, entresacamos todavía algo característico:

—Los grandes hombres son para la juventud las pasas de uva en la torta de la historia del mundo; pertenecen ciertamente a su verdadera sustancia, y no es tan simple ni fácil, como se podría creer, discernir a los

Librodot

verdaderamente grandes de los que lo son en apariencia solamente. En estos últimos, el instante histórico y su valorización y su percepción dan la apariencia de la grandeza; no faltan historiadoras y biógrafos, no hablemos de periodistas, para quienes esta valorización y percepción del momento histórico significan que el buen éxito momentáneo es ya un signo de la grandeza. El cabo que de la noche a la mañana se convierte en dictador, o la cortesana que por un tiempo determinado logra prevalecer en la buena o mala voluntad de un dominador del mundo, son las figuras favoritas de tales historiadores. Y los jovencitos idealistas, a la inversa, prefieren los trágicamente fracasados, los mártires, los que llegaron un segundo demasiado temprano o demasiado tarde. Para mí, que ante todo soy un historiador de nuestra Orden benedictina, lo más atrayente, admirable y digno de estudio no son las intentonas y los triunfos o los fracasos; mi amor y mi insaciable curiosidad están dedicados a fenómenos cono el de nuestra Congregación, a las organizaciones de muy larga vida en las que se busca reunir hombres por el intelecto y el alma, educarlos y trasformarlos, ennoblecerlos en una aristocracia capaz de servir y de mandar, no por la sangre, sino por la educación, no por la eugenesia sino por el espíritu. Nada me ha subyugado tanto en la historia de los griegos como los empeños de la Academia pitagórica o de la platónica, frente al cielo estelar de los héroes o el insistente alboroto de las “ágoras”; en la historia china solamente el hecho de la larga vitalidad del confucianismo, y en nuestra historia occidental me han parecido valores históricos de primera categoría sobre todo la Iglesia cristiana y las Órdenes que la sirven o se han servido en ella. El que un aventurero tenga suerte alguna vez y conquiste o funde un reino, que luego perdura veinte, cincuenta o aun cien años, o el que un idealista bien intencionado exija a un rey o a un emperador un género más honesto de política o trate de realizar un ideal de cultura, o el que un pueblo u otra comunidad realice algo inaudito o sepa soportarlo, todo esto no es para mí ni con mucho tan interesante como el que se procure crear organizaciones parecidas a nuestra Orden, por ejemplo, y que algunas de ellas hayan podido mantenerse mil y dos mil años. No quiero hablar de la Santa Iglesia, que para nosotros, creyentes, está fuera de discusión. Pero el hecho de que congregaciones como los benedictinos, los dominicos, más tarde los jesuítas, etcétera, hayan alcanzado la edad dé muchos siglos y al cabo de los mismos hayan conservado su carácter y su voz, su gesto, su alma individual, a pesar de todas las evoluciones, las degeneraciones, las adaptaciones y las violencias, es para mí el más notable y respetable fenómeno de la historia.

Knecht admiraba al *Pater* hasta en sus agrias injusticias. Entonces no sospechaba aún quién fuera realmente el *Pater Jakobus,* veía en él solamente a un sabio profundo y genial e ignoraba todavía que era también un hombre plantado en la historia del mundo, que colaboraba en darle forma, el político guía de su Congregación, el conocedor de la historia y del presente políticos, solicitado desde muchas partes por información, consejo o mediación. Casi durante dos años, hasta su primera licencia, Knecht trató al *Pater* exclusivamente como un sabio y conoció solamente el anverso de su vida, su actividad, su fama y su influencia. Este culto señor sabía callar, hasta en la amistad, y sus Hermanos del monasterio también lo sabían mejor de lo que Josef suponía.

Librodot

Después de casi dos años, Knecht se había acostumbrado al monasterio, como tal vez ningún huésped o forastero lo hubiese podido lograr. Había ayudado cada vez más al organista a continuar en su pequeño coro de motetes una gran tradición, antiquísima y noble mantenida sólo por un delgado hilo. Había hecho algunos hallazgos en el archivo musical del monasterio y enviado algunas copias de viejas obras a Waldzell y, sobre todo, a Monteport Había atraído también a un pequeño grupo de principiantes para un curso del juego de abalorios, y uno de sus más atentos alumnos era el joven Antonio. Había enseñado al abad Gervasio, no ya el chino, sino el manipuleo de los tallos de milenrama y un método mejor de meditación sobre las máximas o sentencias del libro de los oráculos; el abad había intimado mucho con él y abandonado hacía mucho tiempo sus intentos iniciales de tentar al huésped en ocasiones para que tomara vino. Los relatos, con los que cada seis meses contestaba a los requerimientos oficiales del *Ludí Magister* acerca de la conducta de Josef Knecht en Mariafels, eran loas. En Castalia se examinaba con más interés que estas informaciones las listas de lecciones y testimonios del curso de Knecht; se hallaba modesto su nivel, pero satisfacía la manera en que el maestro quería y sabía adaptarse a este nivel y, especialmente, a las costumbres y al espíritu del monasterio. Mas las autoridades castalias estaban contentas sobre todo y realmente sorprendidas, sin hacerlo notar naturalmente al interesado, por la constante relación de confianza y finalmente de amistad de Knecht con el famoso *Pater Jakobus.*

Esta relación dio toda clase de frutos, acerca de los cuales debe permitírsenos unas palabras relativamente prematuras en nuestra narración; en todo caso nos referimos a los frutos preferidos por Knecht. Maduraron lentamente, muy lentamente, crecieron expectantes y desconfiados como las semillas de los árboles de alta montaña, que se siembran abajo, en la llanura fértil: estas simientes, entregadas a un terreno fértil y a un clima generoso, llevan consigo como herencia la reserva y la difidencia en que crecieron sus antepasados; el lento ritmo de su crecimiento corresponde a sus propiedades atávicas. Así el prudente anciano, acostumbrado a ello, refrenó receloso toda posibilidad de influjo sobre sí mismo, para que echara raíces en su mente sólo vacilando y paso a paso todo lo que el joven amigo, el colega del polo opuesto, le traía del espíritu castalio. Pero entre tanto germinó paulatinamente, y de todo lo bueno que experimentó Knecht durante su permanencia en el monasterio, lo mejor y más precioso para él fue esta confianza y receptividad del sabio anciano, sólida, creciente, entre tanteos desde comienzos aparentemente sin esperanza, su compresión lenta y aún más lentamente confesada no sólo por la persona de su joven admirador, sino también por lo que había en él de impronta específicamente castalia. Paso a paso, el joven, en apariencia únicamente discípulo, oyente o casi aprendiz, llevó al *Pater* —que al comienzo empleaba la palabra “castalio” o la denominación “juego de abalorios” sólo en sentido irónico y aun netamente como insulto— al reconocimiento, a la consideración, tolerante primero y al final también respetuosa, del espiritualismo de esta Orden, de este intento de formación de una aristocracia espiritual. El *Pater* dejó de criticar la poca edad de aquella Orden, que con su par de siglos apenas estaba muy retrasada en comparación con la benedictina, anterior en quince siglos; dejó de

Librodot

considerar al juego de abalorios como un "dandismo" estético, y de rechazar como imposible para el futuro algo así como un acercamiento y una vinculación de las dos Órdenes tan desiguales por edad. Por mucho tiempo no sospechó siquiera que las autoridades vieran en esta parcial conquista del *Pater,* que Josef consideró fortuna absolutamente personal, privada, la culminación de su misión y de su tarea en Mariafels. Constantemente se angustiaba sin resultado, para comprender cómo se consideraría realmente su labor en el monasterio; si en verdad servía allí y era útil para algo; si su envío a este lugar, que inicialmente pareció promoción y distinción, envidiada por colegas en aspiraciones, a la larga no significaría más bien un retiro sin gloria, un desplazamiento a un desvío muerto. Algo se podía aprender en cualquier parte, ¿por qué, pues, no sería posible allí también? Pero para la mentalidad de Castalia, este monasterio, exceptuando únicamente al *Pater Jakobus,* no era un jardín ni un modelo de sabiduría, y Knecht tampoco supo establecer exactamente si no comenzaba a herrumbrarse en el juego de abalorios, aislado entre meros aficionados apenas aceptables, y si no estaba perdiendo terreno. Pero en esta inseguridad le fue de gran auxilio su falta de aspiraciones como también su *amor fali*[22] entonces bastante avanzado. En resumidas cuentas, su vida como huésped y modesto maestro especial en este mundo claustral confortable desde siglos, fue para él mucho más placentera de lo que había sido el último período de Waldzell en el círculo de los ambiciosos, y si su destino quería dejarlo tal vez para siempre en este pequeño puesto colonial, trataría por cierto de cambiar algo en su existencia allí; por ejemplo, tratar de obtener que le enviaran a uno de sus amigos o, por lo menos, que le concedieran todos los años unas discretas vacaciones en Castalia; por lo demás, estaría satisfecho.

Tal vez el lector de este esbozo biográfico espere una narración acerca de la otra faceta de la vida de Knecht en el monasterio, la religiosa. Nos atrevemos en este aspecto solamente a cautelosas alusiones. No es probablemente verosímil que Knecht haya tenido en Mariafels un contacto más hondo con la religión, con un cristianismo practicado día a día, según se desprende de muchas de sus manifestaciones y reacciones posteriores; pero debemos dejar sin contestación la pregunta de si allí se convirtió al cristianismo y aun hasta qué punto; esta zona moral ha resultado inaccesible a nuestra investigación. Además del respeto por las religiones, cultivado en Castalia, profesaba él cierta forma de devoción que bien podemos denominar piedad, y había sido convenientemente instruido acerca de la doctrina cristiana y de sus formas clásicas desde las primeras escuelas, sobre todo durante el estudio de la música religiosa; en modo especial conocía perfectamente el sacramento de la Misa y el rito de la Misa mayor. Entre los benedictinos ahora, no sin asombro y acatamiento, conoció una religión hasta ese momento observada teórica e históricamente, como algo vivo además; asistió a muchos servicios divinos, y desde que se familiarizó con algunas obras del *Pater Jakobus* y experimentó la influencia de sus conversaciones, abarcó cumplidamente y con clara visión el fenómeno de este cristianismo que a través de los siglos se tornara tantas veces anticuado y superado, inmoderno y fosilizado, y que sin embargo, cada vez

[22] *Amor del destino, aceptación del mismo, fatalismo.*

Librodot

se había remontado a sus orígenes, renovándose en ellos, dejando tras de sí una vez más lo moderno y triunfal de ayer. Tampoco rechazó seriamente la idea cada vez más profundizada por él durante aquellas conversaciones de que posiblemente también la cultura castalia no era más que una forma tardía o accesoria, pasajera y secularizada, de la cultura cristiana occidental y que algún día podía ser absorbida y revocada nuevamente. Aunque así fuera —dijo una vez el *Pater*—, él tenía asignado su puesto ya y su actuación en la organización castalia y no en la benedictina; allí debía él colaborar y mantenerse sin preocuparse de si la Orden a la que pertenecía tenía derecho a una existencia eterna o solamente a una larga duración; sólo hubiera podido considerar un conversión como una forma casi indigna de fuga. Del mismo modo, también aquel respetado Juan Alberto Bengel había servido en su época a una Iglesia reducida y pasajera, sin descuidar por eso su actividad para lo eterno. La piedad, es decir, el servicio dé fe y la fidelidad hasta el sacrificio de la vida, es posible en cada confesión y en cada grado, y este servicio y esta fidelidad son la única prueba válida de la sinceridad y el valor de toda piedad personal.

Cuando la permanencia de Knecht entre los *Paires* se aproximaba a un año de duración, apareció en el monasterio un día un huésped que fue mantenido alejado de aquél con el mayor cuidado; hasta una superficial presentación fue evitada. Acuciada así su curiosidad, observó al forastero, que por otra parte se quedó solo pocos días, y formó todo clase de presentaciones. Creyó poder considerar como un disfraz el traje sacerdotal que el extraño personaje llevaba. El desconocido mantuvo largas sesiones con el Abad y, especialmente, con el *Pater Jakobus,* a puertas cerradas; a menudo recibía mensajeros y enviaba otros. Knecht, que por lo menos había oído rumores acerca de las relaciones y tradiciones políticas del monasterio, supuso que el huésped sería algún gran estadista en misión secreta o un príncipe que viajaba de incógnito. Y cuando reflexionó sobre sus observaciones, recordó uno que otro forastero visto en los meses transcurridos y que ahora también consideraba misterioso o muy significativo. Recordó al prefecto de la “policía”, el amable señor Dubois, y su encargo de fijarse en los sucesos del monasterio y, aunque no lograba sentir ningún deseo ni inclinación para informes de esa naturaleza, la conciencia le reprochó que desde hacía mucho tiempo no había escrito más al bondadoso y simpático señor y le hizo pensar en que, presumiblemente, lo había desilusionado mucho. Le escribió una larga carta, tratando de explicar su silencio y, para dar a la misma algún contenido, narró sus relaciones con el *Pater Jakobus.* No sospechó ciertamente con qué atención y por quién fue leída su carta.

Librodot

CAPÍTULO V
LA MISIÓN

LA primera estada de Knecht en el monasterio duró dos años; en la época de la que estamos hablando aquí, Josef Knecht tenía treinta y siete años. Al final de esta hospitalidad en la fundación de Mariafels, unos dos meses después de haber enviado su larga carta al prefecto Dubois, fue llamado una mañana al locutorio del Abad. Pensó que el locuaz señor desearía entretenerse un poco con el idioma chino y acudió presuroso. Gervasio fue a su encuentro con una carta en la mano.

—Me honran con un encargo para usted, mi muy estimado amigo — exclamó complacido en su manera bondadosamente protectora, y adoptó muy pronto el irónico tono hostigador que se había ido elaborando como expresión de las relaciones amistosas aun no declaradas entre la Orden cristiana y la castalia y que, en realidad, era una creación del *Pater Jakobus*—. Por otra parte, ¡todo mi respeto por su *Magister Ludí!* ¡Qué cartas sabe escribir! Me ha escrito en latín, el buen señor. Dios sabe por qué; con ustedes los castalios no se sabe nunca, cuando hacen algo, si con ello se proponen una gentileza o una burla, una loa o una lección. Pues este venerable *Dominas* me ha escrito en latín y, precisamente, en un latín que nadie podría escribir hoy en toda nuestra Orden, salvo a lo sumo el *Pater Jakobus.* Es un latín de la escuela inmediatamente posterior a Cicerón, pero perfumado con una pizca bien calculada de latín eclesiástico, del cual tampoco se sabe si tiene ingenuamente la intención de ser un cebo para nosotros los monjes o sólo ironía, o si pudo nacer simplemente de un irrefrenable impulso por jugar, estilizar y decorar. Bien, el Venerable me escribe: allá reputan deseable verlo a usted otra vez y abrazarlo, y establecer también hasta dónde la larga permanencia entre nosotros semibárbaros ha influido en usted, corrompiéndolo moral y estilísticamente. En pocas palabras, por lo que comprendí e interpreté correctamente de esta amplia obra de arte literario, se le conceden vacaciones y me piden que devuelva a mi huésped a Waldzell por un plazo no determinado, pero no para siempre; su pronto retorno, si nos parece agradable, parece contar absolutamente entre las intenciones de las Autoridades de allá. Pues bien, usted me perdonará si no pude interpretar como merecen todas las pulcritudes de la carta; por cierto el *Magister* Tomás no lo pretendió de mí. Debo entregarle a usted esta epístola; vaya usted y piense si quiere ponerse en viaje y cuándo. Lo echaremos de menos, mi querido, y en el caso de que usted permaneciera ausente demasiado tiempo, no dejaremos de reclamarlo a sus Autoridades.

En la carta que el Abad entregó a Knecht, se comunicaba a éste brevemente que le había sido concedido un permiso tanto para descansar como para comunicarse con sus superiores, y que se le esperaba pronto en Waldzell. Y que no se preocupara por la terminación del curso de juego iniciado para principiantes, siempre que el Abad no expresara otro deseo. El viejo *Magister Musicae* le enviaba saludos. Cuando leyó esta frase, Josef se sobresaltó y se quedó pensando: ¿cómo podía haber sido encargado el *Magister Ludí* de enviarlo este saludo, que por cierto no coincidía demasiado exactamente con el resto de la notificación oficial? Debió haberse realizado a

Librodot

buen seguro una conferencia de todas las Autoridades, con la inclusión también del anciano maestro; pero este saludo lo conmovía en forma asombrosa, le sorprendía curiosamente como un acto de colegas... Ciertamente, nada debían importarle las reuniones y las resoluciones de las autoridades educativas. Por una parte cualquier problema que tuviese que tratar la conferencia, el saludo indicaba que los supremos Directores habían hablado en esa ocasión también de Josef Knecht. ¿Le esperaba alguna novedad? ¿Sería llamado de regreso para su destitución? ¿O sería ésta la ocasión de un ascenso? Pero la carta hablaba solamente de vacaciones. Sí, él se alegraba sinceramente de ellas, hubiera partido ya a la mañana siguiente. Pero por lo menos, debía despedirse de sus alumnos y dejarles instrucciones. Antonio sentiría dolorosamente su partida. Además debía también una visita personal a algunos de los *Paires.* Pensó en *Jakobus* y, casi para su sorpresa, sintió en su interior un suave dolor, un movimiento del ánimo que le decía que su corazón estaba ligado a Mariafels más de lo que suponía. Aquí le faltaban muchas cosas a que estaba acostumbrado y que amaba, y en el curso de los dos años Castalia habíase tornado cada vez más hermosa en su imaginación, por el alejamiento y la ausencia; pero en este instante supo claramente esto: lo que él poseía en el *Pater Jakobus,* era irreemplazable y le faltaría en Castalia. Con eso tuvo ahora más clara conciencia que hasta entonces de lo que había experimentado y aprendido allí, y le invadió una alegría y una tranquilidad muy grandes al pensar en el viaje a Waldzell, en lo que volvería a ver, en el juego de abalorios, en las vacaciones: la alegría hubiera sido ciertamente menor sin la certidumbre del retorno.

Con repentina resolución visitó al *Pater,* le contó de su regreso para unas vacaciones, y cómo él mismo se había sorprendido en descubrir detrás de su alegría por volver a su casa y a sus amigos, también la alegría por un retorno, y como la misma ante todo se la debía a él, al *Pater* venerado, se había dado valor y se atrevía a dirigirle un gran pedido, es decir que, a su regreso, lo tomara un poco como discípulo, aunque se tratara sólo de una o dos horas en la semana. *Jakobus* se rió negándose y una vez más expresó los más bellos cumplidos irónicos acerca de la cultura castalia y de la insuperable multiplicidad, ante la cual un “simple” monje como él sólo debía permanecer en muda admiración y menear la cabeza asombrado; pero Josef había ya notado que la negación no había sido formulada en serio, y cuando le dio la mano para despedirse, el *Pater* le dijo amablemente que no debía preocuparse por lo que le había pedido, con placer haría todo lo posible y se separó de él muy cordialmente.

Partió alegremente para sus vacaciones, con la íntima convicción de que su estada en el monasterio no había sido inútil. En el momento de marcharse le pareció ser un niño, ciertamente, para advertir en seguida que ya no era ni niño ni joven; lo advirtió por una sensación de vergüenza y de resistencia interior, que surgía en él cuando con un ademán, una palabra, una puerilidad pretendía responder a su estado de ánimo de liberación, de dicha de escolar en plena holganza. No, lo que una vez hubiese sido lógico y reconfortante, un grito de júbilo a los pájaros en las ramas, una marcha cantada en voz alta, un bailotear rítmico y ligero, ya no condecía, ya no era natural, hubiera resultado duro y falso, tonto y pueril. Sintió que era un hombre, joven de sentimientos y energías, pero ya no diestro y libre

Librodot

en el abandono del momento y de las impresiones, sino alerta, cohibido, constreñido... ¿Por qué? ¿Por un cargo? ¿Por la misión de representar a su país y su Orden ante la gente del monasterio? No, era la Orden misma, era la jerarquía en la que sentía concrecido e incorporado inconcebiblemente al considerarse de pronto a sí mismo, era la responsabilidad, el estar envuelto por lo general y lo superior, que podía hacer aparecer viejos a muchos jóvenes y jóvenes a muchos viejos, que lo retenía, lo apoyaba y, al mismo tiempo, le quitaba su libertad, como el rodrigón al que se ata una planta joven, que le quitaba la inocencia, mientras justamente exigía una prueba cada vez mis clara.

En Monteport saludó al anciano *Magister Musicae,* que también una vez en su juventud fue huésped de Mariafels y estudió allá la música benedictina, y que ahora le estuvo preguntando acerca de muchas cosas. Encontró al anciano señor, por cierto, mis apagado y alejado, pero de aspecto más vigoroso y alegre que la última vez que lo vio; había desaparecido de su cara el cansancio, no parecía rejuvenecido, pero sí más hermoso y fino, desde que renunciara a su cargo. Le sorprendió a Knecht que le preguntara por el órgano, los armarios de música y el canto coral en Mariafels, también por un árbol en el parque del claustro y se interesara por saber si todavía existía, pero sin tener la menor curiosidad acerca de su actividad en el monasterio, del curso de juego de abalorios y de la finalidad de sus vacaciones. Eso sí, antes de que Josef siguiera viaje, el anciano le dijo palabras muy importantes para él:

—He oído —le dijo como bromeando— que te has convertido en una especie de diplomático. En realidad, una profesión nada hermosa, pero al parecer están contentos de ti. ¡Piensa como quieras al respecto! Pero si ésa no es tu ambición, si no quieres seguir esa profesión para siempre, ten cuidado, Josef; creo que te quieren envolver. Defiéndete, porque tienes derecho... No, no preguntes, no diré una sola palabra más. Tú mismo podrás verlo.

A pesar de esta advertencia que llevaba consigo como una espina, a su llegada a Waldzell sintió una alegría por el regreso a la patria y a las cosas conocidas, como nunca había experimentado antes; le parecía que esta Waldzell no era solamente su patria y el más bello lugar del mundo, sino que entre tanto se había vuelto más hermosa e interesante, o que él tenía ojos nuevos, distintos, y un acrecentado poder de visión. Y esto no sólo por los portales, las torres, los árboles y el río, los patios y las salas, las personas y los rostros tan conocidos: sintió también durante sus vacaciones por el espíritu de Waldzell, la Orden y el juego de abalorios, aquella mayor capacidad de percepción, aquella madura y grata comprensión que son propias, del que retorna, del que ha viajado y vuelto más en sazón, más lúcido.

—Siento —dijo a su amigo Tegularius al final de un vivo canto de alabanzas para Waldzell y Castalia—, siento como si hubiera pasado todos estos años en sueño, aquí mismo, ciertamente sin penas, pero sin conciencia, y que hubiera despertado ahora y todo lo viera claro y neto, confirmado como realidad. ¡Que dos años en el extranjero puedan aguzar los ojos de esta manera!

Gozó sus vacaciones como una fiesta, el juego y las discusiones con los

Librodot

camaradas en el círculo selecto del *Vicus Lusorum,* el reencuentro de los amigos, el *genius loci*[23] de Waldzell. Pero esta noble sensación de felicidad y gozo floreció realmente sólo después de su primera visita al *Ludí Magister;* hasta ese momento, su alegría estaba mezclada todavía con algún desasosiego.

El *Magister Ludí* formuló menos preguntas de lo que Knecht había esperado, apenas citó el curso de juego para principiantes y los estudios de Josef en el archivo musical, sólo acerca del *Pater Jakobus* no se sació de informarse, volvía a cada instante a hablar de él, nada era excesivo de lo que Knecht le contaba de este hombre. Que estaban satisfechos, pudo deducirlo no solamente de la gran amabilidad del maestro, sino más aún del proceder del señor Dubois, a quien el maestro lo había enviado en seguida.

—Tu tarea ha sido realizada en forma distinguida —le dijo éste, y agregó con ligera sonrisa—: mi instinto falló realmente, cuando aconsejé que no te enviaran al monasterio. Es mucho, mucho más de lo que nadie podía esperar, el que hayas conquistado y ganado para ti y para Castalia el favor no solamente del Abad, sino también del gran *Pater Jakobus.*

Dos días después, el *Magister Ludí* lo invitó a comer juntamente con Dubois y el entonces director de la escuela de selección de Waldzell, el sucesor de Zbinden, y durante la sobremesa comparecieron inopinadamente también el nuevo *Magister Musicae y* el Archivista de la Orden, dos miembros más de la suprema Autoridad, y uno de ellos se lo llevó consigo todavía a la casa de huéspedes para una larga conversación. Esta invitación acercó a Knecht, por primera vez en forma visible para todos, al círculo más estrecho de los candidatos para cargos superiores y erigió entre él y el promedio de la selección del juego una valla muy pronto perceptible que el "despertado" sintió casi físicamente.

Además se le dio un permiso provisional de cuatro semanas y la cédula personal destinada a los empleados y funcionarios, para las casas de huéspedes de la "provincia". Aunque no se le impuso la menor obligación, ni siquiera la de presentarse a las autoridades locales, pudo notar muy bien que era vigilado desde arriba, porque cuando emprendió excursiones y visitas, a Keuperheim, Hirsland y a la casa de estudios del Oriente asiático, por ejemplo, recibió allí en seguida invitaciones de los superiores del lugar; en esas pocas semanas llegó a ser conocido, en efecto, por todas las autoridades de la Orden y por la mayoría de los maestros y directores de estudios. Si no hubiesen existido tales invitaciones y relaciones oficiales, estas excursiones de Knecht le hubieran parecido un retorno al ambiente y a la libertad de sus años de estudio. Las limitó, ante todo por consideración a Tegularius, que sentía dolorosamente cada interrupción de su reencuentro, pero también por el juego de abalorios, porque deseaba mucho volver a participar y perfeccionarse en los ejercicios y problemas más recientes, y en esto Tegularius le prestaba servicios insustituibles. El otro gran amigo suyo, Ferromonte, pertenecía al estado mayor de los nuevos maestros de música y en este período lo encontró sólo dos veces; lo halló muy dedicado al trabajo y feliz en la labor, había abordado un gran cometido de la historia musical, la música griega y su continuidad en la danza y la canción popular de los

[23] *Genius loci, expresión latina: genio del lugar, espíritu local.*

Librodot

países balcánicos; deseoso de confiarse, habló al amigo de sus nuevos trabajos y hallazgos; correspondían a la época del paulatino ocaso de la música barroca alrededor de fines del siglo XVIII y a la penetración de una nueva sustancia musical de parte de la música popular eslava.

Pero Knecht pasó la mayor parte de estas festivas vacaciones allí en Waldzell y en el juego de abalorios; con Fritz Tegularius repasó las nociones de un curso muy reservado que el *Magister* había impartido en los dos últimos semestres a los más adelantados y volvió a insertarse existencialmente con todas sus energías, después de dos años de ausencia, en el noble mundo del juego, cuyo hechizo le parecía tan inseparable de su vida y tan indispensable como el de la música.

Sólo en los últimos días de las vacaciones, el *Magister Ludí* volvió a hablar de la misión de Josef en Mariafels y de su futuro inmediato y de la labor respectiva. Primero en tono de simple charla; luego cada vez más seria e insistentemente le habló de un proyecto de les Autoridades, en el cual tenían mucho interés la mayoría de los maestros supremos y el señor Dubois, es decir, del proyecto de establecer posteriormente ante la Santa Sede de Roma una representación permanente de Castalia. Había llegado o por lo menos estaba cerca —expuso el *Magister* Tomás con su manera conquistadora y de exacta expresión—, el momento histórico para tender un puente sobre el viejo abismo entre Roma y la Orden; en eventuales peligros futuros tendrían sin duda enemigos comunes, compartirían la misma suerte y serían aliados naturales; asimismo, a la larga, la situación disfrutada hasta ese momento no podía ser mantenida y además era realmente indigna: es decir, que las dos potencias del mundo cuya tarea histórica era la conservación y el cuidado del espíritu y de la paz, siguieran viviendo ajenas casi una a otra, a pesar de estar tan cerca. La Iglesia romana había superado los sacudimientos y las crisis de las últimas grandes épocas bélicas, a pesar de graves pérdidas y por eso se había renovado y purificado, mientras que los centros mundanos de la ciencia y la cultura de entonces habían decaído juntamente con el ocaso de la civilización; sólo sobre sus ruinas había surgido la Orden y IR idea castalia. Ya por eso y por su respetable edad, había que conceder a la Iglesia una categoría de preferencia; era la más antigua potencia, la más distinguida, la más puesta a prueba a través de muchas y grandes tempestades. Ante todo se trataba de despertar y cuidar también en la potencia romana la conciencia del parentesco entre ambas y su interdependencia en todas las crisis que tal vez podían sobrevenir.

(Aquí pensó Knecht: "¡Oh, me quieren enviar a Roma y tal vez para siempre!", e íntimamente se dispuso en seguida al rechazo, recordando la advertencia del anciano *Magister Musicae)*

El *Magister* Tomás continuó: un paso importante en esta evolución desde mucho tiempo anhelada por Castalia, había sido dado mediante la misión de Knecht en Mariafels. Esta misión, solamente una tentativa en sí, un gesto de cortesía, sin compromiso alguno, había sido iniciada sin segundas intenciones por invitación de la otra parte; en otra situación, lógicamente, no se hubiera empleado para ella a un jugador de abalorios, políticamente desprevenido, sino tal vez algún funcionario joven de la organización

Librodot

del señor Dubois. Pero esta tentativa; esta pequeña misión inocente, había dado un resultado sorprendentemente favorable; una de las inteligencias conductoras del catolicismo actual, el *Pater Jakobus,* se había familiarizado un poco más con el espíritu de Castalia y formado un concepto mejor de este espíritu que hasta entonces había rechazado netamente. Se reconocía a Josef Knecht el papel que había representado en eso. Allí, en efecto, residía el sentido y el triunfo de su misión y desde este punto de vista debía seguirse considerando y fomentando no sólo todo el plan de acercamiento, sino sobre todo también la misión y la obra de Knecht. Se le había concedido un permiso que aun podía ser prolongado, si lo deseaba; se había hablado ampliamente con él, presentándolo a la mayoría de los miembros de la suprema Autoridad; éstos expresaron su confianza en Knecht y le encargaron a él, al *Ludí Magister,* que volviera a enviarlo a Mariafels con una tarea especial y poderes más amplios: allá podía contar por suerte con un amistoso recibimiento.

Hizo una pausa como para dejar a su oyente ni tiempo de hacer una pregunta, pero éste dio a entender solamente por un gesto cortés de respeto que prestaba atención y esperaba sus órdenes.

—La tarea que debo confiarte, pues —dijo finalmente el *Magister*— es la siguiente: proyectamos, tarde o temprano, la constitución de una representación permanente de nuestra Orden ante el Vaticano, posiblemente con carácter de reciprocidad. Estamos dispuestos, como menos antiguos, a una conducta no por cierto servil pero muy respetuosa frente a Roma; ocuparemos gustosos el segundo puesto y le dejaremos el primero. Y tal vez —ni yo ni el señor Dubois lo sabemos—, el papa aceptaría hoy mismo nuestro ofrecimiento; pero lo que debemos evitar a cualquier precio es una respuesta negativa de Roma. Bien, hay un hombre que conocemos y a quien podemos llegar, cuya voz tiene en el Vaticano el máximo valor, es el *Pater Jakobus.* Y tu tarea es ésta: debes volver a los claustros benedictinos, vivir allí como hasta hoy, estudiar, impartir un curso inocente de juego de abalorios y emplear tu atención y tus esfuerzos para ganar totalmente, poco a poco, al *Pater* para nuestra causa y para que te asegure su apoyo para nuestro propósito en Roma. Ésa es por lo tanto la meta final de tu misión, exactamente circunscripta. Es cosa accesoria el tiempo que necesites para alcanzarla; pensamos que hará falta por lo menos un año, pero podrían ser dos y aun más. Tú conoces ya el compás benedictino y aprendiste a adecuarte al mismo. En ningún caso debemos dar la impresión de impaciencia o codicia, el asunto tiene que madurar por sí solo para un convenio, ¿no es verdad? Espero que estarás de acuerdo con este cometido y te ruego que manifiestes francamente cualquier objeción que pudieras hacer. Si lo deseas, tienes también un par de días para reflexionar.

Knecht, a quien ya no sorprendía el encargo después de tantas conversaciones precedentes, declaró superfluo todo plazo de reflexión, aceptó obedientemente la misión, pero agregó:

—Usted sabe que misiones de esta clase logran el mejor resultado, si el enviado no debe luchar con resistencias e inhibiciones íntimas. No tengo la menor impugnación contra la misión misma, comprendo su importancia y espero realizarla cumplidamente. Pero siento algún temor, algún recelo por mi futuro; sea usted tan gentil, *Magister,* y escuche mi petición y mi

Librodot

confidencia. Soy jugador de abalorios, como usted sabe; a raíz de mi estada entre los *Paires* acabo de perder dos años enteros en mis estudios, no aprendía más nada y descuidé mi arte; ahora se agrega por lo menos un año, probablemente más, a este atraso. En este período no quisiera retrasarme más todavía. Por eso solicito breves permisos más frecuentes para volver a Waldzell y una permanente conexión radiofónica con las conferencias y los ejercicios especiales de su Seminario para adelantados.

—Concedido con placer —exclamó el maestro y ya había en su voz un matiz de despedida, cuando Knecht habló y confesó también lo demás, es decir, que temía, si el plan en Mariafels daba resultados, ser enviado tal vez a Roma o empleado todavía en otros lugares para servicios diplomáticos.

—Y esta perspectiva —acabó por decir— tendría una influencia opresora e inhibidora sobre mí y mis esfuerzos en el monasterio. Porque no deseo absolutamente ser desplazado para siempre al servicio diplomático.

Él *Magister* contrajo las cejas y levantó el dedo como reprochando.

—Hablas de "ser desplazado" y la frase está realmente mal elegida; nadie ha pensado nunca en desplazarte, sino más bien en distinguirte, en ascenderte. No estoy autorizado a informarte acerca de la forma en que se te empleará más adelante, ni a formularte promesas. Pero puedo comprender tus reparos contra una coacción y debe oponerse que podré ayudarte, si en realidad tuvieras razón en tus temores. Y ahora óyeme: tienes cierto don para hacerte agradable y querido, un malintencionado hasta podría llamarte ensalmador; probablemente, este don ha determinado a las Autoridades a enviarte por segunda vez al monasterio. Pero no emplees demasiado tu facultad, Josef, y no trates de elevar el precio de tus servicios. Si tienes suerte con el *Pater Jakobus,* habrá llegado para ti el momento conveniente para formular un pedido personal a nuestros superiores. Hoy me parece demasiado pronto. Hazme saber cuándo estás dispuesto a partir.

Josef escuchó en silencio esas palabras, atento más a la benevolencia que ocultaban que al reproche, y volvió poco después a Mariafels.

Allí sintió como un sedante la seguridad que otorga un encargo netamente delineado. Además el mismo era importante y honroso, y en un aspecto coincidía con sus mejores deseos personales: acercarse todo lo posible al *Pater Jakobus* y ganar por entero su amistad. El proceder ligeramente distinto de los dignatarios del monasterio, sobre todo el del Abad, le demostraron que su misión aquí en la colonia claustral era tomada en serio y que él mismo se encontraba elevado en categoría: las relaciones no eran menos amistosas, pero si sensiblemente más respetuosas que antes. Josef no era ya el huésped joven sin rango, hacia el cual se usan cortesías por su procedencia y por bondad, fue recibido más bien como un funcionario superior de Castalia y tratado como tal, es decir, como un enviado plenipotenciario. Curado ya de la ceguera para estas cosas, sacó de esto sus conclusiones. Por cierto, no pudo descubrir ningún cambio en el modo de ser del *Pater Jakobus.* Lo conmovió profundamente la amabilidad y la alegría con que lo saludó el Padre y le recordó la labor en común convenida, sin esperar un pedido, una reclamación de Knecht Su plan de trabajo y el decurso de su jornada tenían ahora una faz esencialmente distinta de la anterior. En ese plan, en ese ciclo de obligaciones, el curso del juego de abalorios no ocupó ahora ni con mucho el primer lugar, y no se

Librodot

habló más ni de sus estudios en el archivo musical ni de la tarea de cantarada con el organista. Ante todo estaba ahora la enseñanza del *Pater Jakobus,* una enseñanza de varias ramas de la ciencia historiográfica al mismo tiempo, porque el *Pater* no iniciaba solamente a sus alumnos preferidos en la prehistoria y la crónica primitiva de la Orden de San Benito, sino también en la ciencia de las fuentes de la naciente Edad Media, y además, en una hora reservada, leía con él uno de los antiguos cronistas en su texto original. Agradó al *Pater que* Knecht le acometiera con el pedido de permitir la asistencia de Antonio, pero no le fue difícil convencerlo de que hasta el tercero mejor dispuesto trabaría notablemente esta clase de instrucción privada, por eso Antonio, que no sospechó la intervención de Knecht, fue invitado a participar solamente en la lectura de los cronistas, y se sintió dichoso por ello. Sin duda, estas horas fueron para el joven Hermano, de cuya existencia ulterior nada sabemos, una distinción, un goce y un estímulo de primera clase; eran dos de los espíritus más puros y de las inteligencias más originales de su época, en cuya labor y en cuyo cambio de ideas podía participar un poco como oyente, como recluta joven. La compensación de Knecht para con el *Pater* consistió en una constante iniciación, inmediata a las lecciones en epigrafía y ciencia de las fuentes, en la historia y la estructura de Castalia y de las ideas conductoras del juego de abalorios en la que el alumno se convertía en maestro y el venerado maestro en atento oyente y a menudo en preguntón y crítico nada fácil de satisfacer. Su desconfianza por la mentalidad conjunta de los castalios permanecía siempre alerta; como echaba de menos en ello una postura propiamente religiosa, dudaba de su capacidad y dignidad para educar a un tipo humano verdaderamente merecedor de ser tomado en serio, aunque en la persona de Knecht tuviera delante de sí el resultado tan noble de esa educación. Hasta cuando hacía mucho que había experimentado, hasta donde fuera posible, una especie de conversión por los informes y el ejemplo de Knecht y estuvo bien resuelto en apadrinar en Roma el acercamiento con Castalia, esa desconfianza nunca se extinguió por completo; las notas de Knecht están llenas de ejemplos drásticos, apuntados en su oportunidad y de los que citaremos uno.

"PATER: — Ustedes los castalios son grandes sabios y estetas, saben medir la longitud de las vocales en una antigua poesía " plantear la relación de su fórmula con la de la órbita de un planeta. Esto es encantador, pero juego solamente. Juego es también su misterio supremo, su más alto símbolo, el juego de abalorios. Quiero admitir también que intentan elevar este hermoso juego a la categoría de un sacramento o, por lo menos, a recurso de edificación. Pero los sacramentos no nacen de esfuerzos de esta naturaleza, el juego sigue siendo juego.

"JOSEF: — ¿Usted cree, *Pater,* que nos falta el fundamento teológico?

"PATER: — ¡Oh, no hablemos de teología, ustedes están demasiado lejos de ella aún! Les bastaría por supuesto con algunos fundamentos más simples, una antropología, por ejemplo, una doctrina real y una ciencia real del hombre. No conocen al hombre, ni su bestialidad ni su semejanza con Dios. Conocen solamente a los castalios, una especialidad, una casta, un intento original de crianza..."

Librodot

Para Knecht fue ya una suerte de extraordinario valor que para su misión de conquistar al *Pater* en favor de Castalia y convencerlo del valor de una alianza, en esas horas obtuviera libre el campo más favorable y amplio que pudiera imaginar. Se le ofrecía así una situación que correspondía tan perfectamente en todo a lo deseado y calculado, que pronto sintió casi remordimientos de conciencia, porque le parecía vergonzoso y además indigno sentarse rendido con toda la confianza del respetado varón o pasearse arriba y abajo por el pasillo del claustro, mientras lo hacía objeto de ocultas intenciones políticas. Knecht no hubiera sostenido esta situación por más tiempo en silencio y estuvo pensando en la forma en que podría quitarse la máscara, cuando, para su sorpresa, el anciano se le anticipó.

—Mi querido amigo —le dijo un día, como de paso—: hemos encontrado realmente una forma sumamente agradable y, espero, también provechosa de intercambio intelectual. Las dos actividades que más amé en mi vida, el aprender y el enseñar, han encontrado en nuestras horas de trabajo en común una nueva y hermosa combinación Y, para mí, esto ha ocurrido justamente en el instante oportuno, porque comienzo a envejecer y no hubiese podido imaginar siquiera un tratamiento y un reposo mejor que estas horas nuestras. Por lo que se refiere a mi, pues, soy el que gana en este intercambio, sin duda alguna. En cambio, no estoy seguro si también usted, amigo mío, y la gente de la que usted es un enviado y a cuyo servicio se halla, tienen tanto que ganar también como tal vea esperan. Quisiera prevenir una desilusión posterior y no dejar surgir además entre nosotros dos una relación poco clara; por eso permita usted a un hombre práctico una pregunta. A menudo, naturalmente, estuve pensando acerca de su estada en nuestro pequeño monasterio, tan grata para mí. Hasta hace poco, es decir, hasta sus recientes vacaciones, creí poder establecer que la ratón y el fin ce su presencia entre nosotros no eran algo completamente claro ni para usted mismo. ¿Ha sido exacta mi observación?

Y después que Knecht contestó afirmativamente, prosiguió:

—Pues bien, desde su retorno de las vacaciones esto ha variado. Usted ya no se preocupa más acerca de la finalidad de su presencia aquí, sino que sabe de qué se trata. ¿Exacto? Entonces no me equivoqué. Probablemente no me equivoco tampoco con la idea que me hice de aquello. Usted tiene un encargo diplomático y no concierne ni a nuestro monasterio ni al señor Abad, sino a mí. Usted ve, de su secreto no queda mucho. Y para aclarar toda la situación, doy el último paso y le aconsejo que me comunique también por entero el resto. ¿Cuál es su misión?

Knecht se había puesto de pie de un salto y quedó frente al anciano, sorprendido, confuso, casi consternado.

—Tiene usted razón —exclamó—, pero mientras me brinda alivio, también me avergüenza al anticiparse. Hacía días ya que estaba pensando cómo podría aclarar nuestra relación, cosa que usted acaba de hacer tan rápidamente. Es una suerte que mi pedido por su enseñanza y nuestro acuerdo acerca de mi iniciación en su ciencia corresponden todavía a la época anterior a mis vacaciones; ¡de otra manera, parecería que todo fue diplomacia de mí parte y nuestros estudios solamente un pretexto!

El anciano lo tranquilizó amigablemente.

Librodot

—No quise más que ayudarnos a los dos a dar un paso adelante. La limpieza de sus intenciones no necesita ninguna confirmación. Si no me he anticipado a usted y sólo hice algo que usted también deseaba, todo está bien.

Acerca del propósito de la misión de Knecht, que éste le explicó, expresó esta opinión:

—Sus superiores en Castalia no son precisamente diplomáticos geniales pero sí muy aceptables, y tienen también suerte. Meditaré en calma su propósito y mi resolución al respecto dependerá en parte de cuanto logre usted hacerme conocer de la constitución castalia y de su conjunto de ideas y demostrarme que todo eso es plausible. Tendremos lodo el tiempo para ello.

Y viendo a Knecht un poco preocupado todavía, se rió fuerte y dijo:

—Si quiere, puede considerar mi modo de proceder también como una especie de lección. Somos dos diplomáticos y las reuniones de los diplomáticos son siempre una lucha, aunque guarde formas amistosas. En nuestra lucha, estaba yo momentáneamente en desventaja, se me había escapado la regla, la ley del procedimiento, usted sabía más que yo. Ahora estamos a mano. El movimiento de mi pieza en el tablero fue afortunado, era correcto pues...

Si Knecht consideraba valioso e importante conquistar al *Pater* para los propósitos de las Autoridades castalias, creía sin embargo, mucho más conveniente aprender a su lado todo lo posible y, por su parte, ser para el sabio y poderoso señor el guía de confianza en el Bando castalio. Buen número de sus amigos y discípulos envidiaron a Knecht por muchas cosas, como suelen ser envidiados justamente hombres distinguidos, no sólo por su grandeza y energía interiores, sino también por su fortuna aparente, el supuesto favor de la suerte. El más pequeño ve en el más grande lo que sólo alcanza a ver, y la carrera y la ascensión de Josef Knecht tienen en realidad para quien las observa algo extraordinariamente brillante, rápido, a primera vista fácil; es posible sentirse tentados de decir de aquel periodo de su vida: tuvo suerte. Trataremos de explicar también en forma racionalista o moralista esa “suerte”, ya como una consecuencia casual de circunstancias exteriores, ya como una suerte de premio por su especial virtud. La suerte nada tiene que ver ni con la razón ni con la moral; por su esencia es algo mágico, casual, de una categoría humana, primitiva, juvenil. El ingenuamente afortunado, el favorecido por las hadas, el mimado de los dioses, no es un objeto para la observación racional y del mismo modo tampoco para la biográfica: es símbolo y está más allá de lo personal y lo histórico. Pero existen hombres sobresalientes, de cuya vida no puede imaginarse ausente la “suerte”, aunque ella consista simplemente en que ellos y la misión que tuvieron corresponden y combinan realmente entre sí en el aspecto histórico y biográfico, o en que no nacieron ni demasiado temprano ni demasiado tarde. A éstos parece pertenecer Knecht. Por eso su existencia, por lo menos durante un trecho, da la impresión de como si todo lo deseable le hubiese caído por sí solo en las manos. No negaremos este aspecto ni lo suprimiremos, podríamos también explicarlo razonablemente sólo mediante un método biográfico, que no es el nuestro ni el deseado y permitido en Castalia, con un detallismo casi sin límites, es decir, en lo más

Librodot

personal o privado, en la salud y la enfermedad, en las reacciones y titubeos en las sensaciones de su vida y de sí. Estamos convencidos de que tal especie de biografía, que no corresponde a nuestro caso, nos llevaría a, la comprobación de un perfecto equilibrio entre su "suerte" y su vida, y, sin embargo, resultaría la falsificación de su figura y de su existencia.

Y basta de digresiones. Estábamos diciendo que Knecht era envidiado por muchos que le conocían o aun sólo oían hablar de él. Pero de su vida nada envidiaron más los inferiores que su relación con el *Pater* benedictino que fue al mismo tiempo alumnado y magisterio, tomar y dar, ser conquistado y conquistar, y también amistad e intima comunidad de labor. Tampoco Knecht se sintió más feliz por ninguna otra de sus conquistas, desde aquélla del Hermano Mayor en el soto de bambúes, por ninguna tan distinguido y avergonzado simultáneamente, regalado y estimulado. Apenas tal vez por la de su discípulo preferido, cosa que no hubiera atestiguado, cómo llegó a hablar del *Pater Jakobus* tan a menudo, tan gustosa y alegremente. Con él Knecht aprendió algo que tal vez no hubiera podido aprender en la Castalia de entonces; no logró solamente una visión de conjunto sobre métodos y recursos del conocimiento y la investigación de la historia y su primera práctica en su empleo, sino que mucho más allá alcanzó a vivir la historia como realidad, como vida, y no como campo de la ciencia, y a esto responde también como consecuencia la transformación en historia de su propia vida personal, y su acrecentamiento: No hubiera podido aprender todo esto de un solo sabio. *Jakobus* no era solamente un espectador y un guía, por encima de la sabiduría; era además alguien que vive y colabora en la historia; no había utilizado el lugar en que lo había colocado el destino, para gozar el calor de una cómoda existencia contemplativa, sino que había dejado soplar en su cuarto de sabio los vientos del mundo y en su corazón las congojas y las intuiciones de su época; colaboraba en el suceder de su tiempo, en él se complicaba y asumía responsabilidades, y no sólo había tenido que ver con la visión, la ordenación y la interpretación de hechos ocurridos hacía muchísimo tiempo, y con las ideas solamente, sino en igual medida con la resistencia de la materia y de los hombres. Juntamente con su colaborador y adversario, un jesuíta muerto hacía poco, era considerado como el verdadero fundador del poder moral y diplomático y del elevado respeto político, que había reconquistado la Iglesia romana, al cabo de períodos de resignación y suma necesidad.

Aunque en las conversaciones de maestro y alumno no se hablaba ahora casi nunca del presente político —lo impedía, no solamente la experiencia del *Pater* en saber callarse y reservarse, sino por igual también el miedo del joven por ser arrastrado a la diplomacia y a la política—, la posición y actividad políticas del benedictino había impregnado tanto sin embargo, su consideración de la historia universal, que en cada una de sus opiniones, en cada una de sus miradas en el caos del agitarse del mundo, pesaba también el político práctico, no, por cierto un político ambicioso, intrigante, un rector o conductor, ni un aspirante, sino un consejero y mediador, un hombre cuya actividad era suavizada por el saber, el anhelo, por una profunda visión de la insuficiencia y dificultad del ser humano, pero a quien otorgaban notable poder su fama, su experiencia, su conocimiento de hombres y situaciones y, no en último término, su desinterés y su integridad personales. De todo esto, Josef nada sabía cuando llegó a Mariafels, no conocía siquiera el

Librodot

nombre del *Pater.* La mayoría de los habitantes de Castalia vivía en una ingenuidad y falta de sentido políticos, que fue a menudo propia en épocas anteriores de la clase intelectual; no se poseían derechos y deberes políticos, casi no se veían los diarios; y si tal era la conducta y la costumbre del promedio de los castalios, el miedo a lo actual, a la política, al periodismo era aún mayor entre los jugadores de abalorios, que se consideraban complacidos como la verdadera flor y nata de la "provincia" y se cuidaban muy mucho de no dejar enturbiar y ensombrecer la sutil atmósfera sublimada de su existencia de sabios y artistas. En su primera aparición en el monasterio, Knecht no se presentó como portador de una misión diplomática, sino solamente como maestro del juego de abalorios, y no poseía otros conocimientos de naturaleza política que los que le impartiera en pocas semanas el señor Dubois. Si se comparaba con el Knecht de entonces, hoy era mucho más sabio, pero no había perdido por cierto nada de su aversión del hombre de Waldzell a ocuparse de política actual. Y si también en el aspecto político, en su trato con el *Pater Jakobus,* había sido despertado y educado, esto no ocurrió porque Knecht hubiese sentido una necesidad al respecto, como la sentía por ejemplo por la historia, sino porque le resultó inevitable y corriente.

Para completar su armamento y sentirse apto a su honroso encargo de ilustrar al Padre en sus lecciones de *rebus castaliensibus*[24]*.* Knecht traía de Waldzell obras acerca de la constitución y la historia de la "provincia", el sistema de las escuelas de selección y la historia de la evolución del juego de abalorios. Algunos de estos libros —no los vio más— le habían servido ya veinte años antes en sus disputas con Plinio Designori; otros, que en aquella época le estaban vedados, porque redactados especialmente para los funcionarios de Castalia, los leyó apenas ahora. Ocurrió así que al mismo tiempo que su campo de estudio se ensanchaba, fue obligado a considerar, comprender y robustecer nuevamente sus propios fundamentos espirituales e históricos. En su intento de simplificar y en lo posible demostrar claramente al *Pater* la esencia de la Orden y del sistema de Castalia, muy pronto chocó, como no podía ser de otra manera, con el punto más débil de su propia cultura y la de todos los castalios; se le reveló que las condiciones de la historia del mundo que hicieron posible e impulsaron un día le fundación de la Orden y de todo lo que se siguió de ello, podían representarse para él mismo solamente en un cuadro esquemático y pálido, que carecía de evidencia y orden. Como el *Pater* era todo menos que un alumno pasivo, se llegó a un notable trabajo de colaboración, a un intercambio sumamente vivo: mientras él trataba de exponer la historia de su Orden castalia, *Jakobus* le ayudó a ver y revivir correctamente en muchos aspectos tal historia y a hallar sus raíces en la general del mundo y de las naciones. Veremos cómo estas intensas explicaciones, por el temperamento del *Pater* a menudo llevadas a tener el carácter de apasionadas discusiones, seguirán dando sus frutos muchos años después y continuarán influyendo agudamente hasta la muerte de Knecht. La conducta ulterior del *Pater* muestra con qué atención por otra parte éste oyó las exposiciones de Josef y en qué medida aprendió a conocer y reconocer a Castalia. Se debe a estos dos hombres el entendimiento entre Roma y

[24] *"Sobre cosas de Castalia"*

Librodot

Castalia hoy subsistente, que prosperó hasta llegar a ser colaboración y alianza por la benévola neutralidad y el culto intercambio inicial.

El Padre quiso ser también iniciado finalmente en la teoría del juego de abalorios, que antes rechazara con una sonrisa, porque comprendía ciertamente que en él había que buscar el secreto de la Orden y, en cierta medida, su doctrina o religión, y ahora que estaba determinado a penetrar en ese mundo poco simpático y hasta ese momento conocido sólo de oídas, fue directamente al blanco en su acostumbrada forma astuta y vigorosa, y aunque no llegó a ser un jugador de abalorios —para eso era ciertamente demasiado Viejo— los espíritus del juego y de la Orden no tuvieron casi nunca fuera de Castalia un amigo serio y de valía como el gran benedictino.

Cada vez más, cuando Knecht se despedía del *Pater* después de su tarea, éste le daba a entender que por esa noche estaría para él en casa; después de los esfuerzos de las lecciones y las tensiones de la discusión, eran horas de paz amable aquéllas, cuando Josef traía a menudo su clavicordio o su violín; el anciano se sentaba al piano a la suave luz de una vela, cuyo dulce perfume a cera llenaba el reducido espacio a porfía con la música de Gorelli, Scarlatti, Telemann o Bach que tocaban juntos o alternadamente. El anciano señor se acostaba temprano y Knecht, robustecido por el breve acto nocturno de devoción musical, prolongaba el lapso de su labor hasta el limite consentido durante la noche por la disciplina.

Además de sus estudios bilaterales con el *Pater,* el curso de juego en el monasterio, dictado sin prisa y uno que otro coloquio chino con el abad Gervasio, encontramos a Knecht en ese tiempo ocupado por un trabajo realmente vasto; participaba en el concurso anual de la selección de Waldzell, cosa que había descuidado en las dos últimas ocasiones. En este concurso, en base a tres o cuatro temas principales, prefijados para el juego de abalorios, se elaboraban proyectos o propuestas; se atribuía gran valor a nuevos entrelazamientos de temas, atrevidos y originales, juntamente con la máxima limpieza formal y su caligrafía, y en esta única ocasión se permitía a los competidores, también transgresiones a los cánones, es decir, se les concedía derecho de servirse también de nuevas cifras, aún no aceptadas en el código oficial ni en el tesoro de los jeroglíficos. Con ello, este concurso, juntamente con los grandes juegos públicos y solemnes, se convertía, pues, en el acontecimiento más excitante del *Vicus Lusorum* y en la presentación de los aspirantes más promisorios de nuevos signos; la distinción más alta imaginable y muy raramente conferida para el vencedor de esta competición, consistía en que no sólo su partida llegaba a reproducirse solemnemente como la mejor de un candidato de ese año, sino que se reconocía su aporte a la gramática y al tesoro idiomático del juego y se incluía en el archivo y en el idioma del mismo. Una ver había sido premiado con este raro honor, unos cincuenta años antes, el gran Tomás Della Trave, el actual *Magister Ludí,* por sus nuevas abreviaturas del significado alquimista del zodíaco; más tarde, el *Magister* Tomás hizo mucho para el conocimiento de la alquimia y su inserción ordenada como fértil lengua secreta. Esta vez, Knecht renunció al empleo de nuevos valores de juego, de los que tenía muchos preparados como casi cualquier otro candidato; tampoco vio la oportunidad de ofrecer un testimonio del método psicológico del juego, cosa que le hubiera importado mucho realmente; construyó una partida de estructura y temática

Librodot

por cierto modernas y personales, pero ante todo de una composición transparentemente clara y clásica y de ejecución severamente simétrica, moderadamente ornamental y de un brío de viejo maestro. Tal vez fue su alejamiento de Waldzell y del archivo del juego lo que lo obligó a eso, tal vez fue su grave compromiso de energías y tiempo con los estudios históricos, tal vez lo guió también su deseo más o menos consciente de estilizar su juego en forma tal que más correspondiera al gusto de su maestro y amigo, el *Pater Jakobus;* no lo sabemos.

Hemos empleado la expresión "método psicológico de juego", que quizá no es comprensible a cada uno de nuestros lectores sin alguna explicación; en los tiempos de Knecht era una frase típica muy en boga. Ciertamente, hubo siempre corrientes, modas luchas y opiniones cambiantes y sucesivas interpretaciones entre los iniciados en el juego de abalorios, y en esa época eran sobre todo tres las concepciones del juego alrededor de las cuales se desarrollaba la lucha y la discusión. Se distinguían dos tipos de juego, el *formal* y el *psicológico,* y sabemos que Knecht, como Tegularius, aunque éste se mantenía alejado de la discusión oral, pertenecía a los adeptos y propulsores del último, sólo que Josef, en lugar de hablar de "método psicológico", prefería la expresión "método pedagógico". El juego formal aspiraba a formar del contenido objetivo de cada partida otro contenido matemático, lingüístico, musical, etc., una unidad y una armonía densas, sin lagunas, formalmente perfectas en lo posible. En cambio, el juego psicológico buscaba la unidad y la armonía, la redondez cósmica y la perfección no tanto en la elección, ordenación, limitación, vinculación y oposición de los contenidos, como en la meditación de cada etapa sucesiva del juego, sobre la cual insistía en absoluto. Este juego psicológico, o pedagógico, como prefería llamarlo Knecht, no ofrecía desde fuera el aspecto de la perfección, sino que guiaba al jugador a la vivencia de lo perfecto y lo divino, a través de una serie de meditaciones exactamente preestablecidas. "El juego, como yo lo entiendo —escribió una vez Josef al ex *Magister Musicae—,* envuelve al jugador al concluir la meditación como la superficie de una esfera rodea su centro, y le deja con la sensación de haber liberado y recibido dentro de sí un mundo totalmente simétrico y armónico, fuera del mundo casual y caótico".

El juego, pues, con que Knecht tomó parte en el gran concurso, era formal, no psicológico. Es posible que con eso tratara de demostrar a sus superiores y a sí mismo, que por su estada en Mariafels y su misión diplomática, nada había perdido como jugador de abalorios en práctica, elasticidad, elegancia y virtuosismo, y esta demostración resultó acabadamente lograda. Había confiado el último paso y la copia definitiva de su proyecto, que podía hacerse solamente en el archivo del juego en Waldzell, a su amigo Tegularius, que por otra parte era también uno de los candidatos en la competición. Pudo también entregar personalmente sus papeles al amigo, y discutirlos con él, del mismo modo que revisó el proyecto del amigo, porque había podido traer a Frite por tres días al monasterio; por primera vez, el *Magister* Tomás había satisfecho este pedido, que Josef hacía por segunda vez. Por cuanto Tegularius se complació por la visita y satisfizo gran parte de su curiosidad de isleño castalio, se sintió en cambio sumamente molesto en el monasterio, y ese ser tan sensible casi enfermó a causa de todas las extrañas impresiones y entre estos hombres amables, pero simples,

Librodot

sanos y hasta rudos, para ninguno de los cuales tenían importancia seguramente su pensamiento o sus preocupaciones, o sus problemas.

—Vives aquí en una estrella ajena, extraña —dijo al amigo—, y no comprendo y te admiro porque has resistido en este lugar tres largos años. Tus *Paires* son por cierto muy gentiles conmigo, pero aquí me siento rechazado y repelido por todo, nada viene a mi encuentro, nada se comprende por sí, nada se deja asimilar sin dificultades y dolores; sería para mí el infierno tener que vivir aquí dos semanas.

Knecht se preocupó, vio también con desagrado por primera vez esta desavenencia entre las dos Órdenes, los dos mundos, en posición de espectador al margen, y advirtió que su hipersensible amigo no hacía allí buena impresión con su angustioso desamparo. Pero repasaron juntos, críticamente y a fondo, los dos proyectos para el concurso, y cuando Knecht, después de esa compañía, marchaba a la otra ala para ver al *Pater Jakobus* o a una comida, también tenía la sensación de trasladarse de repente de la patria a otro país, con otra tierra, otro aire, otro clima y otras estrellas. Y cuando Fritz se hubo alejado para Waldzell, de regreso, provocó en el *Pater* un juicio sobre el caso.

—Espero —dijo el *Pater*— que la mayoría de Castalia se parezca más a usted que a su amigo. Es una clase de seres desconfiada, delicada, débil y, mucho me temo, un poco orgullosa, la que usted nos ha permitido ver representada en él. En lo sucesivo juzgaré por usted, de otra manera me volvería injusto para con Castalia. Porque este pobre hombre, sensitivo, demasiado inteligente e inquieto, podría quitar todo valor a la "provincia" entera.

—Ciertamente —replicó Knecht—, debe haber habido también entre los señores benedictinos, en el correr de los siglos, alguna vez, algún ser como mi amigo, enfermizo, fisicamente débil, pero espiritualmente por eso mismo más valioso. Fue probablemente una imprudencia haberlo invitado a venir, donde se tiene seguramente el ojo muy agudo para ver su debilidad, pero ningún sentido físico o moral para sus grandes méritos. Con su presencia me ha prestado un gran servicio de amigo.

Y habló al *Pater* de su participación en el concurso. El anciano vio con agrado que Josef saliera en defensa de su amigo.

—¡Perfectamente! —exclamó riéndose amablemente—. Pero usted, por lo que se ve, tiene solamente amigos con quienes el trato resulta bastante difícil.

Se divertía viendo que Knecht no comprendía y ponía cara de sorpresa. Luego habló explicándose:

—Esta vez me refiero a otro. ¿No sabe nada de su amigo Plinio Designori?

El asombro de Josef aumentó aún, si cabía: desorientado, pidió una aclaración. Las cosas habían ocurrido así: en una polémica política, Designori se había declarado violentamente de opiniones anticlericales y en la misma atacado muy enérgicamente también al *Pater Jakobus.* Éste había recibido informaciones acerca de Designori por intermedio de sus amigos de la prensa católica, y en ellas se recordaba también su período escolar en Castalia y su conocida relación con Knecht, Josef pidió el escrito de Plinio para leerlo; con este caso se relaciona la primera conversación de política

Librodot

actual que tuvo con el *Pater* y a la que siguieron muy pocas más. "Asombrosa y casi terrible —escribió Knecht a Ferromonte— me pareció la figura de nuestro Plinio y, como consecuencia, vi también a mi propia persona colocada de repente en el escenario de la política, aspecto en el cual nunca había pensado antes". Por lo demás, el *Pater* se expresó casi con admiración por esa polémica de Plinio, en todo caso sin mostrarse molesto; alabó el estilo de Designori y dijo que se notaba perfectamente su aprendizaje de selección, porque generalmente en la política del día era suficiente mucho menos inteligencia y elevación.

De su amigo Ferromonte, Knecht recibió por esos días la copia de la primera parte de la obra del primero, que más tarde alcanzó fama; te titulaba: "La recepción y reelaboración de la música popular eslava en la música clásica alemana, desde Josef Haydn en adelante". En la contestación de Knecht a este envió, entre otras cosas, leemos: "En tus estudios, que pude acompañar por un tiempo, lograste un resultado jugoso; los dos capítulos sobre Schubert, especialmente acerca de los cuartetos, pueden figurar entre lo más perfecto en historia musical que yo conozco, en años recientes. Recuérdame de vez en cuando; estoy muy lejos de una cosecha como la que te fue posible. Aunque puedo estar satisfecho de mi vida aquí —parece que mi misión en Mariafels no está fracasando—, debo considerar a veces como una opresión mi largo alejamiento de la "provincia" y del círculo de Waldzell a que pertenezco. Aquí aprendo mucho, infinitamente mucho, pero no es ciertamente un aumento de seguridad y de utilidad profesional lo que noto, tino un crecimiento de la problemática. Del horizonte también, a fuer de sincero. Estoy más tranquilo, por cierto, ahora, acerca de la inseguridad, la extrañeza, la falta de confianza, de alegría y de fe en mí mismo, que sentí muy a menudo aquí durante los dos primeros años: recientemente estuvo aquí, sólo tres días, Tegularius, pero aunque se alegró de verme y sació su curiosidad acerca de Mariafels, al segundo día ya no podía resistir casi, al sentirse como oprimido y extraño a sí mismo. Pero como, en resumidas cuentas, un monasterio es más bien un mundo protegido, pacífico y espiritualmente amable y ni lejanamente una cárcel, un cuartel o un taller, saco de mi experiencia como conclusión que los de nuestra querida "provincia" somos gente demasiado mimada y sensible, más mimada y sensible de lo que nosotros mismos creemos".

Justamente en la época que lleva la fecha de la carta a Carlos, Josef convenció al *Pater Jakobus* de que contestara afirmativamente en un breve escrito a la dirección superior de la Orden castalia en la conocida solicitación diplomática, pero el anciano agregó el pedido de que se dejara en el monasterio por más tiempo todavía al "aquí tan querido jugador de abalorios Josef Knecht", que se dignaba darle un curso especialísimo *de rebus castaliensibus.* Lógicamente, en Castalia se sintieron muy honrados en cumplir su deseo.

Knecht, que precisamente creía estar aún muy lejos de su "cosecha", recibió de la dirección de la Orden y del señor Dubois una felicitación escrita por el cumplimiento de su encargo. Lo que le pareció más importante entonces en ese escrito de las supremas autoridades y le causó la mayor alegría (se lo comunicó casi triunfalmente en una breve carta a Fritz), fue un corto párrafo de su contenido: la Orden conocía por intermedio del *Ludí*

Librodot

Magister su deseo de volver al *Vicus Lusorum* y estaba enteramente dispuesta a satisfacerlo en cuanto concluyera su misión actual. Leyó el pasaje también al *Pater Jakobus y* le confesó cuánto se alegraba de ello y cuánto asimismo había temido quedar desterrado de Castalia para siempre y ser enviado a Roma.

Sonriendo, el *Pater* expresó su opinión:

—En realidad, usted tiene la Orden metida en el alma, amigo, y vive preferentemente más en su seno que en la periferia y aun en el exilio. Puede olvidar tranquilamente el poquito de política en cuya proximidad indefinida cayera, porque usted no es un político. Pero no debe ser infiel a la historia, aunque permanezca para usted tal vez para siempre apenas rama accesoria de un aficionado. Porque en usted hay pasta de historiador. Y ahora vamos a aprovecharnos mutuamente, mientras lo tenga aquí.

Parece que Knecht hizo poco uso del permiso para volver más a menudo a Waldzell; pero siguió escuchando por radiotelefonía un curso de seminario práctico y algunas conferencias y partidas. Y de la misma manera tomó parte también desde lejos, sentado en su cuarto de huésped distinguido en la fundación, a la "solemnidad" durante el cual se daban a conocer desde la sala de fiestas del *Vicus Lusorum* los resultados del concurso. Había enviado un trabajo no muy personal y menos aún revolucionario, pero sí fino y sumamente elegante, cuyo valor conocía y esperaba una mención de honor o un tercero o cuarto premio. Para su asombro, oyó que se le había discernido el primer premio, y aun antes de que la sorpresa cediera su lugar a la alegría, el locutor de la oficina del *Ludí Magister* siguió leyendo con su profunda y hermosa voz, para nombrar como merecedor del segundo premio a Tegularius. Emotiva y atrayente vivencia, sin duda alguna, era el hecho de que salieran de esta competición ambos de la mano, proclamados como vencedores. Se puso de pie de un salto, sin oír más nada, corrió por las escaleras y a través de los corredores resonantes salió al aire libre. En una carta escrita en esos días al ex *Magister Musicae,* podemos leer lo siguiente: "Me siento muy feliz, mi venerado maestro, como puedes imaginarte. En realidad era mucho de una sola vez para mí, primeramente el cumplimiento de mi misión y su reconocimiento muy honroso de parte de la dirección de la Orden, juntamente con la perspectiva tan importante para mí de un pronto regreso a la patria, a los amigos y al juego de abalorios, en lugar de ser empleado ulteriormente en los servicios diplomáticos, ahora este primer premio por una partida en la que utilicé ciertamente lo formal, pero que por mis buenas razones no agotó todo lo que podría dar, y después de todo esto, todavía el gozo de compartir este triunfo con mi amigo. Me siento feliz, ciertamente, pero no podría decir que estoy alegre. En tan breve periodo (breve por lo menos a mi juicio), estos resultados son para mi intimo sentir algo demasiado repentino y generoso; con mi gratitud te mezcla cierta aprensión, como si necesitara apenas de una gota más en el recipiente colmado hasta el borde, para ponerlo todo nuevamente en tela de juicio. Pero considera esto como no expresado, por favor; aquí toda palabra está de más".

Veremos más adelante que el recipiente colmado hasta el borde estaba destinado a recibir muy pronto algo más que una gota. Pero en el breve lapso hasta llegar a ello, Josef Knecht vivió por su dicha y el temor connatural en

Librodot

ella, con una entrega y una intensidad que parecía presentir el gran cambio inminente. También para el *Pater Jakobus,* ese par de meses fueron un período feliz y alado. Le dolía tener que perder pronto al colega y alumno, y trató de darle como heredad casi, en las mismas horas de labor y más en sus libres entretenimientos, la mayor cantidad posible de lo que él durante su vida rica en obra y pensamiento había logrado en la penetración cognoscitiva de los altibajos de la vida de los hombres y los pueblos. También habló a veces con Knecht acerca del significado y las consecuencias de su misión respecto de la posibilidad y el valor de un acercamiento y una unidad política entre Roma y Castalia, y le recomendó el estudio de la época, entre cuyos frutos se contaban la fundación de la Orden castalia y el paulatina resurgimiento de Roma saliendo de un período de prueba descorazonador. Le recomendó también dos obras sobre la Reforma y el cisma del siglo xvi, pero le encareció sobre todo preferir básicamente el estudio directo de las fuentes documentales y la momentánea limitación a campos parciales más accesibles a la lectura de gruesos mamotretos de historia universal; no le ocultó tampoco su profunda desconfianza por todas las filosofías de la historia.

Librodot

CAPÍTULO VI
MAGISTER LUDÍ

KNECHT había resuelto aplazar su regreso definitivo a Waldzell hasta la primavera, la época de los grandes torneos públicos de abalorios, el *Ludus anniversarius o sollemnis.*[25] El apogeo de la memorable crónica de estos juegos era también el momento en que había terminado y pasado a la historia para siempre el acto anual de varias semanas, al que asistían dignatarios y representantes de todo el mundo, pero aquellas sesiones primaverales, juntamente con el juego solemne de unos diez a catorce días, eran para Castalia el gran acontecimiento festivo del año, es decir una fiesta a la que no faltaba un significado muy noble, religioso y moral, porque reunía a los sostenedores de todas las opiniones y tendencias de la provincia (no siempre ni enteramente concordantes) en un sentido de equilibrio de la armonía, apaciguaba los egoísmos de las diversas disciplinas *y* despertaba el recuerdo de la unidad que debía presidir su multiplicidad. Poseía para los creyentes la fuerza sacramental de una genuina consagración, para los no creyentes era por lo menos un sustituto de la religión, y para ambos grupos un baño en las puras fuentes de lo bello. En forcea parecida, las "Pasiones" de Juan Sebastián Bach —no tanto en el momento de su creación cuanto después de su redescubrimiento en el siglo— habían sido un día para sus actores y sus oyentes, en parte genuina acción y consagración religiosas, en parte acto de piedad y casi una religión, y para todos manifestaciones solemnes del arte y del *Creador spiritus*[26]*.*

Poco le costó a Knecht obtener la aprobación de su propósito tanto de parte de la gente del monasterio como de parte de sus autoridades patrias. No podía imaginar aún exactamente de que naturaleza sería su posición al incorporarse nuevamente a la pequeña república del *Vicus Lusorum,* pero suponía que no lo dejarían mucho tiempo en esa situación, sino que muy pronto le impondrían el peso y el honor de algún cargo o de alguna misión. Por el momento se alegraba de su retorno, por los amigos, por las fiestas inminentes; gozó de los últimos días de compañía con el *Pater Jakobus* y aceptó de buen grado y humor que el Abad y el monasterio festejaran su partida con muchas manifestaciones de benevolencia. Luego se marchó, no sin sentir la nostalgia de quien se va de un lugar que ha aprendido a querer, de un período de la propia vida que quedaría alguna vez más rezagado, pero si ya en un gozoso estado de ánimo por los ejercicios de contemplación que serían la consecuencia lógica del festival, ejercicios a que se sometía sin directores ni camaradas, pero muy exactamente de acuerdo con el texto de los reglamentos. No empañaba sus sensaciones el hecho de no haber logrado convencer al *Pater Jakobus,* invitado especialmente hacía mucho tiempo por el *Magister Ludí* al *Ludus sollemnis,* para que aceptara la invitación y lo acompañara en el viaje; comprendía la reservada conducta del anciano anticastalio, y él mismo se sintió por un instante liberado de todos los

[25] *Del latín: juego aniversario o solemne.*

[26] *Espíritu creador, del latín no eclesiástico, es decir, sin relación con el concepto de la Iglesia católica, que escribe* Spiritus *con mayúscula.*

Librodot

deberes y las limitaciones, y completamente preparado a abandonarse a la fiesta que lo aguardaba.

Con las solemnidades ocurre algo original. Una fiesta legítima no puede nunca fracasar totalmente, aunque intervengan desgraciadamente fuerzas superiores. Para el creyente conserva su sagrado valor también una procesión azotada por la lluvia, y una comida quemada en esa fiesta tampoco puede desilusionarle; por esta razón cada ceremonia anual resulta festiva y en cierto modo consagrada para los jugadores de abalorios. Pero hay fiestas y juegos, como todos sabemos, donde todo combina y se ensambla y alegra y entusiasma, como hay también espectáculos teatrales y musicales que sin causa fácilmente comprensible se elevan como por milagro a considerable altura e íntimas vivencias, mientras otros, preparados con no menos cuidado, son apenas obra pasable. En cuanto el acontecer de las altas vivencias se funda, pues, en el estado de ánimo del participante, Josef Knecht se hubiera encontrado preparado de la mejor forma imaginable: sin el aguijón de una preocupación, de regreso con honra del extranjero, aguardaba con alegre esperanza lo que viniere.

Pero esta vez no quería el destino que el *Ludus sollemnis,* rozado por el hábito del milagro, llegara a un grado especial de consagración e irradiación. Resultó hasta desagradable, notablemente sin suerte, casi mi fracaso. Aunque a pesar de todo, muchos participantes se sentían edificados y elevados, como siempre en tales casos los verdaderos campeones, los organizadores y responsables conocieron más amargamente la atmósfera de embotamiento, desgracia y frustración, de inhibición y ruina que amenazaba el cielo de la fiesta. Aunque Knecht naturalmente también lo sentía y sufría cierta desilusión con su tensa esperanza, no era ciertamente uno de los que más netamente percibían el desastre: como no era un colaborador del juego ni le correspondía responsabilidad alguna, le fue posible en esos días —a pesar de que el acto no lograba florecer y triunfar— seguir con su consenso, como devoto participante, el juego noblemente construido, dejar volar libremente la meditación y, con grata entrega, realizar en sí mismo la bien conocida vivencia de una fiesta y un sacrificio, de una mística comunión de la colectividad a los pies de lo divino, que puede brindar también un acto "fracasado" para el estrecho círculo de los grandes iniciados. De todas maneras, él mismo fue rozado por el desastre que se cernía sobre la ceremonia; ciertamente, el juego en sí, en su plan y su realización, fue intachable, como todos los juegos del *Magister Tomás;* aun resultó uno de los más impresionantes, sencillos e inmediatos de todos los suyos. Pero su presentación cayó bajo una estrella particularmente mala y no ha sido olvidada aún en la historia de Waldzell.

Cuando Knecht llegó a Waldzell, una semana antes del comienzo de los grandes juegos, después de presentarse en el *Vicus Lusorum,* no fue recibido por el *Magister Ludí,* sino por su representante Bertram, que le dio cortésmente la bienvenida, pero con bastante sequedad y distracción le comunicó que el venerado maestro había enfermado en esos días y él mismo no estaba suficientemente informado acerca de la misión de Knecht como para recibir su relación; debía, pues, visitar la dirección de la Orden en Hirsland, anunciar allí su retorno y esperar órdenes. Cuando Knecht al despedirse reveló involuntariamente, en la voz o en los ademanes, cierta

Librodot

extrañeza por la frialdad y la brevedad de su recibimiento, Bertram se disculpó. El colega debía perdonar la eventual desilusión y comprender lo grave de la situación: el *Magister* estaba enfermo, el gran festival del juego era inminente, y no se sabía aún si el anciano podría tomar la dirección o si tendría que reemplazarlo él, como representante. La enfermedad del respetado maestro no podía ocurrir en un momento más desfavorable ni delicado; estaba siempre preparado para atender los asuntos del cargo en lugar del *Magister,* pero superaba sus fuerzas prepararse todavía en tan breve plazo lo bastante bien para el gran acto y para asumir su dirección.

Knecht compadeció al hombre visiblemente abatido y un poco fuera de su equilibrio, y lamentó en igual medida que ahora tal vez la responsabilidad de los juegos recayera en esas manos. Había estado alejado de Waldzell demasiado tiempo, para saber cuánto fundamento tenían las quejas de Bertram, porque éste, desde hacia tiempo había perdido la confianza de los "selectos", desgracia tremenda para un sustituto, y se encontraba por eso en una muy grave situación. Con pena pensó Josef en el *Ludí Magister,* el campeón de la forma clásica y de la ironía, el maestro y caballero perfecto; había acariciado la idea de ser recibido por él, de ser escuchado y además incorporado nuevamente a la pequeña comuna de los jugadores, tal vez en algún puesto de confianza. Había deseado ver celebrado por el maestro Tomás el gran festival, seguir trabajando ante sus ojos y luchar por merecer su aprobación; le dolía ahora y le desilusionaba saber que el maestro se ocultaba en su enfermedad y que él se veía asignado a otras instancias. Le compensaron por cierto la respetuosa benevolencia y la camaradería con que lo recibieron y escucharon el secretario de la Orden y el señor Dubois. Ya en el primer coloquio pudo comprobar que no se pensaba utilizarlo más en el proyecto romano como antes, y que se respetaba su deseo del retorno definitivo al juego de abalorios; por el momento, se le invitó amablemente a residir en la casa de huéspedes del *Vicus Lusorum y* a aclimatarse un poco otra vez allí asistiendo también al festival del año. Con su amigo Tegularius dedicó los días que faltaban al ayuno y a ejercicios de concentración, y compartió devotamente y agradecido aquel juego original que dejó en muchos tan poco agradable recuerdo.

La situación de los sustitutos de los grandes maestros, llamados también "sombra", y especialmente los de las secciones de música y del juego de abalorios, es muy particular. Cada *Magister* tiene un sustituto, no ya nombrado por la autoridad suprema, sino elegido por él mismo de entre el grupo más reducido de sus candidatos, y es del todo responsable por sus actos y aun por la firma del maestro que representa. Para un candidato es por lo tanto una gran distinción y un signo de la máxima confianza ser promovido por su *Magister* a sustituto; se le reconoce entonces como íntimo colaborador y mano derecha del poderoso señor, y realiza sus actos oficiales, no todos ciertamente, cuando aquél está impedido o se lo ordena en las sesiones de la autoridad suprema, por ejemplo, puede presentarse solamente como portador de un sí o de un no, pero nunca como orador o proponente, y en otros casos más, de acuerdo con parecidas medidas de precaución. Pero mientras el nombramiento de sustituto encumbra a éste en un puesto muy elevado y a veces muy expuesto, equivale sin embargo, al mismo tiempo a tornarlo inofensivo y relegarlo, lo separa dentro de la jerarquía oficial en cierta manera como un caso de excepción y mientras le concede a

Librodot

menudo un alto honor y le confía importantísimas funciones, le quita ciertos derechos, ciertas posibilidades, de que goza cualquier otro aspirante. En efecto, hay dos puntos en que su situación de privilegio se conoce claramente: el vicemaestro no es responsable de sus actos oficiales y no puede ascender ya más dentro de la jerarquía. No es una ley escrita, pero se deduce de la lectura de la historia de Castalia: nunca ocupó el lugar de un *Magister* su "sombra", en caso de muerte o renuncia al cargo, que sin embargo, cubrió a menudo y al que la entera existencia parece predestinarlo como sucesor. Es romo si la costumbre quisiera recalcar conscientemente como infranqueables, limites y vallas aparentemente movibles y deslizables: el límite entre *Magister* y sustituto corresponde al mismo existente entre cargo y persona. Al aceptar, pues, un castalio el alto, puesto de confianza de un vicemaestro, renuncia a la perspectiva de ser él mismo *Magister,* a sentirse verdaderamente unido al traje y a las insignias oficiales que a menudo lleva como representante, y al mismo tiempo alcanza el derecho de doble sentido de cargar no sobre si mismo, sino sobre su jefe los errores eventuales de su labor oficial: el *Magister* solamente responde por él. Y ha ocurrido de hecho que un *Magister* resultó víctima del sustituto por él elegido y tuvo que retirarse del cargo por alguna grosera falta de que se hiciera culpable el representante. La palabra con la que se indios en Waldzell al sustituto del *Ludí Magister,* es perfectamente adecuada para significar su peculiar situación, su vínculo, su casi identidad con el maestro, y simultáneamente lo ficticio y lo quimérico de su existencia oficial: se le llama allí la "sombra".

El gran maestro Tomás Della Trave había dejado actuar desde mucho tiempo atrás a una "sombra" de nombre Bertram, que al parecer carecía más de buena suerte que de capacidad o buena voluntad. Era un excelente jugador de abalorios, cosa natural y comprensible, era también un maestro por lo menos hábil y un funcionario consciente, incondicionalmente fiel a su jefe; pero en el curso de los últimos años había merecido más bien la antipatía de los otros funcionarios y tenía contra él al grupo más joven inmediato de la "selección", y como no poseía el temperamento caballerescamente franco de su *Magister,* esa situación trastornaba el aplomo y la tranquilidad de su proceder. El jefe no lo había dejado abandonado a sí mismo, liberándolo en todo lo posible en esos años de los roces con aquella "selección", sustrayéndolo sobre todo cada vez más a la publicidad y empleándolo con preferencia en las oficinas y en el archivo. Este hombre irreprensible, pero no querido o por lo menos poco querido ya en esos días, visiblemente nada favorecido por la suerte, se vio ahora de pronto, por la enfermedad de su jefe, a la cabeza del *Vicus Lusorum* y en el caso de que tuviera que dirigir realmente la fiesta anual, colocado en esa época solemne en el lugar más visible de toda la "provincia", y hubiera podido desempeñar correctamente su gran tarea, si la mayoría de los jugadores de abalorios o por lo menos los repetidores lo hubiesen sostenido con su confianza, lo que lamentablemente no sucedió. Y así fue como el *Ludus sollemnis* resultó esta vez una dura prueba y casi una catástrofe para Waldzell.

Apenas durante la víspera del comienzo de los juegos se anunció oficialmente que el *Magister* estaba seriamente enfermo y sería incapaz de dirigir las fiestas. No sabemos si esta tardanza en la comunicación

Librodot

fue tal vez debida a una disposición del maestro enfermo, quien esperó hasta el último momento poder levantarse y presidir de todas maneras la ceremonia. Es más probable que estuviera ya demasiado enfermo para pensar en ello y que su "sombra" cometió el error de mantener en la incertidumbre a Castalia acerca de la situación reinante en Waldzell. Ciertamente, sería fácil discutir también si esta vacilación, esta reserva, fue realmente un error. Sin duda se procedió de buena fe, es decir, para no desacreditar anticipadamente la fiesta y no alejar a los adictos al maestro Tomás. Y todo hubiera resultado bien si hubiera existido confianza entre la comunidad de los jugadores de Waldzell y Bertram; la "sombra" —cabe no dudarlo casi— se hubiera convertido realmente en un sustituto y la ausencia del *Magister* hubiera podido pasar casi inadvertida. Es ocioso imaginar otras suposiciones al respecto; creíamos nuestro deber explicar solamente que Bertram no fue necesariamente un fracasado o un indigno, como lo creyó entonces la opinión pública de Waldzell. Resultó mucho más víctima que culpable.

Hubo, pues, como todos los años gran afluencia de huéspedes para el gran acto. Algunos estaban completamente desprevenidos, otros llegaban preocupados por el estado del *Magister Ludí* y con poco alegres presentimientos acerca del curso de la fiesta. Waldzell y las colonias vecinas se colmaron de gente; casi al completo estaban presentes las autoridades educativas y los directores de la Orden; también de los lugares más apartados del país y del extranjero concurrieron gozosos viajeros, que se apiñaron en las casas de huéspedes. Como siempre se inauguró la fiesta en la víspera del comienzo del torneo con la hora de meditación, durante la cual desde el primer tañido de la campana toda la zona festiva colmada de hombres se ensimismaba en un silencio profundo y devoto. La mañana siguiente trajo la primera de las ejecuciones musicales y el anuncio del primer movimiento del juego, como también la meditación sobre los dos temas musicales de este movimiento. Bertram, ataviado con el traje de gala del *Magister Ludí,* ostentaba su porte medido y dueño de sí, sólo estaba ligeramente pálido y posteriormente apareció cada día más agotado, sufriente y resignado; en los últimos días semejaba realmente una "sombra". Ya durante el segundo día de la ceremonia se difundió el rumor de que el estado del *Magister* Tomás había empeorado y su vida peligraba, y por la noche del mismo día se oyeron aquí y allá y en todas partes entre los más iniciados los primeros elementos de la leyenda que surgía poco a poco alrededor del maestro enfermo y de su "sombra". Esta leyenda, que partió del círculo íntimo del *Vicus Lusorum,* los repetidores, pretendía saber que el maestro deseaba y podía presentarse como director de los juegos, pero que se había sacrificado a la ambición de su "sombra", dejando a su cargo la solemne tarea. Pero ahora, en que Bertram no parecía justamente apto para su noble papel y el juego amenazaba transformarse en una desilusión, el enfermo sabía que era responsable de la fiesta, de su "sombra" y de su fracaso, y había resuelto expiar él mismo el error cometido; ésta y no otra era la causa del rápido empeoramiento de su estado de salud y del aumento de la fiebre. Naturalmente, ésta no era la única versión de la leyenda, pero sí la de la "selección" y revelaba claramente que esta selección, este renuevo de aspirantes, consideraba trágica la situación y no estaba dispuesta a apoyar una aclaración, una desviación o un paliativo de esta tragedia. La

Librodot

veneración por el maestro equilibraba en la balanza la inquina contra su "sombra", a éste se le deseaba el fracaso y la caída; debía pagar al mismo tiempo que el *Magister.*

Un día después, se oía contar que el *Magister* había conjurado desde su lecho de enfermo a su sustituto y a dos "seniors" de la selección para que mantuviesen la paz y no hicieran peligrar la fiesta; un día más y se aseguró que había dictado su última voluntad y señalado a la Autoridad el hombre que deseaba como sucesor; hasta se llegó a hacer nombres. Juntamente con las noticias sobre el estado de salud del maestro, cada vez más grave, circularon otros rumores, y en el salón de fiestas y en las casas de huéspedes, el estado de ánimo decaía constantemente, aunque nadie llegó hasta renunciar a lo que faltaba de la ceremonia y partir. Había sobre toda la organización una pesada y sombría opresión, aunque la misma en su curso exterior se cumpliera en perfecta forma, pero no se sentía casi nada de la alegría y la elevación que eran una característica bien conocida de esta fiesta y se anhelaban sinceramente, y cuando el penúltimo día de los juegos el creador de esa solemnidad, el *Magister* Tomás, cerró los ojos para siempre, las autoridades no lograron contener, a pesar de sus esfuerzos, la difusión de la noticia y, cosa notable, muchos participantes consideraron esta solución del nudo, como una liberación. Los alumnos del juego, y sobre todo, la "selección", aunque antes del final del *Ludus sollemnis* no podían llevar luto ni interrumpir mínimamente el curso severamente prescripto para esos días de las horas destinadas alternadamente a representaciones y ejercicios de meditación, comenzaron el último acto festivo y el día solemne con un proceder y un estado de ánimo acordes en todo como si se tratara de un duelo por el muerto venerado y dejaron formar una helada atmósfera de aislamiento alrededor de Bertram, que seguía actuando oficialmente, cansado, muerto de sueño, pálido y con los ojos casi cerrados.

Josef Knecht, aunque muy sensible para todas estas corrientes y estados anímicos, al hallarse en vivo contacto mediante Tegularius con la "selección" y por ser un viejo jugador, no los dejó penetrar en sí, a pisar de todo, y ya al cuarto o quinto día prohibió al amigo Fritz que lo importunara con noticias de la enfermedad del *Magister;* sentía ciertamente en forma clara y comprendía el trágico ensombrecerse de la fiesta, recordaba al maestro con profunda preocupación, y con tristeza más honda y creciente malestar y compasión a Bertram, la "sombra" condenada a morir con aquél; pero rechazó constante y duramente todo influjo de noticias genuinas o legendarias, ejerció la más severa concentración, se entregó totalmente a los ejercicios y a los pasos del juego ya construido y vivió la fiesta con seria elevación, a pesar de todo lo desarmónico y sombrío que la rodeaba. La "sombra" —Bertram— se ahorró tener que recibir como de costumbre al final, en calidad de vicemaestro, a los congratulantes y a las autoridades; también el sucesivo día de holgorio de los estudiosos del juego de abalorios fue suspendido esta vez. Inmediatamente después del acto musical de clausura de la fiesta, la Autoridad suprema hizo conocer la noticia de la muerte del *Magister y* comenzaron los días de duelo en el *Vicus Lusorum,* que también Josef Knecht compartió por vivir en la casa de huéspedes. El sepelio del meritorio prohombre, que se conserva en gran veneración aún hoy, se realizó con la acostumbrada sencillez de Castalia. Bertram, la "sombra", que representó su papel durante la fiesta hasta el final,

Librodot

empeñando todas sus últimas energías, comprendió su situación. Pidió un permiso y partió para las montañas.

En el villorrio de los jugadores y en todo Waldzell reinaba el duelo.

Tal vez nadie tuvo con el fallecido *Magister* relaciones intimas, acentuadamente amistosas, pero la superioridad y claridad de su ser de excepción, juntamente con su inteligencia y su sentido por las formas delicadamente refinado, lo habían convertido en un rector y representante como casi nunca realmente producía Castalia por sus tendencias democráticas. Habían estado orgullosos de él. Si su persona parecía alejada de las zonas de la pasión, del amor, de la amistad, fue por eso mismo el objeto más adecuado para la necesidad de veneración de los renuevos, y esta dignidad y esta gracia de príncipe, que por lo demás le habían valido el apodo de "Excelencia" en un respetuoso sentido de broma, le habían otorgado —a pesar de duros obstáculos en el curso de su vida— una posición casi especial en el gran Consejo y en las sesiones y la labor en común de las autoridades de educación. El problema de la sucesión en su alto cargo fue naturalmente discutido ardorosamente, y más ardorosamente entre la "selección" de los jugadores de abalorios. Las funciones del cargo de Magister, después del retiro y la partida de la "sombra", cuya caída se había querido y logrado en ese circulo, fue repartida por la "selección" en tres representantes provisionales, por votación, es decir, se proveyó naturalmente por lo que se refería a las funciones internas del *Vicus Lusorum,* no a las oficiales en el consejo de educación. Según la tradición, este consejo no podía dejar vacante esa magistratura más de tres semanas. En casos en que el *Magister* moribundo o renunciante dejara un sucesor decidido y sin competidores, el cargo era cubierto inmediatamente, apenas después de una sesión plenaria. Esta vez tardaría seguramente un poco más.

Durante el período de duelo, Josef Knecht habló ocasionalmente con su amigo acerca de la fiesta reciente y su decurso tan extrañamente sombrío.

—Este sustituto Bertram —decía Knecht— no sólo representó hasta el final su papel, es decir, tratando de ser completamente un real *Magister,* sino que a mi juicio hizo aún mucho más, se ofreció en sacrificio a este *Ludus sollemnis,* como su último y suntuoso acto oficial. Ustedes fueron duros, no crueles con él, hubieran podido salvar la fiesta y salvarlo a él y no lo han hecho; no me atrevo a emitir un juicio al respecto, deben haber tenido sus motivos. Pero ahora que este pobre Bertram está eliminado y ustedes han logrado imponer su voluntad, deben ser magnánimos. Deben ir a su encuentro, cuando vuelva, y mostrarle que han entendido su sacrificio.

Tegularius meneó la cabeza.

—Lo hemos comprendido —contestó— y aceptado. Tú estabas tan contento de poder participar esta vez en el juego como huésped imparcialmente, que no has seguido ciertamente todo el proceso con exactitud. No, Josef, no tendremos ya oportunidad alguna para trocar en acción cualquier sentimiento hacia Bertram. Él sabe que su sacrificio era necesario, y no intentará volver sobre sus pasos.

Sólo ahora lo comprendió Knecht todo y enmudeció afligido. No había convivido realmente —lo veía— esos días de fiesta como un genuino residente de Waldzell ni como camarada, sino en verdad más como huésped, y comprendió también lo que había alrededor del sacrificio de

Librodot

Bertram. Hasta ese momento, el sustituto le había parecido un ambicioso, que sucumbió en una labor superior a sus facultades, y, en cambio, tratar de renunciar a nuevas metas de su ambición y olvidar que había sido alguna vez la "sombra" de un *Magister y* el director de un *Ludus anniversarius.* Apenas ahora, con las últimas palabras de su amigo había comprendido —y se había callado violentamente— que Bertram había sido juzgado terminantemente por sus jueces y no volvería. Se le había consentido llevar a cabo el festival y se había colaborado con él mucho para que no estallara un escándalo, pero eso no se había hecho por Bertram, sino solamente para no perjudicar a Waldzell.

La condición de "sombra" no necesitaba solamente de la plena confianza del *Magister* —a Bertram no le había faltado esta confianza—, sino también, y no menos, de la confianza de la "selección", que el desdichado no había podido lograr. Si cometía un error, no estaba detrás de él la jerarquía para defenderlo, como está detrás de su señor y modelo. Y si sus cantaradas de antes no lo reconocían plenamente, no le asistía autoridad alguna, y sus cantaradas, los repetidores, se convertían en sus jueces. Si ellos eran inexorables, la "sombra" estaba liquidada. Y en efecto, Bertram no regresó de su excursión y parece que murió precipitándose en un barranco. Y no se habló más de él.

Entre tanto, aparecían diariamente en el *Vicus Lusorum* altos y supremos funcionarios de la dirección de la Orden y de la autoridad de educación, y a cada instante eran convocados hombres de la "selección" y de la burocracia para interrogatorios, de cuyo contenido sólo se sabía esto o aquello entre los selectos. También Josef Knecht fue llamado e interrogado a menudo; una vez por dos señores de la jefatura de la Orden, otra por el *Magister* filológico, luego por el señor Dubois y una vez más por dos grandes maestros. Tegularius, que asimismo fue invitado a dar informaciones, se sentía agradablemente excitado y hacía bromas acerca del estado de ánimo del "conclave", como decía. Josef había advertido ya durante los actos de la fiesta, que poco subsistía de las relaciones un día tan estrechas con la "selección". Sintió, pues, más claramente aún esta situación durante el período del tal conclave. No era solamente el hecho de que residiera en la casa de huéspedes como un extraño y que los superiores trataran con él de igual a igual; la misma "selección", los repetidores, no lo recibían de nuevo con confianza y camaradería, sino con una irónica cortesanía o, por lo menos, con frialdad expectante; se habían retraído de él ya cuando recibió la misión en Mariafels, y esto era correcto y natural; aquel que alguna vez pasaba de la libertad al servicio, del alumnado o del mundo de los repetidores a la jerarquía, dejaba de ser cantarada, se encontraba en el camino para ser un superior o un bonzo, no pertenecía más a la "selección" y debía saber que ésta llegaría a oponérsele con su crítica, inicialmente. Les ocurría a todos lo mismo, cuando se hallaban en su situación. Sólo que ahora él sentía particularmente fuerte el distanciamiento, la frialdad, en primer lugar porque la "selección", huérfana y en víspera de recibir a un nuevo *Magister,* cerraba sus filas con duplicada energía defensiva, y luego, también porque su decisión y su inflexibilidad se habían revelado tan duramente entonces en la suerte de Bertram, la "sombra".

Una noche, Tegularius llegó corriendo y sumamente excitado a la casa de

Librodot

huéspedes, buscó a Josef, lo llevó a un cuarto vacío, cerró la puerta y como hirviendo exclamó:

—¡Josef, Josef! Dios mío, debía haberlo intuido, debía haberlo sabido, no era tan inverosímil... ¡ Oh, estoy trastornado y verdaderamente no sé si debo alegrarme!

Y Tegularius, que conocía muy exactamente todas las fuentes noticiosas del *Vicus Lusorum,* le informó con calor: era más que verosímil, era casi seguro ya que Josef Knecht sería elegido *Magister Ludí.* El director del archivo, que muchos habían tenido como el sucesor predestinado del maestro Tomás, había sido eliminado ya claramente del pequeño número de candidatos y de los tres candidatos de la "selección", que hasta ese momento habían figurado primeros en las investigaciones, al parecer ninguno contaba con el favor especial o la recomendación de un *Magister o* de la dirección de la Orden, mientras que por Knecht se empeñaban dos miembros de la dirección, el señor Dubois y además había que agregar el voto importantísimo del ex *Magister Musicae,* que en esos días, como se sabía con seguridad, había sido visitado personalmente por varios grandes maestros.

—Josef, te nombran *Magister* —pudo gritar todavía, antes que el amigo le tapara la boca con la mano.

En el primer momento, Knecht no se sintió menos sorprendido y agitado que Fritz ante la suposición que le pareció absolutamente imposible, pero cuando ya aquél le comunicó las opiniones del *Vicus Lusorum* acerca de la situación y el curso del "conclave", comenzó a admitir que la presunción del amigo no estaba equivocada. Más aún sentía como un "sí" en su alma, algo como la sensación de que lo sabía y lo esperaba, y era justo y lógico. Colocó, pues, la mano sobre la boca del excitado cantarada, lo miró como a un extraño, como rechazándole, casi desde una distancia, una lejanía que surgiera de repente, y dijo:

—No hables tanto, *amice;* no quiero saber nada de todo este alboroto. Reúnete con tus cantaradas.

A pesar de lo mucho que hubiera querido decir todavía, Tegularius enmudeció enseguida ante esos ojos con que lo miraba un hombre nuevo, para él desconocido aún; palideció y se fue. Más tarde, contó que en el primer momento sintió la gran calma y la extraña frialdad de Knecht como un golpe, una ofensa, casi como una bofetada, una traición a su vieja amistad, a su antigua confianza, un inconcebible anticipo recalcado de su inminente situación de superior absoluto. Apenas al alejarse —y lo hizo realmente como un apaleado—, se le aclaró el sentido de esa inolvidable mirada, imperial y lejana, pero no menos sufriente, y comprendió que su amigo había aceptado su destino no ya orgullosamente, sino con humildad. Tuvo que recordar —contó— la pensativa mirada de Josef Knecht y el matiz de honda simpatía en su vos, con que le informara poco antes acerca de Bertram y su sacrificio. Del mismo modo que si él también estuviera por sacrificarse y extinguirse, al par de aquella "sombra", tan orgulloso y humilde al mismo tiempo, tan elevado y rendido, tan solitario y pronto a aceptar el destino, fue el rostro con que lo contempló su amigo, como si fuera el monumento de todos los grandes maestros de Castalia que hubiesen existido. "Reúnete con tus cantaradas", le había dicho. En el mismo instante, pues, en que supo por primera vez de su nueva dignidad,

Librodot

este ser nunca cognoscible estaba ya encuadrado y veía al mundo desde un nuevo centro; no era ya un cantarada, no lo sería más...

Knecht hubiera podido adivinar perfectamente por sí mismo su nombramiento, esta última y suprema vocación, o por lo menos, considerarla posible, tal vez probable, mas también esta vez el hecho lo sorprendió y aún lo asustó. Hubiera podido imaginárselo, se decía después, y se reía del celoso Tegularius quien, aún sin creer en la elección desde el principio, la había descontado y preanunciado varios días antes de que fuese resuelta y comunicada. En realidad, nada podía oponer la suprema Autoridad a la promoción de Josef, si se exceptúa tal vez su juventud; la mayoría de sus colegas se habían hecho cargo del elevado puesto a una edad mínima entre los cuarenta y cinco y los cincuenta años, mientras que Knecht llegaba apenas a los cuarenta. Pero no existía ley que prohibiese aquella designación tan temprana.

Cuando Frite, pues, sorprendió a su amigo con el resultado de sus observaciones y combinaciones —observaciones de un experto jugador de selección, que conocía el complicado aparato de la pequeña comunidad de Waldzell en sus mínimos detalles—, Knecht comprendió enseguida que tenía razón; comprendió y aceptó también enseguida su elección, su destino; pero su primera reacción ante la noticia consistió en echar al amigo, indicándole que "no quería saber nada de ese alboroto". Apenas el otro se alejó, asombrado y casi ofendido, Josef buscó un lugar de meditación para ordenar sus pensamientos, y sus reflexiones partieron de un recuerdo casi físico que tuvo en esa hora con una fuerza extraordinaria. En esa visión se le aparecía una habitación desnuda con un piano; por la ventana penetraba una fresca y alegre luz matinal y en la puerta surgía un hombre hermoso y amable, un hombre de edad con cabellos ya grises, y un rostro luminoso lleno de bondad y dignidad; pero él mismo era un pequeño estudiante de latín que había esperado en la habitación angustiado y dichoso, al mismo tiempo, al *Magister Musicae* y veía ahora por primera vez al venerable, al maestro de la fabulosa provincia de las escuelas de selección, al *Magister* que había ido para mostrarle lo que era la música, que luego lo había introducido y aceptado paso a paso en su provincia, en su reino, en la selección y en la Orden, y cuyo colega y hermano había llegado a ser ahora, mientras el anciano había dejado su varita mágica o su cetro y se había convertido en un anciano amable y callado, siempre bondadoso, siempre venerable, siempre misterioso, cuya mirada y cuyo ejemplo dominaba la vida de Josef, y que le era superior siempre por edad y vida vivida, inmensamente superior en dignidad y al mismo tiempo en modestia, en maestría y en secretos, pero que, ejemplo y modelo, siempre le obligaría a seguirle mansamente, como el astro que surge y se pone arrastra tras de sí a sus hermanos. Mientras Knecht se entregaba inconscientemente a la corriente de las imágenes íntimas, que surgen en el estado de la primera tensión casi parecidas a los sueños, dos ideas sobre todo sobresalían de este fluir y duraban más tiempo, dos cuadros o dos símbolos, dos alegorías. En la primera, Knecht niño seguía por varios senderos al maestro que le precedía y que cada vez que se volvía y mostraba su cara, se tornaba más viejo, más sosegado y digno, acercándose evidentemente a una imagen ideal de eterna sabiduría y dignidad, mientras él, Josef Knecht, caminaba devota y obedientemente detrás del arquetipo, pero seguía siendo el mismo niño, de lo cual

Librodot

sentía alternativamente ora vergüenza, ora cierta alegría y hasta una obstinada satisfacción. En la segunda alegoría veía lo siguiente: la escena en la sala del piano, el acercamiento del anciano al niño se repetía constantemente, infinitas veces; el maestro y el escolar se seguían mutuamente, como arrastrados por el hilo de un mecanismo, de modo que pronto no era posible distinguir quién iba y quién venía, quién dirigía y quién obedecía, si el anciano o el jovencito. Ora le parecía ser el joven que demostraba veneración y obediencia al anciano, a la autoridad y a la dignidad; ora era el anciano a quien la figura de la juventud, del principio, de la alegría que le precedía ligera obligara a seguir servicial o en adoración. Y mientras él contemplaba este insensato y simbólico girar de ensueño, el soñador se identificaba con sus propios sentimientos ya con el anciano, ya con el niño, era quien veneraba y quien era venerado, quien dirigía y quien obedecía, y en el correr de este cambio oscilante llegó un instante en que él fue ambos, maestro y escolar al mismo tiempo, más aún, se halló por sobre los dos, organizador, ideador, guía y espectador de ese alternar, de la competición sin fin realizada en el círculo cerrado de lo viejo y de lo joven, que él regulaba con alterna percepción ora tornándola más lenta, ora apresurándola enérgicamente. Y de este estadio se desarrollaba una nueva representación, más símbolo ya que sueño, más conocimiento ya que imagen, es decir, la idea, más aún, el saber: este insensato y simbólico correr en redondo de maestro y alumno, este cortejar de la juventud por parte de la vejez, de la vejez por parte de la juventud, este juego alado e interminable era el símbolo de Castalia, el símbolo de la vida, sobre todo, que fluye sin fin dividida en lo viejo y lo joven, en día y noche, en Yang y Yin. Desde aquí el meditante encontró luego el camino para llegar del mundo de la imagen al de la paz, y volvió más fuerte y alegre de su largo ensimismamiento.

Cuando algunos días después la Dirección de la Orden lo mandó llamar, acudió reconfortado y aceptó con serena alegría el saludo fraternal de los superiores expresado con el apretón de manos y el significativo abrazo. Se le comunicó su nombramiento como *Magister Ludí* y se le indicó para dos días después la ceremonia de la investidura y del juramento en el gran salón de fiestas, ese mismo salón en que poco tiempo antes el representante del *Magister* fallecido había cumplido la inhibidora solemnidad como víctima propiciatoria adornada de oro. El día que se le dejaba libre antes de la investidura estaba destinado a un estudio exacto, acompañado por la meditación ritual, de la fórmula del juramento y la "norma mínima del *Magister",* con la dirección y la vigilancia de dos superiores, que fueron esta vez el Canciller de la "Orden y el *Magister Mathematices,* y durante el descanso del mediodía de ese día tan agobiador, Josef recordó vivamente su admisión en la Orden y la precedente introducción del *Magister Musicae.* Seguramente, esta vez el rito de admisión no conducía a algunos centenares, como antaño, por amplia puerta a una gran comunidad, llevaba por el ojo de una aguja al círculo más estrecho y elevado, el de los Maestros. Más tarde confesó al anciano *Magister Musicae* que ese día le molestó durante el intenso examen de conciencia, un pensamiento, una pequeña ocurrencia realmente ridícula; había temido justamente el momento en que único de los maestros le señalara a qué desacostumbrada edad llegaba a tener la suprema dignidad. Había tenido que luchar enérgicamente con ese

Librodot

miedo, con esa idea infantilmente vanidosa y con el deseo —si hubiese alguna alusión a su juventud— de contestar: "Déjenme, pues, envejecer tranquilamente; nunca aspiré a esta elevación". El sucesivo examen de conciencia le había mostrado sin embargo, que inconscientemente la idea de su elección y el deseo de la misma no habían estado muy lejos de él; tuvo que confesárselo, reconoció lo vanidoso de su pensamiento y lo desechó; en realidad, ni ese día ni nunca más tarde le recordaron sus colegas el hecho de su juventud extremada.

Seguramente, la elección del nuevo *Magister* fue discutida y criticada más vivamente entre aquellos que habían sido hasta entonces coaspirantes de Knecht No tenía adversarios declarados, pero sí competidores y entre éstos algunos que le aventajaban en edad, y en este círculo nadie pensaba en aceptar la elección sino después de una lucha y una comprobación, o por lo menos después de una observación sumamente exacta y critica. Casi en todos los casos, la llegada al cargo y el primer tiempo de su ejercicio del nuevo *Magister* son como el paso a través del purgatorio.

La investidura de un maestro no es una solemnidad pública; fuera de las supremas autoridades de educación y de la dirección de la Orden, toman parte en ella solamente los estudiantes más ancianos, los candidatos y los funcionarios de la disciplina que recibe a un nuevo jefe. En la ceremonia en el salón de fiestas, el *Magister Ludí* tenia que prestar el juramento del cargo, recibía de las autoridades las insignias de sus funciones, consistentes en algunas llaves y unos sellos, y se dejaba vestir por el locutor de la Dirección de la Orden con los ornamentos respectivos, la capa festiva que el maestro debe llevar en las grandes solemnidades, sobre todo durante la celebración del torneo anual. A un acto de esta naturaleza le faltan, sin duda, el ruido y el entusiasmo de las fiestas públicas, pues es, por su carácter, ceremonioso y más bien sobrio, pero le confiere una singular dignidad la presencia de numerosos miembros de las dos autoridades máximas. La pequeña república de los jugadores de abalorios recibe a un nuevo señor que la presidirá y la representará entre las autoridades generales; el acontecimiento es importante y nada frecuente; aunque los estudiantes y los alumnos más jóvenes no comprendan por entero su importancia y vean en la fiesta solamente una ceremonia y un espectáculo, todos los demás participantes tienen conciencia del acto y están concrecidos en la comunidad y connaturalizados con ella lo suficiente como para sentir lo que ocurre como si les afectara física y vitalmente. Esta vez, la alegría de la fiesta estaba ensombrecida no solamente por la muerte del *Magister* precedente y el duelo que le guardaba, sino también por el acongojado estado de ánimo del torneo anual reciente y la tragedia del sustituto Bertram.

La investidura fue realizada por el locutor de la Dirección de la Orden y el supremo archivista del juego; ambos mantuvieron levantado el ornamento y lo colocaron sobre los hombros del nuevo *Magister Ludí.* El breve discurso de circunstancias fue pronunciado por el *Magister Grammaticae,* el gran maestro de filología clásica de Keuperheim; un representante elegido por la selección de Waldzell entregó las llaves y los sellos, y ante el órgano se sentó personalmente el ex *Magister Musicae.* Había acudido para la investidura, para ver incorporar a su protegido y sorprenderle agradablemente con su inesperada presencia, tal vez también para brindarle uno que otro consejo.

Librodot

El anciano hubiera preferido tocar con sus manos la música ceremonial, pero no debía someterse ya a tales esfuerzos; dejó, pues, que tocará el organista del *Vicus Lusorum,* pero se mantuvo a su lado y le dio vueltas las páginas. Con afable sonrisa miraba a Josef, lo vio recibir el ornamento y las llaves, le oyó decir primero la fórmula del juramento y luego la libre alocución a sus futuros colaboradores, empleados y discípulos. Nunca como hoy le había parecido digno de afecto y gozo este joven Josef, justamente ahora que casi había dejado de ser Josef y comenzaba a ser solamente el portador de una capa y un cargo, una joya en una corona, un pilar en la mole de la jerarquía. Pero sólo pudo hablar pocos instantes con su niño Josef. Le sonrió alegremente y se apresuró a insinuarle:

—Trata de vencer en buena forma las primeras tres o cuatro semanas. Se exigirá mucho de ti. Piensa siempre en el todo: un descuido en lo particular no pesa mucho ahora. Debes dedicarte totalmente a la "selección", que lo demás no penetre siquiera en tu mente. Te mandarán dos personas para que le ayuden; una de ellas, el yoghi Alexander está instruido por mí, préstale tu atención, conoce su cometido. Lo que necesitas es una firmísima convicción de que los superiores han tenido razón en incorporarte a su circulo; confía en ellos, confía en las personas que se te asignan como ayudantes, confía ciegamente en tu propia fuerza. Pero alimenta para con los selectos una desconfianza alegre, siempre alerta; no esperan otra cosa. Ganarás tú, Josef, yo lo sé.

La mayor parte de las funciones magistrales, del cargo eran actividades bien conocidas y dominadas por el nuevo *Magister;* ya se había dedicado a ellas como realizador o asistente; las más importantes comprendían los cursos de juego, desde los de escolares, principiantes, de vacaciones y para huéspedes hasta los ejercicios, las conferencias y los seminarios para los selectos. Todo *Magister* apenas nombrado se sabía preparado sin más a estas actividades, exceptuando las últimas que, nuevas para él, por no haber tenido nunca oportunidad de realizarlas, debían preocuparle y cansarle más. Lo mismo le ocurrió a Josef. Hubiera preferido dedicarse con exclusiva atención justamente a estos nuevos cometidos, los verdaderamente magistrales, la colaboración con el supremo consejo de educación, la colaboración entre el consejo de los maestros y la dirección de la Orden, la representación del juego y del *Vicus Lusorum* ante las autoridades generales. Ardía en deseo de dominar estas nuevas tareas, para quitarles su amenazante aspecto de cosa desconocida; todavía hubiera preferido sobre todo poder apartarse unas semanas, para entregarse al estudio más exacto de la constitución, las formalidades, los protocolos de sesiones, etc. Para la información y las instrucciones en este terreno, además del señor Dubois, estaba a su disposición —él lo sabía— el más experto conocedor y maestro de las formas y tradiciones magistrales, es decir, el locutor de la dirección de la Orden, que no era por cierto *Magister y* por eso se hallaba en una categoría menor, pero que en todas las sesiones de las autoridades dirigía los debates y cuidaba con precisión del orden tradicional, como el gran maestro de ceremonias en la corte de un príncipe. ¡Con qué placer hubiera pedido un coloquio privado (un *privatissimum,* se decía en Castalia) a ese hombre prudente, experto, impenetrable en su brillante cortesía, cuyas manos acababan de conferirle el ornamento en la ceremonia de la investidura, si hubiese tenido su residencia en Waldzell y no en Hirsland, a medio

Librodot

día de viaje de allí! ¡Con qué gusto se hubiera refugiado por unos días, en Monteport, para dejarse iniciar en estas cosas por el ex *Magister Musicae!* Pero no era posible siquiera pensar en eso; estos deseos privados o de estudiante no podían ser acariciados por un *Magister.*

Durante el primer tiempo, en cambio, debía dedicarse con intenso y exclusivo cuidado, con total entrega, justamente a aquellas funciones que él creía le demandarían apenas esfuerzos. Lo que había visto durante el torneo de Bertram, donde luchara y se ahogara sin aire un maestro abandonado en el peligro por la comunidad, la "selección", lo que entonces había intuido y lo que le habían confirmado las palabras del anciano de Monteport el día de la investidura, esto se lo confirmaba ahora cada instante de su jornada, cada momento de sus reflexiones: debía dedicarse ante todo a los selectos, al grupo de los repetidores, a los grados superiores del estadio, a los ejercicios de seminario y al trato absolutamente personal con los repetidores. Podía dejar el archivo en manos de los archivistas, los cursos preparatorios a los maestros presentes, el correo a los secretarios, incitarlos imponiéndose y haciéndose indispensable, convencerlos del valor de sus facultades y de la limpieza de su voluntad, debía conquistarlos, vi; tejarlos, ganarlos, medirse con cualquier candidato que lo deseara, y había plétora de tales candidatos. En esto le ayudaban muchas cosas que antes había considerado menos necesarias, sobre todo su larga ausencia de Waldzell y de la selección, donde ahora él era un *homo novus*[27]. Aun su amistad con Tegularius resultó útil Porque Tegularius, el espiritual y enfermizo "foráneo", resultaba abiertamente tan poco adecuado para una carrera tan ambicionada y parecía tener tan poca ambición, que una preferencia eventual por el nuevo *Magister* no hubiera significado una desventaja para los competidores. Pero Knecht debía hacer por sí mismo lo más, lo mejor, para poder penetrar con ojo investigador esta capa superior, más viva, más inquieta y sensible del mundo del juego, y dominarla como el jinete de un noble caballo. Porque en todo instituto castalio, no sólo en el juego de abalorios, la "selección" de los completamente formados, pero que estudian libremente todavía, candidatos aun no encuadrados en el servicio de las autoridades educativas o de la Orden (y que se llaman también repetidores), representa un conjunto precioso y realmente la verdadera reserva, la flor y el porvenir; porque en todas partes, y no solamente en el *Vicus Lusorum,* estos elegidos de la próxima generación tienden naturalmente a la oposición y a la crítica de los nuevos maestros y jefes; demuestran a un nuevo superior justamente la menor medida de cortesía y subordinación, y deben ser ganados solamente con el empeño completo y personal del interesado, deben ser convencidos y superados, antes de que lo reconozcan y se entreguen deliberadamente a su dirección.

Knecht puso mano a la tarea sin temor alguno, pero se sorprendió de sus dificultades, y mientras las resolvía y vencía en el juego, para él muy agotador pero excitante, fueron desapareciendo del primer plano aquellos otros deberes y cometidos que antes estuvo por considerar con preocupación, y hasta le parecieron necesitar menor atención; confesó a un colega que la primera reunión plenaria de las autoridades a la que acudió y

[27] *Hombre nuevo.*

Librodot

de la que regresó al final siempre con un correo de urgencia, había sido para él casi un sueño y más tarde no tuvo que dedicarle un solo pensamiento, porque su trabajo del momento lo había tenido ocupado por completo; y aun durante la sesión, aunque el tema le interesaba y se había mirado con alguna inquietud su primera presentación entre las autoridades, más de una vez se sorprendió porque su mente no estaba allí entre los colegas y atenta al debate, sino en Waldzell, en aquel local pintado de azul del archivo, donde entonces dirigía cada tres días un seminario dialéctico con cinco participantes solamente, y donde cada hora exigía una tensión y un gasto de energías mayores que todo el resto de su día oficial, que por Cierto no era fácil y al que nunca podía sustraerse, porque como le había anunciado el ex *Magister Musicae,* le había sido asignado por las autoridades para este primer período un ayudante que lo vigilaba y excitaba, le verificaba su jornada hora por hora y le ponía en guardia tanto contra el doctrinalismo unilateral como contra todo exceso de trabajo. Knecht le estaba agradecido y lo estaba aún más para con el delegado de la dirección de la Orden, un maestro famosísimo en el arte de la meditación: se llamaba Alexander. Ése se preocupaba para que el hombre que trabajaba hasta la tensión máxima, siguiera todos los días tres veces el ejercicio "corto" o "menor" y observara estrictamente el curso y la duración (en minutos) de cada ejercicio. Con ambos, el pasante y el hombre contemplativo de la Orden, debía recapitular diariamente, poco antes de la meditación de la noche, toda su jornada oficial en forma retrospectiva, establecer los progresos y las derrotas, "tomarse el pulso", como dicen los maestros de meditación, es decir, revisarse y medirse a sí mismo, su situación del momento, su estado, la distribución de sus energías, sus esperanzas y sus cuitas, ver objetivamente la propia obra en el día aquel, para no dejar nada sin resolver para la noche o el día siguiente.

Mientras los repetidores observaban la enorme labor de su *Magister* en parte con interés simpático, en parte con intención adversa, y no perdían oportunidad para imponerle de improviso pequeñas pruebas de energía, paciencia y rapidez mental, tendiendo ya a incitar su obra, ya a inhibirla, alrededor de Tegularius se había hecho un vacío fatal. Ése comprendía que Knecht no podía tener para él ninguna atención, ni tiempo, ni pensamientos, pero no podía darse razón que lo endureciera o le inspirara indiferencia el perfecto olvido en que él había caído para el amigo, tanto menos que no sólo le parecía haber perdido a ese amigo de la noche a la mañana, sino que aun sentía la desconfianza de sus camaradas y éstos no le dirigían la palabra. Y esto no debía asombrar, porque si Tegularius no podía cruzarse seriamente en el camino de los ambiciosos, era parte interesada, sin embargo, y tenía merecido el buen concepto del joven *Magister.* Todo esto bien podía imaginárselo Knecht y formaba parte de sus momentáneas obligaciones eliminar por un rato también esta amistad, como todo lo personal y privado. Pero, como lo confesó más tarde al amigo, no lo hizo realmente a sabiendas o deliberadamente, sino que había olvidado simplemente por entero al amigo; se había lanzado a la obra con tanta entrega que cosas privadas como la amistad desaparecían en lo imposible, y si en algún momento, como por ejemplo en el seminario de los cinco, aparecían ante él la figura y el rostro de Tegularius, no era ya Fritz, no era un amigo, un conocido, una persona sino uno de los selectos, un estudiante, más aún, un candidato, un repetidor, un trozo de su labor y de su cometido, un soldado entre Untos, que

Librodot

debía instruir y con quien debía llegar a la victoria. Fritz sintió un estremecimiento, cuando por primera vez el *Magister* le dirigió la palabra en esa forma; sintió y leyó en su mirada que esa objetividad, esta lejanía no eran fingidas, sino genuinas y dolorosas, y que el hombre que estaba delante de él y lo trataba con esta real cortesía de una vigilancia espiritual muy grande, no era más su amigo Josef, sino el maestro y el examinador, el *Magister Ludí,* rodeado con la aureola de seriedad y severidad de su cargo y encerrado y separado como por un brillante barniz fundido a fuego y endurecido alrededor de él. Por lo demás, ocurrió en esas cálidas semanas un incidente de poca monta con Tegularius. Falto de sueño y molesto íntimamente por la experiencia vivida, se permitió en el pequeño seminario una descortesía, un leve desahogo, no contra el maestro, sino contra uno de sus colegas que lo puso nervioso por su tono irónico. Knecht notó el hecho, advirtió también el estado de sobreexcitación del culpable, lo llamó al orden con un mudo signo de los dedos, pero luego lo envió a su maestro de meditación para ejercer con el irritado un poco de cura de alma. Tegularius tomó este interés después de largas semanas de extrañamiento, como un signo de renaciente amistad, porque lo consideró como una atención personal para él y se dejó someter voluntariamente al tratamiento. En realidad, Knecht se dio cuenta apenas de quién se benefició por ese interés suyo; había procedido solamente como Magister: había observado en un repetidor irritabilidad y falta de dominio y había reaccionado como educador, sin considerar a ese repetidor como una persona ni traerla por un momento a una relación con él. Cuando, meses más tarde, Fritz recordó al amigo esta escena y le aseguró que se había alegrado y consolado por esa señal de benevolencia, Josef Knecht se quedó callado: había olvidado completamente lo ocurrido y dejó sin aclarar el equívoco.

Finalmente, la meta fue alcanzada y la batalla ganada; había costado ciertamente mucho esfuerzo llegar a dominar a los selectos, cantarlos con ejercicios, domesticar a los inquietos aspirantes, ganar a su persona a los indecisos, imponerse a los orgullosos; pero la obra estaba realizada, el grupo de candidatos del *Vicus Lusorum* había reconocido a su maestro y se le había rendido; de pronto todo fue fácil, como si hubiese faltado solamente una gota de lubricante. El ayudante de vigilancia compuso con Knecht un último programa de trabajo, el expresó el reconocimiento de la Orden y desapareció; lo mismo hizo el maestro de meditación Alexander. En lugar del masaje matinal volvió al breve paseo; no había que pensar todavía por el momento en el estudio o aun solamente en la lectura, pero algunos días, por la noche, antes de acostarse, se reanudaron los ejercicios de música. En su próxima aparición entre las autoridades, Knecht advirtió claramente sin que se aludiera a ello con palabras, que ahora era considerado como igual entre sus colegas. Después del ardor y la dedicación a la lucha por su calificación sobrevino en él un despertar, un enfriamiento, un apaciguamiento; se vio en lo más íntimo de Castalia, se vio en la categoría suprema de la jerarquía, y percibió con asombrosa naturalidad, casi con desilusión, que también este aire muy sutil era respirable, pero también que él ahora lo respiraba como si no conociera otro, estaba totalmente trasformado. Era el fruto de ese duro periodo de prueba, que lo había quemado y consumido más que ningún otro servicio, ningún otro esfuerzo realizado hasta ahora.

Librodot

El reconocimiento del jefe por los selectos halló esta vez expresión en un gesto especial. Cuando Knecht sintió el fin de las resistencias y la confianza y el asentimiento de los repetidores y supo que había superado lo más grave, llegó para él el momento de elegirse una "sombra", y en realidad nunca hubiera necesitado más de ella y de un alivio de sus cargas como en ese momento después de obtenida la victoria, aunque la prueba casi sobrehumana lo dejara en relativa libertad de repente; muchos habían fracasado justamente en este recodo del camino. Esta vez, Josef renunció al derecho que le correspondía en la elección entre los candidatos y rogó a los repetidores que dispusieran para él una "sombra" a su elección. Aun bajo la impresión del destino de Bertram, los selectos tomaron doblemente en serio esta facilitación; después de varias reuniones y secretos interrogatorios tomaron su resolución y presentaron al Magister uno de los mejores representantes que hasta el nombramiento de Knecht había sido considerado como el candidato más en vista para la dignidad magistral. Había sido superado lo más difícil, pues; hubo de nuevo paseos y música, con el tiempo podría pensar Josef también en la lectura, sería también posible la amistad con Tegularius, se concretaría cada vez la correspondencia con Ferromonte, habría sido a veces medio día libre y quizá de cuando en cuando un permiso para un breve viaje. Sólo que todas estas cosas agradables favorecían a otro, no al Josef de hasta ahora, que se había considerado un celoso jugador de abalorios y un castalio realmente digno, y, sin embargo, no había tenido la menor intuición del ordenamiento interno de Castalia y había vivido tan ingenuamente egoísta, tan infantilmente distraído, tan increíblemente libre de responsabilidades, tan... privadamente. Una vez recordó las palabras irónicas y admonitorias que había tenido que oír un día de labios del maestro Tomás, cuando expresara en voz alta el deseo de poder vivir un tiempo más la vida del estudioso libre. "Un tiempo ... ¿cuánto? Hablas aún la lengua de los estudiantes, Josef." Esto había ocurrido pocos años antes; le había escuchado con admiración y profundo respeto y hasta con un levísimo horror ante la perfección y la educación impersonales de este hombre, y había sentido que Castalia lo aferraría también a él y lo absorbería, para convertirlo tal vez algún día en un Tomás parecido, un maestro, un jefe y servidor, un instrumento perfecto. Y ahora se encontraba en el lugar donde había estado aquél, y si hablaba con uno de sus repetidores, uno de estos jugadores prudentes, bien depurados y sabios, uno de estos príncipes diligentes y orgullosos, lo miraba como si lo viera en otro mundo extraordinariamente hermoso, lleno de maravillas y perfecciones, del mismo modo que lo vio un día el *Magister* Tomás en su sorprendente mundo estudiantil.

Librodot

CAPÍTULO VII
EN EL CARGO

SI la asunción del cargo de Magister pareció haber traído consigo en un primer momento más pérdida que ganancia, en esa asunción consumió casi las energías y la vida personal, eliminando todos los hábitos y los gustos, dejando en el corazón una fría calma y en la mente algo así como una sensación de mareo por el sobreesfuerzo, el período subsiguiente de alivio, reflexión y acostumbramiento trajo también nuevas observaciones y vivencias. La más grande, después de la batalla, era la colaboración confiada y amistosa de los selectos. En las discusiones con su "sombra", en la labor con Fritz Tegularius, que empleaba a prueba como ayudante para la correspondencia, en el paulatino estudio, examen y completamiento de los certificados y otros informes acerca de estudiantes y colaboradores, que dejara su predecesor, convivió con afecto en constante y rápido aumento con estos selectos, que creyera conocer tan bien, pero cuya esencia, como también todas las particularidades del *Vicus Lusorum* y de su papel en la vida castalia, se le aparecía apenas ahora en toda su realidad. Es cierto, él mismo perteneció a esta "selección", a estos repetidores, a este artístico y orgulloso pueblo de jugadores de Waldzell, y por varios años, se sintió absolutamente parte de ellos. Ahora en cambio ya no era solamente parte, no convivía sólo íntimamente con esta comunidad, sino que debía considerarse como el cerebro, el conocimiento y aun la conciencia de la comunidad, cuyas reacciones y destinos debía no sólo vivir, sino sufrir, responsabilizándose por ellos. Una vez, en una hora de elevación, al final de un curso para la formación de maestros de juego para principiantes, expresó de esta manera su estado de ánimo y la situación castalia:

—Castalia es un pequeño Estado por sí sola, y nuestro *Vicus Lusorum* un pequeño Estado a su vez dentro del primero, una república pequeña, pero vieja y orgullosa, igual y con los mismos derechos que las hermanas, pero robustecida y enaltecida en la conciencia de sí misma por la clase especialmente artística y casi sagrada de sus funciones. Porque estamos distinguidos por la tarea de defender y guardar el verdadero santuario de Castalia, su original misterio, su único símbolo, el juego de abalorios. Castalia educa excelentes músicos e historiadores del arte, filólogos, matemáticos u otros sabios. Todos los Institutos castalios y cada castalio deben tener solamente dos metas, dos ideales: rendir en su especialidad lo más perfecto que les sea posible y mantener viva y ágil su especialidad (y al mismo tiempo a sí mismos), sabiendo que está constantemente vinculada a todas las demás disciplinas y con todas hondamente emparentada. Este segundo ideal, el concepto de la unidad íntima de todos los esfuerzos espirituales del hombre, el concepto de la universalidad, ha encontrado su perfecta expresión en nuestro noble juego. Es posible que a un físico o a un matemático o a un historiador de la música o a otro sabio se requiera una severa y ascética perseverancia en su especialidad en determinados momentos, y una renuncia a la idea de la universalidad cultural a favor de un gran resultado especial o actual; en todo caso los jugadores de abalorios no podemos nunca aceptar y realizar esta limitación y esta acomodación, porque nuestra tarea es justamente conservar y defender la idea de

Librodot

la *Universitas Litterarum y* su más alta expresión, el noble juego, para salvarla constantemente de la tendencia hacia lo acomodaticio, propia de las disciplinas especializadas. ¿Mas cómo podríamos salvar algo, si no deseáramos ser salvados también? ¿Y cómo podríamos obligar al arqueólogo, al pedagogo, al astrónomo, etcétera, a renunciar a su saber especial para él suficiente, y a abrir constantemente sus ventanas a todas las demás disciplinas? No podemos lograrlo con reglas obligatorias, estableciendo por ejemplo el juego de abalorios en las escuelas inferiores como materia oficial, ni podemos hacerlo con el mero recuerdo de lo que han pensado de este juego nuestros antecesores. Podemos demostrar que nuestro juego y nosotros mismos somos indispensables solamente si nos mantenemos constantemente en la cumbre de toda la vida espiritual, si nos asimilamos vigilantes toda nueva conquista, toda nueva perspectiva, todo planteo de problemas de las ciencias, y si configuramos y realizamos nuestra universalidad, nuestro juego noble pero también peligroso, con la idea de la unidad en forma cada vez tan nueva, tan magnánima, tan convincente, atrayente y fascinante, que hasta el más serio investigador y el más diligente especialista sientan siempre su advertencia, MI tentación, su promesa. Pensemos por un momento que loa jugadores trabajásemos por un tiempo con menor celo, que los curtos de juego para principiantes se tornasen más aburridos y superficiales, que en los juegos para estudiantes adelantados los especialistas descuidasen la vida pulsante, la actualidad y el interés espirituales, que nuestro gran torneo anual por dos o tres veces consecutivas fuese considerado por los huéspedes hueca ceremonia, sin impulso vital, fuera de moda, burdo desecho del pasado... ¡Qué pronto se acabaría con el juego y con nosotros mismos! Ya no nos encontramos en una brillante elevación, como el juego de abalorios estaba hace una generación, cuando el torneo anual no duraba una o dos semanas, sino tres y cuatro, y era el apogeo del año no sólo para Castalia, sino para todo el país. Todavía asiste al mismo un representante del gobierno, a menudo como invitado más bien aburrido; algunas ciudades y clases envían aún sus embajadores; en los últimos días del torneo estos representantes suelen dejar entender muy cortésmente a las potencias mundanas, que la excesiva duración de la fiesta retiene a muchas ciudades de enviar también sus delegados y que tal vez sería conveniente en estos tiempos o bien abreviar considerablemente la fiesta o celebrarla en adelante sofocada dos o tres años. Bien, no podemos detener este desarrollo o esta decadencia. Es muy posible que nuestro juego no encuentre pronto comprensión en el mundo de afuera, y que la fiesta deba realizarse solo cada cinco o diez años, o aun desaparecer del todo. Pero lo que debemos impedir, lo que podemos impedir es el descrédito y la desvalorización del mismo en su propia patria, en nuestra provincia. Aquí nuestra lucha es rica en esperanzas y llevará siempre a la victoria. Vemos todos los días que jóvenes alumnos selectos, que se han inscripto en su curso sin demasiado entusiasmo y lo han absuelto bien, pero sin celo, de repente son invadidos por los espíritus del juegos por sus posibilidades intelectuales, por su respetable tradición, por sus fuerzas anímicas, y se convierten en apasionados adeptos y en partidarios nuestros. Y todos los años en el *Ludas solemnis* podemos observar a sabios de categoría y fama, de quienes sabemos que miran con desdén durante todo su año de rica labor el juego de abalorios y no desean a nuestra institución siempre lo mejor, que

Librodot

en el curso del gran torneo, cada vez más conquistados y atraídos por la magia de nuestro arte, demuestran su tensión, su exaltación, se rejuvenecen y toman alas y se despiden finalmente con el corazón robustecido y conmovidos, con palabras de casi avergonzada gratitud. Consideremos por un instante los recursos a nuestra disposición para cumplir con nuestro cometido: veremos un organismo rico, hermoso y bien ordenado, cuyo corazón y centro es el archivo del juego, que todos utilizamos a cada hora con grato ánimo y al que servimos todos, desde el *Magister y* el archivero hasta el último ayudante. Lo mejor y más viviente de nuestra institución es el viejo principio castalio de la selección de los mejores, de la selección que practicamos. Las escuelas castalias reúnen a los mejores alumnos de todo el país y los van formando. Del mismo modo, en el *Vicus Lusorum* buscamos a los mejores entre los que aman el juego, los retenemos y los cultivamos en forma cada vez más perfecta; nuestros cursos y seminarios toman a centenares y los dejan ir, pero a los mejores los educamos como jugadores genuinos, como artistas del juego, sin pausas ni debilidades, y cada uno de vosotros sabe que en nuestro arte, como en todo arte, no hay ningún punto final de evolución, que cada uno de nosotros, en cuanto pertenecemos a la "selección" trabajará toda su vida al ulterior desarrollo, a la afinación, a la profundización de si mismo y de nuestro arte, sin importarle que pertenezca o no al grupo de nuestros funcionarios. Se ha tildado y aun considerado la existencia de nuestra "selección" como un lujo; que no deberíamos formar más jugadores selectos que los necesarios para poder ocupar siempre convenientemente los cargos de la institución. Pero la casa de los funcionarios no es una institución que se baste a sí misma, además no todos son aptos para los cargos, de la misma manera que no todo buen filólogo es apto también para maestro de filología. Los funcionarios sabemos y sentimos exactamente que los repetidores no son solamente la reserva de gente dotada y experta en el juego, con la cual se llenan nuestros claros y que asumirá nuestra sucesión. Casi diría que ésta es apenas una función accesoria de la selección de jugadores, aunque recalcamos el hecho frente a los ignorantes, apenas se habla del sentido y del derecho de existencia de nuestro Instituto. No, los repetidores no son en primer término el futuro *Magister,* los futuros jefes de cursos, empleados de archivo, etcétera; son fin a sí mismos ante todo; su pequeño grupo es realmente la patria y el porvenir del juego de abalorios; aquí, en estas dos docenas de cerebros y corazones, se desarrollan las evoluciones, las adaptaciones, los impulsos, las discusiones de nuestro juego con el espíritu del tiempo y las ciencias especializadas. Real y correctamente, en su pleno valor y con total empeño, sólo aquí se juega nuestro noble juego, sólo aquí en nuestra "selección" es fin a sí mismo y sagrado servicio, nada tiene ya que ver con la simple afición o la vanidad de cultura, nada con la presunción ni la superstición. En vosotros, repetidores de Waldzell, está el futuro del juego. Como es el corazón, el centro de Castalia, y vosotros sois el centro, la parte más viva de nuestro *Vicus* sois realmente y con razón la sal de la provincia, su espíritu, su inquietud. No hay peligro de que vuestro número llegue a ser demasiado elevado, vuestro celo demasiado vivaz, vuestra pasión por el magnifico juego demasiado ardiente; ¡acrecedla, aumentadla! Para vosotros, como para todos los castalios, hay un solo peligro en el fondo, del cual todos y todos los días debemos guardarnos. El espíritu de nuestra provincia y de nuestra Orden se

Librodot

funda en dos principios: en la objetividad y el amor a la verdad en el estudio, y en el cuidado de la sabiduría meditativa y de la armonía. Ambos principios en el equilibrio que debemos lograr, significan ser sabios y dignos de nuestra Orden. Amamos a las ciencias, cada uno la suya, pero sabemos que la dedicación a una ciencia no puede proteger a un ser humano en absoluto contra el egoísmo, el vicio y el ridículo; la historia de las ciencias está llena de ejemplos; la figura del doctor Fausto es la vulgarización literaria de este peligro. Otros siglos buscaron refugio en la fusión de espíritu y religión, de investigación y ascética; en su *Universitas Litterarum* reinaba la teología. Entre nosotros es la meditación, la práctica múltiple y gradual yoghi, la que nos ayuda a echar de nosotros la bestia y el demonio que hay en cada ciencia. Bien, vosotros sabéis tan bien como yo que hasta el juego de abalorios tiene dentro su propio demonio, que puede conducir al hueco virtuosismo, al goce de una vanidad artificial, a la codicia, a la conquista del poder sobre los demás y con ello al abuso de ese poder. Por eso necesitamos de otra educación que la intelectual; nos han sometido a la moral de la Orden, no ya para cohibir doblándola nuestra vida activa espiritual, sino por el contrario para tornarnos capaces de grandes tareas del espíritu. No debemos refugiarnos de la *Vita activa* en la *Vita contemplativa,* ni a la inversa, sino que debemos continuar alternando entre ambas, hallarnos cómodos en ambas, participar de ambas.

Hemos reproducido las palabras de Knecht (muchas otras parecidas han sido anotadas y conservadas por sus discípulos), porque aclaran mucho su concepto del cargo, por lo menos en los primeros años de su magisterio. El que fuera un maestro sobresaliente (al comienzo por cierto sorprendido él mismo), nos lo comprueba la asombrosa cantidad de copias de sus conferencias que nos han llegado. Fue uno de los descubrimientos sorpresivos que le dio desde el comienzo su alta función, el que el enseñar le causara tanta alegría y le resultara tan fácil.

No lo hubiera imaginado, porque hasta ese momento no había deseado realmente nunca una actividad docente. Ciertamente, como todos los selectos, siendo estudiante más adelantado, había recibido breves encargos de vez en cuando; en los cursos del juego de abalorios había instruido en forma de sustituto varios grados, más a menudo aún servido como correpetidor a los participantes de dichos cursos, pero amaba entonces la libertad del estudio y la concentración solitaria en sus eventuales campos de interés y para él era importante todo esto, tanto que, aunque ya se hubiera demostrado hábil y preferido como maestro, consideró siempre esos encargos como molestias indeseables. Finalmente, también en la fundación de los benedictinos había dictado cursos, pero los mismos eran de poca monta y sin valor para él; en aquel lugar, el aprender con el *Pater Jakobus* y su trato habían colocado en segundo plano toda otra tarea. Su máxima aspiración había sido entonces ser un buen discípulo, aprender, asimilar y formarse. Y ahora del discípulo había nacido un maestro, y como maestro sobre todo había superado la primera gran prueba de su cargo, la lucha por la autoridad y por la exacta identificación de cargo y persona. En eso hizo dos descubrimientos: la alegría que proporciona trasplantar en otros espíritus lo logrado espiritualmente y verlo transformarse en nuevas formas

Librodot

fenoménicas e irradiaciones; la alegría, pues, de enseñar y la lucha con las personalidades de estudiantes y discípulos, la conquista y el ejercicio de la autoridad y de la dirección, es decir, la alegría de educar. Nunca las separó y durante su magisterio no sólo formó gran número de buenos jugadores de abalorios, sino que también preparó gran parte de sus discípulos con el ejemplo vivo, con el consejo, con una forma severa de paciencia, con la energía de su ser, como para lograr hombres del mejor carácter que fuera posible.

En estas actividades hizo una experiencia característica, si es que podemos anticipar aquí nuestras noticias biográficas. Al comienzo de su labor en el cargo trataba solamente con los selectos, la capa superior de sus alumnos, con estudiantes y repetidores, muchos de ellos de la misma edad y cada uno de los cuales era ya un acabado jugador por experiencia. Sólo poco a poco, cuando estuvo seguro de la "selección", comenzó lenta y prudentemente a sustraerles de año en ano cada vez más energía y tiempo, hasta que al final pudo abandonarlos ocasionalmente en forma total a sus hombres de confianza y a sus colaboradores. Este proceso duró años, y de un año a otro Knecht penetró, con las conferencias, cursos y ejercicios que dirigía, en capas cada vez más alejadas y jóvenes de alumnos; además, al final llegó a tener —cosa singular en un *Magister*— más de una vez personalmente los cursos para principiantes para los más jóvenes, es decir para escolares, no para estudiantes. Y en ello halló siempre mayor alegría al enseñar, cuanto más jóvenes y poco preparados fueran esos escolares. A veces, en el curso de aquellos años, le causaba casi malestar y le costaba visible esfuerzo volver de estos jovencitos a los estudiantes y más aún a los selectos. Y de vez en cuando sentía el deseo de llegar más lejos en esa escala descendente y tratar a escolares aún más jovencitos, para quienes no había cursos ni juego de abalorios todavía; sentía el deseo de instruir por una temporada en Eschholz o en otra de las escuelas preparatorias a niñitos que aprendían el latín, el canto o el álgebra, entre los cuales había menos espiritualismo que en los primerísimos cursos para principiantes en el juego de abalorios, en donde sin embargo tenía que tratar con alumnos más receptivos, fáciles de formar y educar, y en donde la instrucción y la educación eran mayor y más íntimamente fundidas en una unidad. En los últimos dos años de su magisterio se llamó a sí mismo en cartas dos veces "maestro de escuela", recordando con ello que la expresión *Magister Ludí,* sólo quería decir "Maestro del juego" en Castalia, desde generaciones atrás, originariamente simple predicado del maestro de escuela.

Ni cabía hablar siquiera, ciertamente, de la realización de semejantes deseos de ser maestro de escuela; eran sueños de la misma naturaleza que si alguien en un crudo día de invierno sueña con un firmamento de pleno verano. No había para Knecht ningún camino abierto ya, sus obligaciones estaban fijadas por el cargo, pero como este cargo dejaba ampliamente a su propia responsabilidad la forma en que quisiera cumplir con esas obligaciones, con el correr de los años, al comienzo del todo inconscientemente, dirigió paulatinamente su interés principal cada vez más hacia la educación y a la edades menores que pudieran alcanzar. Cuanto más envejecía, más le atraía la juventud. Esto podemos afirmar hoy, por lo menos. Por aquel entonces, un crítico difícilmente hubiera podido encontrar en algún aspecto de su ejercicio del cargo algo así como un capricho

Librodot

o una arbitrariedad. Sus funciones le obligaban por cierto a volver cada vez más a los selectos, y aun en los períodos en que dejó totalmente en manos de sus ayudantes y de su "sombra" seminarios y archivos, tareas de larga duración, como por ejemplo, las competiciones anuales en el juego o los preparativos para el solemne torneo público, lo mantenían más vivamente en sensible contacto con la "selección". Una vez confió bromeando a su amigo Frite:

—Hubo príncipes que se atormentaron toda su vida con un desgraciado amor por sus súbditos. Su corazón los atraía hacia los campesinos, los pastores, los obreros, los maestros y los niños de las escuelas, pero muy rara vez lograban ver algo de ellos, estaban siempre rodeados por sus ministros y oficiales, que se levantaban como un muro entre ellos y el pueblo. Así pasa también con un *Magister.* Desea llegar a seres humanos y ve solamente a colegas, desea llegar a escolares y ve solamente a estudiosos y a gente de la "selección".

Pero nos hemos dejado llevar muy adelante en el tiempo: volvamos al período de los primeros años de magisterio de Knecht. Después de ganarse las relaciones deseadas con la "selección", fue la burocracia del archivo a la que tuvo que conquistar como jefe amable pero alerta; también tuvo que estudiar y reglamentar la estructuración funcional de la cancillería, y constantemente aparecieron montañas de correspondencia y convocatorias a reuniones o circulares de las autoridades generales, que le imponían continuos deberes y tareas, cuya comprensión y correcta ordenación no fue fácil al recién nombrado. Se trataba a menudo de problemas en los que las facultades de la provincia estaban interesadas y se celaban mutuamente por inclinación; tal vez problemas de competición, y sólo poco a poco, pero con creciente admiración aprendió a conocer la función secreta y poderosa de la Orden, del alma viviente del Estado castalio y del guardián vigilante de su Constitución.

Habían pasado así meses duros y recargados de labor, sin que en los pensamientos de Josef Knecht hubiese habido un lugarcito para Tegularius, exceptuando lo que ocurría instintivamente, cuando encargaba al amigo algún trabajo para guardarle más bien del ocio excesivo. Fritz había perdido su camarada, convertido de la noche a la mañana en señor y superior máximo, a quien debía obedecer y tratar con el "vos" y el "Venerable". Pero Fritz tomaba lo que disponía para él el *Magister* como atención y signo de benevolencia personal; también se sentía excitado este solitario un poco lunático en parte por la elevación del amigo al cargo y el estado de ánimo tan lleno de adhesión de toda la "selección", en parte por los trabajos asignados que le brindaban una actividad de relación con él; de todas maneras soportó la situación completamente invertida mejor de lo que hubiese podido imaginar en el instante en que Knecht lo rechazó cuando le diera la noticia de que estaba en predicamento para el cargo de *Magister Ludí.* También tenía Fritz inteligencia y sensibilidad suficientes para ver en parte e intuir en otra el enorme esfuerzo de la prueba de fuego que su amigo debía absolver; lo veía realmente echado al fuego y consumido por el ardor y las sensaciones innatas a esa situación, que fueron vividas probablemente con mayor intensidad que por el mismo Josef. Tegularius dedicaba a los encargos recibidos del *Magister* el máximo cuidado, y si alguna vez lamentó

Librodot

seriamente y consideró un defecto su propia debilidad y su falta de aptitud para el cargo directivo y la responsabilidad fue entonces cuando hubiera deseado tanto asistir y ayudar al admirado como ayudante, come funcionario, como "sombra".

Los bosques de hayas qué rodeaban a Waldzell comenzaban ya a tornarse de color pardo. Un día, Knecht tomó un librito y se fue con él al jardín del magisterio cerca de su residencia, al pequeño y hermoso jardín que apreciaba tanto el difunto *Magister* Tomás y a veces cuidaba a menudo con horaciana mano de aficionado, al jardín que Knecht como todos los alumnos y estudiantes imaginaban como un lugar venerado, el lugar consagrado de distracción y recogimiento del *Magister,* un país del arte, un rincón de *Tusculum,* en el cual, desde que era *Magister* y dueño, había entrado tan rara vez y apenas quizá gozado en un momento de reposo. Esta vez también se proponía estar allí un solo cuarto de hora después de almorzar y hacer cuatro pasos despreocupadamente entre las altas matas y los elegantes arbustos, donde sus predecesores habían aclimatado muchas verdes plantas del sur. Trasladó luego —a la sombra hacía demasiado fresco— un sillón de junco liviano a un lugar soleado, se sentó y abrió el librito que llevara consigo. Era el "Calendario de bolsillo para el *Magister Ludi",* redactado sesenta u ochenta años antes por el entonces director del juego Ludwig Wassermaler y que desde aquella fecha había sido aumentado o modificado por sus sucesores con algunas correcciones, eliminaciones o agregados de actualidad. El calendario servía como vademécum del *Magister,* porque estaba destinado ante todo a los inexpertos en sus primeros años de magisterio, y mantenía ante los ojos del mismo durante todo el año de labor oficial, de semana en semana, los deberes más importantes, a veces señalados solamente con un término general, a veces explicados con más amplitud y socorridos por consejos personales. Knecht buscó la página de la semana siguiente y la leyó con atención. No encontró nada que lo sorprendiera, nada de urgente tampoco, pero al final del capítulo, había estas líneas "Comienza a dedicar tu mente, poco a poco, al próximo torneo anual. Parecería temprano, casi demasiado temprano. Pero te aconsejo: si ya no tienes un plan en tu cabeza para el torneo, no dejes pasar desde ahora ni una semana o por lo menos ni un solo mes, sin pensar en esos juegos. Anota tus ocurrencias, por una media hora repasa constantemente el esquema de un juego clásico, hasta en tus viajes oficiales. Prepárate, no pretendiendo a la fuerza buenas ocurrencias, sino pensando a menudo ahora que en los meses próximos te espera una labor hermosa y festiva, para la cual debes reunir fuerzas, concentración y tranquilidad".

Estas palabras habían sido escritas tres generaciones antes por un hombre y maestro anciano y sabio, dueño de su arte, además en una época en que el juego de abalorios formalmente tal vez había alcanzado su máxima cumbre; se logró entonces en el juego una belleza y una rica ornamentación de la técnica, como la alcanzada tal vez en el gótico tardío o en el rococó para el arte de la construcción y la decoración; fue realmente durante casi dos años un jugar como con perlas de cristal, un jugar aparentemente cristalino y sin contenido, aparentemente coquetón, arrogante, lleno de delicados adornos, un bailar a veces en la cuerda floja, con la rítmica más variada; hubo jugadores que hablaban de aquel juego como de una llave mágica que se perdiera, y otros que lo consideraban como superficial, recargado

Librodot

de aderezos, decadente y poco varonil. Y fue uno de los maestros y creadores de aquel estilo quien redactó los consejos bien pensados y las advertencias amables del "Calendario del *Magister"* y mientras Josef Knecht releía atentamente por segunda y tercera vez sus palabras, sintió en el corazón una sensación bienhechora, un alegre estado de ánimo, que sólo conoció una vez pero nunca más, y al hacer memoria, recordó que fue en una meditación antes de su investidura; la sensación con que lo colmó entonces la idea de un maravilloso danzar, aquella danza entre el *Magister Musicae* y Josef, entre maestro y principiante, entre ancianidad y juventud. Había sido un hombre ya viejo, muy viejo, quien había escrito un día y pensado las palabras: "No dejes pasar una sola semana..." y "no pretendiendo a la fuerza buenas ocurrencias". Este hombre ocupó el alto cargo de *Magister Ludí* por lo menos durante veinte años, tal vez más, y en esa época de un rococó juguetón tuvo que vérselas seguramente con una "selección" excesivamente mimada y segura de sí misma; inventó y celebró más de veinte torneos anuales muy brillantes, que entonces duraban todavía cuatro semanas, y dada su edad, la tarea repetida todos los años de componer un gran juego solemne no fue solamente un gran honor, una gran alegría, sino más bien un peso, un gran esfuerzo, una tarea para la cual hay que entonarse, convencerse y estimularse un poco. Frente a este sabio anciano y experto consejero, Knecht no sólo sentía agradecida veneración, porque su calendario era a menudo para él una valiosa guía, sino también una agradable, alegre, arrogante superioridad, la superioridad de la juventud. Porque entre las preocupaciones tan abundantes de un *Magister Ludí,* que ya conocía, ésta no se le había presentado aún: no se podía tal vez pensar bastante tiempo en el torneo anual, no se podía encontrar esta tarea lo bastante grata y concentrada; le podían faltar para ese juego ya el espíritu de empresa, ya las ocurrencias. No, Knecht, que en estos meses a veces había parecido verdaderamente envejecido, se sentía ahora joven y fuerte.

No pudo entregarse por mucho tiempo a esta hermosa sensación, no pudo saborearla; su breve período de paz había pasado casi. Pero el bella y alegre sentimiento estaba en él, lo acompañaba; el breve descanso en el jardín del magisterio y la lectura del calendario le habían traído algo; algo había nacido de eso. Es decir, no solamente la distensión y un instante de gozosa y entusiasta sensación de vida, sino también dos ideas, que en el mismo momento tomaban ya forma de resoluciones. Primero: cuando un día estuviera cansado también y se sintiera viejo, renunciaría a su cargo apenas sintiera por primera vez como pesado deber la composición del torneo anual y estuviera perplejo acerca de las ideas para ello. Segundo: comenzaría muy pronto con el trabajo para su primer torneo, y llamaría como camarada y primer ayudante para esta tarea a Tegularius; sería una satisfacción y una alegría para su amigo, y para él mismo la primera ocasión de poner a prueba al colega en una nueva forma de vida, por la amistad en esos días bastante descuidada. Porque para ello no era aquél el indicado para dar la ocasión y el impulso: éstos debían partir de él, del *Magister.*

Para el amigo habría trabajo abundante. Porque, desde Mariafels, Knecht resolvía en su mente la idea de un juego de abalorios que quería utilizar para su primera competición solemne como *Magister.* Para este juego —aquí residía la belleza de la idea— formaría la base de la estructura y las medidas el antiguo esquema ritual de Confucio para la construcción de la

Librodot

casa china, la orientación según las direcciones celestes, las puertas, tos muros de los espíritus, las relaciones, proporciones y ubicaciones de los edificios y los patios su ordenamiento según los astros, el calendario, la vida familiar, además del simbolismo y las reglas de estilo para el jardín. Una vez, estudiando un comentario de *I Ging,* el ordenamiento místico y la importancia y significación de estas reglas le parecieron casi una alegoría amable y llena de sentido sugestivo del cosmos y de la posición del hombre en el mundo; también encontró que este antiquísimo espíritu, místico y popular, en esta tradición de la construcción de la casa, se fundía maravillosamente, íntimamente en realidad, con el espíritu especulativamente sabio de mandarines y maestros. Se ocupó, sin dejar que se le escapara una palabra ciertamente, a menudo y con amor con la idea de este proyecto de juego, para poder tenerlo en su mente en realidad como un todo acabadamente elaborado; sólo desde su asunción al magisterio lo habían dejado a un lado. Ahora, en un segundo, su resolución estaba tomada: construiría su torneo solemne sobre esta idea china y Fritz debía comenzar enseguida con los estudios para la elaboración y los preparativos para su traducción en el idioma del juego, si sabia penetrar en el espíritu de esta idea. Sólo había un obstáculo: Tegularius no conocía el chino. Aprenderlo ahora, sería demasiado tarde. Pero con las indicaciones que le daría en parte Knecht, en parte la Casa de Estudios del Oriente asiático, Tegularius podía muy bien llegar al simbolismo mágico de la casa china con la ayuda de la literatura, porque en realidad no se trataba de filología. Eso sí, necesitaría tiempo, sobre todo en un ser mal acostumbrado y no todos los días dispuesto para trabajar, como era su amigo; sería conveniente, pues, emprender en seguida la labor; por lo tanto, advirtió sonriendo y agradablemente sorprendido, tenía perfectamente razón el prudente anciano *Magister* en su calendario de bolsillo.

Al día siguiente, como la hora de audiencias terminara temprano, hizo llamar a Tegularius. Éste acudió, hizo su reverencia con la expresión humilde y la leve sumisión a que se había acostumbrado con Knecht, y se quedó realmente sorprendido cuando el amigo que se había vuelto tan sobrio y serio y parco de palabras, le hizo un gesto de picardía con la cara y le preguntó:

—¿Te acuerdas todavía que una vez durante nuestros años de estudiantes tuvimos una disputa y no logré persuadirte de mi idea? Se trataba del problema acerca del valor y la importancia de los estudios del Oriente asiático, especialmente de los chinos, y yo quería convencerte para que frecuentaras un tiempo la Casa de Estudios y aprendieras el chino... Sí, ¿lo recuerdas? Bien, hoy lamento una vez más que no haya podido convencerte en esa oportunidad. ¡Qué útil sería ahora si supieras ese idioma! Podríamos hacer juntos el trabajo más maravilloso.

De esta manera bromeó todavía un poco con el amigo y acució su curiosidad, hasta que expuso su propuesta: deseaba comenzar pronto con la preparación del gran torneo y, si eso le agradaba, Fritz debía ejecutar gran parte de la tarea necesaria, del mismo modo que ayudó una vez a realizar el juego de competencia de Knecht para la fiesta, mientras él estaba entre los benedictinos. El otro lo miró casi incrédulo, profundamente sorprendido y agradablemente inquieto por el tono vivaz y la cara sonriente del amigo, que

Librodot

sólo había conocido últimamente como jefe y *Magister.* Conmovido y gozoso, no sintió solamente el honor y la confianza que expresaba la propuesta, sino que concibió y aferró ante todo el significado de esta hermosa actitud; era un intento de curación, un volverse a abrir de la puerta cerrada entre el amigo y él. Le dejó sin cuidado el reparo de Knecht por el idioma chino y se declaró sin más dispuesto a ponerse por entero a las órdenes del Venerable, en la elaboración de un juego.

—Bien —resumió el *Magister*—, te tomo la palabra. En determinadas horas volveremos a ser como antes colegas de trabajo y de estudio, como en aquellos días que me parecen tan lejanos, cuando luchábamos y trabajábamos en común en varios juegos. Me alegro, Tegularius. Y ahora, sobre todo, debes llegar a la comprensión perfecta de la idea sobre la cual quiero construir la combinación. Debes aprender y entender lo que es una casa china y lo que significan las reglas prescriptas para su construcción. Te daré una presentación para la Casa de Estudios del Oriente asiático; allí te ayudarán. O bien —se me ocurre algo más, algo mejor— podríamos intentar algo con el Hermano Mayor, el hombre del soto de los bambúes, de quien te hablé tanto una vez. Tal vez resulte poco digno de él o muy molesto vérselas con quien no entiende el chino, pero debemos intentarlo, sin embargo. Si él quiere, es capaz de hacer de ti un chino.

Se envió un mensaje al Hermano Mayor, invitándole cordialmente ser por unos días huésped del *Magister Ludí* en Waldzell, porque su cargo no le concedía el tiempo necesario para una visita; la invitación le explicaba el favor que deseaba de él. Pero el chino no dejó el soto de los bambúes, el mensajero en lugar de otra cosa trajo una carta pintada en caracteres chinos y que decía: “Sería mucho honor ver al gran hombre. Pero el ir lleva a inhibiciones. Para el sacrificio se emplean dos tacitas. El menor saluda al Venerable”. Después de esto, Knecht consiguió convencer al amigo no sin esfuerzo para que viajara hasta el soto de bambúes, para solicitar hospitalidad e instrucción. Pero el breve viaje no dio fruto alguno. El ermitaño del soto recibió a Tegularius con una cortesía casi sumisa, pero sin contestar una sola de las preguntas más que con amables sentencias en lengua china y sin invitarlo a quedarse, a pesar de la recomendación magníficamente pintada en hermoso papel por el *Magister Ludí.* Fracasado y casi molesto, Frite regresó a Waldzell, trajo como regalo para el *Magister* una hojita en la que estaba trazado con pincel un antiguo poema encima de Un pescadito dorado, y tuvo que buscar ayuda, a pesar de todo, en la Casa de Estudios del Oriente asiático. Aquí las recomendaciones de Knecht fueron más eficaces, se ayudó placenteramente al solicitante, enviado por un *Magister,* y muy pronto Tegularius estuvo tan perfectamente enterado acerca de su asunto, como era posible ignorando el chino, y en la idea de Knecht de colocar en la base de su plan el simbolismo de esa casa, encontró tal satisfacción que ya no le dolió su fracaso en el soto de bambúes y lo olvidó.

Cuando Knecht escuchó el informe del rechacado acerca de su visita al Hermano Mayor, y luego leyó para él solo el poemita del pescado de oro, lo emocionó el aura de este hombre y el recuerdo de aquella su permanencia en su chota cerca de los ondeantes bambúes y sus ejercicios con los tallos de milenrama, con la penetrante violencia de algo que le recordaba al mismo tiempo la libertad, sus días de estudioso, sus ocios, todo el pintoresco

Librodot

paraíso de los ensueños juveniles. ¡Qué bien supo ese valiente y caprichoso ermitaño retirarse y mantenerse libre, qué bien sabia mantener oculto al mundo su soto, de bambúes tan tranquilo, qué íntima y vigorosamente vivía en un mundo que se había tornado su segunda naturaleza, en un mundo limpio, un poco pedantesco pero sabio de cosas chinas, qué poderosamente apartado, concentrado y solo le mantenía envuelto la magia de su sueño de vida, año tras año, década tras década, y cómo había sabido convertir su jardín en China, su choca en templo, sus peces en divinidades y a él mismo en sabio! Con un suspiro se liberó Knecht de estos pensamientos. Él había ido por otro camino, mejor dicho, por otro camino había sido llevado, y ahora no quedaba mas que seguir recta y fielmente por la senda predestinada sin compararla con las de otros...

Junto con Tegularius proyectó y compuso en horas arrancadas a las tareas todo su juego y dejó al amigo toda la labor de consulta en el archivo y también el primero y el segundo planteo. Con este nuevo contenido, la amistad ganó otra vez vida y forma, distinta de la anterior, y también el juego en que trabajaban experimentó varios cambios y enriquecimientos por la originalidad y la muy aguda fantasía del "foráneo". Fritz pertenecía a la clase de gente nunca satisfecha pero sí capas de satisfacer, que alrededor de un ramo de flores ya preparado, o de una mesa ya tendida, lista y completa para cualquier otro, siguen ocupándose horas y más horas con inquieto cuidado en incansables toques amorosos, y del menor trabajo saben hacer una obra de la jornada, diligente y profundamente honrada. Y eso siguió ocurriendo también en los años sucesivos; el gran torneo solemne fue siempre obra de dos, y para Tegularius fue siempre también doble satisfacción mostrarse útil y aun indispensable para el amigo y maestro en tan importante asunto y vivir la presentación pública del juego como colaborador ignorado en la creación, pero bien conocido por la "selección".

Avaluado el otoño de ese primer año de función magistral, mientras el amigo estaba aún con los primeros estudios de las cosas chinas, el *Magister,* mientras repasaba un día rápidamente las anotaciones del diario de su cancillería, se encontró con una noticia: "El estudiante Petrus, de Monteport, llega recomendado por el *Magister Musicae;* trae saludos especiales del *Magister* anterior, solicita alojamiento y aso del archivo. Ha sido alojado en la casa de los estudiantes". Ahora bien, él podía dejar al cuidado de su gente del archivo al estudiante y su petición; eso ocurría casi diariamente. Pero los "saludos especiales del *Magister* anterior" se referían solamente a él. Hizo llamar al recién venido; era un hombre joven, reflexivo y ardiente en el aspecto, pero taciturno, y pertenecía evidentemente a la "selección" de Monteport, por lo menos las circunstancias de una audiencia del *Magister* le parecían familiares. Knecht le preguntó qué le había encargado el ex *Magister Musicae.*

—Saludos —contestó el estudiante—, muy cordiales y respetuosos saludos para vos, Venerable, y también una invitación.

Knecht invitó al huésped a sentarse. Eligiendo cuidadosamente las palabras, el estudiante continuó:

—El venerado ex *Magister,* como dije, me encargó ocasionalmente que os saludara de su parte. Al hacerlo, expresó el deseo de veros pronto, lo más pronto posible, al lado de él. Os invita y os encarece que le visitéis

Librodot

próximamente, suponiendo naturalmente que la visita pueda ser incluida en un viaje oficial y no os haga perder demasiado tiempo. En estos o parecidos términos fue formulado el encargo.

Knecht miró inquisitivamente al joven; seguramente era alguno de los protegidos del anciano. Prudentemente, preguntó:

—¿Cuánto tiempo piensas permanecer entre nosotros, en el archivo, *estudiosus?*

Y recibió la respuesta:

—Justamente, venerable Señor, hasta que yo vea que iniciáis el viaje hacia Monteport.

Knecht reflexionó.

—Está bien —dijo luego—.Y ¿por qué no me comunicaste textualmente lo que el ex *Magister* te encargó para mí, como había que esperar en realidad?

Petrus sostuvo con firmeza la mirada de Knecht y contestó lentamente, buscando siempre con cuidado las palabras, como si debiera expresarse en un idioma extranjero.

—No hubo, no hay encargo, Venerable —dijo—, y no hay texto alguno que repetir. Vos conocéis a mi venerado maestro y sabéis que fue siempre un hombre extraordinariamente modesto; en Monteport se cuenta que en su juventud, cuando era aún repetidor, pero considerado ya por toda la "selección" como predestinado a *Magister Musicae,* ésta le aplicó el apodo burlón de "El gran pequeño a su gusto". Y bien, esta modestia y no menos su piedad, su generosidad y su paciencia, desde que envejeció y al fin renunció al cargo, han crecido aún. Vos lo sabéis seguramente mejor que yo. Esta modestia le impediría solicitar una visita del Venerable, aunque la desea tanto. Es así, pues, *Domine,* que no he sido honrado con encargo alguno y, eso no obstante, obré como si lo hubiese recibido. Si fue error mío, vos podéis considerar el encargo inexistente tal como es en verdad... inexistente.

Knecht sonrió levemente.

—¿Y tu labor en el archivo del juego, *estudiosus?* ¿Fue mero pretexto?

—¡Oh, no! Debo extraer cierto número de claves, hubiera tenido que solicitar de todas maneras vuestra hospitalidad, dentro de poco. Pero me pareció conveniente apresurar un poco el breve viaje.

—Muy bien —asintió el *Magister,* ya serio otra vez—. ¿Está permitido preguntar la causa de este apresuramiento?

El jovencito cerró por un momento los ojos, con la frente arrugada, como si la pregunta le atormentara hondamente. Luego dirigió sus ojos inquisitivos y juvenilmente críticos, con desusada firmeza, al rostro del *Magister.*

—La pregunta no puede ser contestada, siempre que vos no resolváis expresarle más concretamente.

—Está bien, pues —exclamó Knecht—. ¿Es malo el estado de salud del ex *Magister?* ¿Causa preocupaciones?

El estudioso observó que a pesar de haberse expresado el *Magister* con la máxima calma, estaba cariñosamente preocupado por el anciano; por primera vez desde el comienzo de la conversación en su mirada algo sombría hubo un rayo de luz y su voz sonó más simpática y directa, como si

Librodot

se dispusiera finalmente a liquidar abiertamente lo que le importaba mucho.

—Señor *Magister* —contestó— tranquilizaos, el estado de salud del muy Venerable no es por cierto malo, fue siempre un ser ejemplarmente sano y sigue siéndolo, aunque la avanzada edad lo haya naturalmente debilitado mucho. No ocurre que su aspecto se haya alterado notablemente o que sus fuerzas hayan disminuido de pronto muy rápidamente; realiza cortos paseos, todos los días hace un poco de música y hasta hace pocos días antes dio lecciones de órgano a dos estudiantes, principiantes todavía, porque siempre prefirió en su torno a los más jóvenes. Pero el hecho de que desde pocas semanas haya despedido también a estos dos alumnos, es de todas maneras un síntoma que me llamó la atención, y desde entonces observé al venerable señor un poco más atentamente y formé mi composición de lugar a su respecto.... Éstas son las causas por las cuales estoy aquí. Si algo justifica mi modo de pensar y proceder, es la circunstancia de que yo mismo he sido discípulo del ex *Magister Musicae,* una suerte de discípulo preferido, si puedo decir así, y que su sucesor desde hace un año me ha asignado a él como una especie de *famulus*[28] y de compañía, encargándome con el cuidado de su existencia. Para mí fue un encargo muy grato, porque no hay ser humano para quien yo alimente tanta veneración y tanto apego como para mi viejo maestro y protector. Él me reveló el misterio de la música y me tornó capaz de servirle y de servir a la música, y todo lo que yo he adquirido en ideas, sentido de la Orden, madurez y normas íntimas, todo me vino de él y es su obra. Por eso desde un año o más casi, vivo por entero cerca de él, ocupado, sí, con algunos estudios y cursos, pero siempre a su disposición, compañero en la mesa, acompañante en sus paseos y en sus horas de música, y de noche, vecino separado solamente por una pared. En esta íntima vida en común pude observar muy exactamente los estados..., sí, de envejecer, de su envejecer físico, y algunos de mis cantaradas se permiten de vez en cuando comentarios compasivos o irónicos sobre la función sorprendente que cumple un joven como yo en su calidad de sirviente y compañero de existencia de un viejísimo señor. Mas ellos no saben —y fuera de mí nadie lo sabe tan bien— qué envejecer está deparado a este maestro, cómo se torna más débil y flojo físicamente poco a poco, toma cada vez menos alimento y regresa cada vez más cansado de sus breves paseos, sin estar enfermo sin embargo, y cómo al mismo tiempo en la quietud de su senectud se vuelve cada vez más espíritu, devoción, dignidad y sencillez. Si mi función como *famulus* o enfermero ofrece algunas dificultades, ellas residen únicamente en que el Venerable no quisiera ser servido ni cuidado, porque desea siempre sólo dar y nunca recibir o tomar.

—Te agradezco —dijo Knecht—, me complace muchísimo saber que al lado del Venerable está un discípulo tan rendido y agradecido. Pero dime finalmente en forma clara, dado que no hablas por encargo de tu maestro, por qué te importa tanto mi vista a Monteport.

—Vos preguntasteis con preocupación por la salud del señor *Magister Musicae* —contestó el joven—, porque mi insistencia os había sugerido ciertamente la idea de que pudiera estar enfermo y ser al fin hora de visitarle una vez más. Bien, creo realmente que es hora, antes de que sea tarde. Es

[28] *Sirviente, mucamo (el francés valet, en este caso).*

Librodot

cierto, no me parece que el Venerable esté cerca de la muerte, pero su forma de despedirse del mundo es sin duda muy rara. Desde hace unos meses, por ejemplo, ha perdido casi la costumbre de hablar, y aunque siempre prefirió un discurso breve a uno largo, ha llegado ahora a una brevedad y parquedad que me angustia un poco. Como cada vez más a menudo ocurría que me dejaba sin contestación si le dirigía la palabra o le preguntaba algo, pensé al comienzo que su oído comenzara a debilitarse, pero él oye tan bien como siempre, lo comprobé muchas veces. Tuve que suponer, pues, que estaría distraído y no lograría concentrar su atención. Pero tampoco ésta es una explicación suficiente. Más aún, hace mucho ya que está en cierto modo ausente y no vive totalmente entre nosotros, sino cada vez más en su propio mundo; así también visita cada vez menos a los colegas y menos los recibe; días enteros pasan sin que vea a nadie fuera de mí.

Y desde que esto comenzó, esta ausencia, este alejamiento, me esforcé por llevarle una vez todavía el par de amigos de quienes sé que él los amaba mucho. Si quisierais visitarle, *Domine,* sin duda le daríais un gran placer, le proporcionaríais una gran alegría, estoy seguro de ello, y vos hallaríais todavía en cierto modo el mismo ser que honrasteis y amasteis. Dentro de algunos meses, tal vez dentro de algunas semanas, su alegría y su goce por vos serán mucho menores, y hasta es muy posible que no os reconozca o no os preste atención siquiera.

Knecht se levantó, se acercó a la ventana y se quedó allí un rato mirando hacia afuera, respirando ávidamente. Cuando se volvió hacia el estudiante, éste también se había levantado, como sabiendo que la audiencia había terminado. El *Magister* le tendió la mano.

—Te expreso mi agradecimiento, Petrus —le dijo—. Sabrás que un *Magister* tiene toda clase de obligaciones. No puedo ponerme el sombrero en la cabeza y marcharme, todo tiene que ser preordenado y preparado. Espero poder estar pronto para pasado mañana. ¿Te bastará y terminarás para entonces tu labor en el archivo? ¿Si? Entonces te haré llamar, cuando sea el momento.

Y en efecto, Knecht emprendió el breve viaje pocos días más tarde, acompañado por Petrus hasta Monteport. Cuando al llegar allí entraron en el pabellón donde residía el ex *Magister,* en el medio del parque, como en una clausura estimuladora y tranquilísima, oyeron música que procedía de la habitación interior, una música delicada, sutil, pero firme en el compás y preciosamente alegre; allí estaba tentado el anciano y tocaba con dos dedos una melodía a dos voces; Knecht pensó en seguida que debía ser una página de los libros "bicinios"[29] de fines del siglo xvi. Se quedaron quietos hasta que la música concluyó; entonces Petras llamó a su maestro y le anunció que estaba de regreso y había traído consigo una visita. El anciano llegó hasta la puerta y los miró mientras saludaba. Este saludo sonriente del *Magister Musicae,* Un grato a todos, había estado siempre colmado de una cordialidad y una amabilidad infantilmente francas, generosas, resplandecientes; Josef Knecht las había visto por primera vez casi treinta años antes y había abierto su alma a este ser amigo y se la había entregado en aquella hora mañanera un poco cohibidora pero feliz de la salita de música. Había vuelto

[29] *Del latín bicinius (bis canere): de dos voces, de canto de dos.*

Librodot

a ver esa sonrisa muchas veces desde entonces y cada vez con profunda alegría y milagrosa emoción, y mientras el cabello gris del maestro amigo había ido encaneciendo poco a poco totalmente, mientras su voz se tornaba más queda, su apretón de manos más débil, su paso más fatigado, la sonrisa no había perdido nada en luminosidad y excitación, en pureza a intimidad. Y esta vez —lo vio claramente el amigo y discípulo no cabían dudas: el mensaje grandioso y conquistador de la sonriente cara del *Magister* ya retirado, cuyos ojos azules y cuyo delicado color de las mejillas se habían ido suavizando más y más con los años, no sólo era el antiguo y tantas veces observado, sino que se había tornado mucho más íntimo, misterioso e intenso. Sólo ahora, al saludar, Knecht comenzó realmente a comprender en qué consistía el interés del estudiante Petrus y también cómo él mismo resultaba ser el beneficiado, aunque creyera en un primer momento que hacia un sacrificio por ese interés.

Su amigo Carlos Ferromonte, que él visitó pocas horas más tarde —estaba a cargo de la tan famosa biblioteca de música, una gloria de Monteport—, fue el primero a quien habló de eso y nos conservó la conversación de ese día en una carta.

—Nuestro ex *Magister Musicae* —dijo Knecht— ha sido tu maestro y tú lo has querido mucho. ¿Le ves todavía a menudo?

—No —contestó Carlos—, es decir, lo veo a menudo, por ejemplo durante su paseo, cuando regreso justamente de la biblioteca, pero no le ha hablado desde hace meses. Se retrae cada vez más y parece ir perdiendo toda sociabilidad.

Antes nos ofrecía una velada para castalios de mi categoría, para sus repetidores de un tiempo, en cuanto son hoy funcionarios de Monteport; pero eso ha cesado ya desde un año a esta parte y fue para nosotros una gran sorpresa el que haya viajado para asistir a vuestra investidura en Waldzell.

—Sí —comentó Josef—, pero si lo ves a menudo aún, ¿no te ha llamado la atención ningún cambio en él?

—¡Oh, sí! Os referís a su buen aspecto, a su alegría, a su notable irradiación. Ciertamente, eso lo hemos observado. Mientras sus fuerzas declinan, esta leticia crece constantemente. Nos hemos acostumbrado a ella, pero os debe haber llamado la atención.

—Su *famulus* Petrus —exclamó Knecht— lo ve más a menudo que tú, pero no se ha habituado como dices. Vino por su propia iniciativa a Waldzell, naturalmente con plausible razón, para sugerirme esta visita. ¿Qué piensas de él?

—¿De Petrus? Es un buen conocedor de música, más tal vez de la clase pedantesca que de la genial, un hombre lento y de sangre pesada. Está rendido incondicionalmente a los pies del ex *Magister Musicae y* daría la vida por él. Creo que su servicio al lado del venerado señor, del ídolo, lo colma totalmente y que hasta podría considerársele como un poseso. ¿No tuvisteis vos también esta impresión?

—¿Poseso? Sí, pero este joven, creo, no está solamente poseído por una preferencia y una pasión, no está simplemente enamorado de su viejo maestro, sino que está casi hechizado por un fenómeno real y legítimo, que

Librodot

él ve mejor o comprende con los sentidos mejor que vosotros. Te contaré cómo lo vi yo. Llegué hoy a visitar al ex *Magister,* que no he visto desde unos seis meses y por las explicaciones de su *famulus* nada o muy poco esperaba para mí de esta visita; temí simplemente que el venerado anciano señor podría abandonarnos de repente muy pronto, y me apresuré a venir, para verle por lo menos por última vez. Cuando me reconoció y me saludó, su rostro se iluminó, pero no dijo más que mi nombre y me tendió la mano, y hasta ese movimiento y la misma mano me parecieron resplandecer; toda su persona, o por lo menos sus ojos, sus canas, su cutis claro rosado me parecieron lanzar una leve y fresca irradiación. Me senté a su lado y él despidió al estudioso con una simple mirada: entonces comenzó el diálogo más maravilloso que yo conocí en mi vida. Al principio, fue para mí algo en verdad muy extraño y opresivo y hasta vergonzoso, porque yo hablaba constantemente al anciano o le dirigía preguntas y a todo él contestaba solamente con una mirada; no podía darme cuenta de si mis interrogantes o mis noticias eran para él mero ruido molesto. Me confundió, me desilusionó y me cansó; me sentí torpemente insistente, me parecía que estaba demás; cualquier cosa que dijese al maestro, sólo recibía una sonrisa y una leve mirada. ¡Oh, si esas miradas no hubieran estado tan llenas de benevolencia y cordialidad, hubiera debido pensar que el anciano se divertía sin disimularlo a mi costa, de mis noticias y preguntas, de todo el inútil apresuramiento de mi viaje y de mi visita! Si, en el fondo, en el silencio y la sonrisa había esa intención; constituían realmente una defensa y una admonición, casi un reproche, pero lo eran de otra manera, en otro plano y en otro grado de intención, como si hubiesen sido quizá palabras irónicas. Debí agotarme y naufragar completamente, según me pareció, con mis pacientes y gentiles intentos para organizar una conversación, antes de que llegara a comprender que el anciano estaba acostumbrado a tener una paciencia, una perseverancia y una cortesía cien veces mayores que las mías. Eso puede haber durado un cuarto de hora o media hora, me pareció la mitad de un día; comencé a sentirme triste, cansado y desazonado y a arrepentirme de mi viaje; se me secó la boca. Allí estaba sentado el Venerable, mi protector, mi amigo, que desde que pude comprender poseyó mi corazón y mi confianza y nunca dejó una palabra mía sin contestación, allí estaba sentado y me oía hablar o no me oía siquiera, oculto por entero detrás de su luz y su sonrisa, detrás de su dorada máscara, atrincherado, inalcanzable, perteneciente a otro mundo con otras leyes, y todo lo que quería llegarle expresado por mí por nuestro mundo, corría por encima de él como la lluvia por encima de una piedra. ¡Finalmente —ya había perdido yo todas las esperanzas—, el anciano rompió el muro mágico, finalmente me ayudó, finalmente dijo una palabra! Fue la única palabra que le oí pronunciar hoy. “Te cansas, Josef”, me dijo quedamente y con la voz llena de emotiva amabilidad, de conmovedora preocupación que tú conoces. Y fue todo. “Te cansas, Josef. Como si me hubiera visto, dedicado largo tiempo a una tarea esforzada y quisiera ponerme en guardia. Pronunció las palabras con un leve esfuerzo, como si no hubiera usado más los labios para hablar desde mucho tiempo atrás. Al mismo tiempo, puso su mano sobre mi brazo, era liviana como una mariposa; me miró hondo en los ojos y se sonrió. En ese momento estaba yo vencido ya, reconquistado. Algo de su alegre calma, algo de su paciencia y de su tranquilidad pasó a mi alma, a mi mente, y de

Librodot

pronto, me invadió la comprensión por el anciano y por el cambio realizado en su ser, lejos de los hombres y dirigido hacia la gran paz, lejos de los pensamientos y dirigido hacia la unidad. Comprendí lo que me estaba concedido contemplar; comprendí también esa sonrisa, esa luz; era un santo, un perfecto, el que me permitía vivir por una hora en su brillo, el que yo —charlatán— pretendía entretener, indagar y tentar a conversar. Gracias a Dios, la luz no apareció demasiado tarde para mí. Hubiera podido echarme y con eso repudiarme para siempre. Hubiera perdido así lo más maravilloso, lo más cordial que nunca conocí.

—Veo —dijo Ferromonte pensativo— que vos habéis hallado en nuestro ex *Magister Musicae* algo así como un santo, y es bueno que justamente vos me lo hayáis comunicado. Confieso que hubiera oído con la máxima desconfianza estas noticias, de labios de cualquier otro hombre. En el fondo, no soy afecto al misticismo, es decir, como músico e historiador, soy partidario pedante de las categorías puras. Como en Castalia no somos ni una congregación cristiana ni un monasterio hindú o taoísta, la inserción o catalogación entre los santos, es decir en una categoría meramente religiosa, no me parece admisible para nosotros y a otro que a ti... perdonad, a vos, *Domine,* reprocharía esta opinión como un desvío. Pero creo que vos no tenéis siquiera la intención de iniciar un proceso de canonización a favor de nuestro venerado ex *Magister;* no habría en nuestra Orden ni las autoridades necesarias para ello. No, no me interrumpáis, hablo en serio, no me atrevería absolutamente a bromear. Me habéis contado una vivencia y yo debo confesar que me he avergonzado un poco, porque el fenómeno por vos descripto no se nos ha escapado ni a mis colegas de Monteport ni a mí, pero nos limitamos a observarlo y luego le prestamos poca atención. Me explica la causa de mi fracaso y de mi indiferencia. El que el cambio del ex *Magister* haya llamado tanto vuestra atención, hasta seros sensacional, mientras yo apenas lo noté, se debe naturalmente a que el tal cambio os apareció inesperadamente y como resultado definido, mientras que yo he sido testigo de su lento desarrollo. El ex *Magister* que visteis hace meses y el que habéis visto hoy, son distintos entre sí, mientras que nosotros tan cercanos encontramos alteraciones apenas visibles entre un encuentro y otro, no muy distanciados. Mas, lo confieso, la explicación no me satisface. Si ante nuestros ojos se realiza algo así como un milagro, aunque sea tan queda y lentamente, deberíamos estar sorprendidos más fuertemente de lo que me ocurrió, sobre todo no existiendo prevención. Y aquí encuentro la causa de mi torpeza; no estaba prevenido. Sucedió que no noté el fenómeno, porque no quería verlo. Observé, como todos, su creciente retraimiento, su silencio cada vez más estricto, y al mismo tiempo el aumento de su amabilidad, el brillo cada vez más claro y nada físico de su rostro, cuando al encontrarnos retribuía silenciosamente mi saludo. Naturalmente, esto lo noté y lo notaron todos. Pero me cuidé mucho de ver más en ello, y no por falta de respeto por el anciano maestro, sino en parte por cierta resistencia contra el culto de las personas y la adulación en general, en parte por repugnancia precisamente ante la adulación en casos especiales, es decir, ante la suerte de culto que el *estudiosas* Petrus rinde a su maestro e ídolo. Esto lo comprendí claramente sólo durante vuestra narración.

—Éste fue de todos modos —dijo riendo Knecht— un recurso para descubrir para ti mismo tu antipatía por el pobre Petrus. Pero,

Librodot

vamos a ver. ¿Soy yo también un místico y un adulador? ¿Rindo yo también, culto prohibido a personas y santos? ¿O admites para mí lo que no concedes al *estudiosus,* vale decir, que alga hemos vivido y sentido, no ciertamente sueños y fantasías, sino un fenómeno real y objetivo?

—Es natural que os lo conceda —contestó Carlos lentamente, pesando las palabras—, nadie dudará de vuestra vivencia ni de la belleza o alegría del ex *Magister,* en la que se podría no creer sonriendo. El problema es solamente éste: ¿Qué hacemos con el fenómeno, cómo lo denominaremos, cómo lo explicaremos? Suena a pedantería escolástica, pero los castalios somos sin más gente de escuela, y si deseo catalogar y denominar vuestra y nuestra vivencia, no es porque quiero resolver su realidad y hermosura mediante la abstracción y la generalización, sino porque anhelo describirlas y establecerlas lo más claramente, lo más exactamente que sea posible. Cuando durante algún viaje oigo silbar o cantar a un campesino o a un niño una melodía, dondequiera que sea, es para mí una vivencia si yo no la conocía, y cuando trato de anotar en seguida lo más exactamente posible la tal melodía, no es para eliminarla ni despreciarla, sino para honrarla y perpetuarla, como la sentí.

Knecht asintió amablemente.

—Carlos —dijo—, es una lástima que nos podamos ver tan raramente. No todos los amigos juveniles son los mismos, cuando se los vuelve a encontrar. He venido a verte con mi narración del anciano *Magister,* porque aquí en este lugar eres el único a quien me importaba comunicar y participar todo esto. Pero debo dejar librado a tu criterio lo que quieras hacer con mi narración y cómo quieras denominar el estado iluminado de nuestro amigo y maestro. Me alegraría si lo visitaras y quisieras permanecer un momento en su *aura.* Su estado de gracia, perfección, plenitud, sabiduría de la edad o beatitud, o como quieras llamarlo, puede pertenecer a la vida religiosa; aunque los castalios no tenemos ni confesión ni iglesia, la piedad no nos es desconocida; justamente nuestro ex *Magister Musicae* fue siempre en todo y por todo un hombre piadoso. Y como hay noticias de bienaventurados, perfectos, luminosos e iluminados en muchas religiones, ¿por qué no debería también nuestra piedad castalia llegar alguna ver a ese florecimiento? … Se ha hecho tarde, hubiera debido acostarme ya, mañana debo partir de madrugada. Espero poder volver pronto. Deja, sin embargo, que te cuente mi historia hasta el final. Cuando, pues, me dijo: “Te cansas”, logré finalmente desistir de mis esfuerzos para iniciar una conversación y no sólo calmarme, sino también desviar mi voluntad de una meta falsa, la de indagar a este taciturno máximo con palabras y preguntas y aprovecharme de él. Y desde el instante en que renuncié y lo dejó todo en sus manos, todo marchó a las mil maravillas. Luego podrás sustituir mis expresiones con otras más de tu gusto, pero ahora escúchame, aunque parezca inexacto o altere las categorías. Estuve con el anciano una hora, tal vez hora y media; no puede expresarse en palabras lo que pasó o se intercambió entre nosotros. Quebrada mi resistencia, sólo asentí que él me cobijaba en su serenidad, en su alegría, porque nos envolvió realmente el gozo, la quietud maravillosa. Sin que hubiese meditado a sabiendas, fue en cierta medida una meditación muy afortunada y bienhechora, cuyo tema hubiera podido ser la existencia del ex *Magister.* Le vi o le sentí y percibí el curso de su evolución desde el

Librodot

momento en que me encontró por primera vez, siendo yo niño, hasta el día de hoy. Era una vida de entrega y labor, pero libre de coerción, libre de ambición y colmada de música. Y se desarrollaba de manera tal como si él, músico y maestro, hubiera elegido la música como una de las vías para alcanzar la suprema meta del hombre, la libertad interior, la pureza, la perfección, y desde entonces no hubiese hecho otra cosa que dejarse empapar cada vez más por la música, trasformar, iluminar por ella, desde las expertas e inteligentes manos de clavecinista y la rica enorme memoria de músico hasta todas las partes y los órganos de su cuerpo y de su alma, hasta el pulso y el aliento, hasta el sueño y el ensueño, y fuera ya sólo un símbolo, más aún, una forma fenoménica, una personificación de la música. Por lo menos sentí como música lo que irradiaba de él o lo que ondeaba entre él y yo como en rítmica respiración; música esotérica, enteramente inmaterial ahora, que aferra a quien penetra en el círculo mágico como en un canto de muchas voces incorpora una voz nueva que llega. Para quien no fuera músico, la gracia hubiera sido percibida tal vez con otros aspectos; un astrónomo, por ejemplo, hubiera visto quizá girar la luna alrededor de un planeta, o un filólogo se hubiera oído llamar en una lengua primitiva mágica, capaz de expresarlo todo. Pero basta ahora, me despido de ti. Fue un grato placer para mi, Carlos.

Hemos narrado con cierta amplitud este episodio, porque el *Magister Musicae* tuvo muy importante lugar en la vida y el alma de Knecht; nos ha llevado y aun tentado a hacerlo la circunstancia de que la conversación de Knecht con Ferromonte ha llegado hasta nosotros en una carta de puño y letra de este último. Acerca de la transfiguración del ex *Magister Musicae,* es esta carta seguramente el documento más antiguo y fidedigno; más tarde se tejieron sobre el tema leyendas e interpretaciones.

Librodot

CAPÍTULO VIII
LOS DOS POLOS

EL torneo anual, conocido aun hoy por el "Juego de la casa china" y citado a menudo, dio a Knecht y a su amigo los frutos de su labor y a Castalia y a las autoridades la comprobación de que con la promoción de Josef al cargo supremo se había procedido con excelente criterio. Una vez más Waldzell, el *Vicus Lusorum* y la "selección" vivieron un brillante y fascinante periodo festivo; ciertamente, hacia años que el torneo no había sido un acontecimiento parecido a éste, en el cual el *Magister* más joven y discutido debía presentarse por primera vez en público y aquilatarse, y donde además Waldzell debía resarcirse de la pérdida y el fracaso sufridos el año precedente. Esta vez, nadie estaba enfermo y no presidía angustiosamente la gran ceremonia un representante intimidado, espiado fríamente por la vigilante malevolencia y la constante desconfianza de la "selección", apoyado solamente por funcionarios con los nervios en rebelión, fieles, pero sin iniciativa. Callado, inaccesible, Sumo Sacerdote por entero, figura dirigente vestida de blanco y oro en el solemne tablero de los símbolos, el *Magister* celebró la obra de su cerebro en colaboración con el amigo: irradiando calma, energía y dignidad, lejos de todo llamamiento profano, apareció en el salón de fiestas en medio de sus numerosos ministrantes, abrió el acto en cada juego con los ademanes del rito, escribió bellamente con brillante estilete de oro signos y más signos sobre una tablilla delante de él, y apenas aparecían los mismos signos en la escritura del juego, aumentados cien veces, en la gigantesca tabla de la pared posterior del salón, fueron deletreados por mil voces susurrantes, anunciados en voz alta por los locutores, enviados lejos por el país y el mundo por los teléfonos, y cuando al final del primer acto, conjuró en la tabla la fórmula que resumía el todo, dio las reglas para la meditación con gesto incitante y persuasivo, dejó el estilete y, sentándose, se colocó en la postura ejemplar para el ensimismamiento, no se sentaron solamente en el salón, en el *Vicus Lusorum* y en Castalia los devotos creyentes del juego de abalorios para la misma meditación, sino también afuera lejos en muchos lugares de la tierra, y así permanecieron hasta el momento en que en la sala el *Magister* volvió a levantarse. Todo fue como había sido tantas otras veces, y, sin embargo, resultó impresionante y nuevo. El mundo del juego, abstracto y aparentemente eterno, fue lo bastante elástico como para reaccionar en cien matices en el espíritu, la voz, el temperamento y hasta la caligrafía de una personalidad, la personalidad lo suficientemente grande y culta para no considerar sus ideas más importantes que la inasible norma propia del juego; ayudantes y compañeros de juego de la "selección" misma obedecieron como soldados bien adiestrados y, a pesar de esto, cada uno de ellos, aunque sólo realizara en el conjunto las reverencias o ayudara a tender la cortina alrededor del maestro en meditación, parecieron cumplir su propio juego, un juego vivo de su personal inspiración. Mas desde la muchedumbre, desde la gran comunidad que llenaba el salón y a todo Waldzell, desde las mil almas que sobre las huellas del maestro seguían el curso fantásticamente hierático en las infinitas colocaciones polidimensionales del juego, llegó a la fiesta el acorde básico, el bajo de campanas con su profundo temblor, la mejor y casi

Librodot

la única vivencia de la solemnidad para los miembros infantiles de la comunidad; acorde sin embargo, que sintieron con respetuoso estremecimiento también los experimentados virtuosos del juego y los críticos de la "selección", desde los ministrantes y funcionarios hasta los altos jefes y maestros.

Fue una fiesta nobilísima; también los enviados de fuera lo sintieron íntimamente y lo anunciaron, y más de un novicio fue conquistado en esos días para siempre por el juego de abalorios. Notables fueron las palabras con que Josef Knecht resumió su experiencia con su amigo Tegularius, al final de los diez días del torneo.

—Podemos estar satisfechos —dijo—. Sí, Castalia y el juego de abalorios son cosas maravillosas, algo casi perfecto. Sólo que son tal vez demasiado grandes, demasiado bellas; son tan hermosas que apenas pueden ser observadas sin que se tema por ellas. No es agradable pensar que ellas también, como todas las cosas, un día perecerán .. Y hay que pensar en eso, a pesar de todo.

Estas palabras llegadas hasta nosotros obligan al biógrafo a acercarse a la parte más delicada y misteriosa de su cometido, de la que se hubiera mantenido alejado gustoso todavía, para llevar a término con la tranquilidad y la comodidad que conceden al escritor estados claros y unívocos, su relato de los triunfos de Knecht, su ejemplar dirección funcional y su brillante apogeo vital. Sólo que nos parecería equivocado y nada ajustado a nuestro objetivo no reconocer, no señalar la dualidad o bipolaridad en la vida y el ser del venerado maestro allí también donde para nadie fue visible, exceptuando a Tegularius. Más aún, nos proponemos admitir y afirmar desde ahora esta división o, mejor dicho, esta incesante y pulsante bipolaridad del alma de Knecht, como lo original y propio y distintivo en el ser del venerable señor. No le resultaría muy difícil a un autor que creyera permitido escribir la biografía de un *Magister* castalio solamente en el sentido de una vida de santo *ad majorera gloriam Castaliae*[30] presentar la descripción total de los años de magisterio de Josef Knecht —exceptuando únicamente sus últimos instantes— como una glorificada enumeración de méritos, actos de deber y triunfos. La vida y la dirección de las tareas a su cargo de parte de cualquier *Magister Ludí,* sin excluir aquel Ludwig Wassermaler de la época más amante del juego en Waldzell, no puede presentarse a la mirada del historiador que se atiene solamente a los hechos documentados, en forma menos censurable y más digna de loas que la vida y la actuación directa del *Magister* Knecht. Sin embargo, su labor como director y jefe concluyó de manera totalmente desacostumbrada y sensacional y, para más de un crítico, escandalosa, y ese final no fue ni acaso ni accidente, sino que resultó por completo consecuente y es también deber nuestro demostrar que no está en absoluto en contradicción con los brillantes resultados y los gloriosos servicios del Venerable. Knecht fue un administrador noble y ejemplar, un perfecto representante de su alto cargo, un maestro del juego de abalorios sin mancha alguna. Pero Josef vio y sintió el esplendor de Castalia a la que servía como una grandeza amenazada y desvaneciente; no vivió en ese esplendor ingenua e irreflexivamente como la gran mayoría de sus

[30] *Para mayor gloria de Castalia (a imitación de la religiosa: ad majorem Dei gloriam).*

Librodot

conciudadanos castalios, sino que supo su origen y su historia, lo percibió como esencia histórica, sometida al tiempo y lamida y sacudida por las olas de su poder despiadado. Este despertar a la sensación viva del devenir histórico y a esa percepción de la propia persona y de la propia actividad como célula compulsora y colaboradora en la corriente del devenir y trasformarse, había madurado en él y alcanzado conciencia a través de sus estudios de la historia y por la influencia del gran *Pater Jakobus,* pero la disposición y las semillas o los gérmenes para eso habían existido desde mucho antes, y lo puede comprobar fácilmente aquel para el cual la personalidad de Josef Knecht cobre vida, aquel que encuentre las huellas de la originalidad y el sentido de esta vida.

El hombre que en uno de los días más brillantes de su existencia, al final de su primer torneo solemne, después de una manifestación insólitamente feliz e impresionante del espíritu de Castalia, dijera; "No es agradable pensar que Castalia y el juego de abalorios perecerán también ... y hay que pensar en eso a pesar de todo", este hombre, aun cuando no era todavía un iniciado en la historia, tuvo muy temprano un sentido del mundo, un sentido universal, familiarizado con lo pasajero de todo lo que es y lo problemático de todo lo creado por el espíritu humano. Si nos remontamos a sus años de la infancia y la escuela primaria, encontramos la noticia de que sentía una profunda inhibición, una amarga intranquilidad, cada vez que en Eschholz desaparecía un condiscípulo que hubiese desilusionado a sus maestros y que la "selección" devolvía a las escuelas comunes. La tradición no nos habla de uno solo de estos rechazados que fuera amigo personal del joven Knecht; no era la pérdida, ni el rechazo ni la desaparición de las personas lo que le excitaba y oprimía con angustioso dolor. Era más bien el ligero sacudimiento experimentado por su fe infantil en la firmeza de la organización castalia, en su perfección, lo que le afligía instintivamente. El que hubiera niños y jovencitos a quienes había sido concedida la dicha, la gracia, de la admisión en las escuelas electas de la provincia, y éstos descuidaran y perdieran esa gracia, le causaba un estremecimiento, le atestiguaba el poder del mundo no castalio, porque había tomado su vocación como algo sagrado. Tal vez —no es posible demostrarlo— esos acontecimientos provocaban en el niño también las primeras dudas acerca de la infalibilidad de las autoridades de educación, hasta ese momento aceptada como dogma, dado que traían a Castalia constantemente alumnos que poco después se veían obligados a eliminar. Si esta idea pudo o no contribuir a la muy temprana iniciación en la crítica de las autoridades, no hace al caso; el desvío y el rechazo de un estudiante de selección fue considerado y sentido por el joven no solamente como una desgracia, sino como una inconveniencia, una odiosa mancha que sorprendía y cuya sola existencia era de por sí un reproche y además implicaba la responsabilidad de toda Castalia. Allí, creemos, reside la sensación de sacudimiento y trastorno propia de Knecht en su juventud, en tales ocasiones. Fuera de allí, detrás de los límites de la provincia, existía un mundo, una vida humana en contraste con Castalia y sus leyes, que no contaba con ellas en la organización y economía y que Castalia no podía dominar ni sublimar. Y naturalmente, conoció la existencia de ese mundo también con el corazón. Él también tenía impulsos, fantasías y deseos que contradecían a las leyes bajo las cuales estaba, impulsos e instintos

Librodot

cuyo dominio se lograba solamente poco a poco y costaba duros esfuerzos. Estos instintos, pues, en muchos estudiantes podían llegar a ser tan fuertes que resistían a todas las advertencias y los castigos, y devolvían a los réprobos desde el mundo selecto de Castalia a aquel otro mundo que estaba dominado no por la educación y el cuidado espiritual, sino por los impulsos naturales y que debía parecer a los que se esforzaban por alcanzar la virtud castalia, ora perverso mundo inferior, infierno en fin, ora lugar tentador de juego y alboroto. Desde generaciones atrás, muchas conciencias jóvenes conocieron el concepto del pecado, de la falta, en esta forma castalia. Y muchos años después, adulto, amante de la historia, Knecht tuvo que saber con mayor exactitud que la historia no puede surgir sin la sustancia y el dinamismo de este mundo pecador del egoísmo y de la vida instintiva, y que también creaciones tan sublimes como la de la Orden nacieron de este turbio fluir y serán devoradas otra vez por el mismo algún día. El problema de Castalia, pues, era lo que constituía la base de toda impulsión enérgica, de toda aspiración y vacilación, y eso no fue nunca para él mero problema filosófico, sino algo que le penetraba en lo más íntimo y de lo cual se sentía también responsable. Knecht era una de esas naturalezas que se enferman, se marchitan y mueren porque ven enferma y sufriente la idea creída y amada, la patria y la comunidad queridas.

Si seguimos el hilo, pasamos a los primeros años de Knecht en Waldzell, a sus últimos años de escuela, a su importantísimo encuentro con el alumno-huésped Designori, que hemos descripto ampliamente en su oportunidad y lugar. Este encuentro entre el ardiente adepto del ideal castalio y el hijo del mundo Plinio Designori no fue solamente una experiencia o vivencia violenta y de largo efecto posterior, sino también una aventura profunda, importante y simbólica, para el estudiante Knecht. Porque le fue entonces impuesto ese papel significativo y agotador, que, a pesar de su aparente casualidad, respondía tanto a su modo total de ser, que casi se puede decir que su vida posterior no fue más que una repetición de ese papel, un crecimiento cada vez más perfecto en el mismo, es decir, en el papel de defensor y representante de Castalia, como por ejemplo tuvo que hacer unos diez años más tarde frente al *Pater Jakobus y* siguió haciéndolo como *Magister Ludí* hasta el final; el papel de un defensor y representante de la Orden y sus leyes, siempre preparado sin embargo, y acuciado íntimamente para aprender del contrincante y fomentar no el enquistamiento y la rígida aislación de Castalia, sino su vivo juego de conjunto y su lucha con el mundo exterior. Lo que en parte fue juego apenas en la competición espiritual y oratoria con Designori, se convirtió en honda seriedad contra un amigo y adversario tan importante como *Jakobus, y* frente a ambos adversarios permaneció firme, se adecuó, aprendió de ellos, en la lucha y la disputa dio tanto como recibió, y en ambas ocasiones si no venció al contrincante —lo que desde el comienzo no era la meta de la competición—, supo obligarlo al honroso reconocimiento de su personalidad y del principio o ideal por él sustentado. Aunque la explicación con el sabio benedictino no llevara inmediatamente a un resultado práctico, el establecimiento de una representación semioficial de Castalia ante la Santa Sede pudo ser de mucho mayor valor de lo que sospechó la mayoría de los castalios.

Tanto por la disputada amistad con Plinio Designori como por la otra con el andino *Pater,* Knecht había logrado un conocimiento del mundo

Librodot

foráneo o por lo menos una idea general que seguramente pocos poseían en Castalia ciertamente, y recuérdese que Josef no tuvo ninguna otra relación mayor con ese mundo. Con excepción de su residencia en Mariafels, que en realidad no podía facilitarle un conocimiento real de la vida mundana, no había visto nunca esa vida ni la había compartido fuera de su temprana infancia, pero había alcanzado gracias a Designori, a *Jakobus y* al estudio de la historia una despierta intuición de la realidad, una intuición en gran parte instintiva y sólo unida a muy escasa experiencia personal, pero que le tornó más conocedor y abierto a la universalidad que la mayoría de sus conciudadanos castalios, exceptuando apenas las altas autoridades. Fue y siguió siendo siempre un castalio genuino y fiel, pero nunca olvidó que Castalia es una parte, una pequeña parte del mundo, aunque fuera la más valiosa y amada.

Y ¿qué pasaba con su amistad con Fritz Tegularius, el hombre de carácter difícil y problemático, el artista sublime del juego de abalorios, el angustiado y malcriado "mero castalio", para el cual durante su breve visita en Mariafels entre los agrios benedictinos todo fuera tan sospechoso y mísero, que le aseguró no poder resistir allí una semana, mientras el amigo había resistido perfectamente más de dos años, cosa de la cual estaba admirado? Acerca de esta amistad hicimos muchas hipótesis, muchas de ellas tuvieron que ser descartadas, algunas parecieron acertadas; todas ellas se refieren al problema que quiere establecer cuál fue la raíz y cuál el sentido de esta amistad de tantos años. Ante todo no debemos olvidar que en todas las amistades d*e* Knecht, exceptuando a lo sumo aquella con el benedictino, él no fue el que las buscó, las deseó y las necesitó. Josef atraía, era admirado, envidiado y amado, simplemente por su noble ser, y después de cierto grado de su "despertar" tuvo conciencia de este don. Así pues, ya en los primeros años de estudio, fue admirado y cortejado por Tegularius, pero siempre lo había mantenido a cierta distancia. Muchas pruebas nos demuestran, sin embargo, que tuvo siempre real solicitud por el amigo. Opinamos, pues, que lo que atraía a Knecht no era meramente la extraordinaria capacidad de Fritz, su impetuosa genialidad abierta precisamente a todos los problemas del juego de abalorios, sino que su fuerte y duradero interés, por sobre las facultades del amigo, comprendía en igual medida sus errores, sus deficiencias, su poca salud, es decir, aquello que en Tegularius era para los demás miembros de Waldzell molesto y a veces intolerable. Este ser admirable era tan castalio que todo su modo de ser hubiese sido inconcebible fuera de la provincia y tenia como premisa su atmósfera y su elevada cultura de tal forma que si no hubiese sido por su rareza y su quisquillosidad, se le hubiera podido definir como archivo castalio. Y a pesar de eso, este archicastalio se adecuaba poco a sus cantaradas, no era querido ni por ellos ni por los superiores y los funcionarios, incomodaba constantemente, chocaba siempre y sin la protección y la guía de su valiente y prudente amigo se hubiera perdido pronto. Lo que se denominaba su enfermedad era en el fondo más bien un vicio, una rebeldía, un defecto de carácter, es decir, un concepto, un modo de vivir, antijerárquico por excelencia, completamente individualista. Se adaptaba a la organización existente sólo hasta donde era necesario para ser simplemente tolerado en la Orden. Era un buen castalio, y hasta un brillante castalio en cuanto su espíritu resultaba incansable, insaciable y diligente en sabiduría y

Librodot

en el juego de abalorios; pero era un castalio muy mediocre y hasta malo por el carácter, por su posición frente a la jerarquía y a la moral de la Orden. Su defecto más grande era la indiferencia, el descuido de la meditación, que significaba la disciplina del individuo y cuyo ejercicio consciente hubiera podido curarlo perfectamente de su enfermedad nerviosa, porque en pequeño y particular lo hacía cada vez cuando era obligado por castigo por los superiores a severos ejercicios de meditación bajo vigilancia después de un período de mala conducta o de excitación y melancolía, recurso del que debió echar mano a menudo también el bondadoso Knecht, inclinado a perdonarle. No, Tegularius era un carácter terco, lunático, poco dispuesto a la disciplina, seria, cautivador por cierto por su vivaz espiritualidad en las horas de excitación, cuando burbujeaba su agudeza pesimista y nadie podía sustraerse a la audaz y a menudo sombría magnificencia de sus ocurrencias, pero en el fondo era incurable, porque no quería curarse, nada hacía por la armonía y la concordia, amaba solamente su libertad, el eterno período de estudiante, y prefería ser el dolorido por toda la vida, el descartado siempre, el molesto individualista, el loco genial, el nihilista, en lugar de subir hasta la jerarquía y alcanzar la paz por el camino de la disciplina. No le importaba la paz, le dejaba sin cuidado la jerarquía, poco le afectaban la censura y el aislamiento. ¡Componente muy incómodo e indigerible, pues, en una comunidad cuyo ideal es la armonía y el orden! Pero justamente por esta inadaptabilidad e indigeribilidad representaba en medio de un pequeño mundo tan iluminado y ordenado una constante y viva inquietud, un reproche, una advertencia, una alarma, un excitador de ideas nuevas, audaces, prohibidas, desmedidas, una oveja testaruda y desobediente en la majada. Y esto, creemos, fue lo que le conquistó el amigo a pesar de todo. Seguramente, en la relación de Knecht con él tuvo su papel también la compasión, el llamamiento del amenazado y casi siempre desdichado a todos los caballerescos sentimientos del amigo. Pero esto no hubiera bastado, ni después de la elevación de Knecht a la dignidad de *Magister* para conceder vida a esta amistad en una vida oficial recargada de labor, deberes y responsabilidad. Nos parece que, en la vida de Knecht, Tegularius no fue menos necesario que Designori y el *Pater* de Mariafels, como éstos elemento acicateante, ventanita abierta hacia nuevas perspectivas. En este amigo tan notable y raro, Knecht, a nuestro modo de ver, halló el representante de un tipo y con el tiempo tuvo conciencia de ello; un tipo que no existía aún fuera de esta figura única de precursor, vale decir, el tipo del castalio que él mismo podría llegar a ser, si la vida de Castalia no pudiera ser rejuvenecida y robustecida por nuevos encuentros e impulsos. Tegularius fue, como la mayoría de los genios solitarios, un precursor. Vivió realmente en una Castalia que no existía aún pero que podía existir mañana, en una Castalia más cerrada aún contra el mundo, degenerada íntimamente por el envejecimiento y la relajación de la moral meditativa de la Orden; mundo en el cual siempre serían posibles los más altos vuelos del espíritu y la más blonda dedicación a los nobles valores, donde empero una espiritualidad de fino desarrollo y libre acción no tendría otra meta que el goce egoísta de sus facultades sumamente perfeccionadas. Tegularius representaba para Knecht al mismo tiempo la encarnación de las supremas capacidades castalias y el signo premonitor de su desmoralización y su decadencia. Era maravilloso y valioso que existiera Fritz.

Librodot

Pero había que impedir la disolución de Castalia en un reino de ensueño poblado exclusivamente por *Tegularii.* El peligro de que se llegara a ello estaba lejos todavía, pero existía. La Castalia que Knecht conocía, sólo necesitaba elevar un poco más los muros de su distinguido aislamiento; bastaría solamente la decadencia de la educación de la Orden, un hundimiento de la moral jerárquica, y Tegularius no sería más un ejemplar único y raro, sino el representante de una Castalia en degeneración y ruina. La posibilidad, el comienzo o la disposición para esta caída, esta importantísima revelación y preocupación del *Magister* Knecht probablemente le hubiera llegado mucho más tarde o tal vez nunca, si a su lado y por él conocido con toda exactitud no hubiera vivido este castalio del porvenir. Era y fue para la despierta percepción de Josef un síntoma y un grito de alarma, como lo hubiera sido para un médico inteligente el primero de un ser atacado por una enfermedad todavía desconocida. Y Fritz no era, por cierto, un hombre del promedio general, sino un aristócrata, una capacidad de alto grado. Si la enfermedad aun ignota, visible por primera vez en el precursor Tegularius, lograse contagiarse y alterar la imagen del hombre castalio, si la provincia y la Orden aceptasen alguna vez la figura degenerada y enferma, estos castalios del porvenir no serían meros *Tegularius, no* poseerían sus valiosas dotes, su melancólica genialidad, su llameante pasión artística, sino que la mayoría de ellos ostentaría solamente su inseguridad, su inclinación a la decadencia, su carencia de disciplina, educación y sentido común. En horas de mucha preocupación, Knecht debe haber tenido estas sombrías visiones, estos turbios presentimientos, y para vencerlos tuvo que emplear en parte mucha meditación, en parte mucha energía en su labor cada vez creciente.

Justamente el caso de Tegularius nos muestra también un ejemplo muy bello e instructivo de la forma en que Josef se esforzaba en dominar, sin rehuirle, al problemático, al difícil, al enfermo que encontrar. Sin su vigilancia, su cuidado y su dirección educadora, su amigo se hubiera perdido temprano, sin duda se hubiera llegado por él a infinitas molestias y situaciones intolerables en el *Vicus Lusorum,* como no habían faltado del todo ya desde que pertenecía a la selección de jugadores. El arte con que el *Magister* supo no sólo mantener en el buen camino de manera aceptable a su amigo, sino también emplear sus dotes al servicio del juego de abalorios y acrecerlas en nobles labores, la prudencia y la paciencia con que soportó sus caprichos y rarezas y los venció con la constante invocación de lo valioso de su ser, debemos admirarlas como obra maestra del trato de los hombres. Tal vez sería tarea hermosa que podría llevar a sorprendentes comprobaciones —y quisiéramos recomendarla cordialmente a cualesquiera de nuestros historiadores del juego de abalorios—estudiar alguna vez exactamente en su originalidad estilística los torneos anuales del período oficial de Knecht y hacer el análisis de estos juegos llenos de dignidad, resplandecientes en sus ocurrencias y formulaciones preciosas, de estos juegos brillantes, rítmicamente tan originales y, sin embargo, muy alejados del virtuosismo egoísta, cuyo plan básico, como la construcción y la dirección de la escuela meditativa eran propiedad espiritual exclusiva de Knecht, mientras que el cincelado y la labor de taracea técnica se debía en máxima parte a su colaborador Tegularius. Estos juegos hubieran podido extraviarse y olvidarse, sin que la vida y la actividad de Knecht perdiese para la

Librodot

posteridad mucha de su fuerza de atracción, de su calidad ejemplar. Mas no se han perdido, para nuestra fortuna, están descriptor y conservados como todos los juegos oficiales y no yacen muertos en el archivo, sino que viven todavía hoy en la tradición, son estudiados por jóvenes discípulos, brindan gratos ejemplos para muchos cursos y muchos seminarios. Y en ellos se perpetúa vivo también aquel colaborador que de otra manera estaría olvidado o a lo sumo sería una extraña figura fantasmal del pasado, sobreviviente apenas en algunas anécdotas. De esta manera, por haber sabido asignar un "lugar y un campo de acción a su tan indisciplinado amigo Fritz, Knecht enriqueció con algo de valor elevado el patrimonio espiritual y la historia de Waldzell y aseguró al mismo tiempo a la figura y a la memoria del amigo cierta perduración, Recordaremos de paso a este respecto que en sus esfuerzos por el amigo, el gran educador tuvo conciencia de los recursos más importantes de tal influencia formativa. Estos recursos eran el amor y la admiración del amigo, que como una corte de su fuerte y armónica personalidad, de su señorío, el *Magister* no mereció solamente de Fritz sino también de muchos de sus colegas y discípulos y más que en su autoridad por el cargo, en ella se fundó para ser grande y tener la fuerza que a pesar de su manera bondadosa y conciliadora ejerció sobre tanta gente.

Sentía exactamente la eficacia de una palabra amable en el diálogo o en el conocimiento, de una reserva o de un desprecio. Uno de sus discípulos más atentos contó mucho más tarde que Knecht una vez no habló con él una sola palabra durante una semana en el curso y en el seminario, no le vio siquiera en apariencia, lo trató como el aire, *y* que éste fue en todos sus años de estudio el castigo más amargo y eficaz que conoció.

Hemos considerado necesarias estas observaciones y evocaciones, para llevar al lector de nuestra tentativa biográfica a que comprenda en este lugar las dos tendencias básicas con acción polarizante en la personalidad de Knecht, y prepararle a las últimas fases de esta vida tan rica, después que haya seguido nuestra descripción hasta la cumbre vital. Las dos tendencias fundamentales, los polos de esta vida, su Yin y su Yang, eran la de conservación, fidelidad y apego al desinteresado servicio de la jerarquía, y por otra parte, la tendencia al "despertar", al avanzar, al dominio y a la comprensión de la realidad. Para el Josef creyente y obediente la Orden, Castalia y el juego de abalorios eran algo sagrado e incondicionalmente precioso; para el otro Josef, que despertaba, veía claro y avanzaba, eran formas resultantes (a pesar de su valor), conquistadas, variables en sus modos vitales, expuestas al peligro del envejecimiento, de la esterilidad y de la decadencia, cuya idea permaneció siempre intocablemente sagrada para él, pero cuyo accidente del momento y cuyos estados ocasionales reconoció sin embargo, perecederos y necesitados de crítica. Él servía a una comunidad espiritual, cuya fuerza, cuyo sentido admiraba pero cuyo peligro veía en su inclinación a considerarse mero fin a sí misma, olvidada de su cometido y de su colaboración con el conjunto total del país y del mundo, y condenada a caer finalmente en una brillante separación cada vez menos fértil del conjunto de la vida.

Había presentido este peligro en aquellos primeros años cuando vaciló tanto, y tanto temió abandonar totalmente el juego de abalorios; había llegado a su conciencia en forma tan penetrante en las discusiones con los

Librodot

monjes y, sobre todo, con el *Pater Jakobus,* aunque defendiera tan valientemente a Castalia: había llegado a ser visible en síntomas tangibles cuando estuvo de nuevo en Waldzell y llegó a *Magister Ludí,* en la labor fiel pero alejada del mundo y meramente formal de muchas oficinas y de sus propios funcionarios, en la especialización espiritual pero orgullosa de sus repetidores del *Vicus Lusorum* y, no por último, en la figura emotiva y tremenda al mismo tiempo de su amigo Tegularius. Terminado el primer año pesado y difícil de su cargo, durante el cual no logró ganar para sí un poco de tiempo o de vida personal, privada, volvió a dedicarse a estudios históricos, se hundió por primera vez con los ojos abiertos en la crónica de Castalia y así se convenció de que las cosas no estaban como creía la conciencia de sí de la provincia, es decir, que sus relaciones con el mundo foráneo, la acción cambiante entre ella y la vida, la política, la cultura del país retrogradaban constantemente desde hacía algunas décadas.

Ciertamente, las autoridades de la educación tenían su voz ocasionalmente para asuntos escolares y culturales en el Consejo federal; ciertamente, la provincia proveía aún de buenos maestros al país, y ejercía su autoridad en todas las cuestiones de la instrucción pública; pero todo esto había tomado el carácter de la costumbre, de la rutina.

Cada vez menos y con menor entusiasmo se presentaban jóvenes de las diversas clases superiores de Castalia para el estudio voluntario *extra muros*[31]*;* cada vez menos, autoridades y aun individuos del país se dirigían a Castalia en busca de consejo, mientras en tiempos idos su voz, por ejemplo, había sido invitada y oída con agrado hasta en importantes problemas judiciales. Si se comparaba el nivel de cultura de Castalia con el del país, se veía que no se acercaban en absoluto, sino que se separaban alejándose en forma fatal: cuanto más cuidada, diferenciada y ultraculta se tornaba la espiritualidad castalia, tanto más tendía el mundo a dejar que la provincia fuera provincia, y en lugar de considerarla una necesidad, un pan cotidiano, a creerla casi un cuerpo extraño del cual se sentía orgulloso, un poco de orgullo como por una preciosidad antiquísima que por el momento se quería conservar como indispensable, de la cual sin embargo, se prefería mantenerse alejados, y a la cual, sin saberlo exactamente, se atribuía una mentalidad, una moral y un egoísmo que no concordaran ya plenamente con la vida real y activa. El interés de los conciudadanos por la vida de la provincia pedagógica, su participación en sus instituciones y sobre todo en el juego de abalorios estaban perdiendo terreno también, como la participación de los castalios a la vida y al destino del país. Había comprendido hacía mucho tiempo que allí residía el error, la deficiencia, y le apenaba que como *Magister Ludí* en su *Vicus Lusorum* tenía que vérselas solamente con castalios y especialistas. De allí su aspiración a dedicarse cada vez más a los cursos para participantes, su deseo de tener discípulos lo más jóvenes posible; cuanto más jóvenes, tanto más vinculados estaban todavía con el conjunto total del mundo y de la vida, tanto menos estaban amaestrados y especializados. A menudo sentía un ardiente deseo de mundo, de hombres, de vida verdadera, siempre que esto existiera aún afuera en lo desconocido. Algo de esta nostalgia y de esta sensación de vacío,

[31] *Foráneo (fuera de los muros, literalmente).*

Librodot

de vida en un aire demasiado enrarecido, ha llegado a ser sensible cada vez más para la mayoría de nosotros mismos, y esta dificultad es conocida también por las autoridades de educación; por lo menos de tiempo en tiempo ellas buscaron recursos para hacerle frente y satisfacerla y vencerla, aumentando el cuidado de los ejercicios y juegos físicos, como también mediante tentativas con labores manuales o en los parques. Si hemos observado bien, existe actualmente (desde días recientes) una tendencia de la dirección de la Orden hacia la eliminación de muchas especialidades que se consideran rebuscadas en el movimiento científico, y precisamente a favor de una intensificación de la práctica de la meditación. No se necesita ser escéptico ni pesimista y menos aún mal hermano en la Orden, para dar la razón a Josef Knecht, cuando mucho antes que nosotros consideró el aparato complicado y suprasensible de nuestra república como un organismo que envejece y necesita renovación en muchos aspectos.

Lo encontramos, como dijimos, dedicado a estudios históricos desde su segundo año de magisterio, y precisamente estuvo ocupado, además que con la historia de Castalia, sobre todo con la lectura de todos los pequeños y grandes ensayos redactados por el *Valer Jakobus* acerca de la Orden benedictina. Con el señor Dubois y un filólogo de Keuperheim, que en las sesiones del alto cuerpo actuaba como secretario, tuvo ocasión también de dar alas o renovar en conversaciones ese interés por la historia, lo que para él era siempre un grato placer. Ciertamente, faltaba esta oportunidad en su ambiente cotidiano y, en verdad, el disgusto por este ambiente ajeno a toda labor de historia lo encontraba encarnado en la persona de su amigo Tegularius. Hemos hallado entre otras cosas un apunte con alusiones a una conversación en la cual Fritz sostenía apasionadamente que para los castalios la historia era un objeto poco digno de estudio. Ciertamente, se podía hacer interpretación histórica, filosofía de la historia, muy espiritual y divertida, en caso necesario, muy patética: eso era una broma como las demás filosofías, y él no se oponía si resultaba agradable a alguno.

Pero la cosa misma, el objeto de esa broma, es decir, la historia, era algo tan odioso y al mismo tiempo tan vulgar y diabólico, tremendo y aburridor que no comprendía cómo fuese posible dedicarle atención y tiempo. Su contenido no era más que egoísmo humano, la lucha por el poder, eternamente igual, eternamente orgullosa en demasía de sí misma y en su autoglorificación; por el poder material, brutal, bestial, por algo, pues, que en el mundo ideal de Castalia no cabía y no tenía el menor valor. La historia universal es, sostenía, la narración interminable, sin alma, cansadora, del dominio de los débiles por los fuertes, y pretender relacionar la verdadera y real historia, la historia nada temporal del espíritu con esta tonta riña vieja como el mundo de los ambiciosos por el poder y de los aspirantes a un lugar bajo el sol y aun tratar de explicarla con ella, es realmente una traición al espíritu y le recordaba una secta muy difundida en el siglo XIX ó XX, de la que le hablaron una vez y que creía muy seriamente que los sacrificios ofrecidos a los dioses en los pueblos primitivos, juntamente con esos dioses, sus templos y mitos, eran como todas las otras cosas bellas las consecuencias de un caudal más o menos calculable de alimento y de trabajo, resultados de una tensión cotizada en salarios y costos de vida; que las religiones y las artes eran seudo-fachadas, ideologías presuntuosas de una humanidad ocupada solamente con el hambre y el alimento.

Librodot

Knecht, a quien la conversación divertía, preguntó de pronto si la historia del espíritu, de la cultura, de las artes, no era también historia y no estaba estrechamente relacionada con la restante. No, exclamó violentamente su amigo, él negaba justamente esto. La historia universal era una carrera en el tiempo, una carrera por la victoria, el poder, los tesoros, y en ella sólo importaba no perder el momento oportuno para aquel que tenía bastante fuerza, suerte o vulgaridad. Los hechos del espíritu, de la cultura, del arte en cambio son exactamente todo lo contrario, un estallido, una evasión de la esclavitud del tiempo, un deslizarse del hombre fuera de la inmundicia de sus instintos y de su inercia hacia otros planos, en lo eterno, en lo carente de tiempo, en lo divino, total y absolutamente nada histórico y aun antihistórico. Knecht lo escuchaba con placer y lo incitaba a nuevos desahogos, sin ironía; luego cortó el discurso del amigo, quedamente, con esta observación:

—¡Ten mucho cuidado con tu amor por el espíritu y sus actos! La creación espiritual es algo de que no podemos participar realmente como muchos creen. Un diálogo de Platón o un movimiento coral de Enrique Isaac y todo lo que llamamos acto espiritual u obra de arte o espíritu objetivo, son resultados finales, consecuencias últimas de una lucha por la iluminación y la liberación; son, quiero admitirlo, como tú los denominas, evasiones fuera del tiempo hacia lo no temporal, y en la mayoría de los casos esas obras son las más perfectas, cuando ya nada dejan sospechar de la lucha y el esfuerzo que las precedieron. Es una gran suerte que poseamos esas obras y los castalios vivimos casi exclusivamente de ellas; somos creadores solamente en reproducir; vivimos permanentemente en aquella esfera más allá de lo intemporal y lo pacífico, que nace justamente de esas obras y que ignoraríamos sin ellas. Y aun adelantamos más en lo desespiritualizado o, si tú quieres, en lo abstracto: en nuestro juego de abalorios desmontamos esas obras de los sabios y los artistas en sus partes, extraemos reglas estilísticas, esquemas formales, interpretaciones sublimadas y trabajamos con esas abstracciones como si fueran ladrillos. Está bien, esto es muy bonito, nadie te lo discute. Pero nadie puede respirar, comer y beber durante toda su vida meras abstracciones. La historia tiene una ventaja sobre lo que un repetidor de Waldzell considera digno de su interés: tiene que ver con la realidad, a ella se refiere y con ella se vincula. Las abstracciones son encantadoras, pero sostengo que es necesario también respirar aire y comer pan.

De vez en cuando, Knecht trataba de que le fuera posible hacer una breve visita al envejecido ex *Magister Musicae.* El venerable anciano, cuyas fuerzas declinaban visiblemente, y que había perdido ya por entero el uso de la palabra, persistió en su estado de alegre recogimiento hasta el fin. No estaba enfermo y su muerte no fue realmente un morir, sino una progresiva desmaterialización, un desaparecer de la sustancia corporal y de las funciones físicas, mientras que la vida se recogía exclusivamente cada vez más en los ojos y en la leve irradiación luminosa de la cara envejecida que se hundía. Para la mayoría de los residentes de Monteport este fenómeno era conocido y aceptado con respeto, pero sólo a pocos, como Knecht, Ferromonte y el joven Petrus, estaba permitido una suerte de participación en este esplendor del atardecer, en este irradiar de una vida pura y altruista.

Librodot

A estos pocos que entraban preparados y concentrados en el pequeño cuarto donde el viejo maestro estaba sentado en un sillón, les era concedido penetrar en este suave brillo del dejar de ser, sentir la plenitud vuelta algo sin palabras; como en un campo de rayos invisibles, permanecían durante momentos de felicidad en la esfera cristalina de esta alma, partícipes de una música ultraterrenal, y volvían luego con los corazones limpios y robustecidos a su jornada como desde una alta cumbre de montaña. Llegó el día en que Knecht recibió la noticia de su muerte. Partió de prisa y encontró al maestro dormido suavemente para siempre, tendido en su lecho, el pequeño rostro desvanecido y hundido como una runa de paz, un arabesco, una figura mágica ilegible ya y, sin embargo, elocuente en sonrisa, en acabada felicidad. En el entierro, después del *Magister Musicae* y de Ferromonte, habló también Knecht, y no habló del iluminado sabio de la música, del gran maestro, del bondadoso, inteligente y anciano miembro de la autoridad suprema, sino solamente de la gracia de aquella vejez y aquella muerte, de la inmortal belleza del espíritu, que se había manifestado en él para los compañeros de sus últimos días.

Por muchas indicaciones halladas, sabemos que tenía el deseo de escribir la biografía del ex *Magister,* pero sus funciones no le dejaron el tiempo necesario para esa labor. Había aprendido a conceder muy escasa importancia a sus propios deseos. Una vez dijo a un repetidor:

—Es una lástima que los estudiantes no conozcáis todo lo superfluo y profuso en que vivís. Pero lo mismo me ocurrió cuando era yo estudiante. Se estudia, se trabaja, no se está ocioso, se cree que se es diligente... pero apenas se siente todo lo que se puede hacer con esa libertad. Después interviene de repente una orden superior: uno es utilizado, recibe una misión, un encargo de enseñanza, un puesto, se eleva a otro superior y, sin darse cuenta, se halla apresado en una red de tareas y deberes, que se torna más apretada y tupida, cuanto más uno se mueve en ella. No se trata en realidad de verdaderas tareas, pero cada una debe ser realizada en su hora, y el día oficial, nuestra jornada, tiene más tareas que horas. Es bueno que sea así y no debe ser diversamente. Pero si entre aula, archivo, cancillería, locutorio, sesiones, viajes oficiales se recuerda por un segundo aquella libertad que se tuvo y se perdió, la libertad de los estudios amplios e ilimitados, de las tareas voluntarias, se siente una gran nostalgia y se piensa: teniéndola por un instante, se gozaría hasta el fondo de sus alegrías y posibilidades.

Tenía finísima sensibilidad para dar con las aptitudes de sus discípulos y funcionarios al servicio de la jerarquía: para cada misión, para cada puesto, elegía cuidadosamente las personas, y los testimonios y las características que él anotaba en un registro, comprueban una gran seguridad de criterio, para el cual valía siempre en primer término lo humano, el temperamento. Y cuando se trataba de juzgar y manejar caracteres difíciles, se le pedía a menudo consejo. Esto ocurrió, por ejemplo, con el *estudiosus* Petrus, el último alumno preferido del ex *Magister Musicae.* Este joven, de la categoría de los fanáticos tranquilos, se había demostrado excelente en su papel originalísimo de compañero, cuidador y adorador del Venerable. Mas cuando este papel terminó lógicamente con la muerte del ex *Magister,* Petrus cayó en una melancolía y en un dolor que se comprendió y por un tiempo se toleró,

Librodot

pero sus síntomas causaron muy pronto serias preocupaciones al jefe de Monteport, el *Magister Musicae* Ludwig. Petrus, en efecto, insistió tercamente en quedarse residiendo en el pabellón que fuera refugio de la senectud del muerto; custodiaba la casita, mantenía la instalación y el orden exacta y laboriosamente como antes, consideraba, en fin, el cuarto en que vivió y murió el desaparecido, junto con el sillón, el lecho de muerte y el clavecín, como un santuario intocable y que él debía defender y, fuera de esta penosa conservación de reliquias, no quería otra preocupación, otro deber que el cuidado del sepulcro donde descansaba su querido maestro. Se sentía llamado a dedicar su vida a un culto permanente del muerto en estos sitios recordatorios, a conservarlos, buen servidor religioso como lugares consagrados, a verlos convertidos tal vez en metas de peregrinaciones. Durante los primeros días después del sepelio se abstuvo de tomar alimentos, luego se limitó a minúsculas y contadas comidas, semejantes a aquellas de que se satisfacía el maestro en sus últimos meses; parecía como si se propusiera entrar de este modo en la sucesión del Venerable y seguirlo en la muerte. No pudo resistirlo por mucho tiempo y entonces pasó a proceder como si hubiera sido encargado de la administración de la casa y del sepulcro, guardián eterno de esos lugares memorables. De todo esto se desprendía claramente que el joven, deliberadamente y dueño desde mucho atrás de una situación privilegiada para él seductora, quería mantenerla en toda forma con el fin de no volver al servicio cotidiano, para el cual no se sentía desdichadamente dispuesto. “En resumidas cuentas, aquel Petrus que había sido asignado al difunto ex *Magister,* ha enloquecido”, decía breve y fríamente una corta misiva de Ferromonte. Naturalmente, el estudiante de música de Monteport nada tenía que ver con el *Magister* de Waldzell, no tenía ninguna responsabilidad en ese caso y, sin duda, no veía la necesidad de entrometerse en un asunto de Monteport, aumentando así sus tareas. Pero el desgraciado Petrus, a quien hubo que alejar por la fuerza del pabellón, no se calmó y se hundió con su dolor y sus trastornos mentales en un estado de aislamiento y ausencia de la realidad, en el cual no era posible aplicarle los correctivos habituales por infracciones disciplinarias, y como sus superiores conocían la bondadosa relación de Knecht con él, se originó en la cancillería del *Magister Musicae* un pedido de consejo e intervención, mientras se consideraba al rebelde como enfermo, por el momento, y se le mantenía en una celda de la enfermería en observación. Knecht aceptó lo decidido con bastante desagrado, pero después de meditar un poco y decidirse a un intento de ayuda, tomó el asunto en sus manos con enérgica resolución. Se ofreció a tener a su lado a Petrus, para Un experimento, con la condición de que se le tratase perfectamente, como una persona sana y se le dejara viajar solo; agregó una breve y amable invitación para el joven, en la que, si le era posible, le pedía una visita por un breve período, haciéndole comprender que deseaba recibir de él algunas informaciones acerca de los últimos días del ex *Magister Musicae.* El médico de Monteport accedió vacilando, se entregó la invitación al *estudiosus* y, como había previsto exactamente Knecht, que al desdichado en esa situación nada sería más grato y promisorio que un rápido alejamiento del lugar de su dolor, Petrus se declaró dispuesto prontamente al viaje, ingirió sin resistencia una abundante comida, recibió su pase y se puso en marcha. Llegó en un estado penoso a Waldzell; por indicación de Knecht se ignoró lo inestable y peligroso

Librodot

de su situación moral y se le alojó entre los huéspedes del archivo; así no se sintió tratado como un castigado o un enfermo, ni colocado en alguna manera fuera de la organización, y no estaba tan enfermo realmente como para no apreciar la agradable atmósfera de Waldzell y no aprovechar este camino de retorno a la vida que se le ofrecía. Ciertamente, causó bastantes molestias al *Magister* todavía en las largas semanas de ese destierro; Knecht lo hizo ocupar aparentemente, bajo vigilancia permanente, en anotaciones sobre los últimos ejercicios y estudios musicales de su *Magister,* completando esta tarea, de acuerdo con un plan, mediante pequeños trabajos manuales en el archivo; se le pidió, si disponía de tiempo, que diera una mano, porque había muchísimo que hacer y faltaban ayudantes. En fin, se ayudó al extraviado a hallar de nuevo su camino; cuando se hubo tranquilizado y se mostró visiblemente dispuesto para reintegrarse disciplinadamente a la vida castalia, Knecht comenzó en breves conversaciones a influir en él en forma directamente educativa y, al final, a destruir ese delirio por el cual creía que su culto idólatra por el desaparecido fuera algo posible y sagrado en la provincia. Mas como no podía vencer su miedo ante el retorno a Monteport, cuando pareció curado, se le proporcionó el cargo de ayudante del maestro de música en una de las escuelas inferiores de selección, donde se condujo respetuosamente.

Se podrían citar muchos ejemplos más de la actividad educativa y de cura de almas de Knecht, y no faltaron jóvenes estudiantes ganados a una vida en el verdadero espíritu castalio por la suave energía de su personalidad, de la misma manera en que fue ganado Josef por el *Magister Musicae.* Todos estos ejemplos no nos muestran al *Magister Ludí* como un temperamento problemático: todos son pruebas de buena salud y equilibrio. Eso sí, el amoroso cuidado del Venerable por caracteres débiles y amenazados como Petrus y Tegularius, parece indicar una atención y sensibilidad muy particulares para tales enfermedades o accidentes de los castalios, una atención nunca aquietada o apagada después del primer despertar, para los problemas y peligros innatos en la vida castalia. El no ver estos problemas por indiferencia o comodidad, como lo hace la mayor parte de nuestros conciudadanos, estaba muy ajeno de su claro y valiente modo de pensar y, probablemente, nunca adoptó la táctica de la mayoría de gas colegas de la dirección, que conocen por cierto la existencia de los peligros, pero los tratan fundamentalmente como si no existieran. Los veía y los conocía, en gran parte por lo menos, y su familiaridad con la prehistoria de Castalia le hacía considerar la vida entre los mismos como una lucha y afirmar y amar esta vida en peligro, mientras tantos castalios conciben su comunidad y su vida en ella solamente como un idilio. También a través de las obras del *Pater Jakobus* sobre la Orden benedictina se confirmó en la idea de la Orden como la de una comunidad militante y la de la piedad como posición de lucha. “No existe —dijo una vez— vida noble y elevada sin el conocimiento del demonio o de los demonios, y sin la lucha constante contra ellos”.

Entre los hombres que ocupan los supremos cargos aquí muy rara vez nacen amistades firmes y claras; no nos sorprende, pues, que Knecht no haya tenido relaciones de esta naturaleza con ningún colega en los primeros años de magisterio. Tuvo gran simpatía por el viejo filólogo de Keuperheim y

Librodot

un profundo respeto por la Dirección de la Orden, pero en esta esfera lo personal, lo privado, está casi tan completamente eliminado u objetivado, que exceptuando la colaboración oficial, apenas son posibles serios acercamientos o amistades. Pero también a esto debía llegar nuestro protagonista.

No tenemos a nuestra disposición el archivo secreto de la autoridad educativa; acerca de la situación y la actividad de Knecht en sus sesiones y votaciones sólo sabemos lo que puede deducirse de manifestaciones ocasionales que tuvo con amigos. No parece haber mantenido el silencio de su primer período magistral hasta más tarde, pero pocas veces actuó hablando mucho, si exceptuamos los casos en que fue proponente o iniciador. Particularmente documentada está la rapidez con que asimiló el tono del trato habitual dominante en la cumbre de nuestra jerarquía, y ostentó la belleza y la riqueza de sus ideas y su juguetona alegría en el empleo de esas formalidades. Es notorio que los personajes más elevados de nuestro mundo directivo, los maestros y los miembros de la Dirección de la Orden, discurren entre sí solamente en un estilo ceremonioso cuidadosamente medido, y entre ellos —no sabríamos decir desde cuándo— predomina la tendencia o la secreta prescripción o la norma de servirse tanto más estricta y atentamente de una pulida cortesía cuanto mayor es la diversidad de opiniones y más importantes son los problemas discutidos acerca de los cuales hay que manifestarse. Probablemente, esta cortesía heredada desde tan lejos, juntamente con otras funciones que pueda tener, vale también como una norma protectora: el tono sumamente cortés de los debates no sólo evita a las personas que discuten la caída en el apasionamiento y les ayuda a mantener la conducta perfecta, sino que protege y guarda además la dignidad de la Orden y de las autoridades mismas; las viste con el hábito talar del ceremonial y los velos de lo sagrado, y por eso mismo, este arte del cumplido tan ironizado por los estudiantes, tiene su justo y útil sentido. Antes de la época de Knecht, su predecesor, el *Magister* Tomás, había sido un maestro admirado en modo especial en este arte. No es posible en realidad considerar a Knecht como su sucesor en eso, y menos como su imitador; fue más bien discípulo de los chinos, y su forma de cortesía era menos aguda y además impregnada de ironía. Pero entre sus colegas se le consideró como insuperable en tal cortesía.

Librodot

CAPÍTULO IX
UN DIALOGO

EN nuestro intento, hemos llegado a un recodo del camino en que nuestra atención está totalmente ligada a la evolución que experimentó la vida del maestro en sus últimos años y que lo llevó a su alejamiento del cargo y de la provincia, a su paso a otro ciclo existencial y a la muerte. Aunque administró su cargo con fidelidad ejemplar hasta el instante de su despedida y gozó hasta sus últimos días del amor y la confianza de sus discípulos y colaboradores, renunciamos a continuar la reseña de su dirección magistral, porque lo vemos agotarse dentro de esas funciones y volverse hacia otras metas. Había sobrepasado el círculo de posibilidades que el cargo ofrecía al desarrollo de sus energías, para llegar al punto en que los grandes temperamentos abandonan el camino de la tradición y la obediente disciplina, e intentan (y se hacen de ello responsables) la novedad aún desdibujada y no vivida, confiando en supremas fuerzas innombrables.

Cuando tuvo conciencia de ello, examinó su situación y las posibilidades que permitieran alterarla, procediendo, eso sí, con cuidado y parquedad. En edad extraordinariamente temprana, se encontraba en la cumbre de lo que puede considerar deseable y digno de conquista un castalio bien dotado y ambicioso, y había llegado hasta allí no por orgullo y esfuerzo, sino sin codicia ni adaptación deliberada, casi contra su voluntad, porque hubiera satisfecho más sus deseos una vida de sabio oscuro, independiente, no sometido a los deberes oficiales de un cargo. No apreciaba de la misma manera todos los nobles bienes, ni la altas distinciones que le tocaron juntamente con la elevada dignidad, y algunas de tales distinciones o poderes le parecieron muy pronto casi desagradables. En realidad, consideró siempre como una carga la colaboración política y administrativa con las altas autoridades, sin dejar por eso de dedicarse a ella con menos conciencia de su deber. Y también su propia tarea, característica y singular para su posición, la de preparar una selección de perfectos jugadores de abalorios, aunque por temporadas le proporcionara mucha alegría y ella se sintiera orgullosa de su maestro, con el correr del tiempo tal vez llegó a ser para él más una carga que un placer. Lo que le daba alegría y satisfacción era el enseñar, el educar, y en eso había comprobado por experiencia que tanto el placer como el resultado eran mayores cuanto más jóvenes eran sus alumnos, de modo que le pareció deficiencia y sacrificio el que su cargo no tratara ya con niños, sino con jóvenes y adultos. Existían también otras consideraciones, experiencias y perspectivas que en el curso de sus años de *Magister* lo llevaron a situarlo en posición crítica frente a su propia actividad y a muchas cosas de Waldzell, o a hacerle sentir el cargo como un gran impedimento para el desarrollo de sus facultades mejores y más fructíferas. Mucho de esto es notorio, algunas cosas las suponemos. Tampoco nos extenderemos acerca de una cuestión bastante discutida, la de si el *Magister* Knecht tuvo realmente razón aspirando a la liberación de la carga de sus funciones, deseando una labor menos aparente pero más intensa, criticando la situación de Castalia, o si debe ser considerado como un precursor y un audaz luchador o una suerte de rebelde o aun de desertor; la disputa al respecto dividió por un tiempo a Waldzell y aun la provincia entera

Librodot

en dos bandos y no se ha acallado todavía del todo. Aunque nos declaramos agradecidos adeptos del gran *Magister,* no tomamos posición en este caso; la síntesis de aquella discusión de opiniones y juicios sobre la persona y la vida de Josef Knecht es ya una nota cultural y de algún modo está expuesta en nuestras páginas. Quisiéramos dejar a un lado los juicios y referir con la mayor veracidad posible la historia del fin de nuestro venerado maestro. Sólo que no se trata propiamente de una historia; nos parece merecer más exacto el nombre de leyenda, es decir, de una narración mezclada con noticias verdaderas y meros rumores, como justamente, fluyendo de fuentes claras y oscuras, circulan entre nosotros, los más jóvenes de la provincia.

En la época en que los pensamientos de Josef Knecht habían comenzado ya a dedicarse a la búsqueda de una vía que lo llevara a la libertad, volvió a ver inesperadamente una figura un día familiar y casi olvidada de su juventud, Plinio Designori. Este estudiante foráneo de un tiempo, hijo de una acreditada y antigua familia de la provincia, hombre influyente como diputado y escritor político, apareció de pronto un día en misión oficial ante la suprema autoridad de la provincia. Como cada dos años ocurría, se realizó una nueva elección de la Comisión gubernativa encargada de la fiscalización de la administración castalia, y Designori fue uno de los miembros de la nueva Comisión. Cuando se presentó por primera vez en tal calidad, se verificaba una sesión en el edificio de la Dirección de la Orden en Hirsland, a la cual asistía también el *Magister Ludí;* el encuentro hizo profunda impresión en Knecht y no quedó sin consecuencias, lo sabemos por Tegularius y luego por el mismo Designori, quien volvió a ser su amigo y aun su confidente, en este período de su vida para nosotros no muy claro. En ese primer encuentro después de décadas de olvido, el locutor presentó como de costumbre a los maestros los señores de la nueva Comisión estatal. Cuando nuestro *Magister* oyó el nombre de Designori, se sintió sorprendido y aun avergonzado, porque a la primera mirada no había reconocido al cantarada de su juventud, perdido de vista durante tantos años. Cuando entonces le tendió amablemente la mano, renunciando a la inclinación oficial y a la fórmula usual de saludo, le miró atentamente a la cara y trató de averiguar por qué cambios había podido escapar al reconocimiento de un viejo amigo. Y también durante la reunión, su mirada se posó a menudo en el rostro tan familiar un día. Designori, sin embargo, lo trató de "vos" y le dio el titulo de *Magister,* y Knecht tuvo que pedirle dos veces que empleara el antiguo trato y lo tuteara de nuevo, antes que aquél pudiera decidirse a hacerlo.

Knecht había conocido a Plinio como un jovencito ruidoso y alegre, comunicativo y brillante, como buen alumno y al mismo tiempo hombre de mundo, que se sentía superior a los jóvenes castalios tan poco mundanos y se divertía a veces en desafiarlos. No carecía tal vez de vanidad, pero era un ser franco, sin mezquindad, interesante, atrayente y digno de afecto para la mayoría de sus coetáneos, muchos aun fascinados por su hermoso porte, su trato seguro y el aroma de foráneo que le rodeaba como huésped e hijo del mundo. Años después, al final de su época estudiantil, Knecht volvió a verlo y le pareció más achatado, más rudo, casi despojado de su antiguo hechizo, y se sintió desilusionado. Se separaron confusos y fríos. Ahora parecía de nuevo otro. Ante todo había descuidado o perdido completamente su juventud y su vivacidad, su alegría comunicativa, su gusto por

Librodot

discutir e intercambiar opiniones, su modo de ser activo y conquistador. Como al encuentro del viejo amigo no reclamó la atención para sí, ni saludó el primero, como tampoco después de oír su nombre y su cargo de *Magister* se atrevió a usar el tú y sólo lo hizo por la insistencia cordial del amigo, también en su conducta, en su mirada, en su forma de hablar, los rasgos de su cara y sus ademanes, en lugar de la antigua combatividad, de la vieja franqueza, aparecía cierta reserva o opresión, un retenerse, un reservarse, una suerte de cohibición o de freno o tal vez solamente de cansancio. Estaba ahogado de esta manera el hechizo juvenil; casi apagado; pero tampoco existían más los rasgos de la superficialidad y de una ácida, inmatura mundanalidad. El hombre entero, pero sobre todo el rostro, parecía ahora desvanecido, en parte destruido, en parte ennoblecido por la expresión del sufrimiento. Y mientras el *Magister Ludí* seguía las discusiones, una parte de su atención permaneció dedicada constantemente a este fenómeno y lo obligó a meditar acerca de qué clase de padecimiento podía tratarse, que hubiese dominado y desdibujado en tal forma a este ser vivaz, hermoso y alegre de vivir. Le pareció un dolor extraño, para él desconocido, y cuanto más se entregaba Knecht a esta reflexión investigadora, tanto más se sentía atraído por simpatía y compasión hacia este ser sufriente, y a este afecto, a esta compasión se agregó un sentimiento más, como si él hubiera quedado debiendo algo a este amigo de su juventud de tan triste aspecto, como si tuviera algo de que indemnizarle. Después de haber concebido varias suposiciones acerca de la causa de la tristeza de Plinio y haberlas descartado, concibió una idea: el dolor en ese rostro no era de origen vulgar, era un dolor noble, tal vez trágico, y su expresión era de una característica desconocida en Castalia; recordó haber visto a veces semejante expresión en rostros no castalios, de hombres del mundo, eso sí, nunca tan marcada y atrayente. Conocía algo parecido en rostros de hombres del pasado, en retratos de algunos sabios o artistas, en los que podía deducirse una emotiva soledad, un duelo, un desamparo, entre conmovedor y enfermizo. Para el *Magister* que poseía tan delicado sentido de artista para los secretos de la expresión y de educador vigilante de caracteres, existían ya desde hacía mucho tiempo determinados signos fisonómicos en los que confiaba instintivamente aun sin hacer de ello un sistema; así había para él, por ejemplo, una forma especial castalia y una mundana de reír, sonreír y alegrarse, y por lo mismo una manera especialmente mundana de dolor o tristeza. Y creía reconocer esta tristeza mundana en el rostro de Designori y precisamente tan fuerte y claramente expresada como si ese rostro tuviera el propósito o la misión de ser el representante de mucha gente y mostrar el oculto sufrimiento, la secreta enfermedad de todos ellos. Ese rostro le inquietaba y le lastimaba. Le perecía no solamente muy significativo que el mundo hubiese enviado allí ahora a su casi perdido amigo y que Plinio y *Josef,* como un día en sus luchas oratorias escolares, representaran real y efectivamente el uno al mundo, el otro a la Orden; más importante y simbólico aún debió parecerle el que en esa cara asolada y sombreada por el dolor del mundo hubiese enviado a Castalia no por cierto su risa, su alegría de vivir, su goce del poder, su reciedumbre, sino su miseria, su dolor. Esto también le daba qué pensar y no le disgustó en absoluto el que Designori pareciera más bien evitarlo que buscarlo y sólo lentamente y con gran resistencia se rindiera. Por lo demás —y esto naturalmente ayudaba a

Librodot

Knecht—, su antiguo camarada de estudios, educado en Castalia, no era en esa Comisión, tan importante para Castalia, un miembro contrariado, susceptible y menos aún mal dispuesto, como hubo otros antes, sino que pertenecía al grupo de admiradores de la Orden, de protectores de la provincia, a la cual podía prestar más de un servicio. Eso sí, había renunciado al juego de abalorios desde mucho tiempo atrás.

No estamos en condiciones de informar muy exactamente de qué manera el *Magister* fue ganando poco a poco la confianza del amigo; cada uno de los que conocimos la tranquila alegría y la amable gentileza del maestro, puede imaginarlo a su gusto. Knecht no cejó en su empeño para conquistar a Plinio y, ¿quién se hubiera resistido a la larga, si él lo tomaba?

Finalmente, algunos meses después de aquel primer reencuentro, Designori aceptó su repetida invitación para una visita en Waldzell y ambos emprendieron viaje, un día de otoño con el cielo cubierto de nubes y desapacible por los vientos, a través de la región constantemente cambiante entre luz y sombra, hacia los lugares de su juventud escolar y de su amistad, Knecht calmo y contento, su acompañante y huésped silencioso, pero inquieto, temblando como los campos ya cosechados entre sol y sombra, entre el placer de volverse a ver y el dolor de haberse convertido en extraños. Cerca de la colonia bajaron del coche y recorrieron a pie los viejos caminos que caminaran juntos como estudiantes, recordaron a muchos camaradas y maestros y muchas conversaciones de aquellos lejanos días. Designori se quedó por un día como huésped de Knecht, que le prometiera dejarle asistir durante toda esa jornada como espectador a todos sus actos y trabajos oficiales. Al final de ese día —el huésped quería partir a la mañana siguiente muy temprano—, se sentaron juntos ellos solos en la habitación de Knecht, recobrada casi por entero la vieja familiaridad. La jornada en la que pudo observar de hora en hora al *Magister,* había causado al foráneo una gran impresión. Esa noche se originó entre ambos un diálogo, que Designori anotó en seguida que regresó a su casa. Aunque contiene en parte cosas sin importancia y puede interrumpir en forma molesta nuestra sobria descripción tal vez para más de un lector, queremos reproducirlo sin embargo, tal como aquél lo dejó consignado.

—Debía mostrarte tantas cosas y me lo proponía —comenzó el *Magister*—, pero no logré hacerlo. Por ejemplo, mi bonito jardín. ¿Recuerdas todavía el "jardín del *Magister"* y las plantaciones del maestro Tomás?... Sí, y del mismo modo tantas otras cosas... Espero que llegará también para eso el día y la hora. De todos modos, desde ayer has podido revivir muchos recuerdos y tienes ahora una idea de la clase de mis obligaciones oficiales y de mi jornada común.

—Te lo agradezco mucho —contestó Plinio—. Lo que es realmente vuestra provincia y qué notables y grandes secretos posee, comencé apenas hoy a sospecharlo de nuevo, aunque también durante los años de mi alejamiento pensé más en vosotros de lo que tú podrías suponer. Hoy me has concedido, Josef, que echara una mirada en tus funciones y en tu vida; espero que no será la última y que volveremos a hablar a menudo acerca de lo que he visto aquí y de aquello de que aún no puedo hablar ahora. En cambio entiendo perfectamente que tu confianza me obliga y compromete, y sé que mi reserva hasta este momento debe haberte extrañado... Pues, tú también me visitarás

Librodot

alguna vez y verás mi casa. Por hoy podré contarte muy poco, sólo lo suficiente para que sepas algo acerca de mí, y la confidencia, aunque sea para mí vergonzante y casi un castigo, me traerá por lo menos un poco de alivio... Tú lo sabes, desciendo de una vieja familia que mereció bien del país y alienta amistad para la provincia, una familia conservadora de terratenientes y altos funcionarios. Pero verás: ¡ya esta simple información me coloca al borde del abismo que te separa de mí! Digo "familia" y creo expresar con eso algo simple, lógico, natural y unívoco, pero ¿lo es? Vosotros en la provincia tenéis vuestra Orden y vuestra jerarquía, pero no tenéis familia, no sabéis lo que es familia, sangre, descendencia, no sospecháis el hechizo oculto y las poderosas fuerzas de aquello que llamamos familia. Y así ocurre en el fondo con la mayoría de las palabras y los conceptos con que se expresa nuestra existencia: los más que importan tanto para nosotros no son importantes para vosotros, muchísimos os son simplemente incomprensibles y otros significan cosas completamente diversas de las nuestras. ¡Y tendríamos que hablar y entendernos! Observa; cuando hablas conmigo, es como si me hablara un extranjero, pero un extranjero cuyo idioma aprendí en mi juventud y yo mismo hablé; comprendo casi la mayor parte de ese idioma. Pero lo contrario no es así: si yo te hablo, escuchas un idioma cuyas expresiones conoces sólo a medias y cuyos matices y vuelos ignoras; percibes historias de una existencia humana, de una forma de vivir que no es la tuya; lo más, aunque pudiera interesarte, te resulta extraño y, a lo sumo, semicomprensible. Recuerdas nuestros abundantes torneos oratorios y las conversaciones de nuestra época escolar; para mí no fueron otra cosa que una tentativa de armonizar el mundo y el idioma de vuestra provincia con los míos. Tú fuiste el más abierto, el más dispuesto y honrado de todos aquellos con quienes hice entonces mi tentativa; luchabas valientemente por los derechos de Castalia, pero sin ser indiferente por mi mundo distinto y sus derechos, y sin despreciarlos. En aquellos días llegamos bastante cerca uno de otro. Pero volveremos más adelante sobre este tema.

Como Plinio se callara un instante, pensativo, Knecht adelantó prudentemente:

—Tal vez no sea tan trágica la circunstancia de no poder comprender. Es cierto, dos pueblos y dos idiomas no podrán nunca comunicarse tan comprensible e íntimamente, como dos individuos que pertenecen a la misma nación y a la misma lengua. Pero éste no es un motivo para renunciar al entendimiento y a la comunicación. También entre compañeros de nación y lengua existen barreras que impiden una plena comunicación y un total entendimiento mutuo, barreras de cultura, de educación, de capacidad, de individualidad. Se puede afirmar que todo hombre en la tierra puede expresarse fundamentalmente con cualquier otro, y se puede sostener que no hay siquiera dos hombres en el mundo, entre los cuales sea posible una genuina comunicación, un íntimo entendimiento sin lagunas ... Ambas cosas son verdaderas y exactas. Es Yin y Yang. Es el día y la noche, ambas tienen razón, de ambos hay que acordarse de tiempo en tiempo, y te doy la razón en cuanto naturalmente yo tampoco creo que los dos podemos hacernos comprender mutuamente alguna vez en forma total y absoluta. Tú podrías ser un occidental y yo un chino, podríamos hablar distintos idiomas, pero si tenemos un poco de buena voluntad, podremos decirnos

Librodot

recíprocamente muchas cosas y, por encima de lo que pueda comunicarse exactamente, podremos adivinar e intuir muy mucho mutuamente. De todos modos, trataremos de hacerlo.

Designori asintió y prosiguió:

—Ante todo te contaré lo poco que debes saber para tener una idea de mi situación. En primer término, pues, está la familia, el poder supremo en la vida de un joven; él puede reconocerla o no, aceptarla o negarla. Con ella estuve en perfectas relaciones, mientras fui alumno interno de vuestra escuela de selección. Durante el año estaba muy bien con vosotros, durante las vacaciones era festejado y mimado en casa; no teníamos hermanos... Me sentía apegado a mi madre con un amor delicado y apasionado; la separación de ella era el único dolor que experimentaba al partir. Con mi padre me encontraba en una relación más fría pero amistosa, por lo menos durante la infancia y la primera juventud que pasé entre vosotros; era un viejo admirador de Castalia y estaba orgulloso de verme educado en las escuelas de la selección e iniciado en cosas tan sublimes como el juego de abalorios. Estos períodos de vacaciones en la casa paterna me resultaban a menudo verdaderamente estimulantes y festivos; la familia y yo no nos conocíamos en cierta manera más que en traje de fiesta ... A veces, cuando salía de aquí para casa, os compadecía porque os quedabais y no conocíais esa felicidad. No necesito hablar mucho de aquella época, tú me conociste mejor que nadie. Fui casi un castalio, un poco gozoso del mundo, inmaturo y superficial tal vez, pero lleno de dichosos impulsos, casi alado y entusiasta. Fue el período más feliz de mi vida, cosa que ni sospechaba entonces, porque en esos años de Waldzell aguardaba yo la felicidad y el apogeo de mi vida del momento en que volvería a la casa, absueltas vuestras escuelas, y. con la ayuda de la superioridad lograda entre vosotros, me conquistaría el mundo de allá. En lugar de esto, después que me separé de ti, comenzó para mí una disputa que dura aún y una lucha en la que no soy el vencedor... Porque la patria a la cual volví no se componía solamente de mi casa paterna ya y no había ciertamente esperado poder abrazarme y reconocer mi excelencia de castalio, y aun en la casa paterna hubo pronto desengaños, dificultades y notas falsas. Pasó un tiempo antes que yo lo sintiera, estaba protegido por mi ingenua confianza, por una fe infantil en mí mismo y en mi dicha, y también por la moral de la Orden que llevaba conmigo, por la costumbre de la meditación. Mas ¡qué desengaño y qué amargo despertar me trajo la Universidad donde quería estudiar materias políticas! El trato entre estudiantes, el nivel de su cultura general y de su sociabilidad, la personalidad de muchos profesores... ¡Qué distinto resultaba todo esto de lo habitual aquí! Recordarás cómo defendí mi mundo contra el vuestro y cómo me llené la boca a menudo alabando la vida primitiva, simple, la vida del mundo. Si merecía un castigo, amigo mío, he sido severamente castigado. Porque la tal vida instintiva, ingenua e inocente, esta infantilidad y esta genialidad no adiestrada del primitivo puede muy bien existir en algún lugar, tal vez entre los campesinos o los obreros o donde sea, pero nunca pude verla ni compartirla. Recordarás, ¿verdad?, cómo yo criticaba en mis discursos y charlas la ostentación y el exhibicionismo de los castalios, de esta casta orgullosa y afeminada por su espíritu clasista justamente y su soberbia de grupo selecto. Y bien, la gente del mundo, de mi mundo, no era menos orgullosa de sus maneras condenables, de su escasa cultura,

Librodot

de su agrio humor, de su tontamente astuta limitación a metas prácticas y egoístas; se creían no menos preciosos, gratos a los dioses y elegidos en su naturalidad de mente estrecha, como tal vez nunca pudo serlo el más afectado de los alumnos ejemplares de Waldzell. Se reían de mí o me golpeaban el hombro, muchos en cambio reaccionaban contra el extraño, el castalio, con el odio abierto y desnudo que alientan los vulgares contra todos los distinguidos y que yo estaba resuelto a aceptar como una distinción.

Designori hizo una pausa muy breve y lanzó una mirada a Knecht, inseguro de si no le cansaría. Su mirada encontró la del amigo y en él una expresión de profunda atención y amabilidad, que le hizo bien, lo tranquilizó. Vio que el otro estaba entregado totalmente a su franqueza, a su confidencia, que no escuchaba como se escucha una simple charla o aun una narración interesante, sino con la exclusividad y la entrega con la que uno se sume en la meditación y al mismo tiempo con una pura y cordial benevolencia, manifestada emotivamente en los ojos de Knecht, tan sincera y cariñosa y casi infantil le pareció. Y sintió una suerte de asombro al ver esa expresión en el rostro del mismo ser cuya múltiple actividad, cuya sabiduría oficial y verdadera autoridad había admirado durante todo el día. Aliviado, continuó:

—No sé si mi vida ha sido inútil, o fue solamente un malentendido, si tiene un sentido. Si lo tiene, sería tal vez que un solo hombre concretamente en nuestros días reconoció y sintió en carne propia una vez, muy clara, y dolorosamente, qué lejos está Castalia de su patria o, no lo discuto, a la inversa: cuánto y cómo nuestro país llegó a ser ajeno e infiel a su más noble provincia y a su espíritu, en qué amplitud se alejan en nuestra tierra alma y cuerpo, ideal y realidad, qué poco saben y quieren saber uno de otra. Si yo tenía en mi existencia un cometido y un ideal, eran el de hacer de mi persona una síntesis de ambos principios, el de llegar a ser entre ambos un mediador, un intérprete, un conciliador. Lo intenté y fracasé. Y como no puedo contarte ahora toda mi vida y tú no podrías tampoco entenderlo todo, te describiré solamente una de las situaciones que son características de mi fracaso. La dificultad de entonces, después de comenzar mis estudios en la universidad, no consistió tanto en vencer las burlas y los enconos que me alcanzaban por ser castalio, es decir, un joven ... ejemplar. Los pocos nuevos camaradas, para quienes mi origen en las escuelas de selección representaba una distinción y una sensación, me dieron más que hacer y me hundieron en la mayor perplejidad. ¡Oh, lo difícil, tal vez lo imposible, era seguir viviendo en sentido castalio en ese mundo! Al principio lo noté apenas, guardaba las reglas que había aprendido entre vosotros y por bastante tiempo parecieron servirme allí también, fortalecerme y protegerme; parecieron mantener mi vivacidad y mi salud interior y robustecerme en un propósito, el de desarrollar independientemente mis estudios en lo posible a la manera castalia, aplacar mi sed de saber y no dejarme obligar a un curso de estudios que sólo pretende especializar lo más estrictamente posible al estudiante en brevísimo plazo para ganarse el pan, y matar en él toda idea de libertad y universalidad. Mas la protección de que me proveyó Castalia resultó peligrosa y dudosa, porque yo no quería conservar mi paz del alma y mi meditativa tranquilidad de espíritu, resignándome y convirtiéndome en ermitaño, yo quería conquistar el mundo, comprenderlo, obligarlo también a comprenderme, quería afirmarlo y posiblemente renovarlo y mejorarlo, quería, en fin, fundir y conciliar en mi persona a Castalia y al

Librodot

mundo. Cuando después de una desilusión, una disputa, una excitación, me refugiaba en la meditación, al comienzo esto fue para mí un bienestar, una distensión, un respirar hondo, un retorno a energías buenas y amigas. Pero con el tiempo observé que era justamente la concentración, el cuidado y ejercicio del alma lo que allí me aislaba, que me hacía aparecer a los demás tan desagradablemente extraño y me tornaba incapaz de comprenderlos realmente. Comprender realmente a los demás, a la gente del mundo —yo lo veía—, me hubiera sido posible solamente si yo me convertía en igual, si nada me separase de ellos, ni siquiera ese refugio de la meditación. Naturalmente, es muy posible que yo trate de paliar el proceso, representándolo así. Tal vez, o probablemente, sucedió que sin camaradas de la misma educación y del mismo estado de ánimo, sin la vigilancia de los maestros, sin la atmósfera protectora y curativa de Waldzell perdí poco a poco la disciplina, me convertí en inerte y desatento y caí en la rutina, y luego, en momentos en que me remordía la conciencia, me justifiqué aceptando que la rutina era después de todo uno de los atributos de ese mundo y diciéndome que al entregarme llegaba más cerca de la comprensión de mi ambiente. No tengo por qué suavizar las tintas delante de ti, pero tampoco quisiera negar u ocultar que me esforcé, aspiré y luché también allí donde estaba equivocado. Lo hacía en serio. Mas sea que mi intento de insertarme comprensiva e inteligentemente fuera idea mía o no, sucedió sin embargo, lo lógico, el mundo era más fuerte que yo y lentamente me dominó y me absorbió; fue exactamente como si la vida hubiera debido tomarme la palabra y asimilarme totalmente al mundo, cuya corrección, inocencia, energía y superioridad esencial, ontológica, tanto alabé y defendí contra tu lógica en nuestras discusiones en Waldzell.

"Y ahora debo hacerte recordar otra cosa que probablemente olvidaste hace mucho, porque carecía de importancia para ti. Para mí, en cambio, importaba mucho; para mí era capital, capital y terrible. Terminaron mis años de estudio, estaba adaptado, estaba vencido, por cierto no del todo, más aún, en mi fuero íntimo me consideraba todavía igual a vosotros y creía que aquellas adaptaciones y aquel desbastamiento se habían cumplido más por prudencia vital y voluntariamente que sucumbiendo vencido. Por eso conservé todavía muchas costumbres y necesidades de los años juveniles, entre ellas el juego de abalorios, lo que presumiblemente carecía de sentido, porque sin ejercicio constante y continuo trato con iguales y, especialmente, con compañeros de juego más expertos, no se puede aprender nada, el juego a solas puede reemplazar a lo sumo el monólogo, pero no una conversación verdadera. Sin saber bien, pues, qué quedaba de mí, de mi arte de jugador, de mi cultura, de mi aprendizaje de selección, me esforzaba en salvar estos bienes o parte de ellos por lo menos, y si proyectaba un esquema de juego o analizaba un movimiento con uno de mis amigos de entonces que trataban, sí, de hablar del juego de abalorios pero no tenían la menor idea de su espíritu, el amigo pudo creer muy bien por su total ignorancia en experiencias de magia. Durante mi tercero o cuarto año de Universidad, tomé parte en un curso de juego en Waldzell; volver a ver la región, la pequeña ciudad, nuestra vieja escuela, el *Vicus Lusorum,* fue para mí una nostálgica alegría, pero tú no estabas aquí, estudiabas en esos días en Monteport o en Keuperheim y te consideraban un aspirante egoísta. Mi curso era solamente uno de vacaciones para nosotros los pobres

Librodot

individuos del mundo exterior, aficionados simplemente; pero me dio trabajo y me sentía orgulloso cuando al final recibí el acostumbrado "Tres", ese "suficiente" en el certificado que basta precisamente para que el interesado pueda volver a los cursos de vacaciones.

"Y bien, algunos años más tarde, me volví a decidir, me inscribí en un curso bajo tu predecesor: hice lo mejor que pude, para ser considerado presentable en Waldzell. Repasé mis viejos cuadernos de ejercicios, traté de familiarizarme de nuevo con ejercicios de concentración, en fin, con mis modestos recursos me creía ejercitado, entonado y concentrado como un verdadero jugador de abalorios para el gran torneo anual. Y así llegué a Waldzell, donde me sentí otra vez un poco más extraño después de una pausa de pocos años, pero al mismo tiempo hechizado, como si volviera a una hermosa patria perdida, cuya lengua, sin embargo, me resultaba ya menos corriente. Y esta vez se cumplió también mi mayor deseo, el de volverte a ver. ¿Te acuerdas, Josef?

Knecht lo miró serio en los ojos, asintió con la cabeza y sonrió ligeramente, pero no dijo una palabra.

—Bien —continuó Designori—, lo recuerdas, pues. Mas ¿de qué te acuerdas? Un huidizo volverse a ver con un camarada, una pequeña reverencia, un pequeño desengaño. Se sigue por su camino y no se piensa más en ello, a menos que décadas después el otro nos lo recuerde sin cortesía alguna. ¿No es así? ¿Fue algo diverso, fue algo más para ti?

Aunque se esforzaba visiblemente para dominarse, estaba muy excitado; parecía querer descargarse, desahogarse, de algo acumulado, y no dominado en muchos años.

—Prejuzgas —dijo Knecht con mucha prudencia—. Ya hablaremos de lo que fue para mí, cuando llegue el momento y te lo explique. Ahora tienes tú la palabra, Plinio. Veo que ese encuentro no fue agradable para ti. No lo fue entonces para mí tampoco. Y ahora sigue contándome lo que pasó. ¡Habla sin reticencias!

—Trataré de hacerlo —dijo Plinio—. Y no creas que quiero hacerte algún reproche, Debo confesarte también que esa vez te portaste con perfecta corrección conmigo, y aun más. Cuando acepté tu invitación de ahora para venir a Waldzell, que no había visto más desde aquel segundo curso de vacaciones, y hasta cuando acepté el nombramiento de miembro de la Comisión para Castalia, era mi intención llegar contigo a una explicación de lo ocurrido entonces, sin importarme que pudiera resultarnos agradable o no. Y ahora prosigo. Había venido para el curso y me alojaba en la casa de huéspedes. Los participantes del curso eran casi todos de mi edad, algunos hasta mucho más viejos; a lo sumo éramos unos veinte, en gran parte castalios, pero ni principiantes ni jugadores de abalorios, malos, indiferentes o negligentes, a quienes se les ocurriera tan tarde aprender un poco más; fue para mí un alivio el que no conociera a ninguno de ellos. Aunque nuestro director de curso, uno de los ayudantes del archivo, se esforzara valientemente y fuera también muy amable con nosotros, las cosas habían tomado casi desde el principio el carácter de una escuela inútil de segundo grado, casi un curso de castigo, cuyos participantes, reunidos por casualidad, no confían al par que el maestro en un resultado real, aunque nadie lo admita. Se podía preguntarse asombrados por qué ese

Librodot

puñado de hombres se reunió allí para hacer algo voluntariamente para lo cual no les alcanzaban las fuerzas, ni su interés era lo bastante fuerte para la resistencia y el sacrificio, y por qué un sabio especialista se avenía a darles instrucción y a ocuparlos en ejercicios de los que él mismo podía apenas esperar algún resultado. No supe entonces (me lo dijeron mucho más tarde otros más expertos) que ese curso había tenido muy mala suerte, y que una composición distinta de participantes lo hubiera convertido en algo excitante e impulsor, y aun hubiera despertado entusiasmo. Bastan a menudo —se me dijo más tarde— dos participantes que se incitan mutuamente o que se conocen o son amigos para imprimir a un curso, a sus participantes y a su maestro un vuelo haría arriba. Tú eres jugador de abalorios, debes saberlo. Bien, tuve muy mala suerte; faltó en nuestra comunidad casual la pequeña célula animadora, no se llegó a un poco de calor o a una elevación, aquello se quedó en pálido curso para niños crecidos... Pasaban los días y el desengaño crecía con ellos. Pero además del juego de abalorios aquí estaba Waldzell, un lugar de sagrados y bien guardados recuerdos para mí, y si el curso fracasaba me quedaba a pesar de todo la fiesta de un retorno a la patria, el contacto con los camaradas de un tiempo, tal vez también el encuentro con aquel camarada del cual mantenía tanta y tan fuerte memoria y que importaba para mí más que cualquier otra figura de nuestra Castalia: contigo, Josef. Si volvía a ver un par de mis compañeros de juventud y de aula; si en mis paseos por la región tan amada me reunía otra vez con los buenos espíritus de mi juventud, si tú también podías acercarte a mí y había una explicación en un diálogo como un tiempo, menos entre tú y yo que entre mi problema castalio y yo mismo, esas vacaciones no estarían perdidas, aunque se perdiera el curso y todo lo demás.

"Los dos camaradas de mis tiempos que encontré primero en mi camino eran pobres de espíritu; me palmotearon contentos las espaldas y me formularon preguntas infantiles acerca de mi legendaria vida mundana. Otros dos más eran más inteligentes, pertenecían al *Vicus Lusorum* y a la selección más joven y no me hicieron preguntas ingenuas, sino que me saludaron, cuando me encontraron en algunos de los lugares de tu santuario y no pudieron evitarme; me saludaron con una cortesía muy afinada, casi exagerada, una suerte de afabilidad, pero no supieron recalcar bastante su ocupación en cosas importantes e inalcanzables, su falta de tiempo, de curiosidad, de simpatía, de deseo de reanudar la vieja relación. Mas yo no insistí con ellos, los dejé en paz, en su paz olímpica, alegre, irónica, castalia. Los observé y observé su jornada alegremente activa, como un preso a través de las rejas, o como el pobre, hambriento y oprimido, hacia el aristócrata y el rico, contento, bonito, culto, bien educado, bien descansado, de cara y manos cuidadas.

"Y entonces apareciste tú, Josef, y se despertó en mí la alegría, nació en mí una nueva esperanza, cuando te vi. Pasabas por el patio. Te reconocí por el andar y te llamé por tu nombre. "¡Por fin, un hombre!", pensé, un amigo finalmente, quizá también un adversario pero uno con quien se puede hablar, un verdadero supercastalio, pero tal que en él lo castalio no estaba endurecido como máscara y coraza, un hombre, un comprensivo ... Debiste advertir qué alegre estaba yo y cuánto esperaba de ti, y en realidad acudiste a mi encuentro con la máxima gentileza. Me conocías aún, yo era

Librodot

todavía algo para ti, te complacía volver a ver mi cara. Y eso no se limitó al breve y gozoso encuentro en el patio, me invitaste y me dedicaste una velada, me la sacrificaste. Pero, querido Knecht, ¡qué velada fue aquélla! Cuánto nos torturamos los dos para parecer desembarazados, muy corteses y casi camaradas uno para el otro, y qué difícil nos resultó arrastrar el cansado diálogo de un asunto a otro! Si los demás habían sido indiferentes conmigo, contigo me fue peor; este desesperado esfuerzo inútil para revivir una vieja amistad era más doloroso aún. Esa noche puso fin absoluto a mis ilusiones; se me apareció amargamente claro que yo no era más un camarada, un competidor, un castalio, un hombre de clase, sino un palurdo molesto, aunque leal, un extranjero inculto, y lo peor de todo realmente me pareció el que eso ocurriera en forma tan bella, tan correcta y que el desengaño y la impaciencia permanecieran tan impecablemente disimulados. Si me hubieras insultado y reprochado, si me hubieras acusado gritando: "¿Qué ha sido de ti, amigo, cómo descendiste tanto?" me hubiera sentido feliz y el hielo se hubiese roto. Pero nada de esto sucedió. Comprendí que se había destruido mi comunión con Castalia, mi amor por vosotros, mis estudios del juego de abalorios, nuestra camaradería. El repetidor Knecht soportó mi molesta visita en Waldzell, se atormentó y se aburrió conmigo toda una velada y me puso delicadamente en la puerta, de una manera inobjetable en todo sentido ...

Luchando con su excitación, Designori se interrumpió y miró con cara angustiada al *Magister.* Éste estaba sentado como un atentísimo oyente, entregado sí, pero nada nervioso y contemplaba al viejo amigo con una sonrisa que estaba llena de amable simpatía. Como el otro no continuó hablando, Knecht dejó descansar en él su mirada henchida de benevolencia con una expresión satisfecha y placentera; el amigo sostuvo esa mirada sombríamente.

—¿Te ríes? —exclamó Plinio violentamente, pero sin enojo—. ¿Te ríes? ¿Crees que eso está bien?

—Te diré —contestó siempre sonriendo Knecht—, acabas de describir lo ocurrido en forma excelente, en verdad fue exactamente como tú dijiste, y tal vez era necesario todavía el residuo de deprecación y de acusación en tu voz para completarlo y hacerme revivir tan perfectamente la escena. Aunque por desgracia consideras visiblemente el asunto un poco con los ojos de entonces todavía y no reparaste en algo, has contado tu historia en forma objetivamente correcta, la historia de dos jóvenes en una situación sin duda penosa, que deben fingir un poco y de los que uno, es decir, tú, cometió el error de ocultar su dolor real y serio tras la apariencia de un porte desenvuelto, en lugar de quitarse la máscara. Hasta parece que achacas hoy todavía el fracaso de aquel encuentro más a mí que a ti, aunque te correspondía solamente a ti cambiar la situación. ¿No lo comprendiste realmente? Pero lo describiste muy bien, debo confesarlo. En realidad, volví a sentir muchas veces toda la opresión y la perplejidad de aquella hora chocante, creía por momentos que debí luchar para contenerme y me avergoncé un poco de los dos. No, tu narración concuerda exactamente. Es un placer escuchar algo así...

—Bien —comentó Plinio un poco sorprendido, pero con un matiz de pesadumbre y desconfianza en la voz—, cabe alegrarse si por lo menos mi

Librodot

narración ha divertido a uno de nosotros. Para mí —debes saberlo—, no fue diversión, ciertamente.

—Pero ahora —interrumpió Knecht— tú ves sin embargo, con qué alegría podemos considerar esta historia, nada gloriosa para ninguno de los dos. Podemos reírnos de ella.

—¿Reírnos? Pero ¿por qué?

—Porque esta historia del ex castalio Plinio Designori, que trató de volver al juego de abalorios y merecer el reconocimiento de sus camaradas de un tiempo, ha pasado ... a la historia y está liquidada, como la del gentil repetidor Knecht, que a pesar de las formalidades castalias pudo ocultar tan mal o tan poco su perplejidad ante el amigo llovido de nuevo del cielo que hoy, después de tantos años, es posible enrostrársela todavía en toda su claridad. Aún es más, Plinio, tienes buena memoria, lo has narrado todo bien, cosa que no hubiera sabido hacer yo. Y es una suerte para nosotros, que la historia está completamente liquidada y que podemos reírnos de ella.

Designori estaba confundido. Percibía perfectamente el buen humor del *Magister* como algo agradable y cordial, lejos de toda ironía; percibía también que detrás de la alegría estaba una profunda seriedad, pero mientras hablaba había vuelto a sentir demasiado dolorosamente la amargura de aquel sucedido, y su narración había tenido demasiado el carácter de una confesión, como para que fácilmente pudiera cambiar su tono.

—Tal vez olvidas, sin embargo, —dijo titubeando, pero ya más alentado—, que lo que conté no fue la misma cosa para ti. Para ti fue un disgusto, a lo sumo, para mí una derrota y un derrumbe, y además el comienzo de importantes cambios en mi vida. Cuando entonces, apenas concluido el curso, abandoné a Waldzell, resolví no volver nunca más y estuve casi por odiar a Castalia y a todos vosotros. Había perdido mis ilusiones y comprendido que no era ya uno de los vuestros, que tal vez no lo había sido por entero antes tampoco, como yo creía, y poco faltó para que me convirtiera en un renegado y en vuestro declarado enemigo.

El amigo lo miró sonriendo, pero con ojos penetrantes.

—Ciertamente —dijo— y todo esto me lo contarás, lo espero, en una próxima visita. Pero por hoy, nuestra situación, a mi parecer, es sin embargo, la siguiente: fuimos amigos en temprana juventud, nos separamos y marchamos por caminos muy distintos; luego nos encontramos de nuevo; eso fue durante tu desdichado curso de vacaciones, te habían convertido, a medias o del todo, en un hombre del mundo, yo en un oscuro individuo de Waldzell, cuidadoso de las formas castalias, y hoy hemos recordado ese reencuentro desilusionador y vergonzante. Nos vimos otra vez y recordamos nuestra perplejidad de aquel día y pudimos soportar la mirada y podemos reírnos, porque hoy las cosas son totalmente distintas. No ocultaré que la impresión que me hiciste aquella vez, me dejó realmente muy perplejo, fue una impresión absolutamente desagradable, negativa; no sabía qué hacer por ti, me parecías inacabado, basto, mundano, en una forma inesperada, opresora y repelente. Yo era un castalio que no conocía el mundo, y en realidad no quería conocerlo, y tú eras un joven extranjero, de quien no comprendía por qué nos visitaba y quería seguir un curso de juego con nosotros, porque me parecías no tener ya nada del antiguo estudiante de selección. Excitabas mis nervios, como yo los tuyos. Tuve que

Librodot

parecerte un orgulloso miembro de Waldzell sin merecimiento, que trataba de mantener cuidadosamente la distancia entre él y un no castalio, un aficionado al juego. Y fuiste para mi una suerte de bárbaro o de semicivilizado, que parecía tener exigencias, infundadas y sentimentales para mi interés y para mi amistad. Nos mantuvimos en guardia ambos, estuvimos también por odiarnos. No podíamos hacer otra cosa que ir cada uno por su camino, porque ninguno de los dos tenía nada que dar al otro y ninguno de los dos podía hacer justicia al otro. Pero hoy, Plinio, hemos podido desenterrar el vergonzoso recuerdo y podemos reírnos de aquella escena y de nosotros, porque ahora nos hemos reunido con otras intenciones y posibilidades, y somos otros distintos, sin quietismos, sin sentimientos reprimidos de celos o de odio, sin orgullos; hace mucho que ambos somos hombres maduros.

Designori sonrió liberado. Pero preguntó todavía:

—Estamos seguros de ello, ¿a pesar de todo? Esa vez también tenía yo buena voluntad.

—Quiero creerlo —contestó sonriendo Knecht—. Y con nuestra buena voluntad nos hemos atormentado y esforzado hasta lo intolerable. Esa vez no pudimos tolerarnos mutuamente por instinto; cada uno desconfiaba del otro, molesto, ajeno y adverso, y sólo la creencia en un deber, en una relación, nos obligó a representar durante aquella velada esa larga y penosa comedia. Eso lo vi claro entonces, poco después de tu visita. No habíamos superado completamente la antigua amistad, ni tampoco la antigua oposición. En lugar de dejarla morir, creímos que debíamos desenterrarla y continuarla de alguna manera. Sentíamos una deuda con ella y no sabíamos cómo pagarla. ¿No es así?

—Creo —dijo Plinio, meditabundo— que hoy aún eres excesivamente cortés y educado. Hablas en plural, de ambos, pero no éramos los dos los que nos buscábamos y no podíamos encontrarnos. La búsqueda, el amor, estaban del lodo de mi parte, por eso también la desilusión y el dolor. ¿Qué cambió, te pregunto, en tu vida después de nuestro encuentro? ¡Nada! Para mí, en cambio, significó un corte profundo y doloroso y no puedo aceptar reírme como tú lo haces para liquidar el caso.

—Perdona —concedió amablemente Knecht—, ciertamente me precipité. Pero espero que con el tiempo te llevaré a concordar con mi reír. Tienes razón, fuiste herido esa vez, no por mí precisamente, como tú creíste y pareces seguir creyendo todavía, pero sí por el abismo y el extrañamiento entre vosotros y Castalia, que ambos, durante nuestra amistad de condiscípulos, parecíamos haber superado y que se abría de pronto ante nosotros con tan espantosa anchura y profundidad. En cuanto me culpas personalmente, te ruego que expreses abiertamente tu acusación.

—¡Oh, nunca fue acusación! Pero sí una queja. No la oíste entonces y, al parecer, no quieres oírla hoy tampoco. Entonces la contestaste con una sonrisa y un bondadoso modo de ser; hoy vuelves a hacer lo mismo.

Aunque veía en la mirada del maestro amistad y profunda benevolencia, no podía dejar de recalcar aquello; era como si debiera verter y volcar ahora de una vez todo lo soportado tanto tiempo y tan dolorosamente.

La expresión de los rasgos de Knecht no se alteró. Pensó un momento y

Librodot

luego dijo cuidadosamente:

—Apenas ahora comienzo a comprenderte bien, amigo. Tal vez tienes razón y hay que hablar también de eso. Sólo quisiera recordarte antes, que tendrías realmente razón en esperar que admita de mi parte tu queja, como la llamas, si hubieras manifestado realmente la tal queja. Pero sucedió que durante aquella conversación nocturna, en la casa de huéspedes, de ningún modo manifestaste una queja, sino que, exactamente como yo, te portaste vigorosa y valientemente en lo posible, representaste como yo el papel de un irreprochable que tampoco tiene nada de qué quejarse. Pero secretamente esperaste, como me lo dices ahora, que yo sintiera la secreta queja y reconociera detrás de la máscara tu verdadero rostro. Sí, algo de eso pude observar aquella vez, aunque no mucho. Pero ¿cómo podía darte a entender, sin herir tu orgullo, que estaba preocupado por ti y te compadecía? ¿Y de qué hubiera servido tenderte la mano, si estaba vacía y nada tenía que darte, ni consejo, ni consuelo, ni amistad, dado que nuestros caminos estaban tan separados entre sí? Sí, aquella vez el malestar y la infelicidad ocultos que disimulabas detrás de un porte desenvuelto, me molestaron, me chocaron, sinceramente; contenían una pretensión de simpatía y participación nada correspondientes a tu modo de ser, tenían algo de impositivo e infantil —me pareció— que sólo sirvió para enfriar mis sentimientos. ¡Pretendías mi camaradería, querías ser un castalio, un jugador de abalorios, y te demostrabas sin embargo, tan sin dominio, tan extraño, tan perdido en sentimientos egoístas! Tal fue, más o menos, entonces mi juicio; porque veía que en ti no quedaba ya nada de castalismo, hasta habías olvidado las reglas básicas, era evidente. Bien, eso no era cosa mía. Mas ¿para qué y por qué venías a Waldzell y querías saludar a tus camaradas? Esto, como te dije, me resultó enfadoso y hostil, y tuviste perfectamente razón, interpretando mi tiesa cortesía como un rechazo. Sí, te rechacé instintivamente, y no porque eras un hijo del mundo, tino porque insistías en valer como castalio. Cuando luego volviste a aparecer hace poco al cabo de tantos años, tenías aspecto mundano y hablabas como uno de fuera y mucho me impresionó la expresión de tristeza, angustia o infelicidad de tu cara, pero todo, tu porte, tus palabras, aun tu tristeza, me gustaron, eran hermosos, te correspondían, eran dignos de ti, nada de eso me molestaba, podía yo recibirte y tratarte sin la menor contradicción intima; esta vez no era necesario ningún exceso de cortesía y trato, y por eso vine a tu encuentro en seguida como amigo y me esforcé en mostrarte mi afecto, y mi simpatía. Esta vez fue todo lo contrarío de aquella otra, esta vez era yo más bien quien me preocupaba por ti y trataba de conquistarte, mientras que tú te retenías y reservabas; sólo que recibí en silencio tu aparición en nuestra provincia y tu interés por sus destinos como una suerte de confesión de tu adhesión y fidelidad. Bien, finalmente tú también aceptaste mi simpatía, y ahora hemos llegado tan lejos que podemos sincerarnos mutuamente y renovar, lo espero, nuestra vieja amistad.

“Acabas de decir que aquel encuentro juvenil fue para ti algo doloroso, para mí en cambio sin importancia. No discutiremos al respecto, puede ser que tengas razón. Pero nuestro encuentro actual, *amice,* no me es absolutamente indiferente; importa para mí mucho mis de lo que hoy puedo decirte y tú puedes suponer. Para soslayarlo apenas, significa para mí no solamente el retorno de un amigo perdido y con ello la resurrección

Librodot

de tiempos idos a nueva fuerza y transformación; sobre todo significa para mí un llamamiento, una conciliación; me abre un camino hacia vuestro mundo, me pone una vez más ante el viejo problema de la síntesis entre vosotros y nosotros, y esto ocurre —te lo confieso— en el momento conveniente. El llamamiento no me encuentra sordo esta vez sino más despierto que entonces, porque no me sorprende en realidad, no me parece algo extraño que viene de fuera, que se puede rechazar o aceptar, sino que sale de dentro de mí, es la contestación a un anhelo que se tornó muy fuerte y exigente, a una necesidad, a una nostalgia de mí mismo. Pero de esto hablaremos otra vez, es tarde ya, ambos necesitamos descanso.

"Tú hablabas, poco antes, de mi alegría y de tu tristeza, y opinabas —me parece— que yo no hacía justicia a lo que llamas tu "queja", ni hoy siquiera, porque contestaba a esa queja con la risa. Hay algo en esto que no comprendo. ¿Por qué no debe oírse con alegría una queja, por qué debe ser contestada con tristeza y no con sonrisas? Del hecho de qué volviste a Castalia y a mí con tu afin y tu carga, creo poder deducir que tal vez justamente lo que me importa es nuestra alegría. Pero si no quiero acompañarte en tu tristeza y en tu carga y no debo dejarme contagiar, eso no quiere decir que no le dé importancia y no la tome en serio. Reconozco perfectamente el aspecto que tienes y que te impuso en el mundo tu vida y tu destino; te corresponde y pertenece y lo quiero y lo respeto, aunque espero poder verlo cambiar. De dónde proceda, sólo puedo adivinarlo, de eso mucho me contarás más tarde o nada me dirás, según te parezca conveniente. Sólo puedo ver que pareces llevar una vida difícil. Mas ¿por qué crees que no quiero o no puedo hacerte justicia a ti y a tus dificultades?

La cara de Designori se había vuelto más sombría.

—A veces— dijo resignadamente—, me parece como si los dos tuviéramos no sólo dos lenguas diversas (dos modos distintos de expresión), cada una de las cuales sólo puede traducirse por alusiones, aproximadamente, a la otra, y aunque fuéramos fundamental y absolutamente seres distintos que nunca pueden comprenderse recíprocamente. Y me parece siempre más dudoso decir quién de nosotros realmente es el hombre genuino y completo, si tú o yo, o si lo es siquiera uno de nosotros. Hubo un tiempo en que yo levanté mis ojos hacia vosotros, gente de la Orden y jugadores de abalorios, con una veneración, un sentimiento de inferioridad y una envidia como hacia dioses o superhombres, eternamente alegres, eternamente divertidos y gozosos de su existencia, inalcanzables para cualquier dolor. En otro tiempo fuisteis para mí ora envidiables, ora dignos de compasión, ora despreciables, seres castrados, retenidos artificialmente en una perpetua infancia, cándida y puerilmente guardados en un mundo sin pasiones y limpiamente cercado, espacioso, sí, como un gran jardín de infancia, donde se limpia cuidadosamente cada nariz y se elimina y reprime toda reacción destemplada de los sentimientos o de los pensamientos, donde se juegan toda la vida juegos hermosos, sin peligros, incruentos, y cualquier molesta reacción vital, cualquier gran sentimiento, cualquier pasión legítima, cualquier agitación anímica es vigilada, enderezada y neutralizada en seguida por la terapia de la meditación. ¿No es un mundo artificial, esterilizado, magistralmente cortado, un mundo a medias, sólo aparente, donde vivís por cobardía, un mundo sin vicios, sin pasiones, sin hambre, sin

Librodot

jugo ni sal, un mundo sin familia, madres, niños, y aun sin mujeres? La vida de los instintos es sometida con la meditación; las cosas peligrosas, audaces y de grave responsabilidad, como la economía, el derecho, la política, han sido dejadas a otros desde muchas generaciones atrás, cobardemente; en buena protección, sin preocupaciones alimenticias, sin muchas obligaciones molestas, lleváis una vida de abejorros o de tánganos, y para no aburriros, practicáis diligentemente todas las especialidades cultas, contáis letras y sílabas, hacéis música y jugáis con abalorios, mientras afuera, en la inmundicia del mundo, pobres hombres azuzados viven la verdadera vida y hacen el verdadero trabajo.

Knecht lo había escuchado con amistosa atención, sin cansarse.

—Amigo querido —dijo circunspecto—, ¡cuánto me hacen recordar tus palabras nuestros años escolares y tu crítica y tu fogosidad de entonces! Sólo que hoy no desempeño el mismo papel de aquellos días; mi tarea de hoy no es la defensa de la Orden y de la provincia contra tus ataques, y me gusta mucho que no me toque ahora el difícil cometido en el cual me esforcé tanto una vez. Justamente resulta muy difícil responder a un magnífico ataque como éste tuyo de ahora. Hablas, por ejemplo, de gentes que allá afuera en el país "viven la verdadera vida y hacen el verdadero trabajo". Esto suena tan absoluto, tan bello y cordial, casi ya como un axioma y si alguien quisiera refutarlo, debería volverse descortés y recordar al orador que una parte de "su verdadero trabajo" consiste en colaborar en una Comisión para el bienestar y la conservación de Castalia. ¡Mas dejemos por un momento las bromas! Veo o comprendo en tus palabras y en el tono que tienes siempre el corazón lleno de odio contra nosotros y al mismo tiempo de desesperado amor por nosotros, rebosante, pues, de envidia o nostalgia. Somos para ti cobardes, zánganos o niños que juegan en un jardín de infancia, pero hubo momentos en que viste en nosotros tú también dioses eternamente alegres. Una cosa creo de todos modos poder deducir de tus palabras: de tu tristeza, de tu infelicidad, o como queramos llamarla, no tiene la culpa Castalia; la responsabilidad debe proceder de otra parte. Si fuéramos culpables los castalios, tus reproches y tus objeciones no serían ciertamente hoy los mismos que en las discusiones de nuestra primera juventud. En conversaciones posteriores me contarás más, y no dudo de que encontraremos una vía para llegar a hacerte más feliz y contento o, por lo menos, para tornar tu relación con Castalia más franca y agradable. Por lo que puedo ver ahora, te consideras frente a nosotros y a Castalia —y con eso frente a tu juventud y a tu período escolar— en una posición falsa, nada libre, sentimental; has dividido tu alma en una parte castalia y otra mundana y te atormentas excesivamente por cosas de las que no eres responsable. Posiblemente, sin embargo, tomas demasiado a la ligera cosas de las que tienes tú la responsabilidad. Supongo que desde hace mucho no practicas ejercicios de meditación. ¿Es así?

Designori sonrió dolorosamente.

—¡Qué perspicaz eres, *Domine!* ¿Hace mucho, piensas tú? ¡Hace muchos años, muchos años que renuncié a meditar! ¡Qué preocupado estás de pronto por mí! Aquella vez, cuando aquí en Waldzell durante mi curso de vacaciones me habéis mostrado tanta cortesía y tanto desprecio y habéis rechazado en forma tan adecuada y elegante mi corte, mi camaradería, me

Librodot

alejé con la firme resolución de poner fin en mí a todo castalismo para siempre. Desde entonces renuncié también al juego de abalorios, no medité más, y aun la música me resultó por un tiempo antipática. En cambio, encontré nuevos camaradas que me instruyeron en los placeres del mundo. Hemos bebido y, también, frecuentado mujeres públicas; hemos experimentado todos los recursos para aturdimos, hemos escupido y ridiculizado todo lo decente, todo lo respetable, todo lo ideal. No duró mucho esta crasitud, pero sí lo suficiente para quitarme al final hasta el último barniz castalio. Y cuando luego, años más tarde, comprendí que había exagerado y que hubiera necesitado un poco de técnica de la meditación, me había vuelto demasiado orgulloso para volver a comenzar.

—¿Demasiado orgulloso? —preguntó Knecht quedamente.

—Sí, demasiado orgulloso. Entre tanto habíame sumergido en el mundo y convertido en un hombre del mundo. No quería ser otra cosa, no quería vivir otra vida más que esa vida pasional, infantil, cruel, sin freno y titubeante entre la dicha y la angustia; desdeñé procurarme cierto alivio y una posición de preferencia con la ayuda de vuestros recursos.

El *Magister* le miró agudamente, con ojos penetrantes.

—¿Y lo has soportado mucho tiempo? ¿Cuántos años? ¿No has empleado otros recursos para salir del paso?

—¡Oh, sí! —confesó Plinio—. Lo hice y lo sigo haciendo hoy todavía. Hay temporadas en que vuelvo a beber y, generalmente para poder dormir, necesito toda clase de somníferos.

Knecht cerró por un segundo los ojos, como cansado de repente, luego fijó de nuevo su mirada en el amigo. Lo miró callado en la cara, primeramente inquisitivo y serio, pero poco a poco cada vez más suave, amable y alegre. Designori deja consignado en sus notas que hasta ese momento nunca encontró una mirada de ojos humanos que fuera al mismo tiempo tan investigadora y llena de amor, tan inocente y juzgadora, tan amistosamente luminosa y omnisciente. Confiesa que esta mirada primero lo confundió y lo excitó, luego lo calmó y lo dominó con suave violencia. Pero quiso aún defenderse.

—Dijiste —observó— que conoces recursos para hacerme más feliz y contento. Pero no me preguntas absolutamente si realmente lo deseo.

—¡Oh, no! —repuso riendo Josef Knecht—. Si podemos hacer mis feliz y más satisfecho a un hombre, debemos hacerlo en todo caso, ya sea que él nos lo pida o no. ¿Y cómo no lo buscaríais y lo anhelaríais? Por eso estás aquí, por eso estamos sentado otra vez frente a frente, por eso has vuelto a nosotros. Tú odias a Castalia, la desprecias, eres demasiado orgulloso de tu mundanalidad y tristeza como para querer aliviarla, un poquito siquiera, con la meditación y el razonamiento ... Pero una oculta e indomable nostalgia por nosotros y nuestra alegría te torturó y llenó todos estos años, hasta que debiste volver a intentar otra vez la suerte con nosotros. Y yo te digo que esta vez llegaste en buen momento, en el momento justo en que yo también estoy deseando mucho un llamamiento de vuestro mundo, una puerta que se abra; ¡pero de esto hablaremos la próxima vez! Mucho me confiaste, amigo mío, y te lo agradezco y tú verás que yo también tengo algunas cosas que confesarte. Es tarde, partes mañana temprano y a mí me espera mi jornada

Librodot

oficial otra vez; debemos ir pronto a la cama. Pero, por favor, concédeme un cuarto de hora más.

Se levantó, se acercó a la ventana y miró hacia arriba, donde entre nubes veloces se veían en todas partes zonas de un nocturno cielo muy claro y lleno de estrellas. Como no se volvió en seguida, también el huésped se levantó y se acercó a la ventana, a su lado. El *Magister* estuvo mirando todavía el cielo, gozando en rítmicas espiraciones el aire fresco y sutil de la noche otoñal. Señaló con la mano el firmamento.

—Mira —dijo— este paisaje de nubes con sus zonas de cielo... A primera vista, parecería que la profundidad está allí donde es más oscuro, pero en seguida se percibe que la oscuridad, la blandura, son las nubes solamente y que el espacio del universo con su profundidad comienza apenas en los bordes y fiordos de esas montañas de nubes y se hunde en el infinito, y dentro hay estrellas, una fiesta de estrellas y para nosotros los humanos el símbolo supremo de la claridad y el orden. La profundidad del universo no está allí donde están las nubes y las tinieblas, sino donde está la claridad y la alegría. Si me es lícito pedirte algo, antes de acostarte contempla todavía un rato estas bahías y estos estrechos de mar con tantas estrellas y no rechaces los pensamientos y los sueños que tal vez acudan a ti.

En el corazón de Plinio se agitó una sensación curiosamente temblorosa, que no sabia si era dolor o felicidad. Con las mismas palabras casi, ahora recordaba, había sido incitado en un tiempo inmemorial, durante los primeros anos gozosos de su vida estudiantil en Waldzell, a los primeros ejercicios de meditación.

—Y permíteme unas palabras todavía —volvió a decir con voz queda el *Magister Ludí*— Quisiera decirte algo más acerca de la alegría, de la alegría de las estrellas y del espíritu, y aun acerca de nuestra clase castalia de alegría. Tienes cierta aversión por ella, probablemente porque tuviste que marchar por el camino de la tristeza y ahora te parece que toda claridad y todo buen humor, especialmente el castalio, son cosas frívolas e infantiles, cobardes también, una fuga ante los miedos y los abismos de la realidad hacia un mundo claro y bien ordenado de meras formas y fórmulas, de meras abstracciones o barnices. Pero, mi querido amigo triste, puede existir muy bien esta fuga, pueden no faltar castalios cobardes, miedosos, que juegan con meras fórmulas, y hasta deben ser la mayoría entre nosotros ..., pero esto nada quita a la alegría genuina del cielo y del espíritu, nada le quita de su valor y su esplendor. Frente a los que se conforman fácilmente y son en apariencia alegres entre nosotros, hay otros, hombres y generaciones de hombres, cuya alegría no es juego ni superficialidad, sino seriedad y hondura. A uno conocí bien, nuestro *Magister Musicae* anterior, a quien viste de vez en cuando en Waldzell; este ser poseyó en sus últimos años de vida la alegría, la virtud de la alegría, en tal medida que la misma irradiaba de él como la luz de un sol, y pasaba en todos como benevolencia, gozo de vivir, buen humor, confianza y seguridad, y en todos se refleja y seguía resplandeciendo, como si recibieran seriamente su brillo y lo dejaran penetrar en sí mismos. Yo también recibí el don de su luz, a mí también me dio generosamente un poco de su claridad y de su esplendor cordial, y lo mismo a Ferromonte y a algunos otros. Alcanzar esta alegría límpida y esplendorosa es para mí, y para muchos como yo, la meta más alta y noble.

Librodot

La encuentras también en algunos Padres de la Dirección de la Orden. Y no es ni juego ni orgullo, sino sumo conocimiento y amor, la afirmación de toda la realidad, el estar despierto al borde de todas las simas y los abismos, una virtud de los santos y los caballeros; y no puede ser destruida y crece cada vez más con la edad y la proximidad de la muerte. Es el secreto de la belleza y la verdadera sustancia de todo arte. El poeta que canta lo magnífico y lo terrible de la vida en el paso de danza de sus versos, el músico que lo hace resonar como presente puro, son portadores de luz, acrecentadores de la alegría y la claridad sobre la tierra, aunque nos lleven antes a través de las lágrimas y las tensiones dolorosas. Tal vez el poeta cuyos versos nos encantan es un hombre en triste soledad y el músico un soñador melancólico, pero aun así su obra participa de la alegría de los dioses y las estrellas. Lo que nos da no es su tiniebla, su dolor o su temor, es una gota de luz pura, de alegría eterna. Aun cuando pueblos enteros y muchas lenguas tratan de investigar en la profundidad del universo, en mitos, cosmogonías y religiones, lo último y más alto que pueden alcanzar es la alegría. Recordarás a los antiguos hindúes; nuestro profesor de Waldzell nos habló con hermosas ideas de ellos: un pueblo del sufrimiento, de la cavilación, de la penitencia, del ascetismo; pero los últimos hallazgos de su espíritu fueron claros y alegres, alegre la sonrisa de los vencedores del mundo y de los Budas, alegres las figuras de sus abismales mitologías. El mundo, tal como lo describen esas mitos, comienza al principio divinamente, beato, luminoso, hermoso, como la primavera, edad del oro; se corrompe y se torna mísera, y al final de cuatro eras que se hunden cada vez más, es de nuevo maduro para ser destrozado y aniquilado por Siva que ríe y danza..., pero no termina, comienza de nuevo con la sonrisa del soñador Visnú, que, con manos juguetonas, crea un nuevo mundo, joven, hermoso y brillante. Es asombroso: este pueblo, inteligente y capaz de sufrir como ningún Otro tal vez, asistió con horror y vergüenza al cruel espectáculo de la historia universal, a la rueda de la codicia y del dolor que gira eternamente, vio y comprendió lo pasajero de lo creado, la ambición y lo demoníaco del hombre y al mismo tiempo su profunda nostalgia por la pureza y la armonía, y encontró para toda la belleza y la tragedia de la creación estos símbolos magníficos del envejecer del mundo y de lo perecedero de lo creado, del poderoso Siva que bailando destroza el mundo depravado, y del sonriente Visnú que yace dormitando y hace surgir jugando un mundo nuevo de sus dorados sueños divinos.

"Por lo que se refiere a nuestra propia alegría castalia, ella puede ser sólo una tardía y pobre copia de aquella grande, pero es absolutamente legítima. La sabiduría no fue siempre y por doquiera alegre, aunque debió serlo. Entre nosotros es el culto de la verdad, unido estrechamente al culto de la belleza y, además, de la atención meditativa del alma; no puede perder, pues, del todo la alegría. Y nuestro juego de abalorios funde en sí los tres principios: ciencia, culto de la belleza y meditación, y por eso un verdadero jugador de abalorios debería estar impregnado de alegría como un fruto maduro de su dulce zumo, debería tener dentro de su alma toda la alegría de la música, que no es mas que el valor de un alegre y sonriente pasar y danzar a través de los miedos y las llamas del mundo, festiva ofrenda de un sacrificio. Esta clase de alegría conocí desde que comencé intuitivamente a comprenderla

Librodot

como alumno y estudiaste, y nunca la abandonaré, ni en la infelicidad ni en el dolor.

"Ahora iremos a dormir y tú partirás mañana temprano. Vuelve pronto, cuéntame cada vez más de ti y yo también te contaré; sabrás que también en Waldzell y en la vida de un *Magister* existen problemas, desilusiones y aun desesperaciones y demonios. Pero ahora debes llevarte al sueño un oído lleno de música. La mirada en el cielo estrellado y un oído saturado de música antes de acostarse, son el mejor de los somníferos.

Se sentó y tocó cuidadosamente, muy quedo, un movimiento de aquella Sonata de Purcell que había sido una pieza preferida del *Pater Jakobus.* Las notas cayeron en la quietud como gotas de luz dorada, tan ligeras que entre ellas se podía escuchar todavía el canto de la vieja fuente, viva y alegre en el patio. Suaves y severas, parcas y dulces se encontraban y se cruzaban las voces de la generosa música, animosas y gozosas llevaban su intima danza a través de la nada del tiempo y de lo perecedero; ensancharon como un mundo el cuarto y la hora nocturna por el breve lapso de su duración, y cuando Josef Knecht despidió a su huésped, éste tenía un rostro distinto y luminoso y también lágrimas en los ojos.

Librodot

CAPÍTULO X
PREPARATIVOS

KNECHT había logrado romper el hielo; comenzó de este modo entre él y Designori una relación viva, un intercambio renovador para ambos. Este hombre, que desde hacía muchos años vivía en resignada melancolía, debió darle la razón al amigo: fue realmente la nostalgia de la curación, la claridad, la alegría castalia lo que le impulsó de nuevo hacia la provincia pedagógica. Volvió ahora a menudo también sin la Comisión y sin tareas oficiales, observado con celosa desconfianza por Tegularius, y muy pronto el *Magister* Knecht supo de él y de su vida todo lo que necesitaba. La existencia de Designori no había sido tan extraordinaria ni tan complicada como supuso Knecht después de las primeras revelaciones. Plinio había experimentado en su juventud la desilusión y humillación que ya conocemos en sus inclinaciones esenciales entusiastas y sedientas de acción; entre el mundo y Castalia no resultó ser el mediador y conciliador, sino un foráneo aislado y agriado y no logró una síntesis de los componentes mundanos y castalios de su origen y de su carácter. Pero no era simplemente un fracasado, sino que al sucumbir y renunciar había conquistado, a pesar de todo, un rostro propio y un destino especial. No parecía haberse aquilatado en él en absoluto la educación castalia, por lo menos en los primeros tiempos; ésta no le proporcionó más que conflictos y desengaños y una soledad, un aislamiento profundo, difícilmente tolerables para su naturaleza. Y pareció como si, caído una vez en este camino lleno de espinas de un ser aislado e inadaptado, tuviera que hacer cualquier cosa para separarse y apartarse más y aumentar sus dificultades. Sobre todo, siendo estudiante todavía, se colocó en irreductible oposición con su familia, con el padre especialmente. Aunque no contaba entre los verdaderos jefes en política, éste como todos los Designori, fue durante su vida entera un sostén del partido conservador y fiel al gobierno, un enemigo de todas las innovaciones, un adversario de todas las aspiraciones de los humildes a derechos y participaciones, desconfiado frente a personas sin nombradla o categoría, fiel y dispuesto a sacrificios por el viejo orden, por todo lo que le parecía legítimo y sagrado. Así, por ejemplo, sin tener necesidades religiosas, fue amigo de la Iglesia, y se opuso terca y fundamentalmente —aunque no le faltara sentido de la justicia, bondad y disposición para hacer el bien y dar socorros— a las ambiciones de los arrendatarios en procura de una mejor situación. Justificaba esta dureza con la falsa lógica de las palabras y los lemas programáticos de su partido; en realidad no le guiaban la convicción y la inteligencia, sino la ciega lealtad a sus colegas de clase y a las tradiciones de su casa, como una suerte de caballerosidad y honra y un recalcado desprecio por todo aquello que para su temperamento resultaba moderno, progresista o actual.

Su hijo Plinio lo desilusionó, lo excitó y amargó cuando siendo estudiante todavía se acercó y unió a un partido modernista, netamente opositor. Se había formado en esos días un ala juvenil y hábil del viejo partido liberal burgués, dirigida por Veraguth, periodista, diputado y orador popular de gran acción, alucinante, temperamental, un amigo del pueblo y campeón de la libertad, en ocasiones levemente satisfecho y orgulloso de sí

Librodot

mismo, cuya campaña para conquistar la juventud académica mediante conferencias en las ciudades universitarias no quedó sin resultado y le conquistó entre otros entusiastas oyentes y partidarios también al joven Designori. Éste, desengañado de la Universidad y en busca de un asidero, de un sustituto de la moral castalia para él inoperante ya, ávido de un nuevo idealismo o programa, había sido arrastrado por los discursos de Veraguth; admiraba su patetismo y su combatividad, su agudeza, su manera acusadora de actuar, su bella presencia y su hermoso lenguaje, y se unió a un grupo de estudiantes que se había formado entre los oyentes de Veraguth y hacía propaganda por su partido y sus proyectos. Cuando el padre de Plinio lo supo, visitó a su hijo en seguida, lo interpeló airadísimo por primera vez en su vida, le echó en cara que fuera un conjurado, un traidor del padre, de la familia y de la tradición de la casa y le dio precisamente la orden de reparar en seguida sus errores y romper su relación con Veraguth y su partido. No era ésta la forma más conveniente para influir en el joven, que parecía haber madurado ahora para su conducta y aun para una especie de martirio. Plinio aguantó tranquilo la reprimenda y declaró al padre que no había frecuentado diez años las escuelas de selección y algunos años la Universidad, para renunciar a su propia inteligencia y a su propio criterio y para dejarse prescribir su concepción del Estado, la economía y la justicia por un hatajo de barones feudales egoístas. Le resultó útil la escuela de Veraguth que a la manera de los grandes tribunos nunca hablaba de sus intereses o de los de su clase y a nada aspiraba en el mundo como no fuera a la pura y absoluta justicia y humanidad. El viejo Designori estalló en una amarga risa e invitó a su hijo a terminar primero sus estudios por lo menos, antes de inmiscuirse en cosas de hombres y creer comprender más de la vida humana y de la justicia que respetables series de generaciones de noble estirpe, de las que él era un vástago degenerado y a las que atacaba por la espalda con su traición. Los dos disputaron, se encarnizaron y se ofendieron cada vez más con las palabras, hasta que el anciano de pronto se calló fríamente, avergonzado, y callado se fue, como si hubiera visto en un espejo su cara alterada por la ira. Desde entonces no se restableció más la vieja inocente y confiada relación de Plinio con la casa paterna, porque no sólo permaneció fiel a su grupo y a su neo-liberalismo, sino que, aun no terminados sus estudios, se convirtió en alumno, ayudante y colaborador y, pocos años después, en yerno de Veraguth. Si por la educación recibida en las escuelas de selección o por las dificultades de la nueva adaptación al mundo y a la patria, el equilibrio estaba destruido en el alma de Designori y su vida se veía agitada por una roedora problemática, estas nuevas relaciones lo llevaron finalmente a una situación expuesta, difícil y delicada. Ganó algo valioso sin duda, una suerte de fe, una convicción política y una solidaridad partidista, que respondan a su necesidad juvenil de justicia y progreso, y en la persona de Veraguth un maestro, un guía y un amigo mayor, a quien primeramente admiró y amó sin espíritu crítico y que a su vez pareció necesitarle y apreciarle; ganó un rumbo y una meta, una labor y una tarea vital. Esto no era poco, pero debió ser pagado muy caro. Aunque el joven supo conformarse con la pérdida de su posición natural y heredada en la casa paterna y entre sus compañeros de clase, aunque supo soportar con cierta fanática alegría de mártir su expulsión de una casta privilegiada y su enemistad, quedaban muchas cosas que nunca pudo vencer por entero,

Librodot

sobre todo la punzante sensación de haber causado un dolor a su querida madre, de haberle creado una situación sumamente incómoda y delicada entre él y su padre, y, probablemente, de haberle acortado la vida. Ella murió poco tiempo después del casamiento del hijo: después de esta desaparición, Plinio casi no fue visto en casa del padre, y luego de la muerte de éste, se deshizo de esa mansión, a pesar de sus tradiciones, vendiéndola.

Hay temperamentos que logran amar y asimilarse una posición pagada en la vida con sacrificios, un cargo, un matrimonio, una profesión conquistados duramente, por lo que han costado, y los consideran su felicidad y se sienten satisfechos. Para Designori era distinto. Permaneció ciertamente fiel a su partido y a su jefe, a su tendencia política y a su actividad, a su casamiento y a su ideal, pero con el tiempo todo eso se tornó para él tan problemático como lo demás. El entusiasmo político y mundano de la juventud fue aquietándose, la lucha por los derechos fue a la larga tan poco agradable y satisfactoria como el dolor y el sacrificio por la porfía; se agregaron la experiencia y la desilusión en la vida profesional; al final le resultó dudoso de si realmente había sido sólo el sentimiento de la verdad y del derecho lo que le convirtiera en adepto de Veraguth, o si no contribuyó por lo menos en un cincuenta por ciento su actuación tribunicia de orador popular, su atracción y su habilidad en comparecer ante el público, el timbre sonoro de su voz, su magnífica risa varonil, la inteligencia y belleza de su hija. Cada vez le resultó más dudoso de que el viejo Designori estuviera en el punto de vista menos noble con su fidelidad clasista y su dureza contra los arrendatarios; dudoso de que hubiera un bien o un mal, un derecho o no siquiera, de que la voz de la propia conciencia fuera al fin el único juez valedero, y si fuera así, entonces Plinio no tenía razón, porque no vivía feliz, en paz y tranquilidad, en confianza y seguridad, sino en lo inseguro, en lo dudoso, en los remordimientos... Su matrimonio no era infeliz o fracasado en el sentido vulgar de la palabra, pero sí lleno de tensiones, complicaciones y obstáculos; era tal vez lo mejor que poseía, pero no le daba la quietud, la dicha, la inocencia, la satisfacción de la conciencia de que carecía, exigía mucha prudencia y cuidado, costaba mucho esfuerzo y aun su hermoso y bien dotado hijo Tito se convirtió muy pronto en motivo de conflictos y tratos diplomáticos, en celos y amor, hasta que el niño demasiado amado y mimado por sus progenitores, se inclinó cada vez más hacia la madre y fue adepto de ella. Éste fue el último dolor y, como parece, el más amargamente sentido, la pérdida más grave, en la vida de Designori. El tormento no lo quebró; él lo dominó y encontró una suerte de porte nuevo, de conducta digna, pero seria, grave, melancólica.

Mientras Knecht supo todo esto de su amigo, poco a poco, en varias visitas y otros encuentros, le comunicó en cambio también mucho de sus propias experiencias, de sus problemas; no dejó al otro en la situación de aquel que ha confesado y al cambiar la hora y el estado de ánimo se arrepiente y desearía retirar lo dicho, sino que mereció y reforzó la confianza de Plinio con su propia franqueza y dedicación. Poco a poco se abrió su vida ante el amigo, una vida aparentemente simple, derecha como una línea, ejemplar, ordenada dentro de un orden jerárquico claramente construido y marcado, una carrera llena de triunfos y distinciones, y, sin embargo, una dura y sacrificada vida, muy solitaria, y aunque mucho de ello no fuera del todo comprensible para un foráneo, tales eran sin embargo, las corrientes

Librodot

principales y las situaciones fundamentales, y nadie podía comprender y sentir mejor el anhelo de Knecht por la juventud, por alumnos jóvenes aun no formados, por una modesta actividad sin brillo y sin la eterna coerción de lo representativo, por una actividad de maestro de latín o de música, por ejemplo, es una escuela inferior. Y correspondía al estilo del método artístico y educador curativo de Knecht el que no sólo ganara a este paciente por su gran franqueza, sino que también le diera la sugestión de poder ayudarle y servirle, y a sí mismo con ello el impulso a hacerlo realmente. Designori también de hecho podía ser útil al *Magister,* menos en el problema principal, pero por eso mismo mucho más en la satisfacción de su curiosidad y su sed de conocer mil detalles de la vida del mundo.

No sabemos la razón por la cual Knecht se tomó la difícil tarea de enseñar a su melancólico amigo de juventud a reír y sonreír de nuevo, o si en eso tuvo algún papel tal vez la idea de que aquél podía serle útil con otros servicios. Designori, que mejor hubiera debido saberlo, no creyó en eso. Más tarde refirió: "Si trato de saber claramente cómo comenzó Knecht a influir en un hombre tan resignado y reservado como yo, veo cada vez con mayor evidencia que todo se debió a la magia, y aun diría a picardía. Era mucho más astuto de lo que la gente creía, lleno de malicia, de agudeza, de sagacidad, de gusto por el hechizo, la transformación, feliz de poder desaparecer y reaparecer por encanto. Creo que ya en el momento de mi primera aparición ante las autoridades superiores de Castalia decidió apresarme y además influir en mí a su modo, es decir, despertarme y llevarme a estar en mejor forma. Por lo menos, desde la primera hora se dedicó a lograrlo con toda su energía. No puedo decir la razón por la cual lo hizo y cargó conmigo. Creo que hombres de su clase hacen todo inconscientemente, como por reflejo; se sienten colocados ante una tarea, se sienten llamados por una necesidad y se entregan a la llamada sin más ni más. Me encontró desconfiado y temeroso, nada dispuesto a caer en sus brazos o a pedirle ayuda; me encontró a mí, un día amigo tan franco y comunicativo, desilusionado y encerrado en mí mismo, y este obstáculo, esta no pequeña dificultad, pareció ser justamente lo que lo excitaba. No cejó, por reacio que yo fuera, y logró todo lo que quiso. En ello se sirvió entre otras cosas del artificio de hacer aparecer nuestra mutua relación como tal, como recíproca justamente, como si su fuerza correspondiera a la mía, su valor al mío, como si mi necesidad de ayuda correspondiera a una igual en él. Ya en la primera larga conversación me dejó entender que estuvo esperando algo así como mi aparición, la había deseado y, poco a poco, me inició en su plan de renunciar a su cargo y abandonar la provincia, y siempre me hizo notar cuánto contaba para eso con mi consejo, mi asistencia y mi silencio, porque con excepción de mí no tenía afuera en el mundo ni amigos ni experiencia. Confieso que lo oí todo con placer y que eso contribuyó no poco a conquistar toda mi confianza: me entregué a él por entero; le creía en absoluto. Pero más tarde, con el correr del tiempo, volví a dudar profundamente y a hallar todo ilógico, y nunca hubiera podido decir si él esperaba realmente algo de mi o no, ni si su forma de envolverme y ganarme fue inocente o diplomática, ingenua o calculada, sincera o artificial y simulada. Era demasiado superior a mí y me hizo tantos beneficios morales que ni me hubiese atrevido a averiguarlo. De todas maneras, creo hoy, debo seguir conservando la ficción, de que su situación era igual a la mía y que él contaba sobre mi

Librodot

simpatía y disposición tanto como yo sobre la suya; eso no fue más que una gentileza, una sugestión conquistadora y agradable en la que me acomodé y excité; sólo que no sabría decir, hasta dónde su juego conmigo fue consciente, meditado y deliberado, y cuánto a pesar de todo sincero y natural. Porque el *Magister* Josef fue un gran artista; por una parte podía resistir tan difícilmente al impulso de educar, influir, curar, ayudar y desarrollar que los medios le parecían indiferentes, por otra era imposible para él hacer la menor cosa sin completa entrega. Pero lo cierto, lo incontrovertible es que entonces se ocupó de mí como un amigo, como un gran médico y guía, que nunca me abandonó y finalmente me despertó y sanó en la máxima medida que le fue posible. Y fue algo notable y muy propio de él: mientras hacía como si aceptara mi ayuda para alejarse de su cargo, mientras escuchaba tolerante, y aun a veces con aplauso, mis agrias e ingenuas críticas y dudas y ofensas contra Castalia, mientras él mismo luchaba para liberarse de la provincia, en realidad me atrajo y me llevó de regreso a ella, ésta es la verdad; me indujo de nuevo a la meditación, me educó y trastornó gracias a la música y a la meditación castalias, a la alegría castalia, al valor castalio; a pesar de que mi nostalgia por vosotros era tan incastalia y aun anticastalia, me hizo otra vez igual a vosotros; de mi desdichado amor por vosotros logró uno afortunado.

Así se expresó Designori y tenía muchas razones para su admirada gratitud. Puede resultar bastante fácil educar a niños y jovencitos al estilo de la vida de la Orden con la ayuda de nuestros muy experimentados sistemas; en un hombre que ya llegaba casi a los cincuenta años fue seguramente tarea pesada, aunque este hombre colaborara con mucha buena voluntad. No es que Designori llegara a ser todo un castalio o un castalio ejemplar. Pero lo que Knecht se propuso, lo logró ampliamente: diluir la terquedad y el amargo peso de tu tristeza, devolver al alma hipersensible y tímida la armonía y la alegría, reemplazar muchas de sus malas costumbres por otras buenas. Naturalmente, el *Magister Ludí* no pudo realizar por sí solo la cantidad de pequeños trabajos necesarios; empleó para ello el aparato y las fuerzas de Castalia y de la Orden, en favor del huésped de honor; por una temporada hasta le asignó un maestro de meditación de Hirsland, la sede de la Dirección de la Orden para que vigilara en su casa sus ejercicios de meditación.

Fue durante su octavo año de magisterio cuando por primera vez aceptó una de las tan repetidas invitaciones del amigo y lo visitó en su casa de la capital. Con autorización de la Dirección general, cuyo presidente Alexander le quería cordialmente, aprovechó para tal visita una fiesta: mucho esperaba de ella y durante todo ese tiempo la había rechazado constantemente, en parte porque quería estar bien seguro de su amigo, en parte también por un temor natural: se trataba en efecto de su primer paso por aquel mundo del cual su cantarada Plinio había fatalmente obtenido esa rígida tristeza, un mundo que guardaba para él tantos y tan importantes secretos. Encontró la casa moderna por la cual su amigo cambiara la vieja mansión de los Designori en la ciudad, regida por una magnífica dama, muy inteligente, reservada, y la dama dominada a su vez por su hijito, hermoso, impertinente y más bien mal educado, alrededor de cuya personita todo parecía girar allí y que seguramente había aprendido de la madre el modo de proceder contra el padre, tercamente prepotente y un poco humillante. Por lo demás, en

Librodot

esa casa había frialdad y desconfianza contra todo lo castalio; pero ni la madre ni el hijo resistieron mucho tiempo a la personalidad del *Magister,* cuyo cargo para ellos poseía además algo de misterio, de consagración, de leyenda. De todos modos, durante la primera visita las cosas se desarrollaron muy rígida y reservadamente; Knecht se mantuvo atento, vigilante y callado, la dama lo recibió con fría y formal cortesía y resistencia interior, como si fuera un alto oficial enemigo en zonas de ocupación; el hijo Tito fue el menos cohibido, debió haber sido más de una vez testigo y aprovechador atento y aun divertido de situaciones parecidas. El padre pareció representar más de lo que era realmente su papel de dueño de casa. Entre él y la mujer reinaba un tono suave, circunspecto, un poco angustioso, como de gentileza que marcha de puntillas, mantenido más fácil y naturalmente por la esposa que por el marido. Para el hijo, éste demostraba una atención y una camaradería que el niño parecía explotar por momentos, y por momentos rechazar, por hábito, arrogantemente. En resumen, se trataba de una unión penosa, poco sincera, agitada violentamente por instintos reprimidos, llena de miedo por trastornos y estallidos, colmada de tensión, y el estilo del modo de conducirse y de hablar, como el estilo de toda la casa, era casi demasiado cuidado y deliberado, como si no se pudiera erigir una valla protectora lo bastante gruesa y segura contra eventuales penetraciones o ataques. Y una observación más que Knecht anotó: una gran parte de la reconquistada alegría había desaparecido nuevamente del rostro de Plinio; mientras en Waldzell o en la residencia de la dirección de la Orden en Hirsland, su carga y su tristeza parecían casi desaparecidas, aquí en su casa él parecía encontrarse otra vez en la sombra y provocaba crítica al mismo tiempo que compasión. La casa era hermosa y revelaba riqueza y hábitos delicados; cada habitación estaba amueblada de acuerdo con sus dimensiones, cada una embellecida por una combinación armónica de dos o tres colores; aquí y allá una valiosa obra de arte. Knecht observaba complacido cada cosa; pero todo este espectáculo le pareció al final demasiado hermoso en cierta medida, demasiado perfecto y calculado, sin devenir, sin realidad, sin renovación posible, y sintió en el alma que también esta belleza de aposentos y objetos tenía el marchamo de una conjuración, de un ademán que busca protección, y que todo eso: cuartos, cuadros, floreros y flores, encerraba y acompañaba una existencia que anhelaba armonía y belleza, sin poder alcanzarlas en otra forma que justamente en el cuidado de este ambiente sofisticado.

Fue en el período inmediato posterior a esta visita, con tantas impresiones casi inagotables, cuando Knecht envió a su amigo un maestro de meditación para que le acompañara. Desde el día que pasó en la atmósfera tan curiosamente comprimida y saturada de aquella casa, Josef logró saber muchas cosas que no hubiera deseado, pero también muchas que le faltaba conocer y por las cuales había buscado al amigo. Y la relación no se quedó limitada a aquella primera visita, muchas más siguieron, y llevó a conversaciones sobre educación y sobre el joven Tito, en las que tomaba parte vivazmente también la madre. El *Magister* conquistó poco a poco la confianza y la simpatía de esta mujer inteligente y desconfiada. Una vez que casi en broma él le dijo que era una lástima que su hijito no hubiese sido enviado en su hora para ser educado en Castalia, ella tomó seriamente la observación como un reproche y se defendió: le parecía dudoso de

Librodot

que Tito hubiera sido aceptado realmente allá, tenía bastante capacidad, pero era de trato difícil y eso de intervenir en la vida de un niño contra su voluntad, ella no se lo hubiera permitido nunca; un intento de esa naturaleza había fracasado por cierto con su mismo padre. Tampoco hubiesen pensado nunca, ni ella ni su esposo, en valerse de un privilegio de la vieja familia Designori para su hijo, porque habían roto con el padre de Plinio y con toda la tradición de la antigua casa. Y al final agregó, con dolorosa sonrisa, que además ni en otras condiciones distintas hubiera podido ella separarse de su hijo, porque fuera de él no había nada que le hiciera la vida digna de vivirse. Mucho tuvo que pensar Knecht sobre esta observación más involuntaria que deliberada. Así que su hermosa casa, en la que todo era distinguido, magnífico y calculado, y su marido y su política y su partido, herencia del padre un día tan venerado, no eran cosas suficientes para dar sentido y valor a su vida; eso podía hacerlo solamente el niño ... Y prefería dejar crecer el hijo en condiciones tan malas y perjudiciales, como las de la casa y del matrimonio, antes que separarse de él por su bien. Era ésta una confesión desconcertante para una mujer tan inteligente, en apariencia tan fría y tan intelectual. Knecht no pudo ayudarla directamente como ayudaba al marido, ni pensó en intentarlo siquiera. Pero con sus espaciadas visitas y la influencia sobre Plinio, brindó una medida y una advertencia que penetró en la secreta y agriada situación de la familia. Para el *Magister* en cambio, mientras sucesivamente iba ganando influencia y autoridad en la casa Designori, la vida de esta gente del mundo le resultó cada vez más rica en enigmas, cuanto mejor la conocía. Pero de sus visitas a la capital y de lo que vio y experimentó, sabemos muy poco y nos contentaremos con lo expuesto.

Hasta este momento, Knecht no había intimado mucho con el presidente de la Dirección general de Hirsland, fuera de lo que exigían las funciones oficiales. Lo veía sólo en las reuniones generales de la autoridad de educación que se realizaban en Hirsland y aun allí el presidente ejercía casi siempre únicamente las funciones más formales y decorativas del cargo, el recibimiento y la despedida de los colegas, mientras que la labor principal de la dirección de los debates recaía en el locutor. El presidente, en la época del nombramiento de Knecht hombre de edad muy avanzada ya, fue muy venerado por el *Magister* Ludí, pero nunca le dio ocasión para acortar distancias; ya no era para él un ser humano, una persona, sino que flotaba como un gran sacerdote, símbolo de la dignidad y el recogimiento, come silenciosa cumbre, por encima del conjunto de las autoridades y de toda la jerarquía. Este venerable señor había fallecido, y en su lugar la Orden había elegido nuevo presidente a Alexander. Alexander era justamente aquel maestro de meditación que la Dirección general había asignado mucho antes a nuestro Knecht como inspector en el primer período de sus funciones oficiales, y desde entonces el *Magister* había admirado y amado con agradecimiento al ejemplar campeón de la Orden, pero también éste había podido observar y conocer en todo su valor al *Magister Ludí,* cuando fue objeto cotidiano de su cuidado y en cierto modo su penitente, y tuvo que quererlo bien. La amistad que quedara latente, formó conciencia en ambos y tomó cuerpo desde el momento en que Alexander llegó a ser colega de Knecht y presidente del Directorio, porque ahora se veían más a menudo y tenían tareas que realizar en común. Ciertamente, esta amistad

Librodot

carecía de trato constante y de comunes experiencias juveniles, era una simpatía de colegas en altos cargos, y sus expresiones se limitaban a un poco más de calor en el saludo y en el adiós, a un entendimiento mutuo más completo y rápido, a veces también a una charla de pocos minutos en las pausas de las sesiones.

Aunque de acuerdo con la Constitución el presidente de la Dirección general, llamado también Maestro de la Orden, no era superior a sus colegas de magisterio, le tocaba sin embargo, presidir por tradición las sesiones y virtualmente le alcanzaba esa situación de superioridad, y cuanto más la Orden durante las últimas décadas se fue convirtiendo en meditativa y monjil, más aumentó su autoridad, por cierto sólo dentro de la jerarquía y de la provincia, pero no fuera de ellas. Cada vez más llegaron a ser entre las autoridades educativas los verdaderos exponentes y representantes del espíritu castalio el presidente de la Orden y el *Magister Ludí;* al par de las antiquísimas disciplinas (como la gramática, la astronomía, la matemática o la música), heredadas de las épocas precastalias, habían llegado a ser bienes en realidad característicos de Castalia el cuidado del alma por la meditación y el juego de abalorios. No carecía, pues, de significado, si los dos representantes y directores de la época mantenían una relación de amistad, era para ambos una confirmación y elevación de su dignidad, un don de calor y satisfacción en la vida, un estímulo más para el cumplimiento de su cometido; representar y conservar vivos en sus personas los dos más nobles y sagrados tesoros, las fuerzas mejores del mundo castalio. Para Knecht, pues, esto representaba un vínculo más, un contrapeso a la tendencia cada vez mayor en él de renunciar a todo eso e irrumpir en otra esfera vital distinta. Pero esta tendencia se fue desarrollando fatal e incesantemente. Desde que tuvo perfecta conciencia de ello —esto debió ocurrir durante el sexto o séptimo año de su magisterio—, se robusteció y fue admitido sin miedo en su vida y en su pensar conscientes, justamente por él, el hombre del “despertar”. Más o menos desde ese momento, creemos poder afirmarlo, la idea de la futura renuncia a su cargo y el adiós a la provincia fue algo familiar para él, a veces a la manera de como lo es para un preso la fe en la liberación o para un enfermo grave el conocimiento de la muerte. En aquella inicial conversación con Plinio, el camarada de la juventud reaparecido, le había dado expresión en palabras por primera vez, posiblemente sólo para conquistar y hacer franquearse al amigo callado y reservado, pero tal vez también para dar con esta primera noticia a otro, a su cómplice, una primera vuelta de timón hacia afuera, un primer impulso a la realización, a su nuevo despertar, a su nueva sensación de vida. En ulteriores conversaciones con Designori, el deseo de Knecht de abandonar alguna vez su forma de vida y osar el salto en otra nueva, tomó ya la categoría de una resolución. Entre tanto elaboró cuidadosamente la amistad con Plinio, que estaba vinculado con él, no ya sólo por la admiración, sino también por la gratitud del que está sanando o ya está curado, y alcanzó así en ella un puente hacia el mundo exterior y su vida colmada de enigmas.

No nos debe sorprender que el *Magister* consintiera sólo muy tarde una idea de su secreto y de su plan de evasión al amigo Tegularius. Aunque sirvió con benevolencia y disposición a cada una de sus amistades, supo sin embargo, considerarlas por encima, independiente y diplomáticamente, y así guiarlas. Pero ahora, con el retorno de Plinio en su vida había

Librodot

aparecido un competidor para Fritz, un amigo antiguo y nuevo con derechos al interés y al corazón de Knecht, y éste pudo apenas asombrarse de que Tegularius al principio reaccionara con violentos celos; por un tiempo, hasta que hubo conquistado y normalizado su amistad con Designori, la reserva enfurruñada del otro pudo ser más bien grata al *Magister.* A la larga, ciertamente, fue más importante otra consideración. ¿Cómo se podía hacer aceptar y aprobar a un carácter como el de Tegularius su deseo de sustraerse simplemente a Waldzell y a su dignidad de *Magister?* Si Knecht abandonaba a Waldzell, estaría perdido para siempre para este amigo; eso de llevarlo consigo por el estrecho y peligroso camino que le esperaba, no había que pensarlo siquiera, aunque aquél, inesperadamente, mostrara deseo y valor para ello. Knecht esperó, meditó y vaciló mucho, antes de hacerle conocer sus intenciones. Pero finalmente lo hizo, cuando su resolución de evadirse llegó a ser definitiva y firme. Hubiera chocado con su modo de ser el dejar al amigo en la ignorancia y preparar a sus espaldas proyectos y dar pasos cuyas consecuencias debía sobrellevar aquél también. Posiblemente, quiso convertirlo como a Plinio no sólo en conocedor, sino en real o imaginario colaborador y cómplice, porque la solidaridad ayuda a vencer cualquier situación.

Las ideas de Knecht acerca de la decadencia que amenazaba a Castalia eran conocidas desde hacía mucho tiempo por el amigo, lógicamente, sólo hasta donde el uno estaba decidido a comunicarlas y el otro a aceptarlas. A ellas se refirió el *Magister,* cuando se resolvió a sincerarse con Tegularius. Contra lo que esperaba y para su gran alivio, Fritz no tomó a lo trágico la comunicación que le confió, hasta pareció divertirlo la idea de que un *Magister* resignara su dignidad a las autoridades, se sacudiera del calzado el polvo de Castalia y se eligiera una existencia a su gusto; esto aun lo excitó agradablemente. Como individualista y enemigo de toda disciplina, Tegularius había estado siempre de parte del individuo contra la autoridad; estaba también siempre dispuesto a combatir el poder oficial en forma espiritual, a burlarse de él, a hacerle trampa. Esto allanaba el camino a Knecht, quien, respirando aliviado, con una risa intima, buscó muy pronto la reacción del amigo. Le dejó que creyese que se trataba de una especie de jugarreta contra las autoridades y el hatajo de funcionarios, y le asignó en esta aventura el papel de cómplice, colaborador y conjurado. Se elaboraría un pedido del *Magister* a la Dirección, una exposición y explanación de todos los motivos que le imponían la renuncia a su cargo, y la preparación y definición de este pedido debía ser especialmente obra de Tegularius. Ante todo debía asimilar la concepción histórica de Knecht acerca del nacer de Castalia, de su crecer y de su actual estado; luego reunir material histórico y apoyar con el mismo los deseos y proyectos de Knecht. El que tuviera así que penetrar en un campo hasta entonces por él rechazado y despreciado, el de la historia, no pareció incomodarle, y Knecht se apresuró a darle para ello las necesarias indicaciones. De esta manera, Tegularius se dedicó exclusivamente a su nueva tarea, con el celo y la tenacidad que sabía poner en empresas accesorias y solitarias. Para él, terco individualista, hubo un placer marcadamente rencoroso en esos estudios que le podían colocar *en* condición de demostrar a los bonzos y a la jerarquía sus faltas y tus deficiencias, o por lo menos de picarlos. De este placer Josef Knecht participaba tan poco como el otro de la fe en un triunfo de los

Librodot

esfuerzos de su amigo. Josef estaba resuelto a liberarse de las cadenas de su situación actual y a disponerse a tareas que sentía le esperaban, pero sabía claramente que ni podría vencer a las autoridades con motivos razonables, ni lograría descargar parte de lo que había que hacer sobre Tegularius. Pero le agradaba mucho saberlo ocupado y apartado por un tiempo, mientras debiera vivir cerca de él. Después de contar todo esto a Designori, en un encuentro de aquellos días, agregó:

—El amigo Tegularius está ahora ocupado y además indemnizado por lo que cree haber perdido por su retorno. Sus celos están casi curados, y su labor para ayudarme contra mis colegas le gusta y casi le hace feliz. Pero no creas, Plinio, que espero algo de su labor, fuera de lo bueno justamente que tiene para él. Que nuestra suprema autoridad dé curso al pedido proyectado es completamente improbable, hasta imposible; a lo sumo contestará con una admonición suavemente reprensiva. Lo que se levanta entre mis intenciones y su realización es la ley fundamental misma de nuestra jerarquía, y una autoridad que despidiera a su *Magister Ludí* por un pedido tan convincentemente fundado y le asignara una actividad fuera de Castalia, no me gustaría tampoco a mí. Además está a la cabeza de la Orden un maestro que no se doblega. No, esta lucha deberé sostenerla por entero yo solo. Pero ¡dejemos por ahora que Tegularius ejercite toda su agudeza intelectual! Con eso sólo perdemos un poco de tiempo, y yo lo necesito fatalmente para dejarlo todo en orden, para que mi partida pueda ocurrir sin perjuicios para Waldzell. Pero tú entre tanto debes procurarme entre vosotros albergue y posibilidad de trabajo, aunque modesto; en caso necesario me basta un puesto de maestro de música, por ejemplo; debe ser sólo un comienzo, un trampolín.

Designori dijo que eso se encontraría y, que cuando llegara el momento, su casa estaba abierta para el amigo por todo el tiempo que quisiera. Pero esto no conformaba a Knecht.

—No —dijo a Plinio—, no debo ser un huésped, necesito trabajo. Además, una permanencia en tu casa, tan hermosa, si durara mucho, solo aumentaría allí la tirantez y las dificultades. Tengo mucha confianza contigo y también tu esposa se ha acostumbrado amablemente a mis visitas, pero esto tendría en seguida otro aspecto, al dejar de ser visitante y *Magister Ludí,* para convertirme en simple refugiado y huésped permanente.

—Lo tomas todo, sin embargo, con demasiada exactitud —juzgó Plinio—. Puedes contar con toda certeza que cuando te liberes de aquí y establezcas tu residencia en la capital, tendrás pronto una digna ocupación, por lo menos como profesor de la Universidad. Pero estas cosas no se realizan de un día para otro, necesitan tiempo, ya lo sabes; y sólo podré ocuparme al respecto cuando se haya efectuado tu separación de aquí.

—Es cierto —contestó el *Magister*—, hasta ese momento mi resolución debe permanecer oculta. No puedo ponerme a disposición de vuestras autoridades antes de que las mías estén enteradas y hayan resuelto; es natural y lógico. Pero no busco de antemano un cargo público. Mis necesidades son pequeñas, menores de lo que tú puedes imaginar probablemente. Me basta un cuartito y el pan de cada día, pero ante todo un trabajo y una tarea como maestro y educador, necesito algunos escolares con quienes pueda vivir y actuar; lo que menos pienso es trabajar en

Librodot

Universidades; preferiría ser maestro particular de un niño o algo parecido. Lo que busco y me hace falta, es una tarea simple, natural, un hombre que me necesite. La ocupación en una Universidad volvería a insertarme desde el principio en un aparato oficial tradicional, consagrado y mecanizado, y lo que yo deseo es todo lo contrario.

Titubeando, Designori se atrevió entonces a formular una propuesta que había estado elaborando hacía tiempo.

—Yo tendría una propuesta que hacerte —dijo—, y te ruego que por lo menos la conozcas y la estudies con buena voluntad. Tal vez puedas aceptarla y con ello me harías un favor. Desde el día que fui tu huésped aquí, me has ayudado mucho en muchas cosas. Has conocido también mi vida y mi casa y sabes lo que pasa allí. No anda muy bien, pero eso sí, mejor que hace años. Lo más grave es la relación entre mi hijo y yo. Es malcriado y además impertinente, se ha conquistado en casa una posición de privilegio, la logró fácilmente en los años en que, siendo niño aún, fue mimado por la madre y por mí. Luego se volcó resueltamente hacia la madre y se me fueron de las manos poco a poco todos los recursos educativos eficaces. Me conformé, como lo hice por lo demás con mi misma vida, tan poco feliz. Me había resignarlo, por renuncia. Pero ahora que me curé casi, gracias a tu ayuda, acaricio nuevas esperanzas. Verás adonde quiero llegar; mucho me lisonjearía si Tito, que además tiene sus dificultades en la escuela, hallara por un tiempo un maestro, un educador que se preocupara por él. Es un pedido egoísta, lo sé, e ignoro si la tarea puede atraerte. Pero tú me ha dado valor para hablar de la propuesta. Knecht sonrió y le tendió la mano.

—Gracias, Plinio. Ninguna otra proposición podría resultarme más grata. Sólo falta el asentimiento de tu esposa. Y además deberíais resolveros ambos a dejar la resolución al hijo. Para que yo pueda hacerme cargo de él, es necesario eliminar la influencia diaria de la casa paterna. Debes hablar al respecto con tu esposa e inducirla a aceptar esta condición. Toma la cosa con precaución y sin prisa.

—¿Y tú crees —preguntó Designori— que podrías lograr algo con Tito?

—¡Oh, sí! ¿Por qué no? Tiene de ambos padres buena sangre y buenas dotes, falta solamente la armonía de estas fuerzas. Despertar en él el anhelo de esa armonía, más aún, robustecerlo y al final tornarlo consciente, será mi tarea, que asumo con gusto.

Knecht sabía así que sus dos amigos, cada uno en forma distinta, estaban ocupados en su asunto. Mientras Designori en la capital exponía a su mujer los nuevos proyectos, en Waldzell, Tegularius pasaba el tiempo en una celda de trabajo de la biblioteca y reunía de acuerdo con las indicaciones de Knecht el material para la pieza proyectada. El *Magister* había sabido tenderle un cebo infalible con la lectura que le proporcionó; Fritz Tegularius, el que despreciaba tanto la historia, mordió el anzuelo y se enamoró de la historia de la época bélica. Gran trabajador en el juego, reunió con hambre creciente anécdotas sintomáticas de aquella era, que preludió sombríamente a la Orden, y acumuló tantas, que su amigo, cuando meses después recibió su trabajo apenas pudo conservar la décima parte.

En este lapso Knecht repitió varias veces sus visitas a la capital. La esposa de Designori fue otorgándole cada vez más confianza, del mismo modo que a menudo un ser sano y armonioso encuentra fácilmente aceptación

Librodot

por parte de los inquietos y amargados, y pronto estuvo conquistada para los proyectos del marido. De Tito sabemos que en una de las visitas hizo saber arrogantemente al *Magister* que no deseaba ser tuteado por él, sino tratado de usted como lo hacían todos, hasta los maestros en su escuela. Knecht le agradeció con mucha cortesía y se disculpó, contándole que en su provincia el maestro tuteaba a todos los escolares y estudiantes, aun a los mayores. Y después de comer, pidió al niño que saliera un rato con él y le mostrara la ciudad. Durante este paseo, Tito lo llevó también por una magnífica calle de la ciudad vieja, donde estaban en larga serie las casas seculares de las familias patricias más distinguidas y ricas. Delante de una de estas casas estrechas, altas y firmes, Tito se detuvo y preguntó:

—¿La conoce usted?

Y como Knecht contestara que no, dijo:

—Ése es el escudo de los Designori y la casa es nuestra vieja mansión familiar; perteneció durante tres siglos a la familia. Pero nosotros residimos en una indiferente casa de todo el mundo, sólo porque papá, después de la muerte de mi abuelo, tuvo el capricho de vender este bello y venerable palacio familiar y construirse una casa a la moda, que por lo demás ya no es moderna. ¿Puede comprender usted cosa semejante?

—¿Le duele mucho haber perdido la vieja casa? —preguntó amablemente Knecht, y como Tito contestó que sí y repitió su pregunta:

—¿Puede comprender usted cosa semejante? —le dijo:

—Todo se puede comprender, si se pone en la debida luz. Una vieja casa es una cosa bella y si la nueva estuviera al lado y yo debiera elegir, elegiría la vieja. Sí, las viejas casas son hermosas y respetables, especialmente una tan bella como ésta. Pero construirse una casa es también algo hermoso y si un joven ambicioso y progresista tiene que elegir entre colocarse cómodamente tranquilo en un nido preparado o edificarse uno nuevo, se puede comprender perfectamente que su elección puede recaer también sobre construir. Por lo que conozco a su padre, y lo conocí cuando tenía aún su edad de usted y era impaciente y apasionado, se ha hecho a sí mismo el mayor mal con la venta y la pérdida de la casa. Tuvo un grave conflicto con su padre y su familia, y al parecer, su educación entre nosotros no fue la más conveniente para él, por lo menos no pudo ella protegerlo de algunas precipitaciones pasionales. Una de ellas fue seguramente la venta de la mansión. Con eso quiso abofetear y declarar la guerra a la tradición de la familia, al padre, a todo el pasado y a la sumisión; por lo menos me parece comprensible así. Pero el hombre es un ser raro, y no me parecería improbable tampoco otra idea, la de que el vendedor de la casona con esta liquidación no quiso hacer daño a la familia sino sólo a sí mismo. La familia le había desilusionado, le había enviado a nuestras escuelas de selección, le había hecho educar allá a nuestro modo y luego lo recibió aquí a su regreso con tareas, exigencias y deberes para los que no estaba preparado. Pero no quiero ir más lejos en mi interpretación psicológica. De todas maneras, la historia de esta casa vendida muestra la fuerza del conflicto entre padres e hijos, el odio, este amor convertido en odio. En los temperamentos vivos y dotados, tal conflicto surge siempre, la historia universal está llena de ejemplos. Pero puedo también imaginar muy bien a un joven Designori que

Librodot

más tarde se propone como tarea en la vida la de devolver al patrimonio familiar la vieja casa, costare lo que costare.

—Muy bien —exclamó Tito—; ¿y no le daría usted razón si lo hiciera?

—No quisiera erigirme en juez suyo, joven señor. Si más adelante un Designori recuerda la grandeza de su estirpe y el deber que con ella recibió en la vida, si sirve a la ciudad, al Estado, al pueblo, al derecho, al bienestar con todas sus energías, y con ello llega a ser tan fuerte que además lleva a cabo la reconquista de su casa, será un hombre respetable y tendremos que descubrirnos delante de él. Pero si en su vida no conoce otra meta que esta historia de la casa, no sería más que un poseso, un fanático, un pasional; a lo sumo, probablemente, alguien que nunca comprenderá tales conflictos familiares de la juventud en su verdadero sentido y los arrastrará consigo toda su vida, aun cuando sea grande. Podemos comprenderlo y aún compadecerlo, pero no acrecentará la gloria de su casa. Es hermoso que una vieja familia se adhiera con amor a su mansión familiar, pero el rejuvenecimiento y la nueva grandeza provienen siempre y solamente de que los hijos sirven a metas más altas que las de la familia.

Si en este paseo Tito escuchó al huésped de su padre atentamente y con bastante disposición, en otras ocasiones sin embargo, le mostró de nuevo resistencia y rebeldía; sospechaba en el hombre que sus padres generalmente tan poco acordes parecían estimar por igual, un poder que podía amenazar su mimada libertad y se mostró a veces netamente mal educado y descortés; ciertamente, después seguía cada vez el arrepentimiento y el deseo de disculparse, porque lastimaba su orgullo haberse mostrado contrario a la alegre cortesía que rodeaba al *Magister* como una pulida coraza. Y en secreto, en su corazón inexperto y un poco salvaje, sentía, no obstante, que éste era un ser a quien podría tal vez amar mucho y respetar.

Tuvo esta sensación especialmente en una media hora que pasó con Knecht solo, mientras éste esperaba a su padre retenido por negocios. Al entrar en la habitación, Tito vio al huésped sentado con los ojos semicerrados, inmóvil, en la posición de una estatua, irradiando en su recogimiento paz y tranquilidad, tanto que el jovencito comenzó a caminar levemente sin quererlo casi, de puntillas, tratando de escurrirse. Pero entonces el *Magister* abrió los ojos, lo saludó amablemente, se levantó, señaló el piano que estaba en esa habitación y le preguntó si le gustaba la música.

Tito contestó que sí, que hacía bastante tiempo que no hacía una sola hora de música, porque en la escuela no se hallaba en situación brillante y allí los sermoneadores lo torturaban mucho, pero que oír música había sido siempre un gran placer para él. Knecht abrió el piano, se sentó, comprobó si estaba afinado y tocó un andante de Scarlatti, que había empleado en esos días como base de un ejercicio del juego de abalorios. Luego se detuvo y, viendo que el jovencito estaba atento y rendido, comenzó con breves palabras a explicarle lo que ocurría más o menos en aquel ejercicio de abalorios; separó la música en sus partes, mostró algunas de las formas de análisis que se pueden emplear y explicó los medios para la traducción de la música en jeroglíficos del juego. Por primera vez Tito no miró al maestro como un huésped ni como una sabia celebridad que él rechazaba porque

Librodot

aplastaba su orgullo, sino que lo vio en su labor, un hombre que ha aprendido un arte muy sutil y exacto, cuyo sentido él podía solamente intuir, sí, pero que parecía exigir todo un hombre y su dedicación. También le halagó que lo tomara por adulto y suficientemente capaz como para interesarse por estas cosas complicadas. Se aquietó y en esa media hora comenzó a comprender de dónde, de qué fuentes manaba la alegría y la segura tranquilidad de este hombre notable.

La actividad oficial de Knecht era en ese último tiempo casi tan intensa como en el período difícil de la asunción del cargo. Le interesaba sobremanera dejar todos los resortes de sus deberes en estado ejemplar. Logró ese resultado también, aunque fracasó en el otro imaginado al mismo tiempo de hacer aparecer su persona como innecesaria y fácilmente reemplazable. Eso es casi siempre lo que ocurre en nuestros cargos supremos: el *Magister* flota casi solamente como una pieza suprema de adorno, brillante insignia, por encima de la complicada multiplicidad de su campo oficial; va y viene rápidamente, ligero como un espíritu amable, dice dos palabras, asiente afirmando, indica una tarea como un ademán y ya se ha ido a otra cosa; toca en el aparato de sus funciones como un músico en su instrumento, no parece necesitar fuerza y sí apenas un pensamiento, y todo marcha como debe. Pero cada funcionario de este aparato sabe lo que significa, cuando el *Magister* está de viaje o enfermo, reemplazarlo por un día o por unas horas... Mientras Knecht recorría una vez más todo ese pequeño Estado del *Vicus Lusorum,* investigando y empleando sobre todo el mayor cuidado en llevar su "sombra" inadvertidamente a la tarea de reemplazarlo seriamente muy pronto, pudo comprobar al mismo tiempo que su ser íntimo ya se había separado y alejado de todo eso, que toda la preciosidad de este pequeño mundo tan bien imaginado ya no le hacia feliz ni le encadenaba. Veía a Waldzell y su magisterio casi como algo a sus espaldas, un distrito que había atravesado, que le había dado y enseñado mucho, pero que no podía provocar en él ya ninguna energía, ningún acto nuevo. En la época de este lento alejamiento, de esta paulatina despedida; comprendió cada vez más que la verdadera razón de su extrañamiento y de su deseo de marcharse no era ciertamente la conciencia de los peligros inminentes para Castalia y la preocupación por su porvenir, sino que eso era simplemente una parte vacía y desocupada de sí mismo, de su corazón y de su alma, que ahora deseaba tener sus derechos y quería realizarse, colmarse en plenitud.

Volvió a estudiar fundamentalmente una vez más la Constitución y los Estatutos de la Orden y vio que su alejamiento de la provincia no era tan difícil y menos aún imposible de conseguir, como había supuesto al principio. Era libre de renunciar a su cargo por motivos de conciencia, era libre de abandonar la Orden; el voto prestado no ataba por toda la vida, aunque muy rara vez un miembro y nunca una de las más altas autoridades hubiese hecho uso de esta libertad; no, lo que le hacía aparecer tan grave el paso era el espíritu mismo de la jerarquía, la lealtad y la fidelidad en su corazón, no por cierto la estrictez de las leyes. Es cierto, no quería huir ocultamente, preparaba un pedido eficaz para recabar su libertad, el bueno de Tegularius se ennegrecía los dedos escribiendo. Pero él no creía en el resultado de ese pedido. Se le tranquilizaría, se le amonestaría, tal vez se le ofrecería un permiso de descanso en Mariafels, donde poco antes había muerto el *Pater Jakobus,* o tal vez un viaje a Roma. Pero no le

Librodot

soltarían, esto creía que era ya lo más seguro. Soltarle era contrario a toda la tradición de la Orden. Si la suprema Dirección lo hiciera, admitiría que su pedido era justificado, que la vida en Castalia y aun en un puesto tan elevado, en determinadas circunstancias, no bastaría para un hombre, y podía también significar para ese hombre renuncia y reclusión.

Librodot

CAPÍTULO XI
LA CIRCULAR

NOS acercamos al final de nuestra narración. Como ya indicamos, nuestro conocimiento de ese fin está lleno de lagunas y tiene más bien el carácter de una saga que el de un informe histórico. Tenemos que conformarnos con eso. Pero más nos complace por lo mismo poder llenar este penúltimo capítulo de la biografía de Knecht con un documento auténtico, es decir, con ese amplio escrito en que el *Magister Ludí* mismo expuso a las autoridades las razones de su resolución y pidió el relevo de su cargo.

Cabe solamente decir, y es cierto, que Josef Knecht no sólo no creía ya, como sabemos, en un buen resultado de este escrito preparado con tantos pormenores, sino que, cuando llegó a ello, hubiera preferido no escribir ni presentar su "pedido". Le pasaba lo que a todos los hombres que ejercen un poder natural y al comienzo inconsciente sobre otros: este poder no es ejercido sin consecuencias para el interesado y si el *Magister* se había alegrado por haber conquistado así a su amigo Tegularius para su propósito, convirtiéndolo en favorecedor y colaborador, lo ocurrido resultaba ahora más fuerte que lo que había pensado y deseado. Había ganado o tentado a Fritz con un trabajo en cuyo valor ya no creía él más, él que le había dado origen; pero no podía anular esa labor cuando el amigo al fin se la entregó realizada, ni dejarla a un lado inutilizada, sin herir profundamente y desilusionar al amigo a quien había querido hacer tolerable la separación. Por lo que creemos saber, correspondía más a las intenciones de Knecht en ese momento renunciar simplemente al cargo y declarar que salía de la Orden, en lugar de elegir el recurso, a sus ojos convertido casi en comedia, de un "pedido". Pero en atención al amigo se allanó una vez más a dominar por un tiempo su impaciencia.

Sería probablemente interesante conocer el manuscrito del diligente Tegularius. Constaba sobre todo de material histórico, reunido para fines de pruebas o ilustración, pero difícilmente nos equivocamos al suponer que contenía además muchas palabras de crítica aguda y espiritualmente ejercida contra la jerarquía, como también contra el mundo y la historia universal. Mas aunque este manuscrito elaborado en varios meses de extraordinariamente dura laboriosidad existiera todavía, lo que es muy posible, y aunque lo tuviéramos a nuestra disposición, deberíamos renunciar a transcribirlo, porque nuestro libro no es el lugar adecuado para su publicación.

Para nosotros tiene importancia únicamente el empleo que el *Magister Ludí* hizo del trabajo del amigo. Cuando éste se lo entregó en forma solemne, Knecht lo tomó con cordiales palabras de agradecimiento y reconocimiento, y como sabía que debía complacerle, le pidió que le leyera lo escrito. A lo largo de varios días, pues, Tegularius se sentó al lado del *Magister* durante media hora en el jardín, porque era verano, y le leyó satisfecho las innúmeras páginas de que se componía su memorial, y a menudo la lectura fue interrumpida por la alegre y franca risa de ambos. Fueron días hermosos para Tegularius. Luego Knecht se retiró y redactó —utilizando muchas partes del manuscrito de su amigo— su pedido a las autoridades supremas,

Librodot

que transcribimos textualmente y que no necesita ningún comentario.

EL ESCRITO DEL "MAGISTER LUDÍ" A LAS AUTORIDADES DE EDUCACIÓN

Diversas reflexiones me han determinado, como *Magister Ludí,* a presentar a la autoridad en este escrito separado y en cierto modo privado una petición de naturaleza especial, en lugar de incluirla en mis oficiosas justificaciones de cuentas. Agrego precisamente el escrito al informe normal del momento, pero lo considero más bien como una especie de circular colegiada para mis iguales en funciones.

Corresponde a los deberes de un *Magister* llamar la atención de la Autoridad, cuando surgen obstáculos o amenazan peligros para la fiel dirección normativa de su cargo. Mi dirección, aunque me esfuerzo en servir a mis funciones con todas mis energías, está (o me parece que debe estar) amenazada por un peligro que tiene asidero en mi persona, pero no origen únicamente en ella. Por lo menos considero el peligro moral de un debilitamiento de mi aptitud personal como *Magister Ludí* al mismo tiempo como peligro objetivamente existente fuera de mi persona. Para expresarme en forma muy concisa: comencé a dudar de mi capacidad para la plena dirección de mi cargo, porque lo debo considerar amenazado y con él también el juego de abalorios que se me ha confiado. La intención de este escrito es la de exponer a los ojos de la Autoridad que el aludido peligro existe y que justamente este peligro, desde que lo conocí, me llama con urgencia a otro lugar distinto de aquel en el cual me encuentro. Séame permitido explicar la situación mediante un apólogo: Está uno sentado en la buhardilla dedicado a un sutil trabajo de sabio, cuando nota que abajo en el edificio debe haber estallado un incendio. No reflexionará si esto es de su incumbencia o si debe copiar en limpio sus tablas, sino que correrá abajo y tratará de salvar la casa. Del mismo modo estoy yo sentado en uno de los pisos más altos de nuestro edificio castalio, ocupado en el juego de abalorios, trabajando con instrumentos verdaderamente delicados y sensibles, y el instinto (la nariz) llama mi atención: en alguna parte hay fuego, un fuego que amenaza y pone en peligro toda nuestra casa, y me dice que en este momento no debo analizar música o distinguir reglas de juego, sino correr en seguida hacia el lugar donde se advierte el humo.

La institución castalia, nuestra Orden, nuestra labor científica y escolar, juntamente con el juego de abalorios y todo lo demás, nos parecen a cada uno de los Hermanos de la Orden tan naturales como el aire que respira a cualquier ser humano; el terreno sobre el cual pisa, a cada uno de los demás. Apenas si alguna vez hay quien piensa que este aire y este suelo podrían no existir, que la luz podría faltarnos un día, el suelo huir bajo nuestros pies. Tenemos la dicha de vivir en un pequeño mundo limpio y alegre, bien protegido, y la gran mayoría de nosotros, aunque pueda parecer sorprendente, vivimos en la ficción de que este mundo ha existido siempre y nosotros somos innatos en él. Yo mismo pasé mis años juveniles en este delirio tan agradable, mientras conocía sin embargo, la realidad, es decir, que no nací en Castalia, sino que fui enviado y educado aquí por las autoridades y que Castalia, la Orden, los jefes, las casas de estudio,

Librodot

los archivos y el juego de abalorios no existieron siempre y no son obra de la naturaleza, sino creación tardía, noble y perecedera como todo lo realizado por la voluntad del hombre. Todo esto sabía yo, pero carecía de realidad para mí; no pensaba en eso, ponía los ojos más lejos, y sé que más de las tres cuartas partes de nosotros viven y morirán en esta maravillosa y agradable ilusión.

Pero como hubo siglos y milenios sin Orden y sin Castalia, los habrá también en el porvenir otra vez. Y si hoy recuerdo a mis colegas y a las venerables Autoridades este hecho, esta verdad evidente, y los invito a dirigir la mirada a los peligros que nos amenazan, si asumo, pues, el papel poco agradable y fácil blanco de burlas, del profeta, del admonitor, del misionero, aun sólo por un instante, estoy dispuesto al escarnio eventual, pero tengo la esperanza de que la mayoría de vosotros leerá mi escrito hasta el final y que algunos estarán de acuerdo conmigo en determinados puntos. Y ya sería mucho.

Una organización como nuestra Castalia, un pequeño Estado del Espíritu, está expuesto a peligros internos y externos. Los peligros internos, o muchos de ellos, los conocemos y los vigilamos y combatimos. Seguimos eliminando alumnos de las escuelas de selección porque descubrimos en ellos cualidades e instintos indomables, que los harían ineptos y peligrosos para nuestra comunidad. La mayoría de ellos, así lo esperamos, no son por eso hombres de menos valor, sino solamente inadecuados para la vida castalia, y pueden hallar, a su regreso en el mundo, condiciones de vida más convenientes y convertirse en hombres de pro. Nuestra experiencia al respecto se ha consagrado como buena y en conjunto se puede decir también de nuestra comunidad que defiende su dignidad, y su propia educación y basta a su tarea de representar y seguir elaborando una capa superior, una clase de nobleza del espíritu. Es de presumir que no viven entre nosotros más indignos y remisos de lo que es natural y tolerable. Ya menos inobjetable es nuestra situación por lo que se refiere a la presunción de la Orden, al orgullo de clase, tentación de toda aristocracia, de toda situación de privilegio, y que puede habitualmente reprocharse, con o sin razón, a toda nobleza. En la historia de la sociedad hay siempre el intento de la creación de la aristocracia, es su cumbre y corona, y alguna categoría de aristocracia, del dominio de los mejores, parece ser la meta, el ideal verdadero aunque no siempre admitido, en todas las tentativas de formación de sociedades humanas. El poder, monárquico o anónimo, estuvo siempre dispuesto a fomentar con protección y privilegios a la nobleza en cierne, ya fuera política o de otra naturaleza, por nacimiento o selección y educación. La nobleza favorecida se robusteció siempre bajo este sol, pero también el hallarse siempre en el sol y ser privilegiado se convirtió en tentación desde determinado grado de evolución o desarrollo, y llevó a la corrupción. Si consideramos, pues, a nuestra Orden como una aristocracia y tratamos de averiguar hasta dónde nuestra conducta justifica nuestra situación de preferencia frente al conjunto del pueblo y del mundo, hasta dónde quizá nos haya afectado y nos domine la enfermedad característica de la nobleza, el orgullo sacrílego, la presunción, la soberbia clasista, la suficiencia y el ingrato parasitismo, sentiríamos muchos remordimientos. No es que al castalio actual le falte disposición para la obediencia a las leyes de la Orden, a la diligencia, al espiritualismo cultivado; pero, ¿no le falta a

Librodot

menudo la clarividencia acerca de su inserción o encuadramiento en la organización del pueblo, en el mundo, en la historia universal? ¿Tiene conciencia de la base de su vida, se sabe hoja, flor, rama o raíz de un organismo vivo, intuye algo de los sacrificios que el pueblo hace por él, alimentándole, vistiéndole, facilitándole su educación y sus múltiples estudios? ¿Y se cuida mucho por el sentido de nuestra existencia y nuestra posición de privilegio, tiene una idea exacta del fin de nuestra Orden y de nuestra existencia? Admitiendo excepciones, muchas y nobles excepciones, me inclino a contestar "no" a todas estas preguntas. El promedio de los castalios considera al hombre del mundo, al no culto, tal vez sin desprecio, sin envidia, sin odio, pero no como hermano; no ve en él a la persona que le da el pan, tampoco se siente responsable en mínima parte de lo que ocurre afuera en el mundo. Fin de su vida le parece el culto de las ciencias por sí mismas o aun solamente el paseo gozoso en el jardín de una cultura que se cree universalista y no lo es del todo. En resumen, esta formación castalia, elevada y noble sin duda, a la que estoy profundamente agradecido, en la mayoría de sus poseedores y representantes no es órgano e instrumento, no es activa y tendida a una meta, ni conscientemente puesta al servicio de algo más grande o más profundo, sino que tiende un poco al goce y a la gloria personal, a la elaboración y atención de especialidades anímicas. Sé que hay un gran número de castalios integérrimos y sumamente valiosos, que en realidad nada quieren sino servir; hay los maestros preparados entre nosotros, sobre todo aquellos que afuera en el país, lejos del clima agradable y los mimos espirituales de nuestra provincia, prestan en las escuelas del mundo un servicio lleno de renuncias, pero inapreciablemente precioso. Estos valientes maestros allá afuera, en sentido estricto, son realmente los únicos de nosotros que cumplen de verdad el fin de Castalia y con cuyo trabajo pagamos al país y al pueblo todo lo que nos dan. Que nuestra suprema y más santa tarea reside en mantener los cimientos espirituales del país y del mundo, aquello que se ha demostrado también como elemento moral de suma eficacia, es decir, el sentido de la verdad, sobre el cual entre otras cosas se funda también el derecho, esto lo sabe perfectamente por cierto cada uno de nosotros, los Hermanos de la Orden, pero con un ligero examen de conciencia la mayoría debemos confesar que para ellos el bien del mundo, la conservación de la honestidad y pureza espirituales aun fuera de nuestra provincia conservada tan bellamente limpia, no es absolutamente lo más importante, ni es importante siquiera, y que dejamos a estos valientes maestros allá afuera el pago de nuestra deuda con el mundo mediante su generosa labor y la justificación en cierto modo del goce de nuestros privilegios, para nosotros los jugadores de abalorios, los astrónomos, los músicos o los matemáticos. Al orgullo considerable y al espíritu de casta se debe que no tratemos seriamente de merecer nuestros privilegios, justamente por nuestra obra, porque no pocos de nosotros, al cumplir la reglamentaria abstinencia de nuestra vida material, creemos que es una virtud y la practicamos meramente por ella misma, mientras es el mínimo de retribución por el hecho de que el país nos hace posible la existencia castalia.

Me limito a señalar estos perjuicios y peligros internos; no son tan insignificantes, aunque en tiempos de paz no puedan amenazar seriamente nuestra existencia. Pero los castalios no dependemos solamente de

Librodot

nuestra moral y nuestra razón, sino muy especialmente también de la situación del país y la voluntad del pueblo. Comemos nuestro pan, utilizamos nuestras bibliotecas, perfeccionamos nuestras escuelas y nuestros archivos, pero si el pueblo no lo quisiera seguir consintiendo, o si el país, por empobrecimiento, guerras, etc., fuera imposibilitado de hacerlo, en el mismo instante nuestra existencia y nuestros estudios acabarían. Los peligros que nos amenazan desde fuera son que nuestro país no pueda mantener un día a Castalia y nuestra cultura, que nuestro pueblo considere un día a Castalia como un lujo que no puede ya permitirse, y que, en lugar de ser generosamente orgulloso de nosotros, un día nos considere como parásitos y seres dañinos y aun como maestros de error y enemigos.

Si quisiera exponer a los ojos de un castalio medio estos peligros, debería hacerlo ante todo con ejemplos de la historia, y chocaría al hacerlo con cierta resistencia pasiva, con cierta ignorancia y antipatía que podría llamar infantiles. El interés por la historia universal, bien lo sabéis, es entre nosotros los castalios sumamente débil; más aún, no sólo falta a la mayoría de nosotros interés, sino aun justicia por la historia, respeto por ella. Esta desviación del culto de la historia universal, mezcla de indiferencia y falsa superioridad, me incitó a menudo a indagar, y he encontrado que tiene dos causas. En primer lugar, el contenido (o aun los contenidos) de la historia —me refiero naturalmente a la historia del espíritu y de la cultura, que tanto cuidamos— nos parece un poco inferior en valía; la historia universal consiste, según la idea que tenemos de ella, en brutales luchas por el poder, por bienes, tierras, materias primas, dinero, en fin, por lo material y cuantitativo, por cosas que consideramos no espirituales y más bien despreciables. Para nosotros, el siglo XVII es la época de Descartes, Pascal, Froberger, Schuetz, no la de Cromwell o de Luis XIV. El segundo motivo básico de nuestro miedo a la historia universal reside en nuestra desconfianza heredada y en gran parte, según opino, justificada, por una determinada suerte de consideración y redacción de la historia, muy en boga en la época de la decadencia, antes de la fundación de nuestra Orden, y en la que de antemano no tenemos la menor confianza: la llamada filosofía de la historia, cuyo florecimiento más espiritual y al mismo tiempo cuyo efecto más peligroso encontramos en Hegel, pero que en el siglo que le siguió, desembocó en la más antipática falsificación histórica y en la desmoralización del sentido de la verdad. La preferencia por la llamada filosofía de la historia constituye para nosotros una de las características capitales de aquella época de marasmo espiritual y luchas políticas por el poder de vasto alcance, que a veces denominamos el “siglo guerrero”, pero más a menudo “época folletinista”. De la lucha contra su espíritu —o ausencia de espíritu—, y la victoria sobre el mismo, sobre las ruinas de aquella época, nació nuestra actual cultura, nació la Orden y nació Castalia. Pero es propio de nuestra soberbia moral enfrentar a la historia universal, especialmente a la moderna, casi en la misma forma en que lo hacia el asceta o el ermitaño del primitivo cristianismo con el escenario del mundo. La historia nos parece un campo alborotado de instintos y modas, ambiciones y codicias, anhelo del poder y los bienes, el deseo de matar, la violencia, las destrucciones y las guerras, los ministros orgullosos y ambiciosos, los generales vendidos, las ciudades bombardeadas, y olvidamos demasiado fácilmente, demasiado ligeramente, que éste es sólo uno

Librodot

de sus aspectos. Y olvidamos sobre todo que nosotros también somos un trozo de historia, algo devenido, algo condenado a morir, si perdemos la facultad de nuevo devenir y transformarse. Nosotros mismos somos historia y tenemos nuestra responsabilidad en la historia del mundo y en nuestra situación. Nos falta firme conciencia de esta responsabilidad.

Si echamos una mirada sobre nuestra propia historia, en la época del nacimiento de nuestra actual provincia pedagógica, si observamos en nuestro país y en muchos otros el surgimiento de las varias Órdenes y jerarquías, una de las cuales es la nuestra, vemos enseguida que esta jerarquía y esta patria, esta querida Castalia, no han sido por cierto fundadas por gente que mirara la historia del mundo con tanto renunciamiento y orgullo. Nuestros predecesores y fundadores comenzaron su obra al final de la época guerrera, en un mundo destruido. Estamos acostumbrados a explicar unilateralmente las situaciones mundiales de entonces (que comenzaron tal vez con la primera guerra llamada mundial) con el hecho de que el espíritu nada importaba en esos días precisamente y que fue apenas para los violentos conductores de pueblos un recurso empleado en ocasiones y siempre subordinado, para la lucha empeñada, en lo cual vemos una corrupción que fue consecuente del “folletinismo”. Si, es muy fácil establecer la falta de espiritualidad y la brutalidad con que se llevaron a cabo esas guerras por el poder. Si lo denomino no espirituales, no lo hago porque no vea sus poderosas conquistas en el terreno de la inteligencia y la metódica, sino porque estamos habituados y cuidamos mucho de considerar al espíritu en primer término como voluntad de verdad, y lo que se consumió en espíritu en aquellas luchas, parece haber tenido muy poco en común con la verdad. Fue desdicha de esa época el hecho de que a un aumento enormemente rápido de la población humana que provocó la inquietud y el movimiento, no se opuso un orden moral relativamente firme; los residuos existentes de ese orden moral fueron empujados al último plano por lemas del momento; en el curso de aquellas luchas chocamos con sucesos asombrosos y terribles. A exacta semejanza con el cisma eclesiástico de Lutero, cuatro siglos antes, el mundo entero de pronto se llenó de inquietud enorme, en todas partes se establecieron frentes bélicos, en todas partes hubo de repente encarnizada y mortal enemistad entre jóvenes y viejos, entre patria y humanidad, entre rojo y blanco, y los que vivimos hoy no podemos siquiera reconstruir ya (menos, pues, comprender y sentir) el poder y el dinamismo interior de aquel “rojo” y de aquel “blanco”, la verdadera esencia, el verdadero sentido de todos esos lemas y gritos de guerra. Exactamente como en los tiempos de Lutero, vemos en toda Europa, y aun en la mitad del mundo, batirse mutuamente entusiasmados o desesperados, creyentes y ateos, jóvenes y viejos, campeones del ayer y profetas del mañana; a menudo los frentes bélicos cruzaron oblicuamente por mapas, pueblos y familias; y no podemos dudar de que para la mayoría misma de los combatientes o por lo menos de sus jefes, esto tenía un supremo sentido, del mismo modo que no podemos negar a muchos de los paladines y adalides de aquellas guerras cierta sólida buena fe, cierto idealismo, como se le llamaba entonces. En todas partes se combatía, se mataba y se destruía, y en todas partes, en ambos bandos, se creía luchar por Dios contra el demonio.

Librodot

Entre nosotros, aquella época salvaje, de ardientes entusiasmos y odios bárbaros y dolor indecible, ha caído en una suerte de olvido, que casi no se concibe, porque ella se vincula muy estrechamente con el nacimiento de todas nuestras instituciones y es la causa de su continuación, de su existencia. Un satírico podría compararlo con el olvido de su nacimiento y de sus padres que distingue a los aventureros ennoblecidos y triunfantes. Tengamos presente un poco más aquella época. He leído muchos de sus documentos y al hacerlo me interesé menos por los pueblos sometidos y las ciudades destrozadas que por la conducta de los intelectuales de esos días. Les fue difícil la vida y muchos no resistieron; la mayoría, seguramente. Hubo mártires tanto entre los sabios como entre los religiosos, y su martirio y su ejemplo no se perdieron ni en aquellos años acostumbrados al horror. Pero la mayoría de los representantes del espíritu no soportaron la presión de esa época violenta. Algunos se rindieron y se pusieron a disposición de los poderosos con sus dotes, conocimientos y métodos; todos ustedes conocen la sentencia de un profesor universitario en la República de los Masagetas: "Lo que son dos y dos, no debe establecerlo la Facultad, sino nuestro señor General". Otros en cambio se opusieron hasta que pudieron hacerlo desde un lugar relativamente seguro, y protestaron. Un famoso escritor —lo leemos en las obras de Ziegenhals— parece haber firmado en algunos años más de doscientas de esas proclamas o protestas o advertencias, un número mayor tal vez de las que realmente leyó. Pero la mayoría aprendió a callar, aprendió también a sufrir hambre y frío, a mendigar y ocultarse de la policía; murió prematuramente y cada muerto fue envidiado por su fin por el sobreviviente. Incontables, son los que se dieron muerte con sus propias manos. No era ya realmente un placer ni un honor ser sabio o literato: aquel que se colocaba a las órdenes de los poderosos y del lema (falsamente llamado ideal) tenía, sí, cargos y pan, pero también el desprecio de los mejores entre sus colegas y seguramente también sus remordimientos tenaces; aquel que se negaba a servir, debía padecer hambre, vivir a salto de mata y morir en la miseria o en el destierro. Se realizó una selección cruel, indeciblemente cruel. No sólo decayó rápidamente la investigación, en cuanto no fuera necesaria o útil para fines de dominio y de guerra, sino también toda la instrucción común. Ante todo se simplificó y se alteró por completo la historia universal, en lo que se refería exclusivamente a cada una de las naciones por momentos triunfantes; la filosofía de la historia y el folletín dominaron hasta en las escuelas primarias...

Pero basta de pormenores. Fueron tiempos violentos y bárbaros, épocas caóticas y babilónicas, en las que ni pueblos ni partidos, ni viejos ni jóvenes, ni rojos ni blancos podían comprenderse mutuamente. El final de todo esto fue que, después de haberse desangrado bastante y caer en la miseria, en todos se despertó una nostalgia cada vez más potente por la reflexión, por el hallazgo de una lengua común, por el orden, la moral, las medidas valederas y justas, por un alfabeto y una tabla de multiplicar qué no fuera dictada y a cada instante alterada por los intereses del poder. Nació una enorme necesidad de verdad y derecho, de razón, de superación del caos. Fue este vacío, al final de una época violenta y completamente extravertida, esta nostalgia de todos por un nuevo comienzo y un orden nuevo, indeciblemente impulsiva y vuelta suplicante, lo que determinó la creación de

Librodot

Castalia y de nuestra existencia. El pequeñísimo grupo valiente, casi hambriento, pero no doblegado, de los verdaderos intelectuales comenzó a tener conciencia de sus posibilidades, comenzó a darse una organización y una Constitución para una autoeducación ascética y heroica, comenzó a trabajar en todas partes en pequeños y pequeñísimos núcleos, a barrer los lemas falsos y a construir, completamente desde abajo, una espiritualidad, una enseñanza, una investigación, una cultura. Se logró erigir el edificio, éste creció desde sus míseros y heroicos comienzos, lentamente, hasta ser una construcción magnífica, creó en una serie de generaciones la Orden, las Autoridades de educación, las escuelas de selección, los archivos y colecciones, las escuelas especializadas y los seminarios, el juego de abalorios, y nosotros vivimos hoy como herederos y favorecidos en el edificio casi demasiado suntuoso. Y, digámoslo otra vez, vivimos en él como huéspedes bastante ingenuos y acomodaticios; no queremos saber más nada de los enormes sacrificios humanos sobre los cuales están edificados nuestros cimientos, nada de las dolorosas experiencias que hemos heredado y nada de la historia universal que ha construido nuestra mansión o la ha permitido, que nos sostiene y tolera y seguirá sosteniendo y tolerando a muchos castalios y maestros, después de nosotros, pero que un día derribará y devorará nuestro edificio, como derriba y devora continuamente lo que ella dejó crecer.

Vuelvo de regreso de la historia, y el resultado útil por hoy y para nosotros es éste: Nuestro sistema, nuestra Orden, ha superado ya el apogeo del florecimiento y la felicidad que a veces el enigmático juego del devenir del mundo concede a lo bello y deseable. Estamos en decadencia, en una decadencia que puede prolongarse tal vez por mucho tiempo aún, pero en todo caso ya no podemos tener en suerte nada más bello, elevado y digno de anhelarse, de lo que hemos poseído; el camino va descendiendo. Históricamente, creo yo, estamos maduros para la destrucción y ésta vendrá sin remedio, no hoy, no mañana, pero sí pasado mañana. No lo deduzco solamente de un juicio demasiado moral de nuestros servicios y capacidades, lo infiero más bien en conclusión de los movimientos que veo prepararse en el mundo exterior. Se acercan tiempos de crisis, en todas partes se sienten los signos premonitorios de que el mundo quiere trasladar una vez más su centro de gravedad. Se preparan desplazamientos de poder, que no se realizarán sin guerras o violencias; una amenaza de la paz y también de la vida y de la libertad se levanta en el lejano Oriente. Nuestro país y su política podrán permanecer neutrales, todo nuestro pueblo podrá insistir unánime (lo que no hace, sin embargo) en lo actual, y nosotros podremos permanecer fieles a los ideales castalios; será inútil. En estos mismos momentos, algunos de nuestros parlamentarios manifiestan, en oportunidades muy claramente, que Castalia es un lujo un poco caro para el país. Apenas se sienta la necesidad de serios armamentos bélicos, aunque sean para la defensa, y esto puede ocurrir muy pronto, se tomarán grandes medidas económicas y, a pesar de toda la buena intención del gobierno a favor nuestro, una parte de ellas caerá sobre nosotros. Estamos orgullosos porque nuestra Orden y la seguridad de la cultura intelectual y espiritual que la misma garantiza, exigen al país sacrificios modestos, relativamente. En comparación con otras épocas, sobre todo con el primer tiempo del folletinismo con sus Universidades suntuosamente dotadas, sus

Librodot

innúmeros consejos secretos y sus lujosas instituciones, estos sacrificios no son realmente grandes y casi insignificantes aparecen si se comparan con los que absorbió la guerra con sus armamentos y sus ruinas durante el siglo guerrero. Mas justamente ese armamento volverá a ser, pronto tal vez, la suprema ley; en el parlamento volverán a dominar los generales, y cuando el pueblo sea colocado en la alternativa de sacrificar a Castalia o exponerse al peligro de la guerra y del derrumbe, sabemos ya cómo elegirá. Luego tomará vuelo sin duda enseguida una ideología guerrera y envolverá sobre todo a la juventud, una concepción del mundo en lemas (no en ideales), según la cual sabios y sabidurías, latín y matemáticas, cultura y atención del espíritu tendrán derecho de vida solamente en cuanto puedan servir a fines bélicos.

El oleaje está en movimiento, un día nos arrollará. Tal vez esto sea justo y necesario. Pero antes nos corresponde, muy venerables colegas, en la medida de nuestra comprensión de los hechos, de nuestra inteligencia y nuestro valor, aquella limitada libertad de decisión y acción, que está concedida a los seres humanos y que convierte la historia del mundo en historia de los hombres. Si lo preferimos, podemos cerrar los ojos porque el peligro está aún lejano; probablemente, cada *Magister* de hoy podrá seguir tranquilo en sus funciones y morir también tranquilo, antes de que el peligro esté cerca y sea visible para todos. Pero para mí, y ciertamente no para mí sólo, esta tranquilidad estaría llena de remordimientos. No quisiera solamente administrar en paz mi cargo y jugar con abalorios, satisfecho porque lo que vendrá no me hallará más con vida. No, sino que me parece necesario recordarme a mí mismo que también nosotros los apolíticos pertenecemos a la historia universal y colaboramos para hacerla. Por eso dije al comienzo de mi escrito que mi actividad oficial está disminuida o por lo menos amenazada, porque no puedo impedir que una gran parte de mis pensamientos y preocupaciones caigan bajo las garras del futuro peligro. Prohibo a mi fantasía que juegue con las formas que podría tomar para nosotros o para mí la desgracia. Pero no puedo evitar la pregunta: ¿Qué tenemos que hacer, qué tengo que hacer para oponerme al peligro? Y acerca de esto séame permitida una palabra más.

No podría sostener la petición platónica de que el sabio, el hombre culto, debe dominar en el Estado. El mundo era más joven entonces. Y Platón, aunque fundara una suerte de Castalia, no fue en ningún momento un castalio, sino un aristócrata de nacimiento, de cuna regia. Nosotros también somos por cierto aristócratas y constituimos una nobleza, pero del espíritu, no de la sangre. No creo que los hombres lograrán algún día educar o criar una nobleza de la sangre al mismo tiempo que una intelectual; sería la aristocracia ideal, y ella es un sueño. Nosotros los castalios, aunque somos gente de buenas costumbres y gran inteligencia, no servimos para gobernar; si tuviéramos que hacerlo, no lo haríamos con la energía y la ingenuidad que necesita el que gobierna realmente, genuinamente; y en esa función, nuestro campo verdadero, nuestra preocupación más propia, el cuidado de una vida espiritual ejemplar, serían muy pronto descuidados. Para gobernar no es necesario por cierto ser tonto y brutal, como a veces opinan vanidosos intelectuales, pero sí se necesita de una total alegría por una actividad extravertida, por una pasión por identificarse con metas y fines y también seguramente de rapidez y despreocupación en elegir los caminos hacia el éxito feliz. Todas facultades éstas que un hombre culto —porque no

Librodot

hemos de llamarnos sabios— no puede poseer y no posee, porque para nosotros la observación es más importante que la acción, y en la elección de los medios y los métodos para llegar a nuestra meta hemos aprendido a ser escrupulosos y desconfiados como apenas es posible ser. Por lo tanto, no debemos gobernar ni hacer política. Somos especialistas del investigar, descomponer y medir, somos los mantenedores y los constantes examinadores de todos los alfabetos, las tablas de multiplicar y los sistemas, somos los maestros calibradores de las medidas y las pesas del espíritu. Sí, somos muchas cosas más, aun podemos ser en determinadas circunstancias innovadores, descubridores, aventureros, conquistadores e intérpretes, pero nuestra primera y más importante función, por la que el pueblo nos necesita y sustenta, es la de mantener inmaculadas todas las fuentes del saber. En el comercio, en la política y donde en ocasiones tal vez esto signifique un servicio o una genialidad, se puede hacer de una U una X; entre nosotros nunca.

En épocas anteriores, en épocas agitadas, llamadas “grandes”, durante guerras o revoluciones, se exigió a los intelectuales que se adhirieran políticamente. Este proceder fue corriente sobre todo al final de la época folletinista. Correspondía a sus exigencias también la de militarizar o encuadrar políticamente el espíritu. Como se empleaban las campanas de las iglesias para fundir cañones, como se utilizaba la juventud inmatura de las escuelas para llenar los claros de las tropas diezmadas, así debía decretarse la requisición del espíritu como recurso de guerra o gastarse como tal.

Naturalmente, no podemos reconocer semejantes exigencias. Que un hombre culto, en caso de necesidad, sea alejado de la cátedra o de la mesa de estudio y convertido en soldado, y que en ciertas ocasiones él mismo se ofrezca voluntariamente para ello; que luego en un país agotado por la guerra el hombre culto se conforme en lo material hasta con lo mínimo, hasta con el hambre, no es necesario decirlo con más palabras. Cuanto más elevada es la cultura de un hombre, cuanto mayores los privilegios de que goza, tanto más grandes deben ser en caso de necesidad los sacrificios que ha de hacer, esperemos que esto sea algún día cosa lógica y natural para cualquier castalio. Pero si estamos prontos a sacrificar nuestro bienestar, nuestra comodidad, nuestra vida por el pueblo, cuando se halla en peligro, no se sigue necesariamente que estemos preparados para sacrificar el espíritu mismo, la tradición y la moral de nuestra intelectualidad, a los intereses del día, del pueblo o de los generales. Es un cobarde aquel que se sustrae a los servicios, y los peligros que de que enfrentar su pueblo. Pero no es menos cobarde y traidor quien traiciona los principios de la vida espiritual por intereses materiales, quien por ejemplo está dispuesto a dejar a los poderosos, a los gobernantes, la decisión de cuánto son dos y dos. Sacrificar el sentido de la verdad, la honestidad intelectual, la fidelidad a leyes y métodos del espíritu a cualquier otro interés, aun el de la patria, es traición. Si en la lucha de los intereses y las teorías partidistas la verdad corre peligro de ser tan desvalorizada, falsificada y violentada como el individuo, la lengua, las artes, todo lo orgánico y lo artificialmente elevado, nuestro único deber es oponernos y salvar la verdad, es decir, la aspiración hacia la verdad como nuestro supremo dogma de fe. El hombre culto que como orador, escritor o maestro dice a sabiendas una falsedad, no sólo obra

Librodot

contra leyes orgánicas fundamentales, sino que además, a pesar de toda apariencia del momento, no hace ningún bien a su pueblo, sino un grave daño, le corrompe el aire y la tierra, el alimento y la bebida, le envenena el pensar, le conculca el derecho, y ayuda a todo lo malo y hostil que amenaza con la destrucción del pueblo.

El castalio, pues, no debe convertirse en político; debe, sí, en caso de emergencia sacrificar su persona, pero nunca la fidelidad al espíritu. El espíritu es bienhechor y noble solamente en la obediencia a la verdad; si la traiciona, si pierde el respeto, se torna condescendiente o se vende, es lo diabólico en potencia, mucho peor que la bestialidad animal de los instintos, que conserva siempre, a pesar de todo, un residuo de la inocencia natural.

Dejo a cada uno de vosotros, venerados colegas, piense al respecto a su manera en lo que se refiere a la esencia de los deberes de la Orden, cuando el país y la Orden estén en peligro. Habrá al respecto diferentes opiniones. Yo también tengo las mías y, en muchas reflexiones acerca de los problemas aquí suscitados, para mi persona he llegado a una clara idea de lo que es para mí un deber, de lo que vale la pena anhelar. Y esto me lleva ahora a formular un pedido personal a la venerable Dirección, con el cual se cerrará mi memorándum.

Entre los maestros que forman nuestras autoridades, como *Magister Ludí* soy ciertamente por mi cargo el más alejado del mundo exterior. El matemático, el filólogo, el físico, el pedagogo y cada maestro de otra disciplina trabajan en terrenos que tienen algo de común con el mundo profano; también en las escuelas no castalias, en las escuelas comunes de nuestro país y de cualquier otro, las matemáticas y la enseñanza del idioma forman la base de la instrucción; también en las Universidades del mundo se enseña astronomía y física y hacen música aun seres completamente sin cultura; todas estas disciplinas con antiquísimas, mucho más antiguas que nuestra Orden, existieron mucho antes y le sobrevivirán. Solamente el juego de abalorios es nuestra invención exclusiva, nuestra especialidad, la que preferimos y nos entretiene, es la última expresión diferenciada de nuestra especial forma de espiritualidad. Es al mismo tiempo la joya más valiosa y más inútil, la más querida y al mismo tiempo la más frágil en nuestro tesoro. Es lo primero que perecerá, si vacila la existencia de Castalia; no sólo porque constituye el más delicado de nuestros bienes, sino también porque para los legos es sin duda la parte menos indispensable de Castalia. Cuando se trate de ahorrar al país todo gasto no imprescindible, se limitarán las escuelas de selección, se disminuirán los fondos para la conservación y el crecimiento de bibliotecas y colecciones, y se acabará cercenándolos del todo; se reducirán nuestros alimentos, no se renovará nuestra vestimenta; se dejarán subsistir todas las disciplinas principales de nuestra *Universitas Litterarum,* pero no el juego de abalorios. Las matemáticas necesitan también para inventar nuevas armas de tiro, pero que del sierre del *Vicus Lusorum* y de la eliminación del juego pueda surgir el menor daño para el país y el pueblo, nadie lo creerá, y menos los militares. El juego de abalorios es la parte extrema y más en peligro de nuestro edificio. Tal vez a ello se deba que justamente el *Magister Ludí,* que es el director de nuestra disciplina más ajena al mundo, sea quien presienta el primero los sismos venideros o exprese el primero esta sensación ante las Autoridades.

Librodot

Considero perdido, pues, el juego de abalorios, en el caso de revoluciones politices y sobre todo de trastornos bélicos. Se perderá rápidamente, aunque muchos individuos le conserven su adhesión; y no será restablecido. La atmósfera que seguirá a una época de guerra, no lo tolerará. Desaparecerá de la misma manera como ciertas costumbres de suma cultura en la historia de la música, por ejemplo, los coros de los cantores profesionales alrededor de 1600 o las músicas dominicales figuradas en las iglesias alrededor de 1700. Entonces oídos humanos escucharon armonías que ninguna ciencia y ningún hechizo pueden volver a conjurar en su pureza angélica y esplendorosa. Así tampoco el juego de abalorios será olvidado, pero no podrá ser restituido a la vida, y aquellos que estudiarán luego su historia, su nacimiento, su florecer y su fin, suspirarán y nos envidiarán por él, por haber podido vivir en Un mundo tan pacífico, tan cuidado, tan puramente espiritual.

Aunque soy *Magister Ludí,* no creo absolutamente que es deber mío (o nuestro) impedir o retardar el fin de nuestro juego. También lo bello y aun lo más bello es perecedero, apenas se ha convertido en historia y fenómeno en la tierra. Lo sabemos y podemos sentir dolor por ello, pero no tratar seriamente de cambiarlo, porque es fatalmente imposible cambiarlo. Si el juego de abalorios se derrumba, Castalia y el mundo sufrirán una pérdida, pero el mundo en ese momento apenas lo notará, tan ocupado estará en la gran crisis para salvar lo que todavía sea posible salvar. Se puede imaginar a Castalia sin juego de abalorios, pero no a Castalia sin respeto por la verdad, sin fidelidad al espíritu. La Autoridad de educación puede pasarse sin *Magister Ludí.* Pero un *Magister Ludí* no significa, originaria y esencialmente, y casi lo hemos olvidado, la especialidad que señalamos con la palabra, *Magister Ludí* significa en origen solamente maestro de escuela. Y el maestro de escuela, el buen maestro de escuela tan valiente será tanto más necesario a nuestro país, cuanto más en peligro se halle Castalia, cuanto más resulten inútiles y se desmigajen sus preciosidades. Maestros necesitamos más que otra cosa, hombres que infundan en la juventud la capacidad de medir y juzgar, y sus modelos están en el respeto de la verdad, la obediencia al espíritu, el servicio de la palabra. Y esto no vale solamente ni en primer término para nuestras escuelas de selección cuya existencia tendrá su fin, sino para las escuelas del mundo exterior, donde los ciudadanos y los campesinos, los obreros y soldados, los políticos, los oficiales y los jefes son educados y formados, mientras son niños aún y maleables. Allí está la base de la vida espiritual en el país, no en los seminarios o en el juego de abalorios. Hemos provisto siempre al país de maestros y educadores; ya lo dije: son los mejores de nosotros. Pero debemos hacer mucho más de lo hecho hasta hoy. No debemos ya confiar en que de las escuelas foráneas nos afluya constantemente la selección de los mejor dotados y ésta ayude a sostener a Castalia. Debemos reconocer y perfeccionar siempre, como la parte más importante y honrosa de nuestra tarea, el humilde servicio, grávido de responsabilidades, en las escuelas, en las escuelas del mundo.

Con esto he llegado también a mi pedido personal, que deseo dirigir a la venerable Dirección. Solicito, pues, mi despido o relevo del cargo de *Magister Ludí* y ruego que se me confie fuera del país una escuela común, pequeña o grande, y se me permita llevar poco a poco a esta escuela un

Librodot

pequeño estado mayor de jóvenes Hermanos de la Orden como maestros, gente que confío me ayudará fielmente a convertir en sangre y carne en los jóvenes del mundo nuestros principios.

Quiera la venerable Dirección dignarse examinar mi pedido y sus fundamentos con benevolencia y luego comunicarme sus órdenes.

El Magister Ludí

P. D. — Deseo se me permita citar unas palabras del venerado *Pater Jakobus,* que anoté durante uno de sus inolvidables *privattissima.*

"Pueden llegar tiempos del terror y de la mayor miseria. Mas si en la miseria puede haber aún una dicha, sólo será espiritual, vuelta hacia atrás para salvar la cultura de tiempos pasados, vuelta hacia adelante para representar, alegremente, incansablemente, el espíritu de una época que de otra manera caería en el peor materialismo."

Tegularius no supo qué escasa parte de su trabajo quedó en este escrito, que no pudo conocer en esta última redacción. Pero Knecht le dio a leer dos minutas anteriores mucho más amplias y pormenorizadas. Josef envió el escrito y esperó la respuesta de la Dirección general con mucha menor impaciencia que su amigo. Había llegado a la resolución de no comunicarle ulteriormente lo que haría; le prohibió que discutiera o hablara más del asunto y le dijo solamente que sin duda no pasaría mucho tiempo antes de que llegara la contestación.

Y cuando, después en un plazo más breve de lo que él mismo imaginara, la respuesta llegó, Tegularius nada supo de la misma. La nota de Hirsland decía:

"Venerable *Magister Ludí* en Waldzell.

"Tanto la Dirección de la Orden como el Colegio de los Maestros ha tomado conocimiento de vuestra circular tan espiritual y cordial, no sin extraordinario interés. Las consideraciones históricas del escrito y no menos sus cuidadosas miradas hacia el futuro han llamado nuestra atención, y seguramente muchos de nosotros concederán a estas excitantes reflexiones, en parte justificadas por cierto, amplio lugar en sus pensamientos, para obtener de las mismas una utilidad indudable. Con alegría y reconocimiento comprendemos todos el espíritu que os ha animado, el de un castalismo genuino y nada egoísta, de un amor íntimo y convertido en segunda naturaleza por nuestra provincia y su vida y sus costumbres, de un amor atento y en este momento angustiado. Con no menos alegría y reconocimiento aprendimos a conocer el tono, el estado de ánimo personal y momentáneo de ese amor, su disposición al sacrificio, su impulso a la acción, su seriedad y su celo, su matiz de heroísmo. En todos estos rasgos volvemos a ver el carácter de nuestro *Magister Ludí,* su eficacia, su ardor, su valor. ¡Cuánto es propio de él, discípulo del famoso benedictino, el que la historia haya sido estudiada por él no para un fin de mera cultura y en cierta manera como juego estético para un desamorado observador, sino que su conocimiento de la misma le impulse inmediatamente, en el instante, a su utilización, a la obra, a la colaboración! ¡Y cuánto también, venerado colega, es propio de vuestro carácter que la meta de vuestros deseos

Librodot

personales sea tan modesta, que no os sintáis atraído por tareas y misiones políticas, por cargos influyentes y honrosos, sino que deseéis ser solamente un *Magister Ludí,* un maestro de escuela!

"Éstas son algunas de las impresiones y las ideas que surgieron inmediatamente a la primera lectura de vuestra circular. Han sido las mismas o parecidas en la mayoría de los colegas. En el juicio ulterior de vuestras comunicaciones, advertencias y solicitaciones, en cambio, la Dirección no pudo llegar a una definición tan clara. En la sesión convocada para ello, se discutió vivamente sobre todo el problema de cuánto sea aceptable vuestra opinión acerca de la amenaza de nuestra existencia, como también el del alcance, la clase y la eventual proximidad en el tiempo de los peligros advertidos, y la mayoría de los miembros tomó en serio y aún con visible calor estos problemas. Pero, como debemos comunicaros, en ninguno de los problemas hubo mayoría de votos a favor de vuestras ideas. Se reconoció claramente el vigor descriptivo y la amplia visión de vuestras consideraciones histórico-políticas, pero *en* cada caso singular no se suscribió en todo su alcance ni se consideró convincente una sola de vuestras presunciones o, si queremos denominarlas así, de vuestras profecías. También en el problema de cuánto participen la Orden y la organización castalia en el mantenimiento del periodo de paz extraordinariamente largo, y de cuánto ellas siquiera puedan considerarse fundamentalmente como factores de la historia política y de las condiciones foráneas, sólo muy pocos adhirieron a vuestra opinión, y siempre con reservas. La opinión de la mayoría rezó más o menos así: la paz surgida al final de la época guerrera en nuestro continente debe atribuirse, en parte, al agotamiento general y al desangramiento, como consecuencia de la precedente guerra sin cuartel, pero mucho más a la circunstancia de que entonces el Occidente dejó de ser el foco de la historia universal y el teatro de lucha de las ambiciones hegemónicas. Sin poner en duda mínimamente los méritos de la Orden, no se puede atribuir a la idea castalia, a la idea de una elevada cultura espiritual bajo el signo de una educación anímico-contemplativa, una fuerza real, mente constructora de historia, es decir, una viva influencia sobre las situaciones políticas del mundo, ya que una tendencia o una ambición de esta clase es indeciblemente ajena al espíritu castalio. En algunas exposiciones muy serias del tema, se acentuó particularmente que no es ni voluntad ni destino de Castalia actuar políticamente y ejercer así influencia en la paz o en la guerra, ni sería posible siquiera hablar de tal destino, porque todo lo castalio se refiere a la inteligencia, a la mente y se desarrolla dentro de lo intelectual, lo mental, lo que no podría decirse de la historia universal, para no recaer en las fantasías teológico-literarias de la filosofía romántica de la historia y declarar como método del intelecto universal todo el aparato de matanza y destrucción de las fuerzas que hacen la historia. Es ilustrativa al respecto una rápida mirada a la historia del espíritu: los momentos más elevados de floración espiritual nunca pueden explicarse mediante las situaciones políticas, más aún, la cultura, el espíritu, el alma, tienen su propia historia que al lado de la llamada historia universal, es decir, al lado de las luchas nunca ahogadas por el poder material, fluye como una segunda historia, oculta, incruenta y sagrada. Únicamente con esta sagrada y oculta historia, no con la historia "real", brutal, del mundo, tiene que ver nuestra

Librodot

Orden, y nunca puede ser su cometido vigilar la historia política y menos ayudar a escribirla.

"Puede ser, pues, en realidad, la constelación política universal, tal como lo indica vuestra circular, o no serlo; en todo caso a la Orden no corresponde más que tomar posición de expectativa y tolerancia.

Así, vuestra opinión de que deberíamos considerar esta constelación como un llamado a una posición activa, fue netamente descartada por mayoría. En lo que se refiere a vuestra concepción de la actual situación del mundo y a vuestras alusiones al futuro próximo, ellas produjeron visiblemente cierta impresión en la mayoría de los colegas, en algunos hasta causaron sensación, pero tampoco en este punto, aunque la mayor parte de los oradores manifestó su respeto por vuestros conocimientos y vuestra agudeza, pudo establecerse una concordancia de la mayoría con vos, al contrario. Predominó más bien la tendencia a juzgar vuestras manifestaciones al respecto como dignas de atención e interesantes en sumo grado, pero exageradamente pesimistas. Hubo también una voz que preguntó si no era peligroso, y aun sacrílego, o por lo menos fruto de ligereza, el que un *Magister* se permitiese asustar a sus autoridades con fantasías tan sombrías acerca de supuestos peligros inminentes o pruebas dolorosas. Ciertamente, está consentida la ocasional advertencia a lo perecedero de todas las cosas, y cada uno y, sobre todo, aquellos que se hallan en cargos elevados y responsables, deben repetirse de vez en cuando: *Memento mori*[32]*;* pero anunciar con tal generalización nihilista a toda la clase magistral, a toda la Orden, a toda la jerarquía, un fin presumiblemente cercano, no es solamente un ataque a la paz del alma y a la imaginación de los colegas, sino también una amenaza contra la misma Autoridad y su capacidad de labor.

Es imposible que la actividad de un *Magister* gane algo, aunque vaya todas las mañanas a su trabajo, con pensar en la idea de que su cargo, su labor, sus alumnos, su responsabilidad ante la Orden, su vida por Castalia y en Castalia, mañana o pasado mañana se acaben y se hundan en la nada. Aunque esta voz no mereció la aprobación de la mayoría, halló sin embargo, algunos aplausos.

"Nuestra comunicación es breve, pero estamos a vuestra disposición para otras explicaciones verbales. De nuestro breve resumen veréis ya, muy estimado Señor, que vuestra circular no tuvo el efecto que vos esperabais. En gran parte, el fracaso se debe a razones objetivas, a diferencias reales entre vuestras opiniones de hoy, entre vuestros deseos, y los de la mayoría. Pero contribuyen también al caso razones formales. Posiblemente, por lo menos, nos parece que una explicación directa y oral entre vos y los colegas hubiera procedido en forma esencialmente más armónica y positiva. Y no solamente esta forma exterior de circular escrita, creemos, perjudicó vuestra presentación; mucho más pesó en este caso la fusión nada habitual entre nosotros de una comunicación colegial con un deseo personal, con un pedido privado. La mayoría calificó esta mezcla como un desgraciado intento renovador; algunos la calificaron simplemente como inadmisible.

[32] *Recuerda que morirás.*

Librodot

"Y así llegamos al punto más delicado de vuestro asunto, a vuestra petición de relevo del cargo y del empleo de vuestra persona en el servicio escolar foránea. Que la Dirección no puede aceptar un pedido tan abruptamente presentado y tan curiosamente fundado y lo considera imposible de aprobar y promulgar, debía haberlo sabido el interesado de antemano ya. Naturalmente, la Dirección contesta que no.

"¿Qué sería de nuestra jerarquía si no correspondiera a la Orden y a su Dirección colocar a cada uno en su lugar? ¿Qué sería de Castalia si cada persona estimara por sí misma sus dotes y sus aptitudes y quisiera elegirse su puesto de acuerdo con tal estimación? Recomendamos al *Magister Ludí* meditar algunos instantes sobre esto, y le encarecemos que siga desempeñando el honroso cargo, cuya dirección le hemos confiado.

"Con esto estaría satisfecho vuestro ruego de una contestación a vuestro escrito. No pudimos responder de acuerdo a vuestras esperanzas. Pero no quisiéramos callar tampoco nuestro reconocimiento por el valor excitante y admonitor de vuestro documento. Contamos con conversar con vos personalmente sobre su contenido, y por cierto muy pronto, porque aunque la Dirección de la Orden cree poder confiar en vos, es para ella motivo de preocupación el punto de vuestro escrito donde habláis de una disminución o amenaza de vuestra aptitud para seguir en la dirección del magisterio."

Knecht leyó la nota sin demasiadas esperanzas, pero con la máxima atención. Que en la Dirección se tuviera "motivo de preocupación" podía imaginárselo perfectamente, además creía poderlo deducir de determinados signos. Había aparecido recientemente en el *Vicus Lusorum* un delegado de Hirsland con asignación regular y una recomendación de la Dirección de la Orden; el enviado pidió el derecho de huésped por algunos días, aparentemente para realizar trabajos en el archivo y en la biblioteca; solicitó también poder asistir como invitado a algunas conferencias de Josef Knecht; era un hombre tranquilo y atento, ya de edad; metiéndose en casi todas las secciones y oficinas de la colonia, se había informado acerca de Tegularius y había visitado a menudo al director de la escuela de selección de Waldzell que vivía en las inmediaciones; apenas podía caber duda de que el hombre era un observador enviado para establecer lo que pasaba en el *Vicus Lusorum,* si se notaba descuido, si el *Magister* estaba bien de salud y era fiel en su puesto, si los funcionarios eran diligentes y los alumnos tranquilos. El hombre se quedó allí una semana entera, no perdió una sola de las conferencias de Knecht; su observación y su quieta presencia en todas partes no dejó de llamar la atención de los funcionarios. La Dirección de la Orden había esperado, pues, el informe de este veedor, antes de enviar su respuesta al *Magister.*

¿Qué cabía pensar acerca de la contestación y quién podía ser su redactor? El estilo no lo traicionaba, era el estilo corriente, impersonal de la Dirección, como exigía la ocasión. Pero a un análisis más hondo el escrito revelaba mayor originalidad y personalidad de lo que se hubiese podido suponer a la primera lectura. La base de todo el documento era el espíritu jerárquico de la Orden, la justicia, el amor por el orden moral. Se podía ver claramente qué influencia desagradable, incómoda, aun molesta y además irritante había tenido la petición de Josef Knecht; su rechazo había sido

Librodot

resuelto seguramente por el redactor de la respuesta y a la primera lectura de la circular y sin la menor influencia del juicio de los demás. En cambio, a la antipatía y al rechazo se oponía otro movimiento y otro estado de animo, una simpatía visible, una acentuación de todos los juicios generosos o amables y de todas las manifestaciones favorables recaídas en la sesión que tratara el pedido de Knecht. Éste no dudó un instante de que el redactor de la respuesta había sido Alexander, el presidente de la Dirección de la Orden.

Hemos llegado aquí al final de nuestro camino y esperamos haber consignado todo lo esencial de la biografía de Josef Knecht Sobre el final de esa carrera existencial un biógrafo posterior establecerá sin duda muchos otros detalles y los podrá publicar.

Renunciamos a dar nuestra descripción de los últimos días del *Magister,* no sabemos al respecto más que cualquier estudiante de Waldzell y no podríamos tampoco hacerlo mejor que la “Leyenda del *Magister Ludí”,* que circula entre nosotros en varias copias y ha sido escrita probablemente por alguno de los discípulos predilectos del desaparecido. Esta leyenda cerrará nuestra obra.

Librodot

CAPÍTULO XII
LA LEYENDA

SI escuchamos las conversaciones de los cantaradas acerca de la desaparición de nuestro *Magister,* sus causas, la razón o la sinrazón de sus resoluciones y de sus actos, el sentido o el contrasentido de su destino, nos parecen como las explicaciones de Diodoro Siculo acerca de las causas presumibles de los desbordamientos del Nilo, y nos parecería no sólo inútil, sino irrazonable e injusto aumentar con otras nuevas todas esas discusiones. En cambio, cuidaremos en nuestro corazón la memoria del maestro, quien muy pronto después de su misterioso irrumpir en el mundo pasó a un más allá aún más extraño y misterioso. Para servir a su recuerdo tan grato para nosotros, narraremos lo que nos llegó al oído acerca de estos acontecimientos.

Después que el maestro leyó la carta en la que la Dirección resolvía su petición, rechazándola, sintió un leve estremecimiento, una sensación matinal de frescura y liberación, que le anunciaba que había llegado la hora y ya no podía haber ni vacilación ni tardanza. Esta sensación suya, que llamaba "despertar" la conocía él por los instantes más decisivos de su existencia, era algo animador y al mismo tiempo doloroso, una mezcla de adioses y llegadas, que sacudía en lo hondo lo inconsciente como una tormenta primaveral. Miró el reloj: dentro de una hora debía dar una lección en un curso. Resolvió dedicar esta hora a la meditación y salió al tranquilo jardín del magisterio. Por el camino, le acompañaba un verso que se le ocurrió de repente:

Cada comienzo tiene, por lo tanto, un hechizo...

y lo decía sin saber en qué poeta lo había leído, pero el verso le hablaba y le gustaba y parecía coincidir totalmente con la aventura espiritual del momento. En el jardín, se sentó en un banco cubierto por la primera hojarasca, reguló su respiración y trató de alcanzar la tranquilidad interior, hasta que con el corazón iluminado se sumergió en la meditación, en la que la constelación de ese instante de su vida se le manifestó en imágenes generales, ultrapersonales. Pero al regresar a la pequeña aula apareció otra vez aquel verso; Knecht tuvo que hacer memoria de nuevo y encontró que era distinto. Finalmente su memoria se aclaró y acudió en su ayuda. Quedamente murmuró para sí:

Y en cada comienzo está un hechizo
que nos protege y aun nos ayuda a vivir...

Pero apenas al atardecer, después de concluidas las lecciones y sus demás tareas de la jornada, descubrió el origen de los versos. No eran de ningún poeta antiguo, sino que pertenecían a una de sus propias poesías, escritas cuando era estudiante, y aquélla terminaba con esta incitación:

Librodot

¡Arriba, corazón; di, pues, tu adiós y sana!...

Esa misma noche llamó a su "sombra" y le anunció que a la mañana siguiente partiría por tiempo indefinido. Le encargó de todo lo que correspondía a funciones ordinarias con breves instrucciones, y se despidió amable, objetivamente como otras veces, antes de algún viaje oficial.

Había comprendido que debía abandonar al amigo Tegularius sin decirle nada, ni causarle dolor con una despedida. Tenía que obrar así no sólo para no lastimar a su sensible amigo, sino también para no echar a rodar todo su plan. Ante el hecho consumado, el otro probablemente se tranquilizaría, mientras que una explicación sorpresiva y un adiós podían llevar a un desagradable estallido. Knecht había casi resuelto partir sin verlo siquiera por última vez. Pero reflexionándolo mejor, encontró que eso se parecía demasiado a una fuga ante la dificultad. Aunque podía ser prudente y correcto ahorrar al amigo una escena y una excitación y aun una ocasión para cometer un dislate, no podía concederse a sí mismo semejante recurso. Faltaba aún media hora para el reposo nocturno obligatorio; podía visitar a Tegularius sin molestarle a él ni a otros. Ya había caído la noche en el vasto patio interior, cuando lo atravesó. Llamó a la puerta de la celda de su amigo con una extraña sensación: por última vez; y le encontró solo. Complacido le saludó el hombre sorprendido en la lectura, dejó el libro e hizo sentar al visitante.

—Recordó hoy una vieja poesía —comenzó diciendo Knecht— o por lo menos un par de versos de la misma. Tal vez tú sabes dónde se puede encontrar el resto. Y citó:

Porque en cada comienzo está un hechizo...

El repetidor no tuvo que esforzarse mucho. Reconoció la poesía a poco de hacer memoria, se levantó, tomó de un mueble el manuscrito de las poesías de Knecht, el original que éste le había regalado. Buscó y sacó dos hojas que contenían la primera copia de los versos. Las tendió al *Magister.*

—Aquí están —dijo sonriendo—, el Venerable puede verlas. Es la primera vez en muchos años, que se digna recordar estas composiciones.

Josef Knecht observó atentamente las hojas y, por cierto, no sin emoción. Cuando estudiante, durante su permanencia en la Casa de Estudios del Oriente asiático, había cubierto estos papeles con versos; de ellos le estaba mirando un lejano pasado, todo volvía a hablar de un tiempo ido casi olvidado, que ahora despertaba amonestador y doloroso: el papel ya levemente amarillento, la caligrafía juvenil, las tachaduras y las correcciones. Creyó recordar no solamente el año y la estación en que nacieron esos versos, sino también el día y la hora y, al mismo tiempo, la sensación de fuerza y de orgullo que le invadió y llenó de gozo, sensación que los versos expresaban. Los había escrito en uno de esos días especiales, cuando le ocurrió la aventura espiritual que él llamaba "despertar".

Visiblemente, había brotado como primera palabra de la poesía el título de la misma, antes que los versos. Estaba allí escrito con letras grandes y apresuradas y decía:

Librodot

"¡Trascender!"

Más tarde, en otra época, en otra situación de ánimo y de vida, el título con sus puntos exclamativos había sido tachado y en su lugar había sido escrito otro con caracteres más pequeños, finos y modestos. Rezaba: *"Grados".*

Knecht volvió a recordar ahora que esa vez había escrito la palabra *"¡Trascender!"* impulsado por la idea contenida en la poesía como un llamamiento, como una orden, como una advertencia para su coleto, como un propósito refirmado y robustecido de poner su obra y su vida bajo la advocación de esa palabra, para convertirla en un trascender, en un traspaso alegremente resuelto, en un colmarse de plenitud y dejar atrás cada espacio, cada trecho del camino. A media voz leyó algunas estrofas:

Debemos ir alegres por la tierra
sin aferramos nunca como a una patria;
el espíritu no quiere encadenarse.
Grado a grado, nos eleva y ensancha.

—Olvidé los versos muchos años —dijo—, y cuando por casualidad hoy recordé uno, no sabía de dónde le conocía y menos que era cosa mía. ¿Que te parecen hoy? ¿Te dicen algo todavía?

Tegularius reflexionó.

—Con esta poesía me ocurrió siempre algo curioso —contestó luego—. Pertenece a las pocas de vos que en realidad no me gustan, donde algo me choca o me molesta. No supe antes lo que era esto. Hoy creo saberlo. Vuestra poesía, Venerable, que titularais con la orden de marcha "¡Trascender!" y cuyo titulo, gracias a Dios, habéis más tarde reemplazado por otro mucho mejor, nunca me satisfizo porque tiene algo que ordena, que moraliza, algo magistral. Si se pudiera quitar ese elemento o mis bien quitar ese tinte, sería una de vuestras mejores producciones poéticas; acabo de convencerme una vez más. Su verdadero contenido no está más sintetizado en el título "Grados"; pero hubierais también podido llamarla mejor "Música" o "Esencia de la música". Porque si se quita ese matiz moralista o de predicador, en realidad es una consideración acerca de la esencia musical, o para mí, un himno a la música, a su eterno presente, a su movilidad, a su alegría y resolución y disposición para avanzar de prisa, para abandonar el lugar apenas alcanzado o la parte de ese lugar ya hollada. Si se hubiera limitado a la consideración o a la ponderación del espíritu de la música, si no hubierais hecho de ella una admonición y un sermón, evidentemente dominado entonces por la ambición del educador, la poesía podría ser una joya perfecta. Tal como está, me parece demasiado preceptiva y docente, más aún me parece adolecer de un error de concepto. Sólo por la influencia moral equipara la música a la vida, lo que es por lo menos muy dudoso y discutible; del impulso motor, natural y moralmente libre, que es el resorte vital de la música, hace una "vida" que quiere educarnos y desarrollarnos mediante llamadas, órdenes y buenas doctrinas. En fin, en estos versos se falsifica *y* se explota una visión, algo unívoco, hermoso y grandioso, para fines instructivos, y esto es lo que siempre me ha predispuesto mal.

Librodot

El *Magister* había escuchado con placer, viendo que el amigo discutía con airado calor, y esto le agradaba.

—Quita tengas razón —dijo casi en broma—. La tienes seguramente por lo que tú llamas relación de la poesía con la música. Ese "irse por la tierra" y la idea básica de mis versos proceden, en efecto, de la música, sin que yo lo supiera o lo advirtiera. Ignoro si eché a perder el concepto y falsifiqué la visión; tal vez tengas razón. Cuando los escribí, no se referían ya más a la música, sino a una vivencia, porque la hermosa comparación musical me había mostrado su faz moral y se había convertido en mí en despertar y alerta, en grito de vida, en vocación, que también lo es. La forma imperativa de la poesía, que tanto te desagrada, no es la expresión de una voluntad de mandar y educar, porque la orden y la advertencia se dirigen exclusivamente a mí. Esto lo hubieras podido ver en el último verso, mi querido, aunque antes no lo percibieras. Viví una idea, un conocimiento, un rostro interior, y quise recordarme a mí mismo y fijar bien en mi mente el contenido y la moral de esa idea. Por eso, la poesía quedó en mi memoria, aunque sin saberlo. Estos versos serán malos o buenos, pero han logrado su propósito, la advertencia sobrevivió en mí y no fue olvidada. Hoy resuena otra vez en mi; es una pequeña y hermosa aventura y su chanza no puede echarla a perder. Pero es hora de seguir adelante. ¡Qué bellos eran, mi camarada, aquellos tiempos, cuando, ambos estudiantes, podíamos burlar a menudo el reglamento de la Casa y quedarnos conversando hasta altas horas de la noche! Como *Magister* no puedo hacerlo ya. ¡Qué lástima!

—¡Oh —repuso Tegularius—, se puede perfectamente, pero carecemos del valor necesario!

Riendo, Knecht le puso una mano en el hombro.

—Por lo que se refiere al valor, mi querido, yo sería capaz de alguna jugarreta mucho más grave. ¡Buenas noches, viejo testarudo!

Salió alegremente de la celda, pero en su camino por los pasillos y patios de la colonia, vacíos por el retiro nocturno, le invadió otra vez la seriedad, la seriedad de la despedida. El despedirse despierta siempre remembranzas, y mientras caminaba, surgió en él el recuerdo de aquella primera vez en que, siendo niño aún, había hecho su primer paso a través de Waldzell y el *Vicus Lusorum,* lleno de presentimientos y de esperanza, como estudiante recién llegado, y ahora, entre los árboles y los edificios callados en la noche fresca, sintió honda y dolorosamente que veía todo eso por última vez, que por última vez atisbaba el aquietarse y dormirse de la colonia Un agitada durante el día; por última vez veía reflejarse en la cuenca de la fuente la lucecita de la casa del portero, por última vez contemplaba pasar la nubes nocturnas por encima de los árboles de su jardín magistral... Recorrió lentamente todas las calles y los rincones del *Vicus Lusorum,* sintió una vez más el deseo de abrir la puerta de su jardín y entrar en él, pero no tenía la llave consigo y esto le ayudó a conformarse rápidamente y a reflexionar mejor. Volvió a sus habitaciones, escribió todavía algunas cartas, entre ellas una nota de su próxima llegada a Designori en la capital, luego se liberó con una cuidadosa meditación de los titubeos espirituales de esta hora, para ser fuerte al día siguiente en su última tarea en Castalia, la explicación con el director de la Orden.

Librodot

A la mañana siguiente, el M*agister* se levantó a la hora acostumbrada, pidió el coche y se fue; poca gente advirtió su partida, nadie sospechó acerca de ella. En la mañana envuelta en las neblinas del temprano otoño, viajó a Hirsland, llegó alrededor de mediodía y se hizo anunciar al *Magister* Alexander, el presidente de la dirección de la Orden. Llevaba consigo, envuelto en una tela, un hermoso cofrecillo metálico, retirado de un secreter de su cancillería, que contenía las insignias de su dignidad, los sellos y las llaves.

En la "gran" secretaría de la Dirección le recibieron con cierta sorpresa; casi nunca ocurría que un *Magister* llegara sin haber anunciado antes su visita o sin haber sido invitado. Por encargo del Director de la Orden se le sirvió el almuerzo, luego se le brindó una celda de reposo en el claustro; el Venerable creía que dentro de dos o tres horas estaría libre para recibirlo. Knecht se hizo traer un ejemplar del reglamento y se recostó, leyó todo el cuaderno y se cercioró una vez más de la simplicidad y legalidad de su proceder, pero le pareció también una vez realmente imposible demostrar con palabras su sentido y su íntima justificación. Recordó un parágrafo de las reglas, sobre el cual se le hizo meditar en los últimos días de su libertad juvenil y de su poderío estudiantil; había sido en el momento de su admisión en la Orden. Releyó ese punto, lo meditó y tuvo la sensación cabal de ser ahora una persona distinta de lo que fuera en otro momento de su vida el joven repetidor ansioso de aquel entonces. "Si las Autoridades —decía ese párrafo— te elevan a un cargo oficial, has de saber que toda ascensión por los grados de los cargos, no es un paso hacia la libertad, sino hacia una subordinación mayor. Cuanto más grande es el poder oficial, tanto más serio y severo es el servicio. Cuanto más fuerte la personalidad, tanto más vedado el arbitrio. ¡Qué definitivo y unívoco había sido entonces el sonido de esas palabras y cómo había cambiado el significado de algunas, hasta el de palabras tan claras como "subordinación", "personalidad", "arbitrio"! ¡Casi totalmente opuesto! Y sin embargo, ¡qué bellas, claras y admirablemente sugestivas eran esas reglas, que podían parecer absolutas, eternas y verdaderas a un alma joven! ¡Y seguirían siéndolo, si Castalia fuera el mundo, el mundo total, múltiple e indivisible, en lugar de ser un pequeño mundo en el otro o una sección audaz y violenta del mismo, como era en realidad! Si la Tierra fuese una escuela de selección, si la Orden fuese la comunidad de todos los seres humanos y Dios el jefe de la Orden, ¡qué perfectas serían aquellas reglas! ¡Ay, si hubiese sido así, qué generosa, floreciente e inocentemente hermosa hubiera sido la vida! Y una vez fue así de verdad, una vez más pudo verla y vivirla de esa manera, con ese concepto consciente: la Orden y el espíritu castalio como divino y absoluto, la provincia como mundo, los castalios como humanidad y la parte no castalia del todo, como una suerte de mundo infantil, un paso previo a la provincia, un terreno primitivo a la espera de la última cultura, de la última liberación, que levantaba sus ojos hacia Castalia con veneración y respeto y le enviaba de vez en cuando visitas tan gratas, como la del joven Plinio.

Mas ¡qué cosa curiosa ocurría con él, con Josef Knecht y su espíritu! ¿No había considerado su propia clase de concepción y conocimiento, esa vivencia de la realidad que él llamaba despertar, en tiempos idos y ayer mismo todavía, como algo absoluto en alguna medida, como un rumbo o un progreso, que por cierto sólo podía cumplirse paso a paso y que en la

Librodot

idea era permanente, continuado y corría en línea recta? ¿No le había parecido en su juventud despertar y progreso y deber precioso e incondicionalmente justo el reconocer en la figura de Plinio el mundo exterior, pero también el distanciarse conscientemente, exactamente, como castalio? Y había considerado otra vez un progreso y había sido para él realidad verdadera decidirse al cabo de largos años de duda por el juego de abalorios y la vida en Waldzell. Y una vez más, cuando se dejó insertar en el servicio regular por el *Magister* Tomás e incorporar a la Orden gracias al *Magister Musicae* y, más tarde, nombrar *Magister* también. Habían sido todos, pasos breves o largos por un camino aparentemente en línea recta, y, sin embargo, ahora no se encontraba, al final de ese camino, en el corazón del mundo y en lo más profundo de la verdad, sino que también el despertar de ahora no era más que un abrir los ojos y volverse a hallar a sí mismo en una nueva situación, un adaptarse a nuevas constelaciones. El mismo sendero claro, severo, unívoco y recto que le había conducido a Waldzell, a Mariafels, a la Orden, a la Magistratura, lo volvía a llevar afuera. Lo que había sido una serie o sucesión de actos del despertar, era al mismo tiempo una sucesión de despedidas. Castalia, el juego de abalorios, la dignidad de *Magister,* habían sido cada uno un tema que debía cambiar y absolver, un espacio que atravesar, que trascender. Ya estaban superados. Y evidentemente, un día, cuando pensó y realizó lo contrario de lo que pensaba y realizaba ahora, había sabido o presentido, sin embargo, algo ya del contenido problemático; ¿no había titulado "¡Trascender!" aquella poesía que escribió siendo estudiante y trataba de grados y despedidas?

Por eso, su camino se había desarrollado en círculo, o en elipse o en espiral o lo que fuera, pero no derechamente, porque lo rectilíneo pertenecía ciertamente sólo a la geometría, pero no a la naturaleza y a la vida. A la autoadmonición y a la autoincitación de su poesía, aun después de haber olvidado por mucho tiempo esos versos y su despertar de entonces, había sido fiel y obediente, no por cierto en forma perfecta, no sin vacilaciones, dudas, cambios y luchas, pero sí había ido grado por grado, lugar tras lugar, valientemente, recogido y muy alegre, no tan resplandeciente como el anciano *Magister Musicae,* pero sin cansancio ni turbación, sin defecciones o infidelidades. Y si ahora cometía defección e infidelidad con la concepción castalia, si contra toda la moral de la Orden obraba ahora aparentemente al servicio de la propia personalidad, es decir a su arbitrio, esto también sucedería en el espíritu del valor y de la música, gozoso y firme en su ritmo, ocurriera por lo demás lo que ocurriese. ¡Si pudiera explicar y demostrar a los demás lo que le parecía tan claro: que precisamente el "arbitrio" de su proceder actual era en realidad servicio y obediencia; que iba al encuentro, no ya de la libertad, sino de subordinaciones nuevas, desconocidas y fatales; que no era un desertor, sino un predestinado, no un voluntario sino un esclavo, no amo sino víctima! ¿Y qué pasaba con las virtudes, con la alegría, el orden, la valentía? Se empequeñecían, pero seguían subsistiendo. Aunque no se trataba de ir, sino solamente un girar del espacio alrededor de aquel que se hallaba en el centro, las virtudes seguían subsistiendo y mantenían su valor y su hechizo, consistían en decir que sí en lugar de negarse, en obedecer en lugar de escaparse y sustraerse, y tal vez un poco también en que se obraba y se pensaba como si fuera amo y actor, en que se aceptaba sin discriminar, la vida y el autoengaño, esta falsa idea con la

Librodot

apariencia de la autodeterminación y de la responsabilidad, en que por causas desconocidas se estaba en el fondo justamente más destinado a obrar que a conocer, más preparado para el instinto que para el espíritu. ¡Oh, si hubiera podido conversar al respecto con el *Pater Jakobus!*

Pensamientos o ensueños de esta naturaleza fueron el eco de su meditación. Se trataba, al parecer, en este "despertar", no ya de la verdad y el saber, sino de la realidad, su vivencia y su permanencia. En el despertar no se llegaba más cerca del germen de la cosa, hasta la verdad; se concebía, se realizaba o se experimentaba pasivamente en ello solamente una toma de posición del propio Yo frente a la situación momentánea de la cosa. No se encontraban leyes, sino resoluciones, no se caía en el centro del mundo, pero sí en el centro de la propia personalidad. Por eso mismo también lo que se sentía y vivía al hacerlo no podía ser comunicado y estaba notablemente alejado de la expresión y la formulación; comunicaciones de este terreno existencial parecían no contar entre los fines del idioma. Si por excepción se lograba ser comprendido alguna vez en cierta medida, el que comprendía debía ser un hombre en idéntica situación, alguien que sufría la misma turbación, alguien que también despertaba. Fritz Tegularius le había comprendido un poco; más lejos había llegado la comprensión de Plinio. ¿Podía citar algún otro? No.

Comenzaba ya la hora del crepúsculo, y Knecht estaba sumido por entero en el juego de sus pensamientos, entretejido en ellos, cuando llamaron a su puerta. Como él no despertó en seguida de su meditación y no contestó, el que llamara esperó un momento y luego intentó otra vez con ligeros golpes. Ahora Josef contestó, se levantó y acompañó al mensajero que lo llevó al edificio de la Cancillería y, sin otro anuncio, al cuarto de trabajo del Director. El *Magister* Alexander vino a su encuentro.

—Lástima —le dijo el Director— que hayáis llegado sin previo anuncio: por eso habéis debido esperar. Ardo en deseos de saber lo que os ha traído tan repentinamente. ¿Nada malo?

Knecht se rió.

—No, nada malo. Más ¿llego realmente tan inesperado y no habéis podido imaginar siquiera la razón que me trae?

Alexander le miró serio y con preocupación en los ojos.

—Sí —contestó—, puedo imaginar esto o aquello. Pensé, por ejemplo, en estos días, que el asunto de vuestra circular no estaba seguramente liquidado para vos. La autoridad debió contestar parcamente y en un sentido y con un matiz para vos, *Domine,* ciertamente desilusionador.

—No —repuso Josef Knecht—, en realidad no había esperado otra cosa, más de lo que la respuesta de la autoridad contiene cabalmente. Y por lo que se refiere al matiz, confieso que me ha hecho bien. Advertí en el escrito que había costado esfuerzo y casi pesar a su redactor y que el mismo sintió la necesidad de mezclar unas gotas de miel a la contestación para mí desagradable y un poco vergonzante, y esto lo logró en forma excelente; le quedo agradecido por ello.

—¿Aceptasteis, pues, Venerable, el contenido del escrito?

—Tomé conocimiento del mismo, sí, y realmente también lo comprendí y lo aprobé. La contestación no podía traerme más que el rechazo de mi

Librodot

petición, junto con una suave reprimenda. Mi circular era algo desusado y para las autoridades realmente molesta, no me queda duda a este respecto. Pero en cuanto contenía un pedido personal, probablemente no estaba redactada muy correctamente por mí. No podía aguardar más que una contestación negativa.

—Nos complace —dijo el presidente de la Dirección de la Orden con cierta agudeza y severidad— que lo penséis así y que nuestra nota no haya podido sorprenderos en un sentido doloroso. Nos complace mucho. Pero hay una cosa que no entiendo aún. Si al redactar y expedir vuestro escrito —¿os comprendo bien?— no habéis creído en el buen resultado y en una contestación favorable y estabais convencido del fracaso de antemano, ¿por qué lo habéis enviado, puesto que representaba de toda manera un gran trabajo?

—Señor presidente —contestó Knecht mirándolo amablemente—, mi escrito tenía dos sentidos, dos intenciones, y no creo que los dos han quedado tan completamente sin efecto. Contenía un pedido personal de relevo del cargo y de empleo en otra situación; esta petición personal debía yo considerarla como algo relativamente accesorio; todo *Magister* debe ciertamente dejar de lado en lo posible las cuestiones personales. La solicitud fue rechazada, con ello debí darme por satisfecho. Pero mi circular contenía muchas otras cosas más, fuera de ese pedido, contenía una cantidad de hechos o pensamientos que yo consideré mi deber llevar a conocimiento de la autoridad y recomendarlos a su consideración. Todos los grandes maestros o la mayoría de ellos leyeron mi exposición, para no llamarla advertencia, y aunque casi todos ingirieron ciertamente con disgusto ese alimento y reaccionaron oponiéndose, por lo menos cada uno leyó y conoció lo que yo creí que debía decirles. El que no hayan recibido el escrito con aplauso, no es a mis ojos un fracaso; no busqué el aplauso ni la adhesión; tenía el propósito de provocar inquietud y preocupación. Lamentaría mucho si hubiese renunciado a enviar mi trabajo por las razones por vos aducidas. Sea que influya mucho, sea que nada logre, fue sin embargo, un grito de alarma, un alerta.

—Seguramente —dijo titubeando el presidente—, pero con ello no veo resuelto para mí el enigma. Si queríais hacer llegar a las autoridades advertencias, alarma, admoniciones, ¿por qué habéis debilitado o puesto en peligro vuestras palabras de oro uniéndolas a un pedido privado, a un pedido además en cuyo cumplimiento posible vos mismo no habéis creído? Esto no lo comprendo, por de pronto. Pero todo se aclarará, si hablamos al respecto. En todo caso, allí está el punto débil de vuestro escrito circular, en la vinculación del alerta con la petición, de la advertencia con el pedido. Cabe juzgar que vos no teníais autorización para emplear el pedido como vehículo de la advertencia. Podíais llegar a vuestros colegas verbalmente o por escrito con suma facilidad, si pensabais que necesitaban una sacudida. Y el pedido hubiera recorrido su camino oficial según las reglas.

Knecht volvió a mirarle amablemente.

—Sí —dijo finalmente—, es posible que tengáis razón. Sin embargo... ¡Considerad una vez más el embrollado asunto! Ni por lo que se refiere a la advertencia, ni por lo que atañe al pedido, se trataba de algo cotidiano, usual y normal, sino que ambos resultaban vinculados porque habían nacido de la

Librodot

necesidad, eran insólitos y se colocaban fuera de lo convencional. No es usual ni regular que sin un motivo urgente exterior un hombre conjure de pronto a sus colegas a recordarse de la posibilidad de morir y de lo problemático de su entera existencia, ni es costumbre frecuente que un *Magister* castalio pida un puesto de maestro de escuela fuera de la provincia. En esto ambos contenidos de mi escrito combinan perfectamente. Para un lector que hubiese tomado realmente en serio mi escrito, a mi modo de ver, como resultado de la lectura hubiera debido imaginarse que en este caso no se trataba de un hombre caprichoso que anuncia sus presentimientos y la emprende a predicar a sus colegas, sino que este hombre toma amargamente en serio sus ideas y su necesidad, está preparado a deponer su cargo, su dignidad y su pasado y a comenzar de nuevo en el puesto más humilde; está harto de dignidad, de paz, de honores y autoridad y desea liberarse de todo eso y abandonarlo. De este resultado —trato de pensar siempre con la mentalidad de los lectores de mi exposición— hubiera podido llegarse, me parece, a dos conclusiones: el redactor de este sermón moral, desgraciadamente, está loco y ya no puede ser tenido en consideración como *Magister,* o en cambio como el redactor del molesto sermón, evidentemente, no ha enloquecido, sino que está sano y es normal, detrás de su prédica y de su pesimismo debe haber algo más que capricho y ocurrencia, es decir, una realidad, una verdad. Algo así me había imaginado que sería el proceso en las mentes de los lectores, y debo confesar que hice mal mis cálculos. En lugar de haber logrado que mi pedido y mi alerta te apoyaran recíprocamente, se robustecieran uno a otro, no fueron tomados en serio y puestos a un lado. Por este rechazo no me he entristecido ni me sentí asombrado, porque, como repito, en el fondo lo había previsto, a pesar de todo y, debo admitirlo, en el fondo merecí el rechazo. Mi pedido, en efecto, en cuyo resultado no confiaba, fue una suerte de finta, un gesto, una formalidad ...

El *Magister* Alexander se había puesto más serio y casi sombrío. Pero no interrumpió a Knecht.

—No ocurrió —continuó este último— que al enviar mi petición esperara seriamente una respuesta favorable y me alegrara por ello, pero tampoco ocurrió que estuviera dispuesto a aceptar una contestación desfavorable como suprema resolución y a obedecerla.

—"... No dispuesto a aceptar la contestación de vuestros superiores como suprema resolución ..." ¿He oído bien, *Magister?* —le interrumpió el presidente, recalcando gravemente cada palabra. Evidentemente, acababa de reconocer toda la seriedad de la situación.

Knecht se inclinó apenas.

—A buen seguro, habéis oído bien. Sucedió que apenas pude creer en una perspectiva de triunfo de mi escrito, pero juzgué necesario presentarlo, para cumplir con el reglamento y la forma. Con ello concedía yo a la venerable Autoridad, en cierta manera, la posibilidad de resolver mansamente el asunto. Si no era posible esta solución, estaba yo entonces decidido a no someterme ni a dejarme sosegar, sino a obrar.

—¿Y a obrar *cómo?* —preguntó Alexander en voz baja.

—Como me mandan el corazón y la razón. Estaba decidido a deponer mi

Librodot

cargo y a buscar una actividad fuera de Castalia, aun sin encargo o permiso de la Autoridad.

El Director de la Orden cero los ojos y pareció no escuchar más. Knecht comprendió que estaba realizando aquel ejercicio de apremio, con cuya ayuda la gente de la Orden trata de fortalecerse y asegurarse en caso de peligro o amenaza repentinos, para tener el dominio de sí y la paz interior, ejercicio que se une con dos muy largas retenciones del aliento a pulmón vacío. Vio la cara del hombre, de cuya incómoda situación era responsable, palidecer ligeramente, luego recobrar su color en el lento inspirar comenzado por los músculos del vientre; vio los ojos del hombre tan apreciado y aun amado volver a abrirse y mirar por un segundo, rígidos y perdidos, luego despertar y tomar vigor; vio con ligero temor esos ojos claros, disciplinados y refrenados constantemente de un hombre grande en la obediencia y en el mando, posarse ahora sobre él y contemplarle con consciente y deliberada frialdad, estudiarle, juzgarle. Y tuvo que soportar largo rato esa mirada en silencio.

—Creo haberos comprendido ahora —dijo finalmente Alexander con vos tranquila—. Hacía tiempo ya que estabais cansado del cargo o de Castalia o torturado por el deseo de la vida mundana. Habéis resuelto obedecer más a este estado de ánimo que a las leyes y a vuestros deberes; no habéis sentido la necesidad tampoco de confiar en nosotros y buscar consejo y asistencia en la Orden. Para cumplir una formalidad y acallar vuestra conciencia, nos habéis dirigido luego ese escrito, una petición que sabíais nos desagradaría, a la que os podíais referir cuando se llegara a una explicación. Admitamos que habéis tenido motivos para vuestro proceder tan insólito y que vuestras intenciones son honestas y respetables, porque no puedo pensar diversamente. Mas, ¿cómo fue posible que vos con tales ideas, deseos y resoluciones en el corazón, desertor ya íntimamente, pudieseis quedar tanto tiempo callado en vuestro puesto y ocuparlo aparentemente sin la menor falta?

—Estoy aquí —contestó el *Magister Ludí* con inalterada amabilidad— para discutir todo eso con vos, para contestaros cada pregunta, y como de una vez entré en el camino de la terquedad, me propuse no abandonar a Hirsland y vuestra casa, antes de saberme comprendido en alguna medida por vos en mi situación y en mis actos.

El *Magister* Alexander reflexionó.

—¿Quiere decir esto que esperáis que alguna vez aprobaré vuestro proceder y vuestros proyectos? —preguntó luego titubeando.

—¡Ay, ni pienso siquiera en una aprobación! Espero y aguardo ser comprendido por vos y conservar un poco de vuestro aprecio, cuando me aleje de aquí. Es la única despedida que me queda por cumplir en la provincia. Hoy abandoné para siempre a Waldzell y al *Vicus Lusorum.*

Alexander volvió a cerrar por unos segundos los ojos. Las comunicaciones de este ser inconcebible eran aniquiladoras.

—¿Para siempre? —dijo—. ¿No pensáis, pues, volver más a vuestro puesto? Debo confesarlo: sois maestro en sorpresas. Una pregunta, si me permitís: ¿Os consideráis todavía *Magister Ludí,* en realidad, o no?

Josef Knecht tomó el cofrecillo que había traído consigo.

Librodot

—Lo fui hasta ayer —contestó— y pienso que hoy seré relevado, al depositar en vuestras manos los sellos y las llaves. Están intactos, y también en el *Vicus Lusorum* todo está en orden, si os gusta comprobarlo.

El presidente de la Orden se levantó lentamente del asiento; tenia aspecto de gran cansancio; parecía envejecido de repente.

—Dejaremos vuestro cofre aquí por hoy —dijo secamente—. Si la recepción dé los sellos ha de representar al mismo tiempo el cumplimiento de vuestro relevo del cargo, no me hallo facultado; debe asistir al acto por lo menos un tercio de las Autoridades generales. Antes, teníais el sentido de las antiguas costumbres y formalidades; no me puedo adaptar muy rápidamente a esta nueva modalidad. ¿Quizás tenéis la amabilidad de dejarme tranquilo hasta mañana, antes de que sigamos hablando?

—Estoy enteramente a vuestra disposición, Venerable. Me conocéis y conocéis mi respeto por vos desde hace algunos años ya; creédmelo, nada ha cambiado. Sois la única persona de la que me despido antes de abandonar la provincia y esto no en razón de vuestro cargo como presidente de la Dirección de la Orden. Del mismo modo que he puesto en vuestras manos sellos y llaves, espero de vos, *Domine,* que cuando nos hayamos explicado completamente, me dispensaréis también de mi voto como miembro de la Orden.

Alexander le miró en los ojos tristemente, inquisitivo, y reprimió un suspiro:

—Dejadme solo ahora, Venerable; me habéis traído preocupaciones y materia de reflexión para todo un día... Por hoy ha de ser suficiente. Mañana seguiremos hablando; volved alrededor de una hora antes del mediodía.

Despidió al *Magister* con un ademán gentil y este ademán —lleno de resignación y de estudiada cortesía, ya no dirigida a un colega sino a un extraño— hizo más daño al *Magister Ludí* que todas sus palabras.

El *famulus,* que un rato más tarde fue a buscar a Knecht para la comida, lo llevó hasta una mesa de huéspedes y le anunció que el *Magister* Alexander se había retirado para un ejercicio mayor, y que el señor *Magister* tampoco desearía estar acompañado; ya estaba preparada una habitación de huéspedes.

Alexander había sido sorprendido completamente por la visita y las confidencias del *Magister Ludí.* Ciertamente, desde que redactara la contestación de la autoridad al escrito de éste, contó también con su ocasional aparición y pensó en la explicación necesaria con una leve inquietud. Pero que el *Magister* Knecht se le presentaría sin anunciarse un día cualquiera con su ejemplar sumisión, sus maneras tan cuidadas, su modestia y su tacto cordial; que renunciaría a su cargo espontáneamente y sin previo consejo de la Autoridad general y que rompería en tan asombrosa forma con toda costumbre y toda tradición, lo había considerado absolutamente absurdo e imposible. Sí, cabía reconocerlo, el porte, el tono y las expresiones de su discurso, su cortesía franca y nada antipática eran las de siempre, mas ¡qué terribles y humillante, qué novedosos y sorprendentes, qué netamente anticastalios eran el espíritu y el sentido de sus confidencias! Nadie hubiera podido sospechar al ver y oír al *Magister Ludí* que podía estar tal vez enfermo, agotado, nervioso y no completamente dueño de sí mismo;

Librodot

tampoco las exactas observaciones, realizadas recientemente en Waldzell por la Autoridad general, habían revelado el menor signo de trastorno, desorden o inercia en la vida y las tareas del *Vicus Lusorum.* Y a pesar de todo, aquí estaba ahora este individuo tremendo, hasta ayer el más querido entre sus colegas; entregaba el cofre con las insignias de su cargo como si fuera una cartera de viaje; declaraba que había dejado de ser *Magister,* miembro de la Autoridad general, hermano de la Orden y castalio, y que había venido aprisa solamente para despedirse. Era la situación más terrible, más difícil y odiosa en la que se viera colocado en su cargo como jefe del poder de la Orden; y había debido hacer un gran esfuerzo para permanecer dueño de sí.

¿Y ahora qué? ¿Debía apelar a recursos violentos, como hacer arrestar bajo palabra de honor al *Magister Ludí* y convocar enseguida, esa misma noche, con un mensajero extraordinario, a todos los miembros del poder central? ¿Existía algún obstáculo legal, no era eso lo más urgente y lo más correcto? Sin embargo, había algún reparo que hacer. ¿Y qué se lograría con esas medidas? Para el *Magister* Knecht nada más que humillación, para Castalia nada, a lo sumo para él, el presidente, cierto descargo de conciencia, oponiéndose al rebelde y molesto como único responsable. Si en la fatal cuestión algo podía remediarse, si tal vez era posible un llamado al sentimiento de honor de Knecht y probablemente un cambio de opinión en él, esto podría lograrse solamente entre los dos. Ellos dos, Knecht y Alexander, debían combatir en esta amarga lucha, nadie más. Y pensando en esto, debió conceder a Knecht que en el fondo obraba correcta y noblemente, al sustraerse a la Autoridad que ya no reconocía, pero concediéndole a él, el presidente, la lucha final y la despedida. Este Josef Knecht, aunque cometía algo prohibido y odioso, era dueño, sin embargo, de su proceder y de su acto …

El maestro Alexander resolvió confiar en esta reflexión y dejar todo el aparato oficial fuera del juego. Y sólo ahora, que había tomado esta resolución, comenzó a pensar en los detalles del asunto y, ante todo, a preguntarse qué había de razón o sinrazón en la forma de obrar del *Magister,* que daba cabalmente la impresión de estar convencido de la integridad y justificación de su insólito paso; mientras trataba de formular el osado proceder del *Magister Ludí* y de examinarlo a la luz de las reglas de la Orden, que nadie conocía más a fondo que él, llegó a la asombrosa conclusión de que en realidad Josef Knecht no había roto ni pensado romper con las reglas en su letra, dado que según el texto, ciertamente nunca puesto a prueba en su vigor desde décadas atrás, cada miembro de la Orden era libre en cualquier momento de salir de la misma, siempre que renunciara al mismo tiempo a los derechos y a la comunidad existencial de Castalia. Si Knecht devolvía los sellos, anunciaba su retiro de la Orden y se pasaba al mundo, realizaba con ello algo nunca oído a memoria de hombre, algo inusitado, terrible y tal vez muy inconveniente, pero no cometía una falta a la letra de las reglas de la Orden. El hecho de que quisiera dar ese paso inconcebible, pero formalmente no ilegal en ninguna manera, no ya a espaldas de la Dirección de la Orden, sino francamente y comunicándolo con toda claridad, era más de lo que le imponía el texto del reglamento. Pero ¿cómo había llegado a ello el Venerable, una de las columnas de la jerarquía? ¿Cómo podía invocar la regla escrita para su propósito que a

Librodot

pesar de todo era deserción, cuando cien vínculos no escritos, no menos sagrados y lógicos debían prohibírselo?

Oyó tocar la una, se arrancó a la inútil reflexión, se dio un baño, hizo diez minutos de cuidadosos ejercicios de respiración y fue a su ermita para la meditación, para acumular en sí antes de acostarse una hora de fuerza y serenidad y no pensar más en al asunto hasta el día siguiente.

Al otro día, un joven *famulus* llevó al *Magister* Knecht de la casa de huéspedes de la Dirección de la Orden hasta las oficinas del presidente y vio cómo ambos se saludaban. Pero el joven, acostumbrado a ver a maestros de la meditación y del saber y a la vida entre ellos, se sorprendió notando en el aspecto, la conducta y el saludo de los Venerables algo especial y nuevo para él, un grado más alto y desusado de recogimiento e iluminación. No fue —así nos refirió— el usual saludo de dos altísimos dignatarios, que podía ser según el caso un ceremonial alegre y sencillamente cumplido, o un acto festivo solemnemente amable, eventualmente también cierta competición en cortesía, subordinación y marcada humildad. Fue algo así como si fuera recibido un extraño, un gran maestro yoghi venido de muy lejos, para rendir pleitesía al Director de la Orden y para medirse con él. Palabras y ademanes fueron muy discretos y sobrios, pero las miradas y los rostros de los dos grandes estuvieron colmados de tanta calma, compostura y recogimiento y aun de una oculta tensión, como si ambos hubieran estado casi impregnados por una luz o cargados con una corriente eléctrica. Nuestro informante no pudo ver más, y menos oír, de semejante encuentro. Los dos desaparecieron en el interior del edificio, probablemente en el gabinete privado del *Magister* Alexander, y allí quedaron reunidos varias horas, sin que nadie pudiera molestarlos. Lo que se sabe de su conversación proviene de ocasionales referencias del señor delegado Designori, a quien Josef Knecht informó de lo ocurrido.

—Ayer me habéis sorprendido —comenzó el Director— y casi sacado de mis casillas. Entretanto, he podido reflexionar un poco al respecto. Mi punto de vista no ha cambiado, naturalmente, soy miembro de la Autoridad general, y de la Dirección de la Orden. Tenéis el derecho de comunicar vuestra renuncia y deponer el cargo, de acuerdo con la letra del reglamento. Habéis llegado a considerar vuestro cargo como un peso molesto y a sentir la necesidad de intentar vivir fuera de la Orden. ¿Y si yo os propusiera intentar ese paso, pero no en el sentido de vuestra violenta resolución, sino en forma de un largo permiso o de un permiso indefinido? Vuestra petición, en realidad, se proponía algo semejante.

—No del todo —contestó Knecht—; si se hubiera aceptado mi pedido, hubiera permanecido en la Orden, pero no en el cargo. Lo que vos proponéis con tanta amabilidad, sería solamente una evasión. Además, poco servicio se prestaría a Waldzell y al juego de abalorios, con un *Magister* que estuviera ausente con permiso por un período dilatado o indefinido y del cual no se sabe si volverá o no. Y aunque regresara, después de un año o dos, por lo que se refiere a sus funciones, a su disciplina y al mismo juego, su saber estaría disminuido y no aumentado.

Alexander no se dio por vencido:

—Quizá habría aprendido muchas cosas. Quizá habría llegado a convencerse de que el mundo de afuera es distinto de como lo

Librodot

pensaba y que no necesitaba de él y a la inversa; volvería tranquilizado y estaría contento de permanecer en lo viejo, en lo conocido y afianzado.

—Vuestra bondad es muy grande. Os la agradezco, pero no puedo aceptarla. Lo que busco no es tanto la satisfacción de una curiosidad o de un capricho por la vida mundana, cuanto lo incondicional. No deseo salir al mundo con un seguro en la cartera en caso de una desilusión, como un turista prudente que quiere conocer un poco al mundo. Por el contrario, anhelo la aventura, la dificultad, el peligro; tengo hambre de realidad, de cometidos y acciones, y aun de miserias y sufrimientos. ¿Puedo pediros que no insistáis en vuestra bondadosa propuesta y, sobre todo, en el intento de hacerme vacilar y atraerme a quedar? No conduciría a nada. Mi visita aquí para vos perdería para mí su valor y su bendición, si me consiguiera la aceptación *a posteriori* de mi petición, que ya no deseo. Desde el instante del pedido, no me quedé inactivo; el camino que inicié, lo es para mí todo, mi ley, mi patria, mi servicio ...

Con un suspiro, Alexander hizo una señal de asentimiento con la cabeza.

—Aceptemos por un momento, pues —dijo pacientemente—, que no sea posible ablandaros y haceros cambiar de decisión; aceptemos que seáis, a pesar de toda apariencia exterior, un frenético o un enfurecido ya sordo a todo, que no presta oído a ninguna autoridad, a ninguna razón, a ninguna bondad, en cuyo camino sea imposible interponerse. Por el momento quiero renunciar a influir en vos, a haceros mudar de opinión. Mas decidme ahora lo que habéis venido a decir, narradme la historia de vuestra caída, explicadme los hechos y las resoluciones con que nos asustáis. Sea eso confesión, justificación o acusación, quiero saberlo.

Knecht asintió.

—El frenético agradece y se alegra. No tengo acusaciones que hacer. Lo que quisiera decir —si no fuera tan difícil, tan increíblemente difícil de expresar con palabras— tiene para mí el significado de una justificación, para vos posiblemente el de una confesión.

Se apoyó en el respaldo de la silla y miró hacia arriba, donde en la bóveda quedaban restos de una vieja pintura de los tiempos claustrales de Hirsland, delgados esquemas de sueños en líneas y matices, en flores y adornos.

—La idea de que puede uno hartarse del cargo de *Magister y* renunciar a él, se me ocurrió por primera vez pocos meses después de mi nombramiento como *Magister Ludí.* Estaba sentado un día, leyendo en un librito de mi celebrado antecesor Ludovico Wassermaler, el cual, recorriendo mes por mes el año oficial, brinda a sus sucesores indicaciones y consejos. Leí en él la invitación a pensar con antelación en el torneo solemne de abalorios del año en curso, y, para el caso de no tener mucho interés o de carecer de ideas, el consejo de reaccionar mediante la concentración. Mientras yo leía aquello, con una sensación de superioridad por ser el *Magister* más joven, sonreí ligeramente con la inexperiencia de mi juventud ante las preocupaciones de mi antecesor, allí reveladas, pero resonó en mí el eco de algo serio y peligroso, de algo amenazador y oprimente. La reflexión sobre eso *mí* llevó a una resolución: si llegase el día en que el pensamiento de un próximo torneo solemne me infundiera cuitas en lugar de alegría, y angustia en lugar de orgullo, presentaría mi renuncia y devolvería a las autoridades mis insignias, sin torturarme dolorosamente para dirigir la prueba anual. Ésa fue

Librodot

la primera vez que tuve tal idea y por cierto no creí entonces, mientras vencía las grandes tareas de mi asimilación en el cargo y el viento hinchaba mis velas, no creí, lo confieso, muy íntimamente en la posibilidad de que yo también sería un anciano y estaría cansado de la labor y de la vida; no creía que un día podría encontrarme apabullado y confundido ante la tarea de sacar de la manga ideas para nuevos juegos de abalorios. De todos modos, se formó en mí la resolución. En aquel tiempo me habéis conocido, Venerable, mejor tal vez de lo que yo mismo me conocía, fuisteis mi consejero y confesor en el primer período grave de mis funciones y habíais dejado a Waldzell muy poco tiempo antes.

Alexander lo miró estudiándolo.

—Difícilmente tuve mejor encargo —dijo— y estuve entonces tan contento de vos y de mí, como rara vez es posible estarlo. Si es verdad que en la vida hay que pagar todo lo agradable, debo expiar ahora aquella sensación tan bella. En esta ocasión me sentí realmente orgulloso de vos. No me siento así hoy. Si Castalia vive ahora por vos una sacudida y la Orden un desengaño, sé que tengo mi responsabilidad en ello. Tal vez hubiese debido quedarme algunas semanas más en esa oportunidad en el *Vicus Lusorum,* como acompañante y consejero vuestro, o bien apretaros y vigilaros más dura y exactamente.

Knecht retribuyó alegremente su mirada.

—No debéis molestaros con tales escrúpulos, *Domine;* yo debería recordaros muchas advertencias que tuvisteis que darme entonces, cuando me sentía pesar encima casi demasiado mi cargo con sus obligaciones y responsabilidades, siendo el *Magister* más joven. Justamente recuerdo que en aquellas horas me dijisteis: “Si yo, *Magister Ludí,* fuera un abellacado o un incapaz, si hiciera todo lo que un *Magister* no puede hacer, si me empeñara con toda intención para causar desde mi elevada posición el mayor daño posible, todo esto no perjudicaría ni conmovería a nuestra querida Castalia más de lo que logra una piedrecilla que se tira en un lago. Pocas olas diminutas, pocos círculos, y nada más. Tan firme, tan segura es nuestra organización castalia, tan intocable su espíritu”. ¿Lo recordáis? Oh, no; no tenéis ciertamente la culpa de mis tentativas por ser en lo posible un mal castalio y por dañar como fuese a la Orden. Y también sabéis que nunca podré turbar seriamente vuestra paz. Mas he de seguir explicándome.

“El que ya al comienzo de mi magistratura pudiese tomar aquella resolución y no la olvidara, sino que ahora me disponga a realizarla, tiene relación con una suerte de vivencias espirituales que me ocurre de vez en cuando y que llamo “despertares”. Pero de ello estáis enterado, os hablé al respecto una vez, cuando erais mi mentor: en esa oportunidad me quejé con vos justamente, porque esas vivencias habían desaparecido con mi asunción del cargo y se me antojaban disiparse cada vez más en la lejanía.

—Lo recuerdo —confirmó el presidente—; estaba un poco sorprendido entonces por vuestra capacidad para esa clase de vivencias; es algo muy poco común entre nosotros, y afuera en el mundo se presenta en formas muy diversas: tal vez en el genio, sobre todo en los estadistas y jefes de ejércitos, pero también en seres débiles, semi patológicos, poco dotados en conjunto, como videntes, médiums y sujetos telepáticos. No me pareció nunca que tuvierais algo que ver con estas dos clases de seres, los

Librodot

héroes guerreros y los videntes y los radioestesistas. Más aún, entonces y hasta ayer, me habéis parecido un buen miembro de la Orden: reflexivo, claro, obediente. No me pareció lógico, ni aceptable en vos recibir voces misteriosas, voces divinas o diabólicas, de lo más hondo de uno, y ser dominado por ellas. Por eso interpreté los estados de "despertar", como me lo habíais descrito, simplemente como conciencia ocasional del crecimiento personal. Resultaba natural por lo tanto que esas vivencias espirituales desaparecieran por largo tiempo; habíais apenas entrado en elevadas funciones y asumido una tarea que colgaba de vos como un manto demasiado amplio y que antes debíais llenar. Pero decidme: ¿creísteis alguna vez que esos despertares eran algo así como revelaciones de fuerzas superiores, comunicaciones o llamadas desde regiones de una verdad objetiva, eterna o divina?

—Con esto —contestó Knecht— hemos llegado a mi tarea accidental, a mi dificultad justamente de expresar con palabras lo que escapa sin embargo, constantemente a la palabra; convertir en racional lo que evidentemente es extrarracional. No, nunca pensé en esos despertares como manifestaciones de un Dios o un demonio o de una verdad absoluta. Lo que presta peso y fuerza persuasiva a tales vivencias, no es su contenido en verdad, su elevado origen, su procedencia divina o algo parecido, sino su realidad. Son enormemente reales, romo, por ejemplo, un violento dolor físico o un sorprendente fenómeno natural, una tormenta o un sismo, nos parecen cargados de realidad, presencia e inevitabilidad en forma diversa totalmente de los tiempos y estados comunes. El vendaval que precede a una tempestad cercana, nos empuja rápidamente hada nuestra casa y aun trata *de* arrancarnos de la mano la puerta de calle, o un fuerte dolor de muelas que parece concentrar en nuestra mandíbula todas las tensiones, los dolores y conflictos del mundo, son cosas de cuya realidad o importancia podemos comenzar a dudar, a mi modo de ver, tarde alguna vez, si tendemos a semejantes entretenimientos, pero en la hora del suceder no tenemos la menor duda y rebasamos la realidad. Una forma parecida de reafirmada realidad es insita para mí en mi "despertar"; por eso tiene ese nombre; en esos momentos es en realidad como si hubiese estado mucho tiempo durmiendo o dormitando y de pronto me despierto y veo claro y resulto receptivo como nunca. Los instantes de los grandes dolores y las fuertes sacudidas, aun en la historia del mundo, tienen su convincente necesidad, y suscitan un sentimiento de actualidad y tensión inhibidoras. Después, como consecuencia de la conmoción, puede ocurrir lo bello, lo luminoso o lo grosero, lo tenebroso; en todo caso, lo que sucede llevará la apariencia de la grandeza, la necesidad y la importancia, y se distinguirá y separará de lo que ocurre todos los días.

"Pero permitidme —continuó después de una pausa— que trate de concebir la cosa desde otro punto de vista. ¿Recordáis la leyenda de san Cristóbal? ¿Sí? Cristóbal era un hombre de gran fuerza y valentía, pero no quería llegar a ser amo y gobernar, sino a servir; servir era su fortaleza y su arte, y sabia hacerlo. Pero no era indiferente para él a quién debía servir. Tenía que ser al amo más grande, más poderoso. Y cuando oía hablar de un señor más poderoso que el que atendía, ofrecía sus servicios a este nuevo señor. Este gran servidor me gustó siempre y debo asemejarme un poco a él. Por lo menos, en el único período de mi vida en que podía disponer

Librodot

de mí, en los años de estudiante, busqué mucho y mucho vacilé en elegir a qué amo debía servir. Me defendí y desconfié del juego de abalorios largos años, aunque lo considerara como el fruto más valioso y original de nuestra provincia. Había probado el cebo y sabia que no había nada más atrayente y diferenciado sobre la tierra que entregarse al juego; había notado también muy temprano que este juego arrobador no tolera al ingenuo jugador de las vísperas de fiesta, sino que se apodera de aquel que alguna vez se interese un tiempo por él y "le obliga a su servicio. Pero un instinto rechazaba el que me circunscribiera con todas mis fuerzas y mi interés total a esta maravilla; una ingenua sensación por lo sencillo, por lo total, lo sano, me ponía en guardia contra el espíritu del *Vicus Lusorum* de Waldzell, como contra el espíritu de la especialización y del virtuosismo, un espíritu ciertamente muy cultivado y elaborado muy ricamente, pero separado del conjunto de la vida y de la humanidad, sumida en una orgullosa soledad. Dudé y medité años enteros, hasta que maduró la resolución y, a pesar de todo, me decidí por el juego. Lo hice porque sentía en mí el impulso de buscar lo supremo en plenitud y de servir al amo más poderoso.

—Comprendo —dijo el *Magister* Alexander—. Pero como quiera que yo lo considere y vos tratéis de describirlo y explicarlo, tropiezo siempre con la misma razón para todas vuestras singularidades. Tenéis demasiado sentido de vuestra propia persona o de su subordinación a la misma, lo que de ningún modo equivale a ser una gran personalidad. Se puede ser astro de primera magnitud en capacidad, fuerza de voluntad y perseverancia, pero también estar tan perfectamente colocado en su centro que uno se mueve en el sistema a que pertenece sin la menor fricción ni pérdida de energía. Otro posee esas mismas altas dotes, hasta mejores aún, pero el eje no pasa exactamente por el centro y desperdicia la mitad de su fuerza en movimientos excéntricos, que lo debilitan a él mismo y trastornan su ambiente. Vos pertenecéis seguramente a esta última clase. Pero debo ciertamente confesar que habéis sabido ocultarlo en forma excelente. Tanto más violento parece descargarse ahora el mal. Me contáis de san Cristóbal, y debo deciros que aunque esta figura posee algo grandioso y emotivo, no puede ser un modelo para un servidor de nuestra jerarquía. Aquel que quiere servir, debe servir al amo a quien prestó juramento, en la hora buena y en la mala, y no con la secreta reserva de cambiar de señor, apenas encuentre uno mejor, más suntuoso. El sirviente se convierte entonces en juez de su amo, y lo mismo estáis haciendo vos. Siempre quisisteis servir al amo más alto, y sois tan presumido como para resolver por vos mismo la categoría del señor que elegís.

Knecht había escuchado atentamente, pero no sin una sombra de tristeza en su rostro. Y prosiguió:

—Respeto vuestro juicio, no podía esperar otra cosa. Pero dejadme seguir exponiendo pocas cosas más. Me convertí en *Magister Ludí* y, realmente, por bastante tiempo estuve convencido de que estaba sirviendo al más sublime de los amos. Por lo menos, mi amigo Designori, nuestro protector ante el Parlamento, me describió una vez más vívidamente, como un virtuoso del juego y un siervo selecto, arrogante, astuto, un poco consentido. Mas debo deciros aún qué importancia tuvo para mí la palabra "trascender" desde mis tiempos de estudiante y los "despertares". Se me ocurrió —creo— durante la

Librodot

lectura de un filósofo del Iluminismo y bajo la influencia del *Magister* Tomás Della Trave, y fue para mí desde ese momento, igual que "despertar", una verdadera palabra mágica, impulsora y fortalecedora, consoladora, y promisoria. Mi vida —así me lo propuse— debería ser un trascender, un avanzar grado a grado; había que atravesar un espacio tras otro; había que superarlos, lo mismo que la música pasa tiempo iras tiempo, tema tras tema, los toca, los acaba y los deja detrás de sí, nunca cansada, nunca dormida, siempre vigilante, siempre perfectamente presente. Con relación a las vivencias del despertar había observado que existen grados y espacios, y que cada vez el último período de un capítulo de la vida lleva consigo un hálito de marchito y de moribundo, que luego, al trasladarse al nuevo espacio, lleva al despertar, a un nuevo comienzo. También esta imagen del trascender os la comunico, como un recurso que tal vez sirva para explicar mi vida. La resolución para el juego de abalorios fue un grado importante, y no menor el primer injerto palpable en la jerarquía. También en mi cargo de *Magister* hallé y viví esos grados. Lo mejor que me dio mi cargo fue el descubrimiento de que no solamente el hacer música y el juego de abalorios son actividades que satisfacen, sino también el enseñar y educar. Y poco a poco descubrí, además, que el educar me hacía más feliz cuanto roas jóvenes y sin formación fueran los alumnos. Con los años, esto también, como muchas otras cosas, me llevó a desear alumnos jóvenes y cada vez más jóvenes, a convencerme de que hubiera sido mejor para mí, y más grato, ser maestro en una escuela de principiantes, en resumen, a comprender que mi fantasía, a veces, se ocupaba de cosas que estaban fuera de mis funciones.

Hizo una pausa para descansar. El presidente observó:

—Cada vez me asombráis más, *Magister.* ¡Habláis de vuestra vida, y apenas conversamos de otras cosas que de vivencias privadas, subjetivas, de deseos, evoluciones y resoluciones personales! No imaginaba realmente que un castalio de vuestra categoría pudiera verse a sí mismo y su vida de esta manera ...

Su voz tenía un tono entre el reproche y el pesar, que hizo daño a Knecht; pero éste se recobró y exclamó alegremente:

—Pero, Venerable, estamos hablando no ya de Castalia, de las Autoridades y de la jerarquía, sino únicamente de mí, de la psicología de un hombre que tuvo que causaros desgraciadamente grandes molestias. No me corresponde hablar de mi gestión oficial en el cargo, de mi cumplimiento del deber, de mi valor o de mi nulidad como castalio y como *Magister.* Mi gestión magistral, como toda la parte exterior de mi vida, esta allí, abierta, sometida a vuestro examen; no encontraréis mucho de que castigarme. Lo que se trata ahora, aquí, es algo distinto, es decir, se trata de haceros visible el camino por el cual he andado como individuo y que ahora me ha llevado fuera de Waldzell y mañana me conducirá fuera de Castalia. ¡Oídme un rato más, consentidlo por vuestra bondad! ...

"El que yo supiera de la existencia de otro mundo fuera de nuestra reducida provincia, no lo debo a mis estudios, en los que ese mundo se presentó como lejano pasado solamente, sino antes que nada a mi condiscípulo Designori, huésped foráneo, y luego a mi residencia entre los padres benedictinos y al *Pater Jakobus.* Fue muy poco lo que vi del mundo

Librodot

con mis propios ojos, pero gracias a ese último tuve una idea de lo que se llama historia, y es posible que yo pusiera de ese modo los cimientos para aislarme, para el retraimiento en que caí después de mi retorno. Mi regreso del monasterio ocurrió en una región casi sin historia, en una provincia de sabios y jugadores de abalorios, sociedad muy distinguida y sumamente agradable, en la que sin embargo, yo parecía hallarme totalmente solo con mi intuición del mundo, mi curiosidad por él, mi interés también. Había lo suficiente como para resarcirme de todo; había aquí algunos hombres que yo veneraba muy mucho y de quienes llegar a ser colega fue para mí un honor vergonzante y al mismo tiempo colmado de dicha; había buen número de gente muy culta y muy bien educada; no faltaba el trabajo y tenía muchos alumnos bien dotados y amables. Pero durante mi aprendizaje con el *Pater Jakobus* había descubierto que yo no era solamente un castalio, sino también un hombre, que el mundo, todo el mundo, me importaba y exigía mi convivencia en él. De este descubrimiento siguieron como consecuencia necesidades, deseos, exigencias, obligaciones que ya no podía cumplir en absoluto. La vida del mundo, como lo considera el castalio, era algo que había quedado atrás, de menos valor, una vida del desorden y la grosería, de las pasiones y la distracción; no era nada bello ni deseable. Pero el mundo y su existencia eran a buen seguro infinitamente más grandes y ricos que la idea que de ellos podía formarse un castalio; estaban saturados de devenir, de historia, de intentos y comienzos eternamente nuevos; eran quizá caóticos, pero representaban la patria y el suelo materno de todos los destinos, de todas las elevaciones, de todas las artes, de todo lo humano; habían creado lenguas, pueblos, Estados, culturas, nos habían creado a nosotros también y a nuestra Castalia y las verían morir otra vez y renacer. Mi maestro *Jakobus* había despertado en mí un amor por ese mundo, que fue creciendo constantemente, y en Castalia no había nada que lo alimentara; aquí se halla uno fuera del mundo y Castalia también es un pequeño mundo perfecto, que no tiene ya ni devenir ni posibilidad de crecer.

Respiró profundamente y se calló por un momento. Como el presidente nada replicara y lo mirara aguardando, asintió pensativo y prosiguió:

—Dos cargas tuve que llevar, durante muchos años. Debí administrar un gran puesto y su responsabilidad, y llegar a una resolución con mi amor. El cargo, esto lo vi claro desde el principio, no podía, no debía sufrir por ese amor. Por el contrario, según creí, debía aventajarse por él. Si mi labor —cosa que no temía— resultara aunque muy poco menos perfecta e intachable de lo que se puede exigir a un *Magister,* sabía sin embargo, que en mi corazón yo estaba más despierto y vivamente activo que muchos colegas intachables, y que tenía que dar esto y aquello a mis alumnos y colaboradores. Consideré mi deber ensanchar y prestar calor a la vida y al pensamiento castalios, lenta y suavemente, sin choques ni rompimientos con la tradición, aportarle nueva sangre desde el mundo y desde la historia, y una bondadosa providencia quiso que al mismo tiempo, afuera en el país, un hombre de mundo sintiera lo mismo y pensara igual y soñara en una mayor amistad y relación entre el mundo y Castalia: fue Plinio Designori.

El maestro Alexander contrajo levemente los labios, al contestar:

—¡Oh, sí! Nunca esperé nada muy grato de la influencia de ese hombre sobre vos, del mismo modo que nada bueno aguardaré de vuestro depravado

Librodot

protegido Tegularius. ¿Y es Designori, pues, quien os ha llevado a romper netamente con las reglas?

—No, *Domine,* pero, en parte sin saberlo, me ha ayudado siempre en eso. Trajo un poco de aire a mi excesiva paz, por él volví a tener contacto con el mundo de afuera, y así solamente me fue posible ver y confesarme a mí mismo que estaba al cabo de mi carrera local, que había perdido la verdadera alegría por mi trabajo y que había llegado el momento de poner fin al tormento. Había recorrido ya otro trecho, subido otro peldaño, pasado a través de un espacio, y este espacio era Castalia.

—¡Y cómo lo expresáis! —observó Alexander meneando la cabeza—¡Cómo si el espacio de Castalia no fuera lo bastante grande, para llenar dignamente la vida de muchos! ¿Creéis seriamente haber atravesado y superado este espacio?

—¡Oh, no! —exclamó Knecht vivamente—; nunca creía semejante cosa. Si digo que acabo de llegar a los confines de este espacio, pienso solamente que está hecho lo que yo como individuo, desde mi puesto, podía hacer aquí. Me hallo desde algún tiempo en el límite donde mi tarea como *Magister Ludí* se torna eterna repetición, ejercicio huero, mera fórmula, donde la realizo sin alegría, sin entusiasmo, a veces aun sin fe. Era hora de acabar con eso.

Alexander suspiró.

—Ésta es vuestra concepción, pero no la de la Orden y sus reglas. El que un hermano de la Orden pase por distintos estados de ánimo y por momentos se canse de su labor, no es nada nuevo ni sorprendente. Las reglas le enseñan luego el buen camino, para reconquistar la armonía y colocarse de nuevo en su centro. ¿Lo olvidasteis?

—No creo, Venerable. Podéis investigar mi actuación en el cargo; hace poco, justamente, cuando recibisteis mi circular, habéis hecho indagaciones en el *Vicus Lusorum* y a mi respecto. Habéis podido comprobar que la tarea se cumple, que la cancillería y el archivo están en orden, que el *Magister Ludí* no está enfermo ni tiene caprichos. Debo precisamente a esas reglas que me habéis enseñado en forma tan magistral, si pude resistir y no perdí ni la fuerza ni la paciencia. Pero me costó mucho. Y aun me cuesta apenas un poco menos convenceros de que no se trata de estado de ánimo, ni de caprichos o antojos, de los cuales me deje llevar. Mas, ya sea que lo logre o no, por lo menos, insisto en que reconozcáis que mi persona y mi vida, hasta el último momento en que las habéis investigado, fueron íntegras y útiles. ¿Espero tal vez demasiado de vos?

Los ojos del *Magister* Alexander guiñaron levemente, casi burlones.

—Mi señor colega —contestó—, habláis conmigo como si fuéramos dos personas privadas que conversan sin compromisos. Pero esto cabe solamente para vos, que en realidad sois una persona privada. Yo, en cambio, no lo soy, y lo que pienso y digo, no lo digo yo, sino el presidente de la Dirección de la Orden, que es responsable de cada palabra de su Autoridad. Lo que habéis dicho aquí no tendrá consecuencias; por cuanto para vos pueda ser cosa seria, sigue siendo discurso de un hombre privado que habla por su propio interés. Para mí en cambio continúa el cargo y la responsabilidad y podría tener sus derivaciones lo que hoy digo o hago. Os represento y represento vuestra causa ante las Autoridades. Si ellas aceptan

Librodot

vuestra explicación de los hechos y tal vez hasta la aprueban, no es cosa indiferente... Me exponéis, pues, las cosas como si hasta ayer (aun con toda clase de ideas raras en la cabeza) hubieseis sido un castalio y un *Magister* irreprochable, sin mancha, y me decís que habéis tenido accesos y riesgos de cansancio en vuestro cargo, pero que los habéis combatido y dominado correctamente. Admitiendo que yo lo reconociera, ¿cómo debo entender luego esta monstruosidad de que un *Magister* integro e intachable, que ayer todavía obedeció a cada regla, hoy de repente deserta? Me resulta mucho más fácil y explicable pensar en un *Magister* que estuvo mucho tiempo enfermo y disminuido en su conciencia y que mientras se creyó siempre buen castalio, en realidad había dejado de serlo hacia mucho. Me pregunto por qué en verdad asignáis tanto valor a la comprobación de que habéis sido un correcto *Magister* hasta el último momento. Como ya habéis dado el paso, quebrado la obediencia y cometido deserción, nada debía importaros más de semejantes comprobaciones.

Knecht se defendió.

—¿Me permitís, Venerable? ¿Por qué no me ha de importar? Se trata de mi nombre, de mi fama, del recuerdo que dejo tras de mí. Se trata también de la posibilidad de obrar allá afuera en favor de Castalia. No estoy aquí para salvar algo mío o para lograr la aprobación de las Autoridades para mi decisión. Conté con lo contrario y me debo rendir a ser puesto en duda por mis colegas, a ser considerado como un fenómeno problemático. Pero no quiero ser considerado traidor o loco; seria un juicio que no puedo aceptar. Hice algo que vos debéis condenar a desaprobar, pero lo hice porque debía, porque estaba obligado a ello, porque tal es mi destino en el cual creo y acepto con la mejor voluntad. Si no me podéis conceder siquiera esto, he perdido y he hablado inútilmente con vos.

—Estamos siempre en lo mismo —contestó Alexander—. Debo confesar que en determinadas circunstancias la voluntad de un individuo tiene el derecho de romper con las leyes en las que creo y que me corresponde representar. Pero no puedo creer al mismo tiempo en nuestra organización y en vuestro derecho particular de quebrantarla. No me interrumpáis, por favor. Puedo concederos que vos, según todas las apariencias, estáis convencido de vuestro derecho y del significado de vuestro paso fatal y que creéis en una vocación para este propósito vuestro. No aguardáis, ciertamente, que yo apruebe ese paso. En cambio, habéis logrado seguramente que yo renunciara a mi primitiva idea, la de reconquistaros y haceros cambiar de propósito. Acepto vuestro retiro de la Orden y comunicaré a las Autoridades vuestra voluntaria renuncia al cargo. Más no puedo hacer por vos, Josef Knecht.

El *Magister Ludí* hizo un ademán de devoción y respeto. Luego dijo quedamente:

—Os lo agradezco, señor presidente. Ya os confié el cofrecillo. En vuestras manos entrego ahora para las Autoridades mis breves informes acerca de la situación en Waldzell, sobre todo acerca de los repetidores *y* de aquellas dos personalidades que creo puedan merecer alguna consideración, principalmente para sucederme en el cargo.

Sacó del bolsillo unas hojas dobladas y las colocó sobre la mesa. Luego se

Librodot

puso de pie; también Alexander se levantó. Knecht se le acercó, lo miró con melancólico afecto en los ojos, se inclinó y dijo:

—Hubiera querido que me dierais la mano en señal de despedida, debo renunciar a ello... Siempre os tuve afecto especial, y nada ha cambiado tampoco hoy. Adiós, mi Venerable.

Alexander calló, estaba pálido. Por un segundo pareció que estuviera por levantar la mano y tenderla al hombre que se marchaba. Sintió que se le humedecían los ojos; inclinó la cabeza, retribuyó la reverencia de Knecht y lo dejó marchar...

Cuando el ex *Magister* hubo cerrado la puerta detrás de si, el presidente se quedó inmóvil, de pie, atisbo los pasos que se alejaban y, cuando se perdió el eco del último y nada más se oía, se paseó por la habitación de un extremo a otro, hasta que se oyeron pasos de nuevo y alguien llamó a la puerta. Entró el joven sirviente y anunció un visitante que deseaba hablar con el Venerable.

—Le dirás que podrá recibirle dentro de una hora y que le pido que sea breve, porque tengo cosas urgentes que hacer.. ¡No, espera! Ve a la Cancillería también y di al primer secretario que cite en seguida y con urgencia a todas las Autoridades para pasado mañana a una sesión, con la advertencia de que es necesaria la presencia de todos y que solamente se considerará válida para faltar una enfermedad grave. Luego verás al ecónomo y le dirás que mañana temprano debo ir a Waldzell: el coche debe estar listo para las siete.

—¿Me permitís, Venerable? —dijo el jovencito—. Estaría disponible el coche del señor *Magister Ludí.*

—¿Cómo?

—El Venerable llegó ayer en coche. Acaba de irse, anunciando que se marcharía a pie y que dejaba aquí el coche a disposición de las Autoridades.

—Está bien. Mañana utilizaré el coche de Waldzell. Repita, por favor.

El sirviente repitió:

—El visitante será recibido dentro de una hora, deberá ser breve. El primer secretario debe, convocar a las Autoridades para pasado mañana; es necesaria la asistencia de todos, solamente la enfermedad grave será motivo de excepción. Mañana a las siete, salida para Waldzell en el coche del señor *Magister Ludí.*

Cuando el joven se marchó, Alexander respiró aliviado. Se acercó a la mesa donde estuvo con Knecht y aún sintió el eco de los pasos de ese ser incomprensible que todos querían y que le acababa de dar un dolor Un grande. Desde los primeros días en que tuvo que atenderle, amó a este castalio y entre muchas otras cualidades que le agradaban en él estaba también este paso suyo, neto, de firme ritmo y ligero, casi volante, entre muy digno y muy infantil, entre sacerdotal y bailarín, un paso amable, distinguido y original, que se adecuaba magníficamente al rostro y a la voz de Knecht. Y respondía también a su modo particular de castalio y *Magister,* a su forma de señorío y de alegría que recordaba a veces un poco la alegría aristocráticamente medida de su predecesor, el maestro Tomás, a veces también la jovialidad simple, cordial y conquistadora del ex *Magister Musicae.* Ya se había marchado, pues, de prisa, y a pie quién sabe

Librodot

hacia dónde y probablemente no volvería a verlo más, ni a oír su risa, ni a observar su mano hermosa de largos dedos escribir los jeroglíficos de un paso del juego de abalorios. Tomó las hojas de papel que habían quedado sobre la mesa *y* comenzó a leer. Era un breve testamento, muy conciso y objetivo, a menudo de solas frases aisladas en lugar de oraciones, y debía servir para facilitar a las Autoridades la tarea de la inspección inminente en el *Vicus Lusorum* y de la nueva elección del *Magister.* Allí estaban en pequeños y hermosos caracteres las inteligentes observaciones, fijadas en palabras y trazos por la personalidad inalterable *y* única de este Josef Knecht, como su rostro, su voz, su paso. Difícilmente encontraría Castalia un hombre de su categoría para nombrarle como sucesor; los verdaderos señores, las verdaderas personalidades, eran justamente raras, y cada una de estas figuras de excepción significaba una suerte y un regalo también allí en Castalia, en la provincia de selección.

Le agradaba caminar a Josef Knecht y hacía mucho que no viajaba a pie tratando de recordar exactamente, le pareció que su última caminata verdadera fue la que le llevó de retorno a Castalia desde Mariafels y a ese torneo anual en Waldzell que había sido malogrado por la muerte de Su Excelencia, el *Magister* Tomás, y lo había convertido en sucesor de éste. Generalmente, cuando volvía con la memoria a esos tiempos *y* a sus años de estudiante y a su residencia en el soto de bambúes, era como si estuviera mirando desde un cuarto frío y desnudo hacia regiones amplias y llenas de sol alegre, lo irremediablemente perdido, convertido en paraíso del recuerdo. Y ese rememorar, aunque ocurriera sin nostalgia, fue siempre una visión de lo muy lejano, de algo distinto, de un hoy cotidiano, vuelto diferente en forma misteriosa y festiva. Pero ahora, en esta clara y alegre tarde de septiembre, con los vivos colores de las cercanías y las tonalidades de la lejanía, suaves, transparentes, delicadas como un sueño, esfumadas del azul al violeta, en ese cómodo andar y ocioso contemplar, en ese viaje a pie acariciado durante tanto tiempo, tendía la vista no ya hacia una lejanía y un paraíso en un hoy de resignación, sino que se parecía al de entonces, como el Josef Knecht de hoy semejaba al otro casi fraternalmente; todo era nuevo otra vez, misterioso, colmado de promesas; podía volver todo lo ya pasado y mucho nuevo aún, por añadidura. Nunca le habían parecido así el día y el mundo, ligeros, hermosos, inmaculados. La dicha de la libertad y de la autodeterminación le impregnaban como una bebida fuerte. ¡Durante cuánto tiempo había dejado de sentir esta sensación, esta ilusión generosa y fascinante! Hizo memoria y recordó la hora en que una vez le había tocado esa impresión tan preciosa y se encontró encadenado; fue durante el coloquio con el *Magister* Tomás, cuando bajo su mirada entre amable e irónica, la sensación se trocó en algo desagradable, porque había perdido su libertad; no había sido en realidad un dolor, un sufrimiento ardoroso, sino más bien un temor, un leve escalofrío en la nuca, una alarmante percepción física en el diafragma, una alteración de la temperatura y, precisamente, en el ritmo del sentir vital. Aquella emoción, en una hora fatal, temerosa, pasmante, que casi amenazaba una sofocación, estaba hoy compensada o curada.

Knecht había resuelto el día anterior a su viaje a Hirsland que no se

Librodot

arrepentiría en ningún caso de lo que pudiera suceder. Por hoy se prohibió a sí mismo pensar en los detalles de su conversación con Alexander, en su lucha con él y por él. Se entregó por entero a la sensación de relajamiento y libertad, que lo colmaban, como colma a un campesino, después de las faenas del día, la emoción de la víspera de fiesta; se sabía a salvo, sin obligaciones; se sentía por un instante perfectamente de más, eliminado, no obligado a trabajar, a pensar, y el día luminoso e irisado lo envolvía con sus dulces rayos, todo imagen, todo presente, sin exigencias, sin ayer, sin mañana. Por momentos, este ser satisfecho de caminar silbaba quedamente una canción de marcha, que había cantado alguna vez cuando era alumno principiante en Eschholz en alguna excursión, en coro de tres y cuatro voces, y desde la alegre mañana de su existencia le llegaron breves recuerdos y leves sonidos, claramente flotando como gorjeo de pájaros.

Se detuvo debajo de un cerezo con la fronda ya teñida de púrpura y se sentó en la hierba. Echó mano a un bolsillo interior de su chaqueta y sacó una cosa que Alexander no hubiera podido imaginar: una pequeña flauta de madera, que contempló con mucha ternura. No hacía mucho que poseía este ingenuo instrumento de aspecto infantil; seis meses tal vez; y recordó con placer el día en que la tuvo. Había ido a Monteport para discutir con Carlos Ferromonte algunos problemas musicales; se habló en esa ocasión de los instrumentos de madera (de viento precisamente) propios de determinadas épocas, y Knecht pidió a Ferromonte que le mostrara la colección de instrumentos reunida allí. Después de pasar gozosamente por algunas salas llenas de viejos teclados de órganos, arpas, laúdes y pianos, llegaron a un depósito donde se conservaban instrumentos para las escuelas. Allí, Josef vio una caja llena de esas pequeñas flautas, examinó y ensayó una de ellas y preguntó al amigo si podía llevársela. Carlos le rogó riendo que buscara la más agradable, riendo le hizo firmar un recibo; luego le explicó muy exactamente la construcción del instrumento, su manejo y la técnica más adecuada. Knecht se llevó el hermoso juguete y se ejercitó de vez en cuando, porque no había tocado más un instrumento de esa clase desde que dejó la rústica flauta de madera de su período escolar en Eschholz, y más de una vez se había propuesto volver a aprender cómo se toca. Junto con el diapasón utilizó un cuaderno con antiguas melodías que Ferromonte preparara para los principiantes y, a menudo, en el jardín magistral o en su dormitorio pudo oírse el sonido suave y delicado de la pequeña flauta. Estuvo muy lejos de ser un maestro, pero aprendió buen número de coros y canciones; las sabía de memoria y de algunas conocía también la letra. Recordó una de aquellas canciones, muy adecuada para ese instante, y cantó algunos versos quedamente:

Mi cabeza y mis brazos
yacían allí en el suelo;
ahora estoy de pie,
alegre y bien despierto,
y miro cara al cielo. ..

Luego colocó sus labios en el instrumento y tocó la melodía, miró el amplio

Librodot

paisaje suavemente brilloso hasta las altas montañas lejanas, oyó volar los tonos de la canción alegremente recogida en las notas de la flauta, y se sintió una sola cosa feliz con el cielo, las montañas, la canción y el día. Con verdadero gozo palpó la madera lisa y redonda entre sus dedos y pensó que, fuera del traje que llevaba puesto, esta flauta era la única pertenencia que se había permitido llevarse consigo de Waldzell. Durante muchos años había reunido muchas cosas que tenían más o menos el carácter de propiedad personal, ante todo dibujos, cuadernos de extractos y cosas parecidas; lo había dejado todo: podía ser utilizado como quisieran en el *Vicus Lusorum.* Pero se había llevado la pequeña flauta y se sentía complacido de tenerla consigo; era un compañero de viaje modesto y amable.

Al otro día, el peregrino llegó a la capital y se anunció en casa de los Designori. Plinio corrió a su encuentro al pie de la escalera y lo abrazó emocionado.

—Te hemos esperado con nostalgia y preocupación —exclamó—. ¡Has dado un gran paso, amigo; ojalá nos traiga suerte a todos! ¡Pero que te hayan dejado partir! Nunca me lo hubiera imaginado.

Knecht se rió.

—Ya ves, estoy aquí. Pero de ello te contaré más tarde. Quisiera ante todo saludar a mi discípulo y, naturalmente, también a tu mujer, y conversar con todos ustedes acerca de cómo se desarrollará mi cometido. Ansío comenzar.

Plinio llamó a la mucama y le encargó buscar en seguida a su hijo.

—¿El señorito? —preguntó ella, aparentemente sorprendida, pero se alejó corriendo, mientras el dueño de casa llevó a su amigo a la habitación de huéspedes y comenzó a referirle detalladamente lo que había previsto y preparado para la llegada y la convivencia de Knecht, sobre todo en lo que se refería a Tito. Todo estaba arreglado de acuerdo con los deseos de Josef; hasta la madre de Tito había comprendido esos deseos después de alguna oposición, adaptándose a ellos. Los Designori poseían una casita de descanso en la montaña, llamada Belpunt, bien asentada a la orilla de un lago; allí viviría en un primer momento Knecht con su alumno; una vieja sirvienta los atendería: había partido ya en esos días para arreglarlo todo. Ciertamente, esa residencia sería temporaria, a lo sumo hasta la llegada del invierno, pero justamente para ese primer período este aislamiento resultaría muy beneficioso, sin duda. Le satisfacía que Tito tuviera gran afición por la montaña, y la casita de Belpunt era tal que el joven se alegraba de residir en ella y lo aceptó sin resistencia. Designori recordó que tenía una carpeta con fotografías de la casa y de la región; arrastró a Knecht hasta su cuarto de trabajo, buscó la carpeta y cuando la encontró, comenzó a mostrar a su huésped la casa y a describirle la gran sala rural, la estufa de azulejos, las pérgolas, el balneario a orillas del lago, la catarata.

—¿Te gusta? —preguntó al final—. ¿Te sentirás cómodo allí?

—¿Por qué no? —contestó Knecht tranquilamente—. ¿Pero dónde está Tito? Hace ya un rato que le enviaste a buscar.

Hablaron todavía unos minutos de diversos temas; luego se oyeron pasos en el corredor, la puerta se abrió y entró alguien, pero no fue ni Tito ni la mucama enviada para traerle. Fue la madre del joven, la esposa de Designori. Knecht se levantó para saludarla, ella le estrechó la mano,

Librodot

sonriendo con una amabilidad un poco forzada: debajo de la cortés sonrisa había la expresión de una preocupación o de un desagrado. Dijo apenas unas palabras de bienvenida y se dirigió a su marido y se desahogó violentamente de la noticia que oprimía su corazón.

—Es realmente doloroso —exclamó—, imagina que el joven ha desaparecido y no se encuentra en ningún lado.

—¡Bah!, habrá salido —dijo para tranquilizarla Plinio—. Ya vendrá.

—Desgraciadamente, esto no es probable —insistió la madre—, se ha ido muy de mañana. Lo advertí ya muy temprano.

—¿Y por qué me lo dices tan tarde?

—Porque era natural que esperara su regreso a cada momento *y* no quería preocuparte inútilmente. Al principio no pensé en nada malo; creí que saldría de paseo. Cuando faltó a mediodía, comencé a intranquilizarme. No estuviste en casa a la hora del almuerzo, si no, lo hubieras sabido. Seguí tratando de vencer mis temores y achaqué descuido su falta de noticias y la larga espera. Pero no se trata de esto ya.

—¿Me permiten una pregunta? —dijo Knecht—. ¿Sabía el joven de mi inminente llegada y de vuestras intenciones?

—Naturalmente, señor *Magister,* y parecía casi contento de nuestros propósitos, por lo menos prefería tenerlo a usted como maestro a volver a una escuela cualquiera.

—Pero entonces —opinó Knecht— no hay que alarmarse. Su hijo s*ignora*[33]*,* está acostumbrado a una gran libertad, sobre todo en este último tiempo; por lo mismo la perspectiva de tener un preceptor y educador debió parecerle una desgracia; es comprensible. Y por eso, en el instante en que debía entregarse al nuevo maestro, se escapó, menos tal vez con la esperanza de evitar en realidad su destino que con la creencia de que una prórroga retardaría el momento de aceptar la disciplina. Además, quiso probablemente jugar una broma a sus padres y al maestro por ellos elegido, expresando así su oposición contra el mundo de los grandes y los educadores.

Designori se alegró de que Knecht tomara el incidente en forma tan poco trágica. Pero estaba muy preocupado e intranquilo; su corazón lleno de afecto temía toda suerte de peligros por el hijo. Quizá huyera deliberadamente. Quizá atentara contra su vida. Esta idea le dejaba perplejo. ¡Oh, qué fatalidad! Todo lo descuidado o equivocado en la educación del niño parecía vengarse ahora, justamente en el instante en que se esperaba remediarlo.

Contra lo que aconsejaba Knecht, insistió en que había que hacer algo, que algo debía ocurrir; no se sentía capaz de soportar el golpe sufriendo inactivo y se excitó en una impaciencia, en una intranquilidad nerviosa, que no agradaban al amigo. Se resolvió, pues, enviar recado a varias familias, con las que Tito se relacionaba por intermedio de compañeros de su misma edad. Knecht se alegró cuando la esposa de Designori se alejó para disponer esa medida y quedó solo con el amigo.

[33] En *italiano en el original.*

Librodot

—Plinio —le dijo—, pones una cara como si te hubieran traído a casa a tu hijo muerto. Ya no es un niño y no puede haber sido atropellado por un coche ni haber comido bayas envenenadas. Recóbrate, querido. Como no está tu hijo, me permitiré enseñarte algo a ti, en su reemplazo, durante unos minutos. Te observé un poco y encuentro que no estás "en forma", como se suele decir. En el instante en que un atleta recibe un golpe o una presión inesperados, sus músculos realizan automáticamente los movimientos necesarios, se extienden o se contraen y le ayudan a ser dueño de la situación. Por eso, alumno Plinio, en el instante en que recibiste el golpe —o lo que exageradamente consideraste un golpe—, hubieras debido emplear el primer recurso de defensa contra ataques morales y estar atento a respirar lentamente, cuidadosamente dueño de ti. En cambio has respirado como un actor de teatro que debe interpretar un estremecimiento. No estás bien pertrechado; parece que ustedes, la gente del mundo, reaccionan a los dolores y a las preocupaciones en una forma demasiado particular. Es una situación de desamparo que sorprende y a veces, cuando se trata de un verdadero dolor que tiene significado de martirio, posee también algo de grandeza. Pero para la vida diaria esta renuncia a la defensa no es un arma; trataré de que tu hijo esté mejor preparado para cuando sea necesario. Y ahora, Plinio, me obedecerás y harás algunos ejercicios conmigo, para que yo vea si realmente lo has olvidado todo.

Con los ejercicios respiratorios para los cuales impartió órdenes estrictamente rítmicas, pudo sacar al amigo de su autotortura, y entonces lo encontró también dispuesto a oír razones y a liberarse de todo miedo e intranquilidad. Subieron a la habitación de Tito. El ex *Magister* contempló con placer el desorden de las pertenencias del jovencito, tomó un libro de sobre la mesita de noche, vio un trozo de papel metido entre las páginas: ¡coincidencia extraña!, era un mensaje del desaparecido. Tendió el papel a Designori, riéndose; también la cara de Plinio se iluminó en seguida. Con el mensaje, Tito informaba a sus padres que se había levantado muy temprano y que partía solo para la montaña, donde esperaría en Belpunt a su maestro. Pedía que se le perdonara ese capricho, en el momento en que su libertad estaba por ser limitada tan severamente; sentía una insuperable contrariedad en hacer ese hermoso y breve viaje como vigilado y prisionero, en compañía de su preceptor.

—Es muy natural —opinó Knecht—. Iré detrás de él mañana y nos encontraremos en la casita de la montaña. Pero ahora irás a ver a tu esposa, ante todo, y le darás la noticia.

Durante el resto del día, el estado de ánimo en la casa fue alegre y despreocupado. Esa tarde, Knecht, cediendo a las insistencias de Plinio, contó al amigo en resumen los acontecimientos de los últimos días y sobre todo los dos coloquios con el *Magister* Alexander. Y esa noche escribió en una tarjeta una maravillosa poesía que hoy está en manos de Tito Designori. Esto ocurrió en las circunstancias que van a continuación:

El dueño de casa lo había dejado solo durante una hora, antes de la comida. Knecht vio un mueble colmado de viejos libros que despertaron su curiosidad. Éste también era un placer que había perdido y olvidado casi, en los largos años de renuncia, y que le recordaba ahora sus años de estudioso con íntima hondura: hallarse delante de libros desconocidos, meter en ellos

Librodot

la mano al acaso y pescar aquí y allá un tomo que llamara la atención por su dorado, el nombre del autor, el tamaño o el color del cuero de la encuadernación. Repasa antes lentamente los títulos en los lomos y notó que tenía ante sus ojos mera literatura de los siglos xix y xx. Finalmente sacó un tomo-encuadernado en tela descolorida, porque le atraía su título: "Sabiduría de los brahamanes". De pie primero, luego sentado, hojeó el libro que contenía muchos centenares de poesías educativas, mezcla curiosa de palabrería magistral y verdadera sabiduría, de pedantería de filisteos y genuino espíritu poético. Por lo que le pareció, este libro raro y sorprendente no carecía de esoterismo, pero mal preparado por una agria cocina casera, y no eran las mejores las poesías en que una doctrina o una sabiduría aspiraba realmente a tomar forma, sino aquellas en las que el alma del poeta, su poder de amar, su honradez y su humanidad afectuosa, su carácter moderadamente aburguesado encontraban hermosa expresión. Mientras trataba de penetrar en el alma del libro con una mécela de respeto y diversión, cayó ante sus ojos una cuarteta que aceptó con Satisfacción y adhesión y que saludó sonriendo con un gesto, como si le hubiera sido enriada justamente para ese día. La cuarteta decía:

Vemos volver los dios más queridos
para encontrar maduro algo más grato:
una planta rara que cuidar en el huerto,
un niño que mimar, un librito que escribir...

Tiró del cajón del escritorio, buscó y encontró una hoja de papel y copió los versos. Más tarde los mostró a Plinio y le dijo:

—Me gustaron estos versos; poseen algo especial: ¡son tan áridos y tan íntimos al mismo tiempo! Y se adaptan perfectamente a mi persona y a mi actual situación, a mi estado de ánimo del momento. Aunque no sea yo un jardinero o un horticultor, ni dedique mi jornada al cuidado de una planta rara, soy, sin embargo, maestro y educador y me hallo en el camino de mis tareas, hacia el niño que he de educar. ¡Cómo me felicito de ello! Por lo que respecta al autor de estos versos, el poeta Rueckert, tuvo probablemente estas tres nobles pasiones: la del jardinero, la del educador y la del escritor, y ésta precisamente ha de haber ocupado el primer lugar; la nombra en último lugar, en el lugar más importante y él está tan enamorado del objeto de su pasión, que se torna cariñoso y delicado y no dice "libro", sino "librito". ¡Qué conmovedor es esto!

Plinio se rió.

—Quién sabe —replicó—, si el hermoso diminutivo no fue más que un recurso del rimador que allí necesitaba una palabra de una sílaba más...

—No debemos subestimarle —alegó Knecht en defensa del poeta—; un hombre que ha escrito decenas de miles de versos en toda su vida, no se deja dominar por una sórdida necesidad métrica. No, escucha qué delicado y también un poquito vergonzoso suena: "un librito que escribir". Tal vez no fue mera ternura lo que convirtió "libro" en "librito". Tal vez hubo una intención disimuladora y conciliativa. Quizá no, probablemente; este poeta fue un escritor tan devoto de su labor que de vez en cuando

Librodot

consideró su inclinación a escribir libro como una suerte de pasión o vicio. Entonces la palabra “librito” tendría no sólo el sentido y el sonido del cariño, sino también el significado o el propósito defensivo, de excusa o disimulación, como pretende el jugador cuando invita no a un juego sino a un jueguecito, y el bebedor cuando pide todavía un vasito o un traguito. Bien, éstas son meras presunciones. De todas maneras, el poeta que canta al niño que quiere educar y al librito que quiere escribir, cuenta con toda mi adhesión y mi simpatía. Porque no sólo conozco el tormento del deseo de educar, sino que también escribir libritos es un arrebato al cual no me puedo sustraer. Y ahora que me liberté de mis funciones oficiales, tiene una particular atracción para mí la idea de escribir un libro en plena libertad y con el mejor humor; es decir, un libro no, un “librito”, un pequeño folleto para los amigos y los cantaradas que piensan como yo.

—¿Y sobre qué? —preguntó Designori curioso.

—¡Bah!, no tiene importancia, el tema no importa. Seria solamente una ocasión o un pretexto para meterme en eso y gozar la dicha de tener mucho tiempo libre. Lo que me importaría en todo eso sería el tono, algo prácticamente equilibrado entre respeto y confianza, entre seriedad y broma, un matiz sin pedantería, de amigable comunicación y explicación sobre esto y aquello, sobre lo que aprendí y creo saber. No emplearía ciertamente la forma con que Federico Rueckert mezcla la enseñanza y el pensamiento, la doctrina y la charla en todos sus versos, aunque me resulta agradable; es personal y a pesar de eso nada antojadiza, es juguetona y, sin embargo, se rige por exactas reglas formales; me gusta. Pero por ahora no conoceré las alegrías y los problemas de la tarea de escribir “libritos”; tengo que concentrarme para otra cosa. Pero más tarde, alguna vez, pienso, podría tocarme también la dicha de ser escritor, tal como la imagino vagamente, una concepción fácil pero esmerada de las cosas, no sólo para una goce solitario, sino teniendo siempre el pensamiento de servir a pocos y buenos amigos y lectores.

A la mañana siguiente, Knecht emprendió su viaje hacia Belpunt. Designori le había dicho el día anterior que quería acompañarle, pero él rechazó netamente ese deseo y como el otro se atreviera a insistir todavía, casi se enojó.

—El joven —replicó brevemente— tiene bastantes problemas en aceptar a su nuevo e ineludible maestro y a digerirlo; no debemos imponerle todavía la presencia del padre, precisamente ahora que le resultaría violenta.

Mientras viajaba en esa fresca mañana de septiembre en el coche alquilado para él por Plinio, volvió a sentir la hermosa sensación del día precedente. Se entretuvo a menudo con el cochero; le hizo detener el vehículo a veces y marchar despacio otras, cuando el paisaje le atraía; hasta tocó su pequeña flauta. Fue un hermoso viaje, emotivo y despreocupado, al salir de la ciudad y de las hondonadas de los contrafuertes y luego en dirección a la alta montaña, mientras pasaba también cada vez más del final del verano al otoño. Alrededor del mediodía comentó la última larga ascensión por grandes curvas a través del bosque de pinos y más y más raleados, a la vera de torrentes espumosos rugientes entre rocas, sobre elevados puentes y a lo larga de caseríos solitarios, de gruesos muros y ventanas pequeñitas, hasta penetrar en el pétreo mundo de la montaña cada vez más ruda y áspera; en

Librodot

cuya desnudes florecían doblemente hermosas diminutas islas de flores montañas.

La casita, finalmente alcanzada, se levantaba a orillas de un lago, oculta por grandes rocas que el techo apenas sobrepasaba. Al verla, el viajero percibió la severidad, mejor dicho, la lobreguez del estilo de edificación acorde con las toscas cumbres. Pero en seguida su cara se iluminó con una alegre sonrisa, porque vio erguida en la puerta de la casa una figura, un joven de chaqueta de varios colores y pantalón corto, que no podía ser otro que Tito, su alumno, y aunque no estaba en realidad muy seriamente preocupado por el fugitivo, respiró aliviado y agradecido. Si Tito se encontraba allí y saludaba al maestro desde el umbral de la casa, todo estaba bien y se eliminaban muchas complicaciones, cuya posibilidad había considerado por momentos durante el viaje.

El muchacho vino a su encuentro, sonriendo amablemente, un poco confundido; le ayudó a bajar del coche y le dijo:

—No tuve ninguna mala intención al hacer solo el viaje.

Y antes de que Knecht pudiera contestar, agregó confiado:

—Creo que usted comprendió lo que yo pensaría. De otra manera usted se hubiera hecho acompañar por mi padre. Ya le hice saber que llegué perfectamente.

Knecht le apretó sonriendo la mano y se dejó llevar adentro; la mucama lo saludó y le prometió servir la comida muy pronto. Cuando antes de ir a la mesa se tendió un momento en la cama, cediendo a una necesidad insólita en él, tuvo la sensación de que el hermoso viaje en coche le había cansado mucho, casi agotado, y mientras por la noche se entretuvo charlando con su discípulo y admiró sus colecciones de flores de la montaña y de mariposas, ese cansancio fue aumentando aún y sintió casi como un mareo, un vacío nunca sufrido en la cabeza, una debilidad molesta y una irregularidad de latidos en el pecho. El alumno se sorprendió un poco porque el *Magister* no dijera una palabra acerca del comienzo de las lecciones, del plan de estadios, dé los últimos certificados y cosas parecidas; cuando Tito hito una tentativa de explotar ese estado de ánimo y propuso para la mañana siguiente temprano un largo paseo, para enseñar al maestro las cercanías, la propuesta fue aceptada amablemente.

—Me alegro de antemano por la excursión —agregó Knecht—, y quiero pedirle en seguida un favor. Mientras veía su colección herbaria, pude convencerme de que usted sabe más que yo acerca de las plantas de la montaña. Entre otros, el propósito de nuestra convivencia es el de que intercambiemos nuestros conocimientos y los igualemos por ambas partes; comenzaremos así: usted revisará mi escaso saber de botánica y me hará progresar un poco en este terreno.

Cuando se desearon mutuamente las buenas noches. Tito estaba muy satisfecho y formó los mejores proyectos. Este *Magister* Knecht había vuelto a gustarle mucho. Sin emplear palabras grandilocuentes, sin hablar de ciencia, virtud y nobleza espiritual, como solían hacer sus profesores, este hombre alegre y cordial, en su modo de ser y de hablar, tenía algo que comprometía y despertaba anhelos y energías nobles, generosos, caballerescos y muy elevados. Podía ser un placer y hasta un merecimiento

Librodot

engañar y trampear a cualquier maestro, pero delante de un ser así no se podía pensar en estas tretas. Era... Sí, ¿qué era y cómo era, pues? Tito reflexionó al respecto, pensando qué era lo que tanto le gustaba en el extraño y al mismo tiempo le imponía, y encontró que se debía a su nobleza, su distinción, su señorío. Esto era lo que más atraía en él ante todo. Este señor Knecht era distinguido, era un señor, un aristócrata, aunque nadie conocía su familia y su padre pudo ser muy bien un zapatero. Era más noble y distinguido que la mayoría de los hombres que Tito conocía, más que su propio padre aún. El jovencito, que estimaba mucho los instintos patricios y las tradiciones de su casa y no perdonaba a su padre que hubiese renegado de todo eso, encontraba ahora aquí por primera vez la nobleza espiritual, de educación, ese poder que en circunstancias favorables puede también hacer el milagro de convertir un hijo de plebeyos en un ser de alta nobleza, saltando por encima de largas series de antepasados y generaciones, en el período de una sola vida humana. Surgió así en el jovencito ardoroso y orgulloso la intuición de que pertenecería a esta clase de nobleza y que servirla sería para él un deber y un honor, y tal vez allí, vivo y personificado en la figura de este maestro, que aun con esa suavidad y amabilidad era sin embargo, todo un señor, estaba más cerca de él el significado de su vida y debía fijarle metas.

Después de haber sido acompañado a su habitación Knecht no se acostó en seguida, aunque sintiera gran necesidad de ello. La velada le había costado muchos esfuerzos; debió luchar para mostrarte en la expresión, el aspecto y la voz ante el joven que sin duda lo estaba observando, en forma que no notara su cansancio, su malestar o su enfermedad, extraña y creciente. Sí, le pareció haberlo conseguido. Pero ahora había que afrontar y dominar ese vacío, ese malestar, esa temible sensación de mareo, ante todo reconociéndola y comprendiéndola. Y no le fue muy difícil, aunque tardó un rato. Su mal, encontró, no tenía otra causa que el viaje de ese día, que en brevísimo tiempo lo llevó de la llanura a una altura de unos dos mil metros. Nada acostumbrado a residir a esa altura, si se exceptúan algunas breves excursiones de su temprana juventud, había soportado mal la rápida ascensión. Probablemente, tendría que sufrir lo mismo por lo menos un día o dos más, y si eso no sucediera, es decir, si no lograra aclimatarse, tendría que regresar con Tito y la mucama, y el plan de Plinio en ese hermoso Belpunt, habría fracasado. Sería una lástima, pero no una desgracia irreparable.

Después de estas reflexiones se acostó y pasó la noche sin poder dormir mucho, en parte pasando revista a su viaje desde su despedida de Waldzell, en parte tratando de aplacar su pulso y sus nervios excitados. Pensó mucho también en su alumno, complacido por cierto, pero sin hacer proyecto alguno; le pareció mejor dominar esa plenitud nobilísima pero desaforada, solamente con la benevolencia y el trato; no había que precipitarse ni obrar con la fuerza. Quería llevar al joven a la conciencia de sus dotes y energías lentamente, y estimular en él al mismo tiempo esa hermosa ambición, esa insatisfacción aristocrática que brinda energía al amor por las ciencias, el espíritu y la belleza. La tarea era hermosa y su alumno no tenía solamente talento juvenil que despertar y ejercitar; era el único hijo de un patricio influyente y rico, un futuro señor también, uno de los colaboradores sociales y políticos del país y del pueblo, llamado a ser modelo y guía.

Librodot

Castalia estaba debiendo algo a esta antigua familia Designori; no supo educar básicamente al padre de Tito que se le había confiado, no lo robusteció lo bastante para una posición difícil entre el mundo y el espíritu, y con eso el joven Plinio, tan dotado y digno de afecto, no sólo fue un hombre desgraciado con una existencia desequilibrada y mal dominada; también su único hijo estaba en peligro y se veía arrastrado hacia lo problemático de la vida paterna. Había allí algo que curar y remediar, una deuda que pagar, y eso le agradaba, y le pareció simbólico que le tocara esa tarea justamente a él, al rebelde *y* aparentemente tránsfuga.

Por la mañana, cuando sintió despertar la vida en la casa, se levantó, encontró al lado de la cama una salida de baño que se puso encima de su liviana ropa de dormir, y entró, como le había indicado Tito la noche antes, en el corredor que unía la casa con la piscina de baño y el lago.

Se tendía delante de él inmóvil y verdoso el pequeño lago; más allá un alto precipicio rocoso cortado a plomo con un tajo neto sin mellas, plantado en el cielo mañanero suave, casi verde y fresco, áspero y frío en la sombra. Pero detrás de esa cumbre el sol había salido, se adivinaba; su luz guiñaba aquí y allá en breves reflejos en los cantos agudos de la piedra; pasarían pocos minutos y por encima de las agujas de la montaña el sol aparecería inundando de luz el lago y el alto valle. Knecht contempló atentamente, casi serio, el cuadro panorámico, cuya calma, belleza y gravedad sentía como algo extraño, pero para él oportuno y. aleccionador. Más fuertemente que en el viaje del día precedente, sintió la violencia, la frialdad y la solemne extrañeza del mundo de alta montaña, que no va al encuentro del hombre, no lo invita, apenas lo tolera. Y le pareció curioso y significativo que su primer paso en la nueva libertad de la vida mundana lo hubiera llevado precisamente hasta allí, en esta grandeza calma y helada.

Apareció Tito en traje de baño, tendió la mano al *Magister* y, señalando las rocas, dijo:

—Llega usted en el momento exacto: está por salir el sol. ¡Oh, es algo magnífico!

Knecht asintió amablemente con un movimiento de cabeza. Ya sabia que Tito se levantaba temprano y era un corredor, un luchador y un peregrino, casi como en señal de protesta, contra la conducta y la forma de vivir cansina y cómoda, nada militar, de su padre; por la misma razón desdeñaba el vino. Estas costumbres e inclinaciones llevaban ciertamente en ocasiones a la ostentación de un naturismo juvenil y de un desprecio por el espíritu —la inclinación a exagerar parecía innata en los Designori—, pero Knecht no lo lamentó y estaba decidido a emplear también la camaradería deportiva como un recurso para conquistar y domesticar al ardiente jovencito. Un medio entre muchos y no de los más importantes; la música, por ejemplo, llegaría mucho más lejos. No pensó tampoco —y era lógico— en igualarse al joven en los ejercicios físicos y menos en tratar de superarlo. Sería suficiente una colaboración sencilla, para demostrar al muchacho que su preceptor no era un cobarde ni un haragán.

Tito miraba emocionado la oscura pared de roca, detrás de la cual se mecía el cielo en la luz de la mañana. De pronto relampagueó un trozo de la cumbre pétrea en forma violenta como metal al rojo ya pronto por derretirse; la cima perdió sus contornos y pareció de improviso *más* baja, como

Librodot

si se hundiera fundiéndose, y de la brecha ardiente surgió cegador el astro del día. Al mismo tiempo se iluminaron la tierra, la casa, la piscina de baño y la orilla del lago donde se hallaban, y ambas figuras humanas, erguidas en la violenta irradiación, sintieron en seguida el calor vivo de tanta luz. El muchacho, colmado de la solemne belleza del instante y la sensación bienhechora de su juventud y su fuerza, movió los miembros con rítmicos aleteos de los brazos, a los que siguió pronto todo el cuerpo, para festejar el principio del día con una danza entusiasta y expresar su íntima inteligencia con los elementos que se mecían y se iluminaban alrededor de él. Sus pasos volaron en alegre homenaje hacia el sol victorioso, retrocedieron respetuosos ante él, los brazos tendidos atrajeron la montaña, el lago y el cielo hacia su corazón; arrodillándose pareció venerar a la madre tierra, abriendo las manos para acariciar las agua del lago, ofreciéndose a sí mismo, su juventud, su libertad, su sensación de la vida que llameaba en él, como una ofrenda festiva a las potencias naturales. El sol se reflejaba en sus hombros tostados, sus ojos estaban semicerrados por el resplandor, el rostro juvenil se endureció como una máscara en una expresión de seriedad apasionada y casi fanática.

También el *Magister* se sintió invadido y estremecido por el mágico espectáculo del despuntar del día en esta soledad pétrea y silente. Pero más que esta visión lo sorprendió y dominó el hecho humano allí ante sus ojos de la danza de salutación del sol y del día por su alumno, danza que elevaba al jovencito inmaturo y caprichoso a una seriedad de servicio divino, e irradiando y revelando, le abría a él, espectador, en un solo instante, casi de improvisto, sus inclinaciones más nobles y profundas, sus facultades y sus voliciones, del mismo modo que la aparición del sol abría y permeaba de luz ese frío y oscuro valle lacustre y montano. Más fuerte e importante le pareció el joven, de lo que hubiera imaginado, pero también más duro, inaccesible, lejos del espíritu, pagano. Esta danza de fiesta y sacrificio de pánico entusiasta era algo más que los discursos y versos del joven Plinio de un tiempo, colocaban al jovencito varios grados más alto, pero lo hacían aparecer también más extranjero, inasible, inalcanzable hasta para el llamado.

El muchacho mismo había sido invadido por ese entusiasmo, sin saber cómo ocurriera. La danza que ejecutó no era algo que ya conociera, por él repetida o ensayada otras veces; no era un rito ya corriente para él o por él inventado para festejar el sol y la mañana, y en esa danza y su mágica posesión no había solamente, cosa que supo sólo más tarde, aire de montaña, sol y mañana y sensación de libertad, sino también en igual medida el cambio y el adelanto esperado de su vida joven aparecían hasta en la figura del *Magister,* tan amistosa y digna de respeto. Muchas cosas convergieron en esta hora mañanera hacia el destino y el alma de Tito, para distinguir esa hora de mil otras como noble, festiva, sagrada. Sin saber lo que hacía, sin critica ni sospecha, hizo lo que el instante de dicha exigía de él, danzó su devoción, rezó al sol, confesó en rendidos movimientos y ademanes su alegría y su respeto, su fe vital y su piedad, ofrendó orgulloso y humilde a la vez su alma piadosa al sol y a los dioses en su danza, y al mismo tiempo también al admirado y temido, al sabio y músico, al maestro del mágico juego que llegara de misterioso país, a su futuro educador y amigo.

Librodot

Todo esto, como la embriaguez de luz por la salida del sol, duró solamente minutos. Conmovido, contempló Knecht el maravilloso espectáculo, en el que el alumno se transformaba y revelaba a sus ojos, y fue hacia él nuevo y extraño y completamente igualado. Ambos se hallaban en el sendero entre la casa y la piscina, bañados por la plenitud de luz del oriente, profundamente sacudidos por el torbellino de lo que acababan de vivir, cuando Tito, después del último paso de su danza, despertó del caos de dicha y se quedó como un animal sorprendido en un solitario juego, comprendiendo que no estaba solo, que no había vivido y realizado únicamente algo insólito, sino que también había tenido para ello un espectador. Con la rapidez del relámpago, obedeció al primer impulso que le permitía salir de esa situación, que de pronto creyó debía considerar peligrosa y vergonzante, y le dejaba superar el sortilegio de estos maravillosos instantes, que lo habían envuelto y dominado totalmente.

Su cara sin edad aún, de máscara humana, asumió una expresión infantil y casi tonta, como la de quien despierta demasiado de repente de un profundo sueño; se balanceó un poco sobre las rodillas, miró sorprendido en la cara a su maestro, y como si se le ocurriera algo importante y casi ya descuidado, extendió de pronto rápidamente el brazo derecho en ademán indicador, señalando la orilla opuesta del lago, por una mitad del ancho de la cuenca aún en plena sombra, que la montaña rocosa vencida por los rayos de la mañana reducía lentamente cada vez más en su base.

—Si nadamos muy rápidamente —exclamó apresurado, con el interés de un niño—, podemos llegar a la otra orilla antes que el sol todavía.

Las palabras habían salido apenas de su boca, la señal para una competición natatoria con el sol había sido apenas impartida, cuando Tito, con un poderoso salto, la cabeza tendida hacia adelante, desapareció en el lago, como si por exceso de osadía o por embarazo no pudiera partir lo bastante veloz y hacer olvidar con una actividad más viva la escena anterior. Saltó el agua al choque del cuerpo y se cerró sobre él; unos instantes después volvieron a aparecer la cabeza, los hombros y los brazos y siguieron siendo visibles sobre el espejo azul verdoso, mientras se alejaban raudamente.

Cuando salió de casa, Knecht no tenía por cierto la menor intención de bañarse y nadar, tenía demasiado frío casi y, después de la noche pasada casi como un enfermo, no le hubiera parecido conveniente. Pero ahora, bajo ese hermoso sol, excitado por lo que acababa de ver, invitado como camarada y además incitado por su alumno, juzgó el atrevimiento menos arriesgado. En cambio temió mucho que todo lo que la hora mañanera había traído y prometido pudiera desaparecer y perderse, si dejaba solo al joven y lo desilusionaba, rehusando con la fría prudencia del adulto esa prueba de fuerza. Le alarmaba ciertamente la sensación de inseguridad y debilidad en que había caído por la rápida ascensión a la montaña, pero tal vez ese malestar podía ser vencido muy pronto con la energía de un acto violento. El desafío era más fuerte que la advertencia, la voluntad más que el instinto. Se sacó de prisa la ligera salida de baño, respiró profundamente y se lanzó al agua en el mismo sitio donde se había sumergido su alumno.

El lago, alimentado por las aguas de los glaciares y aun en pleno verano accesible solamente a los más endurecidos, lo recibió con un frío de hielo de

Librodot

cortante hostilidad. Estaba preparado a un fuerte estremecimiento, pero no a este hielo cruel que lo rodeaba como de grandes llamas y después de un instante de creciente ardor comenzaba a penetrar rápidamente en él. Después del salto, había subido en seguida a flote; con otro gran salto hacia adelante descubrió a Tito nadando, se sintió amargamente oprimido por lo helado, lo salvaje y lo hostil del agua y creyó todavía que luchaba para disminuir la distancia, para llegar a la meta de la competición, para lograr el aprecio y la camaradería y el alma del muchacho, cuando ya peleaba con la muerte que le había llamado y abrazado en la lucha. Se defendió con todas sus fuerzas, hasta que su corazón siguió latiendo.

El joven nadador miró varias veces hacia atrás y notó con satisfacción que el *Magister* le había seguido en el agua. Volvió a atisbar, no lo vio más, se inquietó, miró y gritó, se volvió y se apresuró para auxiliarle. No lo encontró y lo buscó nadando y sumergiéndose en procura del hundido, hasta que él también sintió desaparecer las fuerzas por el frío tan agudo. Exhausto y sin aliento, llegó finalmente a tierra, vio la salida de baño tirada en la arena, la levantó y comenzó a frotarse mecánicamente con ella el pecho y las extremidades, hasta que la piel rígida volvió a tener calor. Se sentó al sol como atontado, miró fijamente el agua cuyo helado verdor azulado le parecía ahora sorprendentemente hueco, extraño y enemigo, y se sintió invadido por la perplejidad, por una profunda tristeza, cuando al desaparecer la debilidad física volvió la conciencia y el terror de lo sucedido.

¡Ay, pensó con horror, tengo la culpa de su muerte! Y sólo en ese momento, cuando no había ya un orgullo que defender y una resistencia que oponer, sintió en la congoja de su corazón asustado cuánto había amado ya a este hombre. Y mientras, a pesar de todas las reflexiones, se sentía culpable por la muerte del *Magister,* con el sagrado terror le invadió el presentimiento de que esta culpa lo transformaría a él y su vida entera y le exigiría cosas más grandes que las que hasta ese momento se había exigido alguna vez a sí mismo.

F I N

Librodot

APÉNDICE

Los escritos dejados por Josef Knecht:

LAS POESÍAS DE SU JUVENTUD DE ESTUDIANTE

LOS TRES “CURRICULA VITAE”:

El hacedor de la lluvia

El confesor

Existencia hindú

Librodot

LAS POESÍAS DE SU JUVENTUD DE ESTUDIANTE[34]

QUEJA

Nos es negado ser. Mera corriente somos
que fluye obedeciendo en todas las figuras:
por el día, la noche, el infierno y la cumbre
vamos pasando en pos de nuestra sed de ser.

Así colmamos sin cesar las formas:
ninguna es patria, por suerte o por desgracia;
siempre estamos en marcha, huéspedes eternos;
sin campos, sin arados, no cosechamos pan.

No sabemos siquiera cómo Dios nos piensa.
Con nosotros juega, somos greda en sus manos,
que muda y maleable, ni llora ni sonríe:
y Dios la amasa, sí, pero nunca la quema.

¡Endurecerse en piedra un día! ¡Durar!
Por eso eterna agítase nuestra nostalgia,
y eterna, permanece tímido temblor...
Nunca el reposo alivia el largo caminar.

IR AL ENCUENTRO

El extraviado eterno, el meramente ingenuo,
ignora nuestras dudas y seguro avanza.
Nos dice sólo que este mundo es llano
y son leyendas abismos y hondonadas.

¿Por qué pensar en otras dimensiones
que en las dos buenas y ya tan vulgares?
¿Podría vivir seguro aquí un ser humano?,
¿Podría vivir aquí despreocupado?

Para alcanzar la paz una cosa pedimos:
¡Dejadnos borrar al menos una dimensión!
Porque si el extraviado está en lo cierto

[34] *Versión fiel, sin respetar la métrica, para no traicionar los pensamientos y sus matices.*

Librodot

y mirar el abismo es peligroso
la tercera dimensión es esencial...

Librodot

PERO SECRETAMENTE TENEMOS SED...

Vivaz, espiritual, delicado arabesco,
parece nuestra vida, como la de las hadas,
girar en suaves danzas alrededor de la nada,
a la que ofrendamos el ser y el presente.

Belleza del ensueño y generoso juego,
tan alentado y sutilmente puro,
honda bajo tu alegre capa se enciende
la nostalgia de noche, sangre y barbarie...

En el vacío gira, libre, volando sola,
esta vida nuestra siempre pronta al juego,
pero en gran secreto tenemos sed de ser,
de crear y de ser, de sufrir y morir...

LETRAS

Al acaso, si esgrimiendo la pluma
trazamos signos en la blanca hoja,
esto dicen y aquello; todos lo saben.
Y el juego tiene sus reglas...
Pero si un salvaje o un lunático
esa hoja, ese campo de runas en surcos,
curioso examinando llevara a sus ojos,
vería una extraña imagen de este mundo,
un cuarto extraño de figuras mágicas.
Vería en la A y en la B al hombre y a la bestia,
ojos, lenguas y miembros moverse
cautos allí, aquí tal vez violentos.
Leería como en la nieve pasos de cuervos,
tendría prisa, paz, dolor e impulso
y vería el poder de todo lo creado,
a través de los duros signos negros,
deslizarse entre adornos envarados;
vería arder amor, temblar pesares.
Y asombro y risa y llanto y miedo
sentiría en las rejas de estos signos,
y el mundo entero en su afán cegado
pequeño le parecería y disgregado

en signos hechizados que en su duro paso
presos están y tanto semejan entre sí
que vivir y morir, goce y sufrimiento,
se hermanan y apenas se distinguen...

Ese salvaje entonces gritaría
su inaguantable angustia y el fuego atizaría
y golpeando la frente y cantando letanías,
daría a la llama la blanca hoja con runas.
Y así tal vez durmiendo sentiría
que este "no mundo", esta nada mágica,
es un terrible andar en lo nunca sido;
sollozando el salvaje encontraría
una sonrisa y ya estaría curado
y en la tierra de la nada se hundiría...

LEYENDO A UN ANTIGUO FILÓSOFO

Lo que ayer todavía colmado estaba
de encanto y belleza que los siglos
maduraron en fino pensamiento,
se marchita de pronto, y del pentagrama

bórranse las notas y los sostenidos,
se hunde el centro de gravedad, y todo
lo que era armonía con eco eterno
vacila y se disuelve y se evapora.

Así también un viejo rostro sabio
que admiramos, se arruga finalmente
y, maduro de muerte, hace temblar el alma
en el vano y penoso juego de los surcos.

Así también un alto sentimiento
se corrompe, se altera y nos disgusta,
como si bien supiera que al fin todo
se marchita, se cae y luego muere.

Y sobre la montaña de muertos,
doloroso y puro, el espíritu levanta
ardientes faros de deseo y lucha

Librodot

contra la muerte y se torna inmortal...

EL ULTIMO JUGADOR DE ABALORIOS

Con su juego de cuentas de colores, piensa
inclinado sobre sus manos, y en torno,
el país asolado por la guerra. Crece
la hiedra en las ruinas; zumban abejas...
Una cansada paz, con salterio apagado,
susurra por el mundo su vejez tardía.
El viejo cuenta sus perlas de colores,
aquí pone la azul, allí la blanca,
allá una grande, acá una pequeña elige,
y en círculos las junta como en juego.
Un día fue grande en símbolos y signos.
de muchas artes y lenguas gran maestro,
conocedor del mundo, en todas las regiones
famoso y conocido y venerado,
por alumnos y pares entre pares.
Sobrevive ahora, viejo, cansado y solo,
no conquista a los jóvenes, no invita
a los colegas para dirimir criterios.
Todos se han ido, Templos, libros y escuelas
de la antigua Castalia ya no existen... Descansa
entre ruinas el viejo, las perlas en la mano,
enigmas de elocuencia un día lejano,
hoy trastos de cristal indigno apenas.
Las perlas ruedan silenciosamente
de la mano, perdiéndose en la arena...

POR UNA "TOCCATA" DE BACH

El primitivo silencio se endurece.
Se hace noche y un rayo irrumpe de la nube
rasgada, asiendo mundos en la ciega nada.

Construye espacios, la tiniebla rompe,
muestra abismos, cumbres y declives,
suelta vientos azules, endurece la tierra.

Librodot

El rayo parte en dos lo grávido y germina
fuego de guerra, el mundo brilla
y surge encendido en su terror;
va donde cae de la luz la semilla,
se apaga, y lanza la suntuosa loa
a la vida, al Creador, a la clara victoria.

Y vuelto hacia Dios, sigue su vuelo
e impulsa en lo creado su oleaje
a todos los espíritus hacia el Padre.
Es anhelo e imagen, lengua y canto
instinto y alma y lucha y dicha y amor…

UN SUEÑO

En un claustro de montaña huésped,
entré yo, cuando todos fueron a rezar,
en una biblioteca. Al brillo del último sol
resplandecían allí con inscripciones
maravillosas mil lomos de pergamino.
Lleno de anhelo de saber, miré
un primer libro a prueba, lo tomé, leí:
“El paso extremo a la cuadratura del círculo”.
¡Este libro —pensé— lo llevaré conmigo!
Otro libro “in quarto”, todo dorado,
en su lomo decía una cosa extraña:
“Cómo fuera que Adán de otro árbol comió…”
¿De otro? ¿Cuál? ¡El de la vida, pues!
¿Adán es inmortal? No en vano, por lo tanto,
estaba allí. Pero noté un “in folio”
que en lomo, corte y ángulos
los colores lucía del arco iris.
Su título rezaba en pinceladas:
“De colores y matices el sentido:
De cómo de un color saliendo
fatalmente responde otro matiz”.
¡Abismales, los coros de colores
brillaban a mis ojos! Y entonces comprendí
y cada anaquel me lo fue demostrando:
era la biblioteca del Señor.
A todas las preguntas que me hacía,

Librodot

a la sed del saber que me quemaba,
allí podían hallarse todos los frutos,
de espíritu aún. Porque cuando yo un libro
con rápida mirada interrogaba,
un loco contestaba sin dudar.
Para todo saber había su tomo:
allí podían hallarse todos los frutos,
que temblando buscara el escolar curioso,
que el maestro en su duda demandara.
Estaba allí el sentido íntimo y puro
de todo saber, la ciencia y la poesía;
estaba allí la fuerza del ensalmo
con clave y diccionario, la más fina
sugerencia del alma, en incontables
secretos libros viejos conservada;
también las cifras más ocultas
de misteriosos problemas, a merced
de quien favorecía la hora del hechizo.

Puse, con manos temblorosas, al fin
sobre el atril un tomo y la escritura
descifré de la magia fantaseante,
como en sueños a veces lo que no aprendimos
surge casi jugando y está en lo cierto.
Y pronto hálleme en espacios constelados
del alma, estuve en el Zodiaco,
donde todo aquello que una sabia
intuición de los humanos figurado leyó;
por vieja experiencia de mundos,
armonioso en el cielo siempre nuevo
se reencontraba y refería perfecto:
vieja sabiduría, inventos y símbolos
hacia otros más altos persiguiendo;
así que en breve lectura de minutos
rehice de los hombres el muy largo camino
y de sus viejos y nuevos conoceres
en el alma retuve el íntimo sentido...
Las imágenes vi en esos tomos
fundirse y aparearse y crecer
y ordenarse en danza y fluir una de otra,
y en nuevas formas volcarse, espejismos

Librodot

de simbólicas notas y palabras
cambiantes inagotablemente de sentido.

Y cuando así cegado de mirar atento
en descanso mis ojos levanté,
no estaba solo allí: un anciano,
archivista tal vez entre los libros
estaba en un rincón atareado:
lo vi serio y atento en su labor,
ocupado con tomos y más tomos. Extraños
del celoso trabajo modos y sentidos
cobraron importancia para mí. El proyecto
con su delicada mano experta un libro
tomaba, leía su título en el lomo,
soplaba con su pálida boca fina
este título prieto de profunda belleza
—¡rico en horas de preciosa lectura!—,
lo borraba despacio con el dedo
y sonriendo escribía otro más nuevo
totalmente diverso. Y comentó a vagar
y de aquí tomó un libro y otro de allá,
siguió borrando y a escribir volvió…
Desorientado lo miré gran tiempo,
con la mente reacia a comprender;
volví a mi libro, en que leído había
muy poco, pero las fantasmagorías
antes felices ya no estaban allí…
Se disolvió, huyendo apresurado,
el mundo de signos en que penetrara
hallando al fin el sentido del cosmos;
osciló girando y pareció nublarse
y, fluyendo al huir, sólo dejó atrás
el brillo gris del nudo pergamino.
Una mano sentí sobre mi hombro
y alcé los ojos: el anciano estaba
a mi lado curioso. Tomó sonriendo
ése mi libro (sentí un estremecimiento,
un frío de hielo), pasó su largo dedo
como esponja en el lomo y en el vacío
escribió otro título, duda o promesa,
respuesta nueva a un problema muy viejo,

Librodot

con gran cuidado y deletreando.
Luego se fue, llevando pluma y libro…

SERVICIO

Al comienzo reinaron príncipes piadosos
para consagrar el campo, el grano y el arado,
el derecho del hombre y la medida
para la raza mortal que tiene sed

de la justicia, por el Invisible
que sol y luna en su girar conserva
y cuya luz eternamente bella
no conoce del mondo el dolor y la muerte.

Hace mucho esta estirpe hija de Dios
pereció dejando a la humanidad tan sola
en vértigo de dolor y placer y duda,
eterno devenir sin pausa ni hermosura.

Nunca murió la idea de aquella vida
y en nuestra decadencia nos compete
con signos de juego, símbolos y cantos
seguir guardando norma del respeto santo.

Tal vez un día la tiniebla se pierda,
tal vez un día los tiempos se repitan
y el sol como Dios otra vez nos gobierne
y acepte sobre el ara nuestra ofrenda de amor

POMPAS DE JABÓN

Destila en el estudio y el pensamiento
muchos años más tarde aquel anciano
la obra de su vida, en que por ciclos
jugando tejía la dulce sabiduría.

Y lanza allí celoso un estudiante
que mucho manejó libros y notas,
y se consume de orgullo juvenil,

una obra colmada de genial idea.

Sentado sopla un niño en una caña,
llena irisadas pompas de jabón y canta
a cada una todas las loas del salmo,
y el alma en el soplar aplica y dona.

Y los tres, el anciano, el niño y el estudiante,
de la espuma de Maya crean mundos,
ensueños de magia sin valor en sí,
pero donde sonriendo se refleja eterna
la eterna luz y brilla mis alegre.

DESPUÉS DE LA LECTURA DE LA "SUMMA CONTRA GENTILES"

Un día, nos parece, la vida era sincera,
el mundo bueno, las almas, sí, más claras,
saber y ciencia una cosa sola.
Vivían más plenos, más alegres aquellos
de que en Platón, los chinos y otros libros
leemos tantas bellas maravillas...
¡Ay! Cuantas veces en el templo entramos
de la Suma perfecta de Tomás de Aquino,
nos pareció de lejos saludarnos
el mundo de la dulce clara verdad madura.
¡Todo tan claro! La naturaleza, espíritu,
de Dios a Dios el hombre conformado,
la ley y el hombre prietos en las fórmulas,
todo fundido sin una sola grieta.
En cambio ahora parece que estuviéramos
en desiertos a la lucha condenados,
a dudas sólo y amargas ironías
y solamente llenos de amarga nostalgia...

Puede ocurrir alguna vez lo mismo
a nuestros nietos: nos verán brillando
como sabios felices porque oyen
de nuestra queja vital el coro amargo
como un eco armonioso, como mitos

Librodot

de nuestras luchas en versos bien narrados.
Y aquel que por lo menos insistiendo
mucho pregunta y duda, sea tal vez
quien con la acción alcance el devenir
y de su ejemplo la juventud se nutra.
Y aquel que tiene duda de sí mismo
tendrá su gloria como de un beato
que no supo de miedo y de miseria
y en su tiempo era vivir un gozo
y su dicha fue par a la dicha de un niño.
Porque también dentro de nuestra carne
vive el espíritu del espíritu eterno,
hermano de todos de hoy y de mañana:
Aquel que sobrevive el hoy, no yo ni tú...

GRADOS

Toda flor se marchita y toda juventud
cede a la edad; florecen los peldaños de la vida,
florece todo saber también, toda verdad
a su tiempo, y no puede perdurar eterna.
Debe el corazón a cada llamamiento
estar pronto al adiós y a comenzar de nuevo,
para darse con todo su valor más firme
alegremente a toda forma nueva.
Y en cada comienzo está un hechizo
que nos protege y nos ayuda a vivir.

Debemos ir alegres por la tierra
sin aferramos nunca como a una patria;
el espíritu no quiere encadenarse.
Grado a grado, nos eleva y ensancha.
Apenas se acomoda nuestra vida
y nos confiamos, todo se disuelve;
sólo quien está pronto para irse
puede escapar del hábito que mata.
Nos enviará de nuevo a espacios nuevos,
el llamar de la vida nunca tendrá fin...
Tal vez la hora de la muerte aún.
¡Arriba, corazón, di, pues, tu adiós y sana!

Librodot

EL JUEGO DE ABALORIOS

Música magistral de universo
oiremos con respeto, conjurando
a la fiesta más pura venerados
espíritus de los tiempos de gracia.

Que nos eleve el mágico misterio
de la extraña escritura en cuyo encanto
concluyó lo infinito, y tormentoso,
la vida misma en clara alegoría.

Cantan cristalinas formas de estrellas
que servimos conscientes con la vida:
porque cayendo fuera de sus círculos
siempre estaremos en el mismo centro.

Librodot

LOS TRES "CURRICULA VITAE"

EL HACEDOR DE LA LLUVIA

FUE hace muchos miles de años, y las mujeres estaban en el poder: en la tribu y en la familia se rendía respeto y obediencia a la madre y a la abuela; en los nacimientos valía mucho más una niña que un varoncito.

En el pueblo había una mujer de abolengo, de ciento y más años de edad, reverenciada y temida por todos como una reina, aunque desde que se recordaba, sólo rara vez movía un dedo o pronunciaba una palabra. Muchos días estaba sentada a la entrada de su chota, con un séquito de parientes serviciales alrededor, y llegaban las mujeres del villorrio a rendirle pleitesía, a contarle sus cuitas, a mostrarle sus hijos y pedirle la bendición; venían las embarazadas y le pedían que les tocara el cuerpo y les diera los nombres para el esperado. La gran abuela imponía a veces la mano, a veces asentía con la cabeza o la meneaba o permanecía inmóvil. Rara vez decía una palabra; estaba allí, sentada, y reinaba; estaba sentada y tenía el cabello blanco amarillento en delgadas crenchas alrededor de la noble cara correosa, de lejano mirar; estaba sentada y recibía homenajes, regalos, pedidos, noticias, informes, denuncias; estaba sentada y todos la conocían como madre de siete hijas, como abuela y tatarabuela de muchos nietos y tataranietos; estaba sentada y tenía en los rasgos profundamente arrugados y detrás de la frente morena la sabiduría, la tradición, el derecho, la moral y el honor de la aldea.

Fue una tarde de la primavera, un día nublado y tempranamente anochecido. Ante la choza de barro de la gran abuela no estaba ella sentada, estaba su hija, que era apenas un poco menos canosa y digna y tampoco mucho más joven que la primera. Estaba sentada, descansando; su asiento era el umbral de la choza, una piedra chata, cubierta con una piel cuando hacía frío, y afuera, en amplio semicírculo se revolvían en el suelo, en la hierba o en la arena un par de niños y estaban acurrucados unos jovencitos y algunas mujeres; estaban allí todas las tardes que no lloviera o helara, porque querían oír a la hija de la gran abuela contar historias o cantar sentencias. Antes, lo hacia la misma gran abuela, pero ahora era demasiado vieja y muy poco comunicativa, y en su lugar estaba allí acuclillada la hija y contaba, y como había recibido las historias y las sentencias de la tatarabuela, tenia de ella también la voz, la figura de ella, su calma dignidad en el porte, los gestos y la palabra, y los oyentes más jóvenes la conocían más a ella que a su madre y casi ya no sabían que ella estaba allí sentada en lugar de la otra y trasmitía las historias y la sabiduría de la tribu. De sus labios fluía por las tardes la linfa del saber, ella guardaba bajo sus canas el tesoro de la raza, detrás de su alta frente suavemente arrugada conservaba los recuerdos y el espíritu de la colonia. Si alguien sabía algo y conocía proverbios e historias, era por ella. Fuera de ella y de la gran anciana, había solamente una persona en la tribu que sabía, pero que permanecía más oculto, un hombre misterioso y muy callado, el que hacía la lluvia y el buen tiempo.

Entre los oyentes se acomodaba también el niño Knecht y a su lado una niñita que se llamaba Ada. Él quería a esta niña y la acompañaba a

Librodot

menudo y la defendía, no por amor realmente, porque nada sabía de amor aún, sino porque era la hija del hacedor de la lluvia. Knecht veneraba y admiraba mucho al hacedor de la lluvia; después de la abuela y su hija, a nadie como a él. Pero las otras eran mujeres. Se podía venerarlas y temerlas, pero no se podía tener una idea ni acariciar el deseo de ser lo que ellas eran. El hacedor de la lluvia era un hombre poco accesible; no era fácil que un niño pudiera estar cerca de él; había que dar rodeos y uno de estos rodeos para llegar a él era el cuidado que Knecht tenía por su hija. La iba a buscar cuantas veces podía a la choza, algo alejada, del hacedor de la lluvia, para sentarse por la tarde delante de la cabaña de la anciana y escucharla contar cosas; y ahora estaba allí acurrucado entre la oscura multitud y escuchaba.

La anciana contaba hoy cosas del pueblo de las brujas. Decía: —A veces, en un pueblo hay una mujer de mala clase y tiene mala espina a todo el mundo. Casi siempre, estas mujeres no tienen hijos. A veces, una de esas mujeres es tan mala que el pueblo no la quiere en su ruedo. Entonces se busca la mujer de noche, se encadena a su marido, se castiga a la mujer con varas y luego se la lleva lejos en el bosque, entre pantanos, se la maldice y allí se la deja. Se quitan luego las cadenas al hombre que, si no es muy viejo, puede unirse con otra mujer. Pero la desterrada, si no muere, vaga por los bosques y los pantanos, aprende la lengua de los animales, y cuando ha vagado mucho, encuentra un día un pequeño pueblo, que se llama el pueblo de las brujas. Allí están todas las mujeres malas que han sido echadas de sus pueblos, se han reunido y formado un pueblo propio. Allí viven, hacen maldades y hechizos y, como no tienen hijos, seducen preferentemente a niños de los pueblos buenos y cuando un pequeño se pierde en el bosque y no regresa más, tal vez no se ha ahogado en el pantano o no ha sido despedazado por el lobo, sino que ha sido atraído por una bruja y llevado por ella al pueblo de las brujas. En la época en que yo era pequeña y mi abuela la mujer más vieja de la villa, una muchachita fue con las otras a un gramal y recogiendo frutillas se cansó y se durmió; era muy pequeña y los helechos la cubrían. Los otros niños siguieron su camino y no la vieron y, sólo cuando regresaron al pueblo y ya era de noche, advirtieron que la chiquilla no estaba más con ellos. Enviaron a unos jóvenes, que la buscaron y la llamaron a gritos en el bosque, hasta que anocheció; entonces volvieron: no la habían encontrado. Pero la chiquilla, después de dormir bastante siguió caminando y caminando por el bosque. Y cuanto más se asustaba, más corría, pero ya hacía mucho que no sabía dónde estaba y sólo siguió corriendo hacia adelante, lejos de la aldea, hasta donde nadie estuvo nunca. Al cuello llevaba colgado de un cordón un colmillo de jabalí, su padre se lo había regalado; lo trajo de una excursión de caza y a través del diente con un guijarro puntiagudo hizo un agujero, para poder pasar el cordón, y antes coció tres veces en sangre de jabalí ese diente, cantando buenas palabras, y aquel que llevara ese colmillo estaba protegido contra muchos maleficios. Entonces salió de entre los árboles una mujer: era la bruja; puso una cara dulce y dijo: “Te saludo, bella niñita; ¿te has extraviado? Ven conmigo, te llevaré a casa”. La niña se fue con ella. Pero recordó lo que le habían dicho sus padres: que no debía mostrar nunca a un extraño el diente de jabalí, por eso mientras caminaba, lo sacó del cordón y lo metió en la cintura. La extraña mujer corrió con la niña muchas horas; era ya de noche, cuando llegaron a un pueblo, pero no era nuestro pueblo, sino el de las brujas. La

Librodot

chiquilla fue encerrada en un oscuro establo, pero la bruja se fue a dormir en su choza. A la mañana la bruja dijo: "¿No tienes contigo un colmillo de jabalí?" La niñita dijo que no, que había tenido uno, pero lo había perdido en el bosque y mostró su cordón de cuero, sin el diente. Entonces la bruja tomó una vasija de piedra que contenía tierra y en la tierra crecieron tres hierbas. La niña miró la hierba y preguntó qué era eso. La bruja indicó la primera hierba y dijo: "Ésta es la vida de tu madre". Luego señaló la segunda y dijo: "Ésta es la vida de tu padre". Después indicó la tercera y dijo: "Y ésta es tu propia vida. Mientras estas hierbas sean verdes y crezcan, estaréis con vida y salud. Si una se marchita, enferma aquel a quien corresponde. Si es arrancada, como ahora arrancaré una yo, morirá aquel a quien la planta se refiere". Ella tomó con los dedos la planta que representaba la vida de su padre y comenzó a tirar de ella, y cuando hubo tirado un poco apareció un trozo de la blanca raíz, la planta lanzó un profundo suspiro...

Cuando oyó estas palabras la niñita acuclillada al lado de Knecht, se puso de pie de un salto, como mordida por una serpiente, lanzó un grito y huyó corriendo todo lo que podía. Había luchado mucho con la angustia que le causaba esa historia, pero ya no pudo resistir. Una anciana sé rió. Otras oyentes tenían tanto miedo como la pequeña, pero resistieron y se quedaron sentadas. Mas Knecht, apenas despertó del sueño del oír y de la ansiedad, salió corriendo detrás de la niña. La abuela siguió contando.

El hacedor de la lluvia tenía su choza cerca del estanque del pueblo; en esa dirección buscó Knecht a la fugitiva. Trató de atraerla con un murmullo cautivante y tranquilizador, cantando y silbando, con una voz parecida a la de las mujeres cuando tratan de atraer a los pollos, dulce, estirada, calculada para hechizar. "Ada", llamaba y cantaba: "Ada, Adita ven, Ada, no temas, soy yo, yo, Knecht". Y así cantaba y cantaba y antes de oír o ver nada de ella, sintió de repente la manita de la niña suave apretar la suya. Se había quedado en el camino, con las espaldas apoyadas en la pared de su choza, y lo había esperado hasta que le llegó su llamada. Respirando aliviada se junto con él que le parecía grande y fuerte, ya todo un hombre.

—¿Tuviste miedo, verdad? —le preguntó—. No hay razón, nadie te hace daño, todos quieren a Ada. Ven, iremos a casa.

Ella siguió temblando todavía y sollozó un poco, pero ya estaba más tranquila y luego lo acompañó agradecida y llena de confianza.

De la puerta de la cabaña salía el parpadeo de una débil luz rojiza; el hacedor de la lluvia estaba dentro inclinado sobre el hogar; en sus cabellos sueltos había un resplandor claro y rojizo; tenía encendido el fuego y cocinaba algo en dos pequeñas vasijas. Antes de entrar con Ada, Knecht miró desde afuera curioso unos instantes; vio en seguida que no era comida lo que se cocía, eso se hacía utilizando otras vasijas y además era muy tarde ya. Pero el hacedor de la lluvia ya lo había oído.

—¿Quién está en la puerta? —preguntó—. ¡Adelante, adelante! ¿Eres tú, Ada?

Colocó la tapadera sobre sus vasijas, las rodeó de brasas y ceniza y se volvió.

Knecht seguía atisbando los misteriosos recipientes; se sentía curioso, temeroso y confundido, como todas las veces que entraba en la choza. Lo

Librodot

hacía cuantas veces le era posible, inventaba oportunidades y pretextos para ello, pero siempre sentía la sensación de cosquilleo y advertencia de la ligera cohibición, en la que se mezclaba el miedo luchando con una gozosa curiosidad y una extraña alegría. El anciano debió haber notado que Knecht lo seguía desde hacía mucho tiempo y se le aparecía cerca en todas partes donde éste creía encontrarlo: el niño seguía su huella como un cazador y le ofrecía calladamente su ayuda y su compañía.

Turu, el hacedor de la lluvia, lo miró con los claros ojos de ave de rapiña.

—¿Qué quieres aquí? —le preguntó fríamente—. No es ésta hora para visitas en las cabañas ajenas, jovencito.

—Acompañé a Ada, maestro Turu. Ella fue a ver a la gran abuela, oímos contar historias de las brujas y de pronto se asustó y gritó; por eso la acompañé.

El padre se volvió hacia la pequeña.

—Eres una coneja miedosa, Ada. Las niñas inteligentes no deben temer a las brujas. Y tú eres una chiquilla inteligente, ¿verdad?

—Ciertamente. Pero las brujas tienen sus malas artes y si no se lleva un colmillo de jabalí...

—¡Oh! ¿Quisieras tener un diente de jabalí? Veremos... Pero yo sé algo mejor aún. Conozco una raíz que te traeré; hay que buscarla en otoño y arrancarla; protege a las muchachitas inteligentes contra todo sortilegio y aun las hace más hermosas.

Ada sonrió y se alegró, ya estaba tranquila desde que tuvo a su alrededor el olor de la choza y un poco de resplandor del fuego. Ingenuamente, Knecht preguntó:

—¿No podría ir yo en busca de la raíz? Tú me la describes...

Turu entrecerró los ojos.

—Eso quisiera saberlo más de un joven —dijo, pero su voz no era rechazante, sino apenas burlona—. Hay tiempo para ello. Tal vez en otoño ...

Knecht se retiró, desapareciendo en dirección a la casa de los niños donde dormía. No tenía padres, era un huérfano, por eso sentía el hechizo de Ada y de su cabaña.

El hacedor de la lluvia no gustaba de hablar mucho; tampoco oía con placer que otros hablaran. Muchos le tenían por milagrero, muchos por hosco. No lo era. Sabia siempre de lo que ocurría a su alrededor más de lo que se creía, dada su distracción de sabio y ermitaño. Entre otras cosas, sabía exactamente que este Knecht, un poco molesto, pero hermoso y además muy inteligente, corría siempre tras él y le observaba; lo había notado desde el principio y ya hacía un año o más. Sabía también exactamente lo que eso significaba. Mucho para el joven y mucho también para él, ya anciano. Significaba que este mozuelo estaba enamorado del arte del tiempo y las lluvias y deseaba ardientemente aprenderlo. Siempre había en la colonia un niño así. Algunos se asustaban y descorazonaban fácilmente, otros no, y él ya había tenido a dos de ellos un año como alumnos y aprendices; se habían casado luego en otros pueblos alejados y allí se habían convertido en hacedores de lluvia o recolectores de hierbas; desde entonces, Turu se había quedado solo y si volvía a aceptar alguna vez

Librodot

a un aprendiz, lo haría solamente para tener un sucesor. Había sido siempre así, y así era correcto y no podía ser diversamente: siempre aparecía un niño inteligente y se acercaría al hombre y correría detrás de él, viendo que dominaba magistralmente su oficio. Knecht estaba bien dotado, tenía lo que se necesita y poseía algunos rasgos que lo recomendaban: ante todo la mirada inquisitiva, aguda y al mismo tiempo ensoñadora, la reserva y el silencio en su modo de ser, y en la expresión de la cara y en la cabeza algo de olfateador, de adivino, de despierto, atento a los ruidos y a los olores, algo de pájaro y de cazador. Ciertamente, de este niño podía surgir un anunciador del tiempo, tal vez hasta un mago; servía. Pero no había prisa para eso, era muy joven todavía y no era necesario en absoluto mostrarle que se le reconocía, no se debía hacerle nada demasiado fácil, no debía ahorrársele camino. No sería malo para él asustarle, sacudirle, desanimarle, intimidarle. Podía esperar y servir, debía deslizarse en torno de él y conquistarle.

Knecht caminaba lentamente hacia el pueblo, mientras caía la noche, bajo un cielo nublado con dos o tres estrellas apenas; estaba satisfecho y agradablemente excitado. La colonia no conocía nada de los goces, las bellezas y finuras que hoy son tan naturales e indispensables y se dan también a los más pobres; no conocía la cultura ni las artes, no sabía de otras cosas que las torcidas chozas de barro, nada de instrumentos de hierro y acero, de cosas como el trigo o el vino; inventos como la vela o la lámpara hubieran sido para los hombres de entonces milagros luminosos. Pero la vida de Knecht y su concepción del mundo no eran por eso menos ricas; el mundo lo rodeaba como misterio infinito y libro de imágenes; de él cada nuevo día conquistaba otro pequeño trozo, desde la vida animal y la de las plantas hasta el firmamento, y entre la naturaleza muda y misteriosa y su alma aislada, viva en su temeroso pecho de niño, existía todo el parentesco, la tensión, la angustia, la curiosidad y el deseo de posesión de que es capaz el alma humana. Si en su mundo no había saber escrito, ni historia, ni libros, ni alfabeto, si era para él desconocido e inalcanzable todo aquello que estuviera a más de tres o cuatro horas de su villorrio, en cambio convivía total y perfectamente con lo suyo, con su pueblo. El villorrio, la patria, la comunidad de la tribu con la dirección de las madres, le daba todo lo que puede dar a un ser humano su pueblo, su Estado; un suelo lleno de mil raíces, en cuyo tejido él mismo era una fibra y participaba de todas.

Caminaba lentamente, satisfecho; el viento nocturno susurraba entre los árboles y crujía ligeramente; había olor a tierra mojada, a juncos y barro, a humo de leña verde aún, un olor grasoso y dulzón que más que otro significaba la patria, y al final, cuando se fue acercando a la cabaña de los niños, olía a ella, a niños, a cuerpos humanos jóvenes. Callado se arrastró debajo de la cortina de juncos en la oscuridad cálida y llena de respiración, se tiró en la paja y pensó en la historia de las brujas, en el colmillo de jabalí, en Ada, en el hacedor de la lluvia y sus pequeñas vasijas en el hogar, hasta que se durmió.

Turu ayudó muy lentamente al niño, no le allanó el camino. Pero el jovencito estaba siempre a su vera, seguía al anciano y él mismo no sabía cómo. A veces, cuando Turu colocaba una trampa en algún lugar en lo más oculto del bosque, del pantano o del matorral, olía el rastro de un animal,

Librodot

arrancaba una raíz o recogía semillas, podía sentir de pronto la mirada del muchacho que lo seguía, callado e invisible, horas enteras y le acechaba. A veces hacía como si no lo advirtiera, a veces refunfuñaba y echaba descortés al perseguidor, pero a veces también le hacía señas de que se acercara y lo dejaba todo el día a su lado, le encomendaba algún servicio, le mostraba esto y aquello, lo hacía pensar, lo ponía a prueba, le decía los nombres de las hierbas, le hacía traer agua o encender el fuego, y para cada labor conocía maneras, ventajas, secretos y fórmulas, que enseñaba al muchacho, imponiéndole el secreto más cuidadoso. Y finalmente, cuando Knecht fue más grandecito, lo tomó consigo, lo reconoció como aprendiz, llevándole del dormitorio de los niños a su choza. Con eso el joven Knecht estaba señalado ante todo el pueblo; no era más niño, sino aprendiz del hacedor de la lluvia y esto quería decir que si perseveraba y servía, sería su sucesor.

Desde el momento en que Knecht fue llevado por el anciano a su choza, cayeron entre ellos todas las barreras, no ciertamente la de la obediencia y del respeto, pero sí la de la desconfianza y la reserva. Turu se había rendido, se había dejado conquistar por la corte constante de Knecht; ahora sólo quería hacer de él un buen hacedor de lluvia y sucesor en todo. No dio para esta instrucción ni ideas, ni doctrinas, ni métodos, ni escritos o números, sólo muy pocas palabras; fueron más los sentidos de Knecht que su inteligencia los que educó el maestro. Se trataba no sólo de administrar y ejercer un gran tesoro de tradición y experiencia, todo el saber del hombre de entonces acerca de la naturaleza, sino también de trasmitirlo. Ante el joven se fue abriendo lentamente, en claridad creciente, un intrincado sistema de experiencias, observaciones, instintos y hábitos de investigación; casi todo esa no podía expresarse con palabras, casi todo debía ser sentido, aprendido y examinado por los sentidos. Base y centro de esta ciencia era la noción de la luna, sus fases y sus influjos, de cómo crecía periódicamente y periódicamente desaparecía, poblada por las almas de los muertos, dispuesta siempre a enviarlas a un nuevo nacimiento, para dejar lugar a otros muertos.

En forma parecida a la de aquella tarde con su ida desde la recitadora de fábulas a las vasijas en el hogar del anciano, se grabó en la memoria de Knecht una hora entre la noche y la mañana, cuando el maestro le despertó un rato después de la medianoche y salió con él en la profunda oscuridad, para mostrarle la última salida de la luna menguante. Se quedaron —el maestro en callada inmovilidad, el joven un poco asustado y con frío por la falta de sueño— largo tiempo sobre la colina boscosa en la saliente de una roca, hasta el momento preanunciado por el maestro, cuando la delgada luna, apenas una curva delicadamente trazada, apareció en la forma e inclinación por él descritas. Knecht miró temeroso y hechizado el astro que subía lentamente; se elevaba suavemente, nadando entre tinieblas de nubes hacia una clara isla del cielo.

—Muy pronto, su figura cambiará y volverá a crecer: será entonces el momento de sembrar el alforfón —dijo el hacedor de la lluvia, mientras contaba con los dedos los días que faltaban. Luego se hundió otra vez en el silencio de antes; como si hubiera quedado solo, Knecht se quedó acuclillado sobre la briosa piedra; temblaba de frío; desde lo más hondo del bosque llegaba el grito largo de un mochuelo. Mucho meditó el anciano, luego se

Librodot

puso de pie, posó su mano en el cabello de Knecht y dijo en voz queda, como si hablara en un ensueño:

—Cuando muera, mi espíritu volará a la luna. Serás un hombre y tendrás mujer; mi hija Ada será tu esposa. Si tiene un hijo tuyo, mi espíritu volverá y habitará en vuestro hijo y lo llamarás Turu, como yo me llamo Turu.

El aprendiz escuchó asombrado, no se atrevió a decir palabra; la delgada hoz de plata subía y estaba ya cubierta en parte por las nubes.

Milagrosamente, el jovencito tuvo una intuición de muchas relaciones y enlaces, repeticiones y cruzas entre las cosas y los sucedidos; milagrosamente, se encontró como espectador y aun colaborador delante de este extraño cielo nocturno, en el cual, por encima del bosque sin fin y las colinas, había aparecido netamente delineada la delgada hoz, exactamente anunciada por el maestro; el maestro se le apareció maravilloso, envuelto en mil misterios, al pensar en su muerte, al pensar que su espíritu viviría en la luna y volvería de ella para reencarnar en un ser humano, que seria hijo de Knecht y debía llevar el nombre del que fue su maestro ... El futuro y el destino parecían maravillosamente abiertos y por trechos transparentes como el cielo nublado, allí ante él, y supo que era posible saber de ellos y nombrarlos y hablar a su respecto; le pareció gozar de una vista en infinitos espacios, llenos de maravillas y, al mismo tiempo, de orden. Por un instante todo le pareció accesible al espíritu, todo cognoscible y acechable, el ligero y seguro paso de los astros allá arriba, la vida de los hombrea y los animales, sus asociaciones y sus enemistades, sus movimientos y sus luchas, todo lo grande y todo lo pequeño, junto con la muerte oculta en cada ser viviente; todo esto vio o sintió en un primer terror de presentimientos, como un conjunto, y él mismo encuadrado y absorto en él, como en un mundo de orden, regido por leyes, accesible a la inteligencia. Era el primer presentimiento de grandes secretos, de su dignidad y profundidad, como también de la posibilidad de conocerlos, y esto conmovió al jovencito en esa frescura de la selva nocturna y casi matinal, sobre la roca asomada a las mil cimas murmurantes como manos espectrales. No pudo hablar de aquello, ni entonces ni en toda su vida, pero debió pensar en aquello muchas veces; esa hora y su vivencia estarían siempre presentes en su largo aprender y experimentar: “Piensa —le advertía—, piensa que existe todo eso, que entre la luna y tú y Turu y Ada pasan rayos y corrientes, que hay la muerte, y el país de las almas, y el retorno de él, y que para todas las imágenes y los fenómenos del mundo hay en el fondo de tu corazón una respuesta, y que todo te concierne y de todo debes saber cuanto es posible que sepa un ser humano”. Así, más o menos, habló aquella voz. Era la primera vez que Knecht percibía tan clara la voz del espíritu, su seducción, su incitación y su mágica influencia cautivante. Había visto vagar por el cielo muchas lunas ya y oído a menudo el grito nocturno del mochuelo, y de labios del maestro, aunque fuera tan parco en palabras, había escuchado muchos relatos de antiguo saber o solitaria reflexión; pero hoy eso era nuevo y diverso, era la intuición del todo que surgía en él, el sentido de las conexiones y relaciones, del orden, en fin, que lo implicaba también a él y lo hacía corresponsable. Aquel que tuviera la llave para ello, no debía solamente reconocer un animal por su rastro, una planta por sus raíces y sus semillas; debía abarcar el conjunto del universo, las estrellas, los espíritus, los hombrea, los animales,

Librodot

las medicinas y los venenos, todo, y por cada parte y cada signo saber de lo restante. Había buenos cazadores que conocían mejor que otros lo que decían una huella, una ligadura, un pelo o un residuo; sabían por un par de pelillos no sólo de qué clase de animal procedían, sino también si ese animal era viejo o joven, macho o hembra. Otros adivinaban el tiempo que haría al día siguiente por la forma de una nube, un olor en el viento, la manera de conducirse y de ser de los animales y las plantas; su maestro era insuperable en esto y casi infalible. Otros a su vez poseían una innata habilidad: había chiquillos que podían voltear con una piedra un pájaro a treinta pasos de distancia; no habían aprendido a hacerlo, sabían hacerlo simplemente, eso ocurría sin esfuerzo, por magia o gracia; de sus manos la piedra volaba por sí misma, la piedra debía dar en el blanco y el pájaro quería ser alcanzado. Y había quienes podían predecir el futuro: si un enfermo debía morirse o no, si una embarazada tendría niño a niña; la hija de la gran abuela era famosa por eso y también el hacedor de la lluvia —se decía— dominaba esa ciencia. En la gigantesca red de las conexiones, debía existir —le pareció en ese momento a Knecht— un centro en el cual se podía ver y casi leer como en un libro todo lo pasado y lo futuro, todo. El saber debía fluir hacia quien se hallara en ese centro, como corre el agua al valle, la liebre a la berza; su palabra debía golpear aguda e indefectiblemente, como la piedra lanzada por la mano del buen tirador; gracias al espíritu, él debía reunir en si y dejar actuar cada uno de estos admirables dones, cada una de estas nobles facultades: ¡entonces sería el hombre perfecto, sabio, insuperable! Ser como el maestro, acercársele, ir hacia él: tal era el camino de los caminos, la meta; eso prestaba consagración y sentido a una existencia. Algo así debió sentir, y todo lo que tratemos de decir de él en nuestra lengua que él no comprendería ni conocería, nada puede explicarnos acerca del estremecimiento y el ardor de sus vivencias. El levantarse en la noche, el ser guiado a través del bosque oscuro y silencioso, lleno de peligro y misterio, el aguardar allá arriba sobre la roca en la fría madrugada, el aparecer del delgado espectro lunar, las parcas palabras del sabio, el estar solo con el maestro en una hora extraordinaria, todo eso fue vivido y guardado por Knecht como una gloría, como un misterio, como fiesta de la iniciación, como aceptación en una liga, en un culto, en una relación de servidumbre honrosa con lo innombrable, con el misterio del universo. Esta vivencia y muchas cosas parecidas no podían convertirse en palabras ni en ideas siquiera, y más ajeno e imposible que cualquier otro pensamiento hubiera sido tal vez éste: “¿Soy yo quien crea esta aventura anímica o se trata de realidad objetiva? ¿Siente el maestro lo mismo que yo o se ríe de mi? ¿Son mis pensamientos en esta vivencia algo nuevo, propio, unívoco, o vivió y pensó exactamente lo mismo alguna vez el maestro o alguien antes que él?” No, no había estas lagunas ni estas diferenciaciones, todo era realidad, todo estaba impregnado y colmado de realidad como la masa del pan se colma de levadura. Nubes, luna y cambiante escenario celeste, suelo de piedra caliza húmedo y frío bajo los pies desnudos, aguanoso helado rocío fluyente en la pálida atmósfera nocturna, reconfortante olor de patria, olor a humo de hogar y a paja, conservado por la piel con que se cubría el maestro, tono de dignidad y eco leve de vejez y aceptación de la muerte en su voz ruda, todo era más que real y penetraba casi violentamente en los sentidos del jovencito. Y para los recuerdos las impresiones sensorias son una honda

Librodot

capa de tierra más fértil que los mejores sistemas, los más complicados métodos del pensar.

El hacedor de la lluvia era uno de los pocos que ejercían una profesión y habían elaborado por sí mismos un arte o una capacidad especial, pero su vida de cada día, exteriormente, no era muy diferente de la de los demás. Era un alto funcionario y gozaba de aprecio, recibía regalos y honorarios de la tribu, cuantas veces obrara para la comunidad, pero esto ocurría solamente en ocasiones especiales. Su función más importante, cabalmente, y más solemne, que se consideraba sagrada, era la de fijar el día de la siembra en la primavera para toda clase de fruto o hierba; lo hacía teniendo en cuenta exactamente el estado de la luna, en parte de acuerdo con reglas heredadas, en parte según su propia experiencia. Pero el acto solemne de la iniciación de la siembra, la suelta del primer puñado de grano o semilla en la tierra colectiva, ya no correspondía a sus funciones; ningún varón tenía rango tan elevado; esa ceremonia se realizaba todos los años por la gran abuela o sus parientes más viejas. El maestro era la persona más importante del pueblo en los casos en que actuaba realmente como hacedor de lluvia. Esto ocurría cuando una larga sequía, la humedad y las heladas caían sobre los campos, amenazando a la tribu con el hambre. Entonces Turu debía emplear los recursos contra la aridez y la esterilidad: sacrificios, conjuros, rogativas. Según la tradición eso se realizaba cuando, por una sequía persistente o por lluvias interminables, fracasaban los otros medios y no se lograba aplacar a los espíritus con fórmulas, imploraciones o amenazas; existía un último extremo recurso, infalible, que en las épocas de las madres y las abuelas parece haber sido empleado a menudo: el sacrificio del mismo hacedor de la lluvia a manos de la comunidad. La gran abuela, se decía, contempló eso con sus propios ojos.

Además del cuidado del tiempo, el maestro tenía una suerte de práctica privada, como conjurador de los espíritus, fabricante de amuletos y objetos mágicos y, en ciertos casos, como médico, si esa función no estaba reservada a la gran abuela. Por lo demás, sin embargo, el maestro Turu vivía la vida de cualquier otro varón. Cuando le correspondía el turno, cultivaba con su grupo la tierra colectiva y cerca de la choza tenía su pequeña huerta propia. Cosechaba frutas, hongos y leña y los almacenaba. Pescaba y cazaba y tenía una o dos cabras. Como agricultor era igual a los demás, pero no como cazador, pescador y herbolario; en eso era único y genial y tenía fama de conocer una infinidad de tretas, habilidades, ventajas y recursos naturales y mágicos. Ningún animal, se decía, caído en una trampa de mimbre tejida por él podía escaparse; sabía tornar olorosos y gustosos con una preparación especial cebos o carnadas para la pesca; conocía el arte de atraer a los cangrejos y había gente que creía que entendía también la lengua de los animales. Pero su campo particular de acción era el de su ciencia mágica: la observación de la luna y las estrellas, el conocimiento de los signos meteorológicos, la presciencia del tiempo y el momento de las cosechas, la realización de todo aquello que sirviera como recurso de influencias mágicas. Sobresalía, pues, como conocedor y recolector de cosas del mundo vegetal y animal que podían servir como remedios o venenos, como objetos de hechizo, bendición y protección contra el hado. Conocía y encontraba cualquier hierba, aun la más rara, sabía dónde y cuándo florecía y maduraba en semillas, cuándo era el momento de arrancar sus raíces. Conocía y

Librodot

encontraba toda clase de serpientes y escuerzos; averiguaba cosas empleando cuernos, pezuñas, uñas y pelos; sabía valerse de rarezas, deformidades, formas espectrales y aterrorizantes, de nudos, excrecencias y verrugas de la madera, de las hojas, los granos, las nueces o la cornamenta y las uñas.

Knecht debió aprender más con los sentidos, el pie y la mano, los ojos, el tacto, el oído y el olfato que con la mente, y Turu le enseñó más con el ejemplo y la labor que con palabras y doctrinas. Muy rara vez el maestro hablaba siquiera razonando, y aun en ese caso las palabras eran un intento para explicar sus ademanes tan impresionantes. El saber de Knecht era muy poco diferente de aquel que adquiere un joven cazador o pescador con un buen maestro y le daba gran satisfacción porque aprendía solamente lo que ya había en él. Aprendió a espiar, a acechar, a acercarse arrastrando, a observar, a estar alerta, despierto, a oliscar y rastrear; pero los animales que acechaban él y su maestro, no eran solamente el zorro y el tejón, la nutria, y el sapo, el pájaro y el pez, tino también el espíritu, el todo, el sentido, la relación. Ellos se ocupaban en determinar el tiempo huidizo y caprichoso, en reconocerlo, adivinarlo y predecirlo; en conocer la muerte escondida en las bayas y en la mordedura de las serpientes, en sorprender el misterio por el cual nubes y tormentas dependían del estado de la luna y aun influían en la simiente y el crecimiento, cómo actuaban determinando la prosperidad y la ruina en la vida humana. En ello aspiraban exactamente a la misma meta a que tendió la ciencia o la técnica de milenios posteriores: a dominar la naturaleza y jugar con sus leyes, pero lo hacían marchando por caminos totalmente distintos. No se separaban de la naturaleza y no trataban de penetrar violentamente en sus secretos; nunca se oponían hostilmente al cosmos, eran siempre parte de él y se rendían respetuosos a su poder. Es muy posible que conociesen mejor la naturaleza y la trataran más inteligentemente. Pero algo era para ellos absolutamente imposible, aun en su pensamiento más atrevido: el adherir y someterse al mundo natural y de los espíritus sin miedo, el sentirse superiores. No podían imaginar siquiera esta tragedia, esta fatalidad, y consideraban imposible enfrentar las potencias de la naturaleza, la muerte, los demonios en otra relación que de angustia. La angustia dominaba la vida de los humanos; vencerla les parecía algo irrealizable y sacrílego. Pero para calmarla, desterrarla en otros seres, burlarla y disfrazarla, para encuadrarla en el conjunto- existencial, servían los diversos sistemas de sacrificios. La angustia era la opresión bajo la cual se hallaba la vida de estos humanos, y sin esta fuerte opresión, su existencia hubiera carecido de miedo, pero también de intensidad. Aquel que lograba trasformar una parte de la angustia en veneración, había ganado mucho; hombres de esta clase, hombres que convirtieran su angustia en piedad, eran los buenos, los avanzados de esa época. Se hacían muchos sacrificios y de muchas maneras, y una parte de ellos y sus ritos correspondían a las funciones oficiales del hacedor de la lluvia.

Junto con Knecht creció en la choza la pequeña Ada, una hermosa criatura, muy querida por el anciano. Cuando le pareció llegado el momento, el maestro la dio en esposa a su alumno. Knecht fue desde entonces reconocido como ayudante del hacedor de la lluvia; Turu lo presentó a la madre del pueblo como su yerno y sucesor y se hizo sustituir por él desde ese momento en muchas tareas y funciones del cargo. Poco a poco,

Librodot

con el pasar dé las estaciones y de los años, el anciano hacedor de la lluvia fue hundiéndose en la solitaria contemplación propia de los caducos y le traspasó al ayudante todos sus deberes, y cuando murió —lo encontraron muerto, acurrucado ante el hogar, inclinado sobre algunas vasijas con menjunjes mágicos, el cabello cano chamuscado por el fuego—, el pueblo ya conocía desde hacía mucho al joven, al alumno Knecht, como hacedor de la lluvia. Knecht pidió al Consejo del pueblo un honroso funeral para su maestro y quemó sobre su tumba como sacrificio toda una carga de hierbas y raíces nobles y valiosas para el arte de curar. Esto había ocurrido hacía mucho tiempo ya y entre los hijos de Knecht, cuyo número tornaba estrecha la choza de Ada, había uno con el nombre de Turu: en su persona, el anciano había vuelto de su viaje de muerto a la luna.

Le pasó a Knecht lo mismo que en otra época a su maestro. Una parte de su angustia se convirtió en piedad y espíritu. Una parte de sus aspiraciones juveniles y de su profunda nostalgia siguió subsistiendo, una parte murió y se perdió, mientras envejecía en el trabajo, el amor y el cuidado de Ada y de los hijos. Su mayor interés se dirigió siempre a la luna, junto con la oportuna observación, para distinguir la influencia de aquélla en las estaciones y los fenómenos meteorológicos; en esto alcanzó a su maestro Turu y aun lo superó al final. Y como el crecer y desaparecer de la luna se relacionaba tan estrechamente con el morir y el nacer de los hombres, y como entre todas las angustias de la vida humana la máxima y más profunda es aquella de la fatalidad de la muerte, el venerador y conocedor de la luna que era Knecht logró poseer una sacra e iluminada relación con la muerte, por su misma relación con el astro, tan vivo y cercano; en sus años maduros sintió menos que otros el miedo a la muerte. Podía hablar respetuosamente con la luna o aun implorándola o cortejándola, se sabía ligado a ella en delicadas relaciones espirituales, conocía muy exactamente la vida lunar y tomaba íntima participación en sus procesos y destinos, vivía su desaparecer y su reaparecer como un misterio en sí, y con ella sufría y se asustaba, cuando sucedía lo monstruoso y la luna parecía expuesta a enfermedades, peligros, mutaciones y daños, cuando perdía el brillo, cambiaba de color y se oscurecía casi apagándose. En esas ocasiones, ciertamente, todos se interesaban por la luna, temblaban por ella, reconocían una amenaza y una desgracia próxima en su oscurecimiento, y contemplaban ansiosamente su rostro viejo y enfermo. Mas, justamente entonces, se demostraba que el hacedor de la lluvia Knecht estaba más íntimamente ligado a la luna y más sabía de ella que otro cualquiera; sí, compartía su hado, se le apretaba de miedo el corazón, pero su recuerdo de vivencias parecidas era más agudo y docto, su confianza más fundada, su fe en la eternidad y el renacimiento, en la corrección y la superación de la muerte, más grande. Y más grande era también el grado de su entrega devota: sentíase vivir en esas horas el destino del astro, hasta perecer y volver a nacer; sentía a veces algo como atrevimiento, como temeraria resolución de afrontar la muerte y oponérsele por el espíritu, de robustecer su Yo con el abandono de sí mismo a destinos sobrehumanos. Algo de eso pasó en su ser y fue perceptible para los demás; los consideraron sabio y piadoso, un ser de noble calma y escaso miedo de la muerte, un ser que estaba en buenas relaciones con las ocultas potencias.

Librodot

Tuvo que demostrar estos dones y estas virtudes en muchas duras pruebas. Una vez debió vencer un período de esterilidad y tiempo adverso que duró más de dos años; fue la prueba más grande de su vida. Las contrariedades y los signos malos habían comenzado ya con la siembra varias veces aplazada, luego todas las dificultades imaginables y todos los perjuicios posibles cayeron sobre los sembrados, para dejarlos al fin totalmente destruidos; la comunidad sufrió cruelmente el hambre y Knecht con ella, y había sido algo insólito que como hacedor de la lluvia no perdiera toda la confianza y la influencia, y pudo ayudar a la tribu a soportar la desgracia con humildad y fortaleza. Cuando luego al año siguiente, después de un invierno duro y abundante en fallecimientos, se repitió todo el mal, toda la miseria del anterior; cuando la tierra común durante el verano se secó y se resquebrajó por una persistente sequía, las ratas se multiplicaron horrorosamente, los conjuros y sacrificios solitarios del hacedor de la lluvia no produjeron ningún resultado lo mismo que las acciones públicas, los coros de tamboriles, las rogativas de todo el pueblo; cuando apareció tremendamente claro que el hacedor de la lluvia esta vez no podía hacer llover, la situación se tornó grave y se necesito algo más que un hombre común para cargar con la responsabilidad y mantenerse erguido delante del pueblo asustado y amotinado. Hubo entonces dos o tres semanas en las que Knecht se encontró totalmente solo y contra él estuvo todo el pueblo, el hambre y la desesperación, y se apeló a la vieja tradición popular según la cual solamente el sacrificio del hacedor de la lluvia podía reconciliar a los humanos con las potencias. Venció cediendo. No había opuesto resistencia a la idea de su sacrificio, se había ofrecido espontáneamente. Además colaboró con incansable esfuerzo y absoluta dedicación a mitigar la miseria, supo descubrir agua, encontrar una fuente, una acequia, impidió que en el momento de mayor apremio fuera destruido todo el ganado y sobre todo evitó con el ejemplo y la persuasión que la gran abuela de la villa, aplastada por una fatal desesperación y una extraña debilidad moral en esa época terrible, desfalleciera y lo echara todo a perder irracionalmente, a pesar de su resistencia, su consejo, las amenazas, los sortilegios y los rezos. En esa ocasión había resultado evidente que en momentos de intranquilidad y calamidad un hombre es tanto más útil cuanto más su vida y su pensamiento tienden a lo espiritual, a lo impersonal, cuanto más aprendió a respetar, observar, rezar, servir y sacrificar. Esos dos años terribles, que casi lo llevaron al sacrificio y lo aniquilaron, le dejaron un saldo final de mayor estimación y confianza, no ciertamente entre la multitud de irresponsables, pero sí entre los pocos que tenían responsabilidad y podían juzgar a un hombre de su categoría.

Su vida había pasado por ésta y muchas otras pruebas, cuando alcanzó la edad madura y se halló en la cumbre de la existencia. Había ayudado a sepultar a dos grandes abuelas de la tribu, perdido un hermoso hijo de seis años, víctima de un lobo, y superado una grave enfermedad sin ayuda ajena, siendo su propio médico. Padeció hambre y frío. Todo esto dejó señales en su rostro y, no menos, en su alma. Hizo la experiencia de que los hombres espirituales causan en los demás cierta extraña forma de resistencia y antipatía, se los aprecia de lejos y se los llama en caso de necesidad, pero no se les ama ni se los considera iguales, y hasta se los evita. Aprendió por experiencia también que las fórmulas mágicas tradicionales o

Librodot

libremente inventadas y los anatemas rituales son aceptados por los enfermos o los desdichados con más gusto que el consejo razonable; que el hombre soporta más fácilmente la incomodidad y la expiación exterior que la transformación interior o el examen de si mismo; que cree más en el sortilegio que en la razón, en las fórmulas que en la experiencia: cosas éstas que en dos milenios desde entonces, probablemente, no han variado gran cosa, como afirman muchos libros de historia. Aprendió también que un hombre escudriñador y espiritual no debe perder el amor; que puede aceptar los deseos y las tonterías de los hombres sin altanería, pero no debe dejarse dominar por ellos; que del sabio al charlatán, del sacerdote al milagrero, del hermano que ayuda al parásito aprovechado, no hay más que un paso, y que la gente en el fondo prefiere pagar a un bribón, dejarse explotar por un charlatán, que aceptar la ayuda desinteresada del generoso. No querían pagar con amor y confianza, sino con dinero o cosas. Se engañaban mutuamente y esperaban ser engañados a su vez. Había que aprender a considerar al hombre como un ser débil, egoísta, cobarde, a comprender cuánta parte le cabía a uno en todas estas malas cualidades, en todos estos malos instintos, pero creyendo y alimentando el alma con la creencia de que el hombre es también espíritu y amor, que algo vive o habita en él que resiste a los instintos y ambiciona su ennoblecimiento. Pero estas ideas son ya demasiado netas y formuladas, para que Knecht las acariciara. Digamos más bien que se hallaba en camino hacia ellas, que ese camino lo llevaría a ellas y a través de ellas, algún día.

Mientras caminaba con ese rumbo, anhelando ideas, pero viviendo mucho más en lo sensible, en el hechizo de la luna, en la maravilla del perfume de una hierba, de las sales de una raíz, en el gusto de una corteza, el cultivo de plantas curativas, la cocción de pomadas, la atención del tiempo y la atmósfera, fue elaborando par sí muchas facultades, algunas de las cuales nosotros, lejana posteridad, ya no poseemos y sólo entendemos a medias. La más importante de ellas era, naturalmente, hacer la lluvia. Aunque el cielo muchas veces permanecía sordo y parecía desdeñar cruelmente sus esfuerzos. Knecht hizo la lluvia, sin embargo, centenares de veces y cada vez casi en forma un poco diversa. Ciertamente, nunca se hubiera atrevido a alterar o a omitir algo en los sacrificios, en el rito de las rogativas, los conjuros, el sonar de los tamboriles. Pero ésta era solamente la parte oficial, pública, de su actividad, su lado visible, legal y sacerdotal; y era seguramente muy hermoso e infundía una magnífica sensación de grandeza, cuando a la tarde de un día iniciado con el sacrificio y la procesión, el cielo se rendía, el horizonte se nublaba, el aire comenzaba a oler a humedad y caían las primeras gotas. Sólo que también aquí el arte del hacedor de la lluvia tuvo que elegir bien el día, para no esperar ciegamente lo imposible; se podían implorar las potencias, hasta importunarlas, pero con sentido y medida, con resignación a su voluntad. Y más caras que esas bellas vivencias de triunfo y victoria eran para él otras determinadas, de las que nadie sabía fuera de él y él mismo conocía solamente con temor y más con los sentidos que con el intelecto. Había situaciones del tiempo, tensiones del aire y del calor, nubes y vientos, clases de olores del agua, de la tierra, del polvo, amenazas o promesas, estados de ánimos y caprichos de los demonios del tiempo, que Knecht presentía y seguía sintiendo en su piel, en su cabello, en todos sus sentidos, de modo que no podía ser sorprendido ni

Librodot

desilusionado por nada: sabía concentrar en sí el tiempo como si volara con él, y lo llevaba en sí de una manera que lo capacitaba para mandar a las nubes y a los vientos: no por cierto a capricho, a gusto, sino por el vínculo y la relación que eliminaban la diferencia entre él y el mundo, entre lo interior y lo exterior. Entonces podía estar arrobado y acechar, agacharse en éxtasis y tener todos los poros abiertos y no sólo sentir en su interior la vida de los aires y las nubes, sino dirigirla y crearla, algo así como nosotros despertamos íntimamente y reproducimos un movimiento musical que conocemos con exactitud. Entonces debía solamente contener la respiración, y el viento o el trueno callaban; bastaba que moviera la cabeza y el granizo caía o se disolvía; era suficiente que expresara para sí en una sonrisa el equilibrio de las fuerzas en lucha, y arriba en el cielo las cortinas de nubes se abrían y dejaban libre el claro azul sutil. En muchas épocas de especial pureza anímica y normalidad espiritual, sentía dentro de sí con exactitud, sin errores, el tiempo del día siguiente, como si en su sangre estuviera escrita toda la partitura que debía ser ejecutada fuera de él, en la naturaleza. Éstos eran sus días mejores, su recompensa, su deleite.

Pero cuando esta íntima unión con el exterior estaba interrumpida y el tiempo y el universo resultaban infieles, incomprensibles e incalculables, también en su interior estaban interrumpidos el orden y las corrientes, y él sentía que no era un buen hacedor de la lluvia y consideraba su carga y su responsabilidad por el tiempo y las cosechas pesados e injustos. En esos periodos se consideraba hombre de su casa, obedecía y ayudaba a Ada, se ocupaba cuidadosamente de tareas mínimas, fabricaba juguetes y utensilios para los niños, cocía medicinas, necesitaba cariño y experimentaba el impulso de ser lo menos posible distinto de los demás varones, de adaptarse completamente a las costumbres y los usos y aun de escuchar los cuentos para él generalmente antipáticos de su mujer y de las vecinas, acerca de la vida, la salud y los actos de otra gente. Pero en los buenos tiempos se le veía poco en su casa; huía ocultamente y se quedaba lejos, pescaba, cazaba, buscaba raíces, se tendía en la hierba o se acurrucaba sobre un árbol, olisqueaba, espiaba, imitaba las voces de los animales, encendía pequeñas fogatas y comparaba la formas de las nubes de humo con las de las nubes en el cielo, saturaba su piel y su cabello de niebla, lluvia, aire, sol y luz lunar, y coleccionaba además, como lo había hecho en vida su maestro y predecesor Turu, los objetos en que el ser y las formas externas parecían pertenecer a distintos reinos, en que la sabiduría o el capricho de la naturaleza dejaba revelarse una partícula de sus reglas y de sus misterios generativos; objetos que reunían en sí, en el parecido, cosas muy separadas, como nudos de ramas con caras de hombres o animales, piedras limadas por el agua con vetas parecidas a las de la madera, formas petrificadas de animales del mundo primitivo, carozos de frutas deformados o mellizos, piedras con la forma de un riñón o de un corazón. Leía los dibujos en la hoja de bambú, las líneas en forma de red en el sombrerito de las setas y deducía cosas misteriosas, espirituales, futuras, posibles; la magia de los signos, una intuición o presciencia de números y escritura, condensación de lo infinito y multiforme en lo simple, en el sistema, en el concepto. Porque todas esas posibilidades estaban en la concepción del mundo alcanzada por él, por su espíritu; carecían de nombre, eran desconocidas, pero no imposibles, no ajenas a un presentir, germen y yema todavía, pero esenciales,

Librodot

propias y orgánicas en él y en constante crecimiento. Y aun si pudiéramos remontarnos varios milenios atrás, más allá de este hacedor de lluvia y de su época infantil y casi primitiva, encontraríamos —creemos— al mismo tiempo en todas partes el espíritu también, que es sin principio y siempre contuvo todo aquello que más tarde realiza.

El hacedor de la lluvia no estaba destinado a perpetuar sus intuiciones y llevarlas más cerca de su comprobación: él no la necesitaba siquiera. No debía ser ninguno de los muchos inventores de la escritura, la geometría, la medicina o la astronomía. Siguió siendo miembro o eslabón desconocido de la cadena, pero tan indispensable como los otros; cada uno transmitía lo recibido y agregaba lo logrado y conquistado por él. Porque él también tuvo alumnos. Al correr de los años formó a dos aprendices de hacedores de lluvia y uno de ellos fue luego su sucesor.

Por muchos años cumplió su oficio y vivió su vida solo, sin ser espiado, y cuando por primera vez —fue poco después del período de gran esterilidad y hambre— un jovencito comenzó a visitarlo, observarlo, acecharlo, venerarlo y perseguirlo, un jovencito que se sentía impulsado a ser hacedor del tiempo y maestro, sintió en un melancólico sobresalto del corazón el retorno, la repetición del gran acontecimiento de su juventud y, al mismo tiempo, una sensación por primera vez cotidiana, severa, cohibidora y excitadora al mismo tiempo: que la juventud se había ido, que había pasado el mediodía, que la flor se había convertido en fruto. Y, lo que nunca hubiera imaginado, se portó con el niño en la misma forma como con él se había portado el anciano Turu, y esta conducta ruda, rechazante, expectante y postergadora nacía por sí misma, por mero instinto; ni era imitación del maestro fallecido, ni surgía de las reflexiones de esencia moral y educativa, como por ejemplo, que antes hay que probar acabadamente a un joven, para ver si es bastante serio, que no se debe facilitarle el acceso a la iniciación en los secretos, sino ponerle muchos obstáculos, y cosas parecidas. No, Knecht se condujo con sus aprendices simplemente como lo hace con los admiradores y discípulos cualquier aislado que envejece o cualquier solitario rebosante de sabiduría: perplejo, temeroso, recusador, huidizo, Heno de miedo por su hermosa soledad y su libertad, por su posibilidad de deslizarse por la selva virgen, su caza libre, su recolección, sus sueños y observaciones, lleno de celoso amor por todas sus costumbres y preferencias, sus secretos y ocultamientos. De ninguna manera abrió los brazos al joven titubeante que se le acercó con respetuosa curiosidad, de ningún modo mitigó su vacilación ni lo incitó; consideró alegría y premio y reconocimiento y excelente resultado el que finalmente el mundo de los otros le enviara un mensajero, una declaración de amor, el que alguien tratara de conquistarle, se sintiera sumiso y paciente y llamado como él al servicio de los misterios. No, al principio eso le pareció molestia pesada, intervención abusiva en sus derechos y hábitos, un robo de su independencia y apenas ahora veía cuánto la amaba; se puso a la defensiva, y encontró modos de ganar de mano y ocultarse, de borrar sus huellas, de desviarse y escaparse. Mas también en eso le ocurrió como le había ocurrido a Turu; la larga y muda insistencia cautivante del joven ablandó lentamente su corazón, cansó poco a poco su resistencia y cuanto más terreno ganaba el muchacho, más aprendió a inclinarte hacia él y a abrirse para él un lento progreso, a aprobar su deseo, a aceptar su corte, y a ver en el nuevo deber, a menudo tan pesado de enseñar y tener

Librodot

discípulos, lo ineludible, lo resuelto por el destino, lo exigido por el espíritu. Cada vez más tuvo que despedirse del sueño, de la sensación y el goce de las infinitas posibilidades del futuro multiforme. En lugar del ensueño de infinito progreso, de la suma de toda sabiduría, estaba ahora el alumno, una realidad pequeña, cercana, que fomentar, un invasor y destructor de la paz, pero irrechazable e inevitable, el único camino en el futuro verdadero, el deber único y más importante, la única senda estrecha por la cual pudieran guardarse y sobrevivir en un brote nuevo y diminuto la vida del hacedor de la lluvia, sus actos, sus opiniones, sus ideas. Suspirando, rechinando los dientes y sonriendo al mismo tiempo, aceptó su deber.

Y también en este terreno importante y tal vez el más colmado de responsabilidad, en esta función de trasmitir lo heredado y educar al sucesor, no le quedó ahorrada al hacedor del tiempo la experiencia más amarga, la desilusión más cruel. El primer aprendiz que se esforzó para ganar su favor y después de larga espera y muchos rechazos se allegó al maestro, se llamaba Maro y le proporcionó un desengaño nunca aplacado totalmente. Era sumiso y adulador y representó por mucho tiempo la comedia de la obediencia incondicional, pero le faltaban condiciones y sobre todo valor, porque temía la noche y la oscuridad, cosa que trataba de ocultar y que Knecht, aun advertido de ello, consideró por mucho tiempo como un residuo de niñee, de infantilidad, que desaparecería. Pero no fue así. Le faltaba al discípulo también por completo el don de entregarse sin egoísmo y sin intenciones a la observación, a las disposiciones y al proceso del oficio, a ideas y presentimientos. Era inteligente, poseía una percepción clara y rápida y aprendía fácil y seguramente lo que puede ser aprendido sin completa entrega. Pero cada vez resultó más evidente que tenía intenciones egoístas y metas propias, para las cuales quería aprender el arte de hacer la lluvia. Ante todo quería ser alguien, representar un papel y causar impresión, tenía la vanidad del nombre dotado, pero no la de la vocación. Aspiraba a ser aplaudido, se ufanaba ante sus coetáneos de sus primeros conocimientos y artes; esto también podía ser infantil y tal vez corregirse. Pero no buscaba solamente el aplauso, sino que deseaba poder y ventajas sobre los demás; cuando el maestro comenzó a notarlo, se asustó y cerró poco a poco su corazón para el joven. Éste se dejó tentar dos y tres veces a cometer grave falta, después de haber estado al lado de Knecht varios años. Se dejó llevar caprichosamente, sin que su maestro lo supiera y se lo permitiera, a tratar por un regalo con remedios algún niño enfermo, a realizar conjuros contra la plaga de las ratas en una cabaña y, cuando a pesar de todas las amenazas y las promesas fue sorprendido una vez más en semejantes prácticas, el maestro lo echó de su lado, denunció el hecho a la gran abuela y trató de borrar de su memoria al jovencito ingrato e inservible.

Le resarcieron luego sus dos discípulos posteriores y, sobre todo, el segundo de ellos que fue su propio hijo Turu. Knecht quería mucho a este aprendiz joven, el último que tuvo, y creyó que podía llegar a ser algo más que él; visiblemente habíase reencarnado en él el alma de su abuelo. Knecht conoció la satisfacción bienhechora para el espíritu de poder trasmitir la totalidad de su saber y de su fe al porvenir, y conocer a un hombre, doblemente hijo suyo, a quien iría transfiriendo todos los días una parte de su cargo, mientras iba sintiéndose envejecer. Pero aquel primer alumno fracasado no podía ser borrado de su vida y de sus pensamientos; no

Librodot

alcanzó ciertamente gran predicamento en el pueblo, pero era para muchos un hombre muy querido e influyente, se había casado, se le conocía como juglar y bromista, era tambor mayor del coro de tamboriles y siguió siendo enemigo oculto y envidioso del hacedor de la lluvia, a quien hizo toda suerte de daños. Knecht no había sido nunca un hombre de amistades y reuniones, necesitaba soledad y libertad, nunca buscó el aprecio o el amor, exceptuando el lapso infantil durante el cual trató de acercarse al maestro Turu. Pero ahora le tocó sentir lo que significa tener un enemigo, alguien que nos odia. Y esto le amargó muchos días de su vida.

Maro perteneció a aquella clase de alumnos, muy dotada, que a pesar de sus facultades resulta antipática y molesta en todo momento para los maestros, porque en ellos el talento no es una robustez orgánica crecida y afirmada en profundidad e intimidad, el delicado linaje nobiliario de un buen carácter, de una sangre activa y un temperamento amable, sino algo casual, encontrado, hasta usurpado o robado. Un discípulo de carácter débil e inteligencia elevada o fantasía brillante pondrá en apremios inevitables a su maestro: éste tiene que infundir en el alumno lo heredado en ciencia y método y capacitarlo para colaborar en la vida espiritual, y siente en cambio que su verdadero y más noble deber sería proteger ciencias y artes justamente contra el acercamiento de quien sólo posee inteligencia; porque el maestro no debe servir al discípulo, sino que ambos están al servicio del espíritu. Ésta es la razón por la cual los maestros tienen miedo y horror de ciertos talentos que ciegan; todos los alumnos de esta clase corrompen y falsifican todo el sentido, toda la utilidad de la enseñanza. Cualquier promoción de un discípulo capaz de brillar pero no de servir, representa en realidad un perjuicio para el bien común, una suerte de traición al espíritu. Conocemos en la historia de algunos pueblos, períodos en los que —por un profundo trastrueque del orden espiritual— se verificó casi el asalto de aquellos que son solamente inteligencia a la dirección de las comunidades, escuelas y academias y aun del mismo Estado, y en todos los cargos hubo gente de sumo talento, que quería gobernar pero no servir. Ciertamente, es muy difícil conocer en el momento oportuno esta clase de inteligencias, antes de que hayan asimilado las bases de una profesión espiritual, y devolverlos con la necesaria severidad a oficios materiales, manuales. Knecht también se había equivocado, tuvo demasiada paciencia con el aprendiz Maro; confió al ambicioso y superficial mucha sabiduría para adeptos, que fue echada a perder. Las consecuencias fueron para él mismo más graves de lo que se imaginara.

Hubo un año —la barba de Knecht se había tornado bastante gris— en el cual pareció que las relaciones entre cielo y tierra hubieran enloquecido, trastornadas por demonios de insólito poder y extraña obstinación. Estos fenómenos comenzaron en forma visible e impresionante en el otoño, aterrorizando profundamente todas las almas y pasmándolas de angustia; tuvieron principio con un espectáculo celeste nunca visto, poco después de anochecer, espectáculo que Knecht observó siempre con cierta solemnidad y respetuosa devoción, con interés siempre mayor. Una tarde, fresca y ligeramente ventosa, el cielo se tornó trasparente como vidrio, salpicado de escasas nubéculas que flotaban muy altas y conservaron por un lapso insólito la rosada luz del sol poniente: haces de luz sueltos, movidos y espumosos en un espacio frío y pálido. Knecht había sentido ya

Librodot

desde unos días algo más fuerte y notable de lo que todos los años podía advertirse en esa época en que los días se acortan, la influencia de extraños poderes en el firmamento, el temor de la tierra, las plantas y los animales, la inquietud en el aire, algo raro, expectante, miedoso, Heno de presentimientos en toda la naturaleza; hasta las nubéculas, largo rato temblorosamente encendidas en ese atardecer avanzado, encuadraban en la situación con sus oscilantes movimientos y aleteos, que no correspondían al viento que soplaba en la tierra, con su luz rojiza implorante, que se resistía tristemente por largo rato a apagarse; apenas enfriadas y perdida su luminosidad se tornaban invisibles, muy de repente. En el pueblo todo estaba tranquilo, los visitantes y los niños sé habían retirado hacía mucho de la puerta de la gran abuela, apenas un par de chiquillos se perseguían aún, pero todos se habían recogido y ya habían cenado. Muchos dormían, apenas si alguien, fuera del hacedor de la lluvia, contemplaba las nubes rosadas de la tarde. Knecht se paseaba, de un lado a otro, por la pequeña huerta detrás de su choza, cavilando sobre el tiempo, tenso e inquieto; por momentos se sentaba, para descansar, un instante en un tronco dé árbol entre las ortigas, que servía para partir leña. Al apagarse las últimas luces en las nubes, las estrellas se volvieron de pronto claramente visibles en el cielo todavía límpido y verdosamente brillante y aumentaron pronto en número y luminosidad; donde un segundo antes había dos o tres, ya se apiñaban diez y veinte. Muchas entre ellas y sus grupos y familias eran bien conocidas por Knecht, las había visto centenares de veces; su inmutable reaparecer tenía algo tranquilizador, las estrellas reconfortaban, estaban allá arriba, sí, lejanas y frías, sin irradiar calor, pero seguras, firmemente ordenadas, anunciando normalidad, prometiendo perduración. Aunque aparentemente ajenas y alejadas y aun opuestas a la vida de la tierra, a la vida de los seres humanos, aun inalcanzables por el dolor, el éxtasis, las reacciones y el calor de la tierra, aun tan superiores por su majestad y eternidad fría y elegante, casi una burla para el hombre, las estrellas estaban sin embargo, en relación con los hombres, tal vez los gobernaban, y cuando un ser humano lograba y conservaba un bien espiritual, una seguridad y superioridad del espíritu sobre lo transitorio, se asemejaba a las estrellas, irradiaba como ellas en fría quietud, reconfortaba con su visión tranquila, miraba eternamente con un guiño de burla. Así le pareció muchas veces al hacedor de las lluvias, y aunque con las estrellas no tenía por cierto la relación cercana, incitante, comprobada en la constante variación y el continuo regreso que tenía con la luna, lo grande, lo próximo, lo húmedo, lo semejante a un gordo pez de hechito en el mar celeste, las veneraba sin embargo, profundamente y se vinculaba a ellas por muchas creencias. A menudo fue para el baño y bebida saludable mirarlas largo rato, dejarlas influir sobre él, ofrecer su pequeñez, su calor, su temor a su frió y calmo mirar.

Esa noche miraban como siempre, sólo que más claras y como netamente recortadas en el aire inmóvil y sutil, pero Knecht no encontró en sí la paz para entregarse a ellas; desde espacios desconocidos le llegaba una fuerza extraña, le dolía en los poros, sorbía en sus ojos, actuaba queda y continua como una corriente, como un temblor que alarma. Además, en la choza, la cálida y débil luz de las brasas del hogar resplandecía en un color rojo sombrío, fluía caliente la vida mínima, resonaba un llamado, una

Librodot

risa, un bostezo, respiraba olor humano, calor de piel, maternidad, sueño de niños, y parecía prestar aún mayor hondura a la noche sorprendida por su vecindad inocente, y empujar las estrellas más lejos todavía, atrás, en una lejanía, en una altura inconcebible.

Y de pronto, mientras Knecht oía zumbar y murmurar en la choza la voz de Ada profundamente melodiosa, acunando a un niño, comenzó en el cielo la catástrofe que el villorrio recordará por muchos años aún. Surgió allí y allá en la calma y blanca red de las estrellas un llamear y relampaguear, como si temblaran en llamas los hilos de la red generalmente invisibles; cayeron como piedras despedidas, incendiándose y apagándose en seguida, muchas estrellas precipitadas por el espacio, una aquí allá dos, más allá muchas, y aún no había perdido el ojo la visión de la primera que caía, aún no había recomenzado a latir el corazón alelado por la visión, y se persiguieron oblicuamente, trazando una ligera curva, en grupos de docenas y centenares, los astros lanzados desde el cielo; se precipitaron en series infinitas como llevados por muda tempestad gigantesca, cruzando oblicuamente en la noche silenciosa, como si un otoño de los mundos hubiese arrancado todas las estrellas como hojas marchitas del árbol del cielo y las lanzara sin ruido en la nada. Como hojas secas, como aleteantes copos de nieve, volaron por millares en una calma horrorosa, desapareciendo detrás de los montes del sur y del oeste cubiertos de selva, en lo infinito, donde nunca, a memoria de humanos, había caído una estrella.

Con el corazón detenido y los ojos alucinados, Knecht estuvo mirando el cielo revuelto y encantado, con la cabeza apretada en la nuca, los ojos llenos de horror pero no saciados; desconfiaba de su vista y, sin embargo, estaba más que seguro de lo terrible y tremendo. Como todos aquellos que pudieron observar este fenómeno nocturno, creyó ver vacilar hasta las estrellas más familiares, estremecerse y precipitarse, y esperó contemplar negra y vacía muy pronto la bóveda celeste, si antes no le tragara la tierra. Por cierto, después de un rato, advirtió lo que otros no verían, es decir, que las estrellas conocidas seguían estando aquí y allá y en todas partes, que la muerte no alcanzaba con su horror a las estrellas antiguas y familiares, sino que pasaba por una zona intermedia entre el cielo y la tierra, y que las que caía no eran arrojadas, estas nuevas que aparecían tan de repente y tan de pronto desaparecían, brillaban con una luz de otro color que las antiguas y verdaderas. Esto le reconfortó y le ayudó a recobrarse, pero aunque podían ser otras estrellas, nuevas y perecederas las que llenaban el aire de polvo, eso era cruel y malo, desdicha y desorden. Profundos suspiros escaparon de la garganta reseca de Knecht. Bajó su mirada a la tierra y escuchó para saber si el fenómeno espectral le había aparecido a él solo o si otros más lo habían visto. Pronto oyó llegar de otras chozas gemidos, chillidos y exclamaciones de terror; otros también acababan de ver, de gritar, alarmando a los desprevenidos y a los durmientes. En un segundo, la angustia y el terror pánico invadieron la aldea. Profundamente trastornado, Knecht se hizo cargo de la situación. Esta desgracia caía ante todo sobre él, sobre el hacedor del tiempo; sobre él que en cierta manera era responsable del orden en el cielo y en el aire. Knecht supo reconocer o sentir siempre anticipadamente las grandes catástrofes: inundaciones, granizo, fuertes tormentas; siempre supo preparar a las madres y a los más ancianos y ponerlos en guardia; siempre supo evitar lo peor, interponiendo su

Librodot

saber, su valor y su confianza entre las fuerzas supremas y el pueblo y la desesperación. ¿Por qué no lo supo y nada dispuso esta vez con antelación? ¿Por qué no dijo una palabra a nadie del oscuro y alarmante presentimiento que siempre tuvo?

Levantó la estera que servía de puerta a su choza y llamó por su nombre a su mujer, en voz baja. Ella acudió, con el hijo más pequeño en brazos; él le quitó el niño y lo colocó sobre la paja, tomó la mano de Ada, puso un dedo en sus labios imponiéndole silencio, la llevó un poco lejos de la choza y observó que su cara tranquila y paciente se desfiguró de pronto angustiada y horrorizada.

—Los niños seguirán durmiendo, no deben ver esto, ¿entiendes?

—le dijo con violencia en un susurro—. No debes dejar salir a ninguno de ellos, ni a Turu. Tú misma te quedarás adentro.

Titubeó, incierto de lo que debía decir, de cuánta parte de sus pensamientos debía revelar, y luego agregó con firmeza:

—Nada te pasará a ti, nada a los niños.

Ella le creyó en seguida, aunque su cara y su ánimo no se hubiesen recobrado del miedo que sentía.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella, mirando el cielo fijamente, mientras se retiraba—. ¿Algo muy malo?

—Muy malo —dijo él suavemente—. Creo que algo muy malo. Pero no para ti ni para los pequeños. Permaneced en la choza. Cuida que la estera lo oculte todo. Tengo que ir al pueblo, hablar a la gente. Entra, Ada.

La empujó por la entrada de la choza, estiró cuidadosamente la estera, estuvo mirando unos segundos más la lluvia constante de estrellas, luego bajó la cabeza, suspiró una vez más con el corazón oprimido y luego se alejó de prisa por el pueblo, por la noche, hacia la cabaña de la gran abuela.

Allí estaba reunida ya la mitad de la gente, con rumor apagado, en la vacilación entre el terror y la desesperación suscitada por la angustia, y a medias reprimida por respeto a la anciana. Había mujeres y hombres que se entregaban a la sensación de horror y ruina inminente con una suerte de furia y de gozo, que estaban rígidos como hechizados y se movían sin poder dominar sus miembros; una mujer tenía espuma en los labios, bailaba para sí misma una danza desesperada y al mismo tiempo obscena y, bailando, se arrancaba los largos cabellos a mechones. Knecht comprendió: la locura se había desatado, todos estaban como perdidos por una borrachera, embrujados por la caída de las estrellas, enloquecidos. Sería tal vez una orgía de demencia, furia y placer de autodestrucción. Era urgente reunir a los pocos valientes y reflexivos y darles ánimo. La viejísima gran abuela estaba tranquila; creía que había llegado el fin de todas las cosas, pero no se defendía siquiera y mostraba al destino una cara adusta, firme, burlona casi en sus agrias muecas. La convenció para que lo escuchara. Trató de explicarle que las viejas estrellas, las de siempre, seguían estando en su lugar, pero ella no podía admitirlo, ya porque sus ojos no tenían más la fuerza necesaria para verlas, ya porque su idea de las estrellas y su propia relación con ellas eran cosa demasiado diferente de las del hacedor de la lluvia, para que ambos pudieran entenderse. Meneó la cabeza y conservó su valerosa mueca, y cuando Knecht la conjuró a no abandonar a su

Librodot

gente a sí misma y a los demonios, en su embriaguez de angustia, ella estuvo completamente conforme. Alrededor de ella y del hacedor del tiempo se formó un pequeño grupo de hombres ansiosos pero no enloquecidos, prontos a dejarse guiar.

Todavía en el instante de su llegada, Knecht esperó poder dominar el pánico con su ejemplo, la razón, la palabra, la explicación y la persuasión. Pero ya el breve coloquio con la gran abuela le demostró que era demasiado tarde. Creyó que podía hacer compartir a los demás su propia vivencia, ofrecérsela en regalo y trasladarla a ellos; creyó que con su arte de persuasión ellos comprenderían que no caían las estrellas, por lo menos no todas, y que no se las llevaba esa tempestad universal; creyó que pasando del miedo desamparado y del asombro a la observación activa, resistirían su estremecimiento. Pero vio muy pronto que en todo el pueblo había muy pocos individuos accesibles a esa influencia y que mientras se los ganaba a la calma, los demás estarían totalmente enloquecidos. No, en este caso, como otras veces, nada se lograría con la razón y las palabras de la sabiduría. Si era imposible disipar la mortal angustia venciéndola con la razón, era dable, sin embargo, guiarla, organizaría, darle forma y rostro y hacer del desesperado desorden de los dementes una firme unidad, de las voces individuales indomeñables y salvajes, un coro. Knecht puso en seguida manos a la obra, en seguida halló los medios. Se adelantó hacia la gente, gritó las conocidas palabras del rezo con que se iniciaban los públicos ejercicios de piedad y expiación, el llanto por una gran abuela o la fiesta de sacrificio y penitencia en caso de peligros públicos, como la peste y la inundación. Gritó las palabras en compás y reforzó ese compás golpeando las manos, y a ese ritmo, aullando *y* palmoteando, se inclinó casi hasta el suelo, volvió a levantarse, siguió inclinándose y levantándose, y ya diez y veinte le acompañaron en esos movimientos, mientras la anciana madre del pueblo permanecía erguida, murmurando rítmicamente y dando la señal de los ademanes del rito con leves inclinaciones. Todos aquellos que acudían desde las chozas se encuadraban en seguida en el compás y el espíritu de la ceremonia; los pocos posesos cayeron pronto al suelo agotados y se quedaron inmóviles o fueron dominados y arrastrados por el murmullo del coro y el ritmo de las reverencias del acto religioso. El procedimiento no falló. En lugar de una horda de locos desesperados estaba allí un pueblo de devotos prontos al sacrificio y a la expiación, en quienes eso calmaba y robustecía el corazón, para aplacar su miedo a la muerte y su horror, en un coro ordenado de todos, en un ritmo, en una ceremonia de conjuro, en lugar de encerrar ese horror en sí mismos o expresarlo individualmente en rugidos. Muchas fuerzas ocultan actúan en esos ejercicios; su mayor confortación estriba en la uniformidad que redobla el sentimiento de comunidad, y su medicina más segura son la medida, el orden, el ritmo, la música.

Mientras todo el cielo de la noche se cubría aún con el abundoso caer de esas chispas estelares como por una catarata silenciosa de gotas de luz, que siguió dos largas horas más dilapidando sus grandes rezumos de fuego rojizo, el horror del pueblo se convirtió en rendida devoción, en invocación y sentimiento expiatorio, y a los cielos caídos fuera de su orden se opuso la angustia y la debilidad de los hombres como orden y armonía de un culto. Antes aún que la lluvia de estrellas comenzara a cansarse y a fluir

Librodot

menos densa, el milagro estaba realizado e irradiaba salud espiritual, y cuando el cielo pareció lentamente tranquilizarse y sanar, todos esos penitentes casi agotados por el cansancio tuvieron la redentora sensación de haber calmado con su ejercicio a las potencias y devuelto la normalidad al cielo.

La noche de terror no fue olvidada; se habló de ella durante todo el otoño y el invierno, pero pronto ya no se hizo murmurando y conjurando, sino en tono ordinario y con la satisfacción que subsiste después de una desgracia superada valerosamente, de un peligro vencido con buen resultado. Cada uno gozó en dar detalles, cada uno había sido sorprendido a su manera por lo increíble, cada uno quería haber sido el primero en descubrirlo; se atrevieron a reírse de algunos más temerosos y asustados, y por mucho tiempo perduró en el pueblo cierta excitación. ¡Algo se había vivido, algo grande había ocurrido y pasado!

En este estado de ánimo y en el lento olvido del gran acontecimiento, Knecht no tuvo parte. Para él, ese fatal fenómeno fue una advertencia inolvidable, una espuela nunca eliminada; para él no quedaba ni borrado ni desviado aquello por el hecho de que cesara y hubiera sido aplacado con la procesión, el rezo y los ejercicios expiatorios. Cuanto más tiempo pasó, tanta mayor importancia fue cobrando para él, porque le fue buscando el sentido y se dedicó a él totalmente, cavilando e interpretando. Para Knecht ya el acontecimiento en sí, el maravilloso espectáculo de la naturaleza, fue un problema difícil e infinitamente grande con muchas perspectivas; quien lo hubiera visto, podía muy bien meditar sobre él toda la vida. Una sola persona en el pueblo hubiera observado la lluvia de estrellas con las mismas disposiciones y ojos idénticos, su propio hijo y discípulo Turu; solamente las confirmaciones o las correcciones de este único testigo hubieran tenido valor para Knecht. Pero él había dejado dormir a su hijo y cuanto más reflexionaba al respecto, preguntándose por qué en realidad había procedido así, por qué había renunciado en tan inefable sucedido al único testigo y observador serio, Unto más se robustecía en él la opinión de que había obrado bien y correctamente y obedecido a una sabia intuición. Quiso proteger a los suyos de esa visión, también a su aprendiz y colega, y a éste sobre todo, porque a nadie quería tanto como a Turu. Por eso le había ocultado y escamoteado la caída de las estrellas, porque además creía en los buenos espíritus del sueño, sobre todo en los de los jóvenes, y además, si la memoria no lo engañaba, en ese instante, en realidad, en seguida después del comienzo del fenómeno celeste, había pensando menos en un inmediato peligro de vida para todos que en una señal profética y una desgracia anunciada para el futuro, y precisamente en algo que a nadie se referiría más que a él, el hacedor del tiempo. Algo estaba madurando, un peligro y una amenaza de aquella esfera con la que se vinculaba su cargo, y le atañía a él, ante todo y expresamente, cualquiera fuese su forma. Oponerse a ese peligro despierto y decidido, prepararse para, el mismo en el alma, aceptarlo, pero sin empequeñecerse ni perder la dignidad: tal fue la admonición y la resolución que él dedujo del gran signo premonitorio. Este futuro destino exigía un hombre maduro y valiente, por eso no hubiera sido conveniente, incluir al hijo, tenerlo como compañero de sufrimiento o aun sólo de conocimiento, porque, aunque le apreciaba tanto, no sabía a ciencia cierta si un hombre joven y no fogueado tendría fuerza para ello.

Librodot

Su hijo Turu, naturalmente, no estaba nada satisfecho por haber perdido el gran espectáculo y dormido tranquilamente. De cualquier manera que se lo interpretara, fue en todo caso algo grande, y tal va nunca ya ocurriría algo parecido en toda su vida; se le habían escapado una vivencia y un milagro universal; por mucho tiempo, pues, estuvo enfurruñado con el padre. Luego, el murmullo de la queja te perdió, porque el anciano le compensó con más delicadas atenciones y lo empleó cada vez más en todas las funciones de su cargo y, visiblemente, en previsión de lo futuro, trató con más esfuerzo de educar plenamente a Turu como el sucesor más perfecto posible, el mejor iniciado. Aunque le habló muy rara vez acerca de aquella lluvia de estrellas, cada vez con menos reserva lo inició en sus secretos, sus prácticas, su saber y su indagar, y aun se hizo acompañar por él en salidas, intentos e investigaciones de la naturaleza, que hasta entonces no había compartido con nadie.

Vino y pasó el invierno, un invierno húmedo y casi suave. No cayeron más estrellas, no sucedieron cosas grandes o insólitas; el villorrio estaba tranquilo, los cazadores salían puntualmente de caza; en las varas encima de las chozas chacoloteaban en todas parte al soplo del cierzo helado los haces de pieles colgadas, endurecidas por el frío; en largas sendas alisadas se traía por la nieve la leña del bosque. Justamente durante un breve período de heladas murió una anciana en el pueblo y no se pudo sepultarla en seguida; por muchos días, hasta que la tierra estuvo más blanda, el cadáver helado quedó, acurrucado cerca de la puerta de la choza.

La primavera confirmó en seguida las malas previsiones del hacedor de la lluvia. Fue una primavera verdaderamente mala, traicionada por la luna, sin celos ni savia, desabrida; la luna estuvo siempre atrasada, nunca coincidieron los distintos signos que se necesitaban para fijar el día de la siembra; las flores silvestres florecieron pobremente, en las ramas colgaron muertas las yemas apenas abiertas. Knecht estaba muy preocupado, sin dejarlo entrever; sólo Ada y, especialmente, Turu vieron cómo se roía. No sólo realizó los conjuros usuales, sino que hizo también sacrificios privados, personales; coció para los demonios papillas e infusiones olorosas y gustosas, se acortó la barba y quemó los pelos en una noche de luna nueva junto con resina y corteza húmeda, provocando un humo denso. Hasta que pudo, evitó las ceremonias públicas, los sacrificios colectivos, las rogativas, los coros de tamboriles; hasta que pudo, dejó que el mal tiempo de esta mala primavera fuera asunto suyo, privado. De todos modos, cuando el plazo habitual de la siembra resultó notablemente excedido, tuvo que informar a la gran abuela; cosa curiosa, también en este caso chocó con la desdicha y la contrariedad. La anciana madre del pueblo, buena amiga de él y maternalmente dispuesta siempre para Knecht, no lo recibió; estaba indispuesta, estaba en cama y había traspasado todas sus obligaciones y preocupaciones a su hermana, y esta hermana trataba al hacedor de la lluvia muy fríamente, no tenía el carácter justo y severo de la mayor, se inclinaba a las distracciones y diversiones, y esta tendencia la había cultivado en ella el tambor mayor, el haragán Maro, que sabía prepararle horas agradables y adularla. Y Maro era enemigo de Knecht. Ya en la primera entrevista, el hacedor del tiempo sintió la frialdad y la antipatía, aunque no se le contradijera una sola palabra. Sus explicaciones y sus proyectos, de esperar, por ejemplo, todavía para la siembra y realizar

Librodot

eventuales sacrificios y recursos, fueron aprobados y aceptados, pero la anciana lo recibo y trató fríamente, como a un subordinado, y rechazó también su deseo de ver a la enferma y de prepararle una medicina. Entristecido, como si se hubiera vuelto más pobre, con desabrido gusto en la boca, regresó de esta conversación y durante quince días se esforzó en crear a su manera un tiempo que permitiese la siembra. Pero el tiempo, a menudo tan acorde con las corrientes de su interior, se portó tercamente despectivo y adverso, no sirvieron los sacrificios ni los hechizos. Y el hacedor de la lluvia tuvo que acudir por segunda vez a la hermana de la gran abuela; esta segunda visita fue ya como un pedido de paciencia, de aplazamiento; y notó en seguida que ella debió haber hablado de él y del asunto con Maro, el gracioso, porque al hablarse de la necesidad de fijar el día de la siembra o de ordenar rogativas públicas, la anciana se hizo demasiado la sabihonda y empleó algunas expresiones que sólo podía haber aprendido de Maro, el ex aprendiz del hacedor del tiempo. Knecht pidió todavía tres días para sí, volvió a calcular toda la constelación exacta y favorable y fijó la siembra para el primer día del tercer cuarto de la luna. La anciana aceptó y pronunció la frase ritual para ello; la resolución fue anunciada al pueblo, todos se prepararon para la fiesta de la siembra. Y ahora que por un tiempo todo parecía estar de nuevo en orden, los demonios volvieron a mostrar su hostilidad. Justamente el día antes de la fiesta anhelada y preparada, murió la gran abuela, la fiesta fue prorrogada y en el lugar se anunció y se preparó su entierro. Fue una solemnidad de gran magnitud; detrás de la nueva madre del pueblo sus hermanas e hijas, tenía su lugar el hacedor de la lluvia, con los paramentos de las grandes rogativas y el alto y puntiagudo bonete de piel de zorro, asistido por su hijo Turu que tocaba la matraca de madera dura de dos tonos. Se tributaron muchas honras a la muerta y a su hermana, la nueva madre; Maro, con los tamboriles dirigidos por él, se abrió camino y se adelantó y encontró respeto y aplauso. El pueblo lloró y además se divirtió: gozó del duelo y de la fiesta. Entre redobles de tamboriles y sacrificios, fue para todos un hermoso día, pero la siembra fue postergada una vez más. Knecht estuvo dignamente compuesto, en realidad se sentía muy preocupado. Le pareció que con la gran abuela enterraba también todos los buenos tiempos de su vida.

Pocos días más tarde, por deseo de la nueva gran abuela, se realizó, también con mucha solemnidad, la fiesta de la siembra. La procesión giró jubilosamente alrededor de los campos, la anciana lanzó alegremente los primeros puñados de simiente en los campos colectivos; a ambos lados de ella marchaban sus hermanas, llevando cada una sacos de grano de donde la anciana tomaba la semilla. Knecht respiró ligeramente aliviado, cuando terminó el recorrido.

Pero la simiente sembrada en forma tan solemne no debía dar ni alegría ni cosecha; fue un año desdichado. Recayendo en el invierno y las heladas, el tiempo trajo todas las cosas desagradables y adversas que se podían imaginar en esa primavera y en el verano; cuando cubría los campos una vegetación delgada, flaca y poco levantada del suelo, llegó lo último, lo peor: una sequía sin igual, como nadie recordaba. Semana tras semana el sol calcinó los sembrados con un vaho caliente y blancuzco, los arroyuelos se secaron, del estanque de la aldea no quedó más que un sucio pantano. Paraíso de las libélulas y de un enorme enjambre de mosquitos, en la

Librodot

tierra reseca se abrían las grietas profundas; se podía ver enfermarse el grano y secarse. De vez en cuando se reunían nubes en el cielo, pero no llovía y cuando un día cayó un simulacro de lluvia, le siguió por muchos días un tórrido viento de oriente y a menudo se abatió el rayo en altos árboles, encendiendo rápidamente las cimas casi secas.

—Turu —dijo un día Knecht a su hijo—, esto termina, mal, tenemos a todos los demonios contra nosotros. Comentó con la lluvia de estrellas. Me costará la vida, creo. Escucha; si debo ser sacrificado, ocuparás en el mismo momento mi lugar y ante todo exigirás que mi cuerpo sea quemado y que la ceniza se esparza por los campos. Tendréis un invierno de gran hambruna. Pero luego la desgracia pasará. Deberás cuidar de que nadie toque la semilla de la comunidad, so pena de muerte. El año venidero será mejor y se dirá; "Es bueno que tengamos un nuevo hacedor de la lluvia, uno joven".

En el pueblo reinaba la desesperación. Maro azuzaba a todo el mundo; a menudo se le gritaban al hacedor del tiempo amenazas y maldiciones. Ada se enfermó y estuvo en cama con vómitos y fiebres. Los ritos, los sacrificios, los largos coros de tamboriles, que estremecían los corazones, nada remediaban. Knecht los dirigía, era tu oficio, pero cuando la gente volvía a dispersarse, se quedaba solo, como un apestado que se evita. Sabía lo que era necesario y no ignoraba que Maro había pedido su sacrificio a la gran abuela. Por su honor y por su hijo dio el último paso: vistió a Turu con los grandes paramentos, lo llevó con él a casa de la gran abuela, lo presentó como su sucesor, y renunció por sí mismo a su cargo, ofreciéndose en sacrificio. Ella lo miró un rato inquisitiva y curiosa, luego hizo una señal con la cabeza y dijo que sí.

El sacrificio se realizó el mismo día. Todo el pueblo se reunió, pero mucha gente yacía en cama por la disentería y también Ada estaba gravemente enferma. Turu, en su traje de ceremonias con el alto gorro de piel de zorro, casi se murió de insolación. Todos los hombres respetables y los dignatarios, que no estaban enfermos, acudieron, la gran abuela con dos hermanas, los ancianos y Maro, el caudillo del coro de tamboriles. Detrás seguía en desorden el pueblo. Nadie insultó al anciano hacedor de la lluvia, todos marchaban silenciosos y cohibidos. Penetraron en la selva y buscaron allí un gran claro circular; el mismo Knecht lo había señalado como lugar de la ejecución. La mayoría de los hombres llevaban consigo sus hachas de piedra, para colaborar en la preparación de la leña para la hoguera. Llegados al claro, colocaron al hacedor de la lluvia en el centro y formaron círculo alrededor de él; más afuera, también en un gran círculo, estaba la multitud. Como todos callaban, indecisos y perplejos, el mismo hacedor de la lluvia tomó la palabra:

—He sido vuestro hacedor de la lluvia —dijo—, cumplí con mi deber durante muchos años tan bien como pude. Ahora, los demonios están contra mi, nada me sale bien. Por eso me ofrecí en sacrificio. Esto reconciliará a los demonios. Mi hijo Turu será vuestro nuevo hacedor del tiempo. Y ahora matadme y, cuando yo esté muerto, obedeced fielmente a lo que prescriba mi hijo. ¡Adiós! ¿Quién me matará? Propongo al tambor mayor Maro; será el hombre adecuado para ello.

Calló y nadie se movió. Turu, sombríamente enrojecido debajo del pesado gorro de piel, miró apenado alrededor de él; la boca del padre se contrajo

Librodot

sarcásticamente. Finalmente, la gran abuela golpeó furiosa el pie en el suelo, hizo una seña a Maro y le gritó:

—¡Adelante, pues! ¡Toma el hacha y mátalo!

Maro, con el hacha en la mano se colocó delante de su ex maestro, lo odiaba ahora más que nunca; la mueca de ironía en aquella vieja boca silenciosa le hacía amargamente daño. Levantó el hacha, la revoleó sobre su cabeza, la mantuvo alta tomando puntería, fijó su mirada en el rostro de la víctima, aguardando a que cerrara los ojos. Pero Knecht no hizo eso, mantuvo los ojos constantemente abiertos y miró al hombre del hacha casi sin expresión, pero lo que podía leerse en su cara fluctuaba entre la compasión y la burla.

Furioso, Maro tiró el hacha.

—Yo no lo hago —murmuró. Se unió al grupo de los dignatarios y se perdió entre la muchedumbre.

La gran abuela estaba pálida de rabia, tanto por el cobarde e inservible Maro como por el altanero hacedor de la lluvia. Hizo seña a uno de los ancianos, un hombre respetable y tranquilo, apoyado en su hacha, que parecía avergonzado por la desagradable escena. Éste se adelantó, hizo con la cabeza una señal breve y amiga a la víctima; se conocían desde niños. Ahora, la víctima cerró voluntariamente los ojos, los apretó y bajó un poco la cabeza. El anciano lo golpeó con el hacha y Knecht cayó. Turu, el nuevo hacedor de la lluvia no pudo decir una palabra, sólo con ademanes ordenó lo necesario, y muy pronto estuvo lista la hoguera con el cadáver acostado encima. La primera función oficial de Turu fue el rito solemne de encender la hoguera frotando dos maderos consagrados ...

Librodot

EL CONFESOR

FUE en la época en que san Hilarión vivía aún, muy proyecto en años; vivía en la ciudad de Gaza un tal Josephus Famulus,[35] que hasta su trigésimo año de edad o algo más llevó vida mundana y estudió los libros paganos: luego fue convertido, por una mujer por él perseguida, a la doctrina de Dios y a la dulzura de las virtudes cristianas; se sometió al santo bautismo, renegó de sus pecados y se sentó muchos años a los pies del presbítero de su ciudad, escuchando principalmente la tan anhelada relación de la vida de los piadosos ermitaños en el desierto, con creciente curiosidad, hasta que un día, a los sesenta y tres años, se encaminó por la senda en que le precedieran san Pablo y san Antonio y, después de aquellos, muchos otros seres piadosos. Entregó el resto de sus bienes a los ancianos, para que los distribuyeran a los pobres de la comunidad, se despidió de sus amigos en las puertas de la ciudad, y emigró al desierto, pasando del mundo fútil a la mísera vida de los penitentes.

Por muchos años le quemó y secó el sol; él se limó, orando, las rodillas en la roca y en la arena; esperó ayunando la puesta del sol para masticar su par de dátiles; los demonios le atormentaron con ataques, burlas y tentaciones, que venció con la oración, la penitencia, la entrega de sí mismo, como lo leemos descrito todo en las biografías de los santos padres. Muchas noches, sin dormir, contempló las estrellas, y también las estrellas le causaron tentaciones y perplejidades: leía en las constelaciones porque aprendió un día a desentrañar las historias de lo dioses y los símbolos de la naturaleza humana, una ciencia rechazada absolutamente por los presbíteros, que lo persiguió por mucho tiempo con fantasías y pensamientos de la época pagana.

En todas partes donde por aquella región el desierto estéril y desnudo ostentaba una fuente, un puñado de verde, un oasis pequeño o grande, vivían entonces los ermitaños, algunos completamente solos, otros en pequeñas hermandades, como los representa una pintura en el camposanto de Pisa, ejerciendo la pobreza y el amor del prójimo, adeptos de un nostálgico *ars moriendi,* un arte de morir, de perecer para el mundo y para el propio. Yo, de perecer en el Redentor, en la claridad y lo inmarcesible. Eran visitados por ángeles y demonios, componían himnos, exorcizaban a los malos espíritus, curaban y bendecían y se habían adjudicado la tarea de reparar la lujuria del mundo, la brutalidad y la codicia sensual de muchas épocas pasadas y otras por venir, mediante una poderosa oleada de entusiasmo y entrega, mediante un extático exceso de renuncia al mundo. Muchos de ellos poseían ciertamente viejas prácticas paganas de iluminación, métodos y ejercicios de un proceso de espiritualización perfeccionado en Asia a través de siglos, pero no se decía palabra al respecto, y estos métodos y ejercicios yoghis ya no se enseñaban en realidad, porque caían bajo la prohibición con la que el cristianismo eliminaba cada vez más lo pagano. En muchos de estos penitentes, el ardor de aquella vida llegaba a formar dones especiales, de la oración, de la curación mediante la

[35] En *la traducción en latín de Josef Knecht.*

Librodot

imposición de las manos, de la profecía, del exorcismo de los demonios; dones del juicio y el castigo, de la consolación y la bendición. También en Josephus dormitaba un don, que con los años, cuando su cabello comenzó a ralear, alcanzó lentamente su florecimiento. Fue el don de escuchar. Cuando un hermano de una de las colonias o un hijo del mundo, impulsado por su intranquila conciencia, acudía a Josephus y le daba cuenta de sus acciones, sufrimientos, tentaciones y pecados, le contaba su vida, su lucha por el bien y sus derrotas en esa lucha, o una pérdida, un dolor, un luto, Josephus sabia escucharlo, abrirle su oído y su corazón, y acercarse, compartir su padecer y sus cuitas, salvarle y dejarle irse aliviado y aquietado. Lentamente, con el correr de muchos años, esta función se había apoderado de él y le había convertido en instrumento, en oído en el cual se confiaba. Sus virtudes eran mucha paciencia, cierta pasividad absorbente y una gran reserva. Cada vez más acudía la gente a él, para confiarse, para liberarse de cuitas acumuladas, y muchos, aunque hubiesen tenido que recorrer largo camino para acudir a su choza de cañas, apenas llegaban y saludaban, no traían la disposición y el valor de confesarse, sino que vacilaban y se avergonzaban, titubeaban con sus pecados, suspiraban y se callaban, largas horas, y él se conducía con todos en la misma forma, ya sea que hablaran con gusto o a la fuerza, libremente o con reticencias, ya sea que volcaran de sí sus secretos furiosamente o estuvieran ufanos de ellos. Todos eran iguales para él, ya fuera que acusaran a Dios o se acusaran a sí mismos, exageraran sus pecados y sus penas o las empequeñecieran, confesaran un asesinato o una impudicia, acusaran a una amante infiel o la pérdida de la salvación. No se asustaba si alguien le hablaba de familiar trato con los demonios y pareciera tutearse con el diablo, ni se enfadaba si uno contaba muchas cosas y callaba lo principal, ni perdía la paciencia si alguien se acusaba de pecados fantásticos y exagerados. Parecía que todo, lo que se le traía, quejas, confesiones, acusaciones y angustias de la conciencia, entrara en su oído como el agua en la arena del desierto; parecía no emitir juicio sobre todo eso y no tener compasión ni desprecio por los que se confesaban, y, sin embargo, o tal vez por eso mismo, parecía que lo que se le confesaba no se perdía en el vacío, sino que al ser dicho y escuchado, se aliviaba y era perdonado. Sólo rara vez emitía una advertencia o un consejo, más raramente aún un cargo o una orden; era como si esto no perteneciera a sus funciones, y los que hablaban sentían tal vez que eso no le correspondía. Su deber, su oficio casi, era despertar y recibir confianza, escuchar paciente y amablemente, facilitar así, para completarla, la confesión todavía inacabada, invitar al fluir y correr lo acumulado o incrustado en las almas, tomarlo y envolverlo en el silencio. Sólo que al final de cada confesión, las terribles y las ingenuas, las apenadas y las vanidosas, hacía arrodillarse al interesado cerca de él, retaba el Padrenuestro y lo besaba en la frente, antes de dejarlo marchar. No le incumbía imponer penitencias y castigos, tampoco se sentía autorizado para expresar una verdadera absolución sacerdotal, no era cosa suya ni juzgar ni perdonar una culpa. Escuchando y comprendiendo, parecía asumir una parte de esa culpa y ayudar a sobrellevarla. Callando, parecía que lo escuchado desaparecía y se perdía en el pasado. Orando con el confesado después del acto, parecía aceptarlo y reconocerlo como hermano, como igual. Besándole, era como si le bendijera en una forma más fraternal que sacerdotal, más delicada que solemne. Su fama se difundió por

Librodot

todos los alrededores de Gaza; se le conocía muy lejos y a veces se le citaba junto con el gran confesor y ermitaño Dion Púgil, cuya renombre sin embargo, era anterior en más de diez años y se fundaba en facultades y hábitos del todo distintos, porque el padre Dion era célebre justamente porque sabía leer en las almas que confiaban en él con más penetración y rapidez de lo que hiciera en las palabras expresadas, de modo que muchas veces sorprendía a uno que se confesara titubeando, lanzándole a la cara los pecados aún no confesados. Este conocedor de almas, de quien Josephus había oído contar cien historias maravillosas y con quien nunca se hubiera atrevido a compararse, era también un privilegiado consejero de almas equivocadas, un gran juez, que castigaba y ponía orden; asignaba penitencias, mortificaciones y peregrinaciones, realizaba matrimonios, obligaba a los enemistados a reconciliarse, y su autoridad era igual a la de un obispo. Vivía cerca de Ascalón, pero le visitaban suplicantes desde la misma Jerusalén y aun de lugares más alejados.

Josephus Famulus, como la mayoría de los ermitaños y penitentes, había sostenido durante muchos años una lucha apasionada y desgastadora. Aunque abandonara la vida mundana, distribuyera sus bienes y su casa en limosnas y huyera de la ciudad y de sus innumerables incitaciones al goce sensual, tuvo sin embargo, que llevarse consigo a sí mismo, y en su Yo estaban todos los instintos del cuerpo y del alma, que pueden conducir a un ser humano al aprieto y a la tentación. Ante todo luchó contra el cuerpo, fue severo y duro con él, lo acostumbró al calor y al hielo, al hambre y la sed, a las cicatrices y las callosidades, hasta marchitarlo y secarlo lentamente, pero aun en la magra envoltura del asceta, el viejo Adán podía sorprenderlo y agriarlo vergonzosamente con los deseos y los anhelos, los sueños y las fantasías más insensatos; ya sabemos que a los que huyen del mundo y quieren hacer penitencia, el demonio dedica una atención especialísima. Cuando luego comenzaron a visitarle en ocasiones gentes en busca de consuelo y necesitadas de confesión, agradecido vio en esto un llamamiento de la gracia y sintió al mismo tiempo un alivio de su propia penitencia: había recibido un sentido y una esencia que trascendían de él, le estaba deparado un cargo, un oficio, podía servir a otros o ser instrumento de Dios, para atraer almas. Fue una sensación maravillosa y verdaderamente elevadora. Pero andando el tiempo, resultó evidente que también los bienes del alma pertenecen todavía a lo terrenal y pueden convertirse en tentaciones y trampas. Pues a menudo, cuando llegaba a pie o a caballo un peregrino de aquellos, se detenía delante de su caverna cavada en la roca, para beber un sorbo de agua, y luego pedía que se le oyera en confesión, Josephus experimentaba una sensación de conformidad y placer, un placer de sí mismo, una vanidad y un egoísmo del que se asustaba profundamente, apenas lo reconocía. A menudo pidió perdón a Dios de rodillas, suplicó a Dios que no le enviara a él, indigno, otros pecadores, ni desde las chozas de los hermanos penitentes en las cercanías, ni de los pueblos y ciudades del mundo. Entretanto, sin embargo, no se sintió mucho mejor cuando en ciertos períodos los confesandos faltaron de verdad, y si reaparecían luego en gran número, se sorprendía una vez más en pecado: ahora le ocurría que mientras escuchaba éstas o aquellas confesiones, experimentaba reacciones de frialdad o desamor, y aun de desprecio por los que se confesaban. Suspirando, aceptó también estas luchas y hubo épocas en que tuvo

Librodot

que someterse a ejercicios de humillación y expiación, después de cada confesión escuchada. Además se volvió norma para él tratar a todos los confesandos no solamente como hermanos, sino con cierto respeto especial y esto tanto más cuanto menos le gustaba la persona que se presentaba. Recibía a todos como mensajeros de Dios, enviados para ponerlo a prueba. Con el correr de los años, bastante tarde, cuando ya estaba envejeciendo, encontró cierta uniformidad en su modo de vivir, y fue para los que vivían en la vecindad, un hombre intachable, que había encontrado la paz en Dios.

Pero también la paz es algo vivo y ella también, como todo lo que vive, debe crecer y disminuir, debe adaptarse, superar pruebas y experimentar cambios; eso ocurrió con la paz de Josephus Famulus; era inestable, a menudo visible, luego inhallable, por momentos como una vela que se lleva en la mano, por momentos como una estrella en un cielo invernal. Y con el tiempo, fue una suerte nueva y especial de pecado y de tentación, la que cada vez más a menudo le tornó pesada y dura la vida. No se trataba de una reacción viva y apasionada, de una rebelión o un estallido de los instintos; parecía casi lo contrario. Fue una sensación que en sus primeras fases resultó fácil de soportar, casi insensible, un estado sin dolores verdaderos o faltas, un estado de alma aburrido, débil, tibio, que sólo podía definirse negativamente, un mareo, una disminución y, finalmente, una ausencia de alegría. Como hay días en que el cielo se hunde quedamente en sí mismo y se revuelve, gris, pero no negro, abochornado, pero no amenazando tormenta, así fueron paulatinamente los días de Josephus al envejecer. Cada vez menos podían distinguirse las alboradas de los atardeceres, los días festivos de los comunes, las horas de elevación de las de depresión; todo pasaba inerte en cansancio entumecido, en desgano invencible. En la senectud, pensó tristemente. Y estaba triste porque del envejecer y del paulatino apagarse de los instintos y las pasiones había esperado una iluminación y un alivio de su existencia, un paso adelante en la armonía anhelada, y ahora la edad caduca parecía desilusionarlo y engañarlo, porque no le traía más que esa oquedad cansina, gris, sin alegrías, esa sensación de incurable hartazgo. De todo se sentía saturado, de la mera existencia, de la respiración, del sueño en la noche, de la vida en su gruta al borde de un pequeño oasis, del eterno anochecer y del romper el día, del paso de caminantes y peregrinos, de viajeros en camellos y borricos, y sobre todo de la gente que acudía a visitarle, de esos hombres tontos, angustiados y tan infantilmente ingenuos, que necesitaban contarle a él su vida, sus pecados, sus ansiedades, sus tentaciones y acusaciones. A veces le parecía que cono en el oasis la pequeña surgente se juntaba en la cuenca de piedra, corría entre la hierba y formaba un arroyuelo, luego fluía por el desierto de arena y a poco allí se secaba y moría, también todas esas confesiones, esos registros de pecados, esas biografías, esas torturas de conciencia, pequeñas y grandes, serias o vanas, llegaban a fluir en su oído, por docenas, por centenares, constantemente renovadas. Pero el oído no estaba muerto como la arena del desierto, era algo vivo y no podía beber y tragar y absorber eternamente; se sentía cansado, gastado, saturado; anhelaba que el fluir y chapotear de las palabras, las confesiones, las cuitas, las acusaciones, las mortificaciones cesaran de una vez, que por fin hubiera paz, muerte y silencio en lugar de este infinito fluir. Sí, deseaba un fin, estaba cansado, harto y más que harto; su vida se había vuelto insípida y sin valor, y

Librodot

llegó tan lejos que a veces se sintió tentado a poner fin a su existencia, a castigarse y apagarse, como lo hizo Judas, el traidor, cuando se colgó. Como en los primeros grados de su vida de penitente el demonio le metía en el alma los deseos, las ideas y los ensueños del placer sensual y mundano, ahora lo tentaba con ideas de autodestrucción, tanto que tuvo que examinar cada rama de un árbol, para ver si servía para ahorcarse, cada roca de la región por si era alta y a plomo lo suficiente, para Untarse desde ella y morir. Resistió a la tentación, luchó, no cedió, pero pasó días y noches en un fuego de odio contra si mismo y de deseo de muerte; la vida se le había vuelto intolerable y odiosa.

A esto había llegado, pues, Josephus. Un día en que se encontró una vez más sobre una de aquellas alturas rocosas, vio lejos, entre la tierra y el cielo, dos, tres diminutas figuras tal vez viajeros o peregrinos o gente que acudía a él, para confesarse con él, y de pronto lo invadió un irresistible deseo de irse en seguida, de prisa, lejos de ese lugar, lejos de esa existencia. El deseo lo impregnó tan poderosamente e instintivamente que superó todo pensamiento, toda objeción, toda reflexión, y los barrió, porque naturalmente no faltaban; ¿cómo podía un penitente seguir un instinto sin remordimientos de conciencia? Y ya corrió, ya estuvo de vuelta en su gruta, su refugio de tantos años de lucha, el sitio de tantas elevaciones y derrotas. Con irreflexivo apremio preparó un par de puñados de dátiles y un recipiente con agua, una calabaza seca y vaciada, colocó todo en su vieja bolsa de viaje, se la echó al hombro, tomó su báculo y abandonó la verde paz de su pequeña patria, huyendo sin paz, huyendo de Dios y de los hombres, y sobre todo de lo que fue lo mejor para él, lo que tuvo por función y misión. Caminó al comienzo como un perseguido, como si las figuras que viera aparecer en el horizonte allá lejos, fueran realmente perseguidores y enemigos, soslayados desde la alta roca. Pero en el curso de la primera hora de viaje perdió la prisa angustiosa, el movimiento lo cansó en forma bienhechora, y durante el primer descanso, en que se concedió un bocado restaurador —era costumbre sagrada para él no tomar alimento alguno antes de la puesta del sol—, su razón, ejercitada ya a pensar en soledad, comenzó a excitarse y a juzgar su proceder instintivo. Y la razón no desaprobó ese proceder, por cuanto podía parecer poco prudente, sino que lo consideró con benevolencia, porque por primera vez desde hacía mucho tiempo, encontraba su obra inocente y pura. Había sido una fuga la suya, una fuga repentina e irreflexiva, pero no vergonzosa. Había abandonado un puesto para el cual ya no tenía aptitudes; había confesado con su partida su fracaso a sí mismo y a quien pudo verlo; había abandonado una lucha inútil repetida todos los días, reconociéndose vencido, derrotado. Esto —determinó su razón— no era nada grande ni heroico ni santo, pero sincero sí, e inevitable también; se asombró ahora por haber realizado esta fuga tan tarde, por haber resistido tanto, tanto. Comprendió ahora que la lucha y la terquedad con que se mantuvo tanto tiempo en el puesto abandonado, eran errores, lucha y terquedad de su egoísmo, de su viejo Adán, y creyó también comprender por qué esa terquedad le llevó a consecuencias tan malas y aun demoníacas, a tanta perversidad e inconsciencia, hasta la posesión diabólica del deseo de morir y aniquilarse por su mano. Ciertamente, un cristiano no debía ser enemigo de la muerte; un penitente, un santo, tenía que considerar su vida solamente como un sacrificio. Pero el pensamiento del suicidio era

Librodot

absolutamente diabólico y sólo podía nacer en un alma cuyos maestros y defensores no eran ya los ángeles de Dios, sino los perversos demonios. Se quedó sentado un rato, perdido y perplejo, y luego contrito y estremecido, contemplando desde la distancia de las pocas millas de su trayecto, su vida reciente, logrando conciencia de la vida desesperada y azuzada de un anciano que ha equivocado su meta y es atormentado continuamente por la horrible tentación de colgarse de la rama de un árbol, como el traidor de Cristo. Si tenía tanto horror por el suicidio, quedaba seguramente en esta sensación un resto de un saber primitivo —antecristiano y pagano— de la antiquísima costumbre del sacrificio humano, para el cual estaban destinados el rey, los santos y los elegidos de la tribu, que muchas veces debían ejecutarlo con sus propias manos. Y no sólo le horrorizaba tanto el que la prohibida costumbre procediera de antiguas edades paganas, sino aún más la idea de que, en el fondo, la muerte sufrida en la cruz por el Redentor no era otra cosa que un sacrificio humano voluntariamente realizado. En efecto, si recordaba bien, una intuición de tal conciencia existió ya en aquellas reacciones al deseo de suicidio, un impulso salvaje y tercamente perverso de sacrificarse a sí mismo y con ello imitar realmente en forma prohibida al Salvador, o en manera vedada indicar que la obra redentora no había resultado completa para Aquél. Al pensarlo se asustó en el alma, pero también sintió que había escapado a ese peligro.

Largo tiempo contempló al penitente Josephus que era ahora y que en lugar de seguir a Judas o al Crucificado, huyera y se colocara así de nuevo en las manos de Dios. Crecieron en él la vergüenza y el dolor, cuanto más claramente percibió el infierno evitado y, al final, la miseria se le metió en la garganta como un bocado que ahoga, creció con insoportable presión y de pronto halló salida y liberación en un estallido de lágrimas que le hizo maravillosamente bien. ¡Cuánto tiempo hacía que no lloraba! Las lágrimas corrieron, cegándole los ojos, pero el ahogo mortal estaba eliminado y, cuando se recobró y sintió un gusto salobre en sus labios y advirtió que lloraba, por un instante le pareció que había vuelto a ser niño y nada sabía del Maligno. Sonrió, se avergonzó un poco de su llanto, se puso de pie finalmente y prosiguió su camino. Estaba inseguro, no sabía adonde dirigirse y lo que sería de él; se imaginó niño, pero ya no había en él lucha o deseo, se sentía más liviano y casi guiado, llamado por una buena estrella lejana y atraído, como si su viaje no fuera una fuga, sino un retorno. Se cansó, y la razón también: ella callaba o descansaba o ya no se creía necesaria.

En el abrevadero donde Josephus pasó la noche, reposaban algunos camellos. Como al pequeño grupo de viajeros pertenecían también dos mujeres, se limitó a un ademán de saludo y evitó toda conversación. En cambio, después de comer algunos dátiles al oscurecer, después de rezar y acostarse, pudo escuchar la conversación en voz baja de dos hombres, un anciano y un joven, acostados muy cerca de él. Fue sólo un trocito de diálogo lo que pudo oír, el resto pasó de murmullo apenas. Pero también ese poco llamó su atención y le interesó y le dio en qué pensar gran parte de la noche.

Esta bien —oyó que decía la voz del anciano—, está bien que acudas a un hombre piadoso y quieras confesarte. Esta gente lo comprende todo, te lo

Librodot

digo yo, sabe más que comer pan, y muchos de ellos conocen hechizos. Si el santo grita una palabrilla a un león que está por saltarle encima, la fiera se agacha, mete la cola entre las piernas y se escabulle. Puede domesticar un león, te lo digo yo; a uno de ellos, todo un beato, los leones mansos le cavaron la fosa cuando murió, volvieron a echar parejita la tierra encima del muerto y por mucho tiempo dos de ellos hicieron guardia día y noche sobre el sepulcro. Y no sólo los leones sabe domesticar esta gente. Uno de ellos rezó una vez por un centurión romano, una bestia cruel de soldado, el peor mujeriego de Ascalón, y le ablandó el corazón de tal manera que el tipo se redujo a flojo y tímido como un ratoncito y buscó un agujero para esconderse. Más tarde casi no le reconocían, tan humilde y bueno llegó a ser. Por cierto, esto da que pensar: poco después el hombre murió.

—¿El santo?

—¡Oh, no, el centurión! Varrón se llamaba. Desde que el penitente lo dominó y despertó su conciencia, fue decayendo en salud muy rápidamente, tuvo la fiebre dos veces y murió a los tres meses. ¡Bah, no se perdió nada! Pero de todas maneras muchas veces pensé: el penitente no sólo echó de él al demonio, sino que debió pronunciar también alguna palabrita que se llevó al otro bajo tierra.

—¿Un hombre tan religioso? No puedo creerlo.

—Puedes creer o no creer, querido. Pero desde aquel día el hombre estaba como cambiado, para no decir embrujado, y tres meses después…

Hubo un breve rato de silencio, luego comenzó de nuevo el joven:

—Aquí hay un penitente, debe estar por ahí cerca; vive sólito cerca de una fuentecilla, en el camino de Gaza. Se llama Josephus, Josephus Famulus. Oí hablar mucho de él.

—¿Sí? ¿Y qué se decía?

—Debe ser tremendamente piadoso y, además nunca miró a una mujer. Cuando alguna vez pasan un par de camellos por su alejado lugar y en uno va una mujer, aunque esté cubierta por densos velos, él se vuelve y desaparece en seguida por un precipicio. Mucha gente, pero mucha, ha ido a confesarse con él.

—No será tanta, de otra manera ya hubiera yo oído hablar de él. ¿Y qué puede hacer, pues, tu Famulus?

—Justamente, la gente va a confesarse con él, y si no fuera tan bueno y no entendiera de su oficio, la gente no iría corriendo. Además se dice de él que apenas si habla una palabra; no reprocha ni grita, no impone castigos ni cosas parecidas; dicen que es un hombre dulce y sobrio.

—Bien, pero ¿qué hace, pues, si no regaña y no castiga y no abre la boca?

—Dicen que sólo escucha y suspira extrañamente y se hace la cruz.

—¡Bah, bonito santo clandestino te traes entre manos! Pero tú no serás tan tonto como para correr detrás de este silencioso tío…

—Sin embargo, lo deseo. Ya lo encontré, no puede estar lejos de aquí. Estuvo esta tarde como un pobretón cerca de la fuente, mañana temprano le hablo, tiene todo el aspecto de un penitente.

El anciano se acaloró.

Librodot

—¡Deja de una vez a tu penitente de pozo agachado en su caverna! ¡Un hombre que sólo escucha y suspira y tiene miedo de las mujeres y nada sabe y comprende! No, yo te diré a quien debes acudir. Realmente está lejos de aquí, más lejos que Ascalón, pero en cambio es también el mejor penitente y confesor que haya existido jamás. Se llama Dion y su nombre es Dion Púgil, es decir, el que lucha con los puños, porque pelea con todos los demonios, y si uno le confiesa sus culpas, Púgil, mi querido amigo, no suspira, ni cierra la boca, sino que estalla y le quita al hombre la herrumbre a toda prisa. Debe de haber apaleado a muchos, hizo arrodillar a uno toda una noche sobre una piedra y todavía le obligó luego a dar cuarenta talentos a los pobres. Éste es el hombre, hermanito, que debes ver y admirar; cuando te mira bien, te sacude los huesos y te ve adentro y aun a través. Allí no se suspira, el hombre sabe lo que hace, y cuando uno no puede dormir o tiene malos sueños y ve caras malas y cosas parecidas, Púgil te calafatea de nuevo, te lo digo yo. Y no te lo digo porque oí a mujeres charlar de él. Sino porque yo mismo estuve con él. Sí, yo mismo, por pobre que sea. Una vez busqué al penitente Dion, que lucha con los puños y es hombre de Dios. Miserable acudí a él y con mucha vergüenza e inquietud en la conciencia, y retorné claro y puro como la estrella del amanecer, te lo digo como que me llamo David. Recuérdalo: se llama Dion, de apodo le dicen Púgil. Buscarás a ése apenas puedas, te ocurrirá un milagro. Prefectos, ancianos y obispos le pidieron consejo.

—Sí —resolvió el otro—, si algún día llego a esa región lo recordaré. Pero hoy es hoy y aquí es aquí, y como hoy me hallo aquí y aquí cerca debe estar ese Josephus, de quien oí contar tantas cosas buenas...

—¡Cosas buenas! Te has vuelto loco con este Famulus.

—Me gustó porque no insulta ni hace bulla. Esto me gusta, debo decirlo. Yo no soy ni centurión ni obispo; soy un hombrecito y más bien débil, no podría soportar mucho fuego y azufre; Dios sabe, no me opongo si me toman a las buenas, así soy yo.

—Todo el mundo lo quisiera. ¡Tomar a las buenas! Cuando hayas confesado y hecho la penitencia y cumplido el castigo y limpiado tu alma, para mi todo está arreglado y es fácil tomarte a las buenas, pero si estás delante de tu confesor y juez, impuro y apestando como un chacal...

—Bueno, bueno... no debemos hablar tan fuerte, la gente quiere dormir.

De pronto, murmuró complacido:

—Además, también me contaron algo curioso de él.

—¿De quién?

—De él, del penitente Josephus. Acostumbra hacer algo raro; cuando uno le ha confesado sus cosas y sus pecados, le saluda para despedirlo y le da un beso en la mejilla o en la frente.

—¿Eso hace? Costumbres extravagantes gasta el hombre...

—¡Sin embargo es tan tímido delante de las mujeres! Dicen que una vez una ramera de la región fue a verle vestida de hombre, y él no notó nada y le escuchó sus mentiras y cuando ella terminó de confesarse, él se inclinó ante ella y le dio todo un beso...

El anciano estalló en una gran carcajada, el otro le siseó en seguida y

Librodot

Josephus no pudo oír más que la risa sofocada durante un rato.

Josephus miró al cielo; la hoz de la luna estaba detrás de las copas de las palmeras, clara y delgada; se estremeció por el frío de la noche. Asombrosamente, como un espejo de distorsión, pero claro, el diálogo nocturno de los camelleros había puesto ante sus ojos su persona y el papel que había traicionado. Y una ramera, pues, le había hecho esa jugarreta. Pero esto no era lo peor, aun siendo malo. Tuvo mucho que meditar acerca de la conversación de los dos hombres. Y cuando por fin, muy tarde, pudo dormirse, logró hacerlo solamente porque su meditación no había sido inútil. Le llevó a un resultado, a una resolución, y con esta nueva decisión en el alma, durmió profunda y tranquilamente, hasta el rayar del día.

Pero su resolución resultó justamente aquella que el más joven de los dos camelleros no hubiera podido imaginar. Y fue la de seguir el consejo del más anciano y visitar a Dion, llamado Púgil, de quien conocía la existencia desde hacía mucho tiempo y cuyas loas acababa de oír cantar hoy tan vivamente. Este famoso confesor, juez de almas y consejero, tendría también para él un consejo, un castigo, un juicio, un rumbo; se le presentaría como a un representante de Dios y aceptaría complacido lo que ordenara.

Al día siguiente abandonó el lugar de reposo antes de que despertaran los dos hombres y ese mismo día alcanzó en duro viaje un lugar habitado por hermanos piadosos, desde donde esperaba llegar al camino usual para Ascalón.

A su llegada, al atardecer, le sonrió amablemente un diminuto paisaje verde de oasis; vio elevarse en el cielo los árboles y sintió balar cabras, creyó descubrir en la sombra verdosa los contornos de los techos de las chozas y sentir la proximidad de seres humanos y, cuando se acercó vacilando, creyó también advertir una mirada que se posaba en él. Se detuvo y espió alrededor y vio debajo de los primeros árboles, apoyada en un tronco, una figura sentada, un anciano de erguido porte y rostro digno pero severo y duro, que lo miraba y tal vez estaría mirándole ya un buen rato. Los ojos del anciano eran firmes y agudos, pero sin expresión, como los de un hombre que está acostumbrado a observar, pero no es curioso ni interesado, que deja acercársele hombres y cosas y trata de reconocerlos, pero ni los atrae ni los invita.

—Alabado sea Jesucristo —dijo Josephus.

El anciano contestó con un murmullo.

—Con vuestro permiso —dijo Josephus—, ¿sois extranjero como yo o un habitante de esta hermosa colonia?

—Extranjero —contestó el hombre de barba blanca.

—Venerable, tal vez podáis decirme si es posible llegar desde aquí al camino que lleva a Ascalón.

—Es posible —contestó el anciano.

Y se puso de pie lentamente, con los miembros un poco duros; era un gigante flaco. De pie, se quedó mirando la hueca lejanía. Josephus advirtió que el anciano gigante tenía poco deseo de conversar, pero quería hacerle otra pregunta.

—¿Me permitís una sola pregunta más, Venerable? —le dijo gentilmente y

Librodot

vio los ojos del hombre regresar de la lejanía, para observarle fría y atentamente.

—¿Conocéis tal vez el lugar donde se puede encontrar a Dion, el padre Dion, llamado Dion Púgil?

El extranjero contrajo un poco las cejas y su mirada resultó aún más fría.

—Lo conozco —dijo apenas.

—¿Lo conocéis? —exclamó Josephus—. Decídmelo entonces, porque hacia allá voy, a ver al padre Dion.

El anciano bajó su mirada examinadora sobre él. Mucho le hizo esperar su contestación. Luego se retiró hasta su lugar de antes, volvió a dejarse caer al suelo y se sentó apoyado en el tronco, como había estado. Con un breve además indicó a Josephus que se sentara también. Éste obedeció al ademán, sintió por un segundo al sentarse el gran cansancio de sus miembros, pero lo olvidó en seguida, para prestar toda su atención al anciano. Éste parecía hundido en la meditación; un rasgo de rechazante severidad apareció en su aspecto lleno de dignidad y sobre este estuvo todavía extendida otra expresión, otro rostro, como una máscara transparente, una expresión de viejo y solitario dolor, al cual el orgullo y la dignidad no permitían la menor manifestación.

Pasó mucho tiempo antes de que la mirada del venerable tornara a posarse en él. Y esa mirada volvió ahora también a examinarlo con suma agudeza; de repente, el anciano formuló en tono imperativo la pregunta:

—¿Quién sois, pues?

—Un penitente —contestó Josephus—, por muchos años hice vida retirada.

—Eso se ve. Pregunto quién sois.

—Me llamo Josephus y llevo el apodo de Famulus.

Cuando Josephus dijo su nombre, el anciano, que por lo demás se mantuvo inmóvil, contrajo las cejas tan fuertemente que sus ojos por un momento se tornaron casi invisibles; pareció sorprendido, asustado o desilusionado por la respuesta de Josephus; o tal fuera solamente un cansancio de la vista, un debilitamiento de la atención, quizá un pequeño acceso de flaqueza, como suelen tener los ancianos. Pero siguió perfectamente inmóvil, mantuvo los ojos un rato apretados y, cuando los volvió a abrir, la mirada pareció trasformada o lo estaba, porque semejaba más vieja, más solitaria, petrificada y expectante. Lentamente abrió los labios para decir:

—Oí hablar de vos. ¿Sois aquel a quien la gente acude para confesarse?

Josephus afirmó perplejo, sintiendo el reconocimiento como una desagradable desnudación, avergonzado ya por segunda vez al encontrarse con su fama.

Otra vez preguntó al anciano con su manera imperativa:

—¿Y ahora queréis visitar a Dion Púgil? ¿Qué queréis de él?

—Confesarme.

—¿Y qué esperáis?

—No lo sé. Tengo confianza en él; hasta me parece que es una voz de

Librodot

arriba, una guía, la que me lleva a él.

—¿Y después que hayáis confesado, qué?

—Haré lo que él me ordene.

—¿Y si os aconseja o manda algo falso?

—No averiguaré si es falso o no, obedeceré solamente.

El anciano no dejó oír más un sola palabra.

El sol estaba muy bajo ya, un pájaro cantada en la rama de un árbol. El anciano se quedó callado, Josephus se puso de pie. Ingenuamente volvió al tema que le preocupaba.

—Habéis dicho que conocéis el lugar donde puede hallarse al padre Dion. ¿Puedo pediros que me nombréis el lugar y me indiquéis el camino para llegar hasta él?

El anciano contrajo los labios en una especie de sonrisa.

—¿Creéis —preguntó dulcemente— que le agradará vuestra visita?

Sorprendido y asustado por la pregunta, Josephus no contestó. Estaba perplejo. Luego dijo:

—Por lo menos, ¿puedo esperar que os volveré a ver?

El anciano hizo un ademán de saludo y contestó:

—Dormiré aquí y me quedaré hasta poco después de levantarse el sol. Podéis marchar ahora, estaréis cansado y hambriento.

Josephus se fue, después de un respetuoso saludo, y llegó a la pequeña colonia al caer de la oscuridad. Vivían allí, como en un monasterio, los que se llamaban “retraídos”, cristianos de diversas ciudades y pueblos, que se habían construido un techo en la soledad, para dedicarse sin molestias a una vida simple, pura, de paz y contemplación. Le dieron agua, alimento y un lugar para pasar la noche y le ahorraron preguntas y contestaciones, viéndole tan cansado. Alguien dijo la oración nocturna, en la que participaban de rodillas los demás; todos juntos decían el “amén”. En otros tiempos, la compañía de estos religiosos hubiera sido para él un acontecimiento y una alegría, pero ahora él tenía un solo propósito y muy de mañana volvió de prisa adonde había dejado al anciano el día anterior. Lo halló tendido en el suelo durmiendo, envuelto en una delgada manta, y se sentó aparte, debajo de los árboles, para esperar que despertara. Pronto el durmiente se inquietó, despertó, salió de la manta, se puso de pie pesadamente y estiró los miembros entumecidos; luego se arrodilló en el suelo y pronunció su oración. Cuando volvió a ponerse de pie, Josephus se le acercó y se inclinó ante él en silencio.

—¿Has tomado ya el desayuno? —preguntó el extranjero.

No. Acostumbro comer una sola vez en el día y únicamente después de la puesta del sol. ¿Tenéis hambre, venerable?

—Estamos de viaje —contestó el otro— y ya no somos jóvenes. Es mejor que comamos un bocado, antes de seguir adelante.

Josephus abrió su bolsa y le ofreció sus dátiles; de aquella buena gente había recibido un pan de mijo, que compartió con el anciano.

—Podemos marchar —dijo el anciano, después de comer.

—¿Iremos juntos? —exclamó Josephus complacido.

Librodot

—Ciertamente. Me pediste que te llevara a ver a Dion. Vamos, pues.

Sorprendido y feliz, Joseph le miró.

—¡Qué bueno sois! —exclamó y quiso decir palabras de agradecimiento. Pero el extranjero lo hizo callar con un ademán rudo.

—Bueno es solamente Dios —dijo—. Y ahora, en marcha. Y háblame como yo te hablo. ¿Qué cuentan las fórmulas y los cumplidos entre dos viejos penitentes?

El gigante partió y Josephus lo acompañó. La jornada había comenzado. El guía parecía estar seguro de la dirección y del camino, y anunció que para el mediodía llegarían a un lugar de sombra, donde podrían descansar durante las horas de mayor bochorno.. Más no se habló por el camino.

Sólo cuando llegaron al lugar de descanso después de las horas de más calor y se concedieron descanso a la sombra de rocas resquebrajadas, volvió Josephus a dirigir la palabra a su guía. Le preguntó cuántos días de camino necesitarían para llegar a Dion Púgil.

—Sólo depende de ti —contestó el anciano.

—¿De mí? —exclamó Josephus—. ¡Oh, si dependiera solamente de mí, estaría hoy mismo a su lado!

El anciano no pareció tampoco ahora muy dispuesto a conversar.

—Veremos —dijo apenas, se colocó de costado y cerró los ojos.

Era desagradable para Josephus verle dormitar; se retiró un poco más lejos y se acostó y, sin darse cuenta, se durmió él también, porque había pasado la noche anterior casi en vela. Su guía le despertó, cuando le pareció el momento de reanudar la marcha.

Muy tarde ¡legaron a un lugar de descanso con agua, árboles y hierba; bebieron, se lavaron y el anciano resolvió que se quedarían allí. Josephus no estaba de acuerdo y se permitió tímidas objeciones.

—Dijiste hoy —insistió— que sólo dependía de mí llegar más pronto o más tarde a ver al padre Dion. Estoy dispuesto a caminar muchas horas más, si realmente puedo llegar hoy o mañana.

—¡Oh, no —dijo el otro—, por hoy hemos ido bastante lejos!

—Perdona —dijo Josephus—, ¿pero no puedes comprender mi impaciencia?

—La comprendo. Pero de nada te servirá.

—¿Por qué me dijiste, pues, que dependía de mí?

—Es así como dije. Apenas tengas la seguridad de que quieres confesarte y sepas que estás preparado y maduro para hacer tu confesión, podrás hacerla.

—¿Hoy mismo?

—También hoy mismo.

Asombrado, Josephus miró el rostro envejecido y tranquilo.

—¿Es posible? —exclamó vencido—. ¿Eres tú el padre Dion?

El anciano asintió con la cabeza.

—Descansa bajo estos árboles—le dijo amablemente—, pero no duermas; recógete en ti mismo; yo también quiero descansar y abstraerme. Luego

Librodot

puedes decirme lo que desees decir.

Así de pronto Josephus se vio llegado a la meta y apenas podía concebir que no hubiese reconocido y comprendido antes al digno penitente, después de caminar un día entero a su lado. Se retiró, se arrodilló y oró, y luego concentró por entero sus pensamientos en lo que debía decir al confesor. Una hora después, volvió y preguntó si Dion estaba preparado.

Y pudo confesarse. Y corrió así de sus labios todo lo que desde años atrás había vivido y lo que parecía haber ido perdiendo siempre más su valor y su sentido; fluyó como narración, acusación, pregunta, queja, toda la historia de su vida de cristiano y penitente, que se imaginó como iluminación y salvación y como tal emprendió y al fin vio convertida en tanta confusión, oscuridad y desesperación. No se calló tampoco los sucedidos más recientes, su fuga y la sensación de libertad y esperanza que le trajo esta fuga, la forma en que nació su decisión de visitar a Dion, su encuentro con él y el hecho también de que puso en él, más anciano, su confianza y su afecto en seguida, aunque estos días lo juzgó a menudo frío, raro y hasta caprichoso.

El sol estaba ya muy bajo, cuando Josephus concluyó de hablar. El anciano Dion había escuchado con incansable solicitud, evitando toda interrupción y pregunta. Y también ahora, terminada la confesión, no salió de sus labios una sola palabra. Se levantó pesadamente, miró a Josephus con gran afecto, se inclinó hacia él, lo besó en la frente y trazó sobre él el signo de la cruz. Sólo más tarde, Josephus advirtió que éste era el mismo ademán mudo, fraternal y deliberadamente falto de condenación, con el cuál solía despedir él mismo a quien se confesaba ante él.

Casi en seguida, rezaron la oración de la noche y se acostaron. Josephus meditó y caviló un rato más; en realidad, había estado aguardando una condena y un sermón lleno de reproches, pero no estaba ni desengañado ni inquieto; le habían bastado la mirada y el beso de Dion; había paz en él y muy pronto cayó en sueño bienhechor.

Sin perderse en palabras, el anciano lo llevó consigo por la mañana; realizaron una etapa bastante larga y luego cuatro o cinco más, y llegaron al claustro de Dion. Y allí vivieron; Josephus ayudaba a Dion en las pequeñas tareas diarias; conoció y compartió también su vida de todos los días, que no era muy distinta de aquella que él mismo ¡levara durante muchos años. Ya no estaba solo, vivía protegido a la sombra de otro y ésa era una existencia enteramente distinta. Y de las colonias de los alrededores siguieron llegando siempre hombres necesitados de consejos o confesión. Al comienzo, Josephus se retiraba de prisa cuando llegaban estos visitantes, y volvía a dejarse ver ciando se habían ido. Pero cada vez más a menudo lo llamaba Dion, como se llama a un sirviente, le hacía traer agua o cumplir cualquier otro menester y, después de proceder por un tiempo así, acostumbró a Josephus a asistir a las confesiones, escuchándolas como él, si el confesando no se oponía. Mas para muchos, para la mayoría, era agradable no estar solos frente al temido Púgil, sentados o arrodillados, y tener cerca en cambio aquel ayudante tranquilo, de amable mirar y siempre dispuesto a servir. De este modo aprendió paulatinamente la forma en que Dion recibía la confesión, el tipo de su consolador acercamiento, la modalidad de su intervención y de su resolución, de su castigo y de su consejo. Raramente se permitía una pregunta, como una vez, por ejemplo, cuando se anunció de

Librodot

paso un sabio hombre de letras.

El hombre, como se desprendía de lo que decía, tenía amigos entre los magos y los astrólogos; descansando, estuvo sentado con los dos penitentes una hora o dos, huésped cortés y hablador; conversó mucho, suelta y bellamente, de los astros y del largo viaje que el ser humano junto con sus dioses debe realizar a través de todas las casas del zodíaco, desde el comienzo hasta el fin de los tiempos. Habló de Adán, el primer hombre, que era una sola persona con Jesús el Crucificado y definió la redención por Él como el viaje de Adán desde el árbol del conocimiento hasta el de la vida; pero denominaba a la serpiente del paraíso la guardadora de la primera fuente sagrada de la oscura profundidad de cuyas aguas nocturnas procedían todas las formas, todos los hombres y los dioses. Dion escuchó atentamente a este hombre que hablaba el sirio con fuerte mezcla de griego, y Josephus se asombró y aun le chocó que no rebatiera airadamente con su conocida valentía todos estos errores paganos y que por el contrario el culto monólogo del sabihondo peregrino pareciera divertirlo y merecer su interés, porque no sólo escuchaba con abandono, sino que sonreía y a menudo aun asentía con la cabeza a ciertas palabras del verboso sabio, como si le gustaran.

Cuando este hombre se fue, Josephus preguntó con voz brusca y casi en tono de reproche:

—¿Cómo pudo ser que hayas escuchado con tanta paciencia las equivocadas doctrinas de este descreído pagano? Y las escuchaste, me pareció, no sólo con paciencia, sino también con interés y aun con cierto deleite. ¿Por qué no te enfrentaste con él? ¿Por qué no intentaste rebatir a este hombre, por qué no lo castigaste, convirtiéndolo además a la fe de nuestro Señor?

Dion acuñó la cabeza sobre su delgado y arrugado cuello y contestó:

—No lo confuté, porque de nada hubiera servido; más aún: porque no me hubiera hallado en condiciones de hacerlo siquiera. En hablar y combinar reglas y conocer mitología y estrellas este hombre me es sin duda muy superior; nada hubiera logrado. Además, hijo mío, no me compete a mí, ni a ti, oponerse a la fe de un ser humano, afirmando que lo que cree es mentira y error. Lo confieso, escuché a este inteligente hablador con cierto placer, como bien notaste. Me causó placer, porque habló en forma excelente y mucho sabe, pero sobre todo porque me recordaba los días de mi juventud, porque entonces me ocupé mucho con esos estudios y conocimientos. Las cosas de la mitología, acerca de las cuales el extranjero dijo tan bellamente, no son en absoluto errores. Son ideas y símbolo de una fe que nosotros ya no necesitamos porque hemos logrado la fe en Jesús, el único Salvador. Mas para aquellos que no han encontrado aún nuestra fe y tal vez no pueden ya encontrarla siquiera, sus creencias, procedentes de la antigua sabiduría de los antepasados, son justamente respetables. Es cierto, mi querido; nuestra fe es otra, muy otra. Pero no porque esta fe nuestra no necesite de la doctrina de los astros y los eones, las primeras aguas y las madres del mundo y todos esos símbolos, aquellas doctrinas en sí son error, mentira o engaño.

—Pero nuestra fe —exclamó Josephus— es la mejor, sin embargo, y Jesús murió por todos los seres humanos; por eso aquellos que lo conocen

Librodot

deben combatir esas doctrinas anticuadas y poner en su lugar las nuevas y correctas ...

—Ya lo hicimos hace mucho, tú y yo y muchos más —contestó Dion suavemente—. Somos creyentes, porque hemos llegado a la fe, llevados por el poder del Redentor y su muerte salvadora. Aquellos otros, en cambio, mitológicos y teólogos del zodiaco y las viejas doctrinas, no han sido dominados por ese poder y no nos está concedido obligarlos a sentirse dominados. ¿No advertiste, Josephus, qué bien, con qué habilidad suma supo hablar este mitólogo y combinar su juego de imágenes y, al mismo tiempo, qué bien se sentía con eso, en qué forma tranquila y armoniosa vive en su sabiduría de fantaseos y símbolos? Bien, esto es una prueba de que ningún gran dolor oprime a este ser, de que está contento y le va bien. A seres de esta clase, uno de nosotros nada tiene que decir. Para que un hombre necesite la redención y la fe en ella, para que pierda la alegría del saber y la armonía de sus pensamientos y acepte la gran aventura de la fe en el milagro de la redención, debe irle muy mal, pero muy mal, debe haber pasado por el dolor y el desengaño, la amargura y la desesperación; el agua debe llegarle al cuello. No, Josephus, ¡dejemos a estos paganos cultos en su bienestar, dejémoslos en la felicidad de su saber, su pensar y su discurrir! Tal vez mañana, dentro de un año, de diez, uno de ellos sufrirá el dolor que hace trizas de su arte y su sabiduría, tal vez le matará la mujer que él ama o su único hijo, tal vez caerá enfermo o en la miseria; cuando lo encontremos entonces, nos preocuparemos por él y le diremos de qué manera hemos tratado de domine el dolor. Y si nos pregunta: “¿Por qué no me lo habéis dicho ayer o hace diez años?”, le contestaremos: “Entonces no te iba aún bastante mal”.

Se puso serio y calló un rato. Luego, como saliendo de un ensueño de recuerdos, agregó:

—También yo jugué mucho un tiempo con la sabiduría de los antepasados y con ella me divertí, y cuando ya estaba en el camino de la cruz, muchas veces me agradó teologizar y aun me proporcionó afanes, por cierto. Mis pensamientos se ocupaban mucho de la creación del mundo y con ello me convencí de que al final de la misma todo tendría que haber estado realmente bien, porque está escrito: “Dios miró todo lo que hizo y, en verdad, todo estaba muy bien”. Pero, en realidad, sólo por un instante estuvo bien y fue perfecto, el instante del paraíso, y ya enseguida cayó sobre la perfección la culpa, la maldición, porque Adán comió de aquel árbol de que le había sido vedado comer. Hubo, pues, maestros que dijeron: el dios que hizo la creación, a Adán y al árbol del conocimiento, no es el Dios único y supremo, sino sólo una parte o un subdiós, un demiurgo, y la creación no es perfecta, le fracasó, y por una larga era de mundos lo creado está maldecido y expuesto al mal, hasta que Él mismo, el Único Dios Espíritu, resolvió poner fin mediante su hijo a la era maldita. Desde ese momento, ellos enseñaron y lo pensé yo también, comenzó la agonía del demiurgo y de su creación y el mundo va muriéndose y se marchita, hasta que en una nueva era no habrá creación, mundo, carne, codicia, pecado, generación física, nacimiento y muerte, sino que nacerá un mundo perfecto, espiritual, redimido, libre de la maldición de Adán, libre de la maldición eterna y del eterno impulso del deseo, la generación, el nacer y el morir. Atribuimos la culpa de los males

Librodot

aquellos más al demiurgo que al primer hombre; creíamos que para el demiurgo, si hubiera sido realmente dios, hubiera sido fácil crear a Adán diverso, diferente, o evitarle la tentación. Y así tuvimos al final de nuestras deducciones dos dioses, el dios de la creación y Dios Padre. Y no vacilamos en condenar al primero como jueces. Hasta hubo aquellos que se adelantaron un paso más y afirmaron que la creación no fue obra de Dios sino del diablo. Creímos ayudar con nuestra sabiduría al Redentor y a la era inminente del espíritu, y arreglamos a los dioses, los mundos y los planes universales, y disputamos e hicimos teología, hasta que un día yo tuve fiebre y enfermé de muerte, y en los sueños de la fiebre tuve que vérmelas con el demiurgo, tuve que hacer la guerra y derramar sangre, y los rostros y las angustias se tornaron cada vez más horribles, hasta que durante la noche de fiebre más alta creí que tenía que matar a mi madre para poder borrar mi nacimiento carnal. El demonio me azuzó con todos sus perros durante aquellos delirios febricientes. Pero sané y, para desengaño de mis amigos de antes, volví a la vida como un tonto, callado y falto de espíritu que por cierto recobró pronto las fuerzas del cuerpo, pero no el gusto de filosofar. Porque en los días y las noches de la convalecencia, cuando aquellos horribles sueños de la fiebre se disiparon y yo dormía casi constantemente, sentí a mi lado al Redentor en cada instante despierto y sentí su fuerza pasar en mí y cuando estuve sano otra vez, sentí tristeza porque no advertía ya más su proximidad. Pero en su lugar noté una gran nostalgia por aquella proximidad y lo vi claro: apenas volví a escuchar aquellas disputas, percibí que esta nostalgia —lo mejor que tenía entonces— corría peligro de perderse, de diluirse en ideas y palabras como el agua en la arena. Y bien, amigo, tuvo fin mi saber y mi teología. Desde entonces yo pertenezco a los simples. Pero no impediré ni estimaré menos a quien sepa hablar de filosofía y mitología, a quien sepa entretenerse con los juegos con que yo también me entretuve una vez. Si una vez tuve que conformarme con que el demiurgo y el dios espíritu, la creación y la redención, en su inconcebible combinación e igualdad, siguiesen siendo enigmas insolubles para mí, también debo conformarme con que no debo convertir en creyentes a los filósofos. No es mi oficio.

Una vez, después que alguien confesara un asesinato y un adulterio, Dion dijo a su ayudante:

—Asesinato y adulterio son palabras tremendas y grandes; son feas, ciertamente. Pero te diré, Josephus; en realidad, esta gente del mundo no son siquiera verdaderos pecadores. Toda vez que trato de colocarme en su caso, me parecen apenas niños. No son valientes, buenos, nobles, sino egoístas, libidinosos, altaneros, coléricos, es cierto; pero en el fondo son inocentes, a la manera precisamente de los niños.

—Pero a menudo —observó Josephus— los regañas violentamente y pintas el infierno ante sus ojos.

—Por eso mismo. Son niños, y cuando tienen remordimientos de conciencia y vienen a confesarse, quieren ser tomados en serio y amonestados severamente. Por lo menos así opino yo. Tú lo hiciste de otra manera, en tus tiempos, no has regañado ni castigado ni impuesto penitencias, sino que fuiste amable y generoso y despediste a la gente con un beso de hermano. No puedo censurarte, no, pero no podría imitarte.

—Está bien —dijo Josephus, titubeando—; pero dime por qué, pues,

Librodot

cuando me confesé contigo, no me trataste como a los demás, sino que me besaste en silencio y no pronunciaste una sola palabra de condenación.

Dion Púgil posó su penetrante mirada en él.

—¿No estuvo bien lo que hice? —preguntó.

—Yo no digo que no haya estado bien. Seguramente lo estuvo, de otra manera la confesión no me hubiera aliviado tanto.

—Déjalo todo así, pues. También te impuse una penitencia severa y larga, aunque sin palabras. Te llevé conmigo y te traté como a un sirviente y te llevé de nuevo a la fuerza al oficio del que querías huir.

Se volvió. No le gustaban las largas conversaciones. Pero Josephus fue terco esta vez.

—Tú sabías entonces de antemano que yo te obedecería, lo había prometido antes de la confesión, y aun antes de conocerte. No, dime: ¿fue realmente por este solo motivo por lo que procediste conmigo de esa manera?

El otro dio unos pasos a uno y otro lado, se detuvo delante de él, le puso una mano en el hombro y dijo:

—La gente del mundo son niños, hijo mío. Y los santos ..., bien, los santos no vienen a confesarse. Pero nosotros, tú y yo y los que son como nosotros, los penitentes huidos del mundo, no somos niños, no somos inocentes y no podemos ser puestos en razón con sermones. Nosotros somos los verdaderos pecadores, aquellos que sabemos y pensamos, que hemos comido del árbol del conocimiento y no debemos tratarnos como niños que se castigan con una vara y luego se dejan ir. Después de la confesión y la penitencia, nosotros no nos escapamos de nuevo al mundo infantil, donde se celebran fiestas, se hacen negocios y, ocasionalmente, uno mata a otro; no pasamos por el pecado como por un mal sueño breve, que se lava con la confesión y el sacrificio: nos quedamos en él, nunca somos inocentes, siempre somos pecadores, permanecemos en el pecado y en el incendio de nuestra conciencia y sabemos que nunca podremos pagar nuestra culpa grande, a menos que Dios, después de nuestra muerte, nos mire magnánimo y nos acepte en su gracia. Ésta es la razón, Josephus, por la que no puedo endilgar sermones ni a ti ni a mí, ni imponeros penitencias. Nada tenemos que ver con esta o aquella desviación o falta, sino siempre con la falta original. Por eso nosotros no podemos tranquilizarnos mutuamente más que con estar enterados y amarnos fraternalmente, pero no podemos curarnos mediante el castigo. ¿No lo sabías?

En voz baja contestó Josephus:

—Es así. Yo lo sabía.

—No hablemos, pues, inútilmente —dijo con brusquedad el anciano y fue hasta la piedra delante de su cabaña, sobre la cual solía estar.

Pasaron algunos años y el padre Dion se fue debilitando más y más, tanto que Josephus tenía que ayudarle por la mañana, porque no se podía levantar por sí solo. Después iba a rezar y tampoco en la oración podía desempeñarse por sí mismo, Josephus debía ayudarle. Luego estaba sentado todo el día y miraba lejos. Esto ocurría muchas veces; otros días el anciano se bastaba a sí mismo para levantarse. Tampoco podía, recibir confesiones

Librodot

todos los días, y cuando algún hombre acababa de confesarse con Josephus, Dion lo llamaba y le decía:

—Estoy llegando al fin, hijo mío, estoy llegando al fin. Di a la gente: este Josephus que ves aquí es mi sucesor.

Y si Josephus trataba de esquivarse y quería intervenir con alguna palabra, el anciano lo miraba con aquellos ojos terribles que penetraban en uno como un rayo de acero.

Un día que se levantó sin ayuda y parecía tener más fuerza, llamó a Josephus y lo llevó a un lugar en el extremo de su jardincillo.

—Aquí —le dijo— está el lugar donde me sepultarás. Cavaremos juntos la fosa; tenemos un poco de tiempo todavía. Búscame la pala.

Todos los días, muy temprano por la mañana, cavaron un poco. Si Dion se sentía fuerte, sacaba él mismo algunas paladas de tierra, con gran esfuerzo, pero con cierta alegría, como si esa tarea le complaciera. Y esta alegría no desaparecía en él tampoco en el resto de la jornada; desde que estuvieron cavando, estuvo siempre de buen humor.

—Plantarás una palmera sobre mi tumba —le dijo una vez durante la labor—. Tal vez puedas comer de sus frutos todavía. Si no lo haces tú, lo hará otro. Ya planté de vez en cuando un árbol, pero pocos, demasiado pocos. Muchos dicen que un hombre no tiene que morir sin haber plantado un árbol y tenido un hijo. Bien, pues, yo dejo un árbol y te dejo a ti, tú eres mi hijo.

Estaba sosegado *y* más alegre que cuando lo conoció Josephus, y lo fue cada vez mas. Una noche —ya estaba oscuro y ello habían comido y orado—, llamó a Josephus desde su lecho y le pidió que se sentara un rato más a su vera.

—Quiero contarte algo —le dijo amablemente; no parecía cansado ni tenia sueño—. ¿Recuerdas todavía, Josephus, qué malos tiempos pasaste en tu claustro allá cerca de Gaza y cómo estabas harto de tu vida? ¿Y cómo te diste a la fuga y resolviste visitar al viejo Dion y contarle tu historia? ¿Y cómo encontraste al anciano en la colonia de los hermanos, y le preguntaste dónde vivía Dion Púgil? Bien... ¿No fue casi un milagro que ese anciano fuera el mismo Dion? Te diré cómo ocurrió; también para mi fue cosa notable, casi un milagro.

Tú sabes cómo es eso, cuando un penitente y confesor envejece y ha escuchado Untas confesiones de pecadores que lo consideran santo y sin pecados y no saben que es más pecador que ellos. Entonces, todo su trajín le parece inútil y vano, y lo que un día le pareció santo y muy importante, es decir, que Dios le colocara en ese lugar y lo considerara digno de escuchar la suciedad y los delitos de las almas humanas y pudiera aliviarlos, ya le resulta ahora carga pesada, demasiado pesada, una maldición casi, y al final se horroriza por todo pobre que llega a él con sus pecados infantiles, y desea que se vaya y desea irse él mismo, aunque sea con una soga de la rama de un árbol. Así te ocurrió. Y ahora ha llegado para mí también la hora de la confesión y me confieso: a mí también me pasó como a ti, yo también creí estar de más y agotado espiritualmente y ya incapaz de soportar que la gente viniera continuamente, llena de confianza, a verme y me trajeran todo el mal y el hedor de la vida humana, que los torturaban y que me torturaban

Librodot

también a mí.

"A menudo oí hablar de un penitente de nombre Josephus Famulus. También a él acudían con gusto los hombres para confesarse y muchos acudían a él prefiriéndolo a mí, porque decían que era un hombre dulce y amable, que nada quería de la gente y no la regañaba, la trataba como si fueran hermanos; los escuchaba y los dejaba ir con un beso. Ésta no era mi manera, tú lo sabes, y cuando oí hablar de este Josephus por primera vez, su forma de proceder me pareció casi tonta y demasiado infantil. Pero cuando comenzó a resultarme problemático si mi modo servía para algo, tuve mis razones para abstenerme de juzgar y menospreciar la forma del tal Josephus. ¿Qué fuerzas tendría este hombre? Sabía que era más joven que yo, pero también cerca de la edad provecta; esto me gustó, en un joven no hubiera confiado muy fácilmente. En cambio, me sentía atraído por él. Resolví, pues, peregrinar hasta él, confesarle mi miseria y pedirle consejo, o si él no me daba consejo, lograr por lo menos consuelo y fuerzas, tal vez. La misma resolución me aprovechó por sí sola y me alivió.

"Comencé el viaje y me dirigí en peregrinación hacia el lugar donde me decían que tenia su claustro. Entre tanto, sin embargo, el hermano Josephus había pasado por idéntico trance y hecho lo mismo; ambos nos habíamos dado a la fuga, para encontrar consejo uno en el otro. Cuando luego, sin haber alcanzado su choza todavía, le vi, lo reconocí ya en la primera conversación; tenía el aspecto que había imaginado. Pero estaba huyendo, le había ido mal, tan mal como a mí o peor aún, y no deseaba oír confesiones, sino que deseaba confesarse él mismo y colocar en ajenas manos su miseria. En ese momento, esto me sorprendió y desilusionó, me entristecí. Porque si también Josephus, que no me conocía, se había cansado de su tarea y había dudado del sentido de la vida, ¿no significaría esto que nada había que hacer con nosotros, que ambos habíamos vivido en vano y habíamos fracasado?

"Te cuento lo que ya sabes, permite que abrevie. Aquella noche me quedé solo cerca de la colonia, mientras tú hallaste hospedaje de los hermanos; medité y me coloqué en lugar de Josephus y pensé: ¿qué hará cuando mañana sepa que huyó inútilmente y puso también inútilmente su confianza en Dion Púgil, cuando sepa que también Púgil es un fugitivo, un azuzado? Cuanto más me colocaba en su lugar, más pena me daba Josephus y me pareció que Dios me lo enviaba, para reconocernos y sanarnos mutuamente. Entonces pude dormir, ya era más de medianoche. Al día siguiente peregrinaste conmigo y fuiste mi hijo.

"Quise contarte esta historia. Oigo que lloras. Llora, te hace bien. Y puesto que ya me volví tan indebidamente conversador, hazme el favor y escucha esto aún y guárdalo en tu corazón. El hombre es sorprendente, poco se puede fiar en él, no es imposible por lo tanto que alguna vez te asalten nuevamente aquellos dolores y aquellas tentaciones y traten de vencerte. ¡Que nuestro Señor te envíe entonces un hijo y un cuidador tan amable, paciente y consolador como Él me otorgó uno en ti! Pero por lo que se refiere a la rama del árbol en la que te hizo soñar el Maldito, y a la muerte del pobre Judas Iscariote, puedo decirte esto: no es solamente pecado y locura prepararse semejante muerte, aunque para nuestro Redentor sea fácil perdonar también este pecado. Pero es, además, una desgracia si un hombre

Librodot

muere en la desesperación. Dios nos manda la desesperación no para que nos matemos, sino para despertar una nueva vida en nosotros. Más, cuando nos envía la muerte, Josephus, cuando nos libera de la tierra y del cuerpo y nos llama hacia El, en el más allá, es una gran alegría. Poder dormir cuando estamos cansados; poder dejar caer la carga, si la hemos llevado mucho tiempo al hombro, es una cosa preciosa y admirable. Desde que cavamos la fosa —no olvides la palmera que debes plantar en ella—, desde que comenzamos a cavar la fosa, me he vuelto más alegre y más contento, de lo que estuve por muchos años.

"Charlé mucho, hijo mío, estarás cansado. Vete a dormir, ve a tu choza. ¡Que Dios sea contigo!"

Al día siguiente, Dion no apareció para la oración de la mañana, ni llamó a Josephus. Cuando éste asustado entró despacio en la cabaña de Dion y se acercó a su lecho, lo halló dormido en Dios, y su rostro estaba iluminado por una sonrisa de niño, levemente luminosa.

Lo sepultó, plantó la palmera sobre la tumba y vivió todavía hasta el año en que la planta dio sus primeros frutos.

Librodot

EXISTENCIA HINDÚ

UNA de las partes de Vichnú, mejor dicho, una de las partes de Vichnú convertidas en ser humano y encarnadas en Rama, en una de sus fieras luchas demoníacas con el príncipe de los demonios exterminado con la flecha de la hoz lunar, volvió bajo formas humanas al movimiento circular de lo creado, se llamó Ravana y vivió como príncipe guerrero a orillas del amplio Ganges. Fue el padre de Dasa. La madre de Dasa murió joven y, apenas su sucesora dio un hijo al príncipe, se le cruzó a la mujer el pequeño Dasa en el camino; en su lugar, que era el del primogénito, deseó ver consagrado un día como señor a su hijo Nala y rapo enemistar a Dasa con su padre y resolvió quitar de en medio al muchacho en la primera ocasión favorable. Pero no se le escapó la intención a un brahmán de la corte de Ravana, Vasudeva, el experto en sacrificios, y el sabio supo impedir el propósito. Le daba pena el niño y también le parecía que el pequeño príncipe había heredado de su madre una disposición para la piedad y un sentido del derecho. Cuidó, pues, de Dasa, para que no le pasara nada, y esperó la oportunidad de sacarlo de manos de la madrastra.

El raja Ravana poseía un hato de vacas consagradas a Brahma, que se consideraban santas y con cuya leche y manteca se hacían numerosos sacrificios al dios. En el país se les reservaban los mejores sitios del pastaje. Ocurrió un día que uno de los cuidadores de estas vacas dedicadas a Brahma vino a entregar una carga de manteca y a anunciar que en la región donde habían pastado las vacas se preveía una gran sequía próxima, de manera que los pastores habían decidido de común acuerdo llevar ese ganado más adelante hacia las montañas, donde hasta en los periodos más áridos no faltaban nunca ni las fuentes ni el forraje fresco. El brahmán se confió con ese pastor que conocía desde años atrás; era un buen amigo fiel y, cuando al día siguiente el pequeño Dasa, hijo de Ravana, hubo desaparecido y no pudo ser hallado, Vasudeva y el pastor fueron los únicos que conocían el secreto de su desaparición. Pero el niño Dasa había sido llevado a las colinas por el pastor; allí encontraron al rebaño que marchaba lentamente y Dasa se unió con gusto a los pastores, creció como hijo de ellos, ayudó a cuidar y arrear, aprendió a ordeñar, jugó con los terneros y estuvo tirado debajo de los árboles, bebió leche endulzada y se cubrió de boñiga los pies desnudos. Eso le gustó mucho, conoció a los pastores y las vacas y su vida, conoció la selva y sus árboles y sus frutos, gustó del mango, de los higos silvestres y del varínga, pescó las dulces raíces de loto en los verdes estanques del bosque, los días de fiesta se adornó con una corona de rojas flores de la llama del soto, aprendió a guardarse de los animales salvajes, a huir del tigre, a hacer amistad con el mundo tan inteligente y con el erizo tan alegre, a resistir la época de la lluvia en la oscura choza protectora; allí hacían sus juegos los niños, cantaban versos o tejían canastas y esteras de junco. Dasa olvidó su patria anterior y su vida precedente, pero no del todo; le parecían apenas un sueño.

Y un día que el rebaño había pasado a otra región. Dasa fue al bosque porque quería buscar miel. Tenía un gran amor y una gran admiración por el bosque desde que lo conoció y éste, además, le pareció mucho más hermoso;

Librodot

a través de la fronda y las ramas, la luz del sol se descolgaba como serpiente de oro; le encantaba como los sonidos se entrelazaban y cruzaban en suave y muelle tejido brillante, el canto de los pájaros, el murmullo de las copas, las voces de los monos; y el tejido parecía el de la luz en las frondas: luz también. Así también llegaban, se fundían y se separaban otra vez los olores, los perfumes de flores, maderas, hojas, aguas, musgos, animales, frutos, tierra y podredumbre, todo agrio y dulce, silvestre e íntimo alegre y cohibido, despertando y adormeciendo. De vez en cuando rugía en invisibles precipicios boscosos una catarata, danzaba sobre blancos corimbos una mariposa verde y sedosa con manchas negras y amarillas, crujía una rama muy honda en el bosque sombreado de azul, y pesada caía una hoja sobre otra, o pasaba una fiera en la oscuridad o se peleaba una mona camorrera, con las otras. Dasa olvidó la búsqueda de la miel, y mientras espiaba unos diminutos pajarillos brillantes y de muchos colores, entre altos helechos que formaban un bosquecillo espeso en el gran bosque, vio perderse un rastro, casi una vereda, un delgado y pequeñísimo sendero y, penetrando callado y prudente a la zaga del sendero, descubrió debajo de un árbol de muchos troncos una pequeña choza, una suerte de tienda puntiaguda, construida con helechos, casi tejida, y cerca de la choza sentado en el suelo, pero erguido, un hombre inmóvil, con las manos en descanso entre los pies cruzados, y debajo de las canas y de la ancha frente miraban hacia el suelo ojos tranquilos sin mirada, abiertos, pero dirigidos hacia adentro. Dasa comprendió que sería un santo, un yoghi; no era el primero que veía; eran hombres muy respetables y muy queridos por los dioses, y era bueno ofrendarles dones y demostrarles veneración. Pero éste aquí, sentado tan noblemente delante de su choza hermosa y oculto y sumergido en la meditación, le gustó más al niño y le pareció el más extraño y digno de todos los que había visto hasta ese momento. Rodeaba al hombre, que parecía flotar y verlo todo y saberlo todo a pesar de su mirada lejana, un nimbo de santidad, un círculo sagrado de nobleza, una ola y una llama de ardor comprimido y de fuera yoghi, que el niño no se hubiera atrevido a atravesar o a infringir con un saludo o una llamada. La dignidad y grandeza de su figura, la luz interior que irradiaba su mirada, el recogimiento y la metálica inmovilidad de sus rasgos emitían ondas y rayos en cuyo centro estaba entronizado como una luna, y la fuerza espiritual acumulada y la voluntad tranquilamente recogida en su figura extendían alrededor de él un círculo mágico fácil de percibir: este hombre hubiera podido matar a uno y devolverlo otra vez a la vida con el solo deseo o el pensamiento, sin levantar siquiera los ojos.

Más inmóvil que un árbol que por lo menos se mueve respirando con las frondas y las ramas, inmóvil como un ídolo de piedra, el yoghi estaba sentado en su lugar y tan inmóvil permaneció también el niño desde que lo vio, como clavado en el suelo, encadenado y mágicamente atraído por la figura. Estuvo mirando fijo al hombre, vio una mancha de luz solar sobre su hombro, otra mancha sobre sus manos tranquilas, vio las manchas moverse lentamente y surgir otras y, estando así asombrado, comenzó a comprender que la luz del sol nada tenía que ver con el hombre, ni tampoco el canto de los pájaros y los gritos de los monos alrededor en el bosque, ni la oscura abeja silvestre que se posó en la cara del contemplador, olió su piel, trepó un breve trecho por la mejilla y se elevó y huyó volando, ni toda la

Librodot

múltiple vida de la selva. Todo esto sintió Dasa, todo lo que los ojos ven, los oídos oyen, lo que es bello o feo, grato o terrible; todo esto no tenía relación alguna con el santo varón; la lluvia no le daría frío ni molestia, el fuego no podría quemarlo; todo el mundo en su rededor se había convertido para él en algo superficial, sin importancia. Se podía intuir de todo eso que tal vez en realidad, el mundo entero no podía ser más que juego y superficie, soplo de viento y ruido de olas sobre profundidades desconocidas, no idea sino escalofrío físico y leve mareo sobre el expectante príncipe-pastor, sensación de horror y peligro y al mismo tiempo de atracción en nostálgico deseo. Porque, MÍ lo sentía, el yoghi se había hundido a través de la superficie del mundo, a través del mundo de superficies, hasta el fondo del ser, en el misterio de todas las cosas; había penetrado y limpiado de sí la red de hechizo de los sentidos, los juegos de la luz, los ruidos, los colores, las sensaciones, y se quedaba firmemente arraigado en lo sustancial y sin mutaciones.

El niño, aunque educado un día por brahmanes y dotado de mucha luz espiritual, no comprendía esto con la razón y nada hubiera podido decir al respecto con palabras, pero lo sentía como en la hora bendita se siente la proximidad de lo divino, lo sentía como un estremecimiento de respeto y admiración por este ser, como amor por él y anhelo de una vida igual a la que parecía vivir en meditación el hombre allí sentado. Así se encontró Dasa, recordando de manera maravillosa, gracias al anciano, su origen principesco y real; tocado en el corazón, al borde del bosque de helechos, dejó que los pájaros volaran y los árboles conversaran con suave ruido; dejó que la selva fuera selva y la tierra tierra, se rindió al sortilegio y miró al ermitaño meditabundo, preso en la calma inconcebible y la absoluta inasibilidad de su figura, en la luminosa calma de su rostro, en la energía y el recogimiento de su estado, en la perfecta entrega a su servicio.

Mis tarde, no hubiera podido decir si pasó cerca de la choca dos o tres horas o si fueron días. Cuando salió del hechizo, cuando en silencio se retiró deslizándose entre los helechos, buscó el camino para salir del bosque y finalmente llegó a las amplias praderas y al rebaño, lo hizo sin saber lo que hacía, su alma estaba aún hechizada y sólo despertó cuando lo llamó uno de los pastores. Éste lo recibió con duras palabras de reproche por su larga ausencia, pero cuando Dasa lo miró sorprendido con grandes ojos como si no comprendiese palabra, el pastor calló en seguida, asombrado por la mirada extraña y rara del niño y su porte solemne. Pero al cabo de un rato le preguntó:

—¿Dónde estuviste, querido? ¿Viste tal vez a un dios o encontraste a un demonio?

—Estuve en la selva —contestó Dasa—, me sentí atraído, quería buscar miel. Pero luego me olvidé de eso, porque vi allí a un hombre, un ermitaño, sentado, hundido en la contemplación o en la oración y, cuando lo vi y observé su rostro luminoso, tuve que quedarme y mirarlo largo rato. Al anochecer quisiera volver allá y llevarle regalos: es un santo.

—Hazlo —dijo el pastor—, llévale leche y manteca dulce; hay que honrarlos y darles cosas a los santos.

—¿Pero cómo debo dirigirle la palabra?

Librodot

—No hace falta que le hables, Dasa, inclínate ante él, nada más; coloca tus regalos delante de él, más no hace falta.

Y así lo hizo. Tardó un rato antes de volver a hallar el lugar. El sitio delante de la choza estaba desierto y no se atrevió a entrar en la cabaña; colocó, pues, sus regalos en la entrada, en el suelo, y se alejó.

Mientras los pastores estuvieron con las vacas en la cercanía del lugar, todas las noches llevó ofrendas al santo y acudió también una vez de día, encontró al venerable rezando en contemplación y no resistió tampoco esta vez la tentación de recibir como espectador afortunado un rayo de fuerza y de beatitud del santo varón. Y aun después que abandonaron esa región y Dasa ayudó a llevar el rebaño a otras praderas, no pudo por mucho tiempo olvidar la aventura en la selva, y como lo hacen los niños, a veces, cuando estaba solo, se abandonaba al sueño de ser él mismo un ermitaño, conocedor de las normas yoghis. Entre tanto, con el correr de los días, el recuerdo y el ensueño comenzaron a borrarse, tanto más que Dasa fue tornándose rápidamente grande y fuerte y se entregó con alegre interés a los juegos y luchas de sus coetáneos. Pero quedó en su alma un rescoldo, una ligera noticia, como si lo principesco que perdiera sólo pudiera serle devuelto o reemplazado con la dignidad y el poder del yoghismo.

Un día, como ellos se encontraran en la proximidad de la ciudad, uno de los pastores trajo de ella la noticia de que era inminente una gran fiesta: el anciano príncipe Ravana, perdidas sus fuerzas de antes y ya caduco, había fijado un día para que su hijo Nala le sucediera y fuera proclamado príncipe. Dasa quería asistir a esa fiesta, para ver la ciudad de la cual quedaba en su alma desde la niñez apenas un leve rastro de recuerdo, para oír la música, admirar el cortejo y los torneos de los nobles, y conocer una vez aquel mundo desconocido de los hombres de la ciudad y la aristocracia, tan a menudo descrito en las leyendas y los cuentos, que sabía —y esto también era solamente leyenda o cuento, o algo menos aún— haber sido el suyo propio en un lejano pasado. Los pastores habían recibido la orden de entregar en la corte una carga de manteca para los sacrificios de la festividad, y Dasa, muy satisfecho, fue uno de los tres que el jefe de los pastores designó para esa tarea.

Para entregar la mantequilla, se encontraron en la corte la tarde de la víspera, y recibió el envío el brahmán Vasudeva, que presidía los ritos de los sacrificios, y quien no reconoció al jovencito. Con mucho gozo, los tres pastores tomaron parte luego en la fiesta, vieron comenzar los sacrificios, con la dirección del brahmán, muy temprano por la mañana; vieron la dorada manteca, pasto abundante de las llamas, trasformada en incendio que elevaba sus ardientes lenguas al cielo; el fuego subía al infinito y con él el humo impregnado de grasa, grato a los treinta dioses. Vieron en el cortejo solemne a los elefantes con las plataformas de dorado techo y los guías sentados, vieron el coche real adornado con flores y en él el joven raja Nala y escucharon la música poderosamente armoniosa de los clarines. Y todo era grandioso y magnífico y un poro ridículo también, por lo menos así le pareció al joven Dasa: estaba ensordecido y embelesado y aun embriagado por el ruido, por el coche y los caballos enjaezados, por toda la pompa y el suntuoso despilfarro; quedó fascinado por las danzarinas que bailaban delante del coche principesco, mujeres de esbelta figura y delicadas como

Librodot

tallos de loto; quedó admirado por la grandeza y la belleza de la ciudad, pero lo consideró todo, sin embargo, aun en su embriaguez y alegría, con el sobrio sentir del pastor, que en el fondo desprecia al hombre de la ciudad. No pensó en que, en realidad, el primogénito era él; en que allí ante sus ojos era consagrado, ungido y festejado su hermanastro Nala, que no recordaba siquiera; en que él mismo, Dasa, hubiera debido ir en su lugar en el coche adornado con flores. En cambio no le agradó nada el joven Nala, le pareció tonto y malo en su mimada educación e insoportablemente vanidoso en su exagerada egolatría; con placer le hubiera hecho una jugarreta a este jovencito que se daba aires de príncipe y le hubiera dado una lección, pero no había oportunidad para ello y rápidamente se olvidó por lo mucho que había de ver y oír y reír y gustar. Las mujeres de la ciudad eran bellas y tenían miradas atrevidas y excitantes, movimientos y palabras de coquetas; los tres pastores pudieron escuchar frases que recordaron por largo tiempo. Las palabras, seguramente, se decían con una inflexión de burla, porque al hombre de la ciudad le pasa lo mismo con el pastor, como a éste con aquél. A pesar de esto, los jóvenes alimentados con leche y queso y casi todo el año vagantes al aires libre, estos jóvenes fuertes y hermosos gustaban mucho a las mujeres de la ciudad.

Cuando Dasa volvió de la fiesta, era un hombre, cortejaba a las muchachas y tuvo que librar muchos combates, con pesado puño y hábiles tretas, con otros jóvenes. Una vez llegaron a una región de pastos miserables y aguas estancadas, donde crecían juncos y bambúes. Allí vio a una muchacha, de nombre Pravati, y se prendó de la bella mujer con un amor insensato. Era hija de un arrendatario y el enamoramiento de Dasa fue tan vivo que lo olvidó y lo dio todo para conquistarla. Cuando los pastores, después de unos días, dejaron la región, desoyó sus advertencias y sus consejos, se despidió de ellos y de la vida pastoral que tanto amara, se avecindó allí y logró que Pravati fuera su esposa.

Cuidó para el suegro los campos de mijo y de arroz, prestó su labor en el molino y preparó leña, construyó para su mujer una choza de bambú y barro, y la mantuvo allí encerrada. Debió ser una fuerza poderosa la que movió al joven a renunciar a sus alegrías, sus costumbres y sus camaradas, a cambiar de vida y aceptar entre extraños el papel poco envidiable de yerno. Tan grande era la belleza de Pravati, tan grande y fascinadora la promesa del íntimo goce del amor que irradiaba de su rostro y de su figura, que Dasa no tuvo ojos para otras cosas y se entregó completamente a esta mujer y en realidad sintió en sus brazos una gran felicidad. Se cuentan historias de muchos dioses y santos; se narra que ellos, hechizados por una mujer encantadora, estuvieron abrazados con ella días, meses, años, y quedaron fundidos con ella, sumergidos totalmente en el goce, olvidados de todo lo demás. Parecidos hubiera deseado también Dasa su suerte y su amor. En cambio, distinto era su destino y su felicidad no duró mucho tiempo. Un año tal vez, y aun este período no estuvo colmado de mera felicidad, quedó lugar y tiempo para otras cosas, para molestas exigencias del suegro, para las pullas de los cuñados, para los caprichos de la joven mujer. Pero cuantas veces se reunía con ella en su choza, todo estaba olvidado, todo había pasado, tanto le atraía el sortilegio de su sonrisa, tan dulce era para él acariciar sus esbeltos miembros, con tantas flores, tantos perfumes y tantas sombras florecía el jardín del goce en el cuerpo juvenil de la mujer.

Librodot

No había alcanzado aún a un año esa dicha, cuando hubo intranquilidad y ruido en la región. Aparecieron mensajeros a caballo y anunciaron al joven raja; apareció el raja mismo con hombres, corceles y porfías, el raja Nala, para cazar en esa región. Se plantaron allí tiendas, se oyeron piafar caballos y tocar cuernos. Dasa no se preocupó de ello, trabajaba en los campos, cuidaba el molino y evitaba a los cazadores y a los cortesanos. Pero cuando un día volvió a su choza y no halló en ella a su mujer, a quien prohibiera severamente salir en esos momentos, sintió una punzada en el corazón y presintió que se acumulaban las desgracias sobre su cabeza. Corrió a ver al suegro, allí tampoco estaba Pravati y nadie osaba decir que la había visto. Temerosa opresión creció en su alma. Buscó por la huerta, por los campos, estuvo un día y dos días corriendo de su choza a la del suegro, espió por la llanura, bajó al pozo, oró, gritó su nombre, maldijo, buscó rastros. El más joven de sus cuñados, un niño aún, le reveló finalmente que Pravati estaba con el raja, vivía en su tienda, la habían visto salir en su caballo. Dasa acechó la tienda de Nala, sin dejarse ver; llevaba consigo la honda que empleara un tiempo siendo pastor. Cada vez que la tienda del príncipe, de día o de noche, quedaba por un segundo sin custodia, se acercaba arrastrándose, pero siempre aparecían enseguida, guardianes y él debía huir. Desde un árbol, desde una de cuyas ramas espiaba oculto la tienda, vio al raja, de quien conocía la cara antipática desde la fiesta en la ciudad, lo vio montar a caballo y partir y cuando volvió horas más tarde, bajó del corcel y penetró en la tienda cerrándola detrás de sí, vio a una joven mujer moverse en la sombra y saludar al hombre que volvía, y poco faltó para que se cayera de la rama, al reconocer en esa joven a Pravati, su mujer. Tenía ahora la certeza, y la opresión en su alma aumentó. Si la dicha de su amor con Pravati había sido grande, no menor sino mayor aún fue ahora el dolor, la furia, la sensación de la pérdida y la ofensa. Así ocurre, si un hombre reúne todo su poder de amar en un único objeto; con su pérdida, todo se derrumba en él y el desdichado se encuentra como un pobre entre las ruinas.

Un día y una noche vagó Dasa por los bosques de la región; la miseria de su corazón impelían al cansado a abandonar el breve reposo, tenía que correr y moverse, le parecía que tendría que huir y vagar hasta el fin del mundo, hasta el fin de su vida, que había perdido todo su valor y su esplendor. Pero no huyó lejos, en lo desconocido, sino que se mantuvo siempre cerca de su desgracia, giró alrededor de su choza, del molino, de los campos, de la tienda de caza del príncipe. Al final volvió a ocultarse en los árboles al lado de la tienda, se quedó allí acurrucado, espiando amargado y ardido como una fiera hambrienta en su frondoso escondite, hasta que llegó el momento esperado con la tensión de sus últimas energías, hasta que el raja apareció delante de la tienda. Entonces se dejó caer despacio de la rama, se alejó un poco, revoleó la honda y golpeó con una piedra la frente del hombre odiado, que cayó al suelo y quedó tendido de espaldas, inmóvil. Nadie pareció acudir; a través de la tempestad de gozo por la venganza, que rugió en los sentidos de Dasa, penetró por un instante tremenda y magnifica una profunda calma. Y aun antes de que se advirtiera la caída del hombre y comenzaran a hormiguear los servidores. Dasa desapareció en el bosque, entre los bambúes que seguían valle abajo.

Cuando saltó del árbol y en la embriaguez de la acción revoleó la honda y lanzó la muerte, le pareció que con ello extinguía su vida también,

Librodot

que soltaba la última energía y que, volando con la piedra fatal, se lanzaba él mismo en el precipicio de la aniquilación, satisfecho de perecer, con tal de ver caer por un instante al odiado enemigo delante de él. Pero ahora que sucedía al acto el inesperado instante de calma, el deseo de vivir, ignorado un segando antes, lo hizo retroceder ante el abismo abierto, el instinto primitivo se adueñó de sus sentidos y de sus miembros, lo empujó por el bosque y a través de los bambúes espesos del valle y le impuso huir, tornarse invisible. Apenas cuando alcanzó un refugio y se sintió lejos del primer peligro, tuvo conciencia de lo ocurrido. Se derrumbó enteramente agotado, jadeando; la embriaguez del hecho se disipó en la debilidad física y dio lugar a la reflexión. Experimentó primeramente una desilusión y una contrariedad por verse con vida y a salvo. Pero apenas su respiración se normalizó y se calmó el mareo del agotamiento, esta sensación de flojedad desagradable cedió a la arrogancia y a la voluntad de vivir y volvió a su corazón una vez más la salvaje alegría de su venganza.

Muy pronto hirvió la vida cerca de él, habían comenzado la búsqueda y la caza del asesino y esto duró todo el día; escapó de ellas solamente manteniéndose callado en su escondite, que por miedo a los tigres nadie osaba examinar a fondo. Durmió un poco, volvió a acechar, siguió arrastrándose, descansó de nuevo, y al tercer día estuvo ya del otro lado de la cadena de colinas y siguió adelante sin detenerse, entre las altas montañas.

La vida del sin patria lo llevó aquí y allá, lo hizo más duro e indiferente, más prudente y resignado, pero de noche siguió soñando con Pravati y su dicha de un día, o soñó muchas veces con tu persecución y su fuga, sueños terribles que le aplastaban el corazón; soñó que huía por los bosques, teniendo a sus talones los perseguidores con tamboriles y cuernos de casa, y que llevaba a través de la selva y el pantano, a través de los espinosos matorrales, sobre puentes carcomidos, en ruina, algo, una carga, un atado, algo envuelto, oculto, desconocido, del que sabía solamente que era precioso y no debía soltarse de la mano en ningún caso, algo valioso y en peligro, un tesoro, algo robado tal vez, envuelto en un paño, una tela de color con un borde azul y rojo oscuro, como tuvo el vestido de fiesta de Pravati: soñó, pues, que cargado con ese envoltorio, cosa robada o tesoro, huía y se ocultaba entre peligros y fatigas, agachado debajo de las ramas colgantes y las rocas desmoronadas, al lado de serpientes y por pasarelas delgadas y mareantes sobre los ríos llenos de cocodrilos; que finalmente se detenía azuzado y agotado y se esforzaba para deshacer los nudos con que estaba atado su envoltorio y los soltaba, uno tras otro, y desplegaba la tela; y el tesoro que sacaba y tenía en las manos estremecidas era si propia cabeza.

Vivió escondido y vagando siempre, sin huir realmente de los hombres, pero sí evitándolos. Y un día su vagar lo llevó a través de una región de las colinas ricas en hierbas, que juzgó hermosa *y* alegre y pareció saludarle, como si debiera conocerla: ya era una pradera de floreciente pasto movido suavemente por el viento, ya un grupo de huertas que reconoció y le recordó la época gozosa y pura en la que nada sabía aún de amor y celos, de odio y venganza. Era la región de los prados, donde cuidara el rebaño con sus camaradas, el período más alegre de su juventud, que le contemplaba desde las lejanas profundidades de lo que no puede volver. Una dulce tristeza de

Librodot

su corazón respondió a las voces que lo saludaban, al viento que abanicaba los abedules plateados y ondulantes, a la alegre y rápida canción de marcha de los arroyuelos, al canto de los pájaros y al hondo dorado zumbar de los abejorros. Allí voces y perfumes eran refugio y patria; nunca había sentido pertenecerle y serle familiar de tal modo una región, acostumbrado a la vida errante de los pastores.

Acompañado y guiado por esas voces en su alma, con la sensación de quien retorna, vagó por la hermosa región, por vez primera desde tantos meses terribles ya no como un extraño, un perseguido, un fugitivo, un proscripto a muerte, sino con el corazón aliviado, sin pensar en nada, sin desear nada, rendido por entero al presente alegre y a la cercanía tranquila, receptivo, agradecido y sorprendido un poco de sí mismo y de este estado de ánimo nuevo, desusado, vivido por primera vez y con verdadero encanto, de esta libertad sin deseos, de esta alegría sin emociones, de este gozo eterno y grato. Por las verdes praderas llegó hasta el bosque, estuvo debajo de los árboles, en el crepúsculo salpicado de pequeñas manchas de sol, y allí se robusteció en él la sensación de retorno y de patria, y lo llevó por caminos que los pies parecían hallar por sí solos, hasta que alcanzó a través de la selva de helechos, la pequeña selva en la grande, una minúscula choza; delante de ella estaba sentado en el suelo el yoghi inmóvil, aquel al que espió una vez y a quien llevara leche.

Allí se detuvo Dasa, como si despertara. Allí estaba todo lo que hubo un día, no había pasado el tiempo, no había asesinado a nadie, no había padecido; allí estaba, al parecer, el tiempo, la vida, firme como cristalizada, aplacada y perpetuada. Observó al anciano y en su corazón renació aquella admiración, aquel amor, aquella nostalgia, que había sentido una vez, cuando llegó hasta allí. Observó la choza y pensó para su coleto que haría falta remedarla un poco antes de la próxima estación de las lluvias. Luego se atrevió a dar unos pasos, prudentemente, entró en la choza y espió lo que contenía; no era mucho, casi nada: una yacija de frondas, una calabaza ahuecada con un poco de agua y un bolso de corteza vacío. Tomó el bolso y se fue con él, buscó alimentos en el bosque, trajo frutas y dulce medula de árbol, luego tomó la calabaza y la llenó de agua fresca. Ya estaba hecho lo que se podía hacer allí. Tan poco hacía falta para vivir. Dasa se acuclilló en el suelo y se perdió en ensueños. Estaba contento de ese reposar y soñar silencioso, en pleno bosque, estaba contento consigo mismo, con la voz de su interior que lo había vuelto a traer hasta allí, donde ya jovencito sintiera un día algo como paz, dicha y patria.

Así se quedó, pues, al lado del hombre silencioso. Renovó su camastro de frondas, buscó alimentos para ambos, mejoró la vieja choza y comenzó a construir una segunda, que levantó a poca distancia para él. El anciano parecía tolerarlo pero era difícil saber siquiera si se había dado cuenta de su presencia. Cuando salía de su estado contemplativo, era solamente para acostarse a dormir en la choza, comer un bocado o dar un breve paseo por el bosque. Dasa vivió al lado del venerable como un sirviente cerca de un grande o más bien como un animalito doméstico, un pájaro manso o un mungo viven al lado del hombre, serviciales y apenas advertidos. Como por largo tiempo había vivido huyendo y ocultándose, inseguro, lleno de remordimientos y siempre atento a la persecución, la vida tranquila, el

Librodot

trabajo fácil y la vecindad de un hombre que parecía no verlo, le hicieron bien por un tiempo; durmió sin sueños angustiados y por horas o por días olvidó lo ocurrido. No pensaba en el porvenir, y si le invadía una nostalgia o un deseo, era el de quedarse allí y ser aceptado e iniciado por el yoghi en el misterio de la vida en soledad, de ser él mismo un yoghi y participar del yoghismo y de su orgullosa indiferencia. Comenzó a menudo a imitar el proceder del venerable, a sentarse como él con las piernas cruzadas, permaneciendo inmóvil, a mirar como él en un mundo desconocido e irreal o suprarreal y a tornarse insensible para aquello que lo rodeaba. Generalmente, se cansaba pronto al hacerlo, se le endurecían los miembros y le dolían las espaldas, lo molestaban los mosquitos y, afectado por raras sensaciones de la piel, cosquillas o picazón, se veía obligado a moverse, a rascarse y al final a levantarse. Pero algunas veces había experimentado otras cosas, es decir un vaciarse, un aligerarse y flotar, como le ocurre a ano a veces en ciertos sueños, en que toca apenas la tierra, de vez en cuando, y rebota suavemente en ella, para volver a flotar como un copo de lana. En estos instantes, presintió lo que sería flotar así constantemente, lo que sería si el cuerpo y el alma de uno perdieran su peso y volaran en el aliento de una existencia mayor, más pura, llena de sol, elevados y absorbidos por un más allá, por lo eterno e inmutable. Pero no pasó todo eso de instantes y presentimientos. Y pensó, cuando desilusionado volvía de esos instantes a lo de todos los días, que debería lograr que el anciano fuera su maestro, que lo iniciara en sus ejercicios y en sus artes ocultas y lo convirtiera en yoghi. Mas ¿cómo lograrlo? Parecía que el anciano nunca lo advertiría, que nunca cambiarían entre ellos una sola palabra. El anciano parecía estar más allá de las palabras, como lo estaba del día y la hora, del bosque *y* la cabaña.

Y, sin embargo, un día habló. Era un periodo en que Dasa soñaba noche tras noche, a menudo, cosas enloquecedoramente dulces, a veces terriblemente feas, ya de su mujer Pravati, ya de los sustos de su vida de prófugo. Y de día no hacía progreso alguno, no resistía mucho el estar sentado y ejercitarse, tenía que pensar en amores y mujeres y vagaba mucho por la selva. Podía tener la culpa el clima; eran días bochornosos con oleadas de vientos quemantes. Fue uno de estos días malos, los mosquitos zumbaban en enjambres, Dasa había tenido un mal sueño esa noche, uno de aquellos sueños que dejan una estela de angustia y opresión, cuyo contenido ya no recordaba, pero que ahora despierto le parecía casi una recaída miserable y realmente vedada y profundamente vergonzosa en los estados de ánimo anteriores, en las precedentes etapas de la vida. Todo el día se deslizó o se acurrucó sombrío e inquieto alrededor de la choza, se entretuvo en una y otra Urea, se sentó varias veces para hacer ejercicios de meditación, pero cada vez le asaltó en seguida una afiebrada intranquilidad, una desazón, su cuerpo tembló y sintió un hormigueo en los pies, le ardió la nuca, resistió pocos instantes apenas y observó tímida y vergonzosamente al anciano, que estaba en cuclillas en perfecta postura y cuyo rostro con los ojos vueltos hacia adentro flotaba como una flor en una inalcanzable tranquila alegría.

Cuando ese día el yoghi se levantó y se dirigió hacia la choza, Dasa, que había esperado mucho este momento, se le interpuso en el camino y con el valor del angustiado le habló:

Librodot

—Venerable, perdona que haya penetrado en tu paz. También yo busco la paz, la calma; quisiera vivir como tú y ser como tú. Mira, soy joven aún, pero tuve que pasar por muchas tribulaciones, el destino jugó cruelmente conmigo. Nací en cuna de príncipe y fui relegado entre pastores, fui pastor y crecí, alegre y fuerte como un ternero, con el corazón puro. Luego se me fueron los ojos detrás de las mujeres y cuando vi a la más hermosa, puse a sus pies mi vida y me hubiera muerto si ella no me aceptaba. Abandoné a mis camaradas, los pastores, cortejé a Pravati, la conseguí, fui yerno y serví, duramente tuve que trabajar, pero Pravati fue mía, era mía y me amaba, o creí que me amaba, todas las noches volvía a sus brazos, yacía al lado de su corazón. Pero un día llega el raja a esa región, el mismo por quien cuando niño yo fui relegado; llegó y me quitó a Pravati y tuve que verla en sus brazos. Fue el dolor más grande que sentí y que me transformó a mí y a mi vida. Maté al raja, maté, y llevé la existencia del delincuente y del perseguido; todo me acosó y no estuve seguro de mi vida una sola hora, hasta que llegué por casualidad aquí. Soy un loco, Venerable, un asesino, tal vez me arrestarán todavía y me descuartizarán. No puedo soportar más esta horrenda vida, quisiera liberarme de ella.

El yoghi escuchó el estallido con los ojos cerrados. Los abrió y posó su mirada en la cara de Dasa, una mirada clara y recogida, luminosa, penetrante, casi insoportablemente firme. Y mientras observaba la cara de Dasa y pensaba en su angustiosa narración, su boca se contrajo lentamente en una sonrisa larga; el anciano meneó la cabeza sonriendo también y riéndose dijo:

—¡Maya! ¡Maya!

Confundido y avergonzado, Dasa se quedó de pie allí; el otro se alejó antes de la refección por el delgado sendero entre helechos, paseó medido con ritmo firme, después de dar un centenar de pasos volvió y entró en la choza y su cara fue como siempre, otra vez, vuelta a otra cosa que el mundo de la realidad. ¿Qué risa era ésa con la que había recibido una contestación el pobre Dasa desde ese rostro eternamente inmóvil? Mucho tuvo que pensar en ella. ¿Había sido benevolente o sarcástica esa risa terrible en el instante de la desesperada confesión, de la amarga súplica de Dasa, consoladora o condenatoria, divina o diabólica? ¿Fue solamente el balido cínico de la decrepitud que no puede tomar nada en serio, o la diversión del sabio por la locura ajena? ¿Fue rechazo, despedida o algo peor? ¿O sería un consejo, una incitación para que Dasa lo imitara y se riera con él? No lograba resolver el enigma. Todavía muy tarde en la noche pensó en aquella risa, a la cual parecía haberse reducido para el anciano su vida, su dicha y su miseria; sus pensamientos royeron en esa risa como en una dura raíz que tiene sin embargo, algún gusto y emana perfume. Y también pensó, meditó y trabajó alrededor de esa palabra que el anciano había pronunciado con tanta claridad, lanzándola alegremente con un inefable placer en la misma risa: "¡Maya! ¡Maya!" Lo que la palabra más o menos significaba, en parte lo sabía, en parte lo adivinaba, y hasta la forma en que el anciano la había gritado riéndose, parecía dejar adivinar un sentido. Maya... era la vida de Dasa, su juventud, su dulce felicidad y su amarga miseria; Maya era la bella Pravati, Maya era el amor y su goce, Maya era la vida toda. A los ojos del anciano yoghi, Maya era la vida de Dasa y de todos los hombres, lo era todo,

Librodot

algo como una niñería, un espectáculo, un teatro, una ocurrencia, una nada vestida de muchos colores, una pompa de jabón, algo de que se puede reír con cierta complacencia y que se puede también despreciar, pero nunca tomar en serio.

Pero si para el anciano yoghi la vida de Dasa estaba liquidada y satisfecha con esa risa *y* esa palabra Maya, no era lo mismo para Dasa, y por mucho que deseara ser él mismo un yoghi que ríe y no reconoce en su propia vida otra cosa que a Maya, en esas noches y esos días sin paz todo estaba en él despierto y vivo, todo aquello que concluido su período de fuga, parecía haber olvidado casi por entero en su refugio. Sumamente mezquina le pareció la esperanza de aprender alguna vez el arte yoghi realmente, o de poder hacer lo mismo que el anciano. Pero entonces ¿de qué serviría el quedarse todavía allí en la selva? Había sido un refugio; allí respiró un poco y reunió sus fuerzas, pudo meditar un poco, esto tenía valor, era ya mucho. Y tal vez afuera, en el país, se había renunciado a la caza del asesino del príncipe y él podría seguir vagando sin mucho peligro. Resolvió hacer esto último, partiría al día siguiente, el mundo era grande, él no podía quedarse eternamente allí en ese rincón escondido. La resolución le dio cierta tranquilidad.

Había decidido partir muy de mañana, pero cuando despertó después de largo sueño, ya estaba alto el sol en el cielo y el yoghi había comenzado ya su meditación y, sin despedirse, Dasa no podía partir, además tenía todavía algo que pedirle. Esperó, pues, horas y más horas, hasta que el hombre se levantó, estiró sus miembros y comenzó su breve paseo de siempre. Entonces se le puso en el camino, hizo muchas reverencias y no cejó hasta que el yoghi posó su mirada inquisitiva en él.

—Maestro —le dijo humildemente—, reanudo mi camino, no perturbaré más tu calma. Pero permíteme por una sola vez, Venerable, un pedido más. Cuando te conté mi vida, te reíste y exclamaste: “¡Maya!”. Te suplico, enséñame algo de Maya.

El yoghi se volvió hacia la choza; su mirada ordenó a Dasa que lo siguiera. El anciano tomó un cuenco con agua, lo tendió a Dasa y le hizo lavarse las manos. Después el maestro volcó el agua que quedaba entre los helechos, tendió al joven el cuenco vacío y le ordenó que fuera en busca de agua. Dasa obedeció y corrió y en su corazón temblaron sensaciones de despedida, puesto que por última vez recorría el breve sendero hasta la fuente, por última vez llevaba el liviano cuenco de borde liso por el uso al diminuto espejo de agua donde se habían reflejado lenguas de ciervo, bóvedas de copas arbóreas y en algunos puntos abiertos el dulce azul del cielo; donde ahora por última vez al inclinarse se reflejaba su rostro en el crepúsculo ya oscurecido. Hundió el cuenco en el agua, pensativo, lentamente, sintió cierta inseguridad y no pudo explicarse por qué sentía cosas tan extrañas y por qué, aunque estaba resuelto a marcharse, le había dolido un poco que el anciano no lo invitara a quedarse todavía, tal vez a quedarse para siempre.

Meditó al borde de la fuente, bebió un sorbo de agua, se levantó cuidando de no volcar el cuenco y estaba ya por regresar, cuando su oído percibió un sonido que lo fascinó y lo horrorizó, el sonido de una voz que oyera en muchos sueños y en la que pensara con la más amarga nostalgia en muchas horas de vigilia. Dulce era, dulce e infantil, y enamorada atraía a través de la

Librodot

oscuridad del bosque, tanto que su corazón se estremeció de miedo y de gozo. Era la voz de Pravati, su mujer.

—Dasa —repitió la voz fascinante.

Sin creerlo, miró alrededor de sí, con el cuenco en la mano todavía y, ¡milagro!, entre los troncos surgió ella, esbelta y elástica sobre sus largas piernas, Pravati, la amada, la inolvidable, la infiel... Dejó caer el cuenco y corrió a su encuentro. Ella estaba allí delante de él, sonriendo y un poco avergonzada, mirándolo con sus grandes ojos de gacela y ahora, de cerca, él vio que ella llevaba sandalias de cuero rojo, y rico y bello vestido sobre el cuerpo, una pulsera de oro en la muñeca y piedras brillantes de colores en el negro cabello. Retrocedió temblando. ¿Seguía siendo la amante de un príncipe? ¿No había muerto Nala? ¿Corría ella aún de un lado a otro llevando encima sus regalos? ¿Cómo podía presentarse a él y llamarlo por su nombre, adornada con ese brazalete y esas joyas?

Pero ella estaba más linda que nunca y, antes de que pudiera interrogarla, tuvo que tomarla en sus brazos, hundir su frente en sus cabellos, acercar su rostro y besar su boca, y mientras lo hacía, sintió que todo había vuelto, y era nuevamente suyo lo que había poseído, la felicidad, el amor, el goce, el placer de vivir, la pasión. Ya estaba con todos sus pensamientos muy lejos de ese bosque y del anciano ermitaño; ya se había aniquilado y estaba olvidado el bosque, la ermita, la meditación y el yoghismo. No pensó tampoco en el cuenco del anciano que hubiera debido restituir. El cuenco se quedó allí en el suelo, cuando él con Pravati se dirigió hacia la salida de la selva. Y a toda prisa, ella comenzó a contarle cómo había llegado hasta allí y cómo había ocurrido todo.

Sorprendente fue lo que ella narró, sorprendente, fascinante y legendario; Dasa penetró en su nueva vida como en un cuento. No sólo Pravati era suya otra vez, no sólo estaba muerto el odiado Nala y suspendida hacía mucho tiempo la persecución del matador; Dasa, además, el hijo de príncipe convertido un día en pastor, había sido declarado en la ciudad heredero legal y príncipe; un viejo pastor y un viejo brahmán despertaron en todas las memorias y en todos los labios el recuerdo casi olvidado de su desaparición, y ese mismo hombre que hasta hacía poco habían buscado por dondequiera como asesino de Nala, para torturarlo y ejecutarlo, era buscado ahora aún más cuidadosamente en todo el país, para entronizarlo como raja y llevarlo solemnemente a la ciudad y al palacio de su padre. Era como un sueño, y lo que más le agradaba al asombrado joven, era la hermosa coincidencia de que entre lodos los mensajeros enviados, fue justamente Pravati quien lo encontró y lo saludó primero. Al borde del bosque encontró tiendas levantadas; allí olía a humo y a carne asada. Pravati fue saludada en voz alta por su séquito y comenzó en seguida una gran fiesta cuando dio a conocer a Dasa, su esposo. Estaba allí un hombre, que fue camarada de Dasa entre los pastores y llevó a esa región a Pravati y su séquito, a ese lugar de su vida anterior. El hombre rió de gozo cuando hubo reconocido a Dasa, corrió hacia él y casi le habría abrazado o golpeado amigablemente en el hombro, pero ahora su camarada se había convertido en raja y se detuvo en la mitad de su corrida, paralizado casi, luego caminó lentamente y lo saludó respetuosamente con una profunda reverencia. Dasa lo levantó, lo abrazó, lo llamó afectuosamente por su nombre y le preguntó qué podía regalarle. El

Librodot

pastor pidió un ternero y le concedieron tres, de la mejor cría del raja. Y siguieron presentándole al nuevo príncipe funcionarios, maestros de caza, brahmanes de la corte y otra gente, y él recibió sus salutaciones. Se sirvió un banquete, hubo sonar de tambores, guitarras y flautas, y toda esta fiesta le pareció a Dasa un sueño; no podía creerla real; real fue para él, ante todo, solamente Pravati, su mujercita, que tenía en sus brazos.

En pequeñas etapas se acercaron con el cortejo a la ciudad, habíanse anticipado mensajeros que difundieron la gozosa noticia de que el joven raja había sido hallado y estaba llegando; y cuando se vio de lejos la ciudad, ella retumbaba ya de tambores y gongs, y el grupo de los brahmanes, solemnes en sus vestiduras blancas, fue a su encuentro, llevando a la cabeza el sucesor de aquel Vasudeva que un día, casi veinte años antes, entregó a Dasa a los pastores y murió hacía poco tiempo. Lo saludaron, cantaron himnos y encendieron un gran fuego para los sacrificios delante del palacio adonde le llevaron. Dasa entró en su casa, y recibió allí también nuevos saludos y homenajes, bienvenidas y bendiciones. Afuera, la ciudad celebró hasta entrada la noche una gran fiesta de alegría.

Instruido todos los días por dos brahmanes, aprendió en poco tiempo lo que pareció indispensable de las ciencias, asistió a los sacrificios, hizo justicia y se ejercitó en las artes caballerescas y bélicas. El brahmán Cópala le enseñó ciencia política; le explicó lo que se refería a él, a su casa, a sus derechos y a los de sus futuros hijos, y quiénes eran sus enemigos. Ante todo había que citar a la madre de Nala que una vez quitó al príncipe Dasa sus derechos y trató de matarle, y que ahora debía odiar en Dasa al matador de su hijo. Había huido, se había entregado a la protección de Govinda, un príncipe vecino y vivía en su palacio, y este Govinda y su casa eran enemigos peligrosos, ya habían estado en guerra con los antepasados de Dasa y pretendían ciertas partes de su territorio. En cambio, el vecino del sur, el príncipe de Gaipali, había sido amigo del padre de Dasa y no había podido simpatizar con el desaparecido Nala; sería una obligación importante visitarlo, llevarle regalos e invitarlo a la próxima excursión de caza.

La señora Pravati se había ya acomodado por entero en su clase noble, sabía presentarse como princesa y parecía maravillosa con sus hermosos vestidos y sus adornos, como si no fuera inferior en nada por nacimiento a su señor y esposo. En buen amor vivieron años y años y su dicha les otorgó cierto brillo y cierta dignidad como la de quienes son preferidos por los dioses, y el pueblo los honraba y quería. Y cuando ella, después de larga espera, le dio un hermoso hijo que llamó como su padre, Ravana, su dicha fue completa, y lo que él tenía en tierras y poder, en casas y establos, en lecherías, ganado y caballerías, adquirió a sus ojos ahora doble valor y doble importancia, más brillo y sentido. Todos esos bienes eran hermosos y útiles, para rodear de lujo a Pravati, vestirla, adornarla, obsequiarla, y eran aún más bellos y útiles e importantes como herencia y fortuna futura de su hijo Ravana.

Mientras Pravati se complacía principalmente de las fiestas, los cortejos, la magnificencia y belleza de los vestidos, los adornos y la numerosa servidumbre, los placeres preferidos de Dasa eran los de su parque, donde había hecho plantar árboles raros y flores valiosas, instalar papagayos y otros pájaros de muchos colores, y era una parte de sus hábitos cotidianos

Librodot

darles de comer y entretenerse con ellos. Además le atraía la cultura; alumno agradecido de los brahmanes, aprendió muchos versos y sentencias, aprendió a leer y escribir y tuvo su propio secretario que conocía la preparación de la hoja de palmera en rollos para escribir y de cuyas delicadas y hábiles manos comenzó a surgir una pequeña biblioteca. Allí, entre los libros, en una salita reducida, con las paredes de valiosas maderas, en las que estaban talladas y, en parte, doradas, historias de la vida de los dioses, invitaba a menudo a brahmanes elegidos como sabios y pensadores entre los sacerdotes, para disputar sobre temas sagrados, sobre la creación del mundo, la Maya del gran Vichnú, sobre los santos Vedas, el poder del sacrificio y el poder aún mayor de la penitencia, por la cual un mortal podía llegar a hacer temblar de miedo ante él a los dioses. Aquellos brahmanes que mejor hablaran, discutieran y razonaran, recibían magníficos presentes; algunos, como premio por una discusión victoriosa se llevaban una vaca y a veces hubo también ocasiones emotivas y al mismo tiempo cómicas, cuando los grandes sabios que acababan de citar y explicar las sentencias de los Vedas y de exponer todos los conocimientos de entonces acerca de los cielos y los mares, se retiraban orgullosos y ufanos con sus dones o premios de honor o por ello también llegaban a reñir celosos.

Al príncipe Dasa, con sus riquezas, su dicha, su jardín y sus libros, en muchos momentos todo aquello que pertenece a la vida y a la esencia del hombre le parecía maravilloso y dudoso, conmovedor y ridículo al mismo tiempo, como esos brahmanes vanidosamente sabios, luminoso y oscuro, deseable y despreciable simultáneamente. Si su mirada se posaba en las flores de loto en los estanques de su jardín, en el brillante juego de colores de las plumas de sus pavos reales, sus faisanes y tucanes, en las doradas tallas del palacio, estas cosas podían parecerle a veces casi divinas, como llenas del fuego de la vida eterna, y otras veces sentía en ellas al mismo tiempo algo irreal, inseguro, problemático, una tendencia a perecer y disolverse, una inclinación a hundirse de nuevo en lo informe, en el caos. Como él mismo, el príncipe Dasa, convertido en pastor y en asesino y decaído a prófugo, había vuelto a subir hasta ser príncipe, sin saber qué fuerzas lo llevaran y manejaran, inseguro del mañana, del mismo modo, el juego de Maya, de la vida, contenía al mismo tiempo, por dondequiera, lo elevado y lo vulgar, la eternidad y la muerte, la grandeza y lo ridículo. Hasta ella, la amada, hasta la bella Pravati era para él algunas veces algo sin hechizo, algo ridículo por momentos; tenía demasiadas pulseras en sus brazos, demasiado orgullo y ufanía en los ojos, demasiada preocupación por la dignidad en su porte.

Más querido que su jardín y sus libros, era para él Ravana, el hijito, plenitud de su amor y su vida, meta de su cariño y cuidado, un hermoso y delicado niño, un verdadero príncipe, con los ojos de gacela de la madre y la tendencia a la reflexión y al ensueño del padre. Muchas veces le parecía que este hijo se le asemejaba mucho, cuando veía al pequeño detenido largo rato delante de una planta de adorno en el jardín o acurrucado sobre una alfombra, observando una piedra, un juguete tallado o una pluma de pájaro, con las cejas levemente levantadas y los ojos calmos un poco ausentes. Y cuánto lo amaba, lo supo Dasa una vez que tuvo que separarse de él por un período indeterminado.

Librodot

Un día, en efecto, llegó un mensajero desde aquella región en la que su país lindaba con el principado de Govinda, su vecino, y trajo la noticia de que gente de Govinda había invadido allí las tierras, robado el ganado y prendido y arrastrado lejos cierto número de habitantes. Sin demora, Dasa se preparó, llevó consigo el jefe de su guardia de corps, una docena de caballos y alguna gente, y comenzó la persecución de los invasores. Y en esa ocasión, cuando en el momento de partir levantó sus brazos y besó a su hijito, llameó en su corazón el amor como un dolor hecho fuego. Y de ese ardiente sufrimiento, cuya violencia lo sorprendía y lo conmovía como un mensaje de lo desconocido, quedó un conocimiento, una sensación, una comprensión también durante el largo cabalgar. Mientras galopaba, reflexionó sobre la causa por la cual había montado a caballo y volaba ahora serio y apresurado a través del país; sobre qué poder sería realmente el que le impulsaba a ese acto, a ese esfuerzo. Pensó mucho y llegó a la conclusión de que en verdad no tenía importancia para su corazón y no lamentaba precisamente, si en algún lugar en los confines le robaban el ganado y nombres, y que el robo y el quebrantamiento de sus derechos de príncipe no eran ofensas suficientes para encenderle de ira y moverle a la acción, y que hubiera sido más adecuado liquidar la noticia del robo de ganado con una compasiva sonrisa. Pero con esto hubiera cometido una amarga injusticia para con el mensajero que había corrido hasta agotarse para traer la noticia, y no menos para con muchos de los hombres perjudicados con el robo y los otros que habían sido apresados, llevados y arrastrados desde su patria y su existencia pacífica en esclavitud a tierra extraña. Ciertamente, y hubiera cometido injusticia también para con todos sus súbditos, a quienes no había sido torcido un cabello, si hubiese procedido a la renuncia de una venganza guerrera: ellos hubieran tolerado mal y comprendido menos que su príncipe no protegiese mejor su país, de modo que ninguno de ellos pudiese contar con la venganza y la ayuda, si le tocara sufrir violencia. Comprendió que era su deber realizar esa expedición vindicativa. Pero ¿qué es deber? ¡Cuántos deberes existen que descuidamos a menudo sin el menor remordimiento! ¿En qué consistía que este deber de vengar no era cosa indiferente, no se podía desatender, no se podía cumplir sin amor, cansinamente, sino que debía realizarse celosa y apasionadamente? Apenas apareció la pregunta en su pensamiento y el corazón ya le contestó, al sentirse de nuevo atravesado por aquel dolor que sintió al despedirse de Ravana, el pequeño príncipe. Si el príncipe —ya lo comprendía— se dejara robar ganado y gente sin oponer resistencia, el robo y la violencia se acercarían cada vez más desde los confines de su país y al final el enemigo estaría allí sobre él y podía herirle en lo que más amargamente debía dolerle: en su hijo... Le robarían al hijo, al sucesor, se lo robarían y lo matarían, quizá después de torturarlo, y éste sería el supremo sufrimiento que podría tocarle, algo peor, mucho peor que la muerte de la misma Pravati. Por eso avanzó a caballo con tanto apremio y el príncipe cumplió fielmente sus deberes.

Y no fue por la pena de haber perdido ganados y tierras, ni por amor de sus súbditos, ni por ambición de su título de príncipe heredado del padre; fue por violento, doloroso y alocado amor por su hijo, y por violento e insensato miedo al dolor que le causaría ú pérdida del niño.

A tal conclusión llegó en sus reflexiones durante la cabalgata. Por lo demás no pudo alcanzar a la gente de Govinda y castigarla; habían logrado

Librodot

escapar junto con el producto del robo, y para mostrar su firme voluntad y su valor, tuvo que pasar a su vez el confín y saquear un pueblo del enemigo, llevándose algunas vacas y unos cuantos esclavos. Estuvo ausente muchos días, pero mientras regresaba victorioso se entregó otra vez a profundas reflexiones y llegó a su ciudad muy tranquilo y casi triste, porque meditando había visto con qué fuerza, totalmente sin esperanza de poder evitarlo, estaba preso y atado con todo su ser y su actuar en una tremenda red. Mientras crecía y crecía su tendencia a pensar, su necesidad de tranquila contemplación y de existencia inocente e inerte, crecían también por otra parte, el amor por Ravana y la preocupación por el niño, por su vida y su porvenir, la Coerción a la actividad y a los enredos; de la delicadeza nacía la lucha, del amor la guerra; para ser justo y castigar, había robado él también un rebaño, hundido en mortal angustia un villorrio y esclavizado violentamente a pobres seres inocentes; de esto surgiría nueva venganza y nueva violencia, y así sucesivamente, hasta que toda su vida y todo su país no fuesen más que guerra y violencia y ruido de armas. Fue esta visión o esta idea la que le hizo parecer tan tranquilo y tan triste a su regreso a la ciudad.

En efecto, el hostil vecino no concedió tregua. Repitió sus invasiones, sus asaltos, sus robos; Dasa tuvo que salir a campaña para castigar y rechazar al invasor y tuvo que tolerar también que sus soldados y sus cazadores causaran nuevos daños al vecino, cuando éste se le escapaba de las manos. En la capital se veían cada vez más hombres a caballo, hombres armados; en muchos pueblos de la frontera había ahora guardia militar permanente, los consejos de guerra y los preparativos colmaban los días de inquietud. Dasa no podía comprender qué sentido, qué utilidad tendría la eterna guerrilla, le apenaban el sufrimiento de las víctimas, la muerte de muchos, su jardín y sus libros que debía descuidar cada vez más, la paz de sus días y de su alma ahora perdida. Habló a menudo de ello con Cópala, el brahmán y, a veces, también con Pravati, su esposa. Era necesario —decía— nombrar arbitro a uno de los más estimados príncipes de la vecindad; por su parte, aceptaría gustoso poder conseguir la paz cediendo algunas praderas y algunos villorrios. Se quedó desilusionado y un poco contrariado, al ver que ni el brahmán ni Pravati querían oír nada de todo eso.

La disputa sobre esta cuestión llevó a una muy violenta explicación con Pravati, que degeneró en ruptura. Con insistencia, conjurándola, le expuso sus ideas y sus razones, pero ella consideró cada palabra como dirigida contra su persona y no contra la guerra y las muertes inútiles. En un ardiente discurso, inundándole de palabrería, le dijo que era justamente intención del enemigo explotar la bondad y el amor de Dasa por la paz (para no decir en realidad, su miedo a la guerra) en su propio provecho; con eso llegaría a concertar una paz tras otra, pagándolas cada vez con una pequeña pérdida de territorio y de pueblo; al final el mal vecino no estaría satisfecho y, apenas Dasa estuviera debilitado lo suficiente, pasaría a la guerra abierta y todavía lo despojaría del resto. En este caso no se trataba de rebaños y aldeas, de ventajas y desventajas, sino de todo, de subsistir o perecer. Y si Dasa no sabía lo que debía a su dignidad, a su hijo y a su mujer, ella se lo enseñaría. Sus ojos echaban llamas, su voz temblaba; desde hacía mucho tiempo no la veía tan hermosa y apasionada, pero sintió solamente tristeza.

Librodot

Entre tanto, los ataques en la frontera y las infracciones de la paz aumentaron; sólo la gran estación de las lluvias les puso término por el momento. Pero ahora en la corte de Dasa había dos partidos. Uno, el de la paz, era muy pequeño; además de Dasa, pertenecían a él algunos de los brahmanes más antiguos, un grupo de hombres cultos y otros dedicados a la meditación. El partido de la guerra, en cambio, que era el partido de Pravati y de Gopala, tenía de su parte la mayoría de los sacerdotes y todos los oficiales. Se preparaban armamentos con gran apremio y se sabía que el hostil vecino hacía lo mismo. El niño Ravana aprendía a tirar con el arco con la dirección del cazador mayor y su madre lo llevaba consigo cuando pasaba revista a las tropas.

En esos días, Dasa recordaba a veces la selva en que había vivido una vez como un pobre fugitivo, recordaba al anciano canoso que vivía dedicado a la contemplación como ermitaño. Lo recordaba y sentía el deseo de visitarlo, de volverlo a ver y escuchar su consejo. Pero ignoraba si el viejo viviría aún, si lo escucharía y le aconsejaría, y aunque viviera y lo asesorara, todo seguiría su curso lo mismo y nada cambiaría, nada podría cambiarse. La contemplación y la sabiduría eran cosas buenas y nobles, pero al parecer sólo prosperaban al margen de la vida, y aquel que nadaba en la corriente de la vida y luchaba con las olas, nada tenía que ver con la sabiduría para sus actos y sus sufrimientos; éstos eran realidad, eran fatalidad, debían verificarse y soportarse... Ni los mismos dioses vivían en paz y sabiduría eterna, ellos también conocían el peligro y el miedo, la guerra y la batalla; lo sabía a través de muchas historias. Dasa se rindió, pues, no discutió más con Pravati, pasó revista a las tropas montando en su corcel, previo la guerra, la presintió en muchos sueños excitantes y, mientras veía enflaquecer su figura y ensombrecerse su cara, sintió que se marchitaban y palidecían su felicidad y su deseo de vivir. Le quedaba solamente el amor por su hijito, que creció con la preocupación, con los armamentos y los ejercicios militares; ese amor era la flor ardiente y roja de su jardín asoleado. Se asomaba del vacío y la indiferencia que es posible soportar, de la facilidad con que es posible acostumbrarse a la preocupación y a los pesares, y se sorprendía también de cómo podía florecer un amor tan ansioso y delicado, cálido y dominador, en un corazón aparentemente insensible ya. Si su existencia carecía tal vez de sentido, no carecía sin embargo, de centro, de germen, y giraba alrededor del amor por el hijo. Por este amor, se levantaba por la mañana y pasaba el día ocupado trabajando en cosas cuya meta era la guerra, todas y cada una antipáticas para él. Por este amor, dirigía pacientemente las asambleas de los jefes y se oponía a las resoluciones de la mayoría apenas en lo que fuera necesario para que se meditara y no se precipitara irreflexivamente en la aventura. Del mismo modo que su amor de vivir, su jardín y sus libros se le tornaron paulatinamente ajenos e infieles, o quizá él para ellos; le resultó ajena e infiel también aquella que fuera durante muchos años la dicha y el gozo de su existencia. Había comenzado por la política, cuando Pravati le hizo aquel apasionado discurso en el cual le enrostrara casi abiertamente su miedo al pecado y su amor por la paz como cobardía, y con las mejillas arreboladas, con quemantes palabras le hablara de honor de príncipe, de heroísmo y de infamia tolerada; aquella vez se había sorprendido también y había sentido y visto con una improvisa sensación de mareo cuánto se había alejado su mujer de él, o él de ella. Y desde

Librodot

entonces, el abismo entre ambos se volvió cada vez más hondo y siguió creciendo, sin que ninguno de los dos hiciera algo para impedirlo. Más aún: le correspondía a Dasa hacer algo en ese sentido, porque en realidad era el único que veía el abismo, y éste en su mente fue convirtiéndose en el abismo de los abismos, en el precipicio entre hombre y mujer, entre el sí y el no, entre alma y cuerpo. Haciendo memoria, creyó verlo todo muy claro: un día Pravati, la encantadoramente hermosa, lo había enamorado y había jugado con él, hasta que se separó de sus camaradas y amigos, los pastores, y de su existencia pastoral hasta entonces tan alegre, y por ella vivió en país extraño, en servidumbre, yerno en la casa de gente mala que explotaron su amor para hacerlo trabajar para ellos. Luego había aparecido Nala y así comenzó su desdicha. Nala se había adueñado de su mujer, el rico y elegante raja con sus bellos trajes y sus tiendas, sus caballos y sirvientes había seducido a la pobre mujer no acostumbrada al lujo; no debió costarle mucho... Pero ¿la hubiera podido seducir realmente en forma tan rápida y fácil, si hubiera sido fiel y honesta en su alma? Sí, el raja la sedujo o simplemente la tomó y le causó así el dolor más tremendo que nunca conociera. Pero él se había vengado: mató al ladrón de su dicha y eso fue un instante de supremo triunfo. Mas, apenas realizado ese acto, tuvo que darse a la fuga; días, semanas, meses, vivió entre matorrales y juncos libre como un pájaro, pero sin confiar en los hombres. ¿Y qué hizo Pravati en ese período? Entre ellos nunca hablaron mucho al respecto, pero de todas maneras, no había corrido tras él, no lo había buscado, y lo encontró apenas cuando por su cuna fue llamado a ser príncipe y ella lo necesitaba, para subir al trono y entrar en el palacio. Allí había aparecido ella, se lo llevó de la selva y de la proximidad del venerable ermitaño; lo vistieron con bellos trajes, lo hicieron raja y todo fue brillo y dicha... Pero, en verdad de verdad: ¿qué era lo que había dejado y qué recibió por ello? Recibió el esplendor y los deberes del príncipe, deberes que al comienzo fueron leves y se volvieron luego cada vez más pesados; recibió en devolución a la hermosa mujer, las horas de amor con ella, luego el hijo, y el amor por él y la creciente preocupación por su vida y su felicidad amenazadas, de manera que ahora la guerra era inminente. Esto era lo que Pravati le trajo cuando lo descubrió aquel día en la selva cerca de la fuente. Había dejado la paz del bosque, una soledad piadosa; había entregado la proximidad y el ejemplo de un santo yoghi, la esperanza de su instrucción y sucesión, de la profunda, radiosa e inmutable tranquilidad anímica del sabio, de la liberación de las luchas y las pasiones de la vida. Seducido por la belleza de Pravati, embobado por la mujer y contagiado por su orgullo, había abandonado el camino por el cual se llega a la conquista de la libertad y de la paz. Tal era hoy para él la historia de su vida y, realmente, era posible interpretarla así muy fácilmente; apenas se necesitaban algunas correcciones leves y pocas omisiones, para verla de esa manera. Entre otras cosas hubiera omitido la circunstancia de que no había sido aún alumno de un ermitaño y estuvo decidido a abandonarle deliberadamente. Así se desplazaban ligeramente las cosas, al remontarse hacia atrás en el pasado.

De manera totalmente distinta veía Pravati esas mismas cosas, aunque se dedicara mucho menos que su esposo a estos pensamientos. No recordaba a Nala. En cambio, si la memoria no la traicionaba había sido ella sola quien creó y procuró la dicha de Dasa, lo convirtió en raja y le dio un hijo;

Librodot

lo colmó de dicha y de amor, para hallarlo al final inferior a su grandeza, a la grandeza de ella, indigno de los proyectos que ella acariciaba. Porque para ella era evidente que la próxima guerra no llevaría a otra situación que al aniquilamiento de Govinda y a la duplicación de su poder y de su territorio. En lugar de alegrarse por eso y colaborar enérgicamente con ella, Dasa se oponía, poco principescamente le parecía, a la guerra y a la conquista y hubiera preferido envejecer inerte entre sus flores, sus plantas, sus papagayos y sus libros. Allí estaba Vishwamitra, muy distinto, jefe supremo de la caballería y, después de ella, el más ardiente adepto y el mejor campeón de la guerra y la victoria esperadas. Toda comparación entre ambos favorecía necesariamente a este último.

Dasa vio perfectamente qué amistad dispensaba su mujer al tal Vishwamitra, cuánto ella lo admiraba y cuánto también se dejaba admirar por él, por este oficial de risa ruidosa, bellos y fuertes dientes y barba cuidada, alegre y valiente, tal vez un poco superficial, tal vez no muy inteligente. Lo vio con amargura y desprecio, al mismo tiempo, con una irónica indiferencia, con la que él mismo se engañaba. No espió, no deseó saber si la amistad entre ambos se mantenía en los límites de lo permitido y decente. Vio esta simpatía de Pravati por el hermoso jinete, el ademán con que lo prefería al poco heroico esposo, con la misma indolencia exteriormente pasiva, pero en lo íntimo amarga, con que se había acostumbrado a considerar todos los sucedidos. Era indiferente si fuese infidelidad y traición lo que la esposa parecía resuelta a cometer, o sólo expresión del desprecio de las opiniones de Dasa; eso existía y se desarrollaba y crecía, crecía contra él, como la guerra y la fatalidad; no había remedio y no correspondía frente a los hechos otra conducta que la de la aceptación, de la simple tolerancia, porque ésta era la forma de hombría y heroísmo de Dasa, en lugar del ataque y la conquista.

La admiración de Pravati por el jefe de la caballería, o la de éste por aquélla, podía mantenerse o no dentro de lo moral y lo permitido; en todo caso —él lo comprendía— Pravati era menos culpable que él. Ciertamente, él, Dasa, el hombre del pensar y del dudar, tendía demasiado a buscar en ella la culpa de la pérdida de su felicidad, o a compartir con ella la responsabilidad de haber caído y haberse enredado en todo eso, en el amor, la ambición, los actos de venganza y los robos; achacaba a la mujer, al amor, al placer la responsabilidad por todo sobre la tierra, por el ajetreo, la caza de las pasiones y los deseos, el adulterio, la muerte, el asesinato, la guerra.

Pero sabía perfectamente que Pravati no era culpable ni actora, sino víctima; que ella no era responsable ni de su belleza ni de su egoísmo; que era un grano de polvo en un rayo de sol, una ola en la corriente, y que a él le correspondía o le hubiera correspondido sustraerse a la mujer y al amor, al hambre de felicidad y a la ambición, y permanecer pastor satisfecho entre pastores o superar lo insuficiente de sí por el secreto camino del yoghi. Había descuidado eso, lo había rechazado, no estaba llamado a grandes cosas o no había sido fiel a su vocación, y su mujer estaba en realidad en su derecho si lo consideraba cobarde. En cambio, había recibido de ella al hijo, al niño hermoso y delicado, por el cual temía tanto y cuya existencia seguía prestando valor y sentido a su propia vida, y aun era una gran felicidad, dolorosa y llena de temores, pero felicidad, su felicidad. Y ahora la pagaba

Librodot

con el dolor y la amargura de su alma, con la disposición a la guerra y a la muerte, con la conciencia de afrontar la fatalidad. Allende las fronteras, en su país, estaba el raja Govinda, aconsejado y azuzado por la madre del muerto Nala, el seductor de mala memoria; los ataques y los desafíos de Covinda eran cada vez más frecuentes y atrevidos; solamente una alianza con el poderoso raja de Gaipali hubiera podido robustecer a Dasa lo suficiente como para imponer paz y convenios de buena vecindad. Pero este raja, aunque amigo de Dasa, era pariente de Govinda y se había excusado muy correcta y cortésmente a toda tentativa de concertar tal alianza. No había posibilidad de escapar, esperanza de razón y humanidad; lo fatal se acercaba y era necesario padecerlo. Dasa mismo deseaba casi la guerra, el estallido de la tormenta acumulada y el precipitar de los hechos, imposible de evitar. Visitó una vez más al príncipe de Gaipali, tuvo con él cortesías inútiles, insistió en el Consejo, en la moderación y la paciencia, pero lo hizo sin la menor esperanza; por lo demás se armó. La lucha de opiniones, en el Consejo se desarrolló únicamente acerca de si había que contestar a la primera invasión del enemigo con la penetración en su territorio o si debía esperar el principal ataque enemigo, para que aquél fuera considerado como culpable y como enemigo de la paz por su pueblo y por todo el mundo.

El enemigo, nada preocupado por esos problemas, puso fin a las discusiones, los proyectos y las vacilaciones, y un día acometió. Preparó un ataque por sorpresa a cargo de simples bandidos, y Dasa con el jefe de la caballería y sus mejores hombres fue atraído rápidamente hasta la frontera, y mientras éstos se hallaban en camino, aquél cerró con el grueso de sus fuerzas sobre el país y, directamente, sobre la capital de Dasa, tomó las puertas y sitió el palacio. Cuando Dasa lo supo regresó apresuradamente, tuvo noticia de que su mujer y su hijo estaban encerrados en el palacio amenazado, pero en las calles se desarrollaba una lucha sangrienta, y se le oprimió el corazón en cruel dolor pensando en los suyos y en los peligros que los acechaban. Y ya no fue un jefe de guerreros prudente y cauto, se encendió de dolor y de furia, se lanzó con su gente a salvaje pelea, vio la lucha hervir en todas las calles, se abrió paso hasta el palacio, atacó al enemigo y combatió como enloquecido, hasta que cayó al suelo agotado, al crepúsculo de la sangrienta jornada; estaba muy herido.

Cuando recobró el sentido, se encontró prisionero, la batalla estaba perdida, la ciudad y el palacio en manos del enemigo. Fue llevado en cadenas ante Covinda; éste lo saludó sarcásticamente y lo llevó a una habitación; era el cuarto de paredes talladas y doradas, lleno de libros. Allí estaba sentada sobre una alfombra, erguida y con la cara pétrea su mujer, Pravati, con guardias armados detrás de ella y en su seno yacía el niño; la delicada personita yacía muerta, como una flor quebrada, gris el rostro, bañado en sangre el traje ... La mujer no se volvió cuando fue introducido el esposo, no lo miró; tenía los ojos rígidos y duros, fijos en el pequeño cadáver; le pareció a Dasa asombrosamente cambiada, sólo después de un rato vio que su cabello, negro aún pocos días antes, brillaba copiosamente encanecido. Mucho tiempo se quedó así sentada, con el niño en su halda, rígida, con el rostro de una máscara.

—¡Ravana! —gritó Dasa—; ¡Ravana, hijo mío, florecilla mía!

Se arrodilló y su cara cayó sobre la cabeza del muerto; se arrodilló como si

Librodot

orara delante de la mujer muda y del niño, quejándose por ambos, humilde ante ellos. Notó el olor de la sangre y de la muerte, mezclado con el perfume de la esencia de flores con que había sido untado el cabello del pequeño. Con mirada de hielo, Pravati contempló a los dos, bajando hasta ellos sus ojos.

Alguien le tocó el hombro; era un capitán de Govinda, que le hizo levantarse y se lo llevó. No había dicho una palabra a Pravati, ella nada le dijo tampoco.

Encadenado, le colocaron en un carro y le llevaron a la cárcel de la ciudad de Govinda; le quitaron parte de las cadenas, un soldado le trajo un jarro con agua y lo colocó en el suelo de piedra; le dejó solo, cerró la puerta y corrió los cerrojos. En su hombro, una herida ardía como fuego. Tanteando buscó el jarro y se humedeció las manos y la cara. Hubiera podido beber, no lo hizo; pensó que así moriría más pronto. Mas, ¡cuánto tardaría aún, cuánto! Deseó ardientemente la muerte, del mismo modo que su garganta reseca deseaba el agua. Sólo con la muerte terminaría el tormento en su corazón, sólo con la muerte se borraría en él el cuadro de la madre con el hijo muerto. Mas a pesar de tanta tortura, el cansancio y la debilidad se apiadaron de él: cayó y se durmió.

Cuando se despertó a medias de este breve sueño, quiso frotarse los ojos, pero no pudo; sus dos manos estaban ocupadas ya, tenían algo firmemente y cuando despertó del todo y abrió los ojos, ya no había muros de cárcel alrededor de él sino una luz verde que fluyó clara y violenta sobre las hojas y el musgo; parpadeó un rato, la luz lo golpeó como ramalazo silencioso pero violento; un estremecimiento, un miedo tembloroso le corrió por la nuca y la espalda, volvió a parpadear, contrajo la cara como lloriqueando y abrió los ojos desmesuradamente. Se hallaba en la selva y en ambas manos tenía el cuenca lleno de agua, a sus pies se tendía oscuro y verde el espejo de una fuente; supo que detrás de la espesura de los helechos estaba la choza y esperaba el yoghi que le enviara en busca de agua, aquel que había reído tan asombrosamente y a quien pidiera que le explicara algo acerca de Maya. No había perdido ni la batalla ni el hijo, no había sido ni príncipe ni padre; pero el yoghi había satisfecho su pedido y le había instruido acerca de Maya: palacio y jardín, biblioteca y pájaros, cuitas de príncipe y amor de padre, guerra y celos, amor por Pravati y honda desconfianza de ella, todo fue nada... ¡No, nada no, había sido Maya! Dasa se sintió estremecido; le corrieron lágrimas por las mejillas, en sus manos tembló y osciló el cuenco que acababa de llenar para el ermitaño, corrió enagua por encima del borde y le mojó los pies. Le parecía como si le hubieran amputado un miembro, como si hubiesen quitado algo de su cabeza, estaba vacío; de repente le habían sido arrancados, extinguidos, vueltos a la nada los largos años vividos, los tesoros guardados, las alegrías gozadas, los dolores sufridos, la angustia experimentada, la desesperación saboreada hasta las heces, hasta la proximidad de la muerte... Y a pesar de todo, vueltos a la nada no... Porque estaba el recuerdo, quedaban las imágenes, veía aún a Pravati sentada, grande y dura, con el cabello cano de pronto; en su seno yacía el hijo, como si ella misma le hubiese aplastado, como una presa, y sus miembros caían flojos, marchitos, de las rodillas de la madre. ¡Ay, qué pronto, qué horrendamente, con que crueldad y plenitud había sido instruido acerca de Maya! Todo había sido desplazado ante él, muchos años

Librodot

henchidos de hechos se concentraron en un instante, todo en sueño precisamente lo que pareciera impetuosa realidad; tal vez fue sueño en cambio todo lo demás, lo ocurrido antes, la historia de Dasa, vástago de príncipes, su vida de pastor, su casamiento, su venganza sobre Nala, su fuga hasta el ermitaño... Eran imágenes como las que pueden admirarse en una pared esculpida de un palacio, donde se podían ver flores, estrellas, pájaros, monos y dioses entre las frondas. ¿Y no era lo que ahora revivía y tenia ante los ojos, este despertar de un sueño de príncipe, de guerra y de cárcel, este hallarse cerca de la fuente, este cuenco con agua, de la que acababa de volcar un poco justamente, junto con los pensamientos que pasaban allí por su mente, no era todo esto en el fondo la misma sustancia, no era sueño, trampantojo, Maya? ¿Y lo que experimentaría aún en el porvenir y vería con los ojos y tocaría con sus manos, hasta el día de su muerte, sería de otra sustancia, de otra clave? Juego y apariencia era, espuma y ensueño, Maya era todo el hermoso y horrendo juego de imágenes de la vida, seductor y desesperado, con sus goces ardientes y sus ardientes dolores...

Atontado, inhibido, siguió de pie Dasa. Volvió a temblar el cuenco en sus manos y el agua se volcó, chocó fresca en los dedos de sus pies y se perdió. ¿Qué debía hacer? ¿Llenar de nuevo el cuenco, devolverlo al yoghi, dejar que éste se riese por todo lo que él padeciera en sueños? No, esto no lo seducía. Dejó caer el cuenco que se vació; lo empujó en el musgo. Se sentó en la hierba y comenzó a pensar seriamente. Estaba más que harto de tanto soñar, de ese diabólico tejido de sucedidos, alegrías y dolores, que oprimían el corazón y detenían la sangre en las venas y de pronto eran Maya y lo dejaban enloquecido; estaba harto de todo y no deseaba ya ni mujer ni hijo, ni trono ni victoria ni venganza, no ansiaba ni dicha ni sabiduría, ni poder ni virtud. Sólo ambicionaba paz, sólo un fin; anhelaba únicamente detener y aniquilar la rueda en eterno movimiento, la infinita sucesión de imágenes. Quería llegar él mismo a la paz y apagarse como lo quiso aquella vez, cuando en la última batalla se lanzó sobre los enemigos, se batió y fue batido, hirió y fue herido, hasta que cayó desmayado. Mas ¿y después? Después habría la pausa de una impotencia o de un sueño o de una muerte. Y en seguida se despertaría, y habría que dejar penetrar en el corazón las corrientes de la vida y pasar ante los ojos la tremenda, hermosa y real sucesión de imágenes, sin fin, inevitablemente, hasta la próxima impotencia, hasta la próxima muerte. Ésta era, tal vez, una pausa, un breve, mínimo descanso, un alivio, pero la rueda continuaría y él volvería a ser una de las mil figuras en la danza salvaje, ebria y desesperada de la vida. ¡Ay, no había extinción, no había fin! ...

La inquietud le hizo mover otra vez los pies. Si en esta maldita danza en círculo no había reposo, si ni un solo deseo ardiente podía realizarse, no quedaba más que volver a llenar el cuenco del agua y llevarlo al anciano que se lo había ordenado, aunque nada le correspondía ordenar. Era un servicio que se le había pedido, un encargo; se podía obedecer y realizarlo, sería mejor que estar sentado y pensar en métodos de autodisolución, de suicidio; obedecer y servir era mucho más fácil, más inocente y cómodo que reinar y tener responsabilidades; él lo sabía. Bien, Dasa, ¡toma el cuenco, llénalo de agua y llévalo a tu señor!

Cuando llegó a la choza, el maestro lo recibió con una mirada extraña, una

Librodot

mirada casi inquisitiva, compasiva a medias, divertida a medias, una mirada como por ejemplo suele tener un niño mayor para otro más pequeño, que ve retornar de una aventura esforzada y un poco avergonzante, de una prueba de valor que se le ha impuesto. Este príncipe pastor, este pobre diablo que había acudido a él, venía en realidad del manantial solamente, había ido en busca del agua y habría estado ausente un cuarto de hora quizá; pero venía también de una cárcel, acababa de perder a una mujer, a un hijo, todo un principado, de vivir una vida humana entera, de echar una mirada a la rueda que gira. Probablemente, este joven había sido despertado ya una vez antes o muchas veces, y supo respirar una bocanada de realidad; de otra manera no hubiera llegado hasta allí pero ahora parecía haber sido despertado correctamente y se revelaba maduro, para iniciar el largo camino. Necesitaría muchos años este joven, sólo para aprender a conducirse y respirar en forma correcta.

Únicamente con esta mirada, que contenía un adarme de bondadosa simpatía y la indicación de un acuerdo surgido entre ambos, el acuerdo entre maestro y alumno, únicamente con esta mirada realizó el yoghi la recepción del discípulo. Porque ella echó de la mente del alumno los pensamientos inútiles y lo tomó a su servicio, para educarlo.

Nada más queda por referir acerca de la vida de Dasa; el resto se cumplió más allá de las imágenes visibles y de las historias narrables. Dasa no abandonó nunca más la selva ...

* * *

Librodot